Brian Herbert, Kevin J. Anderson

Gusanos de arena de Dune

(Dune - 8)

***

Sería imposible exagerar sí decimos

hasta que punto estamos en deuda

con el genio que creó esta increíble saga.

De nuevo, este libro está dedicado a Frank Herbert,

un hombre con ideas asombrosas e importantes,

que ha sido nuestro mentor mientras escribíamos

nuevas historias de este fantástico universo de Dune.

Gusanos de arena de Dune es el gran desenlace

cronológico que él imaginó, y nos complace poder

presentarlo por fin a sus millones de fieles lectores.

AGRADECIMIENTOS

Al igual que con las novelas anteriores de Dune, hemos contado con la ayuda de muchas personas para que el manuscrito fuera lo mejor posible. Queremos dar las gracias a Pat LoBrutto, Tom Doherty y Paul Stevens de Tor Books; Carolyn Caughey de Hodder BC Stoughton; Catherine Sidor, Louis Moesta y Diane Jones de WordFire Inc.; Penny Merritt, Kim Herbert y Byron Merritt de Herbert Properties LLC; y Mike Anderson del sitio web dunenovels.corn, así como al doctor Attila Torkos, que ha trabajado com probando datos y detectando posibles incoherencias.

Además, contamos con muchos partidarios de la nueva saga de novelas de Dune, entre ellos john Silbersack, Robert Gottlieb y Claire Roberts, de Trident Media Group; Richard Rubinstein, Mike Messina, John Harrison y Emily Austin-Bruns, de New Amsterdam Entertainment; Ron Merritt, David Merritt, Julie Herbert, Robert Merritt, Margaux Herbert y Theresa Shackelford, de Herbert Properties LLC.

Y como siempre, estos libros no existirían sin la incansable ayuda y apoyo de nuestras esposas, Janet Herbert y Rebecca Moesta Anderson.

Gusanos de Arena de Dune

Poco después de que las Honoradas Matres llegaran al Imperio Antiguo, la Hermandad Bene Gesserit aprendió a odiarlas y temerlas. Las intrusas utilizaron sus temibles destructores para aniquilar planetas de las Bene Gesserit y los tleilaxu, Richese, con sus vastas industrias y talleres armamentísticos, incluso Rakis.

Pero, para sobrevivir al Enemigo que las perseguía, las Honoradas Matres necesitaban desesperadamente unos conocimientos que solo la Hermandad poseía. En un intento de hacerse con él, atacaron como víboras furiosas y golpearon con extrema violencia.

Tras la Batalla de Conexión, los dos grupos enfrentados fueron unidos a la fuerza en una Nueva Hermandad, pero las diferentes facciones siguieron luchando por el control. ¡Qué derroche tan grande de tiempo, talento y sangre! La verdadera amenaza venía de fuera, pero nosotras seguimos combatiendo al enemigo equivocado.

MADRE COMANDANTE MURBELLA, palabras dirigidas a la Nueva Hermandad.

Dos personas van a la deriva en un bote salvavidas, en un mar desconocido. Una dice: «Allí. Veo una isla. Nuestra única esperanza es desembarcar, construir un refugio y esperar que vengan a rescatarnos». La otra dice: «Debemos seguir en el mar y tratar de llegar a alguna ruta de navegación. Es la mejor opción». Estas dos personas no consiguen ponerse de acuerdo, empiezan a pelear, el bote vuelca y se ahogan.

Tal es la naturaleza de la humanidad. Incluso si solo quedan dos personas en todo el universo, acabarán defendiendo posturas enfrentadas.

Manual Bene Gesserit para acólitas.

Al recrear gholas concretos, estamos rehaciendo el tejido de la historia. Una vez más, Paul Muad'Dib camina entre nosotros, con su amada Chani, su madre, dama Jessica, y su hijo Leto II, el Dios Emperador de Dune. La presencia del doctor Suk Wellington Yueh, cuya traición hizo postrarse a una gran Casa, resulta a la vez reconfortante y perturbadora. Con nosotros también están el guerrero-mentat Thufir Hawat, el naib fremen Stilgar, y el gran planetólogo Liet-Kynes. ¡Imaginad las posibilidades!

Tanto genio constituye un ejército formidable. Y lo necesitaremos, porque nos enfrentamos a un oponente mucho más temible de lo que jamás hayamos imaginado.

DUNCAN IDAHO, Memorias de algo más que un mentat.

Durante quince mil años he esperado y planificado, he incrementado mi fuerza. He evolucionado. Ha llegado la hora.

OMNIUS.

VEINTIÚN AÑOS DESPUÉS DE LA HUIDA DE CASA CAPITULAR

1

Hay tantas personas del pasado que no han vuelto a nacer… incluso si no las recuerdo, las añoro. Los tanques axlotl pronto remediaran esto.

DAMA JESSICA, el gola.

Abordo del Ítaca, la no-nave errante, Jessica presenció el nacimiento de su hija, pero solo como observadora. Solo tenía catorce años, y estaba junto con muchos otros en el centro médico, mientras las doctoras Suk Bene Gesserit de la sala adyacente se preparaban para extraer a la diminuta niña de un tanque axlotl.

- Alia -murmuró una de las doctoras.

Aquella no era realmente hija de Jessica, sino un ghola desarrollado a partir de células que se habían conservado. Ninguno de los gholas de la no-nave era todavía «él mismo». No había recuperado ninguno de sus recuerdos, de sus pasados.

En el fondo de su mente Jessica notaba que algo trataba de aflorar a la superficie y, aunque le daba vueltas y vueltas como a un diente flojo, no conseguía recordar la primera vez que Alia nació. En los archivos, había leído y releído los relatos históricos generados por los biógrafos de Paul Muad'Dib. Pero no podía «recordar».

Lo único que tenía eran imágenes de sus estudios: «Un sietch seco y polvoriento en Arrakis, rodeada de fremen. Jessica y su hijo Paul huyeron, y la tribu del desierto los acogió. El duque Leto había muerto asesinado a manos de los Harkonnen. Jessica bebió el Agua de Vida estando embarazada y cambió para siempre el feto que llevaba en su interior». Desde el momento de su nacimiento, la Alia original fue diferente de los otros bebés, una niña impregnada de un antiguo saber y de locura, capaz de llamar a las puertas de las Otras Memorias sin haber pasado por la Agonía de Especia. ¡Una Abominación!

Aquella era otra Alia. Otro tiempo, otras formas.

En aquellos momentos, Jessica estaba junto a su «hijo» ghola Paul, que cronológicamente era un año mayor que ella. Paul esperaba junto a su amada compañera fremen, Chani, y el ghola de nueve años del que fuera su hijo, Leto II. En un grupo anterior de vidas, aquella había sido su familia.

La Orden de las Bene Gesserit había resucitado a aquellas figuras de la historia para que ayudaran en la lucha contra el temible Enemigo exterior que les perseguía. Con ellos tenían a Thufir Hawat, al planetólogo Liet-Kynes, al líder fremen Stilgar, e incluso al destacable doctor Yueh. Y ahora, después de un intermedio de diez años en el programa de los gholas, Alia se unía a ellos. Pronto llegarían otros; los tres tanques axlotl que quedaban estaban ya embarazados de tres nuevos niños: Gurney Halleck, Serena Butler, Xavier Harkonnen.

Duncan Idaho le dedicó a Jessica una mirada burlona. El eterno Duncan, ya con todos los recuerdos de sus vidas anteriores… ¿Qué pensaría de aquel nuevo bebé-ghola, una burbuja del pasado que llegaba al presente? Tiempo atrás, el primer ghola de Duncan Idaho fue consorte de Alia…

***

Duncan, que disimulaba muy bien su edad, era un hombre hecho y derecho con pelo oscuro y ensortijado. Exactamente como el héroe que aparecía en tantos registros de archivo, desde los tiempos de Muad'Dib, pasando por los tres mil quinientos años de reinado del Dios Emperador, hasta el momento presente, quince siglos después.

El viejo rabino entró en la sala de partos, tarde y sin aliento, acompañado por el ghola de doce años de Wellington Yueh. La frente del joven Yueh no lucía el diamante tatuado de la famosa Escuela Suk. Según parece, el rabino creía poder evitar que aquel joven larguirucho cometiera los mismos crímenes horribles de su vida anterior.

En aquellos momentos, el rabino parecía furioso, como sucedía invariablemente cada vez que se acercaba a los tanques axlotl. Las doctoras Bene Gesserit no le hicieron caso, así que el anciano volcó su disgusto sobre Sheeana.

- Después de años de sentido común, ¡has vuelto a hacerlo! ¿Cuándo dejarás de desafiar a Dios?

Después de tener un ominoso sueño presciente, Sheeana había declarado una moratoria temporal en el proyecto ghola, que había sido su pasión desde el principio. Pero la terrible experiencia en el planeta de los

adiestradores y el hecho de haber estado a punto de caer en manos del Enemigo que les perseguía, había obligado a Sheeana a reconsiderar su posición. La riqueza de la experiencia histórica y táctica que los gholas podían ofrecer era tal vez el arma más poderosa de la no-nave. Sheeana había decidido arriesgarse.

Quizá algún día Alia nos salvará, pensó Jessica. O alguno de los otros golas…

Tentando al destino, Sheeana había hecho un experimento con este ghola no nacido en un intento de lograr que se pareciera más a la Alia auténtica. Tras calcular el momento del embarazo en que dama Jessica había consumido el Agua de Vida, Sheeana dio instrucciones a las doctoras Suk Bene Gesserit para que inyectaran una sobredosis casi fatal de especia en el tanque axlotl. Que saturaran el feto. La idea era intentar recrear una Abominación.

Cuando se enteró, Jessica se quedó horrorizada… pero ya era demasiado tarde, y no pudo hacer nada. ¿Cómo afectaría la especia a aquel bebé inocente? Una sobredosis de melange era distinto a pasar por la Agonía.

Una de las doctoras Suk dijo al rabino que saliera de la sala de partos. Con expresión ceñuda, el anciano levantó una mano, como si estuviera bendiciendo la carne pálida del tanque axlotl.

- Las brujas actuáis como si estos tanques ya no fueran mujeres, como si no fueran seres humanos… pero esta sigue siendo Rebecca. Sigue siendo una oveja de mi rebaño.

- Rebecca satisfizo una necesidad vital -dijo Sheeana-. Todas las voluntarias sabían exactamente lo que estaban haciendo. Ella aceptó su responsabilidad. ¿Por qué no hace usted otro tanto?

El rabino se volvió con exasperación al joven que estaba a su lado.

- Háblales, Yueh. Quizá a ti te escucharán.

A Jessica le pareció que aquel ghola macilento se sentía más intrigado que indignado por los tanques.

- Como doctor Suk -dijo-, traje al mundo a muchos bebés. Pero nunca de este modo. Al menos eso creo. Mis recuerdos todavía me están vedados, y en ocasiones me siento confundido.

- Pero Rebecca es un ser humano, no es solo una máquina biológica para producir melange y camadas de gholas. Debes entenderlo. -La voz del rabino subió de tono.

Yueh se encogió de hombros.

- Puesto que yo he nacido de la misma forma, no puedo mostrarme del todo objetivo. Si recuperara mis recuerdos tal vez estaría de acuerdo con usted.

- ¡No necesitas tus recuerdos originales para pensar! Porque, la capacidad de pensar la tienes, ¿no es cierto?

- El bebé está listo -dijo una de las doctoras interrumpiéndole-. Debemos decantarlo ahora. -Se volvió con impaciencia al rabino-. Déjenos hacer nuestro trabajo… si no, el tanque también podría resultar dañado.

Con un sonido de disgusto, el rabino se abrió paso al exterior de la sala. Yueh se quedó atrás, mirando.

Una de las doctoras Suk ató el cordón umbilical del tanque de carne. Su compañera, más baja, lo cortó; luego secó el cuerpo pequeño y resbaladizo y levantó a Alia en el aire. Al momento la niña empezó a llorar con fuerza, como si hubiera estado esperando con impaciencia su nacimiento. Jessica suspiró con alivio al oír aquel llanto sano, que indicaba que esta vez su hija no era una Abominación. En el momento de nacer, la Alia original había mirado al mundo con determinación, con la expresión y la inteligencia de un adulto. El llanto de este bebé parecía normal. Pero se interrumpió bruscamente.

Mientras una de las doctoras se ocupaba del tanque flácido, la otra secó a la niña y la envolvió en una mantita. Jessica no pudo evitar

sentir una punzada en el corazón, necesitaba coger al bebé en brazos, pero se contuvo. ¿Se pondría Alia a hablar de pronto con las voces de las Otras Memorias? Pero no, la pequeña se limitaba a mirar a su alrededor, sin acabar de enfocar.

Otros se ocuparían de Alia, de un modo no muy distinto de las hermanas Bene Gesserit, que cogían a las niñas recién nacidas bajo su tutela. La primera Jessica, nacida bajo la estrecha vigilancia de las Amantes Procreadoras, nunca supo lo que era una madre en el sentido tradicional. Tampoco lo sabría esta Jessica, ni Alia, ni ninguno de los otros bebés ghola experimentales. La nueva hija sería criada comunitariamente en una sociedad improvisada, más como objeto de curiosidad científica que de amor.

- Somos una familia extraña -susurró.

2

Los humanos nunca son capaces de una exactitud completa. A pesar de todo el conocimiento y experiencias que hemos absorbido a través de incontables «embajadores» Danzarines Rostro, la imagen que tenemos es confusa. A pesar de ello, los defectuosos registros de la historia humana nos ofrecen una divertida perspectiva de los delirios del humano.

ERASMO, registros y análisis, Copia 242.

A pesar de décadas de esfuerzos, las máquinas pensantes aún no habían capturado la no-nave y su precioso cargamento. Sin embargo, esto no impidió que la supermente informática lanzara su vasta flota de exterminación contra el resto de la humanidad.

Duncan Idaho seguía eludiendo a Omnius y Erasmo, que arrojaban una y otra vez su reluciente red de taquiones a la nada, buscando a su presa. La capacidad de la no-nave de ocultarse normalmente evitaba que la vieran, pero de vez en cuando sus perseguidores captaban algún destello, como cuando ves algo oculto tras unos arbustos. Al principio, la búsqueda había sido un desafío, pero la supermente empezaba a impacientarse.

- Has vuelto a perder la nave -dijo la supermente con voz atronadora a través de los altavoces de la cámara central de la catedral de la metrópolis tecnológica de Sincronía.

- Eso es inexacto. Para perderla primero tengo que haberla encontrado. -Erasmo cambió su piel de metal líquido tratando de sonar despreocupado, y cambió su disfraz de dulce ancianita por la figura más familiar del robot de platino.

Como troncos arqueados, las agujas de metal se elevaban por encima de Erasmo para formar una cúpula abovedada en el interior de la catedral mecánica. Los fotones brillaban sobre la piel activada de los pilares, bañando su nuevo laboratorio de luz. Hasta había hecho instalar una fuente luminosa de lava burbujeante… una decoración inútil, aunque con frecuencia el robot se entregaba a aquella sensibilidad artística que tanto había cultivado en el pasado.

- No seas impaciente. Recuerda las proyecciones matemáticas. Todo está bellamente predeterminado.

- Tus proyecciones matemáticas podrían ser un mito, como cualquier otra profecía. ¿Cómo se que son correctas?

- Porque yo digo que son correctas.

Con el lanzamiento de la flota mecánica, el largamente anunciado Kralizec había empezado, por fin. Kralizec… Armagedóm. la Batalla del Fin del Universo… Ragnarok… Azrafel… el Tiempo del Fin, la Oscuridad de Nube. Se encontraban en un momento de cambios trascendentales, el universo entero estaba girando sobre su eje cósmico. Las leyendas humanas ya

predecían este cataclismo desde los albores de la civilización. Ciertamente, ya habían pasado por numerosas reiteraciones de cataclismos similares: la Yihad Butleriana, la yihad de Paul Muad'Dib, el reinado del tirano Leto II Al manipular las proyecciones informáticas y crear con ello ciertas expectativas en la mente de Omnius, Erasmo había conseguido poner en marcha los acontecimientos que llevarían a otro cambio fundamental. Profecía y realidad… el orden de las cosas no importaba.

Como una flecha, todos los cálculos infinitamente complejos de Erasmo, trillones de datos que pasaban por las más sofisticadas rutinas, señalaban un único resultado: el kwisatz haderach último -quienquiera que fuese- determinaría la marcha de los acontecimientos al final del Kralizec. La proyección también revelaba que el kwisatz haderach viajaba a bordo de la no-nave, así que, naturalmente, Omnius quería aquella baza de su lado. Luego, las máquinas pensantes debían capturar la no-nave. El primero que consiguiera controlar al kwisatz haderach ganaría.

Erasmo no acababa de entender qué haría aquel superhombre cuando lo localizaran y prendieran. A pesar del tiempo que llevaba estudiando al humano, seguía siendo una máquina pensante, en cambio el kwisatz haderach no lo era. Los nuevos Danzarines Rostro, que tanto tiempo llevaban infiltrados en la humanidad y facilitaban una información vital al Imperio Sincronizado, estaban en algún punto intermedio, como máquinas biológicas híbridas. Él y Omnius habían absorbido tantas de las vidas robadas por los Danzarines Rostro que a veces olvidaban quiénes eran. Los maestros tleilaxu originales no habían sabido prever la importancia de lo que habían ayudado a crear.

Sin embargo, el robot independiente sabía que debía seguir controlando a Omnius.

- Hay tiempo. Tienes una galaxia entera por conquistar antes de que necesitemos al kwisatz haderach que viaja en esa nave.

- Me alegro de no haber esperado a que lo tuvieras para empezar.

Durante siglos, Omnius había estado construyendo una flota invencible. Millones y millones de naves avanzaban en aquellos momentos, utilizando los tradicionales pero efectivos motores que viajaban a la velocidad de la luz, conquistando un sistema estelar tras otro. La supermente podía haber utilizado los sistemas matemáticos de navegación que los Danzarines Rostro habían «proporcionado» a la Cofradía Espacial, pero había un elemento en la tecnología Holtzman que, sencillamente, seguía resultando demasiado incomprensible. Para viajar a través del tejido espacial se requería algo indefiniblemente humano, un intangible «salto de fe». La supermente jamás admitiría que aquella abigarrada tecnología en realidad le ponía… nervioso.

Después de algunas escaramuzas de prueba, la muralla de naves robóticas había encontrado y destruido con rapidez una primera avanzadilla de mundos fronterizos establecidos por los humanos.

Las naves de vanguardia cartografiaban los mundos que había por delante y esparcían plagas biológicas mortíferas que Erasmo había desarrollado; para cuando la flota llegaba a cada objetivo, la acción militar normalmente era innecesaria, porque encontraban a una población moribunda. Cada combate, incluso los encuentros con grupos aislados de Honoradas Matres, era igualmente decisivo.

Para mantenerse ocupado, el robot independiente revisó la avalancha de datos que le enviaban. Aquella era la parte que más le gustaba. Un ojo espía zumbaba revoloteando ante él y Erasmo lo apartó.

- Si me permites que me concentre, Omnius, quizá encuentre la forma de acelerar nuestros avances contra los humanos.

- ¿Cómo sé que no cometerás otro error?

- Porque confías en mis capacidades.

El ojo espía se alejó revoloteando.

Mientras la flota mecánica aplastaba un planeta humano tras otro, Erasmo iba dando instrucciones adicionales a los robots invasores. Los humanos infectados se retorcían en el suelo, entre vómitos, sangrando por los poros, y entretanto los exploradores mecánicos saqueaban tranquilamente las bases de datos, salas de registros, bibliotecas y otras fuentes. Era una información diferente de la que podía extraer de las vidas aleatorias que los Danzarines Rostro asimilaban.

Con la entrada de todos aquellos nuevos datos, Erasmo había podido permitirse el lujo de volver a convertirse en científico, como lo fuera en tiempos, la búsqueda de una verdad científica había sido siempre la verdadera razón de su existencia. Y ahora el flujo de información era mayor que nunca. Feliz por tener una cantidad tan grande de datos nuevos aún sin digerir, Erasmo concentró su mente elaborada en los hechos y las historias desnudos.

Tras la supuesta destrucción de las máquinas pensantes hacía más de quince milenios, los fecundos humanos se habían extendido, creando civilizaciones, destruyéndolas. Erasmo se sentía intrigado por la forma en que, después de la Batalla de Corrin, la familia Butler había fundado y gobernado un imperio bajo el nombre de Corrino durante diez mil años, con algunos lapsos e interreinados, para ser desbancados por un líder fanático llamado Muad'Dib.

Paul Atreides. El primer kwisatz haderach.

Sin embargo, con su hijo Leto II conocido como Dios Emperador o Tirano, se había producido un cambio aún más importante. Otro kwisatz haderach… un híbrido único entre hombre y gusano de arena que impuso su mandato draconiano durante tres mil quinientos años. Después de su asesinato, la civilización humana se fragmento. Tras huir a los confines de la galaxia en la Dispersión, las dificultades endurecieron al humano, hasta que las Honoradas Matres -la peor entre las especies de humanos- fueron a parar al próspero imperio de las máquinas…

Otro ojo espía revoloteaba escaneando los mismos archivos que Erasmo estaba leyendo. Omnius habló con voz resonante a través de las placas de las paredes.

- Considero que sus contradicciones, planteadas como hechos, son inquietantes.

- Inquietantes, tal vez, sí, pero también son fascinantes. -Erasmo se desconectó de los montones de archivos históricos-. Sus historias nos enseñan cómo se ven a sí mismos y al universo que les rodea. Evidentemente, estos humanos necesitan a alguien que vuelva a tomar con firmeza el control.

3

¿Por qué es importante la religión? Porque por sí sola la lógica no impulsa a la gente a hacer grandes sacrificios. Sin embargo, con el fervor religioso suficiente, la gente se arrojará contra lo imposible y considerará una bendición poder hacerlo.

MISSIONARIA PROTECTIVA, primera premisa.

Dos operarios se presentaron ante la puerta de la ostentosa y fría Cámara de Consejo de Murbella durante una tensa reunión. Llevaban un robot inmóvil con ayuda de unas garras suspensoras.

- ¿Madre comandante? Habéis pedido que trajéramos esto.

La máquina de combate estaba hecha de metal azul y negro, reforzada con abrazaderas y un blindaje superpuesto. Su cabeza cónica presentaba una serie de sensores y dispositivos para localizar objetivos, y los cuatro brazos impulsados por motores estaban rodeados de cables y armas

incorporadas. El robot de combate había resultado dañado en una escaramuza reciente, y en su torso voluminoso había señales oscuras, allí donde las descargas de energía habían dejado fuera de combate sus procesadores internos. Aquella cosa estaba apagada, muerta, derrotada. Pero incluso desactivada, era una imagen de pesadilla.

Las consejeras de Murbella, sobresaltadas por aquella interrupción en sus discusiones y argumentos, miraron la gran máquina. Todas las mujeres allí reunidas llevaban el sencillo unitardo negro de la Nueva Hermandad, siguiendo un código homogéneo en el vestir que no permitía ninguna alusión a sus orígenes como Bene Gesserit o como Honoradas Matres.

Murbella hizo una señal a aquellos operarios de aspecto apocado.

- Traed esa cosa aquí dentro, para que podamos verla cada vez que hablamos del Enemigo. Nos hará bien tener algo que nos recuerde a qué nos enfrentamos.

Incluso con la ayuda de las garras suspensoras, los operarios entraron la máquina con gran esfuerzo y sudor. Murbella se acercó al voluminoso robot de combate miró con gesto desafiante a sus sensores ópticos apagados. Lanzó una mirada orgullosa a su hija.

- La bashar Idaho trajo este espécimen de la Batalla de Duvalle.

- Tendríamos que mandarlo con el resto de las basuras. O lanzarlo al espacio -dijo Kiria, una antigua y severa Honorada Matre-. ¿Y si conserva una programación espía pasiva?

- Ha sido sometido a una purga exhaustiva -dijo Janess Idaho. Como comandante recién nombrada de las fuerzas militares de la Hermandad, se había convertido en una joven muy pragmática.

- ¿Un trofeo, madre comandante? -preguntó Laera, una Reverenda Madre de piel oscura que con frecuencia apoyaba discretamente a Murbella-. ¿O un prisionero de guerra?

- Es el único que nuestros ejércitos encontraron intacto. Volamos cuatro naves mecánicas antes de retirarnos y dejar que destruyeran el planeta. Ya habían liberado sus epidemias en Ronto y Pital, y no había supervivientes. Las pérdidas entre la población se cuentan por billones.

Las de Duvalle, Ronto, Pital eran tan solo las bajas más recientes causadas por el avance del ejército de las máquinas por los sistemas periféricos. Debido a las distancias y el poderío de las naves atacantes, los informes eran fragmentarios y a menudo desfasados. Los refugiados y los correos huían de las zonas de conflicto, dirigiéndose hacia el interior desde los límites de la Dispersión.

Murbella dio la espalda al robot desactivado para mirar a las hermanas.

- Sabemos que la tormenta se acerca. Tenemos la opción de limitarnos a evacuar… de abandonar todo lo que tenemos. Esa es la manera de las Honoradas Matres.

Algunas hermanas pestañearon por el comentario. Tiempo atrás, las Honoradas Matres habían escogido huir del Enemigo, saqueándolo todo a su paso, con la esperanza de mantenerse siempre un paso por delante de la tormenta. Para ellas, el Imperio Antiguo no fue más que una simple barricada que arrojar contra el Enemigo y que pudiera darles tiempo para escapar.

- O podemos proteger las ventanas, reforzar las paredes y expulsarlo. Y rezar para que sobrevivamos.

- Esto no es una simple tormenta, madre comandante -dijo Laera-. Las repercusiones ya se están haciendo sentir. Los refugiados que huyen del frente están colapsando los sistemas de soporte de los mundos de la segunda oleada, que también se están preparando para la evacuación. La gente no se quedará a luchar.

- Como ratas que se arraciman en una esquina cuando el barco de hunde -musitó Kiria.

- Y eso lo dice una Honorada Matre, que hizo exactamente lo mismo -dijo Janess desde el extremo de la mesa, y trató de disimular el comentario sorbiendo ruidosamente su café de especia. Kiria la miró furiosa.

- Una sombra que enturbia nuestro pasado de Honoradas Matres -dijo Murbella-. Por culpa de su soberbia y la tendencia a golpear primero y pensar después, las rameras han provocado todo esto. -Buscando en las profundidades de su mente y en la historia, ella había sido la primera en recordar cómo las hermanas fallecidas tiempo atrás habían provocado estúpidamente a las máquinas pensantes.

Kiria estaba indignada, pues obviamente seguía considerándose una Honorada Matre. A Murbella le resultaba turbador.

- Usted misma reveló por que las Honoradas Matres son lo que son, madre comandante. Descendientes de tleilaxu torturadas, Reverendas Madres salvajes y unas pocas Habladoras Pez. Tenían todo el derecho a buscar venganza.

- ¡No tenían derecho a ser estúpidas! -espetó Murbella-. Su pasado doloroso no les daba derecho a arremeter contra todo lo que encontraban. No podían salvar su conciencia fingiendo que sabían lo que estaban haciendo Cuando atacaron una avanzadilla de las máquinas y robaron un armamento que no entendían. -Sonrió levemente-. Si acaso, puedo entender, aunque no la apruebo, su venganza contra los mundos de los tleilaxu. Por las Otras Memorias dé lo que los tleilaxu hicieron a mis antepasadas… recuerdo haber sido uno de sus odiosos tanques axlotl. Pero no os equivoquéis, este tipo de violencia provocativa y mal planificada ha causado un daño inconmensurable a la raza humana. ¡Y mirad a lo que nos enfrentamos ahora!

- ¿Cómo podemos prepararnos para la tormenta, madre comandante? -La pregunta venía de la anciana Accadia, una reverenda madre que vivía en los Archivos de Casa Capitular. Accadia casi nunca dormía y rara vez dejaba que la luz del sol tocara su piel ajada-. ¿Qué defensas tenemos? - Desde el rincón donde lo habían dejado los operarios, el voluminoso robot de combate parecía burlarse de ellas.

- Tenemos el arma de la religión. Sobre todo a Sheeana.

- ¡Sheeana no nos es de ninguna utilidad! -dijo Janess-. Sus seguidores creen que murió en Rakis hace décadas.

En otro tiempo, los sacerdotes de Rakis habían sabido sacar partido a aquella joven capaz de controlar a los gusanos de arena. Las Bene Gesserit habían creado una religión local en torno a Sheeana, y la aniquilación de Dune si acaso sirvió a los propósitos más elevados de la Hermandad. Tras su supuesta muerte, la joven rescatada fue aislada en Casa Capitular, para que algún día pudiera «regresar de entre los muertos» entre bombo y platillo. Pero la Sheeana real había huido con Duncan Idaho en la no-nave hacía más de veinte años.

- No es necesario que la tengamos a ella físicamente. Solo tenemos que buscar hermanas que se parezcan y aplicar el maquillaje y las modificaciones faciales necesarias. -Murbella tamborileó con los dedos sobre sus labios-. Sí, empezaremos con doce nuevas Sheeanas. Las repartiremos ente los mundos de los refugiados, porque sin duda los desplazados serán los reclutas más impresionables. Quedará como si la Sheeana resucitada hubiera reaparecido en todas partes a la vez, como un Mesías, una visionaria, una líder.

Laera habló con voz razonable.

- Las pruebas genéticas demostrarán que esas impostoras no son Sheeana. Su plan se volverá en nuestra contra cuando la gente comprenda que hemos tratado de engañarles.

Kiria ya había pensado en la solución más obvia.

- Podemos hacer que sean doctoras Bene Gesserit, doctoras Suk, quienes hagan esas pruebas… y que mientan por nosotras.

- Y tampoco debemos subestimar nuestra mejor baza. -Murbella extendió la palma como un mendicante pidiendo limosna-. La gente quiere creer. Durante miles de años, nuestra Missionaria Protectiva ha inculcado creencias religiosas entre las gentes. Ahora debemos utilizar esas técnicas no solo para protegernos, sino como arma, como un medio para influir en los ejércitos. Ya no será una fuerza pasiva y protectora, sino activa. Una Missionaria Aggressiva.

A las otras mujeres pareció gustarles la idea, sobre todo a Kiria. Accadia miró con expresión ceñuda sus láminas de cristal riduliano, como si tratara de encontrar profundas respuestas en aquellos caracteres incomprensibles.

Murbella lanzó una mirada desafiante al robot de combate.

- Las doce Sheeanas llevarán especia de nuestros stocks. Y cada una la repartirá con generosidad mientras pronuncia sus discursos. Dirán que Shaitán les ha dicho en un sueño que la especia pronto volverá a fluir. Aunque Dune ha quedado tan muerto y quemado como Sodoma y Gomorra, muchos nuevos Dunes aparecerán por todas partes. Sheeana lo prometerá. -Años antes, algunas reverendas madres habían sido enviadas en una dispersión secreta, llevando consigo las importantísimas truchas de arena para sembrar nuevos planetas y crear otros mundos desérticos para los gusanos.

- Falsos profetas y avistamientos del Mesías. Se ha hecho antes. -Kiria parecía aburrida-. Diga, en que puede beneficiarnos.

Murbella le dedicó una sonrisa calculada.

- Sacaremos partido de la superstición. La gente cree que debe sufrir tribulaciones, un ciclo tan antiguo como las más antiguas religiones, mucho antes del Primer Gran Movimiento o el hajj zensuní. Y amoldaremos esa creencia a nuestros propósitos. Las máquinas pensantes son el mal que debemos destruir antes de que la humanidad pueda conseguir su recompensa.

Se volvió hacia la anciana ama de los archivos.

- Accadia -dijo-, lee todo lo que puedas encontrar sobre la Yihad Butleriana y cómo Serena Butler guió a sus fuerzas. Y lo mismo con Paul Muad'Dib. Hasta podemos decir que el Tirano empezó a prepararnos para esto. Estudia sus escritos y saca las secciones que haga falta de contexto para apoyar nuestro mensaje, así la gente se convencerá de que este conflicto universal estaba anunciado: el Kralizec. Si creen en las profecías, seguirán luchando mucho después de que cualquier esperanza racional desaparezca.

Hizo un gesto para indicar a las mujeres que siguieran con sus tareas.

- Entretanto, yo he preparado un encuentro con los ixianos y la Cofradía. Dado que Richese ha sido destruido, exigirá que pongan todas sus instalaciones industriales al servicio del esfuerzo de guerra. Necesitamos cada pedazo de resistencia que podamos arañar.

Cuando ya se iba, Accadia preguntó:

- ¿Y si las viejas profecías resultan ser ciertas? ¿Y si realmente estamos en los Tiempos del Fin?

- Entonces nuestros esfuerzos están más justificados. Y seguiremos luchando. Es lo único que podemos hacer. -Mirando al robot, Murbella habló como si la mente de la máquina aún pudiera oírla-. Y así es como te derrotaremos.

4

Soy guardián de conocimientos privados e incontables secretos. ¡Tú jamás sabrás lo que yo sé! Si no fueras un infiel te compadecería.

Espejismo en el camino de la Shariat, escrituras apócrifas tleilaxu.

Ninguno de los pasajeros del inmenso crucero de la Cofradía podía sospechar lo que el navegante y su maestro tleilaxu cautivo estaban haciendo delante de sus narices.

Al retener los suministros de melange como rescate, las brujas Bene Gesserit habían acorralado a la Cofradía Espacial y les habían obligado a buscar alternativas drásticas. Conscientes de que se enfrentaban a la extinción por falta de especia, la facción de los navegantes apremiaba a Waff para que completara su tarea más deprisa. El maestro tleilaxu también sentía la necesidad de apresurarse, también él se enfrentaba a la extinción, aunque por motivos diferentes.

Dando la espalda a la lente de observación, Waff consumió subrepticiamente otra dosis de melange. Aquel polvo de canela le había sido suministrado estrictamente para propósitos científicos.

Rozó con aquella sustancia ardiente los labios, la lengua, cerró los ojos en éxtasis. En los tiempos que corrían, una cantidad tan pequeña, apenas una pizca, bastaba para comprar una casa en un mundo-colonia. El tleilaxu sintió que la energía volvía a inundar su cuerpo achacoso. Edrik no le negaría aquella pequeña cantidad de melange para ayudarle a pensar bien.

Normalmente, los maestros tleilaxu pasaban de un cuerpo a otro en una cadena de inmortalidad ghola. Habían aprendido la virtud de la paciencia y la planificación a largo plazo de la Gran Creencia. ¿Acaso no había vivido el Mensajero de Dios tres milenios y medio? Pero para acelerar el desarrollo de Waff en el tanque axlotl se habían utilizado técnicas prohibidas. Las células de su cuerpo se consumían como las llamas consumen el bosque, y le hicieron pasar de la niñez a la adolescencia y la madurez en unos pocos años. La restauración de sus recuerdos había sido imperfecta, y solo había podido recuperar fragmentos de su vida y sus conocimientos pasados.

Cuando escapó de las Honoradas Matres, Waff no había tenido más remedio que buscar refugio entre la facción de los navegantes. Edrik y los suyos habían financiado su resurrección ghola, así que ¿por que no pedirles asilo? Aunque el pequeño hombre no recordaba cómo crear melange con los tanques axlotl, decía poder hacer lo imposible… resucitar a los supuestamente extinguidos gusanos de arena. Una solución mucho más espectacular y necesaria.

En el laboratorio aislado del crucero, Edrik le había proporcionado todas las herramientas, material técnico y material genético que pudiera necesitar. Y Waff hizo lo que los navegantes pedían. Recuperar los extraordinarios gusanos que habían sido exterminados en Rakis ofrecía simultáneamente la posibilidad de producir especia y recuperar a su Profeta.

¡Debo hacerlo! El fracaso no es una opción.

Con su madurez acelerada, Waff ya no estaría mucho más en su plenitud -la mejor salud, la mente más aguda-. Antes de que se iniciara el inevitable y rápido declive, tenía mucho que hacer. Aquella tremenda responsabilidad le carcomía.

¡Concéntrate, concéntrate!

Se encaramó a un taburete y miró al interior de un tanque lleno de arena de la mismísima Rakis. Dune. Dada la importancia religiosa del planeta, los peregrinos que no podían costearse aquel viaje interplanetario se conformaban con reliquias, fragmentos de piedra de las ruinas del palacio original de Muad'Dib, retazos de la tela de especia bordada con los dichos de Leto II Incluso los más pobres entre los devotos querían una muestra de arena rakiana, para poder tocarla con sus dedos y sentirse más próximos al Dios Dividido. Los navegantes habían adquirido cientos de metros cúbicos de auténtica arena rakiana. Aunque era dudoso que el origen de los granos tuviera ningún efecto en las

pruebas con los gusanos, Waff prefería eliminar todas las variables aleatorias.

Se inclinó sobre el tanque abierto, se llenó la boca de saliva y dejó que una larga gota cayera sobre la arena. Como pirañas en un acuario, unas figuras empezaron a moverse bajo la superficie, desplazándose con rapidez para capturar el líquido invasor. En otro lugar, en otro tiempo, escupir -compartir el agua personal- era una señal de respeto entre los fremen. Waff la utilizó para atraer a las truchas a la superficie.

Pequeños hacedores. Especimenes de truchas de arena. Mucho más preciosos incluso que las arenas de Dune.

Años atrás, la Cofradía había interceptado una nave Bene Gesserit que transportaba truchas de arena en su cubierta de carga. Cuando las brujas se negaron a explicar cuál era su misión, fueron asesinadas, la carga fue requisada y Casa Capitular ni siquiera se enteró.

Cuando supo que la Cofradía poseía algunos de los vectores de los gusanos inmaduros, Waff exigió que se los dieran para su trabajo. Aunque no recordaba cómo crear melange en un tanque axlotl, aquel experimento tenía mucho más potencial. Si resucitaba a los gusanos de arena, no solo recuperaría la especia, ¡sino también al Profeta!

Sin miedo, metió su pequeña mano en el acuario. Agarró a una de aquellas criaturas correosas por los bordes y la saco de la arena. Al percibir la humedad del sudor de Waff, la trucha de arena se pegó a sus dedos, rodeó su mano, sus nudillos. Y él tocaba y pinchaba la superficie blanda, rehaciendo los bordes.

- Pequeña trucha de arena, ¿qué secretos tienes para mí? -Formó un puño y la criatura lo rodeó formando una especie de guante de gelatina. Waff notaba que su piel se secaba.

Con la trucha de arena en la mano, fue hasta la prístina mesa de investigación y colocó encima un recipiente ancho y hondo. Trató de soltar la trucha de sus nudillos, pero cada vez que movía la membrana, esta se pegaba más allá. Sintiendo que su piel se desecaba, Waff vertió una jarra de agua limpia en el recipiente. La trucha de arena, atraída por aquella mayor cantidad, se dejó caer enseguida.

El agua era mortal para los gusanos de arena, pero no para las jóvenes truchas, el estado de larva de los gusanos. El vector más joven presentaba una bioquímica fundamentalmente distinta antes de experimentar la metamorfosis y pasar a su forma adulta. Una paradoja. ¿Cómo podía una etapa del ciclo de la vida sentirse tan vorazmente atraído por el agua, y en la fase posterior morir si la tocaba?

Waff flexionó los dedos para recuperarse de aquella sequedad antinatural, fascinado por la forma en que el espécimen engullía el agua. Instintivamente la larva absorbía la humedad para crear un entorno perfectamente seco para el adulto. Por los recuerdos de vidas anteriores que conservaba en su interior, conocía los antiguos experimentos tleilaxu para mover y controlar a los gusanos. Los intentos estándar de trasplantar gusanos adultos a planetas secos siempre fallaban. Incluso los paisajes extraplanetarios más extremos seguían conservando demasiada humedad para sustentar una forma de vida tan frágil -¿frágil?- como los gusanos de arena.

Pero su idea era otra. En lugar de transformar los mundos para que acomodaran a los gusanos de arena, quizá podría alterar a los gusanos en su fase inmadura, ayudarles a que se adaptaran. Los tleilaxu entendían el Lenguaje de Dios, y con su genio para la genética habían conseguido lo imposible en muchas ocasiones. ¿Acaso no era Leto II el Profeta de Dios? Su deber era conseguir que volviera.

La idea y la mecánica cromosómica parecían sencillas. En algún momento del desarrollo de las truchas, un factor desencadenante modificaba la respuesta química de la criatura hacía una sustancia tan simple como el

agua. Si encontraba ese factor y lo bloqueaba, la trucha de arena seguiría madurando, pero sin su aversión mortal por el agua líquida. ¡Eso sí sería un milagro!

Pero, si impides que una oruga forme un capullo, ¿se transformará de todos modos en una mariposa? Tendría que ir con mucho cuidado, desde luego.

Si no había entendido mal, las brujas de Casa Capitular habían descubierto la forma de liberar truchas de arena en un entorno planetario… el mundo de las Bene Gesserit. Una vez allí, las truchas se reprodujeron e iniciaron un proceso imparable de destrucción (¿reconstrucción?) del ecosistema. De un planeta exuberante a una tierra yerma y árida. Con el tiempo convertirían el planeta en un desierto, donde los gusanos podrían sobrevivir y renacer.

Las preguntas seguían fluyendo, una tras otra. ¿Por qué llevaban las hermanas Bene Gesserit fugitivas truchas de arena en sus naves de refugiadas? ¿Estaban tratando de repartirlas por otros mundos, de crear nuevos planetas desérticos? ¿Hogar para más gusanos? Un plan semejante requería un esfuerzo enorme, tardaría décadas en dar fruto y acabaría con la vida en el planeta nativo. Ineficaz.

Waff tenía una solución mucho más inmediata. Si lograba desarrollar una raza de gusanos de arena que toleraran el agua e incluso medraran en ella, podrían implantarlos en innumerables planetas, ¡donde podrían crecer y multiplicarse rápidamente! No sería necesario reconstruir un medio planetario entero antes de empezar a producir melange. Por sí solo eso les ahorraría unas décadas que, sencillamente, Waff no tenía. Sus gusanos modificados proporcionarían toda la especia que los navegantes de la Cofradía desearan… y de paso servirían a los propósitos de Waff.

¡Ayúdame, Profeta!

El espécimen había absorbido toda el agua del recipiente y en aquellos momentos se desplazaba lentamente por la base y los lados, explorando los límites. Waff llevó útiles y productos químicos a la mesa de laboratorio… alcoholes, ácidos, llamas, y extractores de muestras.

El primer corte fue el más duro. Y entonces se puso a trabajar en aquella criatura informe que se resistía para arrancarle sus secretos genéticos.

Tenía los mejores analistas de ADN y secuenciadores genéticos que la Cofradía podía conseguir… y ciertamente eran muy buenos. La trucha de arena tardó en morir, pero Waff estaba seguro de que al Profeta no le importaría.

5

Un hedor supura de mis poros. El olor nauseabundo de la muerte.

SCYTALE, último maestro tleilaxu conocido.

Aquel niño pequeño de piel grisácea miraba con preocupación a su otro yo, más viejo pero idéntico.

- Esta es una zona restringida. El bashar se enfadará mucho con nosotros.

El Scytale mayor frunció el ceño, decepcionado porque un niño con un destino tan extraordinario pudiera ser tan apocado.

- Esta gente no tiene autoridad para imponerme sus normas… ¡ni a mí ni a ninguna de mis versiones! -A pesar de los años de preparación, de instrucción, de insistencia, Scytale sabía que el ghola aún no había entendido quién era. El maestro tleilaxu tosió e hizo una mueca, incapaz de sobreponerse a sus problemas físicos-. ¡Debes despertar tus recuerdos genéticos antes de que sea tarde!

El niño seguía a su yo más viejo por el oscuro corredor de la no-nave, pero sus pasos eran demasiado asustados para ser furtivos. De vez en cuando, Scytale necesitaba que su «hijo» de doce años le ayudara. Cada día, cada lección, debía acercar al más joven al punto de inflexión que haría que sus recuerdos se liberaran en un torrente. Y entonces, por fin, el viejo Scytale podría permitirse morir, Años atrás, se había visto obligado a utilizar la única prenda que le quedaba para sobornar a las brujas: su reserva secreta de valioso material celular. A Scytale no le gustó tener que verse en esta posición, pero a cambio de ceder aquel material en bruto de héroes del pasado para los propósitos de las brujas, Sheeana había accedido a dejarle utilizar los tanques axlotl para crear una nueva versión de sí mismo. Esperaba que no fuera demasiado tarde.

Desde hacía unos años, cada frase, cada día hacía aumentar la presión sobre el Scytale más joven. Su «padre», víctima de una obsolencia celular planificada, no creía que le quedara ni un año antes de que se produjera el colapso. Si el joven no recuperaba rápido sus recuerdos, muy pronto, todos los conocimientos de los tleilaxu se perderían. El viejo Scytale hizo una mueca ante tan terrible perspectiva, mucho más dolorosa que cualquier mal físico.

Llegaron a uno de los niveles inferiores vacíos, donde una cámara de pruebas había pasado inadvertida en las grandes extensiones vacías de la nave.

- Utilizaré este material de enseñanza powindah para mostrarte cómo quería Dios que vivieran los tleilaxu. -Las paredes eran lisas y curvadas, los paneles de luz estaban graduados a un pálido naranja. La habitación parecía llena de vientres gestantes, redondos, flácidos, sin pensamiento.,. que es como las mujeres debían servir en una sociedad realmente civilizada.

Scytale sonrió ante la imagen, mientras el muchacho miraba a su alrededor con ojos oscuros.

- Tanques axlotl. ¡Cuántos! ¿De dónde han salido?

- Por desgracia solo son proyecciones holográficas. -Aquella simulación de alta calidad incluía el sonido de los tanques, y el olor de productos químicos, antisépticos y medicamentos.

Mientras estaba allí en pie, rodeado por aquellas gloriosas imágenes, Scytale sintió que su corazón lloraba por aquel hogar que tanto añoraba, un hogar totalmente destruido. Años atrás, antes de poner el pie en la sagrada Bandalong, Scytale y todos los tleilaxu debían pasar siempre por un extenso proceso de purificación. Desde que las Honoradas Matres le habían obligado a huir únicamente con su vida y unas pocas prendas con las que regatear, había tratado de observar los rituales y prácticas en la medida de lo posible -y los había enseñado vigorosamente al joven ghola-, pero había limitaciones. Hacía mucho que Scytale no se sentía suficientemente limpio. Pero sabía que Dios lo entendería.

- Así eran las salas de partos. Estúdiala. Absórbela. Recuérdate a ti mismo cómo eran antes las cosas, cómo deberían ser. He creado estas imágenes a partir de mis propios recuerdos, los mismos recuerdos que llevas en tu interior. Búscalos.

Scytale le había repetido aquellas palabras una vez y otra vez, machacando. Su versión más joven era un buen estudiante, muy inteligente, y conocía toda la información intelectualmente, pero no la conocía en su alma.

Sheeana y las otras brujas no entendían la inmensidad de la crisis a la que se enfrentaba, o quizá no les importaba. Las Bene Gesserit no sabían gran cosa de los entresijos que conllevaba restaurar los recuerdos de un ghola, no eran capaces de reconocer el momento en que un ghola está listo… pero quizá Scytale no podía permitirse el lujo de esperar. Desde luego, el niño ya era lo bastante mayor. ¡Tenía que despertar! Pronto

sería el único tleilaxu vivo, y no habría nadie que despertara sus recuerdos.

Mientras examinaba las hileras de cubas reproductoras, el rostro del Scytale júnior se llenó de reverencia y temor. El muchacho estaba absorbiendo lo que veía. Bien.

- El tanque de la segunda fila es el que me dio vida -dijo-. La Hermandad la llamaba Rebecca.

- El tanque no tiene nombre. No es una persona y nunca lo fue. Incluso cuando podía hablar, no era más que una hembra. Los tleilaxu nunca ponemos nombre a nuestros tanques, ni a las hembras que les precedieron.

Scytale expandió la imagen y dejó que las paredes desaparecieran en una proyección de una inmensa casa de nacimientos, con tanques y más tanques, uno detrás de otro. Fuera, las agujas y las calles de Bandalong. Aquellos detalles visuales tendrían que haber bastado, aunque a Scytale le habría gustado añadir otros elementos sensoriales, los olores reproductivos de las hembras, la sensación del sol en su mundo natal, el reconfortante conocimiento de incontables tleilaxu que llenaban las calles, los edificios, los templos.

Se sentía dolorosamente solo.

- Yo ya no tendría que estar vivo, aquí, ante ti. Es una ofensa verme viejo y lleno de achaques y con este cuerpo defectuoso. El kehl de los verdaderos maestros tendría que haberme eutanasiado hace tiempo para dejarme vivir en un cuerpo ghola nuevo. Pero estos no son buenos tiempos.

- No son buenos tiempos -repitió el muchacho, retrocediendo a través de una de las detalladas imágenes holográficas-. Se ha visto obligado a hacer cosas que de otro modo no toleraría. Debe utilizar métodos heroicos para seguir con vida hasta que yo despierte, Le prometo con todo mi corazón que me convertiré en Scytale. Antes de que sea tarde.

El proceso para despertar a un ghola no era ni fácil ni rápido. Año tras año, Scytale había ido aplicando presión, recordatorios, quiebros mentales a aquel joven. Cada lección, cada exigencia se sumaba a la anterior, como piedrecitas en un montón cada vez más alto, y tarde o temprano conseguiría añadir suficientes piedrecitas al montón inestable para desatar la avalancha. Solo Dios y su Profeta podían saber qué piedrecita del recuerdo podía lograr que la barrera se desplomara.

El muchacho observaba cómo el rostro de su mentor cambiaba con sus diferentes ánimos. Sin saber muy bien qué hacer, citó una reconfortante lección de su catecismo.

- «Cuando se enfrenta a una decisión imposible, la persona siempre debe elegir la senda de la Gran Creencia. Dios guía a aquellos que desean ser guiados».

La sola idea pareció consumir las últimas energías de Scytale, que se derrumbó en una silla cercana en la sala de simulaciones tratando de recuperar las fuerzas. Cuando el ghola corrió a su lado, Scytale acarició los cabellos oscuros de su yo alterno.

- Eres joven, tal vez demasiado.

El muchacho apoyó una mano en el hombro del anciano para consolarlo.

- Lo intentaré… lo prometo. Me esforzaré todo lo que pueda. -Cerró los ojos con fuerza y pareció como si empujara, como si tratara de derribar las paredes intangibles del interior de su cerebro. Finalmente, sudando con profusión, se rindió.

El Scytale más anciano se sentía desmoralizado. Ya había utilizado todas las técnicas que conocía para llevar al ghola al límite. Crisis, paradoja, desesperación implacable. Pero él los sentía mucho más que el muchacho. Sencillamente, el saber clínico era insuficiente.

Las brujas habían utilizado alguna suerte de extorsión sexual para despertar al bashar Miles Teg cuando su ghola solo tenía diez años, y el sucesor de Scytale ya superaba ese límite en dos años. Pero no soportaba

la idea de que las Bene Gesserit utilizaran sus cuerpos impuros para quebrantar a aquel muchacho. Scytale ya había sacrificado tanto…, había vendido buena parte de su alma a cambio de un resquicio de esperanza para el futuro de su raza. El mismísimo Profeta le daría la espalda con repugnancia. ¡Eso nunca!

Scytale escondió la cabeza entre las manos.

- Eres un ghola defectuoso. Tendría que haber tirado tu feto y haber empezado de nuevo hace doce años.

La voz del muchacho sonó ronca, como fibra rota.

- ¡Me concentraré y sacaré mis recuerdos de las células a la fuerza!

Al maestro tleilaxu la tristeza y el cansancio le pesaban.

- Es un proceso instintivo, no intelectual. Debe venir a ti. Si tus recuerdos no regresan, no me sirves de nada. ¿Para qué dejarte vivir?

El muchacho se debatía visiblemente, pero Scytale no vio ningún destello de reverencia y alivio, ninguna señal del flujo de las experiencias de una vida. Los dos tleilaxu olían a fracaso. A cada momento que pasaba, Scytale sentía morir una parte de su ser.

6

El destino de nuestra raza depende de los actos de una colección inverosímil de desarraigados.

De un estudio Bene Gesserit sobre la condición humana.

En su segunda vida, el barón Vladimir Harkonnen se desenvolvía bien. Con solo diecisiete años, el ghola despertado ya dirigía un gran castillo lleno de antiguas reliquias con un séquito de sirvientes que satisfacían Cada capricho, Mejor aún, se trataba del castillo de Caladan, la sede de la Casa Atreides. En aquellos momentos estaba sentado en un trono de joyas negras fundidas, mirando a su alrededor en una enorme sala, mientras la servidumbre seguía con sus tareas. Pompa y grandeza, todos los arreos dignos de un Harkonnen.

Sin embargo, a pesar de las apariencias, el barón ghola tenía muy poco poder real y él lo sabía. La miríada de los Danzarines Rostro le había creado con un propósito muy concreto y, aunque ya había recuperado sus recuerdos, lo tenían atado muy corto. Aún había demasiadas preguntas importantes sin contestar, demasiadas cosas que quedaban fuera de su control. Y eso no le gustaba.

Los Danzarines Rostro parecían mucho más interesados en el joven ghola de Paul Atreides… al que ellos llamaban «Paolo». Él era el verdadero premio. Su líder, Khrone, decía que aquel planeta y el castillo restaurado existían con el solo propósito de despertar los recuerdos de Paolo. El barón no era más que un medio para lograr un propósito, con una importancia secundaria en el «asunto del kwisatz haderach».

Y estaba resentido con el crío. Paolo tenía solo ocho años y aún tenía mucho que aprender de su mentor, aunque el barón seguía sin entender qué querían realmente los Danzarines Rostro.

- «Prepararlo, educarlo. Encargarte de que esté listo para cumplir su destino -es lo que Khrone había dicho-. El debe satisfacer cierta necesidad».

Cierta necesidad. Pero ¿cuál?

Eres su abuelo, dijo la irritante voz de Alia en su cabeza. Debes ocuparte de él. La muchacha le azuzaba continuamente. Desde el momento en que recuperó sus recuerdos, Alia había estado esperando en su mente. Su voz aún tenía un acento infantil, el mismo tono exacto que cuando lo mató con la aguja envenenada del gom jabbar.

- ¡Preferiría ocuparme de ti, pequeña Abominación! -gritó el barón-. Retorcerte el cuello, estrujarte la cabeza… una, dos, tres veces. ¡Hacer que tu cráneo delicado estallara! ¡Ja!

Pero sería tu propio cráneo, barón.

El barón se llevó las manos a las sienes.

- ¡Déjame en paz!

Viendo que no había nadie con su señor en la sala, los sirvientes lo miraron con inquietud. El barón bufó y volvió a recostarse en su titilante asiento negro. Después de abochornarle y enfurecerle, la voz de Alia susurró su nombre con tono provocativo una vez más y se desvaneció.

Y en ese momento, un Paolo altanero entró en la cámara, seguido por un séquito de andróginos Danzarines Rostro que actuaban a modo de protectores. El niño tenía un aire de seguridad que al barón le fascinaba y le desconcertaba a un tiempo.

El barón Vladimir Harkonnen y este otro Paul Atreides estaban inextricablemente unidos, se atraían y se repelían a la vez, como dos poderosos imanes. Cuando los recuerdos del barón fueron restaurados y cobró conciencia de quién era realmente, Paolo fue llevado a Caladan y entregado a sus atentos cuidados… con una clara advertencia sobre lo que le pasaría si algo le sucedía.

Desde su trono negro y elevado, el barón miró furioso a aquel jovencito avasallador. ¿Qué hacía que Paolo fuera tan especial?

¿Qué era el «asunto del kwisatz haderach»?

¿Qué sabía el Atreides?

Durante un tiempo, Paolo había sido un jovencito sensible, reflexivo, incluso atento; tenía una obstinada vena de bondad que el barón había tratado de erradicar con diligencia. Pero con el tiempo, y un adiestramiento lo bastante duro, estaba seguro de que podía doblegar incluso la honorable vena de un Atreides. ¡Y eso prepararía a Paolo para su destino, sí, señor! Aunque ocasionalmente el muchacho seguía debatiéndose con sus actos, habían hecho considerables progresos.

Paolo se detuvo con impertinencia ante la tarima. Uno de los Danzarines Rostro puso una antigua pistola en la mano del niño.

El barón se inclinó hacia delante para ver mejor, furioso.

- ¿Pertenece esa pistola a mi colección privada? Te dije que no las tocaras.

- Es una reliquia de la Casa Atreides, así que tengo derecho a utilizarla. Una pistola de disco que perteneció a mi hermana, según la etiqueta.

El barón se revolvió en su trono, inquieto al ver aquella arma cargada tan cerca.

- Solo es una pistola de mujeres.

En el interior de los gruesos apoyabrazos negros del trono, el barón tenía escondidas otras armas, cualquiera de las cuales podría haber convertido fácilmente al muchacho en una masa sanguinolenta… mmm, un material perfecto para crear otro ghola, pensó.

- Aun así, es una reliquia valiosa y no quiero que se estropee por culpa de un niño descuidado.

- No la estropearé. -Paolo parecía pensativo-. Respeto los objetos que utilizaron mis antepasados.

Ansioso por evitar que el muchacho pensara demasiado, el barón se puso en pie.

- Entonces, ¿por qué no vamos fuera, Paolo? ¿Por qué no miramos cómo funciona? -Le dio una palmadita paternal en el hombro-. Y luego podemos matar algo con nuestras propias manos, como hicimos con los perros mestizos y las comadrejas.

Paolo parecía dudar.

- Otro día.

Aun así, el barón se lo llevó rápidamente de la sala del trono.

- Vamos a deshacernos de esas ruidosas gaviotas que rondan los vertederos. ¿Te había dicho lo mucho que me recuerdas a Feyd? Mi adorable Feyd…

- En más de una ocasión.

Bajo la vigilancia de los Danzarines Rostro, pasaron las dos siguientes horas en el montón de basura del castillo, disparando por turnos a aquellos pájaros escandalosos con la pistola de disco. Ajenas al peligro, las gaviotas se lanzaban y gritaban, peleándose por los pedazos de basura mojados por la lluvia. Paolo disparaba, luego el barón. A pesar de su antigüedad, la pistola era bastante certera. Cada disco giratorio y microdelgado troceaba a un pájaro y lo dejaba hecho una masa informe de carne y plumas. Y entonces las otras gaviotas se peleaban por los pedazos frescos de carne.

Entre los dos mataron catorce pájaros, aunque el barón no lo hizo ni de lejos tan bien como el niño, que demostraba una gran capacidad para apuntar a sangre fría. Cuando el barón levantó la pistola y apuntó con cuidado, la voz molesta de la niña volvió a resonar en su cabeza. Esa no es mi pistola, ¿lo sabías?

Él disparó y falló por un amplio margen. Alia rió tontamente.

- ¿Cómo que no es tuya? -No hizo caso de la mirada desconcertada de Paolo, que le cogió el arma para disparar.

Es falsa. Yo nunca tuve una pistola de disco como esa.

- Déjame en paz.

- ¿Con quién hablas?-preguntó Paolo.

El barón se metió la mano en el bolsillo y le dio a Paolo varias cápsulas de sustituto de melange, que el muchacho aceptó obedientemente. Le cogió el arma.

- No seas ridícula. El marchante de antigüedades me trajo un certificado de autenticidad y la documentación cuando me la vendió.

Abuelo, no tendrías que dejarte engañar tan fácilmente. Mi pistola disparaba discos más grandes. Esta es una imitación barata, y no tiene las iniciales del fabricante en el cañón como la auténtica.

El barón estudió los grabados de la empuñadura, volvió la pistola hacia su cara y examinó el corto cañón. No había iniciales.

- ¿Y las otras cosas, las que supuestamente pertenecieron a Jessica y el duque Leto?

Algunas son reales, otras no. Dejaré que descubras por ti mismo qué es qué.

El marchante, que conocía la afición del noble por comprar artefactos históricos, pronto volvería a Caladan. ¡Nadie se burlaba del barón! El barón ghola decidió que la próxima entrevista no sería tan cordial. Tendría que hacer algunas preguntas incisivas. La voz de Alia volvió a desvanecerse, y él se alegró de tener un momento de paz en su cabeza.

Paolo había consumido dos de las cápsulas naranjas, y cuando el sustituto de la melange empezó a hacer efecto, se desplomó sobre las rodillas y se quedó mirando beatíficamente al cielo.

- ¡Veo una gran victoria en mi futuro! Estoy empuñando un cuchillo que gotea sangre, estoy sobre mi enemigo… sobre mí mismo. -Frunció el ceño, y luego volvió a sonreír, gritando-: ¡Yo soy el kwisatz haderach! -Y entonces Paolo soltó un alarido espeluznante-. No… ahora me veo a mí mismo muriendo en el suelo, desangrándome. Pero ¿Cómo puede ser si soy el kwisatz haderach? ¿Cómo puede ser?

El Danzarín Rostro que estaba más cerca cobró vida.

- Tenemos instrucciones para estar atentos a cualquier señal de presciencia. Debemos notificárselo a Khrone inmediatamente.

¿Presciencia?, pensó el barón. ¿O locura?

Dentro de su cabeza, la presencia de Alia rió.

***

Días después, el barón andaba a grandes zancadas por la parte alta del acantilado y miraba al mar. Caladan aún no tenía la adorable y negra capacidad industrial de su amada Giedi Prime, pero al menos había pavimentado los jardines de las zonas más próximas al castillo. El barón odiaba las flores, con sus colores estridentes y su olor nauseabundo, Él prefería el perfume del humo de una fábrica. Tenía grandes planes para Convertir Caladan en otro Giedi Prime. El progreso era mucho más importante que ningún plan esotérico que los Danzarines Rostro pudieran tener para el joven Paolo.

En el nivel más bajo del castillo restaurado, donde otras grandes Casas habrían preparado cámaras dedicadas a «actividades para el cumplimiento de la ley», la Casa Atreides había dedicado el espacio a almacenes de comida, una bodega de vino y un refugio de emergencia. El barón era un noble más tradicional, y había instalado calabozos, salas de interrogatorios y una cámara de tortura perfectamente equipada. En este nivel también tenía una sala de fiestas, donde llevaba con frecuencia a los jovencitos del pueblo pesquero.

No puedes borrar las señales de la Casa Atreides con unos cambios de maquillaje, abuelo, dijo la irritante voz de Alia. Prefería el antiguo castillo.

- ¡Cállate, demonio! Tú tampoco estuviste nunca aquí en vida.

Oh, visité mi hogar ancestral cuando mi madre vivía aquí, cuando Muad'Dib era emperador y su yihad salpicó de sangre los sistemas estelares. ¿No te acuerdas, abuelo? En aquel entonces ¿no estabas dentro de mi cabeza?

- Ojalá tú no estuvieras dentro de la mía. ¡Yo nací antes que tú! No puedo tener tus recuerdos dentro de mí. ¡Eres una Abominación!

Alia chasqueó la lengua de una forma particularmente desconcertante. Sí abuelo, soy eso y mucho más. Quizás por eso tengo el poder de estar dentro de ti. O quizá es que eres defectuoso… que estás loco. ¿Te has planteado la posibilidad de que puedas estar imaginándome? Es lo que todos creen.

Los sirvientes pasaban apresuradamente, lanzando miradas temerosas en su dirección. En ese momento el barón vio un vehículo terrestre avanzando laboriosamente por la empinada carretera que salía del puerto espacial.

- Ah, ahí viene nuestro invitado. -A pesar de la intrusión de Alia, esperaba que aquel fuera un día entretenido.

Cuando el vehículo terrestre se detuvo, un hombre alto se apeó del compartimiento trasero y avanzó entre las estatuas de los grandes Harkonnen que el barón había hecho erigir en el pasado año. Una plataforma suspensora flotaba detrás del marchante de antigüedades, cargada con su mercancía.

¿Qué tienes pensado para él, abuelo?

- Lo sabes perfectamente. Desde lo alto del muro, el barón se restregó las manos por la expectación-. Haz algo útil por una vez, Abominación. - Alia rió, pero sonó como si se estuviera riendo de él.

El barón bajó apresuradamente mientras un sirviente con aire atormentado acompañaba al visitante al interior. Shay Vendee era marchante de antigüedades, y para él siempre era un placer reunirse con uno de sus mejores clientes. Cuando entró seguido por su mercancía, su rostro redondo parecía radiante como un pequeño sol rojo.

El barón le recibió con un húmedo apretón de manos. Le sujetó la mano entre las suyas y la retuvo por unos instantes, apretando ligeramente fuerte.

El marchante se soltó.

- Cuando veáis lo que os traigo os maravillaréis, barón… es asombroso lo que se puede encontrar hurgando un poco. -Abrió uno de los cajones de la plataforma suspensora-. He reservado estos tesoros especialmente para vos.

El barón sacudió una mota de uno de los anillos enjoyados de sus dedos.

- Primero quería enseñarte algo, mi querido señor Vendee. Mi nueva bodega de vinos. Estoy muy orgulloso de ella.

Una mirada de sorpresa.

- ¿Vuelven a estar en activo los viñedos danianos?

- Tengo otras fuentes.

Cuando el marchante desenganchó la plataforma suspensora, el barón lo acompañó a la penumbra de los pisos inferiores por una amplia escalera de roca. Ajeno al peligro, Vendee charlaba cordialmente.

- Antiguamente los vinos de Caladan eran famosos, y con razón. De hecho, he oído el rumor de que se encontró una reserva en las ruinas de Kaitan, botellas que se han conservado intactas en una burbuja de nulentropía. El campo de nulentropía impidió que el vino envejeciera… durante miles de años, pero incluso así debe de ser de una cosecha extraordinaria. ¿Queréis que mire si puedo conseguiros una o dos botellas?

El barón se detuvo al pie de la oscura escalera y miró con ojos negro ataña a su invitado.

- Mientras vengan con la documentación apropiada. No me gustaría que me vendieran ninguna imitación.

Vendee puso cara de espanto.

- ¡Por supuesto que no, barón Harkonnen!

Finalmente, pasaron por un estrecho corredor iluminado por humeantes lámparas de aceite. Los globos de luz eran demasiado eficaces y luminosos para el gusto del barón. A él le gustaba el olor pesado y granuloso del aire; casi enmascaraba los otros olores.

- ¡Ya estamos! -El barón empujó una pesada puerta de madera y pasó a su cámara de tortura plenamente equipada. En ella tenía los útiles tradicionales: péndulo, máscaras, sillas eléctricas, y un potro que permitía levantar al sujeto en el aire y luego dejarlo caer-. Una de mis nuevas salas de juegos. Mi orgullo y mi alegría.

Los ojos de Vendee se abrieron alarmados.

- Pensé que habíais dicho que íbamos a vuestra bodega.

- Bueno, es ahí, buen hombre. -Con expresión afable, el barón señaló una mesa de la que colgaban unas correas sueltas. Encima había una botella y dos vasos. Sirvió el vino tinto en los dos vasos y le pasó uno a su invitado, que estaba cada vez más inquieto.

- Vendee miró a su alrededor, y vio con nerviosismo las manchas rojas de la mesa y el suelo de roca. ¿Vino derramado?

- He hecho un viaje muy largo y estoy cansado. Quizá deberíamos volver arriba. Estaréis encantados cuando veáis los objetos que os he traído. Reliquias muy valiosas, os lo aseguro.

El barón pasó una de las correas de la mesa entre sus dedos.

- Primero, hay cierto asunto… -Entrecerró los ojos. Un muchacho con los ojos hundidos entró por una puerta lateral llevando algo que parecían dos armas antiguas y ornamentadas, pistolas de disco de factura antigua.

- ¿Te suenan? Examínalas cuidadosamente.

Vendee cogió una de las armas para examinarla.

- Oh, sí. La antigua pistola de Alia Atreides. La sujetó con sus propias manos.

- Eso dijiste. -Tras coger la otra pistola, el barón dijo a Vendee-: Me vendiste una imitación. Porque resulta que se que la pistola que tienes en las manos no es la original que utilizó Alia.

- Me he labrado una reputación por mi integridad, barón. Si alguien os ha dicho otra cosa, miente.
- Por desgracia para ti, mi fuente es irreprochable.
Tienes suerte de tenerme dentro de tu cabeza para que pueda señalarte tus errores, dijo Alia. Si es que crees que soy real.
Con aire indignado, Vendee dejó la pistola en la mesa y se volvió para irse. No llegó a la puerta.
El barón apretó el gatillo de su arma y un disco grande salió girando del cañón y golpeó al marchante en la nuca. Lo decapitó. Rápido y certero. El barón estaba seguro de que no le había dolido nada.
- Buen disparo, ¿eh? -El barón le sonrió al muchacho.
El sirviente ni siquiera pestañeó por lo que había visto.
- ¿Es todo, señor?
- No esperarás que limpie yo esto, ¿no?
- No, señor. Enseguida me ocupo.
- Y luego lávate. -El barón lo miró de arriba abajo-. Esta tarde nos divertiremos un poco. -Entretanto, él volvió arriba para ver qué le había traído el marchante de antigüedades.

7

En otro tiempo, nací de madre natural, luego he vuelto a nacer varias veces como ghola. Considerando los milenios que las Bene Gesserit, los tleilaxu y otros llevan manipulando los genes, yo me pregunto… ¿sigue siendo alguno de nosotros natural?

DUNCAN IDAHO, entrada en el cuaderno de bitácora de la nave.

En el día de hoy Gurney Halleck volvería a nacer. Paul Atreides llevaba esperando este momento desde que se había iniciado el período de gestación. Desde el reciente nacimiento de su hermana Alia, la espera se le había hecho casi insoportable. Pero en cuestión de horas, sacarían a Gurney del tanque axlotl. ¡El renombrado Gurney Halleck!
En sus estudios bajo la tutela de la censora superior Garimi, Paul había leído muchas cosas sobre el guerrero trovador, había visto imágenes, había escuchado grabaciones con sus canciones. Pero él quería conocer al Gurney real, su amigo, su mentor y protector de tiempos épicos. Algún día, aunque ahora sus edades estaban invertidas, los dos recordarían cuán estrecha había sido su amistad.
Paul no pudo evitar sonreír mientras se preparaba apresuradamente. Silbando una vieja canción Atreides que había aprendido de la colección de grabaciones de Gurney, salió al corredor; Chani salió de sus alojamientos para acompañarle. Ella tenía trece años, dos menos que él, y era delgada como un junco, de habla rápida y dulce y hermosa, tan solo un anticipo de la mujer que sería. Conociendo sus destinos, ella y Paul ya eran inseparables. Él la cogió de la mano y corrieron felices hacia el centro médico.
Paul no sabía si Gurney ya sería un bebé feo, o si se convirtió en el despojo que era después de que los Harkonnen lo machacaran. También esperaba que el ghola de Gurney tuviera un talento natural para el baliset. Confiaba en que los almacenes de la no-nave podrían recrear uno de aquellos antiguos instrumentos. Quizá podrían tocar juntos.
Habría otras personas presentes para el nacimiento: su «madre» Jessica, Thufir Hawat, y casi con total seguridad Duncan Idaho. Gurney tenía muchos amigos a bordo. En la nave nadie había conocido a Xavier Harkonnen o Serena Butler, los otros dos gholas que serían decantados ese día, pero eran leyendas de la Yihad Butleriana. Según Sheeana, cada ghola tenía un

papel que desempeñar, y uno de ellos -o todos juntos- podía ser la clave para derrotar al Enemigo.

Aparte de los ghola muchos otros niños habían nacido en el Ítaca durante sus largos años de viaje. Las hermanas se apareaban con operarios Bene Gesserit que también habían huido de Casa Capitular; comprendían la necesidad de incrementar la población y preparar una base sólida para una nueva colonia, si es que algún día la no-nave encontraba un planeta apropiado para establecerse. Los refugiados del rabino, que también se habían casado y formado nuevas familias, seguían esperando ese hogar que satisficiera su larga búsqueda. La no-nave era tan inmensa y la población que viajaba a bordo era aún tan pequeña que a nadie le preocupaba realmente que pudieran quedarse sin recursos. Todavía no.

Cuando Paul y Chani se acercaban a la principal sala de partos, cuatro censoras salieron corriendo por el pasillo, pidiendo a voces un doctor Suk cualificado.

- ¡Están muertos! ¡Los tres!

A Paul el corazón le dio un vuelco. A sus quince años, ya se estaba entrenando en algunas de las capacidades que en otro tiempo le convirtieron en el líder histórico conocido como Muad'Dib. Poniendo toda la sangre fría que pudo en su voz, exigió a la segunda censora que se detuviera.

- ¡Explícate!

La Bene Gesserit contestó con sorpresa.

- Tres tanques axlotl, los tres gholas. Sabotaje… y asesinato. Alguien los ha destruido.

Paul y Chani corrieron hacia el centro médico. Duncan y Sheeana ya estaban en la puerta con aspecto convulso. En el interior de la cámara, los tres tanques axlotl habían sido desconectados de sus mecanismos de soporte vital y yacían en un charco de carne calcinada y fluidos. Alguien había utilizado un rayo incinerador y corrosivo para destruir no solo la maquinaria de soporte, sino también la carne de los tanques y a los gholas no nacidos.

Gurney Halleck, Xavier Harkonnen, Serena Butler. Todos perdidos. Y los tanques, que en otro tiempo fueron mujeres.

Duncan miró a Paul, articulando el verdadero motivo de preocupación que había en todo aquello.

- Tenemos un saboteador a bordo. Alguien que desea perjudicar al proyecto ghola… o quizá a todos nosotros.

- Pero ¿por qué ahora? -preguntó Paul-. La nave lleva huyendo dos décadas, y el proyecto ghola empezó hace años. ¿Qué ha cambiado?

- Quizá alguien tiene miedo de Gurney Halleck -sugirió Sheeana-. O de Xavier Harkonnen, o de Serena Butler.

Paul vio que los otros tres tanques de la sala no habían sido dañados, incluyendo el que recientemente había dado a luz a una Alia saturada de especia.

En pie, junto al tanque de Gurney, vio al bebé muerto entre los pliegues quemados y disueltos de carne. Se arrodilló, asqueado, y tocó las escasas hebras de cabello rubio.

- Pobre Gurney…

Mientras Duncan ayudaba a Paul a incorporarse, Sheeana dijo con voz fría y pragmática:

- Seguimos teniendo material celular. Podemos crear sustitutos para los tres.-Paul intuía su ira, apenas controlada por su estricto adiestramiento Bene Gesserit-. Necesitaremos más tanques axlotl. Haré un llamamiento pidiendo voluntarias.

El ghola de Thufir Hawat entró y contempló la escena con incredulidad, con rostro ceniciento. Tras la dura prueba en el planeta de los adiestradores, él y Miles Teg estaban más unidos que nunca. Ahora Thufir

ayudaba al bashar con la seguridad y las defensas en la nave. El joven de catorce años trató de sonar autoritario.

- Descubriremos quién ha hecho esto.

- Comprueba las imágenes de seguridad -dijo Sheeana-. El asesino no puede esconderse.

Thufir parecía abochornado, además de furioso, y muy joven.

- Ya las he comprobado. Las cámaras fueron desactivadas deliberadamente, pero tiene que haber otras pruebas.

- Esto es un ataque a todos nosotros, no solo a los tanques axlotl. - Cuando se volvió hacia el joven Thufir, la ira de Paul era evidente-. El bashar ha mencionado varios incidentes anteriores que podrían ser sabotajes.

- No se ha podido demostrar -dijo Thufir-. Pudo tratarse de cortocircuitos mecánicos, fatiga de los sistemas, fallos normales.

Paul habló con voz gélida mientras miraba una última vez al bebé que habría sido Gurney Halleck.

- Esto no ha sido ningún fallo.

Y entonces, de pronto, Paul sintió que las piernas le fallaban. Le dio un vahído y su conciencia se enturbió. Mientras Chani corría a sujetarle, se tambaleó, perdió pie y al caer se golpeó la cabeza contra el suelo. Por un momento la oscuridad lo envolvió, pero las tinieblas dieron paso a una visión atemorizadora. Paul Atreides la había visto antes, pero no sabía si era un recuerdo o presciencia.

Se vio a sí mismo en el suelo en un lugar espacioso y desconocido. Una profunda herida de cuchillo se estaba llevando su vida. Una herida mortal. su sangre se derramaba por el suelo, y su visión pasó a una oscura estática. Cuando levantó la vista, vio su propio rostro devolviéndole la mirada, riendo.

«¡Te he matado!».

Chani le estaba sacudiendo, le gritaba al oído.

- Usul, Usul, mírame.

Paul sintió la mano de Chani en su mano, y cuando su visión se aclaró vio otra cara preocupada. Por un momento pensó que era Gurney Halleck, con su cicatriz violácea en el mentón y los ojos como fragmentos de cristal, los cabellos rubios.

La imagen cambió, y se dio cuenta de que era Duncan Idaho, de pelo negro. Otro viejo amigo y guardián.

- ¿Me protegerás del peligro, Duncan? -Paul hablaba con voz entrecortada. Como prometiste cuando era niño. Gurney ya no podrá estar.

- Sí, mi señor. Siempre.

8

Es evidente que las Honoradas Matres diseñaron personalmente su nombre, porque nadie fuera de ellas utilizaría el término «honor» después de ver sus actos cobardes y egoístas. La mayoría tiene una forma muy distinta de referirse a estas mujeres.

MADRE COMANDANTE MURBELLA, valoración de las fuerzas pasadas y presentes.

Las armas y las naves eran tan importantes como el aire y la comida en estos supuestos Tiempos del Fin. Murbella sabía que tendría que enfocar el problema de otro modo, pero jamás habría esperado tanta resistencia de su propia Hermandad.

Llena de ira y desdén Kiria exclamó:

- ¿Les ofrece destructores, madre comandante? No podemos entregar unas armas tan destructivas a Ix así, sin más.

Murbella no tenía paciencia para esto.

- Y quién aparte de ellos puede construir más? Si tenemos secretos entre nosotros lo único que conseguiremos será beneficiar al Enemigo. Sabes tan bien como yo que solo los ixianos pueden descifrar la tecnología y fabricar en grandes cantidades para la inminente guerra. Por tanto, deben tener acceso libre. No hay otra salida.

Muchos mundos estaban construyendo flotas gigantescas, armando cada nave que encontraban, trabajando en el diseño de nuevas armas, pero hasta la fecha nada había resultado ni remotamente efectivo frente al Enemigo. La tecnología de las máquinas pensantes no tenía igual. Pero, con un suministro de nuevo de destructores, Murbella volvería el poder destructivo de las maquinas contra ellas mismas.

Siglos atrás, cuando las Honoradas Matres robaron aquellas armas en los puestos fronterizos de las máquinas, podrían haber formado una barrera impenetrable y haber arrojado los destructores contra el Enemigo. Si se hubieran unido en defensa del bien común, podrían haber evitado el problema. Pero en vez de eso, huyeron.

Cuando pensaba en la historia oculta que había desenterrado de lo más profundo de las Otras Memorias, Murbella seguía sintiéndose molesta con sus antepasadas, Habían cogido aquellas armas, las habían utilizado sin entenderlas y habían agotado la mayor parte de sus reservas en su absurda venganza contra sus odiados tleilaxu. Sí, es cierto, muchas generaciones antes, los tleilaxu habían atormentado a sus mujeres, y tenían buenos motivos para dirigir contra ellos su violencia vengativa.

Pero, ¡qué desperdicio!

Por culpa de la ligereza con que las Honoradas Matres habían utilizado aquellas armas para calcinar todos los mundos que las ofendían, solo unos pocos destructores quedaron intactos. Recientemente, cuando arremetieron contra los enclaves rebeldes de las Honoradas Matres, Murbella esperaba encontrar arsenales ocultos de destructores. Pero no habían encontrado nada. ¿Había robado alguien las armas? ¿La Cofradía tal vez, con el pretexto de ayudar a las madres? ¿O es que realmente las rameras las habían utilizado todas y no habían dejado ninguna en reserva?

Ahora la raza humana no tenía armas suficientes para enfrentarse al verdadero Enemigo. Los destructores les resultaban tan incomprensibles como los artefactos que Tio Holtzman había creado para plegar el espacio, y las mujeres no tenían ni idea de cómo crear más. Por el bien de la humanidad, esperaba que los ixianos sí pudieran hacerlo.

Los tiempos extremos exigen acciones extremas.

Bajo sus órdenes, los miembros de la Hermandad unificada retiraron las poderosas armas de sus no-naves, los cruceros de combate y las naves de infiltración. Murbella las llevaría a Ix personalmente. En aquellos momentos, se dirigía hacia el puerto espacial de Casa Capitular con un pequeño séquito, y cortó en seco aquellos continuos argumentos.

- Pero, madre comandante, al menos debe negociar la protección de las patentes -dijo Laera, con un sofoco que se notaba incluso en su piel oscura-. Imponer restricciones para que la tecnología no se difunda. -Era una de las reverendas madres más pragmáticas, y cumplía en buena medida con el papel que en su día desempeñara Bellonda-. La proliferación de estas armas entre los señores de la guerra planetarios podría provocar la devastación de los sistemas estelares más extensos. La CHOAM misma, si trabaja en colaboración con Ix, podría quebrantar…

Murbella la atajó con un sonido disgustado.

- No me interesa quién pueda beneficiarse comercialmente o dejar de hacerlo cuando hayamos ganado esta guerra. Si los ixianos nos ayudan a conseguir la victoria, tienen derecho a sacar un beneficio. -Se restregó el mentón pensativa mientras miraba la rampa de su pequeño y veloz

transporte ligero-. Dejemos que los señores de la guerra se ocupen de sus propios asuntos.

9

Jugáis con los sentimientos como un niño con un juguete. Yo sé por qué vuestra Hermandad no valora las emociones: ¡no podéis valorar lo que no entendéis!

DUNCAN IDAHO, carta a la reverenda madre Bellonda.

Sheeana utilizó un tono autoritario, prácticamente la Voz.

- «El respeto de la verdad es la base de toda moral». Y yo quiero que me digáis la verdad. Ahora.

Garimi arqueó las cejas.

- ¿Una cita del Duque Leto Atreides para reforzar el interrogatorio? -dijo con calma-. ¿Traemos luces cegadoras y una Decidora de Verdad?

- Mi sentido de la verdad bastará. Os conozco lo bastante bien para leer en vuestro interior.

Las ondas de choque del terrible crimen en la sala de nacimientos se extendían por la no-nave. El asesinato de gholas no nacidos, la destrucción de tres tanques axlotl- ¡tanques creados a partir de hermanas voluntarias!- Sobrepasaba cualquier cosa que Sheeana hubiera podido esperar de sus detractoras más acérrimas. Evidentemente, sus sospechas habían recaído en la líder declarada de la facción ultraconservadora.

Sheeana estaba en pie en una cámara interior de reuniones, con las puertas selladas, como una severa maestra de escuela, ante nueve de sus más importantes detractoras. Aquellas mujeres se habían opuesto al proyecto ghola desde su concepción, y habían vuelto a manifestar su total oposición cuando Sheeana decidió reiniciar el proyecto.

Bajo aquel severo escrutinio, Garimi le devolvió la mirada, mientras sus partidarias se mostraban abiertamente hostiles… sobre todo la achaparrada Stuka.

- ¿Por que iba yo a dañar un tanque axlotl? No tiene sentido, en su mente, entre las vidas de las Otras Memorias, Sheeana oyó la voz ahora familiar de la antigua figura de Serena Butler, Parecía horrorizada. ¡Asesinar a un bebé! Serena era una visitante muy ocasional en las Otras Memorias, una mujer cuyos antiguos pensamientos no tendrían que haber viajado por los corredores de tantas generaciones, y sin embargo, ya hacía unos años que estaba con Sheeana.

- Con anterioridad has manifestado el deseo de matar niños ghola. -Finalmente Sheeana se sentó.

Garimi hizo un esfuerzo por controlar los temblores.

- Traté de salvarnos a todos antes de que Leto pudiera convertirse en una amenaza, antes de que pudiera volver a convertirse en el Tirano. Eso es todo, y fracasé. Mis razones son de sobra conocidas, y las mantengo. ¿Por qué llegar a tales extremos ahora? ¿Qué me importa a mí Halleck? ¿O el viejo general Xavier Harkonnen? Incluso Serena Butler está tan y tan lejos en nuestro pasado que es poco más que el humo de una leyenda. ¿Por qué preocuparme por ellos cuando los peores gholas (Paul Muad'Dib, Leto II, la caída dama Jessica y Alia la Abominación) ya caminan entre nosotros? -Garimi profirió un desagradable rugido-. Tus sospechas me ofenden.

- A mí me ofenden las pruebas.

- A pesar de nuestros desacuerdos, todas somos hermanas -insistió Garimi.

Al principio las Bene Gesserit fugitivas compartían una causa, un objetivo común. Pero pocos meses después de la huida de Casa Capitular

empezaron las divisiones, las luchas de poder; el cuestionar el mando, la disparidad de opiniones. Duncan y Sheeana se concentraban en huir del Enemigo Exterior, mientras que Garimi deseaba fundar una nueva central y adiestrar a la población Bene Gesserit según las normas establecidas.

¿Cómo hemos podido cambiar tan drásticamente? ¿Cómo han podido acentuarse tanto las divisiones?

Sheeana paseó su mirada de una cara a otra, buscando algún indicio de culpabilidad, sobre todo en los ojos. Stuka, bajita y con el pelo rizado, tenía una línea de sudor sobre el labio superior, un claro indicador de nerviosismo. Pero no detectó odio en ella, no vio el desprecio suficiente para desencadenar un acto tan brutal. Para su desazón, no tuvo más remedio que aceptar que el responsable no estaba allí.

- Entonces necesito vuestra ayuda. La persona que tenemos a nuestro lado podría ser un saboteador. Debemos entrevistar a todo el mundo. Reunir Decidoras de Verdad cualificadas y utilizar nuestras últimas reservas de la droga para inducir el Trance de Verdad. -Sheeana se frotó las sienes, temblando ante la inmensidad de aquella tarea?. Por favor, dejadme sola para que pueda meditar.

Cuando las nueve detractoras salieron, Sheeana se quedó sola, con los ojos entrecerrados. Con los años, la población del Ítaca había aumentado. Ni siquiera ella estaba segura de cuántos niños había a bordo, aunque eso podía comprobarse fácilmente. O eso creía.

- Bueno -murmuró dirigiéndose a las Otras Memorias-, Serena Butler… ¿estaba tu asesina en la habitación? Y, si no son ellas ¿quién puede haber sido?

La voz de Serena le habló, llena de pesar. Un mentiroso puede ocultarse tras una barricada, pero todas las barricadas acaban por ceder. Tendrá otras oportunidades de descubrir al asesino. Porque sin duda habrá nuevos sabotajes.

***

Las Decidoras de Verdad se probaron entre ellas.

Veintiocho reverendas madres cualificadas escogidas entre las seguidoras de Garimi y la población general de hermanas. Las mujeres no protestaron defendiendo su inocencia ni se quejaron por las sospechas que recaían sobre ellas. En lugar de eso, aceptaron el mutuo interrogatorio.

Sheeana observó con frialdad mientras las mujeres se dividían en tríos. Dos actuaban a modo de interrogador y la tercera era interrogada. En cuanto la interrogada superaba el riguroso interrogatorio, cambiaban los papeles, de modo que todas pasaban por la prueba. Una a una, las Decidoras de Verdad iban formando un grupo cada vez mayor de investigadoras de confianza. Todas pasaron la prueba.

Cuando las Decidoras de Verdad hubieron confirmado su inocencia, Sheeana permitió que la interrogaran a ella. Garimi y sus hermanas disidentes también afrontaron el desafío y demostraron su inocencia, al igual que las seguidoras incondicionales de Sheeana.

Todas.

A continuación, con una Decidora de Verdad llamada Calissa a su lado, Sheeana se plantó ante un rígido Duncan Idaho. La sola idea de que Duncan fuera un asesino y un saboteador le parecía absurda. Sheeana no lo habría creído de ninguna de las personas que viajaba a bordo, y sin embargo, tres tanques axlotl y tres niños ghola la habían sido destrozados.

Pero Duncan… tenerlo tan cerca, percibir el olor de su sudor, sentir que de alguna manera llenaba la habitación con su presencia, despertaba peligrosos recuerdos en ella. Sheeana había utilizado sus capacidades de sometimiento sexual para liberarlo de Murbella. A pesar de los antecedentes de los dos, ambos sabían que aquel encuentro apasionado fue

más que una simple tarea necesaria. Desde entonces Duncan se había mostrado incómodo en su presencia, tenía miedo de sucumbir.

Pero esta vez no había ni amor ni tensión sexual, solo acusaciones.

- Duncan Idaho, ¿sabes cómo eludir las cámaras del centro médico?

Él miraba al frente, sin pestañear.

- Eso está dentro de mis capacidades.

- ¿Cometiste ese terrible acto y borraste el rastro?

Ahora sus ojos la buscaron.

- No.

- ¿Tenías alguna razón para evitar que Gurney Halleck, Serena Butler o Xavier Harkonnen nacieran?

- No la tenía.

Ahora que tenía a Duncan ante ella y una Decidora de Verdad, habría sido fácil preguntarle por su relación con ella. No podía mentir, no podía fingir. Pero le daban miedo las respuestas. No se atrevió a preguntar.

- Dice la verdad -declaró Calissa-. No es nuestro saboteador.

Duncan permaneció en la habitación cuando el bashar Miles Teg entró para su interrogatorio. Calissa pasó imágenes de la terrible escena de la sala de partos.

- ¿Eres en algún sentido responsable de esto, Miles Teg?

El bashar miró las imágenes, la miró a ella, se volvió a mirar a Duncan.

- Sí.

Sheeana estaba tan perpleja que tuvo que pensar una nueva pregunta.

- ¿En qué sentido? -preguntó Duncan.

- Soy responsable de la seguridad a bordo de la no-nave. Es evidente que he fracasado en mis obligaciones. De haber hecho un buen trabajo, esta atrocidad no habría tenido lugar. -Lanzó una mirada a la atormentada Calissa-. Puesto que me habéis preguntado en presencia de una Decidora de Verdad, no podía mentir.

- Muy bien, Miles Teg. Pero no es a eso a lo que me refería. ¿Cometiste sabotaje o lo autorizaste? ¿Estabas al corriente del asunto?

- No -contestó el con énfasis.

Se prepararon docenas de salas individuales, donde los interrogatorios pudieran continuar ininterrumpidamente. Y se preguntó a cada uno de los niños ghola, desde Paul Atreides hasta Leto II, de nueve años. Las Decidoras de Verdad no detectaron ninguna falsedad criminal.

Luego vinieron el rabino y sus judíos.

Y el resto de los pasajeros de la no-nave.

Nada. No parecía haber ni una sola persona relacionada con el incidente. Duncan y Teg utilizaron sus capacidades de mentat para revisar y volver a revisar las listas de pasajeros, pero no encontraron errores. Nadie había eludido los interrogatorios.

Sentado ante Sheeana en la sala de interrogatorios vacía, Duncan juntó los dedos de sus manos.

- Tenemos dos posibilidades. O el saboteador tiene capacidad para engañar a una Decidora de Verdad… o hay alguien escondido en el Ítaca sin que nosotros lo sepamos.

***

En equipos bien organizados, las Bene Gesserit clausuraron y dividieron las cubiertas de la no-nave, avanzando metódicamente de camarote en camarote, de cámara en cámara. Pero era una labor formidable. El Ítaca tenía el tamaño de una ciudad pequeña, de más de un kilómetro de largo, con cientos de cubiertas de altura, cada una de ellas llena de pasajes, cámaras, puertas ocultas.

Mientras trataba de pensar cómo podía haberse colado alguien en la nave sin que se dieran cuenta, Duncan se acordó de cuando encontró los restos momificados de las prisioneras Bene Gesserit que las Honoradas Matres habían torturado hasta la muerte. Aquella cámara de los horrores había pasado inadvertida durante todo el tiempo que Duncan estuvo prisionero en el interior de la nave en la pista de aterrizaje de Casa Capitular.

¿Es posible que otra persona -una Honorada Matre, quizá hubiera permanecido oculta en la nave todo ese tiempo? ¡Más de treinta años! No parecía probable, pero en la nave había miles de muelles de trabajo, alojamientos, corredores, zonas de almacenamiento.

Otra posibilidad: durante la huída del planeta de los adiestradores, varios Danzarines Rostro se habían estrellado con sus pequeños cazas contra el casco de la no-nave. Encontraron algunos cuerpos destrozados entre los restos de las naves… Pero ¿es posible que no hubiera sido más que una estratagema? ¿Y si alguno sobrevivió al impacto y se escabulló al interior de la nave? Quizá había uno o más Danzarines Rostro acechando en los corredores desiertos de la no-nave, buscando la forma de atacar.

Si eso era cierto, era imperativo que los encontraran.

Teg había instalado cientos de nuevas cámaras de seguridad en lugares estratégicos, pero en el mejor de los casos aquello no era más que una medida provisional. El Ítaca era tan inmenso que incluso el mejor material de vigilancia tendría miles de puntos muertos y, sencillamente, no tenían personal suficiente para controlar las cámaras que ya tenían. Era una tarea imposible.

Aun así, lo intentaron.

Mientras acompañaba a un grupo de cinco rastreadores, pensó en una batida avanzando entre la hierba alta en una partida de caza mayor. ¿Conseguirían hacer salir a un mortífero león de algún lugar en la inmensidad de la nave?

Registraron una cubierta tras otra, pero incluso con una docena de equipos, una inspección exhaustiva desde la cubierta mas alta a la cubierta de carga más baja habría llevado muchísimo tiempo y, en los registros limitados que realizaron, no encontraron nada. Duncan estaba agotado y estresado.

Y el asesino o asesinos seguían a bordo.

10

En estos momentos solo tenemos dos opciones: defendernos o rendimos ante el Enemigo. Pero si alguno de vosotros cree que la rendición es una opción viable, entonces ya hemos perdido.

BASHAR MILES TEG, discurso pronunciado ante el Compromiso Pellikor.

Tras dejar los destructores en Ix para que los fabricadores los estudiaran y duplicaran, Murbella viajó a los astilleros principales de la Cofradía, en Conexión.

El administrador Rentel Gorus, de cabellos largos y claros y ojos lechosos, acompañó a Murbella entre muelles de construcción, grúas suspensoras, cintas transportadoras y ensambladores, todos ellos bullendo de actividad. Los edificios eran altos y de formas cúbicas, las calles prácticas más que hermosas. En Conexión todo estaba hecho a una escala apabullante. Grandes elevadores subían los componentes al esqueleto de naves gigantescas, ensamblando una tras otra. El aire tenía el regusto del metal caliente, los residuos químicos que resultaban de la soldadura de componentes dispares para crear inmensas naves.

Gorus parecía excesivamente orgulloso.

- Como puede ver, tenemos las instalaciones que pide, madre comandante, siempre y cuando el precio sea el adecuado.

- El precio será el adecuado. -Con la riqueza de la Nueva Hermandad en melange y soopiedras, Murbella podría satisfacer prácticamente cualquier pago que le exigieran-. Pagaremos bien por cada nave que construyáis, cada aparato que pueda mandarse al combate, que pueda plantar cara al ejército de maquinas pensantes. El fin de nuestra civilización es inminente si no logramos derrotar a las máquinas pensantes.

Gorus no parecía impresionado.

- Cada bando en cada guerra cree que su conflicto es crucial para la historia. Pero en la mayoría de los casos son pensamientos alarmistas y engañosos. Esta guerra podría haberse acabado antes de que tenga que recurrir a tales medidas.

Ella frunció el ceño.

- No sé a qué se refiere.

- Hay otras formas de resolver el problema. Sabemos que las fuerzas exteriores están irrumpiendo en muchos sistemas planetarios. Pero ¿qué quieren? ¿Ante qué argumentos cederían? Consideramos que es importante hablarlo. -Sus ojos lechosos pestañearon.

- ¿Qué clase de truco esta tratando de hacernos esta vez la Cofradía?

- Nada de trucos, sensatez. El comercio debe continuar, al margen de la política, La desesperación de los tiempos de guerra inspira la innovación tecnológica, pero la paz fomenta beneficios a largo plazo. Gane quien gane, el comercio seguirá vivo.

Los cruceros eran las naves de lujo del universo desde hacía mucho tiempo; y ahora Murbella obligaba a la Cofradía Espacial a dedicar sus astilleros a crear las herramientas para la guerra. Durante siglos, la Cofradía había tenido una flota comercial estable, y el comercio no dejaba de aumentar conforme llegaba más gente procedente de la Dispersión. Sin embargo, ahora que la flota de Omnius estaba eliminando poblaciones enteras y enviando hordas de refugiados asustados de vuelta al corazón del Imperio Antiguo, se respiraba una profunda agitación entre la CHOAM y la Cofradía.

Un aire caliente procedente de los muelles de ensamblaje dio a Murbella en la cara, quemando sus fosas nasales con el humo acre de los humos residuales. Un estremecimiento le recorrió la columna.

- Sin duda nuestro enemigo común es racional -Siguió diciendo Gorus-. Por tanto, hemos enviado emisarios y negociadores a la zona de guerra. Encontraremos a las máquinas pensantes y haremos una propuesta. La Cofradía preferiría seguir comerciando independientemente del resultado de este desacuerdo.

Murbella jadeó.

- ¿Ha perdido el juicio? Omnius busca la exterminación de la humanidad. Y eso os incluye a vosotros.

- Exagera, madre comandante. Creo que algunos de nuestro; emisarios lograrán nuestro objetivo.

De fondo, explosiones de vapor que se elevaban enroscándose desde chimeneas de piedra. Murbella no hizo caso del ruido y el olor.

- Es usted un necio consumado, administrador Gorus. Las máquinas pensantes no se rigen por nuestras mismas normas.

- Sea como fuere, es nuestra obligación intentarlo.

- Y hasta la fecha ¿en qué han resultado sus pesquisas?

- Pérdidas aceptables. Nuestros primeros emisarios han desaparecido, pero insistiremos. Estamos preparados para cualquier eventualidad… incluso el desastre. -Con aire desenfadado, la llevó a un área abierta y despejada bajo el casco a medio montar de una inmensa nave-. Por tanto, nos complace poder ofrecer ciertos términos beneficiosos a la Nueva Hermandad. Siempre han sido un cliente valioso, pero lo que piden es

excesivo. Incluso en situación de guerra, nos pide más naves de las que podemos proporcionar.

- Ofrezca más incentivos a sus obreros.

- Ah, madre comandante, pero ¿nos ofrecerá usted más incentivos a nosotros?

Ella se picó.

- ¿Cómo puede pensar en beneficios cuando el futuro de la raza humana está en juego?

- Los beneficios determinan el futuro de todos. -El administrador hizo un gesto amplio, como si pretendiera englobar la gran cantidad de naves que les rodeaban.

- Pagaremos lo que pide, y si es necesario el Banco de la Cofradía nos dará créditos. Necesitamos esas naves, Gorus.

Él sonrió con frialdad.

- El crédito de las hermanas es bueno. Pero tenemos otro problema. No tenemos suficientes navegadores para dirigir las nuevas naves. Todas las naves que construyamos para la Hermandad irán necesariamente equipadas con compiladores matemáticos ixianos, no con los tradicionales navegantes. ¿Le parece aceptable?

- Mientras las naves funcionen, no tengo inconveniente. No tenemos tiempo para desarrollar y entrenar una nueva generación de navegantes.

Gorus se frotó las manos, visiblemente complacido.

- Últimamente los navegantes se están mostrando algo intratables, debido a la escasez de especia… una escasez que usted misma ha provocado, madre comandante. Por culpa suya tuvimos que buscar alternativas a los navegantes.

- No me interesan los navegantes, ni tampoco sus obscenos beneficios. Necesitamos esas naves, y no me importa cómo las consiga la Cofradía.

- Por supuesto, madre comandante, y le proporcionaremos lo que desee.

- Es exactamente la respuesta que esperaba.

11

¿Cuál es la ventaja de la presciencia si sirve únicamente para mostramos nuestra caída?

NAVEGANTE EDRIK, mensaje al Oráculo del Tiempo.

Los burócratas de la Cofradía tuvieron la audacia de convocar el crucero de Edrik a los astilleros de Conexión. Mirando al frente con sus ojos lechosos, el administrador Gorus anunció alegremente que el crucero sería equipado con uno de los nuevos compiladores matemáticos ixianos.

- No podemos depender de los suministros de especia. Debemos asegurarnos de que cada nave puede funcionar de forma segura si su navegante falla.

En los pasados dos años, más y más naves de la Cofradía habían sido equipadas con los odiados controles artificiales. ¡Compiladores matemáticos! No había motor o herramienta capaz de completar adecuadamente las proyecciones increíblemente complejas que realizaba un navegante. Edrik y sus compañeros habían evolucionado a través de la inmersión en especia, reforzando su visión presciente mediante el poder de la melange. No podía haber ningún sustituto mecánico.

Aun así, Edrik no tuvo más remedio que aceptar al equipo de operarios ixianos cualificados y arrogantes que le enviaron en una lanzadera desde los astilleros de Conexión. Aquellos hombres de labios apretados embarcaron bajo la mirada vigilante de la Cofradía, con sus expresiones de suficiencia, sus maquinas compiladoras y su peligrosa curiosidad.

Edrik, desde su tanque, temía que con la excusa de la instalación, se pusieran a fisgonear por la nave. La facción del navegante no podía arriesgarse a que aquellos hombres descubrieran el laboratorio de Waff, las truchas de arena modificadas genéticamente y los pequeños gusanos mutados que estaba produciendo en sus tanques. El tleilaxu decía estar haciendo grandes progresos y su trabajo debía permanecer en secreto.

Por tanto, cuando los instaladores ixianos estuvieron a bordo, Edrik se limitó a plegar el espacio sin comunicar a nadie adónde iba. Llevó el crucero vacío a una vasta extensión yerma entre sistemas solares y allí arrojó a los incrédulos ixianos, junto con sus malditas máquinas de navegación, al vacío.

Problema resuelto.

Sus actos acabarían por salir a la luz, pero eso era inevitable. Edrik era un navegante. Los simples administradores humanos no tenían ningún control sobre él.

Edrik sospechaba que aquel administrador traicionero y los suyos veían la crisis de la melange como una forma de apartar la responsabilidad de la Cofradía de los problemáticos navegantes; no querían realmente una nueva fuente de especia. Gorus se había convertido en un aliado, sino marioneta, de los ixianos. Edrik había visto las proyecciones y sabía que los administradores consideraban las máquinas de navegación más provechosas que los navegantes… y más fáciles de controlar.

Una vez expulsados felizmente los ixianos y sus máquinas, Edrik supo que había llegado el momento de convocar otra reunión con sus compañeros navegantes; necesitaban que el Oráculo del Tiempo les orientara. Y, dado que Conexión y otros planetas de la Cofradía estaban comprometidos por Gorus y los suyos, Edrik escogió un lugar que solo un navegante habría podido encontrar.

Una vez aprendían cómo hacerlo, podían plegar sus naves y llevarlas a otra dimensión, un universo no tradicional al que el Oráculo viajaba en ocasiones en sus exploraciones personales e incomprensibles.

Iluminados por la luz de siete estrellas recién nacidas, los gases cósmicos que remolineaban alrededor de su nave gigante parecían en llamas. La nebulosa se desplegaba en rosa, verde y azul, dependiendo de la ventana del espectro por la que Edrik decidiera mirar. Aquellas cortinas brumosas eran un espectáculo impresionante, un inmenso remolino de gases ionizados… y un lugar perfecto para ocultarse.

Cuando las naves se reunieron, los navegantes estaban bastante alterados, y su número era mucho menor de lo que Edrik esperaba. Hasta el momento, cuatrocientos cruceros habían sido decomisados, y sus componentes se habían utilizado para construir nuevas no-naves que dependían de sistemas de orientación artificiales. Diecisiete navegantes habían muerto de una forma horrible cuando vaciaron sus tanques. Edrik se enteró de que seis de sus compañeros habían preferido matar también a los ingenieros ixianos antes que permitir que instalaran sus compiladores matemáticos. Cuatro se habían limitado a desconectar las máquinas, y los equipos de ixianos que viajaban a bordo no se dieron cuenta de que sus sistemas ya no eran funcionales.

- Necesitamos melange -transmitió-. Por la gracia de la especia, podemos ver a través del espacio plegado.

- Pero la Hermandad nos la niega -dijo otro de los navegantes.

- Tienen especia. Gastan especia. Pero no nos la dan a nosotros.

- Las brujas la dan a la Cofradía a cambio de naves… pero los administradores nos han cortado el suministro. Se trata de la supervivencia de los navegantes, no de simple comercio. Nos hemos debatido con este problema durante años. El ghola tleilaxu finalmente ha encontrado la solución.

- ¿Una nueva fuente de especia? ¿Ya ha sido probada?

- ¿Hay algo que esté plenamente demostrado? Si va bien, podremos destruir a la corrupta y vieja Cofradía Espacial y ocupar su lugar. Debemos hablar con el Oráculo.

Edrik agitó sus manos diminutas y deformes.

- El Oráculo ya conoce nuestro problema.

- El Oráculo no se ha dignado ayudarnos -dijo otro.

- El Oráculo tiene sus motivos.

Edrik, flotando en su tanque, indicó que comprendía su confusión.

- He hablado con ella personalmente, pero quizá si le hablamos todos juntos conseguiremos que nos escuche. Convoquemos al Oráculo.

Utilizando sus mentes aguzadas por la especia, los navegantes lanzaron un mensaje a través del tejido espacial. Edrik sabía que no podían obligar al Oráculo del Tiempo a contestar -o la Infinidad del Oráculo, como en ocasiones se la llamaba-, pero intuía su presencia y su profunda inquietud.

Con un destello silencioso, una trampilla se abrió en el vacío y el antiguo contenedor llegó. No era exactamente una nave, puesto que el Oráculo podía viajar donde quisiera y plegar el espacio mentalmente, sin la ayuda de los motores Holtzman.

Incluso en aquel receptáculo pequeño e inofensivo, Edrik conocía muy bien el poder y la inmensidad de aquella mente altamente avanzada. Siendo humana, Norma Cenva había descubierto la relación entre especia y presciencia. Ella había desarrollado la tecnología para plegar el espacio, había creado las ecuaciones incomprensibles que Tio Holtzman había adoptado como suyas.

Aunque el Oráculo no utilizaba ningún medio conocido de comunicación, sus palabras sonaban con fuerza e implacabilidad en sus mentes.

- Vuestras preocupaciones son insignificantes. Debo encontrar la esquiva no-nave. Debo descubrir dónde la ha llevado Duncan Idaho antes de que el Enemigo la intercepte.

Con frecuencia el Oráculo escogía sus metas esotéricas sin explicarlas.

- Oráculo -dijo uno de los navegantes-, ¿por qué es tan importante la no-nave?

- Porque el Enemigo desea atraparla. Nuestro gran enemigo es Omnius… salvo que ha cambiado tanto desde su antigua forma como supermente informática como yo desde mi antigua forma humana. Las máquinas han completado sus proyecciones de alto orden. La supermente sabe que debe tener al kwisatz haderach, del mismo modo que yo sé que no debe tenerlo. -El Oráculo dejó que el silencio quedara suspendido en el espacio como un agujero, y entonces añadió un hiriente reproche-. Vuestro apetito por la especia no es una prioridad. Debo encontrar la nave.

E, interrumpiendo bruscamente el debate, desapareció de nuevo, se evaporó en un universo alternativo.

Edrik y los navegantes allí reunidos estaban perplejos. Los navegantes se morían, la especia se estaba agotando, los administradores estaban tratando de desbancar a la Cofradía… ¿y al Oráculo solo le preocupaba encontrar una nave perdida?

VEINTIDÓS AÑOS DESPUÉS DE LA HUÍDA DE CASA CAPITULAR

1

Los nuevos Danzarines Rostro no pueden detectarse mediante análisis de ADN ni con ningún otro medio de análisis celular. Por lo que sabemos, solo un maestro tleilaxu puede ver la diferencia.

Informe Bene Gesserit sobre la mutación humana.

Aunque los especialistas ixianos llevaban medio año estudiando los destructores, aún no habían dado una respuesta a la Hermandad. Murbella esperaba pensando y pensando en sus oficinas en Casa Capitular. Las noticias parecían ir a peor cada día que pasaba.

Regularmente recibía noticias sobre los ataques de la flota de las máquinas pensantes. Las poderosas naves del Enemigo avanzaban inexorablemente por los sistemas periféricos como una destructiva marca, sofocando un planeta tras otro. Otros diez planetas evacuados o contaminados con epidemias, otros diez perdidos, y una nueva avalancha de refugiados que huían al Imperio Antiguo.

Una red de hermanas recibía a cada nave de refugiados que llegaba de los sistemas en conflicto. A partir de las declaraciones de los supervivientes, fueron creando un exhaustivo mapa tridimensional de los movimientos de la flota de máquinas. El patrón supuraba como una mancha de sangre por la galaxia.

En un acto puntual de desesperación, diecinueve no-naves de la Hermandad agotaron sus últimos tres destructores para acabar con un grupo entero de naves enemigas y evitar momentáneamente la aniquilación de un sistema habitado por humanos. Sin embargo, al final incluso esto quedó solo en un breve retraso. La flota de máquinas volvió con una fuerza mayor y aplastó un mundo tras otro, aniquilando hasta el último habitante. Ahora que habían perdido sus últimos destructores, la Nueva Hermandad estaba irremisiblemente indefensa.

A menos que los ixianos les ayudaran. ¿Por qué tardaban tanto?

Finalmente, un ingeniero ixiano viajó en solitario a Casa Capitular para dar la noticia. Cuando dijo que no hablaría con nadie que no fuera la madre comandante, fue escoltado a la torre principal de Central. Murbella, que esperaba en su imponente trono, ante la ventana segmentada y polvorienta, respetaba a aquel hombre por saltarse la burocracia e ir directo al grano.

El rostro del ingeniero era anodino e inmemorable, pelo castaño muy corto, maneras discretas. Despedía un olor peculiar y desagradable, tal vez por los productos químicos, o la maquinaria de las plantas de fabricación subterráneas de Ix. Hizo la obligada reverencia y se situó ante ella.

- Nuestros mejores ingenieros y científicos han desmontado y analizado los destructores de muestra que nos proporcionó.

Murbella se inclinó hacia delante, dedicándole toda su atención.

- ¿Y podéis copiarlos?

- Mejor que eso, madre comandante. -Su sonrisa de seguridad no tenía ninguna cordialidad, no era más que la imitación de una expresión facial-. Nuestros fabricadores entienden el concepto que subyace al arma y pueden concentrar su poder destructivo. Anteriormente, se necesitaba que varias naves de las Honoradas Matres desplegaran múltiples destructores para eliminar un planeta. Con nuestra versión mejorada, una única nave tendrá suficiente potencia de fuego para hacer por sí sola lo que se hizo en Rakis. -Encogió los hombros de forma mecánica-. Imagine lo que podría hacerse a las naves del Enemigo con tanta energía.

Murbella trató de disimular su alegría.

- Necesitamos tantas como puedan construir. Dé instrucciones para que sus fábricas empiecen a trabajar en estas armas inmediatamente. -Su voz era dura, y dejaba traslucir su impaciencia-. Pero ¿por qué venir a verme personalmente, cuando podía haber enviado un mensaje? -Sus labios hicieron una mueca-. ¿Necesita una palmadita en la espalda? ¿Espera un aplauso? Pues lo tiene.

El ingeniero ixiano seguía con su expresión anodina.

- Antes de que empecemos, hay que solucionar el asunto del pago, madre comandante. El fabricador mayor Sen me ha pedido que le comunique que si

hemos de poner nuestros provechosos centros de fabricación fuera del mercado para construir los destructores que quiere para su guerra, Ix debe recibir una compensación.

- ¿Mi guerra? Todos los humanos deben compartir la carga.

- Por desgracia, no estamos de acuerdo. El único pago que aceptaremos es la especia. Y la única fuente de especia es su Nueva Hermandad.

- Tenemos otras formas de pagar. -Murbella trató de disimular su alarma. No estaba segura de que sus incipientes operaciones con la especia pudieran proporcionar la cantidad necesaria. Y ¿por qué quería Ix especia precisamente? La Hermandad podía recurrir a las cuentas que tenía en los bancos de la Cofradía, podía convencer a la CHOAM para que proporcionara importantes artículos; y las soopiedras eran más valiosas que nunca, sobre todo después de los recientes sucesos en Buzzell.

Sin embargo, cuando propuso estas alternativas, el fabricador de Ix meneó la cabeza.

- No tengo flexibilidad en estas negociaciones, madre comandante. Debe ser melange. Ninguna otra moneda servirá.

Ella apretó los dientes, pero no tenía paciencia para mayores retrasos.

- Que sea especia, entonces. Empezad.

***

Khrone, el Danzarín Rostro, abandonó Casa Capitular satisfecho. La Nueva Hermandad había accedido a sus exigencias, como sabía que sucedería. Y en Ix, contaba con el favor del fabricador mayor, y sus sustitutos controlaban todos los centros de fabricación claves del planeta.

A Khrone le parecía irónico exigir el pago en especia, puesto que Ix había dedicado tanto esfuerzo por instalar máquinas de navegación en las naves de la Cofradía. Gracias a los compiladores matemáticos, la melange se había convertido en algo obsoleto en lo relativo a plegar el espacio, y los navegantes estaban degenerando con rapidez.

Pero, al insistir en un pago tan grande solo en especia para luego almacenarla, Khrone retiraría una gran cantidad del mercado, y eso lo convertiría en un producto aún más raro. Esto, a su vez, obligaría a más y más naves a pasarse a los compiladores ixianos de navegación, porque la Cofradía no podría proporcionar la melange que necesitaban sus navegantes. Dentro de poco, la Cofradía Espacial estaría en manos de Khrone. Lo había llevado todo con un detalle exquisito.

Entretanto, él y sus obreros de incógnito harían que pareciera que proporcionaban todo lo que la Hermandad les pedía. Sí, que lucharan en batallas inútiles, la verdadera guerra ya estaba ganada, y delante de sus narices. La madre comandante Murbella estaría satisfecha… hasta que un velo de oscuridad cayera sobre la humanidad. Permanentemente…

2

Todo hombre comete errores. Sin embargo, cuando los comete un jefe de seguridad, hay consecuencias. Muere gente.

THUFIR HAWAT, el Original.

Bashar y su protegido avanzaban por los corredores en dirección al centro de soporte vital de la no-nave.

- Estoy profundamente avergonzado, Thufir. Casi ha pasado un año y soy incapaz de descubrir a un saboteador y asesino.

El joven Hawat lo miró, con una expresión de visible adoración por aquel genio militar.

- Tenemos un abanico limitado de sospechosos, y una zona formada por partes diferenciadas donde él -o ella- podría ocultarse. Hemos hecho cuanto hemos podido, Bashar.

- Y sin embargo el saboteador está aquí, en algún sitio. -Teg no aminoró el paso-. Por tanto, no hemos hecho cuanto hemos podido, porque seguimos sin encontrar al responsable. El hecho de que no haya habido nuevos asesinatos no significa que debamos bajar la guardia. Estoy convencido de que el saboteador sigue entre nosotros.

El Ítaca se registraba y revisaba continuamente. Se habían instalado nuevas cámaras de seguridad, pero el culpable parecía tener el don de ocultarse. Teg sospechaba que la actuación del saboteador iba más allá del asesinato de los gholas y los tanques axlotl. En los meses pasados, muchos sistemas habían fallado en la nave inexplicablemente… demasiados para ser fruto de la casualidad o fallos normales.

- Nuestro adversario sigue activo.

El ghola de Thufir levantó su mentón lampiño en un despliegue de orgullo. Era fuerte y larguirucho, con poderosas cejas. Se había dejado crecer el pelo.

- Entonces usted y yo lo encontraremos.

Teg le sonrió.

- En cuanto recuperes tus recuerdos y tu experiencia como guerrero mentat y maestro de asesinos, serás un aliado formidable.

- Ya soy formidable. -Thufir ya había demostrado su valía durante la huida de los adiestradores, arriesgando su vida por ayudar al rabino a huir de los Danzarines Rostro compinchados con el Enemigo. Teg creía que el joven ghola tenía el potencial de hace mucho más.

Variando el patrón, insistía en una exhaustiva ronda de inspecciones de seguridad diarias, mientras dejaba a Duncan Idaho en el puente de navegación, atento siempre a la red centelleante del Enemigo.

El Ítaca seguía vagando por el vacío del espacio. Al principio, el viaje había consistido únicamente en huir de sus perseguidores Duncan se había visto obligado a permanecer oculto tras el campo negativo que velaba la nave, porque por lo visto el anciano y la anciana lo buscaban a él. Ahora, después de más de dos décadas, la población había aumentado a bordo, los niños crecían y aprendían las aptitudes necesarias sin haber puesto nunca el pie en la superficie de un planeta.

A pesar de todos los mundos que se establecieron durante la Dispersión, los sistemas habitables parecían escasos. Por primera vez, Teg se preguntó cuántas naves de refugiados que huían de los Tiempos de la Hambruna habían desaparecido sin llegar a encontrar nunca un destino. El Ítaca no llevaba ningún navegante de la Cofradía; solo la casualidad les llevaba a veces a las proximidades de algún planeta. Por el momento, solo habían encontrado dos que pudieran dar cabida a una nueva colonia: un planeta de las Honoradas Matres arrasado por las epidemias del Enemigo, y el planeta de los insidiosos adiestradores.

- Aun así, con sus recicladores, invernaderos y tanques de algas, el Ítaca tendría que haber podido mantener a la población actual de la nave durante siglos si hacía falta. Ellos -y sus sucesores- podían permanecer por siempre a bordo y no dejar nunca de huir. ¿Es ese nuestro destino? se preguntó Teg. Pero, los escapes, las pérdidas y los «accidentes» les daban motivo para preocuparse. Tarde o temprano tendrían que reponer suministros.

Con la mente en los recursos, el Bashar siguió un corredor lateral para comprobar los bidones de fermentación y los tanques adyacentes de cultivo de algas. Aquella biomasa, cultivada en la cámara abovedada y húmeda, proporcionaba la materia bruta para las unidades de fabricación de alimentos. Algo que les hacía muy vulnerables.

Teg abrió una escotilla y percibió el olor rico y acuoso del compost y las algas. Subieron a una pasarela por unos peldaños metálicos y miraron abajo, a la cuba cilíndrica llena de una sustancia verde y vellosa. Aquella masa hedionda de algas fecundas digería cualquier cosa que fuera orgánica, creando así grandes cantidades de un material comestible que podía transformarse en alimentos con un mejor sabor. Los ventiladores del techo zumbaban, atrayendo el aire hacia arriba y llevándolo al intrincado sistema circulatorio de la no-nave. Después de tomar muestras y comprobar el balance químico de los tanques, Teg concluyó que todo estaba en orden. No había señal de sabotaje desde la última inspección.

Aquel joven serio siguió andando a su lado.

- Aún no soy un mentat, señor, pero he pensado mucho en el problema del sabotaje.

Teg se volvió hacia su protegido con las cejas arqueadas.

- ¿Y tienes una aproximación de primer orden?

- Tengo una idea. -Thufir no trató de disimular su ira-. Sugiero que tenga una larga conversación con el ghola de Yueh. Quizá sabe más de lo que dice.

- Yueh solo tiene trece años. Aún no ha recuperado sus recuerdos.

Quizá lleva la debilidad en la sangre. Bashar, sabemos que alguien tuvo que cometer el sabotaje. -El joven parecía decepciona do consigo mismo por haber permitido que pasara-. Ni siquiera el auténtico Thufir Hawat fue capaz de encontrar al traidor de la Casa Atreides antes de que nos traicionara ante los Harkonnen. El traidor era Yueh.

- Lo tendré presente.

Mientras andaban por los corredores, se cruzaron con el viejo y consumido Scytale y su clon cuando salían de sus alojamientos. Los dos tleilaxu se habían aislado del resto del pasaje y vivían siguiendo viejas tradiciones y normas de comportamiento, y eso los convertía en sospechosos, pero Teg no había encontrado ninguna prueba contra ellos. De hecho, estaba convencido de que el verdadero saboteador trataría de confundirse con los demás y no llamar la atención. De otro modo no habría podido permanecer oculto durante tanto tiempo.

Dos mujeres embarazadas se cruzaron con ellos por el pasillo charlando animadamente. Las dos formaban parte del programa reproductivo convencional de Sheeana para mantener la población de la Hermandad y tener una adecuada base genética, por si algún día aquel grupo escindido encontraba un lugar donde establecerse.

Finalmente, Teg y Thufir llegaron a la sala cavernosa y resonante de los motores. Entraron en el inmenso compartimiento de la parte de atrás por una puerta redonda. El Ítaca vagaba, aparentemente a salvo, perdido de nuevo desde su último salto por el tejido espacial, y sin embargo Duncan insistía en tener los motores Holtzman siempre a punto.

Una gruesa capa de plaz separaba al Bashar a Thufir del trío de plantas generadoras que alimentaban las máquinas. Una serie de pasarelas enlazaban el exterior de una cámara de plaz a prueba de explosiones que contenía los motores. Los dos se quedaron mirando aquellos mecanismos gigantescos capaces de plegar el espacio. Un auténtico milagro de la tecnología. Todas las lecturas estaban dentro de lo normal. De nuevo, no había indicios de sabotaje.

- Se nos sigue escapando algo -musitó-. Lo intuyo.

En otra ocasión, al final de la Batalla de Conexión, Teg no había sabido ver el arma terrible y mortífera que las Hónoradas Matres tenían reservada. Ese error casi le había costado perder la guerra. Pensó en la situación. ¿Qué temible artilugio no sabré ver esta vez?

La humanidad lleva en sí misma una gran brújula genética que siempre la impulsa hacia delante. Nuestra misión es mantenerla siempre orientada en la dirección correcta.

REVERENDA MADRE ANGELOU, renombrada Amante Procreadora.

Wellington Yueh sentía la poderosa necesidad de que le perdonaran. La laguna que había en su mente estaba llena de culpabilidad. No era más que un ghola, solo tenía trece años, pero sabía que había hecho cosas terribles. Su historia se enganchaba a él como alquitrán a un zapato.

En su primera vida, había roto su condicionamiento Suk. Le había fallado a su esposa, Wanna, al permitir que los Harkonnen le utilizaran como un peón y había traicionado al duque Leto, provocando la caída de los Atreides en Arrakis.

Tras estudiar los archivos de su existencia anterior y descubrir con doloroso detalle lo que había hecho, Yueh trató de buscar consuelo en la Biblia Católica Naranja, junto con otras antiguas religiones, sectas, filosofías e interpretaciones que se habían desarrollado a lo largo de milenios. La tan reiterada doctrina del pecado original, -¡tan injusta!- le dolía especialmente, como una espina en el costado. Yueh podía haberse excusado cobardemente alegando que no recordaba y, por tanto, no merecía que le culparan, pero eso no era el camino de la redención. Tendría que buscarla en otro lado.

Jessica era la única persona que podía perdonarla.

Los ocho gholas del proyecto de Sheeana habían sido criados y adoctrinados juntos. Debido a sus personalidades habían formado vínculos y amistades personales. Antes incluso de conocerla historia que los separaría, Yueh había buscado la amistad de Jessica.

Había leído los diarios y los escritos de la dama Jessica original, concubina ligada al duque Leto Atreides. También había sido Reverenda Madre, exiliada, madre de Muad'Dib y abuela del Tirano. Jessica había sido una mujer fuerte, un modelo, a pesar de la forma en que la Bene Gesserit la denostaba por su defecto, su debilidad. El amor.

Juntos, los gholas se enfrentaban a un enemigo mucho más poderoso que los Harkonnen. Cuando los recuerdos de Jessica despertaran ¿Sería la amenaza común suficiente para evitar que deseara matarle? Yueh había leído sus palabras de intensa agonía y dolor tal y como las registró la princesa Irulan: «¡Yueh! ¡Yueh! ¡Yueh! ¡Un millón de muertes no serían bastante para Yueh!».

Sí, ella era la única que podía ofrecerle alguna esperanza de perdón. Yueh rezaba para que esta vez pudiera llevar una vida honorable, partiendo de cero y con el corazón abierto.

Jessica pasaba mucho tiempo en el invernadero principal, cuidando las plantas que servían de fuente suplementaria de alimento a los cientos de personas de la nave. Le gustaba el trabajo en el invernadero, se sentía feliz cerca de la tierra fértil, de los nebulizadores, de las hojas carnosas y las flores de olores dulces. Con sus cabellos de bronce y el rostro ovalado, joven y noble, se la veía de una belleza exquisita. Cuánto debieron de amarse ella y el duque Leto hace tiempo… hasta que Yueh lo destruyo todo.

Jessica levantó la vista de las flores y las exuberantes hierbas para clavar sus ojos torturados en Yueh.

- ¿Te molesto? -dijo él.

- No, tú no, Es un descanso estar con alguien que no me culpa por cosas que no recuerdo haber hecho.

- Espero que me concedáis la misma consideración, mí señora.

- Por favor, no me llames así, Wellington. Al menos no todavía. No puedo ser dama Jessica hasta que… bueno, hasta que me convierta en dama Jessica.

Yueh trató de adivinar el motivo de aquel ánimo tan negro.

- ¿Ha estado Garimi sermoneándote otra vez?

- Algunas Bene Gesserit no me perdonan que fuera en contra de las estrictas normas de la Hermandad, que traicionara su programa de reproducción. -Parecía como si estuviera recitando algo que había leído-. Las consecuencias de mis actos provocaron la caída un imperio y llevaron a la humanidad a miles de años de tiranía y a cientos de privaciones. -Dejó escapar una risa amarga-. De hecho, si tus actos hubieran desembocado en mi muerte o la muerte de Paul, quizá las historias de las Bene Gesserit te describirían como a un héroe.

- No soy un héroe, Jessica. -En su favor, había que decir que el Yueh original proporcionó a Jessica y Paul medios para sobrevivir en el desierto cuando los Harkonnen arrasaron Arrakeen. Les había facilitado la huida, pero ¿bastaba eso para redimirle? ¿Era posible?

Ella siguió oliendo flores, comprobando la tierra húmeda. Le gustaba pasar los dedos por las hojas, tocar el envés.

Yueh la siguió por un pequeño bosquecillo de árboles de cítricos. Por encima de sus cabezas, los paneles segmentados de las ventanas mostraban tan solo la luz distante de las estrellas; no había ningún sol cercano.

- Si tanto nos odian las hermanas ¿por qué nos han hecho volver?

La expresión de ella era divertida y amarga.

- Las Bene Gesserit tienen un terrible hábito, Wellington. Aunque sepan que dentro del jugoso gusano hay un gancho, ellas muerden. Siempre piensan que pueden evitar las trampas que nos atrapan a los demás.

- Pero tú también eres una Bene Gesserit.

- No, ya no… o todavía no.

Yueh se llevó la mano a su frente lisa y sin distintivos.

- Hemos empezado de nuevo Jessica. Como una hoja en blanco. Mírame. El primer Yueh rompió su condicionamiento suk… pero yo nací sin el diamante tatuado. Sin tacha.

- Quizá eso significa que algunas cosas se pueden borrar.

- ¿Tú crees? Como gholas se nos creó para que volviéramos a ser quienes fuimos. Pero ¿somos alguien por derecho propio? ¿O no somos más que una herramienta, inquilinos que están viviendo de prestado en una casa hasta que los verdaderos amos vuelvan? ¿Y si no queremos nuestras vidas pasadas? ¿Es correcto que Sheeana y los otros nos las impongan? ¿Qué hay de las personas que somos ahora?

De pronto, el entramado de paneles solares interconectados pareció volverse más brillante, como si el sistema hubiera absorbido una oleada de energía exterior. Las apretadas hileras de plantas del invernadero se volvieron más definidas, como si de pronto sus ojos fueran más sensibles. Sobre la cámara Yueh vio una compleja red formada por unas líneas finas e iridiscentes, cada vez más definidas y enfocadas.

Algo estaba pasando… algo que Yueh nunca había experimentado. Las líneas se hicieron visibles a su alrededor, como una fina malla que se deslizaba por el aire. Y chisporroteaban por la energía.

- Jessica, ¿qué es eso? ¿Lo puedes ver?

- Una malla… una red. -Contuvo el aliento-. ¡Es lo que Duncan Idaho dice que ve!

A Yueh el corazón le dio un vuelco. ¿Sus perseguidores?

Una fuerte sirena de emergencia empezó a sonar, acompañada por la voz de Duncan.

- ¡Preparados para la activación de los motores Holtzman!

Cada vez que la no-nave plegaba el espacio, sin la guía de un navegador, se arriesgaban a un desastre. Hasta el momento, las

advertencias de Duncan no habían tenido el apoyo de otros testigos, aunque os adiestradores habían demostrado que la amenaza del misterioso Enemigo era real.

Desde los corredores a Yueh le llegaban los gritos de la gente que corría a los puestos de emergencia. La red era cada vez más brillante y poderosa, y estaba rodeando e infiltrando la nave entera. ¡Sin duda todos podían verla!

Yueh sintió que la nave vibraba y una intensa sensación de desorientación cuando la inmensa nave plegó el espacio. Mirando hacia la cúpula del invernadero, vio sistemas estelares, formas y color que giraban como remolinos… como si alguien hubiera metido el contenido del universo en un cuenco y lo estuviera batiendo.

Y de pronto el Ítaca estaba en otra parte, lejos de las trampas. La voz tranquila de Duncan se oyó por los intercomunicadores.

- Estamos a salvo, de momento.

- ¿Por que hemos visto la red ahora y no antes? -preguntó Jessica.

Yueh se frotó el mentón, con el pensamiento agitado.

- Quizá el Enemigo está utilizando un tipo de red diferente una más fuerte. O quizá están probando nuevas formas de rastrearnos y atraparnos.

4

Jamás debemos dar voz a la duda. Hemos de creer plenamente que podemos ganar esta lucha contra el Enemigo. Pero en mis momentos de mayor oscuridad, cuando estoy sola en mis alojamientos, siempre me pregunto: ¿Es esto fe realmente, o se trata solo de estupidez?

MADRE COMANDANTE MURBELLA, archivos privados de Casa Capitular.

Cuando el pequeño consejo de la Missionaria Aggressiva de Murbella volvió a reunirse, el debate fue tenso. En el pasado año, la Hermandad había enviado siete falsas Sheeanas a campos de refugiados para que movilizaran a las masas. Las falsas Sheeanas tenían una misión muy concreta: convencer a los fanáticos para que se mantuvieran firmes a pesar de la derrota segura.

Las naves aparentemente invencibles del Enemigo proliferaban como las cabezas de una hidra; por más que destruyeran, siempre aparecían más y más. Omnius había tenido milenios enteros para preparar su conquista final, y no había dejado nada al azar. Los puntos de los mapas estelares mostraban los mundos que iban cayendo uno tras otro bajo la ofensiva de las máquinas pensantes.

Murbella ocupaba una silla dura e incómoda en el extremo de la mesa; la mayoría prefirió las peludas sillas-perro. A la cabeza de la mesa, la bashar Janess Idaho esperaba en posición de firmes para dar su informe.

- Traigo noticias.

- ¿Buenas o malas? -Murbella temía oír la respuesta.

- Juzgue usted misma.

Su hija parecía demacrada, cansada, y bastante mayor de lo que era. Janess había superado la Agonía de Especia, y había sido sometida a un intenso adiestramiento Bene Gesserit, y por tanto podía ralentizar los cambios de su cuerpo, no para mantener una apariencia atractiva, sino para conservarse fuerte y ágil. La lucha constante lo exigía. Y sin embargo, la interminable crisis empezaba a pasar factura. Murbella reparó en la cicatriz que su hija tenía en la mejilla izquierda, en la marca de una quemadura en el brazo.

Las palabras de la bashar carecían de emotividad, pero Murbella intuía su agitación en su voz cortante.

- Antes incluso de que se avistaran las primeras naves en el sistema de Jhibraith, las máquinas enviaron sondas exploradoras para diseminar las epidemias. La población de Jhibraith ya había solicitado la evacuación, pero en cuanto aparecieron los primeros síntomas, las naves de la Cofradía dieron marcha atrás y se negaron a acercarse. Hubo que poner en cuarentena un crucero. Por suerte, la epidemia quedó contenida en siete de las fragatas que llevaba en su cámara de carga. Todos los pasajeros de las fragatas murieron, pero el resto pudo vivir.

- ¿Qué pasó con el planeta??preguntó Murbella.

- La epidemia se extendió con rapidez por los diferentes continentes. Como se esperaba. Las nuevas cepas virales son mucho peores que nada que hayamos visto, más mortíferas incluso que las legendarias plagas de la Yihad Butleriana.

Laera deslizó una lámina de cristal riduliano ante ella.

- Jhibraith tiene una población de trescientos veintiocho millones de personas.

- Ya no -dijo Kiria.

Janess entrelazó sus dedos con firmeza, como si tratara de sacar fuerzas.

- Una de las Sheeanas sustitutas estaba en Jhibraith. Cuando la Cofradía puso el planeta en cuarentena, la falsa Sheeana supo estar a la altura y no dejó de hablar ante las multitudes mientras la epidemia se extendía. Todos sabían que iban a morir. Sabían que las fuerzas de las máquinas pensantes se acercaban. Pero ella les convenció que si había que morir, mejor morir como héroes.

- Pero, si la Cofradía ya les había abandonado ¿cómo lucharon? -Kira parecía escéptica-. ¿Tirando piedras?

- Jhibraith tenía sus propias fragatas orbitales, naves de carga y transportes, ninguno de ellos equipado con motores Holtzman ni campos negativos. Mientras la epidemia iba esquilmando la población, los supervivientes luchaban por crear una fuerza militar doméstica con la que enfrentarse a Omnius. Tenían que ser más rápidos que la epidemia. -Obligó a sus labios a esbozar una sonrisa fría.

- Nuestra falsa Sheeana era como el mismo demonio. Me consta que estuvo cinco días seguidos sin dormir, porque los registros la muestran en diferentes ciudades y fábricas, arengando a la ciudadanía, obligándolos a ir a rastras si hacía falta hasta las cadenas de montaje. Nadie se molestó en establecer cuarentenas, porque todos estaban infectados. Conforme la gente iba muriendo en las fábricas, sus cuerpos eran llevados a fosas comunes y se incineraban. Y otros ocupaban su sitio.

- Y la gente no dejó de trabajar ni siquiera cuando la flota del Enemigo rodeó el planeta. Y entonces nuestra Sheeana desapareció.

- Janess paseó la mirada por la mesa, bajó la voz-. Más tarde, supe por un mensaje cifrado de las Bene Gesserit que nuestra falsa Sheeana había contraído la enfermedad y murió.

Murbella estaba sorprendida.

- ¿Murió? ¿Cómo puede ser eso? Una Reverenda Madre sabe combatir la enfermedad.

- Para eso se requiere una gran concentración y unos considerables recursos físicos. Nuestra Sheeana había agotado los suyos. Si hubiera descansado uno o dos días, podría haber recuperado fuerzas y haber mantenido la enfermedad a raya. Pero no lo hizo, y agotó todas sus reservas de energía. Consciente de que Jhibraith estaba condenado, de que si la epidemia no la mataba lo haría el ejército invasor de máquinas, Sheeana no cejó en sus esfuerzos.

La vieja Accadia asintió.

- E imbuyó el fervor religioso en la gente. Sin duda sabía que la veían debilitada y moribunda perderían empuje. Hizo bien en apartarse del ojo público.

La leve sonrisa de janess demostraba una verdadera admiración.

- En cuanto empezó a manifestar los síntomas, Sheeana lanzó un último gran discurso y dijo a la gente que debía ascender a los cielos, Y entonces se aisló y murió sola para que nadie viera cómo la horrible plaga la destrozaba.

- Un excelente ejemplo de valentía para los archivos históricos.

- Accadia frunció sus labios ajados-. Su sacrificio no caerá en el olvido.

- Si después de esto queda alguien para estudiarlos -musitó Kiria.

- ¿Y la batalla subsiguiente en Jhibraith? -preguntó Murbella-. ¿Se defendió la gente?

- Cuando el Enemigo llegó, la población luchó como antiguos berserkers, hasta el último hombre y la última mujer. Nada podía detenerlos. Recibieron a la flota del Enemigo con naves dirigidas por abuelos, adolescentes, madres, esposos e incluso criminales a los que liberaron de los centros de detención. Todos lucharon y murieron valientemente. Y con su sola ferocidad consiguieron repeler a las máquinas. Aunque no tenían una fuerza militar estructurada, la población de Jhibraith destruyó más de mil naves enemigas.

La realidad dio a la voz de Murbella un tono glacial.

- Mi entusiasmo se ve atemperado por la certeza de que incluso tras perder mil naves las máquinas pensantes tienen incontables más que arrojar contra nosotros.

- Aun así, si todos los planetas luchan de ese modo, con la posibilidad de que la humanidad sobreviva -señaló Janess- La especie no desaparecería.

Kiria escogió aquel momento para intervenir. Apartó hojas de cristal de otro grupo de informes y empujó un proyector al centro de la mesa. La silla-perro se movió sutil y dócilmente para acomodarse a sus movimientos.

- Este nuevo informe demuestra que no podemos contar con todos los planetas. El ataque viene de dentro tanto como de fuera.

Murbella frunció el ceño.

- ¿Dónde has conseguido esto?

- Tengo mis fuentes.-con expresión de suficiencia, aquella Honorada Matre puso en marcha el proyector-. Mientras nosotros nos enfrentamos a las máquinas pensantes, hay un enemigo insidioso que está minando nuestras fuerzas desde dentro.

La imagen mostraba una multitud.

- Esto es Belos IV; pero se han documentado casos parecidos en todas partes. Avivadas por la impotencia ante la llegada inminente de la flota enemiga, las luchas políticas y las guerras intestinas están apareciendo por doquier en todos los planetas. La gente tiene miedo sus líderes no les dicen lo que quieren oír, se amotinan, derriban a sus primeros ministros y ponen a otros en su lugar. Y la mayoría de las veces acaban por deponer también a estos nuevos líderes.

- Eso lo sabemos. -Murbella miró a Janess, que seguía con rigidez en posición de firmes a la cabeza de la mesa. Le habría gustado que su hija se sentara. En las imágenes, los ciudadanos de Belos IV se levantaban contra su gobernador que les estaba pidiendo que se rindieran ante las máquinas pensantes-. Evidentemente, no era eso lo g ente quería escuchar. ¿Qué relevancia puede tener esto?

Kiria apuntó con el dedo la imagen.

- ¡Mirad!

Cuando la gente atacó al líder, un hombre de mediana edad, este se defendió con notable destreza, haciendo uso de unas habilidades y una rapidez que rara vez podía verse en un burócrata. Murbella supuso que el gobernador debía de haber recibido algún tipo de entrenamiento especial. Sus métodos de combate eran poco habituales y efectivos, pero la turba lo superaba con creces en número. Lo arrastraron por las calles, hasta el balcón de su palacio y lo arrojaron abajo. El hombre quedó inerte en el suelo y la multitud ruidosa empezó a retroceder. La cámara acercó la imagen. El gobernador muerto cambió, se puso más pálido. Su rostro se volvió más chupado, cadavérico, con un algo informe. ¡Un Danzarín Rostro!

- Siempre tuvimos la sospecha de que las lealtades de los nuevos Danzarines Rostro eran cuestionables. Se aliaron con las Honoradas Matres y se volvieron en contra de los viejos tleilaxu. Ya los encontramos entre las rameras rebeldes de Gammu y Tleilax, y ahora parece que la amenaza es peor de lo que pensábamos. Escuchad las palabras del gobernador. Estaba defendiendo la rendición ante las máquinas pensantes. ¿Para quién trabajan realmente los Danzarines Rostro?

Murbella sacó la conclusión lógica y paseó su mirada afilada como un cuchillo aserrado sobre las otras hermanas.

- Los nuevos Danzarines Rostro son marionetas de Omnius, y se han infiltrado entre la población. Son muy superiores a los antiguos, y pueden resistir casi cualquier técnica de las Bene Gesserit. Nunca entendimos cómo podían haberlos creado los tleilaxu perdidos, porque sus capacidades eran muy inferiores a las de los antiguos maestros. No era normal.

- Si las máquinas pensantes ayudaron a crearlas -dijo- con Laera frialdad-, es posible que los mandaran entre los tleilaxu que regresaron de la Dispersión.

- Una primera oleada de exploradores e infiltrados. -asintió-. ¿Hasta dónde se habrán extendido? ¿Es posible que entre nosotras haya Danzarines Rostro que las Decidoras de Verdad no han sabido detectar?

Accadia frunció el ceño.

- Una idea atemorizadora, si es cierto que no tenemos forma de desenmascarar a estos nuevos Danzarines Rostro. Por lo que he visto, la imitación es perfecta.

- Nada es perfecto -dijo Murbella-. Incluso las máquinas pensantes tienen defectos.

- Pues, podemos identificarlos fácilmente -apuntó Kiria con un tono muy poco humorista-. Cuando mueren los Danzarines Rostro su rostro recupera su aspecto neutro.

- ¿Y qué propones, que matemos a todo el mundo?

- De todos modos es lo que el Enemigo piensa hacer.

Murbella se puso en pie, inquieta. Podía quedarse allí, en Casa Capitular, junto alas otras hermanas, recibiendo informes durante otro año, escuchando los recuentos, tratando de prever el avance de las máquinas en un mapa, como si fuera una especie de juego de guerra. Entretanto, los ingenieros ixianos trabajaban para construir armas equivalentes a los destructores, y los astilleros de la Cofradía estaban fabricando miles de naves, todas ellas equipadas con compiladores matemáticos.

Pero la crisis iba mucho más allá de la política interna y las luchas de poder. Así que decidió salir allá afuera y viajar a los mundos que limitaban con la zona en guerra, no como madre comandante, sin como observadora. Dejaría un consejo de Reverendas Madres al frente de las actividades cotidianas en Casa Capitular, que se ocuparan de las cuestiones burocráticas y distribuyeran especia entre la Cofradía para asegurar su cooperación.

Cuando Murbella anunció su decisión, Laera exclamó:

- Madre comandante, eso no es posible. La necesitamos aquí. ¡Hay tanto por hacer!
- Represento mucho más que la Nueva Hermandad. Dado que parece que nadie piensa aceptar el reto, me siento responsable de la raza humana. -Suspiró-. Alguien tiene que serlo.

5

Nuestra no-nave contiene muchos secretos, sí, pero no tantos como llevamos nosotros en nuestro interior.

LETO II, el ghola.

Leto II y Thufir Hawat no se habían conocido en sus vidas originales. Para ellos esto no era una desventaja, les dejaba la libertad de formar una amistad sin expectativas ni ideas preconcebidas.

Leto, que tenía nueve años, corría delante por el pasillo.

- Ven conmigo, Thufir. Ahora que nadie nos vigila, te enseñaré un sitio especial.
- ¿Otro? ¿Es que te pasas el día explorando en vez de estudiar?
- Si vas a ser el ayudante del jefe de seguridad, tienes que saberlo todo del Ítaca. A lo mejor encontramos a tu saboteador ahí abajo. -Leto giró bruscamente a la derecha, saltó a un pequeño ascensor de emergencia y lo hizo parar en una cubierta inferior, mal iluminada, donde todo parecía más grande y más oscuro. Guió a Thufir hasta una escotilla con advertencias y restricciones en media docena de idiomas. A pesar de los cierres, Leto abrió sin ninguna dificultad.

Thufir pareció desconcertado, incluso un poco ofendido.

- ¿Cómo has superado las medidas de seguridad tan fácilmente?
- Esta nave es vieja, y los sistemas fallan continuamente.-Se agachó para entrar en un pasaje bajo.

En el otro lado había un túnel, un conducto donde oían silbar el aire. Por encima de sus cabezas el estruendo era mayor, y el aire soplaba con fuerza. Thufir aspiró.

- ¿Adónde lleva?
- A un sistema de filtrado e intercambio de corrientes. -Los pasadizos era lisos y curvos… como los túneles de los gusanos. Un estremecimiento le recorrió la piel a Leto, quizá por un recuerdo de cuando se unió a numerosas truchas de arena, de cuando era el Dios Emperador de Dune, el Tirano…
- Los dos llegaron a los recicladores centrales, donde unos grandes ventiladores hacían pasar el aire por unos gruesos filtros para eliminar partículas y purificar la atmósfera. Las corrientes le agitaban el pelo. Delante, las láminas de material de filtrado les cerraban el paso. Los pulmones de la nave, reponiendo y redistribuyendo el oxígeno.

Recientemente, Thufir había empezado a pintarse una marca de color escarlata en los labios. Mientras estaban en las tripas de la nave, escuchando el rugido del viento, finalmente Leto preguntó:

- ¿por qué te pintas eso en la boca?

El joven de catorce años se restregó los labios con timidez.

- Mi original utilizaba el safo, que dejaba manchas como esta. El Bashar quiere que me meta en situación. Dice que se está preparando para despertar mis recuerdos. -Thufir no parecía precisamente feliz-. Sheeana ha estado hablando de obligarme a recordar. Tiene una técnica especial para desatar el despertar de un ghola.
- ¿No estás entusiasmado? Thufir Hawat fue un gran hombre.

El otro niño seguía con cara preocupada y atormentada.

- No es eso, Leto. En realidad no quiero recuperar mis recuerdos, pero Sheeana y el bashar están decididos.
- Para eso te crearon. -Leto estaba desconcertado-. ¿Por qué no ibas a querer tu vida pasada? El Maestro de Asesinos no tendría miedo a la prueba.
- No tengo miedo. Es solo que preferiría ser quien yo decida ser, y no salir como una persona ya plenamente formada. No creo habérmelo ganado.
- Créeme, cuando vuelvas a ser el verdadero Thufir, ellos se encargarán de que te lo ganes.
- Ya soy el verdadero Thufir. ¿O es que lo dudas?

Leto pensó en los gusanos inquietos que se agazapaban en su interior, en las cosas atroces que pronto recordaría…, sí, le entendía perfectamente.

6

Al seguir las mismas creencias y tomar las mismas decisiones, hacemos girar la senda de la vida en un círculo que no lleva a ningún sitio, no aporta nada, no nos permite avanzar. Sin embargo, con la ayuda de Dios, podemos dar un brusco giro en el círculo y ver la luz.

El Canto de la Shariat.

Finalmente Waff estaba listo para soltar sus nuevos gusanos, y convenientemente Buzzell era un planeta oceánico que quedaba dentro de la ruta comercial estándar de Edrik. Un perfecto campo de pruebas.

La nave gigante transportaba mercaderes que comerciaban con soopiedras. Tiempo atrás, cuando las Honoradas Matres conquistaron Buzell y asesinaron a la mayoría de las Reverendas Madres exiliadas, las rameras se apropiaron de su riqueza en soopiedras… Desde entonces, muy pocas de aquellas gemas acuáticas habían entrado en el mercado galáctico, y eso había hecho dispararse los precios. Ahora que la Nueva Hermandad había reconquistado Buzzell, la producción de soopiedras volvía a la normalidad. Las brujas dirigían sus operaciones de extracción con rigidez marcial y mantenían a raya a los contrabandistas, y de este modo mantenían unos precios estables pero elevados. Con la protección de ejércitos de mercenarios, los mercaderes de la CHOAM empezaron a vender gemas en grandes cantidades y a recoger beneficios antes de que la saturación volviera a hacer que los precios se desplomaran. Una fluctuación temporal de mercado. Aunque las soopiedras eran bonitas y deseables, no eran necesarias. En cambio, la melange era vital, y los navegantes lo sabían muy bien. Waff sabía que con el tiempo sus experimentos producirían una riqueza mucho mayor que aquellas bagatelas submarinas. Pronto, si sus expectativas se cumplían, Buzzell sería hogar de algo mucho más interesante que unas bagatelas.

El crucero apareció sobre aquel mundo líquido de color zafiro con unas diminutas islas salpicando el vasto océano. Los océanos de Buzzell eran profundos y fértiles, una zona inmensa donde los gusanos alterados genéticamente medrarían, si es que sobrevivían a su bautismo inicial.

El maestro tleilaxu andaba arriba y abajo sobre el frío suelo de metal de su laboratorio. Pronto Edrik le comunicaría que los transportes ligeros comerciales y los transportes de mercancías habían descendido a los puestos situados en las islas. En cuanto estuvieran apropiadamente lejos, Waff podría empezar su verdadero trabajo en Buzzell, fuera de la vista de todos.

En el interior del laboratorio, el olor a sal, yodo y canela ha sustituido los olores más fuertes de los productos químicos. Los tanques de pruebas de Waff estaban llenos de un agua verde y turbia, rica en

algas y plancton. Cuando los dejara sueltos en los océanos, los gusanos modificados tendrían que buscar por sí mismos una fuente de alimento, pero Waff estaba seguro de que se adaptarían. Dios lo haría posible.

En los tanques, unas figuras serpentinas nadaban como anguilas segmentadas. Los segmentos eran de un azul verdoso iridiscente, y entre ellos se veía una membrana rosada, un grupo sustituto de agallas que les permitía absorber oxígeno del agua. Sus bocas eran redondas como las de las lampreas. Aunque no tenían ojos, estos nuevos gusanos de agua se orientarían guiándose por las vibraciones del agua, de un modo similar a los gusanos rakianos, que se sentían atraídos por los temblores en la arena. Gracias a los cuidadosos mapas de cromosomas de las truchas de arena, Waff sabía que aquellas criaturas tenían exactamente las mismas reacciones metabólicas que un gusano de arena tradicional.

Por tanto, seguirían produciendo especia, aunque Waff ignoraba de qué clase, o cómo podría recolectarse. Retrocedió unos pasos, enlazando sus dedos grisáceos. Eso no era su problema. El había hecho lo que Edrik le había mandado. Y lo único que quería era que los gusanos regresaran.

Le tomado más de un año de su vida acelerada, pero si conseguía resucitar a los mensajeros de Dios, habría cumplido con su destino. Incluso si no conseguía una nueva vida ghola, se habría ganado un sitio junto a Dios en los niveles más elevados del Cielo.

Si se daban las condiciones adecuadas, las truchas de arena se reproducían con rapidez. A partir de ellas, Waff había adaptado casi un centenar de gusanos de mar que depositaria en su mayoría en los océanos de Buzzell. Para sobrevivir como especie en un entorno desconocido, aquellas criaturas se enfrentaban a todo un reto, y sabía que muchas morirían. Tal vez la mayoría. Pero también estaba convencido de que algunas sobrevivirían… las suficientes para establecer una base.

Waff se puso de puntillas y pegó la cara al tanque.

- Si estáis ahí, Profeta, pronto os daré un nuevo dominio.

Cinco ayudantes de la Cofradía entraron en el laboratorio sin llamar. Waff se volvió bruscamente y los gusanos percibieron el movimiento. Con un ruido sordo, sus cabezas carnosas golpearon las paredes reforzadas del tanque. Sobresaltado una vez más, Waff se volvió hacia el otro lado.

- Los pasajeros han salido hacia Buzzell -dijo uno de aquellos hombres de ropas grises-. El navegante Edrik ordena que sigamos tus instrucciones.

Aquellos cinco tenían unas cabezas extrañamente deformes, frente hinchada y facciones asimétricas. Cualquier maestro tleilaxu podía haber introducido modificaciones genéticas para que sus descendientes fueran físicamente más atractivos. Pero eso no sería a ningún propósito, y a Waff no le interesaba la estética.

Señaló con el gesto los tanques mientras los hombres de la Cofradía los sellaban para su traslado.

- Id con sumo cuidado. Esas criaturas valen más que las vidas de todos vosotros juntos.

Los reticentes ayudantes instalaron asas en los tanques abarrotados y salieron cargando con ellos por los pasillos curvos del crucero. Consciente de que solo disponía de cuatro horas para completar su misión antes de que regresaran las lanzaderas con los otros pasajeros, Waff les apremió para que se dieran prisa.

Por causa del cisma que había en la Cofradía entre navegantes y administradores, algunos quizá no verían con buenos ojos que abriera aquella nueva vía para la producción de especia. Los ixianos, la Nueva Hermandad, incluso la facción burocrática de la Cofradía, podían tratar de asesinarle, en colaboración o por separado. Waff no sabía cómo o por qué aquellos cinco hombres de la Cofradía en particular estaban allí ayudándole. Si expresaba sus recelos, sabía que el navegante no vacilaría

en hacer que los mataran para tenerle contento. Mientras el grupo avanzaba hacia el pequeño transporte, Waff decidió que eso era exactamente lo que haría. Deshacerse de aquellos hombres, de aquellos testigos. Después.

Los tanques fueron instalados en el transporte. Waff normalmente no salía de los confines seguros del crucero, pero insistió en acompañar a los hombres. Era su experimento, y quería estar presente para asegurarse de que soltaban correctamente a los gusanos. No estaba seguro de que fueran lo suficientemente competentes o atentos.

Y entonces sus recelos fueron a más. ¿Qué podía impedir que huyeran en la nave y descubrieran la existencia de los gusanos -¡o los vendieran!- a alguna de las facciones contrarias? ¿Serían leales a Edrik? Waff veía peligros por todas partes.

Cuando el transporte se descolgó por la base del muelle de carga, Waff deseó haber pedido que le acompañara algún guardaespaldas, al menos, haber llevado consigo algún arma de mano. ¿Podía confiar en alguien?

Los hombres de la Cofradía se comunicaban entre ellos mediante unos aparatos electrónicos conectados a sus gargantas que emitían señales cerebrales sin necesidad de que hablaran. Pero Waff sabía que podían hablar… ¿por qué actuaban con tanto secretismo? Quizás estaban tramando algo. Waff miró al inmenso crucero, allá arriba, y deseó con todas sus fuerzas que aquello se acabara cuanto antes.

El pequeño transporte descendió sobre los cielos nublados, debatiéndose con las corrientes de aire racheado. Waff se sentía mareado. Finalmente, atravesaron las capas de humedad y abajo vieron un océano que se extendía hasta el horizonte. Waff estudió los mapas que aparecían en las pantallas de la cabina, buscando una zona templada donde depositar los gusanos, un lugar donde los mares fueran ricos en plancton y pescado. Es donde tendrían más posibilidades de sobrevivir.

Señaló una línea de rocas, no muy lejos de la isla donde la Hermanas tenía su base principal y el centro de sus operaciones de extracción de soopiedras.

- Allí. Es seguro, y está lo bastante cerca para poder controlar la actividad de los gusanos. -Sonrió, imaginando ya los informes asustados de los primeros avistamientos?. Será interesante oír los rumores y las historias disparatadas que cuentan.

Los hombres de la Cofradía asintieron con expresión profesional. El transporte descendió hacia el mar y quedó suspendido por encima del suave oleaje. La trampilla inferior de carga se abrió y Waff bajó para ver cómo vaciaban los tanques. Percibía el aire salado del mar, el olor de las algas flotantes, la brisa húmeda que azotaba los mares. Estaba a punto de caer una tormenta.

Ayudándose con las asas, dos de los silenciosos hombres acercaron el primer tanque a la abertura, quitaron la lámina de plaz que lo cubría y volcaron el agua y los gusanos a la libertad del oleaje.

Las criaturas serpentinas saltaron como serpientes furiosas.

Cuando cayeron en el agua, se alejaron. Waff vio sus cuerpos segmentados ondularse y entonces se zambulleron y desaparecieron. Parecían dichosos con aquella nueva libertad, felices de tener un mundo sin fronteras de plaz.

Con un gesto brusco, Waff indicó a los hombres de la Cofradía que soltaran el resto de los gusanos, que vaciaran los otros acuarios. Había conservado un tanque lleno en el crucero, siempre podía crear más.

Mientras estaba en pie junto a la escotilla, de pronto se estremeció, consciente de su vulnerabilidad. Ahora que había soltado a los gusanos, ¿volvería a requerir Edrik sus servicios? El tleilaxu temió que aquellos ayudantes silenciosos lo arrojaran por la borda y lo dejaran flotando en

las aguas, a kilómetros de la roca más cercana. Con recelo, retrocedió y se sujetó a un asa de la pared.

Pero los hombres no hicieron ningún movimiento contra él. Realizaron su trabajo exactamente como él les dijo, con la exactitud como el navegador había ordenado. Quizá Waff tenía miedo porque su intención era hacer que los mataran. Y por eso pensaba que ellos pensarían lo mismo de él.

Waff intuía que en aquel lugar los gusanos de mar prosperarían. El medio era favorable a su desarrollo y reproducción. Los gusanos marcarían su territorio y, cuando se hicieran lo bastante grandes, se convertirían en leviatanes de las profundidades. Un forma adecuada para el Profeta.

Las puertas de carga del transporte volvieron a sellarse con un leve siseo y el piloto de la Cofradía los sacó de allí. Waff y su grupo llegarían al crucero mucho antes de que los mercaderes regresaran con sus cargamentos de soopiedras. Y nadie se habría enterado de nada.

A través del puerto de plaz de la cabina, el maestro tleilaxu vio cómo las olas se alejaban. No había ni rastro de los gusanos, pero sabía que estaban allí abajo.

Dejó escapar un suspiro contenido, convencido de que el Profeta regresaría.

7

Es el principio de la bomba de relojería, una estrategia de agresión que forma parte de la humanidad desde hace mucho. Y así hemos insertado nuestras «bombas de relojería» en las células de los gholas y activamos unos comportamientos determinados cuando así lo decidimos.

Del Manual secreto de los maestros tleilaxu.

La no-nave tenía sus propios horarios, sus propios ciclos. En aquellos momentos la mayoría del pasaje dormía, salvo los vigilantes y los equipos de mantenimiento. Las cubiertas estaban en silencio, los paneles de luz emitían una luz amortiguada. En la cámara poco iluminada donde estaban los tanques axlotl, el rabino andaba arriba y abajo, musitando oraciones talmúdicas.

Sheeana observaba con atención al anciano en una pantalla de seguridad, siempre atenta a cualquier nuevo intento de sabotaje. El saboteador que mató a los tres gholas y los tanques axlotl había desconectado las cámaras de seguridad, pero el Bashar y Teg se habían asegurado de que eso no volviera a pasar. Todo estaba bajo observación. Como antiguo doctor Suk, el rabino podía acceder al centro médico; y pasaba allí largos ratos, con lo que quedaba de la mujer que él había conocido como Rebecca.

Aunque el anciano había contestado todas las preguntas de las Decidoras de Verdad, Sheeana no se fiaba de él. A pesar de sus esfuerzos, el saboteador y asesino seguía libre. Y la reciente aparición de la red centelleante había acercado demasiado al Enemigo, y había recordado a todos cuál era la verdadera amenaza. Todos la habían visto a bordo. El peligro seguía ahí.

Tres tanques axlotl relativamente nuevos descansaban sobre sus respectivas plataformas; las voluntarias contestaron enseguida a la llamada de Sheeana, tal como ella esperaba. En aquellos momentos los tres nuevos tanques estaban produciendo melange en forma líquida que caía gota a gota en pequeños matraces colectores, pero Sheeana ya había iniciado los preparativos para implantar en uno de los vientres células de la cápsula de nulentropía de Scytale, Un nuevo embrión para recuperar otra figura del pasado. No permitiría que el sabotaje detuviera su proyecto con los gholas.

El rabino estaba en pie ante los nuevos tanques, y la rigidez de su cuerpo era un claro indicio de desprecio y desagrado. Se dirigió a aquel montículo de carne.

- Os odio. Esto es antinatural, contrario a Dios.

Tras observar al anciano atentamente, Sheeana abandonó la sala de monitores y entró en el centro médico.

- ¿Es honorable odiar al indefenso, rabino? Estas mujeres ya no son conscientes, no son humanas. ¿Por qué despreciarlas?

El hombre se volvió, con las luces reflejándose en sus lentes limpias.

- Deja de espiarme. Deseo estar a solas para rezar por el alma de Rebecca. -Rebecca siempre había sido su favorita, siempre dispuesta a medir su inteligencia con él; el anciano no le perdonaba que se hubiera ofrecido voluntaria para convertirse en un tanque.

- Incluso a usted hay que vigilarle, rabino.

La ira hizo enrojecer su piel curtida.

- Tú y tus brujas tendríais que haber escuchado las advertencias y haber cejado en vuestros grotescos experimentos. Si las Honoradas Matres hubieran logrado deshacerse de Scytale cuando destruyeron los mundos de los tleilaxu, sus detestables conocimientos sobre los gholas y los tanques se habrían perdido para siempre.

- Las Honoradas Matres también persiguieron a su gente, rabino. Los tleilaxu comparten el mismo enemigo que usted.

- No, no es lo mismo en absoluto. Nosotros hemos sido perseguidos injustamente a lo largo de toda la historia, mientras que los tleilaxu simplemente recibieron lo que merecían. Según tengo entendido, incluso sus Danzarines Rostro se volvieron contra ellos. -Se apartó un paso del montículo de carne, de los olores químicos y biológicos que emanaban de los tanques. -Apenas puedo recordar cómo era Rebecca antes de convertirse en esta cosa.

Sheeana buscó en las memorias y pidió a las voces de su interior que la ayudaran. Esta vez lo hicieron, y encontró lo que buscaba, como si estuviera accediendo a viejas imágenes de archivo. Una mujer elegante, con túnica marrón y cabellos trenzados. Con lentillas para ocultar el azul de su adicción a la especia…

- Con expresión amarga, el rabino puso una mano sobre la carne expuesta de Rebecca. Una lágrima se deslizó por su mejilla. Cada vez que la visitaba musitaba las mismas palabras, se habían convertido en una letanía.

- Las brujas le habéis hecho esto; vosotras la habéis convertido en un monstruo.

- No es ningún monstruo, ni siquiera es una mártir. -Sheeana dio unos toquecitos en la frente-. Los pensamientos y recuerdos de Rebecca están aquí dentro, y dentro de muchas otras hermanas, compartidos con todas nosotras. Rebecca hizo lo que era necesario, y nosotras haremos lo mismo.

- ¿Creando más gholas? ¿Cuándo acabará todo esto?

- Se preocupa por una piedrecilla en su zapato, cuando nosotras lo que intentamos es evitar un desprendimiento de tierras. Tarde o temprano no podremos seguir huyendo del Enemigo. Necesitaremos la ingenuidad y los talentos especiales de esos gholas, sobre todo de aquellos susceptibles de convertirse en un nuevo kwisatz haderach. Pero hemos de manipular todo ese material genético con cuidado, nutriéndolo y desarrollándolo en el orden adecuado, al ritmo adecuado. -Se acercó a uno de los nuevos tanques, una joven cuya figura aún no se había deformado hasta el punto de resultar irreconocible.

Mientras estaba allí, un pensamiento inquietante se resistía a salir a su mente. Una absurda línea de razonamiento, que la había estado rondando todo el día. ¿Y si mis capacidades fueran equivalentes a las de un kwisatz haderach? ¿Tengo la capacidad natural de controlar a los grandes

gusanos. Tengo los genes de los Atreides, y siglos de conocimientos perfectos de la Hermandad como referente. ¿Osaría?

Sintió voces que brotaban de su interior; una de ellas sobresalía por encima de las otras. La antigua reverenda madre Gaius Helem Mohíam, repitiendo algo que en una ocasión había dicho al joven Paul Atreides: «Sin embargo, hay un lugar donde ninguna Decidora de Verdad puede ver. Nos repele, nos aterroriza. Pero está dicho que un día un hombre vendrá y con el don de la droga encontrará su ojo interior. Él verá donde nosotras no vemos… en los pasados de mujeres y de hombres… aquel que puede estar en muchos lugares a la vez…». La voz de la anciana se desvaneció, sin dar ni ningún consejo a Sheeana, ni en un sentido ni en otro.

Con una mueca de desprecio, el rabino interrumpió sus pensamientos.

- ¿Y confías en la ayuda del viejo tleilaxu, que está desesperado por crear un ghola propio antes de morir? Scytale ocultó esas células durante años. ¿Cuántas de ellas contienen peligrosos secretos? Ya habéis descubierto células de Danzarines Rostro entre las nuestras. ¿Cuántas de vuestras abominaciones ghola son trampas tleilaxu?

Sheeana lo miró con desapasionamiento, consciente de que ningún argumento le haría cambiar de opinión. El rabino hizo la señal para el mal de ojo y huyó.

***

Duncan se encontró con Sheeana en un corredor vacío, en la penumbra de la luz artificial. Los recicladores y sistemas de soporte vital de la no-nave mantenía el aire agradablemente fresco, pero al verla sola Duncan sin sintió que se acaloraba.

Los grandes ojos de Sheeana se clavaron en él como el mecanismo de un arma para apuntar. Sintiendo un cosquilleo en la piel, como electricidad estática, Duncan se maldijo por dejarse tentar tan fácilmente. Incluso ahora, tres años después de que Sheeana hubiera roto las cadenas debilitadoras de su amor por Murbella, los dos seguían cayendo irresistiblemente en inesperados encuentros sexuales tan frenéticos como los que hubo entre él y Murbella.

Duncan prefería controlarlas circunstancias de sus encuentros, y siempre se aseguraba de que hubiera otros presentes, de que hubiera cerca alguna baranda donde agarrarse para no caer por el precipicio. No le gustaba perder el control: y eso ya había pasado demasiadas veces.

Él y Sheeana se habían rendido ante el otro como dos personas asustadas que se abrazan en mitad de un bombardeo. Ella había cauterizado su debilidad y le había apartado de Murbella, y sin embargo Duncan se sentía como una baja de guerra.

En aquellos momentos, mientras veía vacilar la expresión de Sheeana, Duncan intuyó que sentía el mismo vértigo y desorientación que él. La joven trató de hablar con tono reservado y racional.

- Es mejor que no hagamos esto. Tenemos demasiadas preocupaciones, hay demasiados riesgos. Ha fallado otro sistema de regeneración. El saboteador…

- Tienes razón, no deberíamos. -La voz de Duncan era ronca, y sin embargo estaban siguiendo un camino con unas consecuencias cada vez más graves. Duncan dio un paso al frente con vacilación. Las amortiguadas luces del corredor se reflejaban en las paredes de metal de la no-nave - No deberíamos hacer esto -volvió a decir.

El deseo cayó sobre ellos como una ola. Como mentat, Duncan podía observar y evaluar, llegar a la conclusión de que lo que hacían no era más que una forma de reafirmar su humanidad. Cuando sus dedos se tocaron, sus labios, su piel, los dos estuvieron perdidos…

Más tarde, los dos yacían entre las sábanas revueltas del lecho de Sheeana. El ambiente tenía un tono húmedo y almizclado. Duncan se sentía saciado, y tenía los dedos metidos entre su pelo negro rizado. Estaba confuso, y decepcionado consigo mismo.

- Me has arrebatado buena parte de mi autocontrol.

Sheeana arqueó las cejas bajo la luz mortecina, con expresión divertida. Duncan notaba su aliento cálido muy cerca de su oreja.

- ¡Oh! ¿Y Murbella no lo hizo? -Cuando vio que se daba la vuelta sin contestar, chasqueó la lengua-.¡Te sientes culpable! Crees que de algún modo la has traicionado. Pero ¿a cuántas imprimadoras entrenaste en Casa Capitular?

Él contestó, a su manera.

- Murbella y yo estábamos atrapados, ninguna parte de nuestra relación fue voluntaria. Teníamos una adicción mutua, éramos dos personas que habían llegado a un punto muerto. Eso no es amor, ni ternura. Para Murbella, para todas las brujas, se suponía que hacer el amor no era más que «trabajo». ¡Y aun así yo sentía algo por ella! No se trata de si debo o no debo.

- Pero tú, tú has sido como una desintoxicación violenta de mi organismo. La Agonía sirvió al mismo propósito para Murbella, rompió el vínculo que la ataba a mí. -Estiró el brazo y sujetó el mentón de Sheeana-. Esto no puede volver a suceder.

Ahora ella parecía más divertida.

- Estoy de acuerdo… pero sucederá de todos modos.

- Eres un arma cargada, una Bene Gesserit completa. Cada vez que hacemos el amor, podrías permitir que hubiera un embarazo. ¿No es eso lo que exigiría la Hermandad? Podrías quedar embarazada de mí en el momento en que lo decidas.

- Cierto. Pero no lo he hecho. Estamos muy lejos de Casa Capitular, y ahora yo tomo mis propias decisiones. -Sheeana lo atrajo hacia sí.

8

Los científicos ven a los gusanos de arena como especimenes, los fremen los ven como un dios. Pero los gusanos devoran a quienes tratan de reunir información. ¿Cómo se supone que pudo trabajar con semejantes condiciones?

PLANETÓLOCO IMPERIAL PARDOT KYNES, Antiguos registros.

Sheeana estaba en la galería de observación donde ella y Garimi habían subido en una ocasión a discutir el futuro de su viaje. La gran cámara de carga, de un kilómetro de largo, era lo bastante grande para dar sensación de libertad, aunque seguía siendo demasiado pequeña para una camada de gusanos de arena. Las siete criaturas crecían, pero estaban atrofiadas, en espera de la tierra árida prometida. Llevaban mucho tiempo esperando, tal vez demasiado.

Ya hacía más de dos décadas que Sheeana había subido a bordo a los pequeños gusanos, sustraídos de la franja desértica de Casa Capitular. Su idea siempre había sido instalarlos en otro planeta, lejos de las Honoradas Matres y a salvo del Enemigo. Durante años, los gusanos de arena se habían deslizado interminablemente por los confines arenosos de la cubierta de carga, tan perdidos como el resto del pasaje del Ítaca…

Sheeana se preguntó si la no-nave encontraría algún día un planeta donde poder detenerse, donde las hermanas pudieran establecer una nueva Casa Capitular, ortodoxa, no una organización mestiza que hiciera concesiones a la forma de hacer de las Honoradas Matres. Si la nave se limitaba a huir y huir durante generaciones, no podrían encontrar un

planeta para los gusanos, para Garimi y sus conservadoras Bene Gesserit, para el rabino y sus judíos.

La noche antes recordaba haber buscado consejo en las Otras Memorias. Durante un rato no había recibido respuesta. Y entonces, Serena Butler, líder de la antigua Yihad, vino a ella, cuando Sheeana se estaba quedando dormida en sus alojamientos. Serena, muerta tiempo ha, le habló de su experiencia, de lo perdida y lo abrumada que se había sentido en medio de una guerra interminable, obligada a guiar a una población inmensa, cuando ella misma no sabía adónde ir.

- Pero encontraste el camino, Serena. Hiciste lo que tenías que hacer. Hiciste lo que la humanidad necesitaba que hicieras.

Igual que harás tú, Sheeana.

Ahora, mientras veía las ondulaciones de los gusanos abajo en la arena, Sheeana intuía sus sentimientos de una forma intangible, y ellos intuían los de ella. ¿Soñarían con una extensión interminable de dunas en la que establecer su territorio? El mayor de los gusanos, de casi cuarenta metros de largo y con una boca lo bastante grande para tragarse a tres personas una al lado de la otra, era claramente el dominante. A este Sheeana le había puesto nombre: Monarca.

Los siete gusanos apuntaron sus rostros sin ojos hacia ella, mostrando sus dientes cristalinos. Los más pequeños desaparecieron en las arenas bajas, y Monarca quedó solo. Parecía estar llamando a Sheeana. Ella miró al gusano dominante, tratando de entender qué quería. La conexión que había entre ellos empezó a arder en su interior, la llamaba.

Sheeana bajó a la cámara de arena. Salió a la extensión de dunas removidas y fue directa hacia el gusano, sin miedo. Muchas veces se había enfrentado a aquellas criaturas, no tenía nada que temer.

Monarca se elevó sobre ella. Poniéndose las manos en las caderas Sheeana miró y esperó. En los maravillosos días de Rakis, había aprendido a bailar sobre la arena y controlar a los behemoths, pero siempre supo que podría hacer más. Cuando estuviera preparada.

El gusano parecía jugar con la necesidad de ella de entender. Ella era la joven que podía comunicarse con las bestias, que podía controlarlas y entenderlas. Y ahora, si quería saber cual era su futuro, debía ir más allá. Literal y metafóricamente. Es lo que Monarca quería. La criatura, peligrosa y amenazadora, expulso una bocanada de fuego interno y melange pura.

- Bueno, ¿y ahora qué hacemos? ¿Eres Shaitan o solo eres un impostor?

El inquieto gusano parecía saber exactamente lo que Sheeana quería. En lugar de deslizar su cuerpo hacia ella para que pudiera trepar por sus segmentos, Monarca se puso ante ella con la boca abierta. Cada diente lechoso en aquella boca del tamaño de una caverna era lo bastante largo para usarse como crys. Sheeana no temblaba.

El gusano apoyó la cabeza sobre las dunas, justo delante de ella. ¿La estaba tentando a un viaje simbólico, como Jonás y la ballena? Sheeana se debatía con sus miedos, pero sabía lo que tenía que hacer… no como la actuación de un charlatán, pues dudaba que hubiera nadie mirando, sino porque era necesario para que pudiera comprender.

Monarca esperaba con la boca abierta. El gusano se había convertido en una entrada secreta que la seducía como un peligroso amante. Sheeana pasó por la reja de dientes crys y se arrodilló en el gaznate, respirando el intenso olor a canela. Se sentía mareada, tenía náuseas, casi no podía respirar. El gusano no se movió. Voluntariamente, ella se adentró más en su interior, ofreciéndose, aunque estaba convencida de que su sacrificio no sería aceptado. No era eso lo que el gusano quería de ella.

Sin mirar atrás, avanzó arrastrándose por la garganta a aquel mundo seco, caliente y oscuro. Monarca no se alteró. Sheeana siguió adelante, sintiendo que su respiración se volvía más lenta. Cada vez más y más

adentro, hasta que supuso que ya habría recorrido al menos la mitad de la longitud del gusano postrado. Sin la fricción que producía el eterno vagar por desiertos interminables, el gaznate del gusano ya no era un horno. Cuando sus ojos se amoldaron, Sheeana se dio cuenta de que allí no había una oscuridad total, percibía una misteriosa iluminación que parecía salir más de algún nuevo sentido de su mente que de la vista tradicional. Veía vagamente la superficie membranosa que la envolvía y, conforme avanzaba, el olor indigesto de los precursores de la melange se hizo más intenso, más concentrado.

Finalmente, llegó a la cámara carnosa que debiera haber sido el estómago, pero sin ácidos digestivos. ¿Cómo lograban sobrevivir aquellos gusanos cautivos? El olor a especia era más fuerte de lo jamás había percibido… tanto que una persona normal se habría asfixiado.

Pero yo no soy una persona normal.

Sheeana se quedó allí tendida, absorbiendo el calor, dejando que la intensa melange calara cada poro de su cuerpo, sintiendo que la conciencia imprecisa de Monarca se fundía con la suya. Aspiró profundamente y experimentó una sensación profunda y cósmica de calma, como si estuviera en el vientre de la Gran Madre del Universo.

De pronto, con aquel visitante inusual garganta abajo, el gusano de arena se sumergió en el desierto artificial y empezó a deslizarse por él, llevándola en un extraño viaje. Como si estuviera conectada con el sistema nervioso de Monarca, Sheeana veía a los otros gusanos bajo la arena. Trabajando en equipo, los siete gusanos estaban formando pequeñas vetas de especia en la cámara de carga.

Preparándose.

Sheeana perdió la noción del tiempo, y pensó de nuevo en Leto II, la perla de la conciencia del cual estaba ahora dentro de aquella bestia y las otras que había en la cámara. ¿Dónde encajaba ella en aquel reino? ¿Como reina del Dios Emperador? ¿Como parte femenina de la divinidad? ¿O como algo totalmente distinto, una entidad que ni siquiera acertaba a imaginar?

Los gusanos llevaban secretos en su interior, y Sheeana era consciente de que lo mismo sucedía con los niños ghola. Cada uno de ellos llevaba en sus células un tesoro mucho más importante que le especia: sus recuerdos y sus vidas pasadas. Paul y Chani, Jessica, Leto II, Thufir Hawat, Stilgar Liet-Kynes… y ahora la pequeña Alia. Cada uno tenía un papel crucial que desempeñar, pero solo si recordaban recordar quienes eran.

Sheeana vio cada imagen, pero no en su imaginación. Los gusanos de arena sabían lo que aquellas figuras perdidas contenían. Una sensación de urgencia la azotó con violencia, como el viento del desierto. El tiempo se agotaba, y con él las posibilidades de sobrevivir. Vio una sucesión de los posibles gholas, todos preparados como armas, aunque no tenía muy claro lo que podía hacer cada uno.

No podía esperar al Enemigo. Tenía que actuar ahora.

El gusano de arena salió a la superficie y, tras deslizarse por la arena se detuvo con una sacudida. Dentro, Sheeana recuperó el equilibrio. Luego con un movimiento constrictor de las membranas de su interior, la criatura la expulsó con delicadeza. Sheeana salió a rastras de la boca y cayó dando rumbos por la arena.

El polvo y la arenilla se pegaban a la fina sustancia que recubría su cuerpo. Monarca le dio un toquecito, como un pájaro que anima a un pollito a andar por sí mismo. Atrapada aún en sus visiones desorientadoras, Sheeana trató de andar y cayó de rodillas. Los rostros de los niños ghola flotaban a su alrededor, disolviéndose en una luz brillante. ¡Despierta!

Se tumbó, respirando a boqueadas, con el cuerpo y la ropa empapados en esencia de especia. A su lado, el gran gusano dio la vuelta, se sumergió en las arenas poco profundas y desapareció.

Apestando, tambaleante, Sheeana se dirigió hacia las puertas de la cámara de carga, pero no dejaba de trastabillar y caer. Tenía que llegar a los niños ghola, el gusano le había dado un importante mensaje, algo que penetró en su conciencia como una forma muda de las Otras Memorias. En cuestión de momentos, supo con una abrumadora seguridad lo que tenía que hacer.

9

Dices que debemos aprender del pasado. Pero yo… yo temo al pasado, porque he estado allí, y no tengo ningún deseo de volver.

DOCTOR WELLINGTON YUEH, el ghola.

Después de que la ducharan y la restregaran a conciencia para quitarle el olor a especia, tan fuerte que incluso las hermanas que la ayudaron tuvieron que cubrirse la boca y la nariz, Sheeana pasó dos días sumida en unos sueños profundos y turbadores.

Cuando finalmente se levantó, encontró a Duncan Idaho y Miles Teg en el puente de navegación y anunció su decisión.

- Todos los gholas son lo bastante mayores. Incluso Leto II tiene la misma edad que cuando restaure los recuerdos del Bashar. -Su aliento tenía aún un fuerte olor a melange?. Ha llegado el momento de despertarlos a todos.

Duncan dio la espalda a la ventana de observación.

- Activar el proceso no es como activar una subrutina o enfrentarse a un episodio de amnesia temporal. No puedes limitarte a enviar un informe y ordenar que se cumpla.

- Los niños ghola siempre han sabido que les pediríamos esto.

Sin sus recuerdos, sin su genio, no nos son de mayor utilidad que cualquier otro niño.

El Bashar asintió lentamente.

- Recuperar la vida pasada de un ghola es una experiencia que destruye y vuelve a recrear la psique. Hay numerosos métodos probados, algunos más dolorosos que otros, pero ninguno es sencillo. No puedes despertar a todos los niños a la vez. Cada uno de estos momentos críticos debe prepararse a medida de cada individuo. Una crisis poderosa y destructiva. -El rostro de Teg mostraba ecos de dolor-. Tú creíste estar utilizando un método humano conmigo Sheeana… pero no era más que un niño de de diez años.

Aunque Duncan también parecía inquieto ante la perspectiva, bajó la pantalla de observación y se acercó a Sheeana.

- Tiene razón, Miles. Creamos esos gholas con un propósito, y en estos momentos son como armas sin cargar. Tenemos que cargar a nuestros gholas… ellos son nuestra única arma. La red del enemigo es ahora más fuerte, y de nuevo ha estado a punto de atraparnos. Todos la vimos. La próxima vez puede que no podamos escapar…

- Ya hemos esperado bastante. -La voz de Sheeana era brusca, no dejaba lugar a protestas.

- Algunos gholas podrían ser conflictivos. -Teg entrecerró los ojos-. Y es posible que alguno se vuelva loco. ¿Estás preparada para eso?

- Yo he pasado por la Agonía de Especia, al igual que todas las Reverendas Madres de esta nave. Y sobrevivimos a un dolor insoportable.

- Yo tengo los recuerdos de mi vida pasada -dijo Teg-. De guerras y atrocidades, de torturas imposibles, Por alguna razón los detalles malos

son mucho más vividos que los buenos, y sin embargo, no hay nada peor que el despertar ghola.

Sheeana agitó la mano.

- A lo largo de la historia, hombres y mujeres han tenido el monopolio sobre diferentes tipos de dolor, y cada uno piensa que el suyo es el peor. -Sonrió con expresión sombría- Empezaremos con el ghola menos valioso, por supuesto. Por si algo va mal.

***

Wellington Yueh fue llamado a presencia de las Bene Gesserit en una de las cámaras de Consejo de la no-nave. El adolescente larguirucho tenía el mentón afilado y los labios apretados. En su rostro ya podían verse indicios de las familiares facciones cinceladas, la frente ancha… el semblante que durante miles de años se había convertido en sinónimo de traidor en las obras galácticas de referencia.

El joven estaba nervioso. Sheeana se puso en pie en toda su estatura y se acercó. El pestañeó por su presencia intimidadora, pero de alguna forma encontró el valor para permanecer donde estaba.

- Reverenda Madre, me ha llamado. ¿En qué puedo ayudarla?

- Recuperando tus recuerdos. Mañana serás el primero de nuestros gholas en pasar por el proceso.

El rostro amarillento de Yueh palideció.

- Pero ¡no estoy preparado!

- Por eso te damos un día entero, para que te prepares. -La lengua de la censora superior Garimi era ácida, como siempre.

Aunque Garimi nunca había aprobado el proyecto, ahora deseaba ver su culminación. Sheeana sabía lo que estaba pensando: Si el proceso para despertarlos fallaba, intentaría evitar que se crearan nuevos gholas; si funcionaba, insistiría en que el programa ya había logrado su objetivo y podía terminarse. Sabía que Sheeana, intrigada por todas las células de la cápsula de nulentropía del tleilaxu, quería experimentar con nuevos gholas.

Yueh estaba como pegado al suelo. Parecía a punto de desmayarse, y tuvo que sujetarse a una silla para no perder el equilibrio.

- Hermanas, no deseo recuperar mis recuerdos. No soy el hombre a quien creéis haber resucitado, sino una nueva persona… yo. El viejo Wellington Yueh estaba atormentado por muchas cosas. Y, aunque en parte él era yo, ¿cómo puedo perdonarle lo que hizo?

Garimi hizo un gesto despectivo.

- No importa, te recuperamos con un solo propósito. No esperes compasión. Tienes una labor que cumplir.

Cuando las censoras se llevaron al alterado joven, Sheeana miró a Garimi y las otras dos hermanas de mayor edad Calissa y Elyen, que habían estado presentes durante la conversación.

- Utilizaré el método sexual con él, el mismo que utilicé con el ghola del Bashar. Es la mejor de las técnicas que conocemos.

- La imprimación sexual desató los recuerdos del Bashar únicamente porque precipitó una crisis en él. Su madre le había entrenado para resistirse a la imprimación sexual. No fue tu técnica lo que removió su pasado, sino su resistencia a ella.

- Desde luego. Y por eso prepararemos una agonía individualizada para cada uno de los gholas, algo que pueda llegar a sus miedos y sus debilidades.

- ¿Cómo doblegará el sexo a Yueh? -preguntó Garimi.

- No será el sexo en sí, sino su resistencia. Le aterra recordar su pasado. Si cree que sabemos cómo liberar sus recuerdos, se debatirá con

todo lo que tenga. Y mientras él se resiste, yo aplicaré mis procedimientos más potentes y lo llevará al borde de la locura.

Garimi se encogió de hombros.

- Si no funciona, tenemos otros métodos.

***

La habitación estaba escasamente iluminada, las sombras acechaban, y eso hacía más palpable el terror de Yueh. No había ningún mobiliario, salvo una colchoneta acolchada como las que utilizaban los niños gholas durante las sesiones de entrenamiento físico.

Las brujas no le habían explicado lo que debía esperar. Por sus estudios el joven sabía que el proceso para recuperar el pasado era doloroso. Él no era un hombre fuerte, ni especialmente valiente. Aún así, la perspectiva del dolor no le aterraba ni la mitad de lo que le aterraba recordar.

Las puertas se deslizaron sobre guías con un suave siseo de metal lubricado. Una luz cegadora entró del corredor, mucho más brillante que la de los paneles de luz de su celda. Y vio la silueta de una mujer… ¿Sheeana? Se volvió hacía ella, pero solo veía un contorno, las curvas sensuales de su cuerpo, no disimuladas ya por las amplias túnicas. Cuando la puerta se cerró a su espalda, los ojos de Yueh se adaptaron enseguida a aquella luz más cómoda.

Y entonces vio que Sheeana estaba completamente desnuda y sus miedos aumentaron.

- ¿Qué es esto? -La voz le salió muy chillona, por el miedo.

Ella se acercó.

- Ahora te desvestirás.

Yueh, que apenas era un adolescente, tragó saliva.

- No hasta que me diga que va a pasarme.

Sheeana utilizó la fuerza huracanada de la Voz Bene Gesserit.

¡Te desvestirás, ahora!

En una reacción automática, Yueh se arrancó la ropa, con movimientos espasmódicos. Sheeana lo examinó, paseando sus ojos arriba y abajo por su cuerpo delgado como un balcón que valora a su presa. A Yueh le dio la impresión de que lo encontraba defectuoso.

- No me haga daño -suplicó, y se detestó a sí mismo por decirlo.

- Pues claro que te hará daño, pero no será un dolor que yo inflija sobre ti. -Le tocó el hombro. Él sintió casi una sacudida eléctrica, pero estaba transfigurado, no podía moverse-. Lo harán tus recuerdos.

- No quiero recuperarlos. Me resistiré.

- Resístete cuanto quieras. No te beneficiará en nada. Sabemos cómo despertarte.

Yueh cerró los ojos y apretó los dientes. Trató de darse la vuelta, pero ella lo sujetó por los brazos para que se estuviera quieto, luego lo soltó y empezó a acariciarle. Yueh sentía aquellas delicadas caricias como la línea de calor de una cerilla sobre sus brazos, su pecho.

- Tus recuerdos están guardados en tus células. Para despertarlos, primero debo despertar tu cuerpo. -Le acarició y él se estremeció sin poder apartarse-. Enseñaré a tus terminaciones nerviosas a hacer cosas que han olvidado. -Otra sacudida, y Yueh jadeó.

Sheeana volvió a tocarle y al joven casi le fallaron las rodillas, como ella quería. Sheeana le empujó hacia la esterilla del suelo.

- Necesito llevarte a la plena conciencia de cada cromosoma de cada célula.

- No. -Aquel «no» le sonó increíblemente endeble.

Sheeana apretó su cuerpo contra él, haciendo que su piel cálida encendiera su sudor, y Yueh se replegó sobre sí mismo, tratando de huir.

Entre todas las cosas que había aprendido de su pasado, encontró una a la que aferrarse. ¡Wanna! Su amada esposa Bene Gesserit, el punto débil de su larga cadena de traiciones, y el vínculo más sólido que tuvo en su vida original.

Los perversos Harkonnen sabían que Wanna era la clave para quebrantar su condicionamiento, y solo funcionó, solo podía funcionar, porque Yueh la amaba con todo su corazón. Se suponía que las Bene Gesserit no sucumben al amor, pero él sabía que ella siempre le correspondió.

Pensó en las imágenes de archivo, en todo lo que había aprendido de Wanna en sus investigaciones.

- Oh, Wanna.-La necesitaba en su mente, y trató de aferrarse a ella.

Sheeana le acarició la cintura, deslizó sus dedos más abajo y se puso encima de él. Los músculos de Yueh estaban completamente fuera de control. No podía moverse. Los labios de ella vibraban contra su hombro, su cuello. Sheeana era una dotada imprimadora sexual, su cuerpo era un arma, y él era el objetivo.

Una poderosa oleada de sensaciones estuvo a punto de borrar la imagen de archivo de Wanna de su mente, pero Yueh se resistió a lo que Sheeana trataba de hacerle sentir. Y se concentró en lo que habría hecho en los brazos amantísimos de Wanna. Wanna.

Mientras el ritmo del acto sexual iba en aumento, los recuerdos reales empezaron a colarse en la información que tenía de sus estudios. Yueh recordó los terribles momentos que siguieron a la captura de su mujer por los Harkonnen, vio al despreciable y gordo barón, al matón de su sobrino, Rabban, a la víbora de Feyd-Rautha, y al mentat Piter de Vries, con aquella risa que sonaba como vinagre.

Débil, indefenso, furioso, le habían obligado a presenciar como torturaban a Wanna en una cámara de aislamiento. Ella era una Bene Gesserit, podía bloquear el dolor, podía atenuar las respuestas de su cuerpo. Pero Yueh no podía controlarse tan fácilmente, por más que lo intentó.

En su recuerdo de pesadilla, el barón reía, con un rugido grave y profundo.

- ¿Ves la pequeña cámara donde está, doctor? Es un juguete con muchas posibilidades. -Mientras los hombres la observaban, Wanna, aturdida y desorientada, se puso en pie con rodillas temblorosas, pero cabeza abajo-. Podemos hacer que la gravedad dependa totalmente de la perspectiva.

Rabban rió, con una risotada escandalosa. Manipuló los controles de la gravedad artificial de la pequeña cabina y de pronto Wanna cayó con un golpe sordo al suelo. Logró girar la cabeza y el cuello lo justo para no desnucarse. Con la rapidez y fluidez de una serpiente, Piter de Vries se acercó con un amplificador del dolor. En el último momento, Rabban se lo arrebató al mentat pervertido y lo aplicó a la garganta de Wanna personalmente. Ella se retorció en un espasmo de agonía.

- ¡Basta! ¡Basta, os lo suplico! -gritó Yueh.

- Oh, doctor, doctor… sabes muy bien que no es tan sencillo.

- En su visión, el barón cruzaba sus brazos regordetes sobre su pecho.

Rabban volvió a manipular los controles de la gravedad y Wanna salió disparada como una muñeca contra una pared y otra, golpeando los lados de la cámara.

- Cuando una persona es demasiado adorable, hay que hacer algo para solucionarlo.

¡Mi preciosa Wanna!

Ahora los recuerdos eran muy vividos, mucho más detallados que nada que hubiera leído en la sección de archivos. Ningún documento podía haberle hecho ver con tanta claridad…

En un compartimiento distinto que acababa de abrirse en su cerebro, Yueh vivió otro recuerdo. Le tenían paralizado artificialmente y le

obligaban a mirar durante una de las fiestas del barón mientras Piter de Vries utilizaba un amplificador de dolor en el cuerpo suspendido de Wanna. Cada destello provocaba una sacudida de agonía en ella. Los otros invitados se reían de su dolor, de la desdicha y la indefensión de Yueh.

Cuando lo liberaron de su parálisis, Yueh temblaba, babeaba y se puso a forcejear. El barón se plantó ante el, con una amplia sonrisa en su cara abotagada. Le entregó una pistola cargada.

- Como doctor Suk, debes hacer todo lo posible por evitar que el paciente sufra. Tu sabes cómo detener el dolor de Wanna, doctor.

Yueh se estremeció, se sacudió, no podía romper su juramento. Pero no había cosa que deseara más que hacer lo que el barón le decía.

- Yo… ¡No puedo!

- Pues claro que puedes. Elige un invitado, el que sea. No me importa. ¿No ves cómo les divierte nuestro pequeño juego? -Aferró las muñecas temblorosas de Yueh y le ayudó a apuntar su pistola de proyectiles por la sala-. Pero nada de trucos, o haremos que su tormento se alargue muchísimo más.

Yueh habría querido liberar a Wanna del dolor, matarla, en vez de dejar que los Harkonnen siguieran con sus perversos juegos. Vio sus ojos, vio una chispa de dolor y esperanza en ellos, pero Rabban le detuvo.

- Apunta, doctor. Nada de errores.

Con los ojos empañados, Yueh vio diferentes dianas y trató de concentrarse en una, un anciano noble y chocho, adicto a la semuta. Ya había tenido una vida larga, y seguramente disoluta. Pero que un doctor Suk asesinara…

Disparó.

Abrumado por la terrible escena que veía en su cabeza, Yueh no era consciente de las caricias de Sheeana. Su cuerpo estaba empapado en sudor, pero no tanto por el esfuerzo sexual, como por la extrema tensión psicológica. Vio que Sheeana lo evaluaba. Los recuerdos eran tan claros en su cabeza que se sentía el cuerpo como una gran herida en carne viva: Wanna sufriendo y el agudo dolor de saber que había traicionado su juramento Suk. ¡Y aquello había pasado hacía miles de años!

Los años que precedían a aquel suceso decisivo y los años posteriores se extendieron por su mente, ahora viva y hambrienta. Y con los recuerdos, regresó también la angustia y la culpa, y un profundo desprecio por sí mismo.

Yueh sintió que iba a vomitar. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

Sheeana estudió sus lágrimas clínicamente.

- Estás llorando. ¿Significa eso que has recuperado satisfactoriamente tus recuerdos?

- Los he recuperado.-Su voz era ronca, y sonaba infinitamente vieja-. Malditas seáis las brujas por ello.

10

Si nos cuesta tan poco encontrar enemigos es porque la violencia es una parte innata de la naturaleza humana. Así pues, nuestro mayor reto es elegir al enemigo más importante, porque no podemos esperar luchar contra todos.

BASHAR MILES TEG, valoración militar pronunciada ante las Bene Gesserit.

Tras partir de Casa Capitular; Murbella viajó a las líneas de frente. Como madre Comandante, su lugar estaba allí. Haciéndose pasar por una simple inspectora de la Nueva Hermandad, Murbella llegó a Oculiat, uno de

los sistemas que quedaba justo en la trayectoria que seguía la flota de máquinas pensantes.

En otro tiempo, Oculiat estaba en los límites más alejados del espacio habitado, no era más que un lugar adonde huir en la Dispersión después de la muerte del Tirano. Mirándolo objetivamente, aquel planeta apenas poblado tenía muy poca importancia, no era más que otro objetivo en el vasto mapa cósmico. Pero para Murbella Oculiat representaba un importante golpe psicológico, cuando aquel planeta cayera ante las máquinas, el Enemigo tendría las puertas abiertas al Imperio Antiguo, no a un lugar lejano y desconocido que no aparecía en los viejos mapas estelares.

Hasta que los ixianos no entregaran sus destructores y la Cofradía no proporcionara todas las naves que ella había exigido, la madre comandante no tenía forma de parar a las máquinas pensantes tan siquiera de retrasar su avance.

Bajo un cielo brumoso, iluminado por una luz solar amarilla y acuosa, Murbella bajó de su nave. La pista de aterrizaje parecía desierta, como si ya nadie se ocupara del puerto espacial. Como si ya ni siquiera vigilaran por si llegaba el Enemigo.

Sin embargo, cuando se encontró con la multitud enfervorecida en la ciudad central, vio que la población ya había encontrado a su enemigo. Una muchedumbre tenía rodeado el edificio principal de la administración, donde los funcionarios se habían atrincherado. Los ciudadanos habían sitiado a sus líderes, y gritaban pidiendo sangre o una intervención divina. Preferiblemente sangre.

Murbella sabía la increíble fuerza que puede generar el miedo, pero era evidente que no estaba bien canalizada. La población de Oculiat, y de todos los planetas desesperados que se enfrentaban a la inminente llegada del Enemigo, necesitaba el liderazgo de la Hermandad. Eran un arma ya cargada que había que apuntar. Y en vez de eso estaban fuera de control. Murbella vio lo que pasaba y corrió hacia la zona, pero se detuvo cuando estaba a punto de arrojarse sobre la multitud.

La despedazarían, y lo harían por Sheeana.

Las apariciones y los sermones de la «resucitada Sheeana» habían preparado a billones de personas para la lucha. Las Sheaanas habían avivado la ira y el fervor de los pueblos, para que la Nueva Hermandad pudiera manipular aquel poder para sus propósitos. Sin embargo, una vez se desataba, el fanatismo era una fuerza caótica. Conscientes de que seguramente no sobrevivirían a la llegada de las máquinas, hombres y mujeres se daban a la violencia, buscando cualquier enemigo sobre el que desfogarse… incluso entre los suyos.

- ¡Danzarines Rostro! -gritó alguien. Murbella se abrió paso hasta el centro de la acción, apartando a golpes brazos y puños, y golpeó a alguien a un lado de la cabeza. Pero incluso aturdida aquella gente salvaje y envalentonada seguía adelante-. Danzarines Rostros. Nos han estado manipulando todo el tiempo… nos han vendido al enemigo.

Aquellos que reconocieron el unitardo Bene Gesserit de la madre comandante retrocedieron; otros, bien porque no lo conocían o porque estaban demasiado furiosos para que les importara, no recularon hasta que Murbella utilizó la Voz. Bajo el fuego de aquella orden irresistible, se apartaron trastabillando. Sola frente a la multitud, Murbella fue a grandes zancadas hacia la entrada porticada del centro gubernamental, que la gente veía como objetivo. Volvió a utilizar la Voz, pero no pudo detenerlos a todos. Las voces y los gritos acusadores subían y bajaban de volumen como truenos en la tormenta.

Mientras Murbella trataba de llegar al frente de la barricada, varios de los miembros más adelantados de la chusma repararon en su uniforme y dejaron escapar un vítor.

- ¡Una Reverenda Madre ha venido a darnos su apoyo!

- ¡Matad a los Danzarines Rostro! ¡Matadlos a todos!

Murbella agarró a una anciana.

- ¿Cómo sabéis que son Danzarines Rostro?

- Lo sabemos. Pensad si no en sus decisiones, en sus discursos. Es evidente que son traidores. -Murbella no creía que los Danzarines Rostro actuaran tan abiertamente como para que el simple populacho pudiera detectarlos. Pero la chusma estaba convencida.

Seis hombres pasaron corriendo y resollando cargados con un pesado poste de plastiacero que procedieron a utilizar a modo de ariete. En el interior del edificio del capitolio, los funcionarios aterrados habían amontonado todo tipo de objetos tratando de bloquear las puertas y ventanas. Las piedras rompieron el plaz ornamental, pero la gente no pudo entrar tan fácilmente. Barras y objetos pesados les cerraban el paso.

Impulsado por la fuerza del pánico y la histeria, el ariete aporreó las gruesas puertas, astillando la madera y arrancando los goznes. En cuestión de momentos una marea de cuerpos humanos entró.

Murbella gritó.

- ¡Esperad! ¿Por qué no comprobar si realmente son Danzarines Rostro antes de matar a nadie…?

La anciana pasó a empujones, ansiosa por llegar a los funcionarios. Pisó a Murbella, oyó sus advertencias, y entonces se volvió hacia ella entrecerrando los ojos con expresión viperina.

- ¿Por qué duda, Reverenda Madre? Ayúdenos a atrapar a los traidores. ¿O es que también es uno de ellos?

LoS reflejos de Honorada Matre de Murbella hicieron que su mano saliera disparada y asestó en el cuello de la mujer un golpe que la dejó inconsciente. No pretendía matarla, pero cuando su acusadora se desplomó sobre las escaleras, una docena de personas la arroyo.

Con el corazón martilleándole en el pecho, Murbella se pegó contra la pared para evitar la estampida. Si alguien hubiera pronunciado las palabras fatídicas -¡Danzarín Rostro! ¡Danzarín Rostro!- y los dedos la hubieran señalado a ella, la chusma la habría matado sin vacilar. Y ni siquiera con sus capacidades superiores de lucha podría haberse defendido contra tanta gente.

Retrocedió un poco más y se refugió detrás de la estatua de un héroe olvidado de los Tiempos de la Hambruna, parapetándose tras su mole de plazpiedra. La multitud enfervorecida aplastaría a muchos de sus propios integrantes en su afán por entrar en el edificio.

Murbella oyó gritos dentro, disparos, pequeñas explosiones. Algunos de los funcionarios debían de llevar armas personales para protegerse. Murbella esperó; sabía que pronto se habría acabaría.

El sangriento ataque se consumió en media hora. La chusma encontró y asesinó a los veinte funcionarios sospechosos. Y entonces, con una sed de sangre que aún no estaba saciada, se volvieran contra otros miembros de la chusma que no habían demostrado el suficiente entusiasmo, hasta que finalmente toda aquella violencia quedó en un agotamiento culpable…

La madre comandante Murbella entró en el edificio, en toda su estatura, y vio las ventanas, las vitrinas y las obras de arte destrozadas. Los jubilosos asesinos arrastraron los cuerpos hasta la galería legislativa principal. Casi treinta hombres y mujeres muertos, algunos por disparos, otros a golpes, y con tanta saña que a duras penas se reconocían si eran hombres o mujeres. Los cadáveres del pulido suelo de piedra tenían expresiones de terror.

Ciertamente, uno de los cuerpos que había en aquel revoltijo de sangre era un Danzarín Rostro.

- ¡Teníamos razón! Ve, Reverenda Madre. -Un hombre señaló al cambiador de forma muerto-. Se habían infiltrado, pero hemos descubierto al enemigo y lo hemos matado.

Murbella miro a su alrededor, a todos aquellos inocentes asesinados para descubrir a un Danzarín Rostro. ¿Cuál era la economía del derramamiento de sangre? Trató de pensar fríamente. ¿Cuánto daño podía haber causado aquel único Danzarín Rostro al revelar sus puntos débiles al Enemigo que se acercaba? ¿Un daño equivalente a aquellas vidas? Sí, y más, tuvo que admitir.

Por su exaltación, era evidente que la gente de Oculiat consideraba aquel levantamiento una victoria, y Murbella no se lo podía discutir. Pero si aquella oleada de vigilantismo demencial continuaba, ¿caerían todos los gobiernos? ¿Incluso en Casa Capitular? ¿Y entonces quien organizaría a la gente para que se defendiera?

11

Las mentes débiles son crédulas. Cuanto más débiles son los procesos mentales, más ridículas son las ideas que son capaces de creer. Una mente fuerte como la mía puede convenir eso en una ventaja.

BARÓN VLADIMIR HARKONNEN, grabaciones originales.

A pesar de estar desarmado, el barón miró con expresión burlona al perro mestizo de ojos rojos. El animal avanzó gruñendo sobre el suelo de losas, enseñando sus dientes afilados, listo para saltar.

Por fortuna, el barón había matado a aquella bestia con un dardo envenenado hacía un tiempo, y aquella versión mecánica disecada se limitaba a realizar una simulación programada. El simulacro se quedó inmóvil cuando el barón hizo una señal con la mano. Un juguete divertido.

Paolo, que tenía nueve años, iba por la sala de trofeos admirando los animales expuestos. El barón había llevado con él al joven a muchas cacerías en el prístino y agreste paisaje de Caladan, par que conociera la muerte de primera mano. Era bueno para su desarrollo y su educación.

Rabban siempre había disfrutado de tales cosas, pero al principio Paolo se resistía a participar en la carnicería. Tal vez era un defecto de sus genes. Sin embargo, el barón había ido rompiendo poco a poco su resistencia. Con un vigoroso entrenamiento y un sistema de recompensas y castigos (sobre todo esto último), casi había conseguido eliminar el fondo de bondad innata del ghola de Paul Atreides.

Los satélites meteorológicos habían anunciado lluvias persistentes y viento para el resto de la semana. El barón esperaba poder salir a una nueva cacería, pero el frío y el agua le habrían agriado la expedición. Él y Paolo estaba atrapados en el castillo. Entre los dos se había formado un notable vínculo. La Casa Atreides y la Casa Harkonnen… ¡qué ironía! Pero, aunque Paolo era un clon del odiado hijo del duque, con una educación adecuada empezaba a parecerse más a un Harkonnen.

Después de todo, es tu nieto, le azuzó la voz interior de Alia.

Conteniendo el impulso de gritarle, el barón observó cómo cuatro obreros con suspensores subían un inmenso mastafonte disecado a una vitrina. Otra criatura casi extinguida, y sin embargo, había cargado contra ellos por el campo el otoño pasado, tratando de ensartarlos con sus cuernos serrados. El barón, Paolo y media docena de guardas abrieron fuego con pistolas láser, discos cortantes y dardos envenenados, e hicieron picadillo a la fiera antes de que finalmente se desplomara. ¡Una cacería de lo más emocionante!

Paolo miraba las criaturas animadas de los estantes.

- En vez de salir fuera, podemos hacer una cacería aquí. Podemos hacer como si no estuvieran muertos. Así no nos tendremos que preocuparnos del frío y la lluvia.

El barón miró los cielos tormentosos, preguntándose si realmente era el tiempo lo que motivaba la desgarra de Paolo.

- No me importa el dolor, pero si hay que estar incómodo la cosa cambia. -Miró a su alrededor, calibrando los daños que podía causar. Y sonrió.- ¡Tienes toda la razón, chico! -Y le gustó el tono profundo que empezaba a adquirir su voz.

Ordenaron a la servidumbre que trajera un surtido de pistolas láser y de dardos, espadas y cuchillos para su próxima aventura de caza. Cuando los mecanismos se activaron, los animales muertos empezaron a moverse como locos por toda la sala. Los dos cazadores se pusieron a cubierto, imaginando el peligro, y empezaron a derribar a las criaturas mecánicas de sus estantes, cortando a través de huesos protéticos y carne disecada. Finalmente, activaron el gran mastafonte y vieron cómo cargaba sobre los despojos del suelo. Lo cogieron en un fuego cruzado de sus pistolas láser y le amputaron las patas. La bestia se desplomó sobre el suelo, mientras sus servos automáticos se encogían..

Al barón aquella violencia le resultó altamente satisfactoria, e incluso Paolo pareció animarse con la actividad. Después, los bravos cazadores estudiaron los daños y salieron al pasillo entre risas. El barón vio a tres obreros, que miraron como si quisieran volverse invisibles.

- ¡Entrad ahí dentro y recogedlo todo!

Siempre tienes que liarlo todo, ¿verdad, abuelo?

El barón se oprimió la cabeza entre las manos.

- ¡Cierra la boca, maldita seas! -Ali se puso a tararear tonadas repetitivas, pensadas para sacarle de quicio, sin duda. Cuando el desconcertado Paolo empezó a acosarle con sus preguntas, el Barón lo apartó de una torta- ¡Déjame en paz! ¡Eres tan malo como tu hermana!

Paolo huyó, confuso y sorprendido.

La voz chirriante de la niña resonó por su cabeza hasta que no pudo soportarlo. Sin ver apenas por dónde iba, el barón chocó con una de las estatuas macizas de los Harkonnen y corrió hacia el acantilado.

- Me tiraré… lo juro, Abominación… si no me dejas en paz me tiraré.

Hasta que no llegó al borde rocoso y azotado por el viento, la voz de Alia no se desvaneció finalmente en un dulce silencio. El barón se desplomó sobre las rodillas en la elevada pasarela de piedra, mirando con un delicioso vértigo aquella tremenda caída. Quizá tendría que hacerlo de todos modos, arrojarse contra las rocas negras y las aguas revueltas. Si los malditos Danzarines Rostro le necesitaban tan desesperadamente, siempre podrían crear otro ghola, y quizá no saldría tan defectuoso.¡El barón Harkonnen volvería!

Notó una mano sobre su hombro. Reuniendo la poca dignidad que le quedaba levantó la vista y vio a un Danzarín Rostro de nariz chata que le miraba. A él todos los cambiadores de forma le parecían iguales, y sin embargo sabía que aquel era Khrone.

- ¿Qué quieres?

- Tú y Paolo abandonaréis Caladan para no volver -dijo el Danzarín Rostro con tono oficioso-. La gran guerra avanza y la supermente ha decidido que necesita al kwisatz haderach a su lado. Omnius quiere que completes la educación del chico bajo su supervisión directa en el corazón del imperio de las máquinas. Partiréis hacia Sincronía en cuanto la nave esté lista.

El barón desplazó su mirada más allá del Danzarín Rostro, hasta Paolo, que estaba agazapado tras una estatua, lo bastante cerca para escuchar la conversación, chasqueó la lengua, ¡aquel crío era tan persistente como Piter de Vries! Cuando vio que le habían descubierto, Paolo, corrió tranquilamente hacia ellos.

- ¿Está hablando de mí?

- Háblale a Paolo de su destino por el camino -le dijo Khrone al barón-. Más que eso. Haz que se lo crea.

- Paolo tiene tendencia a creerse cualquier cosa que refuerce sus delirios de grandeza -dijo el barón sin hacer caso del chico-. Así… ¿todo ese asunto del kwisatz haderach es… real?

Aunque los Danzarines Rostro finalmente le habían explicado la verdad, la idea seguía pareciéndole absurda. No creía que el joven ghola pudiera ser tan importante en el gran esquema de las cosas.

En su estarlo neutro normal, Khrone tenía un aspecto espeluznante. Las sombras que rodeaban sus ojos se oscurecieron delatando su desagrado.

- Yo lo creo, y también Omnius. ¿Quién eres tú para cuestionarlo?

Créelo, abuelo querido, dijo la voz irritante. Solo por sus genes Paul Atreides tiene el potencial de ser mucho más grande de lo que tú serás jamás, en ninguna encarnación.

El barón se negó a contestar, ni en voz alta ni en su pensamiento. Cuando no hacía caso, con frecuencia conseguía que la Abominación se callara.

Y ahora se iban a Sincronía, el hogar de Omnius. Estaba deseando ver el imperio de las máquinas pensantes. Nuevos retos, nuevas oportunidades.

A pesar de la suma de los recuerdos de su primera vida, los relatos sobre las perversas máquinas pensantes y la Yihad Butleriana eran demasiado lejanos para parecer relevantes. Y, aunque estaba resentido con los Danzarines Rostro, se alegraba de estar en el bando de los más fuertes.

Más tarde, durante el viaje a órbita en la lanzadera, el barón contempló la línea de la costa, los pueblos, las nuevas chimeneas, las minas a cielo abierto de Caladan. En su entusiasmo, Paolo corría de una ventana a otra.

- ¿Tendremos un viaje largo?

- No soy piloto. ¿Cómo quieres que lo sepa? Las máquinas pensantes deben de estar muy lejos, de otro modo los humanos habrían sabido de su presencia mucho antes.

- ¿Qué pasará cuando lleguemos?

- Pregunta a un Danzarín Rostro.

- A mí no me hablan.

- Entonces pregúntale a Omnius cuando le veas. Entretanto, diviértete.

Paolo se sentó junto a él en el compartimiento de pasajeros y empezó a probar paquetes de comida empaquetada.

- Soy especial, sabes. Han estado preparándome, cuidándome. Pero ¿qué es un kwisatz haderach? -Se limpió la boca con el dorso de la mano.

- No te metas en sus delirios, chico. No existe eso del kwisatz haderach. Un mito, una leyenda, algo con cien explicaciones imprecisas en otras tantas profecías. El programa reproductor de la Bene Gesserit es todo él una tontería. -En sus recuerdos más profundos recordaba que él también fue parte de ese programa, que le obligaron a impregnar a la repugnante bruja Mohiam. El la humilló durante el acto, pero como venganza elle le contagió la enfermedad que le hizo estar gordo y abotagado.

- No pueden ser tonterías. Tengo visiones, sobre todo cuando tomo tabletas de especia. Lo veo una y otra vez. Tengo un cuchillo ensangrentado en la mano, y salgo victorioso. Me veo corriendo para recoger mi premio… melange, más que melange. También me ve tendido en el suelo, desangrándome. ¿Cuál es cierta? ¡Es tan confuso!

- Cierra el pico y duerme un rato.

La lanzadera atracó en una nave sin distintivos que esperaba sobre el planeta. No llevaba el distintivo de la Cofradía, no llevaba un navegante. Unas amplias compuertas se abrieron, y la lanzadera fue absorbida en su interior. En el muelle de aterrizaje frío y sin

atmósfera, unas figuras plateadas se movían, guiando la pequeña nave a un pequeño muelle de atraque. Robots… ¡demonios de la historia antigua! Ah, así que al menos una arte de la disparatada historia de Khrone era cierta.

El barón sonrió al muchacho que miraba por la ventanilla.

- Tú y yo estamos a punto de emprender un interesante viaje, Paolo.

12

Una daga envainada de nada sirve en un combate. Una pistola maula sin proyectiles no es mejor que una vara. Y un ghola sin sus recuerdos no es más que carne.

PAUL ATREIDES, diarios secretos del ghola.

Ahora que el ghola del doctor Yueh había recuperado sus recuerdos, Paul Atreides sabía que tenía que probar medidas más innovadoras para despertarse a sí mismo. Paul eran el mayor de los niños-ghola, el que (presumiblemente) tenía un mayor potencial, pero Sheeana y las observadoras Bene Gesserit habían elegido a Yueh para probar. Sin embargo, a diferencia del doctor Suk, Paul sí quería recuperar su pasado. Ansiaba recordar su vida y su amor por Chani, su infancia con el duque Leto y dama Jessica, su amistad con Gurney Halleck y Duncan Idaho.

Pero a Paul seguían acosándole visiones-recuerdos prescientes de su doble muerte. Y empezaba a impacientarse.

¿Cómo podían seguir pensando los pasajeros de la no-nave que aún había tiempo para actuar con cautela? Meses atrás, habían escapado por muy poco a la red del Enemigo, más brillante y fuerte que nunca. Y aún no habían atrapado al saboteador. Aunque no había vuelto a hacer nada tan drástico como el asesinato de los tres tanques axlotl y los tres gholas no nacidos, el peligro seguía ahí.

Paul sabía que el Ítaca le necesitaba, y estaba cansado de no ser más que un ghola. Había tenido una idea, una idea desesperada y peligrosa, pero no vaciló. Sus verdaderos recuerdos pululaban en su interior como un espejismo que reverbera en el horizonte.

Con su fiel Chani a su lado, se detuvo ante la escotilla que conducía a la gran cámara de carga llena de arena. No había dicho a nadie lo que pensaba hacer. En los pasados dos años, el Bashar y Thufir Hawat habían reforzado la seguridad en la medida de lo posible, pero nadie vigilaba la entrada a la cubierta de carga. Los siete gusanos eran lo bastante peligrosos para cuidarse solitos. Solo Sheeana podía caminar a salvo entre las inmensas criaturas, y la última vez que lo hizo, se la tragaron momentáneamente.

Paul miró el rostro élfico y hermoso de Chani, sus cabellos espesos y rojizos. Incluso si no hubiera sabido nada de su pasado, si no hubiera sabido que su destino estaba ligado al de ella, aquella joven fremen le habría parecido sorprendentemente atractiva. Ella, a su vez, paseó una mirada metódica por su cuerpo, su traje nuevo especial, sus útiles.

- Pareces un auténtico guerrero fremen, Usul.

Después de estudiar los registros y trabajar en colaboración con taller de los niveles de ingeniería, Chani había creado un destiltraje para él, -seguramente el primero que se fabricaba desde hacía siglos- y le había proporcionado cuerda, garfios hacedores. Aquellas herramientas desconocidas eran extrañamente familiares a sus manos. Según la leyenda, Muad'Dib había convocado a un peligroso monstruo para su primer paseo a lomos de un gusano. Por muy limitadas que estuvieran por su cautividad, las criaturas de la cubierta de carga seguían siendo behemonths.

La escotilla se abrió y él y Chani entraron en el desierto artificial. Cuando le asaltaron el olor a pedernal y el calor árido, dijo:

- Quédate aquí, estarás más segura. Tengo que hacer esto solo o no funcionará. Sí me enfrento al gusano y lo monto quizá eso sacuda mis recuerdos, Chani no trató de detenerlo. Comprendía su necesidad tan bien como él.

Paul trepó a la primera elevación, dejando sus huellas en la arena. Luego alzó las manos y gritó:

- ¡Shai-Hulud! ¡He venido a por ti! -En aquel espacio confinado, no necesitaba de ningún martilleador para llamar a los gusanos.

Algo cambió en el aire. Paul notó movimiento bajo las dunas superficiales y vio siete figuras serpentinas que avanzaban hacia él. En lugar de huir, Paul corrió hacia ellas y escogió un lugar desde donde preparar el salto para montar a una. El corazón le latía con violencia. Tenía la garganta seca, a pesar de la máscara del destiltraje que le cubría la boca y la nariz.

Paul había revisado las grabaciones holográficas para estudiar las técnicas de los fremen para cabalgar por las arenas. Intelectualmente sabía lo que tenía que hacer, del mismo modo que, intelectualmente conocía los detalles de su pasado. Pero los conocimientos teóricos no pueden suplir la experiencia. En aquellos momentos, mientras esperaba plantado en la arena, tan pequeño y vulnerable, se le ocurrió que la forma más efectiva de aprender era hacer las cosas, puesto que aseguraba un grado de comprensión mucho mayor del que podría extraer jamás de unos archivos polvorientos.

Aprenderé bien, pensó, dejando que el miedo pasara.

El gusano más próximo avanzaba hacia él haciendo rugir la arena. Cuanto más se acercaban, levantando las dunas con sus cuerpos, más difícil era evaluar su tamaño.

Llenando su corazón de valor, Paul se obligó a mantenerse firme. Sostuvo en alto el garfio y se acuclilló para saltar. El ruido de los monstruos era tan fuerte que al principio no oyó a la mujer que gritaba. Con el rabillo del ojo vio que Sheeana se acercaba saltando por las dunas y se lanzaba ante él. El gusano más grande se irguió en una explosión de polvo, mostrando su boca gigante y redonda llena de dientes cristalinos.

Sheeana levantó las manos en alto y gritó:

- ¡Detente, Shaitán!

El gusano vaciló, movió su cabeza escamosa a un lado y a otro, buscando, como si estuviera confuso.

- ¡Detente! Este hombre no es para t.-Apoyo una mano firme en el pecho del destiltraje de Paul y lo empujó para que se pusiera detrás-. No es para ti, Monarca.

Como si se sintiera resentido, el gusano mas grande se retiró, manteniendo su cabeza sin ojos vuelta hacia ellos.

- Y tú, loco, vuelve a la escotilla -le susurró Sheeana a Paul, utilizando la Voz para que sus piernas respondieran antes de que pudiera pensar.

Duncan Idaho también estaba en la escotilla, furioso. Chani parecía a la vez asustada y aliviada.

Sheeana empujó a Paul hacia la gente que esperaba en la entrada.

- ¡Ese gusano te habría destrozado!

- Soy un Atreides. ¿No tendría que ser capaz de controlarlos como haces tú?

- Esa no es una teoría que quiera probar contigo. Eres demasiado importante. De todos los gholas, si tú justamente echas a perder tu vida estúpidamente, ¿qué será de nosotros?

Pero si me sobreproteges, nunca conseguirás lo que quieres. Montar un gusano me habría permitido recuperar mis recuerdos, estoy seguro.

- Ya has recuperado a Yueh -le señaló Chani-. ¿Por qué no a Usul? Él es mayor.
- Yueh era prescindible, y no estábamos seguros de lo que hacíamos. Ya hemos desarrollado planes específicos para despertar a Liet-Kynes y Stilgar, y si todo sale bien, otros seguirán… incluidos Thufir Hawat y tú, Chani. Y un día, Paul Atreides también tendrá su oportunidad. Pero solo cuando estemos completamente seguros.
- ¿Y si no hay tiempo??Paul se alejó, sacudiéndose arena y polvo de su nuevo destiltraje.

***

Duncan despertó porque alguien llamaba con fuerza a la puerta de sus alojamientos. Lo primero que pensó es que Sheeana volvía a él, a pesar de sus mutuas reservas. Deslizó la puerta corredera, preparado para una discusión.

Era Paul, ataviado con una replica del uniforme militar Atreides, y eso despertó un sentimiento instantáneo de respeto y lealtad en Duncan. El joven se había vestido de aquella forma deliberadamente. En aquellos momentos, el ghola tenía casi la misma edad que el original cuando Arrakeen cayó en manos de los traicioneros Harkonnen, cuando el primer Duncan murió defendiéndoles a él y su madre.

- Duncan, dices que eras mi mejor amigo. Dices que conocías a Paul Atreides. Ayúdame. -Y dicho esto, aferró la empuñadura de marfil hermosamente tallada y sacó una daga cristalina azul y blanca de su funda en la cintura.

Duncan lo miró asombrado.

- ¿Un crys? Parece… ¿es auténtico?
- Chani lo hizo con el diente de un gusano que Sheeana encontró en la cubierta de carga.

Maravillado, Duncan pasó los dedos por la hoja, y comprobó lo duro y afilado que era. Pasó el pulgar por el borde, y se cortó deliberadamente. Dejó que una gota cayera sobre la daga lechosa.

- Según la antigua tradición, jamás debes sacar un crys hasta que ha probado la sangre.
- Lo sé. -Paul recuperó el arma y la devolvió a su funda visiblemente atormentado. Tras vacilar un instante, soltó lo que había ido a decir-, ¿Por que no me despiertan las Bene Gesserit, Duncan? Me necesitáis. Todos en esta no-nave me necesitan.
- Sí, joven amo Paul. Os necesitamos, pero os necesitamos vivo.
- Necesitáis poder contar con mis capacidades lo antes posible. Yo fui un kwisatz haderach, y este ghola tiene los mismos genes. Imagina cuánto podría ayudar.
- El kwisatz haderach… -Duncan suspiró y se sentó en su cama-. La Hermandad tardó siglos en crearlo, pero al mismo tiempo les aterraba. Se supone que tiene la capacidad de salvar el tiempo y el espacio, de ver pasado y futuro, en lugares donde ni siquiera una Reverenda Madre se atrevería a mirar. Mediante la fuerza bruta o la persuasión, puede forjar la unión de las más diversas facciones. Es una caja de sorpresas con un inmenso poder.
- Duncan, sean cuales sean esos poderes, los necesito. Y para es necesito mis recuerdos. Convence a Sheeana para que pruebe conmigo el siguiente.
- Sheeana hará lo que quiera, en el momento en que ella lo decida. Sobrevaloras la influencia que tengo entre las hermanas.
- Pero, ¿y si la red del Enemigo nos atrapa sin remedio? ¿Y si el kwisatz haderach es vuestra única esperanza?

- Leto II también fue un kwisatz haderach, aunque ni tú ni tu hijo salisteis exactamente como las Bene Gesserit querían. Las hermanas tienen miedo de cualquiera que manifieste poderes inusuales. -Rió-. Después de la Dispersión, cuando la Hermandad recuperó al gran Duncan Idaho, algunas incluso me acusaron a mí de ser un kwisatz haderach. Once gholas míos fueron asesinados, a manos de herejes Benne Gesserit o por maquinaciones de los tleilaxu.

- Pero ¿por qué no quieren esos poderes? Pensaba que…

- Oh, sí quieren los poderes, Paul, pero solo en condiciones estrictamente controladas.-Sintió pena por el joven, parecía perdido y desesperado.

- No puedo hacer nada sin mi pasado, Duncan. ¡Ayúdame a sacarlo! Tu viviste una parte de él a mi lado. Tú recuerdas.

- Oh, sí, te recuerdo muy bien. -Duncan cruzó las manos detrás de la cabeza y se echó hacia atrás-. Recuerdo tu bautizo en Caladan, después de que las intrigas imperiales estuvieran a punto de acabar con tu vida cuando eras un bebé. Recuerdo cómo la familia entera del duque Leto fue puesta en peligro durante la Guerra de Asesinos. A mí me fue concedido el honor de ponerte a salvo, y los dos nos perdimos en el agreste paisaje de Caladan. Estuvimos con tu abuela exiliada, y nos ocultamos entre los nativos del planeta. Fue en esa época cuando nos unimos tanto. Sí, lo recuerdo muy bien.

- Yo no -dijo Paul con un suspiro.

Duncan parecía atrapado en un bucle de sus vidas pasadas Caladan… Dune… los Harkonnen. Alia… Hayt.

- ¿Sabes lo que me estás pidiendo, sobre tus recuerdos, sobre tu vida? Los tleilaxu crearon mi primer ghola como una herramienta para matar. Me manipularon porque era tu amigo. Sabían que no podrías rechazarme, aunque vieras la trampa.

- No, nunca te he rechazado, Duncan.

- Ya tenía el cuchillo en alto, listo para golpear, pero en el último momento me topé conmigo mismo. El asesino programado Hayt se convirtió en el fiel Duncan Idaho. ¡No puedes imaginar qué suplicio! -Señaló al joven con dedo severo-. Restituir tu pasado requeriría una crisis similar.

Paul apretó la mandíbula.

- Estoy preparado. No temo al dolor.

Arrugando la frente, Duncan dijo:

- Joven Paul, estás demasiado tranquilo, porque tu Chani te apoya. Ella te da estabilidad y felicidad, y eso es un importante obstáculo. En cambio, mira a Yueh. Se resistió a sus recuerdos con cada fibra de su ser, y eso es lo que le ha vencido. Pero tú… ¿qué palanca pueden utilizar contigo, Paul Atreides?

- Tendremos que encontrar algo.

- ¿De verdad estás dispuesto a aceptarlo? -Duncan se inclinó hacia delante, sin piedad-. ¿Y si la única forma de recuperar tu pasado es perder a Chani? ¿Y si tiene que morir desangrado en tus brazos antes de que puedas recordar?

13

Ante todo, necesito que mi padre sepa que no he fracasado. No quiero que muera pensando que soy indigno de sus genes.

GHOLA DE SCYTALE, entrevista de seguridad en la no-nave.

- Debe construirse de acuerdo con unos estándares precisos -insistió el viejo tleilaxu-. ¡Estándares precisos!

- Me encargaré de ello, padre. -El ghola, con solo trece años, atendía al deteriorado maestro, que estaba sentado en un sillón rígido. El viejo Scytale se negaba a tumbarse hasta que hubieran construido un féretro tradicional para su cuerpo. Había cerrado sus austeros alojamientos a cal y canto para que no entrara nadie. No tenía ningún deseo de que le interrumpieran ni le acosaran en sus últimos días de vida.

Los órganos del maestro tleilaxu, sus articulaciones, su piel habían empezado a fallar de una forma cada vez más traumática. Era un poco como lo que le pasaba a la no-nave, que parecía estar viniéndose abajo: los sistemas fallaban, el aire se filtraba al espacio, el agua se perdía inexplicablemente, las provisiones desaparecían. Algunos de los refugiados más paranoicos veían sabotajes en cada panel de luz, y muchos eran los que miraban con recelo al tleilaxu.

Otra razón para su mal humor. Al menos pronto se habría ido.

- Pensé que habías dicho que el féretro ya se estaba construyendo. No es algo que deba hacerse con prisas.

El adolescente inclinó la cabeza.

- No se preocupe. Estoy siguiendo las estrictas leyes del Shariat.

- Entonces, enséñamelo.

- ¿Su propio féretro? Pero, se supone que debe acoger vuestro cuerpo solo cuando haya… cuando…

Los ojos oscuros del viejo Scytale relampaguearon.

- ¡Purga esas emociones inútiles! Te has implicado demasiado en el proceso. ¡Es vergonzoso!

- ¿Se supone que no debo preocuparme por usted, padre? Veo su sufrimiento…

- Deja de llamarme padre, piensa en mí como en ti mismo. Una vez te conviertas en mí, no estaré muerto. No hay necesidad de llorar. Cada una de nuestras encarnaciones es prescindible, siempre y cuando la cadena de recuerdos continúe ininterrumpida.

El joven Scytale trató de recuperar la compostura.

- Sigue siendo un padre para mí, por muchos recuerdos que lleve encerrados en mi interior. ¿Dejaré de experimentar estas emociones cuando mi antigua vida sea restaurada?

- Por supuesto. En ese glorioso momento comprenderás la verdad… y tus obligaciones. -Scytale aferró al joven por la camisa y acercó su rostro-. ¿Dónde están tus recuerdos? ¿Y si muero mañana?

El viejo Scytale sabía que su muerte era inminente, pero había exagerado su enfermedad en un intento de impresionar a su sustituto. La construcción prematura del féretro era otro de sus intentos por desencadenar una crisis. Si al menos estuvieran en Tleilax… la inmersión en las tradiciones sagradas de la Gran Creencia bastarían para despertar al más obstinado de los gholas. En cambio, a bordo de una no-nave de infieles, las dificultades parecían insuperables.

- Esto no debería haberse alargado de este modo.

- Le he fallado.

Los ojos legañosos relampaguearon.

- No me estás fallando solo a mí, estas fallando a tu pueblo. Si no despiertas, nuestra raza entera… nuestra historia y todos los conocimientos que llevo en mi mente… todo se desvanecerá. ¿Quieres ser el responsable de eso? Me niego a creer que Dios nos haya dado la espalda de eso modo. Lamentablemente, nuestro destino depende de ti.

El ghola parecía derrotado, como si un peso insoportable recayera sobre sus hombros.

- Estoy haciendo lo que puedo para alcanzar ese objetivo, padre. -Dijo la palabra deliberadamente-. Y mientras no lo consiga debe hacer lo posible por seguir vivo.

Por fin parece que demuestra algo de fortaleza, pensó Scytale amargamente. Pero no es suficiente.

***

Días después, el ghola estaba junto al lecho de muerte de su padre, su propio lecho de muerte. Se sentía como si estuviera viviendo una experiencia extracorpórea, viendo como su vida se escurría momento a momento. Le hacía sentirse extrañamente desconectado.

Desde el momento que salió del tanque axlotl, Scytale solo había querido a una persona: a sí mismo… so yo más viejo y el yo en el que se iba a convertir. Aquel hombre decrépito había proporcionado células de su propio cuerpo, células que en su interior llevaban recuerdos y experiencias, y los conocimientos de los tleilaxu.

Pero no le había proporcionado la llave para dejarlos salir. Por más que el joven lo intentaba, sus recuerdos se negaban obstinadamente a florar. Aferró la mano del anciano.

- Todavía no, padre. Lo he intentado una y otra vez.

Con sus propios ojos casi ciegos, el viejo Scytale miró furioso a su otro yo.

- ¿Por qué… me defraudas de este modo?

Yueh había recuperado su vida pasada, y otros dos gholas -Stilgar y Liet-Kynes -lo estaban haciendo. ¿Cómo era posible que unas simples brujas salieran airosas allá donde un maestro tleilaxu fracasaba? Las Bene Gesserit no tendrían que haber sabido desatar la avalancha de experiencias. Si Scytale no lograba hacerlo, los tleilaxu quedarían relegados a los cubos de basura de la historia.

El anciano tosía y resollaba en el lecho, mientras el joven se inclinaba sobre él, con lágrimas rodando por sus mejillas. El viejo Scytale escupió sangre. Su decepción y desespero eran palpables.

Una llamada insistente en la puerta anunció la llegada dos doctores suk. Al respetable rabino aquello le repugnaba visiblemente, mientras que el joven Yueh aún parecía sacudido por la reciente recuperación de sus recuerdos. Scytale vio en sus ojos que dos sabían que el viejo maestro moriría en breve.

Entre las brujas había otras doctoras Suk, pero Scytale había insistido en que solo lo tocara el rabino, y solo cuando fuera absolutamente necesario. Todos eran powindah impuros, pero al menos el rabino no era una repugnante hembra. O quizá tendría dar preferencia a Wellington Yueh. El viejo maestro tleilaxu debía someterse a ciertos exámenes médicos, aunque solo fuera para mantenerse con vida hasta que su “hijo” despertara.

Scytale levantó la cabeza.

- ¡Marchaos! ¡Estamos rezando!

- ¿Cree que me gusta atender a los gholas? ¿O a un sucio tleilaxu? ¿Cree que quiero estar aquí? ¡Por mí se pueden morir los dos!

En cambio, Yueh se adelantó con su maletín y apartó al Scytale joven para comprobar las constantes vitales del anciano. Detrás de Yueh, el rabino miró a través de sus gafas entrecerrando los ojos con expresión carroñera.

- Ya no queda mucho.

Un hombre santo bien extraño, pensó el Scytale joven. Incluso comparado con el olor a antiséptico, medicamentos y enfermedad el hombre siempre había tenido un olor extraño.

- No podemos hacer gran cosa -dijo Yueh con voz compasiva.

- Un maestro tleilaxu no tendría que ser tan débil y decrépito -dijo el viejo Scytale respirando a boqueadas-. Es… impropio.

Su yo más joven trató de nuevo de desatar sus recuerdos, de devolverlos a su cerebro con la fuerza de su voluntad, igual que había hecho en incontables ocasiones. Aquel pasado esencial tenía que estar ahí, bien enterrado. Pero no notó el cosquilleo de las posibilidades, no vio el resplandor del éxito. ¿Y si es que simplemente no están¿? ¿Y si algo había salido mal? El pánico empezó a aumentar, su pulso se aceleró. No quedaba tiempo, no había suficiente tiempo.

Trató de ahuyentar este pensamiento. El cuerpo proporciona tanto material celular como se quiera. Podían crear más gholas de Scytale, intentarlo una y otra vez si hacía falta. Pero si ni siquiera había logrado despertar sus recuerdos, ¿por qué iba a tener más suerte un ghola idéntico sin la guía del original?

Soy el único que ha conocido al maestro tan íntimamente.

Le dieron ganas de sacudir a Yueh, preguntarle cómo había logrado recordar su pasado. Ahora las lágrimas brotaban sin trabas, caían en la mano del anciano, pero Scytale sabía que eran inapropiadas. El pecho de su padre se sacudió con un espasmo casi imperceptible. El equipo de soporte vital empezó a vibrar con fuerza, las lecturas fluctuaron.

- Ha entrado en coma -informó Yueh.

- El rabino asintió. Como un verdugo anunciando sus planes, dijo:

- Demasiado débil. Va a morir.

A Scytale se el corazón se le encogió.

- Me ha dejado por imposible. -Ahora su padre ya nunca sabría si lo conseguía o no. Se moriría lleno de preocupación y de dudas. La última gran calamidad en una larga línea de desastres que habían caído sobre la raza tleilaxu.

Sujetó la mano del anciano. Estaba tan, tan fría. Sintió que la vida se le iba. ¡He fallado!

Como si le hubieran golpeado, Scytale se dejó caer de rodillas junto al lecho. En su desesperación, supo con absoluta certeza que jamás lograría resucitar aquellos recuerdos rebeldes. Solo, no ¡Perdido! ¡Se ha perdido para siempre! ¡Todo lo relacionado con la gran raza de los tleilaxu! No podía soportar la magnitud de la catástrofe. La realidad de su derrota era como cristal roto clavado en su corazón.

De pronto, el joven tleilaxu sintió que algo cambiaba en su interior, una explosión entre las sienes. Gritó, porque el dolor era insoportable. Al principio pensó que también él se estaba muriendo pero en vez de ser engullido por la oscuridad, sintió nuevos pensamientos que ardían descontrolados en su conciencia. Los recuerdos pasaron en un borrón, pero Scytale se aferró a cada uno de ellos, absorbiendo y procesándolo todo en las sinapsis de su cerebro. Los preciosos recuerdos volvieron al lugar adonde siempre habían pertenecido.

La muerte de su padre había roto las barreras. Finalmente Scytale había recuperado lo que se suponía que debía saber, el crucial banco de datos de un maestro tleilaxu, todos los antiguos secretos de su raza.

Imbuido por una nueva dignidad y orgullo, se puso en pie. Se enjugó las lágrimas, mientras miraba la copia desechada de si mismo que yacía en el lecho. Ya no era más que un cascarón ajado. Ya no necesitaba a aquel anciano.

14

Estos niños-hola contienen antiguas almas no muy distintas de las voces que oye una Reverenda Madre en las Otras Memorias. El reto está en llegar a esas viejas almas y explotarlas.

DUNCAN IDAHO, entrada en el cuaderno de bitácora de la nave.

Con el cuerpo larguirucho de un adolescente, los recuerdos de una larga vida y la vergüenza de las cosas que había hecho, Wellington Yueh caminaba con una lentitud dolorosa. Cada paso le acercaba más al momento que tanto temía. Notaba una sensación de ardor allí donde debiera haber llevado el diamante tatuado. Al menos ya no tenía que lucir aquella mentira.

Yueh sabía que si pretendía que esta vida fuera distinta de la propensión a los errores de su pasado, debía enfrentarse a las cosas terribles que había hecho.

En la no-nave, miles de años después, en el otro extremo del universo, la Casa Atreides le rodeaba: Paul Atreides, dama Jessica, Duncan Idaho, Thufir Hawat. Al menos al duque Leto no lo habían resucitado como ghola. Todavía. Yueh no habría podido mirar a los ojos al hombre al que había traicionado.

Enfrentarse a Jessica ya sería bastante duro.

Mientras caminaba pesadamente hacia sus alojamientos, Yueh oyó voces, las risitas de una niña, y una adulta que la regañaba. De pronto, la pequeña Alia salió gateando de una puerta y entró por otra, seguida por una censora de rostro severo. La pequeña de dos años era extremadamente precoz, y manifestaba indicios del genio de de la primera Alia; la saturación de especia en el tanque axlotl la había alterado en parte, pero no tenía acceso a todas las Otras Memorias como su predecesora. La censora entró detrás y selló la puerta. Ninguna de las dos había mirado siquiera a Yueh.

Alia era el ghola nacido más recientemente; el programa se había interrumpido después del espantoso asesinato de los tres tanques y los bebés no nacidos. Al menos este crimen no tengo que llevarlo en mi conciencia. Pero las Bene Gesserit pronto reiniciarían el programa. Ya habían empezado a discutir qué células debían implantar en los nuevos tanques. ¿Irulan? ¿El emperador Shadam? ¿El Conde Fenring… o alguien mucho peor? Yueh se estremeció ante la idea. Temía que las brujas hubieran superado la mera necesidad y ahora simplemente estuvieran jugando con sus vidas, dejando que una curiosidad infernal les hiciera saltarse toda precaución.

Se detuvo ante las habitaciones de Jessica, tratando de ser fuerte. Afrontaré mi miedo. ¿No decía eso la Letanía que las brujas tan a menudo citaban? En sus presentes encarnaciones como gholas, Jessica y Yueh estaban lo bastante próximos para verse como amigos. Pero desde que volvía a ser el doctor Wellington Yueh, todo había cambiado.

Ahora tengo una segunda oportunidad, pensó, pero el camino de la redención es largo, y la pendiente es acusada.

Jessica abrió cuando llamó a la puerta.

- Oh, hola, Wellington. Mi nieto y yo estábamos leyendo un libro de hologramas sobre los primeros años de Paul, uno de esos volúmenes que la princesa Irulan escribía continuamente. -Le invitó a pasar y dentro Yueh vio a Leto II sentado en el suelo enmoquetado con las piernas cruzadas. Leto era un solitario, aunque frecuentaba la compañía de su «abuela».

Yueh se sintió nervioso cuando Jessica cerró la puerta a su espalda, como si quisiera sellar su destino y evitar que huyera. Mantuvo la vista gacha y, tras dar un suspiro dijo:

- Deseo disculparme ante vos, mi Señora. Aunque sé que jamás podréis perdonarme.

Jessica le puso una mano en el hombro.

- Ya hemos hablado de eso. No puedes cargar con la culpa de cosas que sucedieron hace tanto. No eras realmente tú.

- Sí, lo era, puesto que lo recuerdo todo. A los gholas se nos creó con un propósito, y debemos aceptar las consecuencias.

Jessica lo miró con impaciencia.

- Todos sabemos lo que hiciste, Wellington. Yo lo acepté y te perdoné en hace tiempo.
- Pero ¿volveréis a hacerlo cuando recordéis? Un día esas compuertas se abrirán en vuestra mente, las terribles heridas del pasado. Debemos afrontar la culpa que nuestros predecesores nos dejaron, porque de lo contrario todas esas cosas que no hicimos nos consumirán.
- Es un terreno desconocido para todos, pero sospecho que todos tenemos muchas cosas que justificar.-Trataba de consolarlo, pero Yueh no creía merecerlo.

Leto paró el holograma y levantó los ojos con una extraña mirada de inteligencia.

- Bueno, personalmente solo pienso responsabilizarme por lo que haga en esta vida. -Jessica estiró el brazo para tocar el rostro de Yueh con delicadeza-. No puedo entender lo que tuviste que pasar, lo que todavía estás pasando. Supongo que pronto lo sabré. Pero deberías pensar en lo que querrías ser, no en lo que temes ser.

En la boca de ella sonaba tan sencillo…, pero a pesar de sus esfuerzos, la voluntad de Yueh ya había sido doblegada una vez.

- ¿Y si también hago algo malo en esta vida?

La expresión de Jessica se endureció.

- Entonces nadie puede ayudarte.

15

Crees que tus ojos están abiertos, y sin embargo no ves.

Amonestación Bene Gesserit.

Las aguas rompían contra el arrecife negro en BuzzeLL, levantando un velo de espuma. La madre comandante Murbella estaba junto a la que fuera una hermana caída en desgracia, al pie de la bahía, observando los juegos de los fibios en el agua. Aquellas criaturas anfibias de piel lisa y brillante nadaban en grupo, sumergiéndose bajo las olas para saltar de nuevo a la superficie.

- Les encanta su nueva libertad -dijo Corysta.

Como delfines en un mar de la antigua Tierra, pensó Murbella admirando sus formas. Humanos… y sin embargo tan drásticamente diferentes.

- Me interesa mucho más verlos recoger soopiedras. -Volvió el rostro al viento salado. Unas nubes grises empezaban a formarse, pero el aire seguía siendo cálido y húmedo.
- Nuestras deudas en esta guerra son abrumadoras. Hemos forzado nuestro crédito más allá de sus límites, y algunos de nuestros proveedores más vitales ya no aceptan nada que no sea palpable…

En los meses transcurridos desde que partió de Oculiat, la madre comandante había viajado de planeta en planeta estudiando las defensas de la humanidad. Viendo el gran peligro que corrían, reyes, presidentes y señores de la guerra ofrecían naves independientes que añadir a las nuevas naves de la Cofradía que salían de los astilleros de Conexión. Cada gobierno, cada grupo de mundos aliados se apresuraba a inventar o adquirir nuevo armamento que utilizar contra el Enemigo, pero hasta el momento nada había funcionado. Los ixianos aún estaban probando los destructores, cuya fabricación había resultado más complicada de lo que se esperaba. Murbella seguí exigiendo más trabajo, más material y sacrificio. No sería bastante.

Y la guerra seguía. Las epidemias se propagaban. La flota de máquinas destruía cada planeta habitado por humanos que encontraba a su paso. Cerca del límite de una de las zonas principales de combate, otras tres imitadoras de Sheeana habían encendido a las a las gentes, atrapadlas

entre el yugo y el martillo, pero en vano. Por el momento, desde que Omnius había iniciado su marcha por el espacio, Murbella no podía proclamar ni una sola victoria clara.

En estos momentos de debilidad, las posibilidades le parecían ínfimas, los obstáculos insuperables. Milenios antes, los humanos que lucharon en la Yihad Butleriana habían afrontado otra situación imposible, y vencieron, pero solo porque aceptaron pagar un precio abrumador. Arrojaron incontables armas atómicas que no solo destruyeron a las máquinas pensantes sino también a trillones de humanos que habían vivido esclavizados. Aquella victoria pírrica dejó una mancha imborrable en el alma humana.

Y ahora, a pesar de aquel sacrificio monumental Omnius había vuelto, como una mala hierba nociva cuyas raíces no se han destruido. Considerando el avance de las máquinas pensantes, en uno o dos años la humanidad se vería abocada a un enfrentamiento final y decisivo.

Cuando los industriales de Ix entregaran los largamente esperados destructores, la fuerza militar reunida en los diferentes planetas formaría una línea en el espacio. Murbella no veía el momento de que aquello fuera una realidad…

- Los cargamentos de soopiedras se han incrementada mes a mes durante los últimos dos años. -Mientras hablaba, Corysta no apartó la vista de aquellas juguetonas criaturas acuáticas-. Los fibios son más productivos ahora que las Honoradas Matres han dejado de torturarles. Y antes nunca jugaban así. Ahora ven los mares de Buzzell como un hogar, y no una prisión.

Corysta, una antigua madre del programa reproductor de la Bene Gesserit exiliada por el crimen de intentar quedarse a su bebé, se había convertido en una firme monitora de la recolección de soopiedras. Ella supervisaba el proceso de gradación, lavado y empaquetado de las gemas iridiscentes, que se entregaban regularmente a los intermediarios de la CHOAM.

- Aun así, necesitamos más.

- Hablaré con los fibios, madre comandante. Explicaré nuestra necesidad es grande, que el Enemigo se acerca. Quizá trabajarán más por mí. -La sonrisa de Corysta era extrañamente ilegible-. Lo pediré como un favor.

- ¿Saldrá bien?

La hermana se encogió de hombros. Los fibios saltaron en el aire y volvieron a sumergirse, mientras Corysta les saludaba con la mano, sonriendo. Parecían saber que les estaba observando. El sol destellaba sobre el agua. ¿Estaban realizando los fibios una actuación especial?

De pronto, algo grande y serpentino emergió de las profundidades, cerca de las criaturas juguetonas. Una cabeza desprovista de ojos se elevó sobre las olas, con su boca redonda llena de dientes cristalinos y relucientes. La cabeza buscó, captando vibraciones con unas agallas con bordes como aletas, como una serpiente marina de antiguas leyendas.

Murbella contuvo el aliento. Para su asombro, vio que se parecía a un gusano de arena de Rakis, aunque solo mediría unos diez metros de largo… y con adaptaciones que le permitían vivir en el agua. Imposible ¿Un gusano de mar?

Corysta corrió histérica hacia las rocas y empezó a caminar por el agua. Los fibios ya habían visto al monstruo y trataron de huir. El gusano se abalanzó sobre ellos, la espuma del mar relucía sobre sus segmentos verdosos.

Otros dos monstruos largos y sinuosos salieron de las profundidades y rodearon a los fibios. Las criaturas acuáticas se agruparon en una formación defensiva: un macho con una cicatriz en la frente sacó un cuchillo ancho y de hoja plana, de los que utilizaban para arrancar

cholistes del fondo marino. Los otros fibios sacaron también sus armas, irrisorias frente a la serpiente del mar.

Con el agua hasta las rodillas, Corysta resbaló sobre las rocas cubiertas de algas. Murbella corrió tras ella, pendiente de lo que sucedía en el agua.

- ¿Qué son esas criaturas?

- ¡Monstruos! Nunca los había visto.

El macho de la cicatriz emitió un sonido fuerte y vibrante y golpeó con su mano palmeada la superficie. Los fibios giraron bruscamente como un banco de peces, varios se sumergieron, otros nadaron con rapidez por la superficie.

Aunque no tenían ojos, los gusanos sabían dónde estaban los fibios. Sacudiendo sus cuerpos serpentinos, persiguieron a los trabajadores del mar, empujándolos hacia las rocas.

Murbella y Corysta vieron cómo el gusano más grande atrapaba a un fibio y lo engullía. Los otros atacaron como un banco de tiburones enfervorecidos.

Murbella entró en el agua para sujetar a Corysta por el hombro y evitar que adentrara más en las aguas revueltas. No tenían manera de evitar aquello.

- Mi hijo del mar -gimió Corysta.

Los gusanos de mar se sacudían y saltaban mientras comían. Las olas ensangrentadas lamían las piernas de Murbella, que se llevó a una afligida Corysta a la orilla.

16

Un planeta no es únicamente un objeto de estudio. Es más bien una herramienta, o incluso un arma con la que podemos dejar nuestra huella en la historia.

LIET-KYNES, el original.

Ahora que Stilgar y Liet habían recuperado sus recuerdos, se habían convertido en los expertos de la no-nave en reciclaje extremo y aprovechaban al máximo sus reducidos recursos. Los sistemas de soporte vital del Ítaca habían sido diseñados por genios de la Dispersión, descendientes de los supervivientes de los Tiempos de Hambruna. Aquella tecnología altamente eficiente podía servir a los pasajeros y la tripulación durante largos períodos, a pesar del aumento de la población. Pero no frente a los actos deliberados de sabotaje.

Alto y delgado, con el cuerpo de un joven y la mirada curtida de un naib, Stilgar parecía listo para embarcarse en un viaje por el desierto. Al principio él y Liet-Kynes se habían acercado por sus intereses comunes y, más recientemente, por su pasado recuperado. Liet se negaba a hablar de la crisis mediante la que Sheeana le había quebrantado… era un asunto demasiado íntimo para comentarlo incluso con los amigos más cercanos.

En cuanto a Stilgar, no podía olvidar lo que las brujas le habían hecho. Él era un hombre del desierto de Arrakis hasta lo más hondo de su ser. Bajo la supervisión de la censora superior Garimi, había leído su historia como joven soldado frente a los Harkonnen, como naib, como partidario de Muad'Dib. Pero para despertar sus recuerdos las hermanas habían tratado de ahogarle.

En un tanque de reciclaje lleno de agua, Sheeana y Garimi le habían sujetado unas pesas a los tobillos. Stilgar se resistió, pero las brujas estaban en forma.

- ¿Qué he hecho? ¿Por qué me hacéis esto?

- Encuentra tu pasado -le dijo Sheeana- o muere.

- Sin tu recuerdos no nos sirves, estarás mejor ahogado -dijo Garimi, y lo arrojaron al agua.

Stilgar s hundió, sin poder deshacerse de las pesas de los tobillos. Luchó con todas sus fuerzas, pero el agua lo ocupaba todo, más opresiva que la nube de polvo más densa. En un intento desesperado miró hacia arriba, y entrevió las figuras imprecisas y onduladas de las dos mujeres. Ninguna movió ni un dedo por ayudarle.

Sus pulmones chillaban, la negrura se extendió por su campo de visión. Stilgar se debatió violentamente, más débil a cada segundo que pasaba. Necesitaba respirar. Quería gritar., necesitaba gritar, pero no había aire. Una bocanada de burbujas salió de su boca abierta. Cuado le resultó insoportable, aspiró agua, inundando sus vías respiratorias. No veía ninguna forma de salir de aquel tanque…

…Y de pronto ya no era un tanque, sino un río ancho y profundo, en uno de los planetas en los que había luchado por la yihad de Muad'Dib. Él estaba con un regimiento de soldados de Caladan y tuvieron que vadear un río. El río era más profundo de lo que esperaban, el agua cubría. Sus compañeros, que habían nacido nadando, no le dieron importancia, incluso reían mientras avanzaban hacia la otra orilla. Pero Stilgar se hundió. Estiraba los brazos, tratando de buscar aire. Y entonces también respiró agua y estuvo a punto de ahogarse…

Finalmente, Sheeana sacó a Stilgar del tanque y le ayudó a expulsar el agua de los pulmones. Ella y Garimi lo reanimaron, mientras una doctora Suk las miraba con aire de reprobación. Le dieron la vuelta y él vomitó agua agria. Apenas pudo ponerse de rodillas.

Cuando se volvió con mirada furiosa hacia Sheeana, era más que un jovencito de once años. Era el naib Stilgar.

Más adelante, cuando también Liet recuperó sus recuerdos, Stilgar tuvo miedo de preguntar por qué terrible prueba le habían hecho pasar a él…

En aquellos momentos, los dos se dirigían hacia la gran cubierta de carga para ver a los gusanos de arena, como habían hecho tantas y tantas veces. La cámara de observación era uno de sus lugares favoritos, sobre todo ahora. Los inmensos gusanos despertaban sentimientos fuertes y atávicos en los dos.

Cuando ya estaban cerca, Stilgar aspiró el reconfortante aroma del aire seco y caliente, impregnado de aquel característico olor de los gusanos y la canela. Sonrió brevemente, en un momento pasajero de nostalgia, y entonces arrugó la frente.

- No tendría que estar oliendo esto.

Liet también apretó el paso.

- La atmósfera debe estar cuidadosamente controlada. Si hay algún escape en las junturas, la humedad podría penetrar en la cubierta. -Otro fallo.

Entraron apresuradamente en la cámara de material y se encontraron al joven Thufir Hawat supervisando las reparaciones. Dos hermanas Bene Gesserit y Levi, uno de los judíos refugiados, estaban instalando nuevas láminas de plaz. Aplicaron una fuerte sustancia para sellar las junturas de la ventana. Thufir tenía el ceño fruncido. Stilgar se adelantó, con aire intimidatorio. La tarea de supervisar los gusanos de arena y los sistemas de reciclaje normalmente estaba reservada para él y Kynes.

- ¿Qué haces aquí, Hawat?

Thufir se mostró sorprendido ante el tono frío y acusador del fremen.

- Alguien ha vertido ácido en las junturas. Y no solo ha corroído las junturas, también ha traspasado el plaz y las placas de la pared.

- Lo hemos arreglado a tiempo -dijo Levi-. También encontramos un mecanismo de relojería que habría vaciado una de nuestras reservas de agua en la cubierta de carga, anegándola.

Stilgar tembló de la rabia.

- ¡Eso habría matado a los gusanos!
- Yo mismo comprobé esos sistemas hace dos días -dijo Liet-. Esto no es un simple fallo.
- No -concedió Thufir-. Nuestro saboteador ha vuelto a entrar en acción.

Mientras Stilgar paseaba la mirada con recelo sobre los presentes, Liet corrió a la consola de mandos para comprobar las lecturas del entorno desértico-. Parece que no hay daños permanentes. Las lecturas aún están dentro del radio de tolerancia de los gusanos. Los filtros devolverán el aire a los niveles deseados en breve.

Stilgar comprobó con cuidado el sellado de las nuevas junturas y le parecieron adecuadas. Él y Kynes intercambiaron una mirada que decía que debían desconfiar de todos a bordo. Excepto de nosotros dos, decidió Stilgar.

Tiempo ha, la primera vez que se conocieron, habían compartido muchas aventuras luchando contra los nefastos Harkonnen. Al igual que su padre, Liet había tenido una doble vida, llevando grandes sueños a la gente del desierto al tiempo que actuaba como planetólogo imperial Árbitro del Cambio. Liet también era el padre de Chani. Aunque el ghola de la niña fremen aún no le recordaba él si la recordaba a ella, la miraba con un amor extraño y antiguo.

Irritado por el fuerte olor del ácido y los sellos de las junturas, Stilgar dio la espalda a la ventana de observación con gesto sombrío.

- A partir de ahora dormiré aquí. No dejaré que Shai-Hulud muera, no mientras me quede aliento.
- Estoy trabajando en colaboración con el Bashar. Debe de haber algún rastro, solo tenemos que encontrarlo. El material corrosivo fue extraído de almacenes seguros, así que tiene que haber huellas o algún rastro genético.-Los labios de Thufir no estaban teñidos del rojo del safo, su piel no estaba ajada, sus ojos no se veían cansados por la edad y la experiencia, como en los famosos retratos-. Quizá las cámaras han grabado al saboteador colándose en la cubierta de observación. Cuando le hayamos atrapado, todos dormiremos mejor.
- No - dijo Stilgar-. Incluso entonces, yo no bajaré la guardia.

***

En un repentino rebrote, aquel enloquecedor sabotaje continuó en un millar de formas y en lugares escogidos aleatoriamente por toda la nave. Todos estaban con los nervios de punta, Las Bene Gesserit estaban en guardia, recelosas, mientras que el rabino predicaba ante un número cada vez mayor de seguidores sobre espías y, asesinos que acechaban.

Duncan estudió las lecturas, creó proyecciones. De nuevo, se preguntó si uno o dos Danzarines Rostro no habrían huido de entre los restos de sus naves destrozadas y estarían a bordo. ¿Dónde sino podía estar ocultándose el saboteador? Después de buscar durante años, Duncan y Teg se habían quedado sin ideas. ¿Cómo era posible que éste enemigo engañara a las cámaras de vigilancia, a las Decidoras de Verdad, que eludiera los concienzudos registros? En algunos incidentes sospechosos, en las grabaciones aparecía una figura borrosa moviéndose por zonas restringidas, pero ni siquiera con técnicas de mejora de la imagen podían realzarse las facciones del rostro en algo reconocible.

El saboteador parecía saber exactamente dónde y cuándo atacar. Una sucesión interminable de pequeños fallos y accidentes, cada uno de los cuales pasaba factura a la nave, y los llevaba a todos al agotamiento.

En una ocasión, una cámara detectó lo que parecía un hombre que avanzaba furtivamente por un corredor, cerca de un banco de unidades de filtros de oxígeno y aparatos de recirculación del aire.

Vestía con ropas oscuras y una capucha cortada que le cubría buena parte del rostro, llevaba un largo cuchillo de plata y una palanca, y avanzaba encorvado para protegerse de la fuerte corriente de aire. Y entonces, como líquido derramándose por una esquina, entró en la cámara de recirculación principal, donde unos grandes ventiladores empujaban el aire a la nave a través de un sistema de arterias, tras hacerla pasar por unas gruesas cortinas de fibras afelpadas revestidas con biogeles para eliminar impurezas.

Con una furia repentina, el saboteador inidentificable se puso a acuchillar y golpear las esterillas porosas, arrancándolas de su estructura e inutilizándolas como medio de purificar el aire. Tras completar el destrozo, el saboteador huyó. Ni una sola de las cámaras mostraba el rostro; ni siquiera estaba claro si aquel vándalo encapuchado era hombre o mujer. Para cuando los equipos de seguridad llegaron a la zona, el saboteador se había evaporado con el rugido del aire recirculado.

Duncan no tuvo necesidad de decir lo obvio. Danzarín Rostro. Estudió todos los registros sobre las naves kamikaze de los adiestraros, prestando especial atención al lugar donde habían impactado en el casco, y en cómo se había certificado la muerte de los ocupantes y se había dispuesto de los cadáveres. Uno de aquellos adiestradores cambiadores de forma debía de haber escapado de los restos de su nave.

Y lo que es peor; es posible que hubiera más de uno.

***

El aire olía a humedad y putrefacción, como algas y cloacas. Duncan estaba en una de las pasarelas mojadas, por encima de uno de los grandes tanques de algas. La cuba entera se estaba muriendo. Envenenada.

A su lado, sujetándose a la baranda de hierro con los nudillos blancos, Teg miraba con gesto hosco los análisis químicos que aparecían en su datapad.

- Metales pesados, potentes toxinas, una lista de sustancias químicas mortíferas que ni siquiera estas algas pueden digerir. -Levantó un puñado de aquella sustancia antes fecunda y verde. Ahora se había vuelto marronosa y se deshacía.

- El saboteador está tratando de destruir nuestros suministros de comida?dijo Duncan.

- Y el aire.

- ¿Con qué propósito? Matarnos, parece.

- O, simplemente, para dejarnos desprotegidos.

Duncan miró la cuba sintiéndose furioso y violado.

- Que vengan cuadrillas de trabajo a drenar y limpiar el tanque. Hay que descontaminarlo enseguida. Y que luego recojan material de inicio de otros tanques para fertilizar la biomasa, Tenemos que estabilizarla antes de que se tuerza alguna otra cosa.

***

Duncan estaba solo en el puente de navegación cuando se produjo el nuevo desastre. Con los años, los pasajeros se habían acostumbrado a no hacer caso de las leves vibraciones que provocaba el movimiento de la nave. Pero esta vez, una súbita sacudida y un evidente desvío en su trayectoria casi le hace caer de su asiento.

Llamó enseguida a Teg y Thufir y se puso a manipular los controles, escaneando el vacío del espacio a su alrededor. Temía que se hubieran topado con basura espacial o con alguna anomalía gravitacional. Sin embargo, no encontró evidencia de ningún impacto, ni obstáculos en las

proximidades. Obviamente el Ítaca había empezado a girar, y Duncan trató de estabilizarlo utilizando los numerosos motores más pequeños repartidos por el casco. Esto redujo el desvío, pero no lo detuvo.

Mientras la inmensa nave giraba, Duncan vio una especie de reguero reluciente y planeado, como un fular de niebla que salía de la popa. Una de las tres reservas principales de agua de la nave estaba derramándose al espacio… Y aquella gran cantidad de agua había sido expulsada con la suficiente fuerza para desestabilizar el rumbo del Ítaca. El agua desalojada alteró el lastre de la nave e hizo que empezara a girar. La pérdida del momento angular empeoró la situación, mientras el agua seguía escapando, como la cola de un cometa. ¡Las reservas de la nave!

Manipulando febrilmente los controles, Duncan consiguió controlar la escotilla de la reserva, rezando para que el misterioso saboteador se hubiera limitado a abrirla y no hubiera utilizado ninguna de las mortíferas minas de la armería.

Teg entró a toda prisa en el puente de navegación justo cuando Duncan conseguía cerrar las escotillas de carga y restablecer el control. El Bashar se inclinó sobre las pantallas, con su rostro joven pero curtido lleno de arrugas de preocupación.

- ¡Esa agua bastaba para abastecernos durante un año! -Sus ojos grises miraron a su alrededor con nerviosismo.

Caminando arriba y abajo por el puente, Duncan miró el velo nebuloso de agua dispersado en el espacio.

- Podemos recuperar una parte… recogerla en forma de hielo, cuando consigas estabilizar del todo la nave…

Pero, mientras miraba la mancha de agua que se extendía contra el fondo estrellado, vio que aparecían otras líneas, hilos relucientes y multicolores que se acercaban y envolvían la no-nave como una tela de araña. ¡La red del Enemigo! Y era lo bastante brillante para que Teg la viera también.

- ¡Maldita sea! ¡Ahora no!

Duncan saltó al asiento de piloto y activó los motores Holtzman. Teniendo como tenían uno o más saboteadores a bordo, cabía la posibilidad de que los hubieran manipulado para que estallaran, pero no tenía elección. Forzó a las enigmáticas máquinas a plegar el espacio sin pararse siquiera a pensar en un rumbo. La no-nave, todavía dando vueltas, saltó hacia otro lugar.

Y sobrevivieron.

Después, Duncan miró a Teg y suspiró.

- De todos modos tampoco podríamos haber recuperado gran cosa del agua expulsada.

Incluso los sofisticados recicladores de la no-nave tenía n sus límites, y ahora los actos del saboteador les habían abocado a una conclusión inevitable. Después de años de huida continua, tendrían que parar a reponer suministros en cuanto localizaran un planeta aceptable. No era tarea fácil en una galaxia que abarcaba vastas distancias. No habían encontrado ningún lugar adecuado en años. No desde el planeta de los adiestradores.

Pero Duncan sabía que ese no sería su único problema, cuando encontraran un lugar, se verían obligados a descubrirse… una vez más.

17

Sincronía no es más que una máquina, más que una metrópoli; es una prolongación de la misma supermente. Cambia y se metamorfosea continuamente adoptando diferentes configuraciones. Al principio pensé que era un sistema de defensa, pero parece que aquí hay otra fuerza en

acción, una sorprendente chispa creativa. Estas maquinas son extraordinariamente peculiares.

BARÓN VLADIMIR HARKONNEN, el ghola.

La metrópoli que tenían ante ellos era hermosa en su forma industrial y metálica: ángulos marcados, curvas perfectas y una gran cantidad de energía; que hacía que las estructuras se movieran y parpadearan como una máquina perfectamente calibrada. Edificios angulosos y torres sin ventanas cubrían hasta el último metro cuadrado de suelo. El barón no veía verde ofensivo, flores chillonas, jardines, ni una flor, ni un capullo, ni una brizna de hierba por ningún lado.

Sincronía era un bullicioso símbolo de productividad… además de las posibilidades que ofrecía en beneficios y poder político, si es que las máquinas pensantes entendían de eso. Quizá Vladimir Harkonnen le enseñaría a Omnius una o dos cosas.

Tras el largo viaje desde Caladan, el barón y Paolo iban en un tranvía hacia el cambiante centro de la ciudad de las máquinas. El ghola de Atreides miraba por las ventanillas curvas con ojos hambrientos. Iban un poco apretados, con una escolta de ocho Danzarines Rostro. El barón nunca había entendido qué relación podían tener los cambiadores de forma con Omnius y el Nuevo Imperio Sincronizado. El vehículo elevado se movía velozmente por un sendero electrificado invisible, muy por encima del suelo, silbando como bala entre los edificios en continuo movimiento.

Mientras se adentraban en la ciudad, los inmensos edificios subían, bajaban, se movían a un lado como pistones, amenazando con aplastar al veloz tranvía. El barón se dio cuenta de que cuando los edificios medio vivos se mecían como algas robóticas, los Danzarines Rostro que viajaban en el tranvía se mecían al compás, con unas plácidas sonrisas en sus rostros cadavéricos, como si formarán parte de una presentación coreografiada.

Como una aguja enhebrándose por un complejo laberinto de agujeros, el tranvía se dirigía a toda velocidad hacia una inmensa torre que se elevaba en el centro de la ciudad como una estaba salida del mundo de los muertos. Finalmente, el vehículo se detuvo con un clic en una imponente plaza central.

Paolo, ansioso por ver, se abrió paso a empujones hasta la entrada. Por su parte, el barón, a pesar de la incertidumbre y el miedo que le atenazaba el estómago, se maravilló ante los numerosos fuegos que ardían en puntos geométricos específicos alrededor de la torre, cada una con un humano atado a una estaca, como un mártir. Evidentemente, en su conquista de un mundo tras otro, la flota de máquinas pensantes había capturado sujetos experimentales. Aquella extravagancia le resultaba asombrosa. Ciertamente, las máquinas demostraban un gran potencial, e incluso imaginación.

Pensó en la inmensa flota de máquinas pensantes que avanzaban por el espacio, adentrándose metódicamente en territorio de los humanos. Por lo que Khrone le había explicado, cuando finalmente las máquinas consiguieran su kwisatz haderach, Omnius creía que cumpliría con los requisitos de la profecía mecánica y sería imposible fallar. Tenía gracia que las máquinas pensantes lo vieran siempre todo en términos absolutos. Después de quince mil años ya tendrían que haber aprendido.

Paolo se había dejado atrapar en una espiral megalomaníaca. La misión del barón era alentar sus delirios. Sin perder nunca de vista que él mismo estaba en una situación delicada y tenía que mantener el ingenio y la concentración. Sin saber sí lo que le esperaba era la gloria personal o una muerte ignominiosa, se le recordaba continuamente que no era más que un catalizador para Paolo. ¡De importancia secundaria!

Desde el fondo de su mente, Alia le interrumpió, insistiendo en que las máquinas lo desecharían cuando hubiera cumplido con su propósito. Cuando él escupió por dentro a modo de protesta, ella chilló: ¡Vas a conseguir que nos maten, abuelo! Piensa en tu primera vida… ¡no siempre has sido tan tonto y tan crédulo!

El barón sacudió la cabeza, deseando poder salir de su propia mente. Quizá su torturadora Alia era fruto de un tumor que le oprimía el centro cognitivo del cerebro. Aquella pequeña y maligna Abominación estaba bien metida en su cabeza. Quizá un robot cirujano podría extirparla…

Los Danzarines Rostro les guiaron a él y su pupilo por una plataforma y luego un tramo de escalones hasta la plaza. Paolo corrió delante, extasiado, y por unos momentos bailó de contento.

- ¿Todo esto es mío? ¿Dónde está mi sala del trono? -Se volvió a mirar al barón-. No te preocupes… encontraré un lugar para ti en mi corte. Has sido bueno conmigo.

- ¿Qué era eso… un vomitivo reducto de honor Atreides? El barón frunció el ceño.

Los Danzarines Rostro le hicieron entrar en un ascensor de un empujón, y en cambio dejaron que Paolo entrara por sí mismo. Sin embargo, en lugar de subir a la torre como el barón esperaba, el ascensor bajó en picado a las tripas del infierno.

- Polo -dijo, conteniendo el impulso de gritar-, si de verdad eres el kwisatz haderach, quizá tendrías que aprender a utilizar tus poderes… ya.

El jovencito se encogió de hombros tontamente, al parecer ajeno al peligro que corrían.

En cuanto el ascensor se detuvo, a su alrededor las paredes se fundieron dejando al descubierto una inmensa cámara subterránea. Igual que sucedía en el exterior, allí nada era estacionario. Las paredes rotatorias y el suelo de plaz transparente le mareaban y desorientaban. Era como estar en una burbuja de espacio.

De pronto apareció una niebla que se materializó en la forma de un hombre voluminoso, una figura fantasmal, sin rostro. La forma nebulosa con una altura de casi el doble de hombre adulto, se detuvo ante ellos y movió los brazos para formar un remolino de aire helado que olía a metal y aceite. En el rostro, aparecieron dos ojos rojos.

- Así que este es nuestro kwisatz haderach -dijo una voz profunda desde la boca brumosa.

Paolo alzó el mentón y recitó lo que el barón le había dicho, con un notable apasionamiento.

- Yo soy aquel que verá todos los lugares y todas las cosas a la vez, aquel que guiará a multitudes. Soy el camino más corto, el rescatador, el mesías, de quien se habla en incontables leyendas.

Las palabras fluyeron entre la niebla.

- Tienes una presencia carismática que me resulta fascinante. Los humanos manifestáis el impulso irresistible de seguir a líderes físicamente atractivos y encantadores. Debidamente equipado, podrías ser un arma destructiva y útil para nosotros. -La criatura de bruma rió, haciendo remolinear el viento frío a su alrededor. Y entonces sus ojos ultraterrenos se desviaron hacia el barón-. Tú te ocuparás de que el chico colabore.

- Sí, por supuesto. ¿Eres Omnius?

- Hablo en nombre de la supermente. -La bruma osciló y se absorbió en la forma brillante y metálica de un robot pulido, con una sonrisa exagerada pero amenazadora en el rostro-. Por motivos de conveniencia, me hago llamar Erasmo.

Las paredes de la cámara cambiaron como un calidoscopio y revelaron cientos de angulosos robots de combate estacionados en el perímetro como extraños escarabajos. Sus ojos metálicos tenían el mismo brillo hostil.

- Quizá os interrogaré ahora. ¿O mejor después? La indecisión es un rasgo muy humano. Tenemos todo el tiempo del mundo.-La sonrisa del rostro de platino del robot se había quedado fija-. Me encantan vuestros clichés.

VEINTITRÉS AÑOS DESPUÉS DE LA HUIDA DE CASA CAPITULAR

1

Incluso con la increíble evolución mental de un navegante, no puedo olvidar el hilo fundamental que nos vincula al resto de la humanidad: la antigua emoción de la esperanza.

NAVEGANTE EDRIK, mensaje no contestado al Oráculo del Tiempo.

Las cuatro aeronaves de la Cofradía tenían forma de abejorros, vehículos lisos cubiertos de sensores que volaban rozando el oleaje de Buzzell. Ojos escaneadores enfocaban el agua, buscando movimiento. Desde la nave de cabeza, Waff miraba por las ventanillas de plaz salpicadas de espuma, con la esperanza de ver a algún gusano. El entusiasmo y la expectación del tleilaxu eran palpables. Los gusanos estaban en algún sitio, allí abajo. Creciendo.

Ya hacía más de un año que había liberado a las criaturas y, a juzgar por los rumores que habían llegado a la Cofradía, los gusanos de mar prosperaban. Ninguna de las brujas Bene Gesserit de las islas entendía de dónde habían podido salir aquellas criaturas serpentinas. Ahora, pensó Waff con entusiasmo, había llegado el momento de recoger lo que había sembrado. Estaba impaciente por verlos, por verificar que había cumplido con su misión sagrada.

El cielo estaba nublado, jirones de bruma flotaban suspendidos sobre el mar. A intervalos regulares, los equipos de escaneadores dejaban caer emisores de impulsos de sonido al agua. Las señales cartografiarían los movimientos de grandes habitantes de las profundidades y en teoría atraerían a los gusanos de may, igual que los martilleadores de los fremen atrajeron en su día a los inmensos monstruos del viejo Rakis. En la cabina, cerca de Waff, cinco silenciosos hombres de la Cofradía comprobaban el equipo mientras unas plataformas más pequeñas e independientes de caza giraban más abajo, siguiendo el ritmo de los abejorros. Periódicamente las plataformas volvían atrás para comprobar los diferentes puntos donde habían dejado caer los emisores.

En las antiguas escrituras, los leviatanes de las profundidades eran más que el juicio de Dios sobre los powindah incrédulos. Significaban el regreso del Profeta, el Mensajero de Dios, resucitado de entre las cenizas de Rakis en una nueva forma adaptada.

Los primeros avistamientos de las bestias se habían producido a los seis meses. Al principio las historias que contaban los fibios que recogían soopiedras fueron recibidas con incredulidad, hasta que los gusanos atacaron ante asentamientos humanos. Según los testimonios oculares -y las Bene Gesserit habían sido entrenadas para una observación precisa-, los monstruos se habían hecho mucho más grandes de lo que Waff había previsto. ¡Señal de que Dios había bendecido su trabajo, sin duda!

Mientras tuvieran alimento, los gusanos seguirían creciendo y multiplicándose. Al parecer les gustaban especialmente los grandes cholistes que producían las soopiedras, y atacaban los lechos que los fibios tenían a su cuidado. Aquellas criaturas acuáticas se habían unido para expulsar a los monstruos, pero habían fracasado.

Waff sonrió. Por supuesto que habían fracasado. Nadie puede cambiar la senda que Dios ha creado.

Las brujas furiosas habían dirigido partidas de caza en botes sobre las aguas, guiadas por fibios vengativos. Suplicaron a Casa Capitular que enviara armas para matar a los gusanos. Pero con las fuerzas del Enemigo atacando cientos de mundos periféricos y las industrias de Conexión e Ix consumiendo la mayor parte de los recursos de la Nueva Hermandad, las armas que enviaron fueron bien pocas.

Las Bene Gesserit necesitaban la riqueza de las soopiedras para construir y reponer sus ejércitos adelantándose al Enemigo, pero si los gusanos de mar producían lo que Waff esperaba, aquellas criaturas valdrían mucho más que ninguna gema. Pronto habría múltiples fuentes de especia, incluyendo una nueva forma más potente. Waff podía trasplantar a las criaturas en cualquier otro mundo oceánico, donde medrarían sin necesidad de reconfigurar un ecosistema entero. Considerando el monopolio que tenían actualmente sobre la melange, esto no gustaría a la Hermandad.

El piloto hizo girar el abejorro de cabeza. Los ayudantes miraban fijamente los monitores.

- Detecto sombras a diferentes profundidades. Numerosos rastros. Estamos cerca.

Waff se fue entusiasmado al otro lado de la aeronave y miró a las aguas picadas. Los emisores de impulsos seguían lanzando su canto de sirena, y las plataformas de caza pasaban veloces junto a ellos.

- Preparaos para actuar en cuanto detectéis un gusano. Quiero ver uno. Avisadme cuando haya un avistamiento.

En el agua, Waff reparó en dos fibios de piel lustrosa que parecían intrigados por los emisores de impulsos y toda aquella actividad. Uno de ellos levantó una mano palmeada en una señal incomprensible mientras las aeronaves-abejorro y las plataformas de caza pasaban por encima.

- Gusano emergiendo -anunció uno de los hombres-. Objetivo encontrado.

El pequeño tleilaxu corrió a la cabina, Abajo, una figura larga y oscura apareció rompiendo las aguas como una gran ballena.

- Debemos capturarlo y matarlo. Es la única forma de ver qué lleva dentro.

- Sí - dijo el hombre de la Cofradía. Waff entrecerró los ojos; no acababa de entender a aquella gente. ¿Estaba de acuerdo con él o se estaba limitando a aceptar una orden? Esta vez no le importó.

Waff echó un vistazo al mapa de la proyección y vio que su búsqueda les había llevado a una de las islas habitadas. Una vez verificara el éxito de los nuevos gusanos, no habría necesidad de seguir manteniendo el secreto. Las brujas no podrían hacer nada, ni contra los gusanos ni contra lo que producían. No podrían detenerle. En el día de hoy, cuando capturaran un espécimen y confirmaran los resultados de los experimentos, todo quedaría muy claro.

Enseñaremos a las brujas lo que hay bajos las olas y dejaremos que saquen sus propias conclusiones.

La aeronave de cabeza aminoró la velocidad, entre el zumbido de los motores. En cuanto el gusano de mar emergió entre las olas, segmentado y reluciente, los cazadores de Waff lanzaron una andanada de arpones supersónicos desde las plataformas. Las puntas dentadas se clavaron en la bestia antes de que se diera cuenta del peligro y pudiera sumergirse, se anclaron en la piel blanda de los segmentos mientras el gusano se sacudía y se retorcía. Waff sintió alegría, y una ligera punzada de compasión. Desde detrás del vehículo de cabeza, otros tres abejorros dispararon sus arpones y empezaron a tirar de los cables de hiperfilamento.

- ¡No lo destrocéis! -Waff pensaba matar aquella cosa de todos modos, un sacrificio necesario en nombre del Profeta, pero si la carcasa y los órganos internos estaban demasiado deteriorados, la disección sería más difícil.

El grupo de abejorros entró en modo suspensión sobre las olas, con los cables tensos, mientras el gusano se debatía. Un luido lechoso rezumó al agua y se disipó antes de que Waff pudiera pedir a uno de los hombres que recogiera muestras. Otros gusanos de mar rodearon a su hermano como tiburones hambrientos.

El gusano medía veinte metros de largo… un ritmo de crecimiento enorme para un espacio tan breve. Estaba impresionado. Si las criaturas se reproducían con la misma rapidez con que estaban creciendo, los océanos de Buzzell no tardarían en llenarse. No podía pedir más.

La bestia herida no tardó en quedar exhausta. Mientras los motores vibraban por la presión, las naves de la Cofradía empezaron a arrastrar el gusano que se debatía débilmente hacia el arrecife más próximo, apenas visible entre los bancos de niebla. Las pequeñas plataformas de caza regresaron a las aeronaves-abejorro, y atracaron en el interior de las abarrotadas cámaras de carga.

La isla era uno de los principales puestos de la Hermandad para el procesamiento de soopiedras, y contaba con barracones, almacenes y una zona aplanada a modo de puerto espacial, capaz de dar cabida a pequeñas naves. ¡Dejemos que las brujas vean esto!

Volando en formación, las aeronaves-abejorro arrastraron al gusano cautivo a la orilla. Allá abajo, en el agua, al menos veinte fibios aparecieron armados con toscos tridentes y lanzas… ¡como si pensaran que podían hacer algo contra aquellas criaturas gigantes! Lanzando amenazas e insultos, los fibios atacaron al gusano atrapado, cercenando y cortando.

Molesto por aquella interferencia, Waff se volvió hacia sus hombres.

- ¡Ahuyentadlos! -Utilizando dos pequeños cañones montados en el muelle de la aeronave-abejorro de cabeza, los hombres de la Cofradía dispararon aleatoriamente contra los fibios y mataron a dos. Los otros se sumergieron. Al principio dejaron los cuerpos ensangrentados de sus compañeros flotando en la superficie, pero unos momentos después un grupo de fibios regresó, cuando estaban tratando de retirar a sus compañeros caídos, un segundo gusano de mar apareció y devoró los cuerpos.

El zumbido de las aeronaves-abejorro atrajo a una multitud de mujeres a los muelles, que vieron cómo arrastraban aquel premio viscoso hacia el puerto del poblado. Hermanas con vestimentas negras dejaron sus barracones, pensando que quizá habían llegado contrabandistas o representantes de la CHOAM. Después de las recientes predaciones de los gusanos de mar, la mayoría de las operaciones con las soopiedras se habían interrumpido. Los cubos de de clasificación y las cadenas de empaquetado estaban callados y desatendidos.

Con el pecho henchido de orgullo, Waff saltó desde la rampa al embarcadero de metal y piedra mientras los hombres de la Cofradía subían y sacaban a la criatura del agua. Su cola estrecha cayó con flacidez al agua. Exhausto por la lucha. y rezumando fluido por las heridas de los arpones, el gusano se sacudió una vez más y agotó sus últimas energías. Aunque Waff y sus ayudantes habían conquistado y doblegado al gusano, le impresionaba estar tan cerca de aquella criatura extraordinaria.

Siete fibios curiosos flotaban junto a los pilares del embarcadero, mirando. Musitaban entre ellos con reverencia, con sus voces burbujeantes y sibilantes.

Waff se plantó con aire triunfal ante aquella cosa enorme y chorreante. Del cuerpo resbalaba limo, y un fluido lechoso y gris le salía de la boca. Los largos dientes afilados eran finos como agujas. Y, en lugar de apestar a pescado, el gusano de mar despedía un olor fuerte y dulce, con un toque de canela…

¡Perfecto!

Unas mujeres se acercaron para plantarle cara a Waff.

- Nunca habíamos capturado y matado a un gusano de mar -dijo una hermana con vestido marrón que se presentó como Corysta. Parecía contenta de ver al leviatán muerto- Han provocado grandes destrozos en los mares.

- Y seguirán haciéndolo. Aprended a adaptar vuestras operaciones. -Waff le dio la espalda para dar instrucciones a su equipo, y entonces dijo a Corysta y las otras Bene Gesserit que se apartaran-: Esto es un asunto estrictamente de la Cofradía. No intentéis interferir.

Aunque estaba muerto, el gusano de mar se sacudía por los impulsos nerviosos. Waff ordenó a sus hombres que dejaran la carcasa en el suelo para que pudiera diseccionarla sin interrupciones. Los ayudantes de la Cofradía le trajeron un cortador láser; una sierra de hilo shiga superfino, extensores y palas.

Poniendo el cortador láser a su máxima potencia y sujetándolo con las dos manos, Waff orientó el rayo hacia el lado en un amplio arco y abrió al gusano, de modo que los segmentos redondeados quedaron partidos por la mitad sobre el suelo. Los hombres de la Cofradía se acercaron inmediatamente con instrumentos para abrir la herida y dejar la estructura interna al descubierto. Waff estaba disfrutando de la carnicería. El Profeta estaría tan contento con él…

A modo de preparación, había matado y hecho la autopsia de dos de los especimenes originales y más pequeños en su laboratorio, así que conocía la disposición básica de los órganos. El gusano es una criatura biológicamente sencilla, y trabajar en una escala tan grande facilitaba mucho las cosas. Agua y limo rezumaron al suelo y le salpicaron. En otras circunstancias, esto le habría repugnado, pero aquello era la esencia sagrada del Profeta. El tleilaxu aspiró con fuerza y, sí, definitivamente, percibía un toque en aquel olor, el aroma intenso y vital de la melange pura. No había duda.

Waff metió los brazos hasta el hombro en los órganos, palpando, identificando estructuras específicas por la forma y la textura. Los ayudantes de la Cofradía utilizaron grandes palas para echar los restos al suelo. Brujas y fibios contemplaban la escena fascinados, pero Waff no les prestó ninguna atención.

Sin hacer caso de las hermanas, visiblemente confusas e impotentes, con el láser cortó más adentro, hizo una raja a lo largo y estuvo rebuscando entre aquellos despojos hediondos, hasta que finalmente salió un terrón enorme púrpura azulado de material parecido a un hígado. Waff retrocedió unos pasos para respirar, y luego volvió a inclinarse encima, pinchando y probando con los dedos. Con el cuchillo láser practicó un corte en el punto más bajo.

Del interior brotó un rico aroma a esencia de canela, tan denso que pudo verse en la forma de vapores. Waff Se tambaleó mareado. La intensidad de la melange casi le derriba.

- ¡Especia! ¡La criatura está saturada de melange! Especia extremadamente concentrada.

Las hermanas se miraron entre ellas y se acercaron con expresión curiosa.

- ¿Especia? ¿Los gusanos de mar producen especia? -Los hombres de la Cofradía se plantaron cerca de Waff y su premio cerrando el paso a las Bene Gesserit.

- ¡Los gusanos de mar han destruido nuestros lechos de soopiedras! -gritó otra mujer.

Waff las miró con suficiencia.

- Estas criaturas pueden haber destruido una economía en Buzell, pero han creado una más importante. -Sus ayudantes recogieron el inmenso órgano saturado de melange y lo llevaron a la aeronave más próxima. Waff tendría que probar aquella sustancia con detalle, pero ya sabía lo que iba a encontrar.

En el crucero que esperaba en órbita, el navegante Edrik estaría contento.

Chorreando cieno y agua de mar, Waff volvió apresuradamente a la nave.

2

Algunos ven la especia como una bendición, otros como una maldición. Sin embargo, para todos es una necesidad.

PLANETÓLOGO PARDOT KYNES, cuadernos originales de Arrakis.

Tras un largo y agotador viaje por el Imperio Antiguo, desde los planetas que se preparaban para la batalla, hasta los astilleros de la Cofradía o las zonas de extracción de soopiedras en Buzzell, la madre comandante Murbella regresó a Casa Capitular con una renovada determinación. Había pasado muchos meses fuera, y sus alojamientos en Central le parecieron los de una extraña. Apresuradas acólitas y operarios masculinos corrieron a descargar sus pertenencias de la nave.

Tras llamar educadamente a la puerta, una acolita entró. La joven tenía el pelo corto y castaño y sonrisa furtiva.

- Madre comandante, Archivos envía estos gráficos actualizados. Se suponía que debían estar preparados a vuestra llegada. -Le tendió unos finos mapas con líneas detalladas, y retrocedió sobresaltada cuando vio la carcasa de un robot de combate en un rincón de la habitación, desactivado pero aún en pie, como un trofeo de guerra.

- Gracias. No te preocupes por la máquina, está tan muerta como pronto estarán todas. -Murbella cogió los informes de manos de la joven. Y de pronto cuando la miró, se dio cuenta de que era su hija Gianne, la última que tuvo con Duncan Idaho. Otra de sus hijas, Tanidia, criada también por la Nueva Hermandad, había desembarcado allí para trabajar entre la Missionaria.

¿Saben Gianne o Tanidia quiénes son sus padres? Años atrás Murbella había decidido decir a Janess quiénes eran sus padres, y la joven se lanzó al estudio y comprensión de la figura de su famoso padre. Pero dejó que las otras dos se criaran a la manera tradicional. Dudaba que supieran lo especiales que eran.

Gianne parecía vacilar, como si esperara que la madre comandante le pidiera otra cosa. Aunque ya sabía la respuesta, en un impulso Murbella preguntó:

- ¿Cuántos años tienes, Gianne?

A la joven pareció sorprenderle que conociera su nombre.

- Veintitrés, madre comandante.

- Y aún no has pasado por la Agonía. -No era una pregunta.

Ocasionalmente, la madre comandante había sentido la tentación de utilizar su posición para interferir en la educación de la joven, pero no lo había hecho. Una Bene Gesserit no debía manifestar este tipo de debilidades.

La joven pareció avergonzada.

- Las censoras sugieren que necesito mayor concentración.

- Entonces empléate a fondo. Necesitamos todas las Reverendas Madres que podamos encontrar. -Lanzó una ojeada al ominoso robot de combate-. La guerra va a peor.

***

Murbella se dio cuenta de que no podía descansar, no podía perder el tiempo. Convocó a sus consejeras, Kiria, Janess, Laera y Acadia. Las

mujeres llegaron esperando una reunión, pero Murbella las hizo salir con ella de la torre de Central.

- Preparad un tóptero. Partiremos inmediatamente hacia el cinturón desértico.

Laera, que llevaba un montón de informes, no se tomó bien la noticia.

- Pero, madre comandante, lleva fuera mucho tiempo. Muchos documentos requieren su atención. Debe tomar decisiones, dar el adecuado…

- Yo decido cuáles son las prioridades.

Kiria se tragó sus palabras con mirada de desprecio, porque vio que la comandante hablaba completamente en serio. Todas subieron al ornitóptero vacío y esperaron mientras se realizaban los preparativos para el despegue. Murbella no podía esperar.

- Si no viene un piloto enseguida yo misma pilotaré esta cosa.

Le enviaron un joven piloto inmediatamente.

Cuando el tóptero despegó por fin, Murbella se volvió hacia sus consejeras y se explicó.

- La Cofradía exige un precio desorbitado por las naves de guerra que está construyendo. Ix únicamente acepta el pago en melange, y ahora que las soopiedras de Buzzell ya no son económicamente viables, todo depende de la especia. Es la única moneda lo bastante importante que tenemos para apaciguar a la Cofradía.

- ¿Apaciguar? -espetó Kiria-. ¿Qué desatino es este? Tendríamos que conquistarlos y obligarlos a producir las naves y las armas que necesitamos ¿Es que somos las únicas que comprenden la amenaza? ¡Las máquinas pensantes se acercan!

A Janess esta sugerencia la dejó perpleja.

- Atacar a la Cofradía solo serviría para provocar una guerra civil abierta, y en estos momentos no nos lo podemos permitir.

- ¿Tenemos los suficientes recursos que gastar en esas naves? -preguntó Laera-. Ya hemos forzado nuestro crédito con el Banco de la Cofradía más allá de sus límites.

- Todos nos enfrentamos a un enemigo común -dijo la vieja Accadia-. Sin duda la Cofradía e Ix estarán dispuestos a…

Murbella apretó los puños.

- Esto no tiene nada que ver con el altruismo o la avaricia. Por muy buenas intenciones que tengan, los recursos y los materiales no aparecen espontáneamente como un arco iris tras la lluvia. Hay que alimentar a las poblaciones, hay que pagar el combustible de las naves, hay que producir y consumir energía. El dinero es solo un símbolo, pero la economía es el motor que mueve toda la máquina. Hay que pagar al barquero.

El tóptero se desplazaba veloz por los cielos, azotado por los vientos secos y el polvo, aunque aún no veían el desierto. Murbella miró al exterior por la ventanilla curva, convencida de que la última vez las dunas aún no llegaban a aquella altura del continente. Eran como una antimarea, una sequedad absoluta que avanzaba en ondas. En el corazón del desierto, los gusanos crecían y se reproducían, manteniendo el ciclo en una espiral en perpetuo crecimiento.

La madre comandante se volvió hacia la mujer que tenía detrás.

- Laera, necesito un informe completo sobre nuestras operaciones de extracción de especia. Necesito cifras. ¿Cuántas toneladas de melange recogemos? ¿Cuánta tenemos en nuestros stocks? ¿Cuánta podemos exportar?

- Producimos suficiente para cubrir nuestras necesidades, madre comandante. Nuestras inversiones siguen empleándose en ampliar las excavaciones, pero los gastos se han incrementado de forma drástica.

Kiria musitó amargamente algo sobre los ixianos y sus interminables facturas.

- Quizá habrá que traer obreros extraplanetarios -señaló Janess-. Es un obstáculo que se puede superar.

El tóptero descendió hacia una columna de polvo y arena que arrojaba un recolector. A su alrededor, como lobos rodeando a un animal herido, varios gusanos de arena se acercaban atraídos por las vibraciones. Ya estaban empezando a retirarse, los mineros corrían y las alas de acarreo se preparaban para levantar la maquinaria pesada cuando los gusanos se acercaran demasiado.

- Exprimid el desierto -dijo Murbella-, extraed hasta el último gramo de especia.

- Hace tiempo a la Bestia Rabban se le asignó la misma tarea, en tiempos de Muad'Dib -dijo Accadia-, y fracasó estrepitosamente.

- Rabban no tenía el respaldo de la Hermandad. -Vio que Laera, Janess y Kiria hacían cálculos mentales. ¿Cuántos obreros podían derivarse a la zona desértica? ¿Cuántos prospectores y caza tesoros extraplanetarios podían permitirse tener en Casa Capitular? ¿Cuánta especia necesitarían para que la Cofradía y los ixianos siguieran produciendo las armas y naves que tan desesperadamente necesitaban?

El piloto, que hasta entonces había guardado silencio, habló.

- Ya que estamos aquí, madre comandante, ¿desea que las lleve a la instalación de investigación del desierto? El equipo de planetólogo está estudiando el ciclo de los gusanos, la extensión del desierto y los parámetros necesarios para una recolección más efectiva de la especia.

- «Para que el éxito sea posible primero es necesario comprender» -dijo Laera, citando directamente de la antigua Biblia Católica Naranja.

- Sí, inspeccionaré la estación. La investigación es necesaria, pero en tiempos como estos, debe ser una investigación práctica. No tenemos tiempo para estudios frívolos ideados por los caprichos de un científico extraplanetario.

El piloto dio la vuelta con el tóptero y se alejó por el desierto a toda velocidad. En el horizonte, una pared de roca negra semienterrada, un bastión seguro donde los gusanos no podían aventurarse.

La estación de Shakkad debía su nombre a Shakkad el Sabio, un mandatario de antes de la Yihad Butleriana. Perdido casi en la bruma de la leyenda, el químico de Shakkad fue el primer hombre de la historia que reconoció las propiedades geriátricas de la melange. Ahora, un grupo de cincuenta científicos, hermanas y su personal de soporte vivía y trabajaba lejos de la torre central de Casa Capitular y de cualquier interferencia exterior. Colocaban artilugios para tomar mediciones del clima, salían a las dunas para medir los cambios químicos que se producían durante las explosiones de especia y seguían el crecimiento y movimiento de los gusanos.

Cuando el tóptero se detuvo en un saliente plano de roca que hacía las veces de improvisada pista de aterrizaje, un grupo de científicos salió a recibirlas. Un equipo de inspección, polvoriento y castigado por los vientos, regresaba en esos momentos de los límites del desierto, donde habían colocado postes de muestreo e instrumentos para medir el clima. Vestían con destiltrajes, reproducciones exactas de los que en otro tiempo llevaron los fremen.

La mayoría de los científicos de la estación Shakkad eran hombres, y varios de los de mayor edad habían hecho breves expediciones al calcinado Rakis. Tres décadas habían pasado desde la destrucción del planeta desértico, y a aquellas alturas muy pocos científicos podían decir que conocían personalmente a los gusanos ni las condiciones del Dune original.

- ¿En qué podemos ayudarla, madre comandante? -preguntó el director de la estación, un extraplanetario que se subió sus gafas protectoras polvorientas sobre la cabeza. Los ojos sabios del individuo ya tenían un matiz ligeramente azulado. La especia formaba parte de su dieta cotidiana desde que llegó a la estación. Su cuerpo despedía un desagradable olor a

sucio, como si se hubiera tomado su trabajo en aquel cinturón desértico sin agua tan en serio que descuidaba su aseo regular.
- Ayúdenos consiguiendo más melange -contestó- Murbella directamente.
- ¿Tienen sus equipos todo lo que necesitan? -preguntó Laera-. ¿Necesitan suministros o trabajadores adicionales?
- No, no. Solo necesitamos soledad y libertad para hacer nuestro trabajo. Oh, y tiempo.
- Puedo darle los dos primeros, pero tiempo es un lujo que ninguno de nosotros posee.

3

Podemos conquistar a nuestro enemigo, desde luego. Pero, ¿vale la pena lograr la victoria sin comprender los fallos de nuestro oponente? Es la parte más interesante.

ERASMO, Cuadernos de laboratorio.

La catedral con base mecánica de Sincronía era una simple manifestación de lo que podía llegar a ser el resto de la galaxia. Omnius estaba satisfecho con los avances que la flota de máquinas pensantes había hecho en unos pocos años, pero Erasmo sabía que aún quedaba mucho por hacer.
La voz de Omnius retumbó con más fuerza de la necesaria, como a veces le gustaba hacer.
- La Nueva Hermandad es quien opone mayor resistencia, pero sé como derrotarla. Las naves de reconocimiento han verificado el emplazamiento secreto de Casa Capitular, y ya he enviado sondas con epidemias hacia allí. Esas mujeres pronto se habrán extinguido. -Omnius parecía aburrido-. ¿Quieres que despliegue el mapa de sistemas estelares para que sepas cuántos hemos conquistado? No ha habido ni un solo fracaso.
Los datos penetraron en la mente de Erasmo, tanto si quería verlos como si no. En el pasado, el robot independiente siempre pudo decidir lo que quería o no descargar de la supermente. Sin embargo, cada vez más Omnius encontraba la forma de soslayar las capacidades de decisión del robot e introducía los datos por fuerza en sus sistemas internos, evitando los múltiples firewalls.
- Eso son solo victorias simbólicas -dijo Erasmo, cambiando deliberadamente a su disfraz de anciana arrugada con ropa de jardinería-. Me complace que hayamos llegado al límite del Imperio Antiguo, pero aún no hemos ganado esta guerra. He pasado milenios estudiando a estos humanos obstinados y de recursos. No des por sentada la victoria hasta que no la tengamos en la mano. Recuerda lo que pasó la última vez.
El bufido de incredulidad de Omnius resonó por toda Sincronía.
- Por definición somos mejores que los defectuosos humanos -A través de un millar de ojos espías, miró a Erasmo y su disfraz maternal-. ¿Por qué insistes en llevar ese disfraz embarazoso? Te hace parecer débil.
- Mi cuerpo físico no determina mi fuerza. Es mi mentes es la que me hace serlo que soy.
- Tampoco me interesa tu mente. Solo quiero ganar esta guerra. Debo ganar. Necesito ganar. ¿Dónde está la no-nave? ¿Dónde está mi kwisatz haderach?
- Hablas con el mismo tono autoritario que el barón Harkonnen. ¿Estás imitándolo inconscientemente?
- Tú me diste las proyecciones matemáticas, Erasmo. ¿Dónde está el superhombre? Contesta.
El robot rió.
- Ya tienes a Paolo.

- Tu profecía también garantizaba que habría un kwisatz en la no-nave. Quiero las dos versiones… redundancia para asegurar la victoria. Y no quiero que los humanos tengan uno. Quiero controlarlos a los dos.

- Encontraremos la no-nave. Ya sabemos que hay muchas cosas intrigantes a bordo, incluido un maestro tleilaxu. Podría ser el único que queda con vida, y me gustaría mucho hablar con él… al igual que a ti. Quiero que ese maestro vea cómo los Danzarines Rostro nos han dado forma, nos han moldeado hasta convertirnos prácticamente en dioses. O al menos, más que los humanos.

- Seguiremos lanzando nuestra red. Y encontraremos esa nave.

Por toda la ciudad, en una dramática manifestación de la impaciencia de Omnius, los elevados edificios, las estructuras de metal se desplomaron sobre sí mismas. Al robot independiente no le impresionó el estruendo, o el temblor del suelo bajo sus pies. Había presenciado manifestaciones semejantes en demasiadas ocasiones. Para bien o, las más de las veces, para mal, Omnius disfrutaba con el espectáculo, aunque Erasmo trataba de controlar sus excesos. El futuro dependía de ello… el futuro que él había ideado.

Rebuscó entre las proyecciones que había digerido a partir de trillones de datos. Todos los resultados estaban coloreados exactamente para encajar en las profecías que él mismo había formulado. Omnius se las creía todas. Aquella supermente tan crédula se confiaba demasiado en las informaciones filtradas, y el robot jugaba como quería.

Con los parámetros adecuados, Erasmo estaba absolutamente convencido de que los milenios que tenían por delante saldrían como tenían que salir.

4

Aquellos que ven no siempre comprenden. Los que dicen entender a veces son los más ciegos.

Oráculo del Tiempo.

Lo que quedaba de la antigua forma corpórea de Norma Cenva estaba confinado en el interior de una cámara que había construidlo y modificado a su alrededor a lo largo de miles de años. Pero su mente no conocía barreras físicas. Era un generador biológico de pensamiento puro, conectada a la carne de forma muy leve. El Oráculo del Tiempo.

Sus vínculos mentales con el tejido del universo le daban la capacidad de viajar a cualquier lugar, además de otras infinitas posibilidades. El Oráculo podía ver pasado y futuro, aunque su visión no era siempre precisa. Su cerebro era tal que podía tocar el infinito y casi -casi- aprehenderlo.

Su enemigo, la supermente, había extendido una vasta red electrónica por el tejido espacial, un complejo mapa de taquiones que la mayoría de los humanos no podían ver. Omnius lo utilizaba para buscar a su presa, pero por el momento no había logrado atrapar la no-nave.

Tiempo atrás, Norma había creado el precursor de la Cofradía como medio de combatir a las máquinas pensantes. La Cofradía había seguido su propio camino, independientemente de Norma, que se había dedicado a expandirse por el cosmos. La política entre los planetas, las luchas de poder entre la facción de los navegantes y los administradores humanos, el monopolio sobre artículos valiosos, las soopiedras, la tecnología de los ixianos, la melange… estos problemas no le atañían.

Velar por la humanidad le exigía una importante inversión de moneda mental. Norma percibía la agitación de la Civilización, estaba al tanto del gran cisma de la Cofradía. De haber recordado cómo se hablaba con gentes tan insignificantes, habría castigado a los administradores por

provocar aquella crisis. A Norma le resultaba agotador buscar términos lo bastante sencillos para hacerse entender incluso entre sus avanzados navegantes. Tenía que hacer que entendieran cuál era el verdadero Enemigo, para que pudieran compartir la carga con ella.

Si el Oráculo del Tiempo no se ocupaba de las cosas importantes, nadie lo haría. Nadie en el universo podía hacerlo. con su presciencia, Norma sabía qué era lo más importante: Encontrar la no-nave. El kwisatz haderach último viajaba a bordo, y la nube negra del Kralizec ya había descargado sus torrentes. Pero Omnius también lo buscaba, y es posible que lo encontrara primero.

Norma había sentido las luchas entre Bene Gesserit y Honoradas Matres. Antes de esto había sido testigo de la Dispersión y los Tiempos de Hambruna originales, de la extensa vida y la traumática muerte del Dios Emperador. Pero todo esto no era más que ruido de fondo.

Encontrar la no-nave.

Como siempre había previsto y temido, el implacable Enemigo había vuelto. No importaba qué disfraz llevaran ahora las máquinas pensantes, o cuánto hubieran cambiado, el Enemigo seguía siendo el Enemigo.

Y Kralizec ya ha empezado.

Mientras su presciencia fluía hacia dentro y hacia fuera, las ondas de tiempo la envolvieron, dificultando cualquier predicción exacta. Había un vórtice, un factor aleatorio y poderoso que podía alterar el resultado de miles de formas: un kwisatz haderach, una persona tan anómala como ella misma, una variable incontrolable.

Omnius quería guiar y controlar a aquel humano especial. La supermente y sus Danzarines Rostro llevaban años buscando la no-nave, pero hasta la fecha Duncan Idaho había logrado eludirlos. Ni siquiera ella había sido capaz de volver a encontrarle.

Norma había hecho lo posible por desbaratar los planes del Enemigo a cada paso del camino. Ella salvó la no-nave, con la esperanza de proteger a los que viajaban a bordo, pero después los perdió. En la no-nave había algo mucho más efectivo que un campo negativo y que no le dejaba ver. Solo esperaba que las máquinas pensantes vieran tan poco como ella.

La búsqueda del Oráculo prosiguió, mientras sus pensamientos se desviaban en delicadas sondas. Ay, la nave no estaba. De alguna misteriosa forma, los pasajeros se ocultaban a sus ojos… si es que no la habían destruido ya.

Aunque su presciencia no era clara, Norma sabía que el tiempo se agotaba para todos. El punto culminante llegaría muy pronto. Por eso debía reunir a sus aliados. Los necios administradores habían reconfigurado muchas de sus grandes naves con controles artificiales-¡máquinas pensantes!-, así que ya no podía convocarlos mediante sus poderes paranormales. Pero aún tenía a mil de sus fieles navegantes. Los prepararía para la batalla, la batalla final.

En cuanto encontrara la no-nave…

El Oráculo del Tiempo expandió su mente, arrojando su pensamiento al vacío como un pescador, hasta que el dolor neural fue increíble. Lo intentó con más fuerza, extendiendo sus límites más allá de lo que jamás había intentado. No había dolor lo bastante fuerte para ella. Sabía muy bien cuáles serían las consecuencias si fracasaba…

A su alrededor, un inmenso reloj seguía marcando los minutos…

5

Tiene que haber un lugar donde podamos encontrar un hogar, donde podamos estar a salvo y descansar. Las Bene Gesserit enviaron a tantas hermanas en su propia dispersión antes de que llegaran las Honoradas Matres… ¿Se han perdido también ellas?

SHEEANA, diarios confidenciales de la no-nave.

Sin detenerse nunca, el Ítaca se resentía por la reciente oleada de daños. Y el saboteador seguía esquivándolos. ¿Qué más podemos hacer para descubrirlo? Ni siquiera las proyecciones de mentat más concienzudas de Duncan ofrecían soluciones nuevas.

Una vez más, Miles Teg y Thufir Hawat enviaron equipos a inspeccionar, e incluso registrar, los alojamientos de todos los pasajeros, con la esperanza de encontrar pruebas incriminatorias. El rabino y su gente se quejaron por las supuestas violaciones de su intimidad, pero Sheeana exigió su colaboración. En la medida de lo posible, Teg había ido cerrando secciones de la inmensa nave con barreras electrónicas, pero el astuto del saboteador se las saltaba todas.

Suponiendo que no hubiera nuevos incidentes, con los sistemas de soporte vital, recirculación del aire y producción de alimentos tocados, no podrían aguantar más que unos pocos meses si no paraban en algún lugar a reponer suministros. Hacía años que no encontraban un lugar apropiado.

Y Duncan se preguntaba ¿Hay alguien tratando de destruirnos… o de guiamos a un lugar determinado?

Una vez más, sin mapas estelares o una guía fiable, Duncan trató de utilizar su misteriosa presciencia. Otra importante apuesta. Activó los motores Holtzman, cerró los ojos y plegó el espacio, haciendo girar la ruleta Cósmica…

Y la no-nave salió, intacta pero aún perdida, en el perímetro de un sistema estelar. Un sol amarillo con un círculo de planetas, ente ellos uno terrestre que orbitaba a la distancia adecuada para albergar vida. Posiblemente habitable, y sin duda con oxígeno y agua que el Ítaca podría cargar. Una oportunidad…

Cuando la no-nave empezó a acercarse al planeta desconocido, otros se habían congregado ya en el puente de navegación. Sheeana se puso manos a la obra.

- ¿Qué tenemos ahí abajo? ¿Aire respirable? ¿Comida? ¿Un lugar donde vivir?

Duncan miraba por la pantalla de observación. Le gustaba lo que veía.

- Los instrumentos dicen que sí. Sugiero que enviemos un equipo inmediatamente.

- Reponer los suministros no basta -dijo Garimi con tono hosco- Nunca ha bastado. Tendríamos que considerar la posibilidad de quedarnos aquí, si es que el planeta responde a lo que buscamos.

- Ya lo hicimos en el planeta de los adiestradores -dijo Sheeana.

- Si el saboteador nos ha traído hasta aquí, debemos ser cautos -dijo Duncan-. Sé que ha sido un salto aleatorio por el tejido espacial, pero estoy inquieto. La red de nuestros perseguidores es muy vasta. No descartaría tan pronto que este lugar no sea una trampa.

- O nuestra salvación -sugirió Garimi.

- Tendremos que averiguarlo por nosotros mismos -dijo Teg. Sus dedos se deslizaron por los controles del puente y en las grandes pantallas aparecieron imágenes de alta resolución-. Abundante oxígeno y vegetación, sobre todo en las latitudes más altas, lejos del ecuador. Claros signos de presencia humana, pequeños asentamientos, ciudades medianas, sobre todo hacia el norte. Los escáneres meteorológicos de gran escala muestran importantes alteraciones en el clima. -Señaló patrones de tormentas, extensiones de bosques y llanuras moribundos, grandes lagos y mares interiores que se estaban convirtiendo en cuencas de polvo- Muy pocas nubes en la zona ecuatorial. Humedad atmosférica bajo mínimos.

Stilgar y Liet-Kynes, siempre fascinados por los nuevos mundos, se unieron al resto del grupo en la cubierta. Kynes contuvo la respiración.

- Se está convirtiendo en un yermo. ¡Un desierto artificial!
- He visto esto antes. -Sheeana estudió una franja marrón claro que se extendía como una cuchillada sobre lo que parecía haber sido un continente de bosques exuberantes-. Es como en Casa Capitular.
- ¿Es posible que este sea uno de los planetas-simiente de Odrade? -preguntó Stuka, desde su posición habitual junto a Garimi- ¿Trajeron truchas de arena hasta aquí y las soltaron? ¿Encontraremos a nuestras hermanas en ese planeta?
- Hermanas puras -dijo Garimi con ojos brillantes.
- Posiblemente -dijo Sheeana- Tendremos que bajar. Este lugar parece mucho más que solo un punto donde reponer suministros.
- Una nueva colonia. -El entusiasmo de Stuka era contagioso-. Este podría ser el nuevo mundo que hemos estado buscando, un lugar donde reestablecer Casa Capitular. ¡Un nuevo Dune!

Duncan asintió.

- No podemos dejar pasar una oportunidad como esta. Mi instinto nos ha traído aquí por algún motivo.

6

¿Somos los únicos que quedan con vida? ¿Y si a estas alturas el Enemigo ha destruido al resto de la humanidad, en el Imperio Antiguo, a la gente de Murbella? En ese caso, es imperativo que establezcamos tantas colonias como sea posible.

DUNCAN IDAHO, cuaderno de bitácora de la no-nave.

Ocultándose a ojos de los habitantes del planeta, varios equipos de eficientes Bene Gesserit se lanzaron a la importante tarea de reabastecer la no-nave del necesario aire, agua y sustancias químicas. Enviaron naves mineras, recolectores de aire y tanques de purificación de agua. Aquella era la prioridad más inmediata del Ítaca.

Stilgar y Liet-Kynes insistieron en bajar a inspeccionar la franja desértica en expansión. Al ver el apasionamiento en el rostro de aquellos dos gholas recién despertados, ni Teg ni Duncan fueron capaces de decir que no. Todos se sentían relativamente optimistas sobre la posibilidad de encontrar un paisaje que los acogiera. Sheeana se preguntaba si podría por fin liberar a sus siete gusanos cautivos. Aunque Duncan no podía abandonar la protección de campo negativo de la no-nave -eso le habría dejado a la vista de los Enemigos que les acosaban-, no había motivo para que los otros no pudieran encontrar por fin un hogar. Y quizá ese hogar estaba allí.

El bashar Teg pilotó personalmente el transporte ligero que los llevó a la superficie, acompañado por Sheeana y una entusiasta Stuka, que llevaba mucho tiempo deseando establecer un nuevo centro Bene Gesserit en lugar de andar errando por el espacio. Garimi dejo que fuera su partidaria incondicional quien bajara en esta primera misión, y ella permaneció en la no-nave haciendo planes con sus hermanas ultraconservadoras. Stilgar y Liet estaban impacientes por poner el pie en el desierto… un desierto de verdad, con cielos abiertos y arenas interminables.

Teg guió la nave directamente a la zona árida, donde se estaba librando la batalla ecológica. Si realmente aquel era uno de los planetas-simiente de Odrade, el Bashar sabía la rapidez con que las voraces truchas de arena absorberían toda el agua del planeta, gota a gota. El medio contraatacaría con patrones climáticos cambiantes; los animales migrarían a zonas aún intactas; la vegetación atrapada lucharía por adaptarse, y en su mayor parte fracasaría. Las truchas de arena actuaban con mucha mayor rapidez de la que un planeta podía adaptarse.

Sheeana y Stuka miraban por las ventanas panorámicas de plaz del transporte, y veían aquel desierto como un éxito, un triunfo de la Dispersión de Odrade. Para aquella Bene Gesserit exquisitamente prudente, incluso la ruina de un ecosistema entero era una «baja aceptable» si servía para crear un nuevo Dune.

- El cambio se está produciendo muy deprisa -dijo Liet-Kynes en tono admirado.

- Sin duda Shai-Hulud ya está aquí -añadió Stilgar.

Stuka pronunció unas palabras que Garimi repetía continuamente.

- Este planeta será una nueva Casa Capitular. Las penurias no significarán nada para nosotros.

Con la detallada información que tenían en los archivos, los pasajeros del Ítaca tenían todos los conocimientos necesarios para establecer una nueva colonia. Sí, una colonia. A Teg le gustaba la palabra, porque representaba la esperanza de un futuro mejor.

Sin embargo, Teg también sabía que Duncan nunca podría dejar de huir, a menos que decidiera enfrentarse cara a cara al Enemigo. Los misteriosos anciano y anciana seguían persiguiéndolo con su siniestra red, a él o a alguna cosa que había en la no-nave, puede que la nave misma.

El transporte descendió con un rugido a través de un cielo azul. En medio de la abrupta franja desértica, las dunas se extendían hasta donde alcanzaba la vista. El sol se reflejaba en las dunas en un ambiente totalmente seco, las corrientes térmicas sacudían la nave. Teg se debatió con los sistemas de dirección.

Detrás, Stilgar chasqueó la lengua.

- Es como montar un gusano.

Cuando volaban sobre el cinturón desértico, Liet-Kynes señaló un tramo de rojo óxido que indicaba una erupción bajo la superficie.

- ¡Una explosión de especia! El color y el patrón no dejan lugar a duda. -Dedicó una sonrisa amarga a su amigo Stilgar-. Yo morí en una. ¡Malditos sean los Harkonnen por dejarme morir!

Unos montículos se ondulaban y se movían casi en las capas superiores de la arena, pero no salieron a la superficie.

- Si son gusanos, son más pequeños que los que llevamos en nuestra cubierta de carga -dijo Stilgar.

- Pero siguen imponiendo -añadió Liet.

- Han tenido menos tiempo para madurar -Señaló Sheeana-. La madre superiora Odrade no envió voluntarias para su Dispersión hasta mucho después de iniciarse la desertificación de Casa Capitular. Y no sabemos cuánto tardaron en encontrar este lugar.

Allá abajo, unas líneas visibles marcaban la rápida expansión de la arena, como ondas en un estanque. En los límites, un perímetro de desolación, zonas donde la vegetación había muerto y la tierra se había convertido en polvo. El desierto incipiente había creado bosques fantasma y poblados enterrados.

Volando bajo, buscando con expectación e inquietud, Teg descubrió tejados medio enterrados, los pináculos de edificios orgullosos, ahogados ahora bajo el desierto. Por un momento vio la chocante imagen de embarcadero y parte de un bote boca abajo en lo alto de una duna ardiente.

- Estoy deseando ver nuestras hermanas Bene Gesserit. -Stuka parecía impaciente-. Es evidente que su misión aquí ha tenido éxito.

- Espero que nos acojan bien -confesó Sheeana.

Después de haber visto aquella ciudad sumergida bajo la arena, Teg no creía que los nativos del planeta apreciaran lo que habían hecho las hermanas refugiadas.

El transporte ligero voló siguiendo el límite norte del desierto y los escáneres detectaron la presencia de pequeñas chozas y tiendas levantadas

poco más allá del fin de la arena. Teg se preguntó con cuanta frecuencia tendrían que desplazar aquellos poblados nómadas. Si la zona árida se extendía con la misma rapidez que en Casa Capitular, aquel mundo perdería miles de hectáreas cada día… y el proceso se iría acelerando conforme las truchas absorbieran más y más agua preciosa.

- Aterriza en uno de esos asentamientos, Bashar -le dijo Sheeana- Quizá alguna de nuestras hermanas perdidas esté aquí, controlando el avance de las dunas.

- Estoy impaciente por sentir arena de verdad bajo mis pies -musitó Stilgar.

- Es todo tan fascinante?dijo Liet.

Mientras Teg hacía girar la nave por encima de uno de los poblados, la gente empezó a salir y a señalar. Sheeana y Stuka se pegaron contra las ventanas de plaz con entusiasmo, buscando los hábitos negros distintivos de la Bene Gesserit, pero no vieron ninguno.

Una formación rocosa se elevaba por detrás del poblado, una muralla defensiva que les protegía del polvo y la arena. La gente estaba en lo alto de los puntos más altos, agitando las manos, pero Teg no habría sabido decir si sus gestos eran amistosos o amenazadores.

- Mirad, se cubren la cabeza y el rostro con paños y filtros -dijo Liet-. El aumento de la aridez les obliga a adaptarse. Para vivir aquí, en la zona que limita con las dunas, tienen que aprender a conservar los líquidos corporales.

- Podríamos enseñarles cómo hacer destiltrajes -dijo Stilgar con una sonrisa-. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me puse uno decente. Llevo una docena de años en esa nave, ahogando mis pulmones con humedad. ¡Estoy impaciente por volver a respirar aire seco!

Teg encontró una zona despejada e hizo descender el transporte ligero. Se sintió inexplicablemente inquieto cuando vio que los nativos corrían hacia ellos.

- Evidentemente se trata de campamentos nómadas. ¿Por qué no trasladarse tierra adentro, donde el clima es más acogedor?

- La gente se adapta -dijo Sheeana.

- Pero ¿por qué? Sí, la franja desértica no deja de extenderse, pero aún hay gran cantidad de bosques, incluso ciudades, no muy lejos de aquí. Esta gente podría evitar la arena durante generaciones. Y sin embargo se obstinan en quedarse.

Antes de que la escotilla se abriera y dejara entrar una bocanada de aire reseco, los nómadas rodearon el transporte. Sheeana y Stuka, ataviadas con el hábito negro tradicional de Casa Capitular para que sus hermanas refugiadas pudieran reconocerlas, encabezaron el grupo valientemente. Teg las siguió, junto a Stilgar y Liet.

- Somos Bene Gesserit -gritó Sheeana a aquella gente en galach universal-. ¿Hay entre vosotros alguna de nuestras hermanas? - Protegiéndose los ojos de la luz, escrutó los pocos rostros ajados de mujeres que vio, pero no obtuvo respuesta.

- Quizá es mejor que probemos en otro poblado -en un susurro. Sus sentidos estaban alerta.

- Todavía no.

Un anciano se acercó, quitándose una máscara filtradora de encima del rostro.

- ¿Preguntáis por las Bene Gesserit? ¿Aquí en Qelso? -Aunque su acento era basto, se le entendía. A pesar de su edad, parecía sano y enérgico.

Stuka tomó la delantera y se puso delante de Sheeana.

- Las que llevaban hábitos negros, como nosotras. ¿Dónde están?

- Todas muertas.-Los ojos del anciano destellaron.

Stuka reaccionó demasiado tarde. Moviéndose como una serpiente, el hombre arrojó un cuchillo que llevaba oculto en la manga, con una puntería mortífera. La multitud se abalanzó sobre ellos.

Stuka se aferró con torpeza a la hoja que tenía clavada en el pecho, pero no consiguió que sus dedos la obedecieran. Sus rodillas se doblaron y su cuerpo cayó por un lado de la rampa de la nave.

Sheeana retrocedió enseguida. Teg gritó a Liet y Stilgar que volvieran atrás mientras sacaba una de las pistolas aturdidoras que había cogido de la armería de la no-nave. Una piedra voluminosa golpeó a Stilgar en la cabeza. Liet ayudó a su amigo, tratando de arrastrarlo a la nave. Teg disparó un haz de energía plateada que hizo que parte de la multitud se desplomara, pero siguieron lloviendo cuchillos y piedras.

La gente enfervorecida atacó la rampa desde todos los lados, y se abalanzó sobre Teg. Muchas manos sujetaron su muñeca antes de que pudiera volver a disparar, y alguien le arrebató el aturdidor. Otros prendieron a Liet y se lo llevaron.

Sheeana luchó en un remolino de golpes de su repertorio Bene Gesserit. No tardó en quedar rodeada por un círculo de atacantes caídos.

Con un rugido Teg se preparó para acelerar su metabolismo y así evitar los golpes y las armas, pero un segundo rayo plateado como la lluvia salió de su aturdidor y los derribó primero a él y luego a Sheeana.

***

Al poco la gente del campamento até las manos de sus cuatro prisioneros con fuertes cordeles. Aunque estaba muy magullado, Teg recuperó la conciencia y vio que Liet y Stilgar estaban atados juntos. El cuerpo de Stuka seguía cerca de la rampa, y sus atacantes estaban registrando el transporte ligero y sacando cosas.

Un grupo de hombres levantó el cuerpo de Stuka. El anciano recuperó su cuchillo, arrancándolo del pecho de la muerta, y lo limpió en su hábito con expresión de asco. Miró el cadáver con ira y escupió, y entonces se acercó a los prisioneros. Mirando a los tres hombres, meneó la cabeza con aire de desaprobación.

- No me he presentado. Podéis llamarme Var.

Sheeana lo miró con gesto desafiante.

- ¿Por qué nos haces esto? Dices que conoces la orden de la Bene Gesserit.

El rostro de Var se crispó, como si hubiera preferido no hablar con ella. Se inclinó sobre Sheeana.

- Sí, conocemos a las Bene Gesserit, Vinieron hace años y soltaron sus criaturas demoníacas en nuestro mundo, Un experimento, dijeron. ¿Un experimento? ¡Mirad qué han hecho con nuestra preciosa tierra! Todo se está convirtiendo en polvo. -Levantó el cuchillo y pensó por un momento, y entonces lo guardó- Cuando nos dimos cuenta de lo que aquellas mujeres estaban haciendo, las matamos a todas, pero ya era tarde, Ahora nuestro planeta se muere, y lucharemos para proteger lo que queda de él.

7

La primera ley de viabilidad comercial es saber reconocer una necesidad y satisfacerla. Cuando las necesidades aceptables no se presentan por si solas, un buen hombre de negocios debe crearlas como sea.

Directiva comercial de la CHOAM.

Cuando un nuevo navegante murió en su tanque, pocos entre los administradores de la Cofradía Espacial lloraron su pérdida. Simplemente,

el crucero gigante fue trasladado a los astilleros de Conexión para adaptarlo a los compiladores matemáticos ixianos.

Se consideraba un progreso.

Después de largos años de práctica, Khrone disimuló sin apenas esfuerzo el placer que le producía aquella visión. Hasta la fecha, todos los aspectos de aquel vasto plan habían salido como se esperaba, como las piezas de dominó que caen una tras otra. Con su disfraz habitual de ingeniero de inspecciones ixiano, el líder de la miríada de Danzarines Rostro esperaba en una plataforma elevada con suelo de cobre, contemplando los clamorosos astilleros, mientras las corrientes calidas y los humos industriales flotaban a su alrededor.

Cerca, el administrador humano Rentel Gorus no supo disimular su satisfacción con la misma eficacia. Sus ojos lechosos pestañearon y miraron al muelle del piloto de la nave decomisada.

- Ardrae era uno de los navegantes más viejos que quedaba en nuestra flota comercial. Incluso con la drástica interrupción en el suministro de especia, se aferró a la Vida mucho más de lo que esperábamos.

Un rollizo representante de la CHOAM dijo:

- ¡Navegantes! Ahora que están dejando de sangrar nuestros recursos uno a uno, los beneficios de la Cofradía aumentarán significativamente.

Sin que su amo dijera nada, su ayudante mentat recitó:

- Conociendo la vida de este navegante, y considerando la cantidad de melange que se necesitó para su mutación y conversión inicial, he calculado la cantidad total de especia que ha consumido mientras ha estado al servicio de la Cofradía. Teniendo en cuenta la fluctuación en los precios debida a la saturación relativa del mercado de los años tleilaxu y la subida astronómica reciente debida a la grave escasez, la Cofradía podría haber comprado tres cruceros habilitados con campos negativos por el mismo precio en especia.

El hombre de la CHOAM musitó algo, disgustado, mientras que Khrone guardó silencio. Lo mejor siempre era escuchar y observar. Siempre podía contar con que los humanos sacarían sus propias conclusiones (equivocadas muchas de ellas) si les orientabas en la dirección correcta.

Saboreando sus secretos, Khrone pensó en los numerosos embajadores que la Cofradía había enviado al frente para negociar un tratado de no agresión con las máquinas pensantes, para declararse neutrales y asegurar así la supervivencia de la Cofradía. Pero muchos de estos emisarios eran Danzarines Rostro de Khrone, que fracasaron deliberadamente en sus intentos. Los otros -los humanos- nunca regresaban.

Ahora que Richese había siclo convenientemente destruido por las Honoradas Matres (guiadas secretamente por los Danzarines Rostro de Khrone), los humanos no tenían más remedio que recurrir a Ix y la Cofradía para conseguir los aparatos tecnológicos que necesitaban. Los astilleros de Conexión siempre habían sido inmensos complejos para la construcción de enormes naves interestelares.

La flota defensiva de Murbella estaba creciendo con notable rapidez, pero Khrone sabía que ni siquiera eso serviría frente a la magnitud y el poderío militar de Omnius, que llevaba miles de años preparándose. Las instalaciones de Ix (controladas también por los Danzarines Rostro) Seguían retrasando el desarrollo y modificación de los destructores de los que dependía la defensa de la Hermandad. Y puesto que cada nueva nave de la Cofradía estaba controlada por un compilador matemático y no un navegante, la madre comandante y sus aliados se iban a encontrar con muchas sorpresas.

- Construiremos más naves para compensar la obsolencia de los navegantes -prometió el administrador Gorus-. Nuestro contrato con la Nueva Hermandad parece infinito. Nunca habíamos tenido un volumen tan grande de negocio.

- Y sin embargo, el comercio interplanetario ha caído drásticamente. -El representante de la CHOAM asintió con el gesto mirando a Khrone y Gorus-. ¿Cómo pagará la Hermandad estas naves y armas?

- Satisfarán sus compromisos con una cantidad mayor de melange -dijo Gorus.

Finalmente Khrone llevó la conversación a donde él quería.

- ¿Por qué no aceptar el pago en caballos o petróleo o alguna otra sustancia obsoleta e inútil? Si vuestros navegantes se están muriendo y vuestras naves funcionan a la perfección con los compiladores ixianos, la Cofradía ya no necesita melange. ¿De qué puede serviros?

- Desde luego, su valor ha disminuido grandemente. En el último cuarto de siglo, siguiendo a la destrucción de Rakis, los mundos tleilaxu y tantas otras cosas, la cantidad de personas que pueden permitirse la especia con motivos recreativos ha quedado reducida a muy poco. -El representante de la CHOAM miró a su mentat, dándole la razón-. Casa Capitular quizá tiene el monopolio de la melange, pero ha racionado la especia para consumo popular con mano tan dura que ella misma ha ahogado su mercado.

Y en la actualidad son pocos los que realmente la necesitan. Ahora que la gente ha aprendido a vivir sin especia, ¿estarían dispuestos a readquirir su adicción?

- Probablemente -dijo Gorus-. Solo tenemos que bajar los precios drásticamente y tendremos una estampida de clientes.

- Las brujas siguen teniendo el control en Buzzell -señaló el mentat-. Tienen otras formas de pagar.

El hombre de la CHOAM arqueé las cejas con desdén. Los sonidos que profirió hacían innecesarias las palabras.

- ¿Productos de lujo en tiempo de guerra? No es una buena inversión.

- Y conseguir soopiedras ahora tampoco es fácil para ellas - señaló-, puesto que unos monstruos marinos están destruyendo los lechos de conchas y atacando a los que las recogen.

Khrone escuché con atención. Sus espías le habían traído informes perturbadores pero intrigantes sobre los extraños sucesos en Buzzell y un posible proyecto secreto de los navegantes con sede allí. Había solicitado más información.

Khrone observó mientras una máquina con aspecto de de mandíbula montada sobre una grúa forzaba el muelle del piloto del crucero gigante decomisado. Los pesados elevadores suspensores chirriaron y gruñeron al sacar el tanque de gruesas paredes de plaz del navegante. Durante el lento y torpe proceso de extracción, el tanque se enganchó en el borde del hueco de la estructura del crucero. Una de las placas del casco se soltó y cayó dando vueltas, golpeando el lado de la nave y levantando una lluvia de chispas, hasta que finalmente cayó estruendosamente en el suelo.

Penachos de gas naranja de especia escapaban de la cámara del navegante, vapores sueltos de combustión que se filtraban a la atmósfera. Diez años antes, una cantidad de gas de especia como la que se estaba perdiendo habría bastado para comprar un palacio imperial. En cambio, el representante de la CHOAM y el administrador Gorus vieron como se disipaba sin hacer comentarios. Gorus habló a un pequeño micrófono que tenia en el cuello de la ropa.

- Depositad el tanque ante nosotros. Queremos verlo.

La grúa levantó la cámara de gruesas paredes, apartándola del cuerpo del crucero, y la llevó hacia la plataforma de observación. Los suspensores bajaron el contenedor con suavidad hasta la cubierta de cobre, conde se posó con un sonido inquietantemente pesado. El gas de especia seguía escapando por la fisura en el grueso plaz.

Los vapores de melange tenían un olor extrañamente neutro y metálico, y Khrone supo que el navegante los había aspirado y aspirado hasta que prácticamente no quedó potencia en la especia. A una escueta señal del administrador de ojos lechosos, unos silencios operarios de la Cofradía abrieron una tapa del tanque y la especia que quedaba en el interior salió como en un estertor de muerte.

Conforme el gas salía, las nubes turbias del interior empezaron a remolinear y a disiparse, dejando a la vista una silueta tirada en el suelo. Khrone había visto navegantes otras veces, por supuesto, pero este estaba flácido, con la piel gris, y bien muerto. La cabeza bulbosa y los ojos pequeños, manos palmeadas, piel lisa de anfibio le daban a la criatura el aspecto de un feto grande y deforme. Ardrae había muerto hacía días por falta de especia. Aunque ahora la Cofradía tenía montones de especia en sus stocks, ya hacía un tiempo que el administrador Gorus había cortado el suministro a los navegantes.

- Mirad, un navegante muerto. Una imagen que muy pocos podrán volver a ver.

- ¿Cuántos sobreviven aún en vuestras naves? -preguntó Khrone.

Gorus se mostró evasivo.

- Entre las naves que aun tenemos en inventario solo quedan trece navegantes con vida. Esperamos que mueran de forma inminente.

- ¿Qué quiere decir «que aún tenemos en inventario»? -preguntó al hombre de la CHOAM.

Gorus vaciló, luego confeso:

- Había algunas naves dirigidas aún por navegantes, naves que no habíamos conseguido equipar con los compiladores matemáticos. Y… ¿cómo lo diría? En los pasados meses han desaparecido.

- ¿Desaparecido? ¿Cuántas? ¡Cada nave es extremadamente costosa!

- No dispongo de cifras precisas.

El representante de la CHOAM habló con voz dura.

- Dénos una estimación.

- Quinientas, puede que mil.

- ¿Mil?

A su lado, el mentat guardaba silencio, pero parecía tan preocupado y perplejo como el representante.

- Cuando se están muriendo por falta de especia -dijo Gorus casi con desdén tratando de demostrar que controlaba la situación-, los navegantes se desesperan. Y no es extraño que actúen de modo irracional.

Khrone también estaba preocupado, pero no lo demostró. Aquellas desapariciones sonaban sospechosamente a una conspiración entre la facción de los navegantes, y eso era algo que no esperaba.

- ¿Tiene alguna idea de adónde pueden haber ido?

El administrador de la Cofradía fingió indiferencia.

- ¿Qué más da? Se quedarán sin especia y morirán. Mirad estos astilleros, mirad cuántas naves construimos cada día. Dentro de poco habremos compensado la pérdida de esas naves desfasadas y sus navegantes obsoletos. No tema. Después de tantos años esclavizados a una única sustancia, la Cofradía ha tomado una buena decisión.

- Gracias a vuestros socios de Ix?señaló Khrone.

- Sí, gracias a Ix.

Tras un breve período de inactividad, el ruido de los astilleros se hizo ensordecedor. Los soldadores volvieron al trabajo, la maquinaria pesada siguió subiendo diferentes componentes a su sitio. Un elevador de carga de medio kilómetro de ancho trajo dos grupos de motores Holtzman. Durante un rato, los hombres siguieron contemplando la extraordinaria actividad en silencio. Ninguno, de ellos se molestó en volver a mirar al navegante muerto en su tanque.

8

La humanidad tiene muchas creencias arraigadas. La principal entre ellas es el concepto de hogar.

Archivos Bene Gesserit, análisis de los factores de motivación.

La siguiente vez que el crucero de Edrik pasó por Buzzell, abandonó el planeta llevando consigo algo muchísimo más importante que las soopiedras.

Oculto en las cubiertas selladas de los laboratorios viajaba un paquete de poderosa y única sustancia extraída de los densos órganos del gusano de mar sacrificado. Con un optimismo extravagante, Waff lo había llamado «ultraespecia». Las pruebas indicaban que su potencia iba mucho más allá que la de ninguna especia de la que se tuviera constancia. Aquella destacable sustancia lo cambiaría todo para la facción de los navegantes.

El maestro tleilaxu también había entendido la importancia de su logro, y pensaba utilizarlo en su favor. Sin que su presencia hubiera sido convocada, se abrió paso entre las fuerzas de seguridad de la Cofradía y se dirigió hacia los niveles restringidos reservados al navegante. Sin hacer caso de los obstáculos, Waff abrió puertas y más puertas hasta que se encontró ante el tanque de gruesas paredes que albergaba al navegante Edrik en su baño de costoso de gas de especia. Ahora que había logrado reintroducir exitosamente al menos una camada de gusanos, ya no era un simple adulador. Podía plantear sus propias exigencias.

La vida ghola acortada de Waff no le dejaba mucho tiempo para cumplir con su misión crítica, y cada vez estaba más desesperado. Ya había pasado su mejor momento físico, y su cuerpo avanzaba en una rápida degeneración hacia la muerte. Seguramente no le quedaría más de un año.

Con gesto rígido y desafiante, Waff se plantó ante el tanque de Edrik.

- Ahora que mis gusanos de mar pueden fabricar especia en una forma accesible para los navegantes de la Cofradía, quiero que me lleves a Rakis. -Ya no tenía nada que perder, y se lo jugaba todo. Cruzó sus brazos delgados sobre su pecho con gesto triunfal.

Edrik flotó ociosamente hacia la pared de plaz. Los remolinos de gas naranja tenían un efecto hipnótico.

- La nueva melange no se ha probado en la práctica.

- No importa. Su composición química está demostrada.

La voz de Edrik subió de tono por los altavoces.

- Me siento inquieto. En su forma original, la melange tiene una complejidad que ningún análisis de laboratorio puede desvelar.

- Te preocupas innecesariamente -dijo Waff-. La especia de los gusanos de mar es más potente que ninguna que hayas podido probar. Pruébala tú mismo si no me crees.

- No estás en posición de exigir nada.

- Nadie podría haber hecho lo que yo he logrado. Buzzell será vuestra nueva fuente de melange. Los cazadores de gusano de mar recogerán más ultraespecia de la que puedes utilizar; los navegantes nunca más dependerán de las brujas Bene Gesserit o del mercado negro. Incluso si las hermanas deciden recurrir a los gusanos de mar y crear otro monopolio, no tenéis por qué hacer caso. Al cambiar los gusanos en lugar del planeta, podemos soltarlos en cualquier sitio. Os he abierto el camino a la libertad. -Waff resopló y levantó la voz- Y ahora exijo mi pago.

- Te mantuvimos con vida cuando las Honoradas Matres fueron expulsadas de Tleilax. ¿No es eso compensación suficiente?

Con un suspiro conciliador, el ghola tleilaxu levantó las manos.

- Lo que pido te costará muy poco y te honrará, lo cual es una de Dios.

El rostro distorsionado del navegante tenía expresión de desagrado.

- ¿Qué deseas, pequeño hombre?

- Repito: llévame a Rakis.

- Absurdo. Ese mundo está muerto.-Las palabras de Edrik eran neutras.

- Rakis es donde mi último cuerpo pereció, lo considero una peregrinación. -Siguió hablando con atropello, y dijo más de lo que quería- Con las truchas de arena que sobraron, he creado nuevos gusanos en mi laboratorio. Los he reforzado, les he dado la capacidad de sobrevivir en el medio más inhóspito. Puedo repoblar Rakis y hacer que regrese el Profeta… -De pronto calló.

Cuando empezaron a llegar rumores sobre la expansión de los gusanos de mar, Waff volcó sus esfuerzos en las pocas truchas de arena que quedaban del grupo original. Moldear los cromosomas de los gusanos para que se adaptaran a un acogedor medio acuático había sido un desafío; sin embargo, la tarea de endurecer a los monstruos para que pudieran sobrevivir en las tierras yermas y arrasadas de Rakis era mucho más difícil. Pero Waff no temía a las dificultades. Desde el primer momento, su objetivo había sido devolverlos gusanos de arena al lugar donde pertenecían. El Mensajero de Dios debe regresar a Dune.

Observó a Edrik, cuyas manos palmeadas parecían acariciar mientras consideraba la petición.

- Recientemente nuestro Oráculo nos ha enviado un mensaje convocando a los navegantes para que abandonemos la Cofradía y nos unamos a ella en una gran batalla. En estos momentos esa es mi prioridad.

- Te lo suplico, llévame a Rakis. -Como si fuera un recordatorio de su muerte inminente, Waff sintió un pinchazo que le atravesó el pecho y le bajó por la espalda. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no dejar traslucir su angustia ante la muerte, el miedo a fracasar. Le quedaba tan poco tiempo…- ¿Es tanto pedir? Concédeme este último favor al final de mi vida.

- ¿Es eso lo que deseas? ¿Morir allí?

- Emplearé mis últimas energías en mis gusanos de arena. Quizá haya una forma de reintroducirlos en Rakis y regenerar los sistemas ecológicos. Piénsalo si lo consigo, tendrás otra fuente de especia.

- Lo que encontrarás allí no te gustará. Incluso con recicladores de humedad, refugios y material, la supervivencia en Rakis es más difícil que nunca. Tus expectativas no son realistas. No queda nada útil allí.

Waff intentó en vano que la desesperación no se le notara en la voz.

- Rakis es mi hogar, mi brújula espiritual.

Edrik pensó, luego dijo:

- Puedo plegar el espacio y viajar hasta Rakis, pero no prometo que vuelva. El Oráculo me llama.

- Me quedaré allí el tiempo que haga falta. Dios proveerá.

Waff volvió a toda prisa a sus niveles privados de investigación. Con la idea de quedarse en el planeta desértico lo que le quedaba vida, reunió todo el material y los suministros que necesitaría durante años. Eso le permitiría ser completamente autosuficiente en aquel planeta muerto y desolado. Tras dar la orden, miró sus tanques, donde los gusanos de arena blindados se retorcían, impacientes por que los liberaran.

Rakis… Dune… su destino. En su corazón sentía que Dios le empujaba hacia allí, y si tenía que morir en aquel planeta… que así fuera. Notó una sensación cálida y tranquilizadora de satisfacción. Sabía cuál era su lugar en el universo.

***

La bola ennegrecida y ligeramente cobriza apareció en las pantallas panorámicas privadas del crucero. Waff había estado tan impaciente por

recoger sus cosas que ni siquiera se dio cuenta cuando se activaron los motores Holtzman y plegaron el espacio.

Edrik le sorprendió ofreciéndole provisiones adicionales y un pequeño equipo de leales ayudantes de la Cofradía para que le ayudaran a montar un campamento y administrar sus experimentos. Quizá quería que su gente estuviera por allí para ver si el tleilaxu tenía éxito de nuevo con sus gusanos. Mientras no estorbaran, a Waff no le importaba.

Sin presentarse a los silenciosos miembros de su nuevo equipo, Waff dirigió el traslado de sus gusanos blindados, los refugios autoinstalables, el material, todo lo que necesitarían para sobrevivir en un mundo calcinado.

Uno de los ayudantes de la Cofradía, silencioso de rostro afable, pilotaba el transporte ligero. Antes de que llegaran a la superficie muerta de Dune el crucero ya había salido de órbita. Edrik estaba impaciente por contestar a la llamada del Oráculo, con su cargamento de ultraespecia y los arreos de una nueva esperanza para los navegantes.

Waff en cambio, solo tenía ojos para el paisaje ampollado y sin vida del legendario planeta.

9

Las bacterias son como máquinas diminutas, notables por sus efectos en sistemas biológicos más grandes. De modo similar los humanos se comportan como organismos infecciosos entre los sistemas planetarios, y como tales habría que estudiarlos.

ERASMO, Cuadernos de laboratorio.

Cuando la virulenta plaga llegó a Casa Capitular, los primeros casos se dieron entre los operarios varones. Siete hombres sucumbieron con tal rapidez que cuando murieron su expresión era más de sorpresa que de dolor.

En la Gran Sala donde comían las hermanas más jóvenes, la enfermedad también medró. El virus era tan insidioso que el periodo de mayor riesgo de contagio se producía un día antes de que aparecieran los síntomas. Así pues, la epidemia ya había clavado sus zarpas en los más vulnerables antes de que la Nueva Herman dad supiera siquiera que había una amenaza.

En los primeros tres días murieron cientos, más de mil al final de la primera semana; a los diez días las víctimas eran incontables. Personal de soporte, maestras, visitantes, mercaderes extraplanetarios, cocineros y ayudantes de cocina, incluso Reverendas Madres… todos caían como el trigo al paso de la guadaña de la Muerte.

Murbella convocó a sus consejeras más antiguas para desarrollar un plan de emergencia, pero por las epidemias que habían atacado a otros planetas sabían que las medidas de precaución y las cuarentenas no servirían de nada. Las puertas de la sala de reuniones estaban cal y canto; no podían permitir que las hermanas más jóvenes y las acólitas supieran de las estrategias que discutían allí.

- La supervivencia de la Hermandad es nuestra prioridad, incluso si nuestro alrededor mueren todos los demás. -Murbella se ponía mala al pensar en todas las acólitas que aún no estaban preparadas, en las cuadrillas de recolección de especia desplazadas al cinturón desértico, los conductores de los transportes, arquitectos y obreros de la construcción, planificadores del tiempo, jardineros de invernaderos, limpiadores, banqueros, artistas, operarios de archivos, pilotos, técnicos y ayudantes médicos. Todos los que permitían sustentar las actividades de Casa Capitular.

Laera trató de sonar objetiva pero se le quebró la voz.

- Las Reverendas Madres tienen el control celular necesario para combatir esta enfermedad en su propio terreno. Podemos utilizar las defensas de nuestro organismo para expulsar la epidemia.

- En otras palabras, cualquier que no haya pasado por la Agonía de la Especia morirá -dijo Kiria-. Como las Honoradas Matres. Ese es el motivo por el que perseguíamos a las Bene Gesserit al principio, para averiguar cómo protegernos de las epidemias.

- ¿Podemos utilizar la sangre de las Bene Gesserit que sobrevivan para crear una vacuna? -preguntó Murbella.

Larea meneó la cabeza.

- Las Reverendas Madres expulsan los organismos invasores, célula a célula. No hay anticuerpos que podamos compartir con otros.

- Ni siquiera es tan simple como eso -dijo Accadia con voz rasposa-. Una Reverenda Madre puede canalizar sus defensas internas solo si tiene energía suficiente para hacerlo, y si tiene tiempo y capacidad para concentrarse en sí misma. Pero esta epidemia nos obliga a volcarnos en el cuidado de las víctimas más desafortunadas.

- Si cometes ese error, morirás como nuestra falsa Sheeana en Jhibraith -dijo Kiria con cierto tono de desprecio-. Las Reverendas Madres tenemos que cuidar de nosotras mismas y de nadie más. De todos modos las otras no tienen ninguna posibilidad. Tenemos que aceptarlo.

Murbella ya empezaba a resentirse por el agotamiento, pero su ansiedad la hizo ponerse a andar arriba y abajo por la sala. Tenía que pensar. ¿Qué podía hacerse contra un enemigo tan minúsculo y letal? Solo las Reverendas Madres sobrevivirán… Habló a sus consejeras con firmeza.

- Buscad a todas las acólitas que estén casi a punto para la Agonía. ¿Tenemos suficiente Agua de Vida?

- ¿Para todas? -exclamó Laera.

- Para todas y cada una de ellas. Cualquier hermana tenga una mínima posibilidad de sobrevivir. Demos el veneno a todas y recemos para que puedan asimilarlo y sobrevivir a la Agonía. Solo entonces podrán enfrentarse a la epidemia.

- Muchas morirán en el intento -advirtió Laera.

- Y si no todas morirán por la epidemia. Incluso si la mayoría de las candidatas sucumbe, seguirá siendo una mejora. -Ni siquiera pestañeó. Su propia hija, Rinya, había muerto de este modo hacía muchos años.

Accadia asintió, sonriendo levemente con sus labios ajados.

- Una Bene Gesserit preferiría morir por la Agonía que por una enfermedad extendida por el Enemigo. Es un gesto de desafío, no de rendición.

- Ocupaos de que se haga.

***

En las casas de muerte, Murbella hacía oídos sordos a los gemidos de los enfermos y moribundos. Los médicos de Casa Capitular tenían medicamentos y potentes analgésicos, y a las acólitas Bene Gesserit se les había enseñado a bloquear el dolor. Aún así, tanto sufrimiento bastaba para quebrantar el condicionamiento más fuerte.

Murbella no soportaba ver que sus hermanas no podían controlar su sufrimiento. La avergonzaba, no por su debilidad, sino porque ella había sido incapaz de evitar que aquello sucediera.

Se dirigió hacia las improvisadas filas de lechos donde yacían las jóvenes acolitas, la mayoría de ellas aterradas, algunas decididas. La habitación despedía un fuerte olor a canela rancia… un olor acre y nada agradable. Con la frente arrugada y mirada intensa, la madre comandante observó cómo dos Reverendas Madres con expresión pétrea se llevaban una camilla con el cuerpo de una joven envuelto en una sábana.

- ¿Otra que no ha superado la Agonía?
Las Reverendas Madres asintieron.
- Sesenta y una hoy. Mueren tan rápido como por la epidemia.
- ¿Y cuántos éxitos?
- Cuarenta y tres.
- Cuarenta y tres que vivirán para enfrentarse al Enemigo.

Como una gallina clueca, Murbella camino arriba y abajo ante la hilera de lechos, observando a las hermanas enfermas; algunas dormían en silencio con una nueva conciencia física; otras gimoteaban en un coma profundo del que quizá no volverían.

Al final de la fila, una adolescente yacía con mirada asustada. Se incorporó en la cama con los brazos temblorosos. Miró a Murbella e, incluso en su estado, sus ojos destellaron.

- Madre comandante -dijo con voz ronca.

Murbella se acercó.

- ¿Cual es tu nombre?
- Baleth.
- ¿Estás esperando para pasar la Agonía?
- Espero la muerte, madre Comandante. Me trajeron aquí para que tomara el Agua de Vida, pero antes de que me la pudieran administrar manifesté los síntomas de la enfermedad. Moriré antes de que el día acabe. -Hablaba con valentía.
- Entonces ¿no te darán el Agua de Vida? ¿Ni siquiera lo intentarás?

Baleth bajó el mentón.

- Dicen que no sobreviviría.
- ¿Y tú las crees? ¿No eres lo bastante fuerte para intentarlo?
- Soy lo bastante fuerte, madre comandante.
- Entonces, prefiero que mueras intentándolo en lugar de rendirte. - Mientras miraba a Baleth, se acordó dolorosamente de Rinya… tan impaciente y segura, como Duncan. Pero su hija no estaba preparada y murió en la mesa.

Tendría que haberla disuadido. Por culpa de mi necesidad de probarme a mí misma, forcé a Rinya. Tendría que haber esperado…

Y su hija menor, Gianne… ¿qué habría sido de ella? La madre comandante se había mantenido al margen de las actividades cotidianas de la joven, dejando que la Hermandad se ocupara de su educación. Pero en aquellos momentos de crisis, decidió pedir a alguien que indagara, a Laera tal vez.

Baleth parecía esperanzada, y miraba a la madre comandante con ojos febriles. Murbella ordenó a las doctoras Suk que la atendieran inmediatamente.

- A esta le queda menos tiempo que a las otras.

Por las expresiones escépticas de los médicos, Murbella supo que lo consideraban un derroche absurdo de la valiosa Agua de Vida, pero ella insistió. Baleth aceptó el líquido viscoso, lanzó una última mirada a la madre comandante y tragó la sustancia tóxica. Se recostó en la cama, cerró los ojos y empezó la lucha…

No duró mucho. Baleth murió en un valeroso intento, pero Murbella no podía sentirse culpable por ello. La Hermandad no debía dejar de luchar.

***

Aunque la melange era algo raro y precioso, lo era mucho más el Agua de Vida.

Al cuarto día del plan desesperado de Murbella, era evidente que los suministros de Casa Capitular no bastarían. Una hermana tras otra consumía el veneno, y muchas perecían tratando de asimilar la toxina en sus células, tratando de cambiar sus cuerpos.

La madre comandante encargó a sus consejeras que estudiaran la cantidad exacta de veneno que se necesitaba para provocar la Agonía. Algunas Reverendas Madres sugirieron diluirlo, pero si no se administraba el suficiente como para resultar fatal, el experimento entero fracasaría.

Docenas de hermanas murieron. Más del sesenta por ciento de las que ingirieron el veneno.

Kiria se opuso una solución dura pero lógica.

- Valoremos a cada candidata y demos el Agua de Vida solo a las que tengan más probabilidades. No podemos seguir apostando a ciegas. Cada dosis que damos a una mujer que fracasa es un derroche. Debemos discriminar.

Murbella no estaba de acuerdo.

- Ninguna tiene la más mínima posibilidad a menos que pase por la Agonía. Todo esto se ha hecho justamente para que todas la tomen… y que sobrevivan las más aptas.

Las mujeres estaban en medio del caos de dormitorios de las enfermerías que habían improvisado en todos los edificios lo bastante grandes para instalar camas. Unas Reverendas Madres con aspecto agotado pasaron con cuatro cuerpos sin vida. Se habían quedado sin sábanas, así que los cadáveres no estaban cubiertos. Sus rostros crispados daban muestra del dolor incalculable por el que habían pasado.

Sin hacer caso de los muertos, Murbella se arrodilló junto al lecho de una joven que había sobrevivido. Tenía que mirar las cifras de bajas desde otra perspectiva. Si todas estaban destinadas a morir, era absurdo contar a las que morían. Visto así, la única cifra relevante era que se recuperaban. Las victorias.

- Si no tenemos suficiente Agua de Vida, utilizad otros venenos.- Murbella se puso en pie con hastío, haciendo caso omiso de los olores, los sonidos-. La Bene Gesserit quizá estableció que el Agua de Vida era lo más efectivo para provocar la Agonía, pero hace tiempo las hermanas utilizaban otras sustancias… cualquier cosa que pudiera empujar al organismo a una crisis. -Observó detenidamente a las jóvenes estudiantes que esperaban convertirse algún día en Reverendas Madres. Y ahora cada una de ellas tenía una oportunidad, solo una-. Envenenadlas. De un modo u otro, envenenadlas a todas. Si sobreviven, este es su sitio.

Un correo se acercó corriendo a ella, una de las hermanas más jóvenes, que había sobrevivido recientemente a la transformación.

- Madre comandante. La necesitan enseguida en Archivos.

Murbella se volvió.

- ¿Ha encontrado algo Accadia?

- No, madre comandante. Ella… tiene que verlo usted misma.

- La joven tragó saliva-. Dése prisa, por favor.

La anciana no tenía fuerzas para abandonar su despacho. Accadia estaba sentada, rodeada de lectores y montones de láminas de cristal llenas de datos. Se recostó en su gran sillón, respirando pesadamente, sin poder apenas moverse. Los ojos legañosos de la anciana se abrieron.

- Ha venido… a tiempo.

Murbella miró a la archivera, horrorizada. También ella tenía la enfermedad.

- ¡Eres una Reverenda Madre! ¡Lucha!

- Estoy demasiado vieja y cansada. He utilizado mis últimas energías para recopilar nuestros registros y proyecciones y crear un mapa sobre la propagación de la enfermedad. Quizá podamos evitar que pase en otros planetas.

- Lo dudo. El Enemigo distribuye los virus allá donde lo considera más estratégico. -Ya había decidido que varias Reverendas Madres compartieran con Accadia. Sus extensos recuerdos y conocimientos no debían perderse.

Accadia trató de incorporarse en su asiento.

- Madre comandante, no se concentre tanto en la epidemia como para no ver sus consecuencias. -Se puso a toser- Tenía la piel cubierta de eccemas, un estadio avanzado de la enfermedad-. Esta epidemia no es más que un avance, una prueba. En muchos planetas con esto basta, pero el Enemigo sin duda conoce a la Hermandad lo suficiente para saber que podemos combatir la enfermedad, al menos hasta cierto punto. Cuando nos hayan debilitado, atacarán.

Murbella sintió frío por dentro.

- Si las máquinas pensantes destruyen a la Nueva Hermandad, lo que quede de la humanidad no tendrá ninguna posibilidad. Somos el obstáculo más importante que Omnius tiene en su camino.

- ¿Lo entiende ahora? -La anciana aferró la mano de la madre comandante para asegurarse de que entendía-. Este planeta siempre ha estado oculto, pero ahora las máquinas pensantes conocen su localización. Apuesto a que su flota espacial ya está de camino.

10

Lo que para un hombre es un sueño, para otro es una pesadilla.

Dicho del antiguo Kaitain.

Tras llevarse el cuerpo de Stuka, los nómadas separaron a Teg y Sheeana de Stilgar y Liet-Kynes. Por lo visto, no veían a los dos niños -de doce y trece años- como una amenaza; no sabían que estaban ante dos mortíferos guerreros fremen, entre cuyos recuerdos se contaban numerosos ataques contra los Harkonnen.

Teg reconoció la estrategia.

- El cabecilla quiere interrogar a los niños primero. -Var y sus curtidos compañeros darían por sentado que sería fácil intimidarlos, que no serían capaces de aguantar un interrogatorio.

Teg y Sheeana fueron conducidos a una tienda de retención hecha de un polímero resistente y gastado. La estructura era una extraña mezcla entre un diseño primitivo y sofisticada tecnología, hecha por su carácter práctico y de fácil transporte. El guarda dejó caer la colgadura de la entrada, pero se quedó fuera.

La tienda no tenía aberturas y estaba vacía, no había mantas, cojines, ni herramientas de ningún tipo. Teg caminó en un pequeño círculo y entonces se sentó junto a Sheeana en la tierra compactada del suelo. Escarbó con las manos y enseguida encontró un par de piedrecillas afiladas.

Evaluó las opciones con su claridad de mentat.

- Cuando vea que no volvemos ni informamos -dijo en voz baja-, Duncan enviará otro grupo. Estará preparado. Sé que suena trillado, pero vendrá. -Sabía que aquellos nómadas se rendirían enseguida ante un ataque militar directo-. Duncan es sabio, y le enseñe bien. Él sabrá que hacer.

Sheeana miraba hacia la entrada como si estuviera en un trance de meditación.

- Duncan ha vivido cientos de vidas, y las recuerda todas, Miles. Dudo que le hayas enseñado nada nuevo.

Teg apretó con fuerza una de las piedrecillas, y eso pareció aumentar su concentración. Incluso en una tienda vacía, él veía mil posibles vías de escape. Él y Sheeana podían escabullirse fácilmente, matar al guarda y llegar hasta el transporte por la fuerza. Seguramente ni siquiera tendría que recurrir al recurso de acelerar su metabolismo.

- Estas gentes no son obstáculo para ti o para mí. Pero no pienso dejar atrás a Liet ni Stilgar.

- Ah, el fiel Bashar…

- Tampoco me iría sin ti. Sin embargo, temo que hayan inutilizado nuestra nave, y eso ciertamente entorpecería nuestros planes de fuga. Les oí cuando estaban registrándola.

Sheeana siguió mirando la pared en sombras de la tienda.

- Miles, me preocupa menos escapar que saber por qué nos mantienen con vida. Sobre todo a mí, si es que lo que han dicho de la Hermandad es cierto. Tienen buenas razones para odiarme.

Teg trató de imaginar el increíble éxodo y la reorganización que esperaba a la población de aquel planeta. En cuestión de años, los habitantes de pueblos y ciudades verían cómo la arena asfixiaba sus tierras de cultivo, mataba sus jardines, acercándose más y más a los límites. Y huirían de las proximidades del desierto como de un incendio que avanza lentamente.

Y en cambio, los nómadas de Var… ¿eran carroñeros, marginados? ¿Personas expulsadas de los centros de población importantes? ¿Por qué insistir en permanecer en los límites con el desierto, donde tendrían que levantar sus asentamientos y replegarse continuamente? ¿Con qué propósito?

Aquellas gentes tenían capacidad tecnológica, y es evidente que Qelso se había establecido hacía mucho tiempo, durante la Dispersión. Tenían sus propios vehículos terrestres, y aeronaves veloces que les permitían desplazarse sobre el mar de dunas. Y, si no estaban exiliados, quizá el grupo de Var reponía sus provisiones en las distantes ciudades de más al norte.

Durante horas, Teg y Sheeana apenas hablaron, se limitaron a escuchar los sonidos amortiguados del exterior, el viento seco que sacudía los lados de la tienda, el silbido de la arena. Fuera todo parecía en movimiento: partidas de hombres que se ponían en camino, que iban de un lado a otro, la maquinaria.

Teg escuchaba los diferentes ruidos y los iba catalogando en su mente, formándose una imagen de lo que hacían. Oía una perforadora trabajando en un pozo de agua, seguido de una bomba que dispensaba agua en pequeñas cisternas. Cada vez, tras un fugaz chorro de líquido, el caudal quedaba reducido a poco más que un hilillo y se interrumpía. Teg sabía que estos problemas, provocados por las truchas de arena, habían sido la ruina de las operaciones de perforación en Rakis. Había agua en estratos muy profundos, pero los voraces pequeños hacedores la bloqueaban. Como plaquetas en torno a una herida, las truchas sellaban enseguida el escape. Mientras oía las quejas resignadas de aquella gente, Teg se dio cuenta de que estaban familiarizados con el ritual.

Cuando cayó la noche, un oven cubierto de polvo entró en la tienda mientras el guarda le sujetaba la colgadura de entrada. Les llevaba comida, pan duro y fruta desecada, además de una carne blanca con sabor a carne de caza. Los dos cautivos recibieron también una ración de agua medida con meticulosidad.

Sheeana miró su taza cubierta.

- Están aprendiendo las bases de la conservación extrema. Empiezan a entender en que va a convertirse su mundo. -El hombre le dedicó una mirada furiosa, con un visible desprecio por su hábito Bene Gesserit, y se fue sin decir palabra.

Teg pasó aquella oscura noche despierto, escuchando, tratando de pensar algo. La inactividad se hacía insoportable, pero la situación requería paciencia y no una acción irreflexiva. No habían tenido noticias de Liet ni de Stilgar, y temía que hubieran muerto, como Stuka. ¿Les habrían matado durante el interrogatorio?

Sheeana estaba sentada a su lado, en un alto estado de alerta. sus ojos brillaban a pesar de la oscuridad de la tienda. A Teg le daba la impresión de que el guarda de la entrada no se había apartado de su

puesto en ningún momento, ni siquiera se movía. Aquella gente seguía enviando partidas de hombres y aeronaves durante la noche, como si se tratara de un campamento militar en una guerra.

Al amanecer, el anciano Var fue a la tienda, habló brevemente con el guarda y apartó la colgadura. Sheeana se acuclilló, lista para saltar. Teg se puso tenso, preparado también para luchar.

El cabecilla nómada miró a Sheeana furioso.

- No os perdonamos ni a ti ni a tus brujas lo que habéis hecho a Qelso. Nunca os perdonaremos. Pero Liet-Kynes y Stilgar nos han convencido para que te mantengamos con vida, al menos mientras podamos aprender algo de ti.

El curtido cabecilla los sacó a los dos a la deslumbrante luz del exterior. El viento arrojaba una hiriente arena contra sus ojos. Por todo el asentamiento se veían árboles muertos. Durante la noche las dunas habían avanzado unos pocos metros más allá de los salientes de roca. Cada aliento era dolorosamente seco, a pesar del relativo frescor de la mañana.

- Matasteis a las otras Bene Gesserit -dijo Sheeana-, y a nuestra compañera Stuka. ¿Soy yo la próxima?

- No, porque he prometido mantenerte con vida.

El hombre los guió por el asentamiento. Ya había hombres desmontando grandes tiendas de almacenamiento para alejarlas del límite con la arena. Un pesado vehículo terrestre pasó dando tumbos, cargado de cajones. Una aeronave se acercó volando en círculo y aterrizó sobre la arena. ¿Una nave de carga?

Var los llevó a un gran edificio central, hecho con secciones metálicas de pared y con tejado cónico. Dentro, había una larga mesa cubierta de gráficos. En las paredes había sujetos informes, y una estaba cubierta por un enorme mapa de papel-polímero, una proyección topográfica de alta resolución del continente entero. Las diferentes marcas señalaban el avance constante del cinturón desértico.

En torno a la mesa, los hombres compartían sus informes levantando la voz en un tumulto de conversaciones, Stilgar y Liet-Kynes, con su ropa polvorienta, los saludaron al verlos entrar. Parecían contentos y relajados.

Mientras examinaba el escenario, Teg comprendió que Stilgar y Liet habían pasado todo el día anterior en la tienda de mando. El viejo cabecilla se situó entre los dos, y dejó a Teg y Sheeana solos de pie.

Var aporreó la mesa, interrumpiendo la cacofonía de voces. Todos callaron con aire impaciente y le miraron.

- Hemos oído cómo nuestros nuevos amigos nos contaban en que se va a convertir nuestro mundo. Todos hemos oído leyendas sobre Dune, donde el agua es más preciosa que la sangre. -Su rostro tenía una expresión dolida-. Si fracasamos y los gusanos se adueñan de Qelso, nuestro planeta solo tendrá valor según los estándares de los extranjeros.

Uno de los hombres se dirigió a Sheeana con desprecio.

- ¡Malditas Bene Gesserit! -Los otros también la miraron furiosos. Y ella los miró desafiante, sin hablar.

Liet y Stilgar parecían estar en su elemento. Teg recordó las discusiones que hubo entre las Bene Gesserit por el proyecto original de los gholas, sobre la utilidad que podían tener las capacidades largamente olvidadas de aquellos personajes históricos. Ahí tenía un ejemplo. Los dos destacados supervivientes de los tiempos del antiguo Arrakis sabían cómo encarar la crisis a la que se enfrentaba aquella gente.

El cabecilla canoso levantó las manos, y su voz sonó tan seca como el aire.

- Tras la muerte del Tirano, hace mucho tiempo, mi gente huyó a la Dispersión. Cuando llegaron a Qelso, pensaron que habían encontrado el Edén. Y durante mil quinientos años hemos vivido en un paraíso.

Todos miraron indignados a Sheeana. Var explicó cómo los refugiados establecieron una próspera sociedad, construyeron ciudades, plantaron cosechas, abrieron minas para extraer metales y minerales. No tenían ningún deseo de excederse o ir en busca de otros hermanos perdidos que hubieran escapado durante los Tiempos de la Hambruna.

- Y entonces, hace unas décadas, todo cambió. Llegaron visitantes, Bene Gesserit. Al principio las recibimos con los brazos abiertos, nos alegró tener noticias del exterior. Les ofrecimos un hogar. Se convirtieron en nuestras invitadas. Y las muy ingratas violaron nuestro planeta y ahora se está muriendo.

Otro hombre siguió con la historia, cerrando los puños.

- Las truchas de arena se multiplicaron de forma incontrolada. Bosques inmensos y vastas llanuras murieron en cuestión de años… años. Grandes incendios se propagaron por las zonas yermas y los patrones meteorológicos se alteraron, convirtiendo nuestro mundo en una cuenca polvorienta.

Teg habló utilizando su voz de mando.

- Si Liet y Stilgar os han hablado de nuestra no-nave y su misión, entonces sabréis que no llevamos truchas de arena y no tenemos intención de dañar vuestro planeta. Solo hemos parado aquí para reponer suministros.

- De hecho, huimos del corazón del orden de la Bene Gesserit porque no estábamos de acuerdo con su política ni con su líder -añadió Sheeana.

- Lleváis siete grandes gusanos en vuestra cubierta de carga -dijo Var con tono acusador.

- Sí, y no los soltaremos aquí.

Liet-Kynes habló muy despacio, como si estuviera aleccionando a unos críos.

- Como os hemos dicho, una vez empieza, el proceso de desertificación es como una reacción en cadena. Las truchas de arena no tienen enemigos naturales y absorben la humedad y el agua tan deprisa que no hay nada capaz de adaptarse con la suficiente rapidez para combatirlas.

- Aun así lucharemos -dijo Var-. Ya veis la simplicidad con la que vivimos en este campamento. Hemos renunciado a todo para estar aquí.

- Pero ¿por qué? -preguntó Sheeana-. Aunque el desierto se extiende, aún tenéis muchos años para prepararos.

- ¿Prepararnos? ¿Quieres decir rendimos? Será una lucha inútil si quieres, pero sigue siendo lucha. Si no podemos detener al desierto, al menos intentaremos ralentizar sus avances. Lucharemos contra los gusanos y la arena. -Los hombres de la mesa murmuraban-. No importa lo que digáis, trataremos de frenar el avance del desierto como podamos. Matamos truchas de arena, cazamos a los nuevos gusanos. -Var se puso en pie. Y los otros lo imitaron-. Somos comandos y nuestra misión es retrasar cuanto podamos la muerte de nuestro planeta.

11

EI desierto aún me llama, oigo su voz en mi sangre como una canción de amor.

LITE-KYNES, Planetología: Nuevos tratados.

A la mañana siguiente, Var llevó a su grupo de guerreros polvorientos y decididos a una zona de aterrizaje con un suelo quemado.

- Amigos míos, hoy os vamos a enseñar cómo se mata un gusano. O dos.

- Shai-Hulud -dijo Stilgar con inquietud-. Los fremen idolatraban a los grandes gusanos.

- Los fremen dependían de los gusanos y la especia -replicó Liet-. Esta gente no.

- Con cada demonio que eliminamos, damos a nuestro planeta algo más de tiempo. -Var miró hacia el desierto, como si el odio pudiera hacer retroceder las arenas. Stilgar siguió su mirada entre las marcadas sombras de las dunas, tratando de imaginar un paisaje verde y exuberante.

El sol empezaba a asomar por encima de una escarpadura, y arrancaba destellos del casco plateado de una aeronave de baja altitud posada en una zona de grava y cemento fundidos. Var y los suyos no se molestaban en crear zonas de aterrizaje o puertos espaciales permanentes, porque las dunas se los habrían tragado.

A pesar de las protestas de los dos jóvenes, seguían viendo con recelo a Sheeana y a Teg y tuvieron que quedarse en el campamento como prisioneros. A Liet y Stilgar los aceptaron en la partida de caza únicamente por su incalculable conocimiento del desierto.

Hoy demostrarían sus habilidades.

Los comandos de Var subieron a aquel vehículo, que parecía muy usado. Era evidente que había pasado por muchas tormentas, vuelos problemáticos y un mantenimiento defectuoso. El casco estaba arañado y abollado. El interior olía a aceite y sudor, y los asientos eran como piedras, y únicamente llevaban barras o correas para que el pasajero se sujetara.

Stilgar se sentía como en casa entre aquellos veinte hombres curtidos y torvos. Su ojo entrenado veía que estaban expectantes, pero sus cuerpos aún estaban verdes para las adaptaciones que pronto tendrían que afrontar. A pesar de vivir en campamentos nómadas en los límites con el desierto, aquella gente seguía sin ser consciente de la verdadera dureza de este. Tendrían que aprender deprisa si querían sobrevivir. Él y su amigo podían enseñarles… si estaban dispuestos a escuchar.

Liet ocupó su asiento junto a Stilgar y habló a los hombres de Var con entusiasmo.

- En estos momentos, en Qelso el aire contiene la suficiente humedad para que no sean necesarias medidas realmente drásticas. Sin embargo, muy pronto tendréis que aprender a no malgastar ni un dedal de agua.

- Ya vivimos en la más estricta privación -dijo un hombre como si Liet le hubiera insultado.

- ¿Sí? No recicláis el sudor, la respiración o la orina. Aún importáis agua de latitudes más altas, donde es abundante. En muchas regiones todavía se pueden tener cultivos, y la gente lleva una vida relativamente normal.

- Las cosas empeorarán -concedió Stilgar-. Tu gente aún tiene que endurecerse mucho antes de que el planeta alcance un equilibrio. Este es vuestro primer día de entrenamiento real.

Los hombres murmuraron entre ellos con incertidumbre, pero Liet habló con optimismo.

- No es tan malo como parece. Podemos enseñaros a fabricar destiltrajes, a conservar cada aliento, cada gota de sudor: Vuestro instinto de lucha es admirable pero inútil frente a los gusanos de arena. Debéis aprender a sobrevivir entre los behemoths, porque con el tiempo se adueñarán de vuestro mundo. Es importante que cambiéis de actitud.

- Los fremen vivieron así largo tiempo. -Stilgar se instaló junto a su amigo-. Es una forma de vida honorable.

Los guerreros se sujetaron a las correas y separaron las piernas para mantener el equilibrio, preparándose para el despegue.

- ¿Es eso lo que nos espera? ¿Beber sudor y orina reciclados? ¿Vivir en cámaras selladas?

- Solo si fracasamos -dijo el viejo Var-. Yo prefiero pensar que aún tengo una oportunidad, por muy ingenuo que suene.

- Cerró la escotilla del vehículo y se sujetó con una correa al asiento chirriante de piloto-. Así que si no os ha gustado cómo suena eso, lo mejor es que no dejemos que el desierto nos gane más terreno.

El vehículo aéreo se elevó desde el campamento y voló sobre bosques fantasma y montecillos de nuevas dunas que se estaban tragando lo que quedaba de los pastos. Volaron en dirección sureste, hacia una zona donde se habían avistado gusanos, acompañados por el sonido achacoso del motor. El vehículo parecía un abejorro torpe y lento, con los tanques excesivamente llenos y pesados.

- Frenaremos el avance de la arena -dijo un joven comando.

- Y luego trataréis de detener el viento. -Stilgar se agarró a una correa suelta cuando una corriente cálida sacudió la nave-. En unos pocos años vuestro planeta será todo roca y arena. ¿Esperáis un milagro que haga retroceder el desierto?

- El milagro lo crearemos nosotros mismos -contestó Var, y sus hombres murmuraron completamente de acuerdo.

Sobrevolaron la extensión de dunas, mucho más allá del punto donde lo único que veían era un suave tostado de horizonte a horizonte. Stilgar dio unos toquecitos con un dedo en la ventanilla arañada de plaz y gritó para hacerse oír por encima del ruido del motor:

- Mirad el desierto como lo que es… no es un lugar que temer y despreciar, sino un gran motor que puede impulsar un imperio.

- Los pequeños gusanos del cinturón desértico -añadió Liet- ya han creado una cantidad de melange que no tiene precio y que solo espera que la recojáis. ¿Cómo habéis podido sobrevivir tanto tiempo sin especia?

- No hemos necesitado especia en mil quinientos años, no desde que vinimos a Qelso -gritó. Var desde la cabina-. Cuando no tienes una cosa, o aprendes a vivir sin ella o no vives.

- No nos interesa la especia -dijo uno de los comandos-, prefiero los árboles, las cosechas, los rebaños nutridos.

- Los primeros colonos -siguió diciendo Var- trajeron una gran cantidad de especia con ellos, y durante tres generaciones lucharon contra su adicción, hasta que los suministros se agotaron. Y entonces qué. Tuvimos que sobrevivir sin ella… y lo hicimos. ¿Por qué habríamos de abrir de nuevo la puerta a esa terrible dependencia? Estamos mucho mejor sin especia.

- Si se utiliza con prudencia, la melange tiene importantes cualidades -dijo Liet-. Salud, longevidad, la posibilidad de la presciencia. Y es un producto valioso, si alguna vez decidís recuperar el contacto con la CHOAM y el resto de la humanidad. Conforme Qelso se vaya secando, necesitaréis suministros extraplanetarios para suplir las necesidades básicas.

Si es que alguien sobrevive al Enemigo exterior, pensó Stilgar para sus adentros, recordando la amenaza omnipresente de la red centelleante. Pero aquella gente estaba mucho más preocupada por sus enemigos locales, y trataban de combatir al desierto, de parar lo imparable.

Recordó los grandes sueños de Pardot Kynes, el padre de Liet. Pardot realizó los cálculos y determinó que los fremen podían convertir Dune en un jardín, pero solo tras generaciones de intenso esfuerzo. Según la historia, ciertamente Dune se volvió verde y exuberante por un tiempo, antes de que los nuevos gusanos lo reclamaran y trajeran de vuelta al desierto. El planeta parecía incapaz de encontrar un equilibrio.

Aquel vehículo abollado volaba bajo, envuelto en la vibración de sus motores. Stilgar se preguntó si aquel ruido atraería a los gusanos, pero mientras miraba a la extensión hipnótica y oceánica de unas, lo único que

vio fueron un par de tramos de arenas de color óxido, que señalaban explosiones recientes de especia.

- ¡Soltando señalizadores de vibraciones! -gritó Var, mientras unas bobinas (el equivalente a los antiguos martilleadores) caían desde los pequeños puertos que había debajo de la cabina-. Eso tendría que atraer por lo menos a uno.

Los martilleadores cayeron en las dunas en una nube de polvo y arena, y empezaron a emitir señales. Tras volver atrás para asegurarse de que funcionaban correctamente, Var eligió otros dos puntos en un radio de cinco kilómetros. Stilgar no acababa de entender por qué seguía dando la impresión de que la aeronave iba demasiado cargada.

Mientras volaban en busca de un gusano, Stilgar describió sus legendarios tiempos en Dune, cómo él y Paul Muad'Dib habían llevado un ejército variopinto de fremen a la victoria contra fuerzas muy superiores.

- Utilizamos el poder del desierto. Eso es lo que podéis aprender de nosotros. Cuando entendáis que no somos vuestros enemigos, podemos aprender mucho los unos de los otros.

Bajo la mano firme de Stilgar, aquella gente podía llegar a entender sus posibilidades. Y cuando el pueblo despertara, el planeta despertaría, con plantaciones y zonas verdes para mantener el desierto a raya. Quizá lo lograrían, si conseguían encontrar -y mantener- un equilibrio.

Stilgar recordó algo que en una ocasión le dijo el padre de Liet.

Los extremos conducen invariablemente al desastre. Solo a través del equilibrio podremos disfrutar plenamente de los frutos de la naturaleza. Se inclinó para mirar por las ventanillas de observación y vio unas familiares ondulaciones en la arena, ondas que delataban un movimiento profundo que perturbaba la superficie.

- ¡Señal de gusanos!

- Preparaos para vuestro primer encuentro del día. -Una sonrisa arrugó el rostro ajado de Var cuando dio la espalda ala cabina-. El cargamento que llegó ayer noche nos trajo agua suficiente para dos gusanos… pero primero tenemos que encontrarlos.

¡Agua! La nave llevaba agua.

Los hombres cambiaron de posición y se dirigieron hacia las aspilleras y las mangueras que había instaladas en los lados de la nave, El piloto regresó hacia el lugar donde habían dejado caer el primer grupo de martilleadores.

Mientras los comandos se preparaban para atacar, Stilgar meditó en aquel extraño giro. Pardot Kynes hablaba de la necesidad de comprender las consecuencias ecológicas, de que los humanos no eran más que gestores de la tierra, nunca dueños. En Arrakis debemos hacer algo que jamás se ha probado a escala planetaria. Debemos utilizar al hombre como fuerza ecológica constructiva -insertando una vida terraformadora adaptada: una planta aquí un animal allá, un hombre más allá- para transformar el ciclo del agua, para construir un nuevo paisaje.

La batalla de hoy sería la contraria. Stilgar y Liet ayudarían a evitar que el desierto se tragara Qelso.

Por la ventanilla más cercana, Stilgar vio un montículo en movimiento, un gusano de arena atraído por el martilleador. Liet se acercó para ver.

- Calculo que tiene unos cuarenta metros -dijo-. Más grande que los gusanos que Sheeana tiene en la cubierta de carga.

- Estos han crecido en un desierto abierto. Shai-Hulud reclama el planeta.

- No si puedo evitarlo -dijo Var. Pero, como si pretendiera desafiarlo, justo bajo la aeronave una inmensa cabeza salió a la superficie, buscando, tratando de situarlos dos emisores opuestos de vibraciones.

Unos largos tubos sobresalían de la parte delantera y trasera de la nave. Los comandos sujetaron la estructura donde habían montado sus armas, unas mangueras que podían girar y apuntar. La aeronave descendió.

- Disparad cuando estéis listos, pero conservad tanta agua como podáis. Es mortífera.

Los combatientes dispararon chorros de agua a presión contra el gusano. Aquello era mucho más efectivo que la artillería.

La criatura, cogida por sorpresa, se retorció y sacudió su cabeza redonda a un lado y a otro. Los segmentos duros se abrieron, dejando al descubierto la carne rosa y frágil del interior, el agua quemaba como ácido en las zonas vulnerables. El gusano rodó por la arena mojada sufriendo visiblemente.

- Están matando a Shai-Hulud -dijo Stilgar sintiendo que se ponía malo.

Liet también estaba perplejo.

- Esta gente tiene que defenderse.

- ¡Basta! Ya está muerto… o pronto lo estará -gritó Var. El pequeño grupo cerró a desgana las mangueras, mirando con odio al gusano moribundo. Y la criatura, mortalmente herida, incapaz de enterrarse lo bastante hondo para huir de la humedad venenosa, siguió retorciéndose mientras la aeronave volaba en círculos por encima. Finalmente, tuvo un último estertor y dejó de moverse.

Stilgar asintió, con expresión aún sombría.

- La vida en el desierto conlleva unas necesidades, hay que tomar difíciles decisiones. -Tenía que aceptarlo: aquel gusano no pertenecía a Qelso. Ningún gusano lo hacía. Cuando volvían hacia el campamento, encontraron un segundo gusano, atraído por las vibraciones de los motores de la aeronave. Los comandos vaciaron sus reservas de agua y el gusano murió más rápidamente que el primero.

Liet y Stilgar permanecieron sentados en un silencio incómodo, sumidos en las escenas que habían presenciado, pensando en aquella lucha a la que habían accedido a unirse.

- Aunque todavía no ha recuperado sus recuerdos -dijo Liet-, me alegro de que mi hija Chani no haya visto esto.

A bordo de la aeronave el ánimo de los combatientes era elevado, y sin embargo los dos jóvenes murmuraron unas oraciones fremen pensando en Arrakis. Stilgar aún estaba viendo en su cabeza lo sucedido cuando Var dio la alarma con un sonido ahogado.

De pronto, unas extrañas naves los rodearon.

12

Vosotros solo veis dureza, devastación y fealdad. Eso es porque no tenéis fe. A mi alrededor yo veo un paraíso en potencia, porque Rakis es el lugar donde nació mi amado Profeta.

WAFF de los tleilaxu.

Cuando vio por primera vez Rakis, tanta desolación llenó su corazón de pesar. Pero cuando el crucero de Edrik los depositó a él y su pequeño equipo de ayudantes de la Cofradía allá abajo, sintió la intensa alegría de volver a pisar el planeta desértico. Sentía la llamada sagrada en sus huesos.

En su vida anterior había pisado aquellas arenas, había estado cara a cara con el Profeta. Había salido a lomos de un gran gusano de las ruinas del sietch Tabr, junto con Sheeana y la reverenda madre Odrade. Sus recuerdos ghola estaban corrompidos e incompletos, llenos de irritantes lagunas. Waff no recordaba sus últimos momentos, cuando las rameras rodearon el planeta y desplegaron sus temibles destructores. ¿Corrió él

buscando en vano un refugio, mirando atrás como la esposa de Lot para ver por última vez la ciudad condenada? ¿Vio explosiones y llamaradas que avanzaban hacia él?

Pero las células de otro ghola de Waff habían sido desarrolladas en un tanque axlotl en Bandalong como parte del proceso habitual. El Consejo secreto de los kehl ya había planificado la inmortalidad en serie de todos los maestros tleilaxu mucho antes de que nadie supiera de la existencia de las Honoradas Matres. Lo siguiente que recordaba es que le obligaron a recuperar su pasado en medio de un espectáculo de marionetas, mientras aquellas brutales mujeres asesinaban uno a uno a sus gemelos, hasta que uno -él- se sumió en un estado de crisis lo bastante profundo para romper la barrera ghola y ver en su pasado. Al menos una parte.

Sin embargo, hasta ahora Waff no había visto el Armagedón que las rameras habían hecho caer sobre su mundo sagrado.

El ecosistema de Rakis había sido destruido. Buena parte de la atmósfera se había consumido, la tierra era estéril, la mayoría de las formas de vida estaban muertas, desde el microscópico plancton de arena hasta los gigantescos gusanos. En comparación, el antiguo Dune parecía acogedor.

El cielo era de un púrpura oscuro, con un toque de naranja. Mientras la nave volaba en círculos buscando un lugar menos infernal donde aterrizar, Waff estudió un panel con lecturas atmosféricas. El nivel de humedad era anormalmente elevado. En algún momento de su historia geológica, Arrakis había tenido agua en superficie.

Pero las truchas de arena la habían aislado, Los bombardeos debían de haber liberado los ríos y mares subterráneos de los acuíferos.

Las espantosas armas de las Honoradas Matres no solo habían convertido las dunas en un paisaje lunar calcinado, también habían levantado inmensas nubes de polvo que, a pesar de las décadas transcurridas, aún no se habían asentado del todo. Las tormentas de Coriolis serían peores que nunca.

Waff y su equipo seguramente tendrían que llevar una protección corporal especial y mascarillas suplementarias para respirar. Los pequeños barracones tendrían que estar sellados y presurizados. A Waff no le importaba. ¿Tan distinto era eso a vestir un destiltraje? Quizá por la escala, pero en esencia era lo mismo.

El transporte ligero voló en círculos sobre las ruinas de una extensa metrópolis que en tiempos de Muad'Dib se conocía como Arrakeen; luego, durante el reinado del Dios Emperador, se conoció como ciudad del Festival de Onn, y más adelante, tras la muerte de Leto II, la ciudad con foso de Keen. Ahora que no tenía que esconderse, ahora que los gusanos de mar se habían instalado con éxito en Buzzell, Waff se alegró de tener a aquellos cuatro colaboradores para ayudarle en la dura tarea que le esperaba.

Mientras estudiaba la superficie, distinguió las formas geométricas de lo que habían sido calles y edificios. Sorprendentemente, en la penumbra de los turbios días del planeta, también localizó numerosas fuentes de iluminación artificial y unas pocas estructuras de construcción reciente.

- Parece que ahí abajo hay un campamento. ¿Quién más puede haber venido a Rakis? ¿Qué puede haberles traído aquí?

- Lo mismo que a nosotros -dijo el hombre de la Cofradía-. Especia.

Waff meneó la cabeza.

- Muy poca debe de quedar, al menos hasta que reintroduzcamos a los gusanos. Y nadie más puede hacerlo.

- ¿Peregrinos entonces? Quizá sigue habiendo quien viene en un hajj - comentó un segundo ayudante. Waff sabía que de Rakis había salido un vertiginoso batiburrillo de grupos religiosos escindidos y de cultos.

- Seguramente -sugirió un tercer ayudante- se trata de cazadores de tesoros.

Waff citó un pasaje del Canto de la Shariat:

- «Cuando la avaricia y la desesperación se unen, los hombres consiguen gestas sobrehumana… aunque por motivos equivocados».

Consideró la posibilidad de buscar otro lugar para su campamento, pero finalmente decidió que si unían sus recursos con los de aquellos desconocidos todos tendrían más posibilidades de sobrevivir en aquel entorno inhóspito. Nadie sabía cuándo volvería Edrik a buscarlos, o si volvería, ni cuánto tiempo le ocuparía su trabajo con los gusanos de arena, ni cuánto tiempo le quedaba. Su intención era quedarse allí lo que le quedaba de vida.

Cuando el transporte aterrizó sin anunciarse en el límite del campamento, los hombres de la Cofradía esperaron instrucciones de Waff. El tleilaxu se puso goggles en los ojos para protegerlos del viento cáustico y salió. Para desplazamientos largos por el exterior, quizá necesitaría una mascarilla suplementaria de oxígeno. Pero la atmósfera rakiana resultó sorprendentemente respirable.

Seis hombres altos y sucios salieron del campamento. Se cubrían la cabeza con trapos, llevaban cuchillos y antiguas pistolas maula. Sus ojos estaban surcados de venillas rojas, la piel se veía áspera y agrietada. El que iba delante tenía el pelo estropajoso y negro, pecho fornido y una tripa dura como una piedra.

- Tenéis suerte de que sienta curiosidad por saber que os trae por aquí. De otro modo, habría derribado vuestra nave.

Waff levantó las manos.

- No somos una amenaza para vosotros, quienquiera que seáis.

Cinco hombres apuntaron sus pistolas maula, el sexto cortó el aire con su cuchillo.

- Hemos reclamado Rakis para nosotros. Toda la especia que haya es nuestra.

- ¿Habéis reclamado un planeta entero?

- Sí, el jodido planeta. -El primer hombre se echó el pelo hacia atrás-. Soy Guriff, y estos son mis prospectores. Ha quedado muy poca especia en la superficie calcinada, y es nuestra.

- Podéis quedárosla. -Waff hizo una reverencia oficiosa-. Nosotros tenemos otros intereses, somos geólogos y arqueólogos. Venimos a tomar lecturas y hacer análisis para determinar el daño causado al ecosistema. -Los cuatro ayudantes de la Cofradía esperaban junto a él en silencio.

Guriff lanzó una risotada sentida.

- Pues juraría que no queda ningún ecosistema.

- Entonces ¿de dónde sale el oxígeno que respiramos? -Sabía que Liet-Kynes había hecho esa misma pregunta en otros tiempos, intrigado porque en el planeta no había una vida vegetal generalizada ni volcanes que pudieran generar una atmósfera.

El hombre se lo quedó mirando. Evidentemente, no se había parado a pensarlo.

- ¿Tengo yo pinta de planetólogo? Adelante, estudiad lo que queráis, pero no esperéis ninguna ayuda de nosotros. En Rakis o te vales por ti mismo o la diñas.

El tleilaxu arqueó las cejas.

- ¿Y si quisiéramos compartir parte de nuestro café de especia con vosotros como muestra de amistad? Parece que es más fácil conseguir agua que en los viejos tiempos.

Guriff lanzó una mirada a sus prospectores.

- Aceptaremos vuestra hospitalidad encantados -dijo-. Pero no tenemos intención de corresponderos.

- Aun así la oferta sigue en pie.

***

En la caseta polvorienta de Guriff, Waff utilizó sus provisiones personales de melange (sobrantes de sus experimentos con los gusanos) para preparar un café. Guriff no tenía problemas de abastecimiento de agua en el campamento, aunque la caseta olía a cuerpos sin asear y al humo dulzón de una droga que Waff no fue capaz de identificar.

A su Orden, los cuatro ayudantes de la Cofradía levantaron unos refugios que habían bajado del crucero, tiendas para dormir blindadas y recintos para trabajo de laboratorio. Waff no vio la necesidad de ayudarlos. Después de todo, él era un maestro tleilaxu y ellos sus ayudantes, así que mejor dejar que hicieran su trabajo.

Cuando empezaron con su segunda cafetera de café de especia, Guriff Se mostró más relajado. No confiaba en el diminuto tleilaxu, pero no parecía confiar en nadie. Puso un gran énfasis en señalar que no tenía nada contra la raza de Waff, y que sus carroñeros no estaban enemistados con nadie de una posición social baja. A Guriff solo le interesaba Rakis.

- Toda esa arena fundida y hormiplaz. Arrancando la cubierta vitrificada de la superficie pudimos acceder a los cimientos de los edificios más sólidos de Keen. -Guriff sacó un mapa hecho a mano-. Arañar tesoros enterrados. Localizamos lo que creemos que fue la torre central de las Bene Gesserit… unos pocos refugios antiaéreos llenos de esqueletos. -Sonrió-. También encontramos el extravagante templo construido por los sacerdotes del Dios Dividido. Era tan enorme que no tenía pérdida. Estaba lleno de baratijas, aunque sigue sin ser suficiente para compensar tanto esfuerzo. La CHOAM espera que encontremos algo mucho más extraordinario, aunque parecen contentos vendiendo contenedores de «genuina arena rakiana» a un montón de idiotas.

Waff no dijo nada. Edrik y sus navegantes le habían conseguido auténtica arena de Rakis para sus experimentos.

- Pero aún hay que cavar mucho. Keen era una ciudad grande.

En su vida anterior, Waff había visto esas estructuras antes de que fueran destruidas. Conocía la ostentación que aquellos sacerdotes engañados desplegaron en cada sala y cada torre (¡como di a Dios le importara tanta extravagancia!). Ciertamente, Guriff y sus hombres encontrarían muchos tesoros allí. Pero de la clase equivocada.

- El templo del sacerdocio quedó más destrozado que la mayoría de los edificios grandes. Quizá fue uno de los objetivos directos del ataque de las Honoradas Matres. -El prospector sonrió con sus labios gruesos-. Pero muy abajo, en los niveles inferiores del templo, encontramos arcones llenos de solaris y melange. Una valiosa captura. Más de lo que esperábamos, aunque sigue sin ser suficiente. Estamos buscando algo importante. El Tirano enterró una gran reserva de especia en las regiones polares del sur… estoy seguro.

Waff profirió un sonido escéptico y sorbió su café.

- Nadie ha sido capaz de encontrar ese tesoro en mil quinientos años.

Guriff levantó un dedo, se vio un padrastro y lo mordisqueó.

- Aun así, es posible que el bombardeo haya removido lo bastante la superficie para sacar hasta los lodos de la creación. Y, alabados sean los dioses… ya no hay gusanos que nos atormenten.

Waff profirió un sonido indefinido. Todavía.

***

Sin molestarse en dormir, consciente de que le quedaba poco tiempo, el tleilaxu empezó a realizar los preparativos para continuar con su trabajo. Sus compañeros de la Cofradía parecían convencidos de que el

navegante volvería, aunque Waff no estaba tan seguro. Estaba en Rakis, y eso le producía un inmenso placer.

Mientras los ayudantes de la Cofradía acababan de conectar los generadores y sellaban los refugios prefabricados, el investigador tleilaxu volvió al transporte casi vacío. En la cubierta de varga sonrió con gesto paternal a sus extraordinarios especimenes. Los gusanos blindados eran pequeños pero feroces. Parecían listos para adueñarse de un mundo muerto. Su mundo.

En otro tiempo, los fremen eran capaces de llamar y cabalgar a los gusanos de arena, pero las criaturas originales murieron cuando las terribles operaciones de terraformación de Leto II convirtieron Arrakis en un jardín, con plantas verdes, ríos caudalosos y humedad proveniente del cielo. Un entorno fatal para los gusanos. Pero cuando el Dios Emperador fue asesinado y su cuerpo se fusionó con las truchas de arena, el proceso de desertificación volvió a empezar. Los nuevos gusanos se volvieron más feroces que sus predecesores, y aceptaron el enorme desafío de recrear el Dune que había sido.

Ahora Waff se enfrentaba a un reto mucho mayor. Sus criaturas modificadas estaban blindadas para resistir incluso en el entorno más severo, con bocas y protuberancias cefálicas capaces de agrietar las dunas vitrificadas. Podían sumergirse muy adentro bajo la superficie negra. Podrían crecer y reproducirse… incluso allí.

Waff se quedó ante el tanque, donde los gusanos se movían. Cada espécimen medía unos dos metros de largo. Y era fuerte.

Intuyendo su presencia, las criaturas se agitaban inquietas. Waff miró al exterior, donde el cielo se había tornado del intenso púrpura y marrón del crepúsculo. Las tormentas agitaban un polvo granulado por la atmósfera.

- Tened paciencia, mascotas mías -dijo-. Pronto os liberaré.

13

Somos ingenuos si pensamos que controlamos un precioso producto. Solo mediante el engaño y la eterna desconfianza podemos mantenerlo lejos de las manos de nuestros competidores.

Informe interno de la Cofradía Espacial.

Edrik se llevó su crucero lejos de las ruinas de Rakis, despreocupándose del maestro tleilaxu. Waff ya había cumplido su misión.

Lo más importante, el Oráculo del Tiempo había convocado a todos los navegantes supervivientes, y él tenía una maravillosa noticia que darles. Ahora que los gusanos de mar medraban en Buzzell, tendrían tanta ultraespecia como quisieran. Hasta puede que aquella forma de inusual concentración fuera superior a la especia original: una melange temiblemente potente que mantuviera a los navegantes con vida al margen de la facción entrometida y avariciosa de los administradores o las brujas de Casa Capitular.

¡La libertad!

Le hizo gracia ver a Waff llevando sus gusanos de muestra a Rakis, convencido de que podía recrear el ciclo de la especia. Edrik no creía que el pequeño investigador lo consiguiera, pero lo cierto es que una fuente alternativa de especia sería un extra. Pero incluso sin eso, los navegantes nunca volverían a quedar asfixiados por los juegos de poder. Los cuatro ayudantes que Edrik había enviado con Waff eran espías que informarían secretamente de los avances del tleilaxu.

En su tanque, Edrik sonrió para sus adentros, satisfecho por haber sabido calcular todas las eventualidades. Con el primer paquete de

ultraespecia a buen recaudo en la cámara de seguridad, el navegante guió su crucero al vacío del espacio. Incluso el Oráculo le felicitaría por aquella destacable noticia.

Sin embargo, antes de que pudiera dirigirse al punto de encuentro, a su alrededor el vacío se onduló. Cuando Edrik estudió las distorsiones, supo lo que eran. Momentos después, montones de naves de la Cofradía aparecieron como detonaciones en el espacio, saliendo del tejido espacial, apareciendo arriba y abajo, delante y detrás, y quedó completamente rodeado.

Edrik transmitió en una frecuencia que solo los navegantes podían recibir.

- Explicad vuestra presencia.

Pero ninguno de los imponentes recién llegados contestó.

Cuando vio los glifos y emblemas de los lados del casco, comprendió que se trataba de las nuevas naves de la Cofradía, guiadas por compiladores matemáticos ixianos.

Las naves controladas por ordenador lo cercaron. Intuyendo el peligro, Edrik transmitió con mayor alarma.

- ¿Cuál es vuestra justificación?

Las otras naves formaron una red alrededor del crucero. El silencio de aquellos inmensos aparatos resultaba más intimidador que cualquier ultimátum verbal. Su proximidad distorsionaba sus campos Holtzman y le impedía plegar el espacio.

Finalmente, una voz habló, neutra y anodina, pero desquicidantemente segura.

- Queremos tu cargamento de especia de gusano de mar. Abordaremos tu nave para una inspección.

Edrik evaluó a sus enemigos, mientras su mente buscaba entre un laberinto de posibilidades. Aquellas naves parecían pertenecer a la facción de los administradores. Funcionaban con los artilugios ixianos, de modo que no necesitaban ni a los navegantes ni la melange. ¿Por qué entonces confiscar la ultraespecia? ¿Para que los navegantes no la tuvieran? ¿Para asegurarse de que la Cofradía dependía totalmente de los sistemas de navegación informatizados?

¿O quizá se trataba de un enemigo distinto? ¿Estarían aquellas naves tripuladas por piratas de la CHOAM y buscaban cualquier cosa de valor? ¿Eran las brujas de Casa Capitular, que querían perpetuar la dependencia de la melange de la Hermandad?

Pero ¿cómo podía saber nadie de la existencia de la ultraespecia?

Mientras el crucero de Edrik permanecía indefenso en el espacio, pequeños aparatos de abordaje salieron de las naves que lo rodeaban. No le quedó más remedio que permitirles el acceso al crucero.

Aunque Edrik no le reconoció, un hombre con la insignia de la Cofradía avanzó por las cubiertas y subió al nivel restringido, saltándose todas las barreras de seguridad. Seis hombres musculosos lo acompañaban. El líder se detuvo ante el tanque del navegante y miró dentro con una sonrisa condescendiente.

- Tu nueva especia ofrece fascinantes posibilidades. Queremos que nos la des.

Edrik habló con voz atronadora desde el interior de su tanque, amplificando deliberadamente el sistema de altavoces.

- Id a Buzzell y conseguidla por vosotros mismos.

- Esto no es una petición -dijo el hombre de expresión anodina-. Sabemos de la intensidad de esa sustancia y creemos que es un remedio para nuestra difícil situación. La llevaremos al corazón del imperio de las máquinas pensantes.

¿Las máquinas pensantes? ¿Qué tenían que ver los administradores con el Enemigo?

- No puedo dártela -repitió Edrik como si su opinión contara para algo.

El hombre de expresión anodina hizo una señal a sus fornidos guardaespaldas y estos se sacaron unos martillos con punta de hierro de las túnicas grises. Su líder les hizo una señal con la cabeza tranquilo y pragmático.

Edrik flotó hacia atrás, presa del pánico, pero no tenía adónde ir, a los musculosos guardaespaldas no les importaba que él estuviera en el tanque o que la exposición al aire pudiera matarlo. Con sus brazos gruesos, blandieron los pesados martillos y golpearon las gruesas paredes de plaz.

Las grietas empezaron a extenderse y el gas concentrado de especia empezó a escapar entre silbidos. Los guardas no reaccionaron cuando el chorro de melange les golpeó el rostro, aunque en aquella concentración un humano normal se habría mareado. El líder contemplaba la escena como quien intuye la llegada de una tormenta, mientras la atmósfera del tanque seguía escapándose.

Cuando la presión del aire ya no bastó para mantenerlo a flote, el navegante cayó al suelo del tanque. Levantó débilmente sus manos palmeadas exigiendo respuestas con una voz que era poco más que un jadeo. El hombre y sus acompañantes no le dieron ninguna explicación.

Edrik se quedó en el suelo, retorciéndose. Extendió un brazo correoso y trató de arrastrarse, pero el gas de especia se escapaba y el aire era demasiado enrarecido. Ya no podía respirar, apenas podía moverse. Y aun así tardó en morir.

El hombre de expresión anodina se acercó a la pared resquebrajada y sus facciones se metamorfosearon.

- Coged la especia concentrada -dijo Khrone a sus compañeros Danzarines Rostro-, con esta sustancia Omnius despertará a su kwisatz haderach.

Los otros salieron para registrar las diferentes cubiertas y no tardaron en localizar la reserva de melange modificada. Cuando volvieron a sus naves de abordaje, Khrone cogió uno de aquellos pesados paquetes en sus brazos. Aspiró profundamente.

- Excelente. Retirad a nuestra gente del crucero y después destruidlo.

Khrone miró con indiferencia a un Edrik moribundo. Apenas quedaban unas volutas rojizas que escapaban por las grietas del tanque.

- Has cumplido tu misión, navegante. Consuélate con ello.

El Danzarín Rostro se fue.

Edrik seguía dando boqueadas, pero apenas quedaba melange.

Para cuando las naves informatizadas de la Cofradía de pusieron en formación, estaba prácticamente inconsciente.

Las naves abrieron fuego, y el crucero estalló antes de que pudiera ni maldecir.

14

Contar leyendas es un arte, y es un arte vivirlas.

Dicho del antiguo Kaitain.

Las operaciones para reponer los suministros del Ítaca realizaron en las latitudes más septentrionales, todavía ricas, lejos de los centros visibles de población. Garimi dirigió el complejo proceso con docenas de pequeñas aeronaves de los hangares, y dejó a Duncan en el puente de mando. Duncan se sentía atrapado, no podía abandonar el velo protector de la nave. Detestaba tener que quedarse atrás mientras otros hacían el trabajo peligroso… y ni siquiera sabía lo que el anciano y la anciana querían de él.

No tenía ni idea de lo que estaba pasando en el Imperio Antiguo, en Casa Capitular, a Murbella. Solo sabía que el Enemigo seguía buscándole… y él seguía escondiéndose, como había hecho durante décadas. ¿Era esa realmente la mejor forma de luchar, de defender a la humanidad? Llevaba tanto tiempo a la deriva como el Ítaca, y últimamente las aguas de la incertidumbre parecían más profundas.

Habían pasado dos días y seguían sin tener noticias de Teg, Sheeana y su grupo. Si hubieran establecido contacto con los nativos alguien tendría que haber mandado ya algún comunicado. Duncan temía que se tratara de otra trampa como la que habían enconen el planeta de los adiestradores.

Miles Teg había sido su mentor y su alumno y Sheeana… ah, Sheeana. Habían sido amantes y oponentes sexuales. Ella le había curado, le había salvado, así que, por supuesto que le importaba. Duncan había tratado de protegerse a sí mismo negándolo, pero ella no le había creído, ni él mismo se había creído. Los dos sabían que no los unía un vínculo como no había otro igual, muy distinto del que él y Murbella habían impuesto sobre el otro.

Mientras estudiaba el paisaje allá abajo, sintió como si lo llamara. Muchas ciudades se distinguían en las latitudes boscosas más septentrionales y meridionales. Sentía que tendría que haber estado allí abajo, afrontando el peligro con los otros, no atrapado en el Ítaca, obligado a mantenerse a salvo y fuera de la vista.

¿Cuánto se supone que debo esperar?

Cuando era maestro de espadas de la Casa Atreides jamás habría dudado. De haber sido el joven Paul Atreides quien estaba en peligro, Duncan habría corrido a defenderle sin pensar en la amenaza intangible del anciano y la anciana. Como decían las brujas en su repetida letanía, Afrontaré mi miedo. Ya era hora de que lo hiciera.

Cerró los ojos, deseando no ver el desierto en expansión como una cuchillada abierta sobre el continente.

- No dejaré pasar esto.

Duncan solicitó la presencia de Thufir Hawat y Garimi, que acababa de regresar a la no-nave con todas sus aeronaves después de cargar suministros para los depósitos del Ítaca.

Cuando llegaron, Duncan se puso en pie.

- Vamos a rescatarlos -anunció-, y quiero que sea ahora. Desconozco la capacidad militar que tendrá la gente que vive ahí abajo, pero les plantaremos cara si el Bashar está en peligro.

Los ojos de Thufir se iluminaron su rostro se encendió.

- Yo pilotaré una de las naves.

Duncan seguía con expresión severa.

- No, tú seguirás mis órdenes.

Garimi se sorprendió por la brusquedad del comentario, pero asintió.

- ¿Tienes instrucciones para nosotros antes de que partamos? ¿Debo dirigir yo la misión?

- No… lo haré personalmente. -Antes de que ninguno de los dos pudiera discutirle, Duncan se dirigió hacia el ascensor, y tuvieron que seguirle- Estoy harto de esconderme. Mi plan era huir y mantenerme fuera de la vista, estar siempre un paso por delante de la extraña red. Pero para hacer eso, he tenido que renunciar a una importante parte de mí mismo. Soy Duncan Idaho. -Levantó la voz al tiempo que entraban en el ascensor-. Fui Maestro de Espadas de la Casa Atreides, consorte de Santa Alia del Cuchillo. Actué como consejero y compañero del Dios Emperador. Si el Enemigo esta ahí fuera, no dejaré que el resto de la humanidad se enfrente a él sola. Si Sheeana y el Bashar necesitan mi ayuda, la tendrán.

Thufir de puso tenso, pero enseguida de permitió una sonrisa satisfecha.

- Tendrías que haber salido del Ítaca hace mucho tiempo, Duncan. No veo que hayas conseguido nada escondiéndote. El campo negativo no ha sido una protección tan perfecta como debiera.

Garimi parecía satisfecha con la actitud de Duncan.

- Mis equipos de recuperación han inspeccionado el planeta y parece un lugar apto. ¿Significa eso que dejarás de oponerte a mis esfuerzos y que por fin nos dejarás establecer una colonia?

Las puertas del ascensor se cerraron y el grupo descendió hacia las cubiertas de los hangares, donde se estaba reponiendo el combustible de muchas naves.

- Eso ya se verá.

***

En el campamento, mucho después de que Stilgar y Liet se marcharan a primera hora de la mañana, Teg esperaba. A aquellas alturas Duncan ya habría sacado la conclusión obvia.

- ¿Crees que nos mataran? -El tono de Sheeana era sorprendentemente pragmático, como si hubiera aceptado lo inevitable.

- A ti tal vez. Es a ti a quien culpan. -No hablaba con tono de broma. Aunque les habían dejado sentarse en el suelo en el exterior, sus captores seguían vigilándolos muy de cerca.

Sheeana dio un sorbo a una pequeña taza de agua.

- ¿Eso es un chiste?

- Una distracción. -Teg levantó la vista al cielo-. Debemos confiar en que Duncan tome la decisión correcta.

- Tal vez piensa que podemos solucionar esto solos. Duncan tiene una gran fe en nuestras capacidades.

- Yo también. Si es necesario, puedo hacer una carnicería con esta gente. -Eligió la palabra deliberadamente. Carnicería. Lo que había hecho con las Honoradas Matres en la fortaleza de Gammu-. Y lo haría literalmente en un abrir y cerrar de ojos. Ya lo sabes.

Sheeana le había visto atacar a los adiestradores para ayudarles a escapar a ella, Thufir y el rabino, y también había visto hasta qué punto aquel breve episodio le había consumido.

- Sí, lo sé, Miles. Y rezo para que no sea necesario.

A lo lejos oyeron el zumbido de la pequeña aeronave que regresaba del desierto. Con su agudo sentido del oído Teg reconoció enseguida el sonido achacoso del motor. En el campamento todos se congregaron en la abarrotada zona de aterrizaje, impacientes por recibir a la partida de caza. Dos puntos aparecieron en el cielo, volando bajo; y enseguida aparecieron muchos otros puntos, como una bandada dispersa de pájaros migradores. El zumbido se hizo ensordecedor.

Teg se puso la mano por encima de los ojos y enseguida identificó muchas de aquellas aeronaves.

- Lanzaderas de minas y transportes ligeros de la no-nave.

Así que esta es la forma en que Duncan ha pensado rescatarnos.

Está tratando de impresionarles. Les ha enviado todo lo que tenemos.

- Obviamente, tenemos unas fuerzas muy superiores. Duncan podía haber tomado el camino más fácil y habernos rescatado por la fuerza.

Mientras veían acercarse las naves, Teg sonrió.

- Es demasiado listo para eso. Al igual que yo, prefiere evitar el derramamiento de sangre, sobre todo en un conflicto que no acaba de entender.

¿Le enseñé yo esa lección o me la enseñó él? El Bashar reflexionó sobre sus vidas pasadas, y se dio cuenta de que no conocía la respuesta.

Más de cuarenta aeronaves aterrizaron en la explanada situada en las afueras del campamento. No se trataba de naves de guerra ni blindados, aunque algunas de ellas tenían armas defensivas. El Bashar y Sheeana se dirigieron hacia la lanzadera minera más grande. Nadie trató de detenerles; todos estaban demasiado impresionados por lo que veían.

Teg se llevó una sorpresa cuando vio que Duncan Idaho en persona bajaba por la rampa de la nave de cabeza, con su uniforme tradicional de la Casa Atreides, las botas abrillantadas y la insignia de su rango. Si los qelsanos llevaban mil quinientos años viviendo al margen del Imperio Antiguo, probablemente no reconocerían aquellos símbolos, pero aun así el uniforme le daba a su amigo un aura distinguida de mando, y sin duda transmitía seguridad.

Duncan paseó la mirada entre los confusos acampados, hasta que vio a Teg y Sheeana. Se dirigió hacia ellos con una expresión visiblemente aliviada.

- Estáis vivos. ¿Ilesos también?

- Stuka no -dijo Sheeana con un deje de amargura.

- No tendrías que haber abandonado la no-nave -dijo Teg- Ahora eres vulnerable, eres visible para quienes te buscan y su extensa red.

- Que me encuentren. -Duncan parecía impertérrito, como si hubiera llegado a una conclusión inevitable-. Esta interminable persecución no nos lleva a ningún sitio. No podré derrotar al Enemigo a menos que me enfrente a él.

Sheeana miró al cielo con nerviosismo, como si esperara ver aparecer en cualquier momento al anciano y la anciana.

- Garimi podía haber dirigido el ataque, o incluso Thufir. Y en vez de eso te has dejado llevar por tus emociones.

- Las tomé en consideración cuando tomé la decisión correcta. -Duncan se ruborizó, como si estuviera ocultando la verdadera respuesta, y se apresuró a dar una explicación-. Hablé por una línea con Stilgar y Liet-Kynes cuando venía hacia aquí. Los interceptamos en el desierto, así que tengo cierta idea de lo que esta pasando. Sé que han matado a Stuka… y por qué.

- ¿Y te sorprende encontrarme con vida? -preguntó Sheeana-. Espero que lo agradezcas.

Teg les interrumpió.

- La muerte de Stuka ha sido una reacción desproporcionada y trágica. Esta gente dio por sentadas ciertas cosas sobre nosotros.

- Sí, Miles -dijo Duncan asintiendo-. Y si yo hubiera respondido también de manera desproporcionada utilizando nuestro armamento superior, eso habría provocado muchas más muertes y una tragedia mucho mayor. Es justo lo que habría hecho en una de mis vidas anteriores, en cambio ahora solo he tenido que pensar qué habrías hecho tú.

Stilgar y Liet salieron con los comandos de la aeronave de carga. Los dos jóvenes gholas tenían un aire endurecido, una nueva vida en sus ojos. En Qelso el naib fremen y el planetólogo habían encontrado algo que los reenergizó y los transportó a otros tiempos.

Teg sabía lo que los gholas habían tenido que pasar desde el momento en que recuperaron sus recuerdos. En el Ítaca habían tenido una vida protegida y cómoda, habían tenido que contentarse leyendo sobre sus vidas pasadas y viendo los gusanos de arena de la cubierta de carga, como si fueran especimenes en un zoo. Pero ahora aquellos dos gholas podían recordar el verdadero Arrakis. Las vidas de Stilgar y Kynes no fueron más seguras ni más cómodas en los viejos tiempos, pero en aquel entonces los dos tenían una conciencia muy clara de quiénes eran.

Otros salieron de las naves que acababan de aterrizar: Thufir, Garimi y mas de una docena de hermanas, musculosos obreros Bene Gesserit, niños de segunda generación nacidos en la no-nave y que ponían el pie en un

planeta por primera vez en su vida. Cinco de los seguidores del rabino salieron al sol y contemplaron aquellos paisajes abiertos llenos de asombro. De hecho, el anciano salió también, pestañeando con sus lentes y sus ojos sabios.

Var miró con admiración las lanzaderas mineras y los transportes ligeros; también a sus nuevos compañeros Liet y Stilgar. Alzó el mentón. Por lo visto, Duncan también había hablado con el cabecilla del campamento durante el vuelo de regreso del desierto.

- Duncan Idaho, tú sabes a qué peligros nos enfrentamos, a lo que se nos ha empujado. Somos los únicos dispuestos a plantar cara a la muerte de este planeta. Nosotros no trajimos el desierto. No tenéis derecho a condenar nuestros actos.

- No os condeno por vuestra lucha, pero no puedo perdonar lo que le habéis hecho a nuestra compañera. Hace años, las Bene Gesserit llegaron a vuestro planeta y actuaron sin pensar en las consecuencias. Vosotros habéis hecho lo mismo.

El viejo cabecilla meneó la cabeza. Sus ojos ardían de ira e indignación.

- Matamos a las brujas que trajeron aquí a las truchas de arena. Hemos visto otra bruja y la hemos matado.

Duncan cortó bruscamente lo que sin duda se iba a convertir en una discusión sin sentido.

- Cogeremos a nuestros amigos y nos iremos. Os dejaré que sigáis con vuestra lucha inútil contra un desierto al que no podréis derrotar.

Teg y Sheeana se adelantaron, impacientes por abandonar aquel lugar; en cambio Liet y Stilgar se quedaron donde estaban, mirándose el uno al otro. Stilgar cuadró los hombros y habló.

- Duncan, Bashar…, Liet lo hemos pensado mucho. Esto es un desierto… no nuestro desierto, pero es lo más cerca que hemos estado de uno en nuestras vidas de gholas. Se nos trajo de nuevo a la vida con un propósito. Las capacidades de nuestras vidas pasadas son un recurso vital en un lugar como este.

Liet-Kynes tomó el relevo, como si tuvieran ensayado lo que iban a decir.

- Mirad a vuestro alrededor. ¿Podéis imaginar un mundo donde nuestros talentos sean más necesarios? Somos guerreros entrenados contra lo imposible. Estamos habituados al combate en el desierto. Como planetólogo, conozco las mejores formas de controlar el avance de las dunas y sé más sobre el ciclo vital de los gusanos que la mayoría.

- Nosotros podemos enseñar a esta gente a construir sietches en el desierto más inhóspito -añadió Stilgar con apasionamiento-. Podemos enseñarles a hacer verdaderos destiltrajes. Quizá algún día podamos volver a montar a los grandes gusanos. -La voz le falló-. Nadie puede detener el desierto, pero sí podemos ayudar a esta gente a seguir viva. Volved a la no-nave, pero a nosotros nos necesitan aquí.

Sheeana se detuvo ante la escotilla de la nave más próxima, visiblemente disgustada.

- Eso no es posible. Necesitamos a todos los gholas en el Ítaca.

Cada uno de vosotros fue creado, educado y entrenado para ayudarnos frente al Enemigo.

- Pero nadie sabe en qué forma, Sheeana -señaló Duncan, conmovido por lo que habían dicho los dos jóvenes-. Nadie sabe con certeza para qué necesitamos a Stilgar y Liet, o incluso por qué luchamos exactamente.

- No somos una herramienta o un juguete. -Stilgar cruzó los brazos sobre el pecho- Somos seres humanos con voluntad propia, independientemente de la forma en que se nos ha creado. Yo no pedí estar al servicio de las brujas Bene Gesserit.

Liet apoyó a su amigo.

- Esto es lo que queremos hacer y ¿quién puede asegurar que no es nuestro destino? Podríamos salvar un planeta, o al menos a su población. ¿No es un objetivo lo bastante importante?

Teg comprendía su dilema. Aquellos dos gholas habían encontrado algo a lo que podían aferrarse, una batalla en la que sus capacidades eran realmente necesarias. El mismo había sido creado como un peón, y le habían obligado a desempeñar ese papel.

- Deja que se vayan, Sheeana, ya tienes bastantes sujetos experimentales en la nave.

Thufir Hawat se acercó al Bashar, feliz de ver a salvo a su mentor. Lanzó una mirada trastornada a Sheeana.

- ¿Es eso lo que somos para ellas, Bashar? ¿Sujetos experimentales?

- En cierto modo sí. Y ahora debemos volver a nuestra jaula.

- Estaba impaciente por marcharse de aquel planeta moribundo, antes de que aparecieran nuevos problemas.

- No tan deprisa -dijo el viejo rabino dando un paso adelante-. Mi gente no tiene ni ha tenido nunca nada que ver con vuestra imparable huida por el espacio. Siempre hemos querido un lugar donde establecemos. Comparado con las cubiertas de metal y las pequeñas cámaras de la nave, este planeta parece bueno.

- Qelso se muere -dijo Sheeana. El rabino y sus compañeros se limitaron a encogerse de hombros.

Var frunció el ceño, igual que algunos de los nómadas que estaban junto a él.

- No necesitamos más gente que agote nuestros recursos. Seréis bienvenidos solo si estais dispuestos a luchar contra el desierto.

Isaac, uno de los judíos jóvenes y fuertes, asintió.

- Si nos quedamos, lucharemos y trabajaremos. Nuestro pueblo está acostumbrado a sobrevivir cuando el resto del universo está contra nosotros.

15

No importa a donde vaya, no importa lo que deje atrás, mi pasado está siempre conmigo, como una sombra.

DUNCAN IDAHO, cuaderno de bitácora de la no-nave.

Liet-Kynes y Stilgar volvieron al Ítaca para reunir archivos y parte del material que necesitarían para supervisarlos cambios climáticos de Qelso. Liet incluso convirtió varias boyas sensoras sobrantes en satélites meteorológicos que la no-nave puso en órbita.

Se despidió de los otros niños-ghola que habían crecido con él… Paul Atreides, Jessica, Leto II. Y Chani, su hija. Con una profunda emoción, Liet tomó la mano de la joven, que físicamente tenía casi tres años más que él. Le sonrió.

- Chani, algún día me recordarás cómo era en Arrakis… en los Sietches, como Planetólogo Imperial o como Árbitro del Cambio, llevando a cabo el sueño de mi padre para los fremen y Dune.

La expresión de ella era intensa, como si estuviera tratando de encontrar algún pequeño destello de recuerdo mientras le escuchaba. Liet soltó su mano y le tocó la frente, sus cabellos rojo oscuro.

- Quizá fui un líder fuerte, pero me temo que no fui un buen padre. Así que, antes de partir, debo decirte que te quiero. Te quería entonces y te quiero ahora. Cuando me recuerdes, piensa en todo lo que compartimos.

- Lo haré. Si recordara ahora, seguramente querría volver contigo al desierto. También Usul.

A su lado, Paul meneó la cabeza.

- Mi sitio esta aquí. Nuestra lucha es más importante que un desierto.

Stilgar aferró a su amigo por el brazo para que se apresurara.

- Este planeta es lo bastante grande para nosotros. En mi corazón siento que este es el motivo por el que se nos ha traído de vuelta a la vida, tanto si Sheeana lo entiende como si no. A pesar de lo que pueda parecernos ahora, quizá algún día todos veremos que en realidad esto también formaba parte de la gran batalla.

Entretanto, el rabino habló con sus cincuenta y dos entusiastas seguidores en sus estaciones en la no-nave. Isaac y Levi habían asumido muchas de las responsabilidades del anciano, y a una señal del hombre indicaron a los judíos que recogieran sus pertenencias y prepararan los refugios prefabricados que había en las inmensas cámaras de almacenamiento del Ítaca. Poco después, todos habían descendido a la superficie en las lanzaderas y empezaron a descargar sus cosas bajo la supervisión de Isaac.

En tierra, Var caminaba entre ellos, dando órdenes a sus seguidores. Miraba con avidez varias de las aeronaves que Duncan había traído para su demostración de fuerza.

- Esas lanzaderas mineras nos serían muy útiles para transportar agua y suministros por el continente.

Sheeana meneó la cabeza.

- Pertenecen al Ítaca. Podríamos necesitarlas.

Var la miró furioso.

- Una compensación bien parca a cambio de la destrucción de un planeta.

- Yo no tuve nada que ver con la muerte de tu mundo. En cambio tú mataste a Stuka a sangre fría antes de…

Teg entró rápidamente en modo mentat e hizo un inventario mental de los suministros y el equipo que llevaban en la no-nave.

- Aunque no hemos tenido nada que ver en el daño hecho a este mundo -le susurró a Sheeana-, nos hemos reabastecido aquí, y muchos de los nuestros van a quedarse. Un pago simbólico no es irrazonable. -Cuando vio que ella asentía, Teg se volvió hacia Var-: Podemos prescindir de dos lanzaderas. No más.

- Y de dos expertos en el desierto -añadió Liet bien alto-. Yo y Stilgar.

- Por no hablar de una fuerza de trabajo voluntariosa y esforzada. Te alegrarás de tener a los judíos contigo. -Teg ya había visto cuán industriosa era la gente del rabino. Esperaba que les fuera bien en aquel planeta, incluso si el clima se endurecía. Aunque quizá algún día llegarían a la conclusión de que después de todo Qelso no eras su tierra prometida.

***

Como era de esperar, Garimi y sus seguidoras conservadoras también quisieron abandonar la no-nave de forma permanente. Mas de un centenar de hermanas solicitaron que se les permitiera abandonar el Ítaca para establecerse en Qelso, a pesar de su desierto en expansión. Su intención era establecer las bases para su nuevo orden. En la no-nave, Garimi anunció su decisión a Sheeana, más por cortesía que porque quisiera discutirlo con ella.

Pero la gente de Qelso no quiso ni oír hablar de aquello. Recibieron la lanzadera de las hermanas provistos de armas. Var las esperó con los brazos cruzados sobre el pecho.

- Aceptamos a Stilgar y Liet-Kynes entre nosotros, y a los judíos. Pero ninguna Bene Gesserit será bien recibida.

- ¡No queremos brujas! -gritaron otros qelsanos con expresión repentinamente ominosa-. Si encontramos alguna, la mataremos.

Sheeana, que las había acompañado para despedirse, trató de hablar en nombre de Garimi.

- Podríamos llevarlas al otro lado del continente. jamás sabría; nada de su asentamiento. Os prometo que no causarán ningún problema.

Pero los encendidos qelsanos no quisieron escuchan y Var habló de nuevo.

- Vosotras solo actuáis en beneficio de la Hermandad. Os dimos la bienvenida una vez, y nos hemos arrepentido profundamente. Ahora los qelsanos actúan por el bien de Qelso. Ningún miembro de vuestra Hermandad será bien recibido. No creo que se pueda ser más claro, salvo recurriendo a la violencia.

Levantando un reguero de polvo con cada paso, el rabino caminó dificultosamente entre las tiendas y estructuras prefabricadas de vuelta a la lanzadera. Se limpió el sudor de la frente y se detuvo ante Teg y Sheeana, mirando con inquietud al uno y la otra.

- Creo que mi pueblo será feliz aquí, por la gracia de Dios.

- Dio una patada al polvo seco con el pie-. Se nos creó para tener un suelo bajo los pies.

- Parece preocupado, rabino -Comentó Sheeana.

- Preocupado no. Triste.-A Teg le parecía abatido, y sus viejos ojos vidriosos se veían más enrojecidos de lo normal, como si hubiera estado llorando-. Yo no me quedo con ellos. No puedo abandonar la no-nave.

Isaac, con su barba negra, rodeó los hombros del anciano con un brazo para consolarlo.

- Esto será un nuevo Israel para los nuestros, rabino, bajo mi liderazgo. ¿No quiere reconsiderar su decisión?

- ¿Por qué no se queda con los suyos? -preguntó Teg.

El rabino bajó la vista y sus lágrimas cayeron sobre el suelo seco.

- Tengo una responsabilidad mayor para con una de mis seguidoras, a quien falle.

- Quiere quedarse con Rebecca -explicó Isaac en voz baja a Teg y Sheeana-. Aunque ahora es un tanque axlotl, se niega a abandonarla.

- Velaré por ella hasta el fin de mis días. Mis seguidores están en buenas manos aquí. Isaac y Levi son su futuro, yo en cambio soy su pasado.

El resto de los judíos rodeó al rabino, despidiéndole, deseándole lo mejor. Y entonces el hombre se unió con los ojos llorosos a Teg, Sheeana y el resto de los que esperaban en la lanzadera, que les llevó de vuelta a la no-nave.

VEINTICUATRO AÑOS DESPUÉS DE LA HUIDA DE CASA CAPITULAR

1

Estamos heridas pero invictas. Estamos tocadas, pero podemos aguantar un gran dolor. Nos empujan al final de nuestra civilización y nuestra historia… pero seguimos siendo humanas.

MADRE COMANDANTE MURBELLA, palabras dirigidas a las supervivientes de Casa Capitular.

Mientras la epidemia seguía su curso, las supervivientes -todas ellas Reverendas Madres- luchaban por mantener unida a la Hermandad. Ninguna vacuna, tratamiento de inmunidad, dieta o cuarentena surtía ningún efecto y la población seguía muriendo.

Solo hicieron falta tres días para que el corazón de Murbella se volviera de piedra. A su alrededor vio morir a miles de prometedoras

acólitas, diligentes alumnas que aún no habían aprendido lo bastante para ser Reverendas Madres. Y todas morían por la epidemia o por la Agonía.

Kiria volvió a recaer en su antiguo ensañamiento de Honorada Matre. Con frecuencia decía que era una pérdida de tiempo preocuparse por quienes ya habían contraído la enfermedad.

- Sería mejor utilizar nuestros recursos en cosas más importantes, en actividades que tengan alguna probabilidad de éxito.

Murbella no podía discutirle aquello, aunque tampoco estaba de acuerdo.

- No somos máquinas pensantes. Somos seres humanos y cuidaremos de los otros humanos.

La triste ironía es que, conforme morían más personas, menos Reverendas Madres se necesitaban para atender a los que quedaban y estas mujeres podían retomar otras actividades más cruciales.

En el interior de una cámara casi vacía en Central, Murbella miró a través de los amplios segmentos arqueados de la ventana que había detrás de su trono. En otro tiempo Casa Capitular había sido un bullicioso complejo administrativo, el vigoroso corazón de la Nueva Hermandad. Antes de la epidemia, la madre comandante Murbella estaba al mando de cientos de medidas defensivas, controlaba los avances de la flota enemiga, tenía tratos con los ixianos, la Cofradía, refugiados y señores de la guerra, con cualquiera que pudiera luchar de su lado.

En la distancia, veía colinas marrones y huertos moribundos, pero lo que le preocupaba era el silencio fantasmal y antinatural de la ciudad. Los dormitorios y edificios de soporte, la zona próxima del puerto espacial, los mercados, jardines, los rebaños que menguaban… todos tendrían que estar siendo atendidos por una población de cientos de miles de personas. Pero por desgracia, la mayor par te de las actividades en la ciudad y en Central se habían detenido. Los que quedaban con vida eran muy pocos incluso para cubrir los trabajos más básicos. El planeta estaba prácticamente vacío, todas sus esperanzas se habían hecho añicos en cuestión de días. ¡De una forma tan chocantemente repentina!

En la ciudad la atmósfera era pesada y tenía el hedor de la muerte y las incineraciones. Columnas de humo negro se elevaban de docenas de hogueras… no, no se trataba de piras funerarias, porque Murbella tenía otra forma de disponer de los cuerpos, eran para incinerar ropas y otros materiales contaminados, incluyendo material médico.

En un momento decididamente bajo, Murbella había llamado a su presencia a dos agotadas Reverendas Madres. Les dijo que trajeran unas garras suspensoras y retiraran el robot de combate desactivado de sus habitaciones. Aunque la máquina no se había movido durante años, Murbella empezaba a sentir que se burlaba de ella.

- Llevaos esta cosa y destruidla. Detesto todo lo que simboliza.

- Las obedientes mujeres parecieron aliviadas con la Orden.

La madre comandante dio nuevas instrucciones.

- Abrid nuestros stocks de melange y distribuidla entre los supervivientes. -Cada mujer sana cuidaba de los enfermos, aunque era una tarea inútil. Las Reverendas Madres supervivientes estaban exhaustas, llevaban días trabajando sin descanso. Incluso con el control corporal que les había enseñado la Hermandad, soportaban una pesada carga. Pero la melange podía ayudarlas a seguir adelante.

Tiempo atrás, en los tiempos de la Yihad Butleriana, las propiedades paliativas de la melange habían sido una medida eficaz contra las terribles epidemias de las máquinas. Murbella no esperaba que la especia curara a nadie que hubiera contraído la enfermedad, pero al menos ayudaría a las Reverendas Madres a seguir con la terrible tarea que se les exigía. Aunque necesitaba desesperadamente cada gramo de especia para pagar a la Cofradía y a los ixianos, sus hermanas la necesitaban más. Si

la Hermandad unificada desaparecía en Casa Capitular, ¿quién encabezaría la lucha por la humanidad?

Otro gasto que costear entre tantos otros. Pero si no lo hacemos, jamás lograremos pagar la victoria.

- Hacedlo. Distribuid tanta como sea necesaria.

Mientras su orden se cumplía, Murbella estuvo haciendo cálculos y se dio cuenta de que, de todos modos, quedaban demasiado pocas Reverendas Madres para agotar la especia que la Hermandad tenía almacenada…

Todo su personal de soporte había desaparecido, y se sentía aislada. Murbella ya había impuesto medidas austeras, se habían limitado drásticamente los servicios y eliminado toda actividad que no fuera estrictamente necesaria. Pero aunque la mayoría de las Reverendas Madres habían sobrevivido a la epidemia, no estaba tan claro que pudieran sobrevivir a sus efectos.

Convocó a aquellas que eran mentats y les ordenó que determinaran las tareas más vitales y crearan un plan de emergencia y concentraran el personal mejor cualificado en lo esencial. ¿Dónde podían encontrar la fuerza de trabajo que necesitaban para sustentar y reconstruir Casa Capitular, para seguir con la lucha? Quizá podrían convencer a algunos de los refugiados desesperados de los planetas arrasados para que viajaran allí cuando la epidemia completara su ciclo.

A Murbella le cansaba tener que limitarse a recuperarse. Casa Capitular no era más que un diminuto campo de batalla en el vasto lienzo galáctico del clímax bélico. La amenaza más importante seguía allá afuera, y la flota enemiga seguía golpeando un planeta tras otro, dejando un rastro de refugiados que huían como animales desbocados de un fuego. La batalla del fin del universo.

Kralizec…

Una Reverenda Madre llegó corriendo con un informe. La mujer, apenas una adolescente, era una de las que se habían visto obligadas a pasar por la Agonía antes de tiempo, pero había sobrevivido. Ahora sus ojos tenían un matiz azulado, un color que se intensificaría por el consumo continuado de especia. Su mirada tenía un aire perplejo y atormentado que a Murbella le llegó al alma.

- Su informe horario, madre comandante. -Y le entregó un montón de láminas de cristal riduliano en las que aparecían varias columnas de nombres.

Al principio, con un comportamiento frío y profesional, sus consejeras solo le entregaban sumarios y cifras, pero ella exigió que le mostraran nombres. Cada persona que moría por la epidemia era un humano por derecho propio; cada operario, cada acólita de Casa Capitular era un soldado perdido en la causa contra el Enemigo. No los deshonraría reduciéndolos a simples cifras y totales. Duncan Idaho jamás habría perdonado algo así.

- Hemos encontrado otros cuatro que eran Danzarines Rostro -dijo la mensajera.

Murbella apretó la mandíbula.

- ¿Quiénes?

Cuando la joven le dijo los nombres, Murbella los reconoció, hermanas discretas que no llamaban la atención… exactamente lo que buscaría un espía Danzarín Rostro. Hasta el momento entre las víctimas de la epidemia habían aparecido dieciséis cambiadores de forma. Murbella siempre había sospechado que se habían infiltrado incluso en su Nueva Hermandad, y ahora tenía la prueba. Pero, en una ironía que sin duda las máquinas pensantes no captaban, los Danzarines Rostro también eran vulnerables a la terrible epidemia. Y sucumbían con la misma facilidad que los demás.

- Conserva sus cuerpos para diseccionarlos y analizarlos. Quizá encontremos algo que nos ayude a reconocerlos.

La joven esperó mientras Murbella repasaba la larga lista de nombres. Un escalofrío le recorrió la espalda, porque un nombre de la tercera columna llamó su atención. Fue como si le hubieran golpeado con fuerza.

Gianne.

Su propia hija, la hija menor que tuvo con Duncan Idaho. Durante años la joven había pospuesto la prueba de la Agonía, porque nunca estaba preparada. Gianne siempre había sido una joven prometedora, pero eso no bastaba. Aunque no había demostrado estar preparada, la joven -como tantos otros miles- se había visto obligada a tomar el veneno prematuramente, era su única posibilidad de sobrevivir.

Murbella se tambaleó por el shock. Tendría que haber estado junto a Gianne, pero en medio de aquel caos nadie había dicho a la Reverenda Madre cuándo darían el Agua de Vida a su hija. La mayoría de las hermanas ni siquiera sabían que Gianne era hija suya. Y seguramente las agotadas ayudantes tampoco. Como una verdadera Bene Gesserit, Murbella atendía sus obligaciones oficiales y llevaba varios días sin dormir.

Tendría que haber estado ahí para darle mi apoyo y ayudarla, incluso sí solo era para verla morir sin poder hacer nada.

Pero nadie le había informado. Nadie sabía que Gianne era especial.

Tendría que haber preguntado por ella, pero lo dejé pasar di ciertas cosas por sentado.

Había tantos problemas a su alrededor que Murbella había descuidado la vida de su propia hija. Primero Rinya, y ahora Gianne, las dos perdidas en la Agonía. Solo le quedaban dos hijas: Janess estaba en el frente, luchando contra las máquinas pensantes; su hermana Tanidia, que desconocía la identidad de sus padres, había sido enviada con la Missionaria. Aunque las dos se enfrentaban a graves peligros, al menos podrían evitar la terrible plaga.

- Mis dos niñas muertas -dijo en voz alta, aunque la mensajera no entendió de qué hablaba-. Oh, ¿qué pensaría Duncan de mí?

- Murbella dejó el informe a un lado. Por un instante cerró los ojos, respiró hondo y se controló. Señaló el nombre en la lista de víctimas y dijo-: Llévame hasta ella.

La mensajera miró el nombre, realizó una rápida comprobación.

- Los cuerpos de esa columna ya han sido trasladados al puerto espacial. Los tópteros ya habrán empezado a despegar con los cargamentos.

- Corre. Tengo que verla. -Murbella salió apresuradamente de la sala, y miró atrás para cerciorarse de que la joven la seguía. Aunque la madre comandante se sentía perturbadoramente aturdida, tenía que hacerlo.

Un vehículo terrestre las llevó al puerto cercano, donde el zumbido de los tópteros era incesante. Por el camino, la joven Reverenda Madre activó su comunicador y pidió información con voz serena. Luego indicó al conductor el acceso que debía tomar.

En todas las pistas del puerto espacial había grandes tópteros donde cargaban a los muertos, y que despegaban cuando estaban llenos. En circunstancias normales, cuando una Bene Gesserit moría, la enterraban en los jardines o los huertos. Los cuerpos se descomponían y se convertían en alimento y fertilizante para la tierra. En cambio ahora se acumulaban tan deprisa que incluso los grandes vehículos de carga no daban abasto para retirarlos.

La joven dijo al conductor que se dirigiera a una zona particular de las pistas donde en aquel momento los operarios estaban cargando un tóptero verde oscuro. Bultos y más bultos iban al interior.

- Tiene que estar ahí, madre comandante. ¿Quiere que… que descarguen para que pueda buscarla?

Cuando se apearon del vehículo Murbella se sentía muy impresionada, pero trató de controlarse.

- No es necesario. Solo es su cuerpo, ya no es ella. Aun así, me permitiré el sentimentalismo de acompañarla hasta las dunas.

- Murbella dejó a la joven Reverenda Madre atendiendo otros asuntos y subió al tóptero. Se sentó junto a la piloto.

- Mi hija está a bordo -dijo Murbella. Y dicho esto calló y miró con aire lúgubre por la ventanilla.

Una intensa vibración recorrió el tóptero, que despegó agitando las alas entre sacudidas. Tardarían una media hora en llegar al desierto, media hora más para volver: un tiempo que la madre comandante no podía permitirse ausentarse de Central. Pero necesitaba desesperadamente hacer aquello…

Incluso las mejores entre la Hermandad, las que habían superado las pruebas más duras, estaban desoladas por la magnitud de la tragedia… pero no hasta el punto de la rendición. La Bene Gesserit enseñaba el control de las emociones, a actuar por el bien general, a mirar el conjunto, sin embargo, después de haber visto el noventa por ciento de la población del planeta morir en unos días, aquel desastre -exterminación- estaba derribando las barreras más fuertes de muchas hermanas. Y Murbella tenía la responsabilidad de mantener la moral entre las supervivientes.

Las máquinas pensantes han encontrado una forma cruel y efectiva de destruir nuestras armas humanas, ¡pero no nos desarmarán tan fácilmente!

- Madre comandante, hemos llegado -dijo la piloto, unas palabras secas lo bastante altas para que las oyera por encima del sonido atronador de las alas.

Murbella abrió los ojos y vio un desierto puro, vio remolinos tostados de arena y polvo que se formaban con el viento. Por más restos humanos que la Hermandad tiraba allí, seguía pareciendo prístino e intacto. Vio otros tópteros volando en círculos por el cielo, descendiendo sobre las dunas y abriendo las compuertas de carga para dejar caer… cientos de cuerpos envueltos en negro. Las hermanas muertas rodaban por las dunas como viruta chamuscada, Los elementos dispondrían de ella con mucha mayor eficacia que ninguna pira funeraria. La aridez las desecaría, las destructivas tormentas de arena las dejarían reducidas a un montón de huesos.

En muchos casos, los gusanos las devorarían. Tenía cierta pureza, su tóptero quedó suspendido sobre una pequeña depresión. A ambos lados, una extensión de dunas, y el polvo que las alas del tóptero levantaba remolineando a su alrededor. La piloto manipuló los controles y las compuertas inferiores se abrieron con un gruñido perezoso. Los cuerpos cayeron. Estaban rígidos, con el rostro tapado, pero para Murbella seguían siendo personas individuales. Una de aquellas figuras sin identificar era su pequeña… nacida justo antes de que Murbella pasara por la Agonía, justo antes de que perdiera a Duncan para siempre.

Pero tampoco se engañaba: sabía que aunque hubiera estado junto a su hija no podría haberla ayudado. La Agonía de Especia era una batalla totalmente individual, y aun así deseó haber estado a su lado.

Los cuerpos cayeron sin ceremonia en la arena. Allá abajo, veía formas serpentinas moviéndose… dos grandes gusanos atraídos por las vibraciones de los tópteros y el sonido de los cuerpos al caer. Las criaturas se elevaron y devoraron los cuerpos. Y luego volvieron a sumergirse en la arena.

La piloto elevó el tóptero y dio una vuelta para que Murbella pudiera mirar abajo y ver el espantoso festín. Se tocó el transmisor que llevaba en la oreja para escuchar un mensaje, luego sonrió a Murbella débilmente.

- Madre comandante, al menos tenemos una buena noticia.

Después de ver cómo desaparecía el último de aquellos cuerpos anónimos, Murbella no estaba de humor, pero esperó.

- Uno de los asentamientos de investigación perdidos en el desierto ha sobrevivido. La Estación Shakkad. Están muy lejos de todo y no han tenido ningún contacto con Central. De alguna forma han evitado el contagio.

Murbella recordaba al pequeño grupo de científicos extraplanetarios y ayudantes.

- Yo misma los aislé para que pudieran trabajar. Quería que estuvieran totalmente apartados de todo… ¡sin ningún tipo de contacto! Si una sola de nosotros se acerca, podríamos contaminarlos.

- La estación no tiene suministros para aguantar mucho más -dijo la piloto-. Quizá podríamos dejar caer un cargamento.

- ¡No, nada! No podemos arriesgarnos a contagiarlos. -Se imaginó a aquella gente como si estuvieran en medio de un mortífero campo de minas. Pero, una vez pasara la epidemia, quizá sobrevivirían. Solo un puñado-. Si se agota la comida, tendrán que incrementar el consumo de melange. Pueden encontrar suficiente para sobrevivir un tiempo. Incluso si alguno muere de hambre, mejor eso que perderlos a todos por la epidemia.

La piloto estaba de acuerdo. Al mirar allá fuera, al desierto, Murbella comprendió en que se habían convertido ella y sus hermanas. Y murmuró algo, aunque el zumbido de los motores ahogó sus palabras.

- Somos los nuevos fremen, y esta galaxia sitiada es nuestro desierto.

El tóptero se alejó, de vuelta a Central, dejando a los gusanos con su festín.

2

El odio brota del fértil terreno de la vida misma.

Antiguo dicho.

La no-nave se había alejado del tumulto del planeta de Qelso, dejando atrás a parte de los suyos, parte de sus esperanzas y posibilidades. Duncan había corrido un gran riesgo, puesto que había abandonado la no-nave por primera vez desde hacía décadas. ¿Había delatado su presencia al hacerlo? ¿Podría el Enemigo encontrarle ahora, aprovechando esa pista? Tal vez.

Aunque había decidido no Seguir ocultándose, Duncan tampoco quería acarrear la destrucción sobre toda la gente inocente del planeta. Daría un nuevo salto, borraría su rastro. Así pues, una vez más, el Ítaca dio un salto a ciegas por el tejido espacial.

De eso ya hacía tres meses.

A través de un grueso puerto panorámico de plaz, Scytale había visto cómo Qelso se iba empequeñeciendo, y de pronto desaparecía en el vacío. A él no se le había permitido bajar de la nave. A juzgar por lo que había visto, y a pesar del avance del desierto, se habría instalado gustoso en aquel planeta.

Scytale había recuperado sus recuerdos, pero una parte de su ser seguía añorando a su padre, su predecesor, a sí mismo, ahora su mente contenía todo lo que necesitaba. Pero él quería más.

Con su nuevo cuerpo, el maestro tleilaxu seguramente dispondría de un siglo antes de que los errores genéticos acumulativos provocaran un nuevo colapso. Tiempo suficiente para resolver muchos problemas. Pero cuando pasaran esos cien años, seguiría siendo el último maestro tleilaxu vivo, el único guardián de la Gran Creencia. A menos que pudiera utilizar las células del Consejo de Maestros conservadas en la cápsula de nulentropía. Algún día quizá las brujas le permitirían emplear los tanques axlotl para el propósito original para el que los tleilaxu los concibieron.

Cuando aún estaban en Qelso, se había torturado pensando si debía permanecer allí y crear un nuevo hogar para los tleilaxu. ¿Podría

construir un laboratorio y material apropiados? ¿Reunir seguidores entre la población? El joven Scytale había estudiado las escrituras, había meditado largamente, y finalmente decidió no quedarse… la misma decisión que tomó el rabino. Seguramente en Qelso jamás podría acceder a la tecnología de los tanques axlotl. Su decisión era perfectamente lógica.

Sin embargo, la desdicha y la ira que el rabino venía manifestando no tenían una explicación tan lógica. Nadie le había obligado a tomar aquella decisión. Desde que la nave abandonó el planeta y sus desiertos, el anciano se había dedicado a deambular por los corredores, diseminando la disensión como un veneno. Era el único de los suyos que quedaba a bordo. Como Scytale.

Aquel hombre santo comía con los otros refugiados, gruñendo por la rudeza con que se le trataba, por lo duro que debía de ser para su pueblo establecer una nueva Sión sin su guía. Garimi y sus seguidoras de línea dura, cuya presencia había sido rechazada en el planeta, no expresaron ninguna compasión por sus males.

Y Scytale, que veía todo esto, llegó a la conclusión de que el rabino era de esas personas que necesitaban tener siempre alguien a quien culpar para sentirse un mártir. Puesto que no podía abandonar el tanque axlotl de quien fuera Rebecca, podía seguir aferrándose a su odio por el orden Bene Gesserit y culparlas a ellas en lugar de responsabilizarse de sus decisiones equivocadas.

Bueno, pensó Scytale, hay odio suficiente para todos.

***

En sus alojamientos, Wellington Yueh estudió su reflejo en un espejo… el rostro macilento, labios oscuros, mentón afilado. El rostro era más joven de lo que hacían esperar sus recuerdos, pero era reconocible. Después de recuperar sus recuerdos, Yueh se había dejado crecer sus cabellos negros, hasta que fueron lo bastante largos para sujetarlos con un improvisado anillo de la Escuela Suk.

Y sin embargo seguía sin aceptarse del todo a sí mismo. Aún quedaba un paso crítico que dar.

En su mano tenía un punzón indeleble lleno de tinta oscura que dejaría una marca permanente. No era exactamente un tatuaje, y no iba acompañado de ningún implante ni del poderoso condicionamiento Imperial, pero casi. Sus manos eran firmes, los trazos seguros.

Soy un doctor Suk, un cirujano. Soy perfectamente capaz de dibujar una simple figura geométrica.

Un diamante, perfectamente centrado en la frente. Sin vacilar dio un nuevo trazo, unió las líneas y rellenó la figura de color. Cuando terminó, volvió a mirarse. Wellington Yueh le devolvió la mirada desde el espejo, doctor Suk y médico personal de la Casa Vernius y la Casa Atreides.

El Traidor.

Dejó el punzón a un lado, se puso una bata limpia de médico y se dirigió al centro médico. Al igual que el rabino, estaba tan cualificado como las doctoras Bene Gesserit para seguir la evolución de los pacientes y los tanques axlotl.

Recientemente, Sheeana había iniciado un nuevo implante ghola como parte de su programa, utilizando células de la cápsula de nulentropía del maestro tleilaxu. Ahora que Stilgar Liet-Kynes se había ido sentía que debía dar ese paso. Y, por motivos de seguridad se negaba a revelar la identidad del niño que se estaba gestando en el tanque.

Las Bene Gesserit seguían diciendo que necesitaban a los gholas, aunque no acertaban a explicar por qué exactamente. De momento, su éxito al despertar los recuerdos de las vidas previas de Yueh, Stilgar y Liet-

Kynes no había tenido un paralelo en los otros gholas. Algunas brujas, en particular la censora superior Garimi, seguían manifestando graves reservas sobre lo apropiado de despertar a Jessica y Leto II, debido a sus crímenes pasados. Así que el siguiente ghola al que trataron de despertar fue Thufir Hawat.

Yueh no sabía lo que las brujas habían hecho para tratar de derribar sus barreras, pero no había funcionado. En lugar de despertar, Hawat empezó a tener convulsiones. El viejo rabino estaba presente y corrió a ayudar al ghola de diecisiete años, apartando a las hermanas y reprendiéndolas por el riesgo absurdo que habían corrido.

Pero Yueh, al igual que Scytale, ya tenía sus viejos conocimientos. Ya no era un niño, no tenía que seguir esperando convertirse en algo. Un día, hizo acopio de valor y suplicó a Sheeana que le diera algún trabajo.

- LaS brujas me habéis obligado a recordar mi antigua vida. Os supliqué que no lo hicierais, pero vosotras insististeis en despertarme junto con mis recuerdos y mi culpa, también he recuperado capacidades útiles. Déjame ejercer de nuevo como doctor Suk.

Al principio no estaba muy seguro de que las Bene Gesserit aceptaran, sobre todo por la amenaza constante del saboteador… pero cuando vio que Garimi se oponía automáticamente, Sheeana decidió apoyarle. Le dieron autorización para hacer turnos en el centro médico, siempre y cuando estuviera bajo vigilancia.

En la entrada de la cámara axlotl principal, dos agentes femeninos de seguridad escanearon a Yueh cuidadosamente luego le indicaron que pasara. Ninguna se fijó en la mancha con forma de diamante que lucía en la frente. Y Yueh se preguntó si aún quedaría alguien que supiera lo que esa marca había simbolizado en su día.

Con un silencio preocupado, Yueh inspeccionó los saludables tanques. Varios de ellos producían melange para los stocks de la nave, pero había uno que estaba visiblemente embarazado. Aquel ghola sin nombre se gestaría bajo medidas de seguridad mucho más severas. Yueh estaba convencido de que no sería un nuevo intento de Gurney Halleck, Serena Butler o Xavier Harkonnen. Ni un duplicado de Liet-Kynes o Stilgar. No, seguro que Sheeana quería probar con alguien diferente, alguien que considerara que podía ayudar, y mucho, al Ítaca.

Conociendo la naturaleza impetuosa de Sheeana, a Yueh le asustaba pensar quién sería el bebé, Las hermanas no eran inmunes a las malas decisiones (¡como habían demostrado sobradamente al recuperarle a él!). No podía creer que ninguna de aquellas mujeres lo viera como un salvador o un héroe, y sin embargo él había sido uno de los primeros. Viendo esto, ¿qué pasaría si las brujas tenían curiosidad por estudiar figuras nefastas de los momentos más oscuros de la historia? El emperador Shaddam. La bestia Rabban. O incluso el detestable barón Harkonnen. Yueh ya se imaginaba las excusas de Sheeana. Sin duda insistiría en que, potencialmente, incluso las personalidades más perversas podían proporcionar una información valiosa.

¿A qué serpientes dejarán sueltas entre nosotros?

En la sala principal del centro médico, lejos de los tanques, Yueh se encontró al viejo rabino farfullando mientras recogía un kit médico. Desde que había dejado a los suyos en Qelso, pasaba horas junto al tanque que él llamaba Rebecca. Y aunque detestaba lo que le habían hecho, parecía que le aliviaba que no fuera a ella a quien habían implantado el nuevo ghola.

Las hermanas, que no veían con buenos ojos que el rabino pasara mucho tiempo cerca de los tanques, procuraban tenerle ocupado.

- Voy a hacer unas pruebas a Scytale -le bufó el hombre a Yueh retirándose ya-. Sheeana quiere que pase una revisión… otra vez.

- Puedo hacerlo yo, rabino. Mis obligaciones son pocas.

- No. Clavar agujas al tleilaxu es uno de los pocos placeres que me quedan estos días. -Su mirada se posó en el diamante de la frente de Yueh, pero no hizo ningún comentario-. Acompáñame un trecho. -El rabino sujetó con fuerza el brazo de Yueh y lo arrastró a los corredores, lejos de la mirada vigilante de las Bene Gesserit, cuando le pareció que ya se habían alejado lo suficiente, el anciano se inclinó y le habló en tono conspirador-. Estoy convencido de que Scytale es el saboteador, aunque aún no tengo pruebas. Antes el viejo, y ahora el sustituto. Son todos lo mismo. Ahora que ha recuperado sus recuerdos, el joven Scytale sigue con la insidiosa misión de destruir nuestra nave. ¿Quién pede confiar en un tleilaxu?

¿Quién puede confiar en nadie?, pensó Yueh.

- ¿Por que habría de querer dañar la nave?

- Sabemos que tiene algún sucio plan. Si no ¿por qué llevar células de Danzarines Rostro en su tubo de nulentropía junto con las otras… entre ellas la tuya? ¿Para qué las necesita? ¿No te parece eso bastante sospechoso?

- Las células fueron confiscadas por Sheeana están seguras. Nadie ha tenido acceso a ellas.

- ¿Estás seguro? Quizá quiere matarnos a todos para poder crear un ejército de Danzarines Rostro para él.-El rabino meneó la cabeza. Detrás de sus gafas, sus ojos enrojecidos parecían furiosos-. Y eso no es todo. Las brujas también tienen sus maquinaciones. ¿Por qué crees que no quieren revelar la identidad del nuevo ghola? ¿Sabe Duncan Idaho quién se esta desarrollando en ese tanque? -Estiró el cuello y miró por encima del hombro al centro médico, pendiente de las cámaras de seguridad-. Pero tú puedes descubrirlo.

Yueh estaba perplejo, e intrigado, pero no dijo al rabino que él mismo se había planteado algunas de esas dudas.

- ¿Cómo? A mí tampoco me lo dirán.

- ¡Pero a ti no te vigilan como a mí! Las brujas temen que haga algo para entorpecer su programa, pero ahora que tú has recuperado tus recuerdos, eres su ghola de confianza. -El rabino deslizó en su mano un pequeño disco sellado de polímero, con una gota de una sustancia muy fina en el centro-. Tú tienes acceso a los escáneres. Esto son muestras celulares del tanque embarazado. Nadie me ha visto conseguirlas, pero no me atrevo a hacer yo los análisis.

Yueh se guardó el disco subrepticiamente en el bolsillo.

- ¿Quiero yo realmente saberlo?

- ¿Puedes permitirte no hacerlo? En tus manos está. -El rabino se escabulló, mascullando. Cargado con su kit médico, se dirigió hacia la cabina del tleilaxu.

La muestra parecía pesar en el bolsillo de Yueh. ¿Por qué mantener en secreto la identidad del nuevo ghola? ¿Qué tramaban las hermanas?

Yueh tardó varias horas en encontrar una oportunidad para colarse en una de las pequeñas cámaras de laboratorio de la no-nave. Como doctor Suk, estaba autorizado a utilizar las instalaciones. Aun así, cotejó la pequeña muestra con el catálogo de ADN tan deprisa como pudo. Comparó las células del ghola con las identificaciones que se habían hecho años atrás, cuando las hermanas revisaron por primera vez el material de la cápsula de nulentropía de Scytale.

Yueh encontró la coincidencia enseguida. Y cuando supo la respuesta, se encogió físicamente.

- ¡Imposible! ¡No se atreverían! -Pero en su corazón, mientras recordaba el tormento que Sheeana había utilizado para despertar sus recuerdos, supo que las brujas harían cualquier cosa. Ahora entendía por qué Sheeana no había querido dar a conocerla identidad del ghola.

Aun así, la elección no tenía sentido. Las hermanas tenían muchas otras opciones. Mejores opciones. ¿Por qué no intentar recuperar de nuevo a Gurney Halleck? ¿O a Ghanima, compañera del pobre Leto II? ¿Con qué propósito podían querer recuperar a… se estremeció, Piter de Vries?

Porque a las Bene Gesserit les gustaban los juguetes peligrosos, resucitar a gente y utilizarla como piezas de ajedrez en su gran tablero de juego. Sabía muy bien la clase de preguntas que se plantearían para satisfacer su curiosidad infernal. ¿Estaba corrompida la composición genética de Piter de Vries o era malo porque los tleilaxu le pervirtieron? ¿Quién puede saber mejor cómo piensa el Enemigo que un Harkonnen? ¿Había alguna evidencia que hiciera pensar que el nuevo Piter de Vries saldría tan malo como la vez anterior si no lo exponían a la influencia perniciosa del barón?

Ya se imaginaba a Sheeana mirándole con expresión ceñuda y condescendiente.

«Necesitamos otro mentat. Tú justamente, entre todos los demás, no tendrías que tener los pasados crímenes de un ghola contra él, Wellington Yueh».

No se lo podía creer. Cerró los ojos con fuerza e incluso el falso diamante tatuado en su frente parecía arder. Recordaba cómo le habían obligado a presenciar la interminable tortura de Wanna a manos de aquel perverso mentat. Cómo le clavó un cuchillo con fuerza por la espalda y retorció la hoja. ¡Piter de Vries!

Aún podía sentir el acero afilado desgarrándolo por dentro, una herida mortal, uno de los últimos recuerdos de su primera vida. La risa de Piter reverberaba, junto con los gritos de Wanna en la cámara de tortura… y él no podía ayudarla.

¿Piter de Vries?

Yueh se tambaleó, incapaz de asimilar aquello. No podía permitir que un monstruo semejante volviera a nacer.

***

Unos días más tarde, Yueh entró en el centro médico y caminó hacia el único tanque embarazado. De momento no era más que un bebé inocente. Incluso si era De Vries, aquel niño ghola no había cometido ninguno de los crímenes del original.

¡Pero lo hará! Está pervertido, es malvado, malicioso. Las hermanas lo criarían e insistirían en despertar sus recuerdos. ¡Y entonces volverían a tenerlo entre ellos!

Y sin embargo Yueh estaba atrapado en su misma lógica. Si el ghola de Piter -todos los gholas en realidad- no podía huir de las cadenas del destino, ¿le pasaría lo mismo a él? ¿Estaba pues destinado a traicionarlos a todos? ¿Estaba condenado a cometer otro terrible error… o tendría que sacrificarlo todo para evitar ese error? Había pensado en consultar a Jessica, pero finalmente decidió no hacerlo. Era su carga, su decisión.

Utilizando la muestra del rabino, Yueh había hecho la comprobación en privado y había visto el resultado. Tenía que hacer aquello solo. Aunque era un doctor Suk, entrenado y condicionado para salvar vidas, a veces era necesaria la muerte de un monstruo para salvar a muchos inocentes.

¡Piter de Vries!

Indirectamente, él había provocado la muerte de Vries la primera vez al dar el diente con gas venenoso al duque Leto, que apretó la mandíbula y lo rompió en presencia del mentat. Yueh había fracasado en tantos sentidos…, había provocado tanto dolor y desengaño… Incluso Wanna habría detestado ver lo que se hizo a sí mimo y lo que hizo a los Atreides.

En cambio ahora… una segunda vida, una segunda oportunidad. Wellington Yueh podía hacer las cosas bien. En teoría cada uno de los niños ghola resucitados tenía una gran misión. Y estaba convencido de que la suya era aquella.

Yueh se debatía tratando de decidir, y el diamante negro que se había pintado en la frente hacía más pesada su carga. En sus recuerdos veía claramente el momento en que se convirtió en doctor Suk, tras superar un régimen completo de Alto Colegio de Condicionamiento Imperial y pronunciar su juramento. «Un doctor suk no tomará una vida humana».

Y sin embargo, su juramento se corrompió, gracias a los Harkonnen. Gracias a Piter de Vries. Qué ironía, que la ruptura de su juramento ahora le permitiera destruir al hombre que le había hecho romperlo. Era libre de matar.

Yueh ya tenía el instrumento de la muerte en el bolsillo de su bata. Sus planes estaban hechos, no se arriesgaría. Dado que las cámaras de seguridad seguían controlando el centro médico y los tanques axlotl, no podría hacerlo en secreto como había hecho el verdadero saboteador. Una vez actuara, todos en el Ítaca sabrían que él había matado al ghola De Vries. Y tendría que afrontar las consecuencias.

La frente se le cubrió de sudor cuando cruzó la habitación. Con aquella guarda Bene Gesserit tan aguda observándolo, no podía demorarse. Las condenadas brujas podían detectar su inquietud, su nerviosismo. Yueh sacó el artilugio, giró un dial como para recalibrarlo y lo insertó en el tanque como si pretendiera tomar una muestra biológica. Y de este modo administró sin trabas una dosis letal de veneno. Por el momento, nadie sospechaba nada.

Ya está. Hecho. Muy apropiado, puesto que De Vries era experto en ingeniosos venenos. Y no había antídoto para aquella toxina; Yueh se había ocupado de eso. En unas horas, aquel De Vries no nacido se encogería y moriría. Por desgracia, el tanque también moriría. Pero era inevitable. Un sacrificio necesario.

Yueh abandonó la cámara y apretó el paso con una sonrisa torva. Mañana no podría esconderse. Thufir Hawat y el bashar Teg revisarían los hologramas e interrogarían a las guardias. Sabrían quién había sido. A diferencia del saboteador, él no podía borrar las imágenes. Le atraparían.

Y a pesar de eso, Yueh se sentía satisfecho consigo mismo por primera vez desde su despertar. Por fin había podido deleitarse con el esquivo sabor de la redención.

3

Que un equipo de investigación vaya a Buzzell para averiguar por qué las exportaciones de soopiedras han caído de forma tan drástica. Esta ausencia de suministros, junto con la vertiginosa bajada en la producción de melange que ha seguido a la epidemia en Casa Capitular es altamente sospechosa, sobre todo por que las brujas están implicadas en ambas empresas. A lo largo de los milenios hemos aprendido a no confiar en su palabra.

Directiva de la CHOAM.

A hora que tenía en su poder la muestra de ultraespecia, Khrone sabía con exactitud qué había en los fértiles mares de Buzzell. Ciertamente los navegantes habían pergeñado un bonito plan al liberar una nueva raza de gusanos productores de especia. Tendría que ir allí y verlo por sí mismo. Al líder de la miríada de Danzarines Rostro poco le preocupaba la pérdida

del negocio de las soopiedras ero en su disfraz de funcionario de la CHOAM tuvo que fingir un desagrado extremo.

- ¿Monstruos? -En pie en el muelle principal, le dedicó a la tal Corysta una mirada furiosa-. ¿Serpientes marinas? ¿No se les ocurre una excusa mejor para su incompetencia?

Khrone miró al mar con el ceño fruncido y se arreglo su túnica oscura de negocios sobre los hombros. Allá fuera, en el agua, unos fibios recelosos nadaban y se sumergían para recoger las gemas de los lechos de cholistes, muchos de los cuales habían sido devorados por los voraces gusanos de mar. Botes blindados patrullaban las cuevas, aunque sin duda no servirían de gran cosa si las inmensas criaturas decidían atacar.

La reverenda madre Corysta se mantenía erguida, y extrañamente no parecía intimidarle la presencia del falso funcionario.

- No es una excusa, señor. Nadie sabe de dónde han salido los gusanos ni por qué han aparecido justo ahora. Pero son reales. Las naves de caza de la Cofradía arrastraron hasta aquí una carcasa, si desea verla.

- Tonterías. Es evidente que una historia semejante beneficia a la Nueva Hermandad. -Sin hacer caso de sus protestas, Khrone le indicó que la acompañara por un sendero pedregoso que corría junto al mar, mientras sus zapatos crujían sobre las piedras sueltas. Pisó un charco, se miró los pies con gesto hosco y siguió andando-. La CHOAM sospecha que están provocando una falsa escasez para subir los precios. Tienen compromisos financieros. Desde hace años, la Hermandad ha estado encargando naves extremadamente costosas, armas, suministros militares. Sus pérdidas en la guerra son tremendas.

- Se trata de pérdidas de la humanidad, señor. -La voz de Corysta era áspera.

- Y ahora Casa Capitular, doblegada por una epidemia. Parece que la Nueva Hermandad no puede cumplir con sus compromisos económicos. Por tanto, la CHOAM ya no considera que ofrecerles a ustedes crédito sea un riesgo aceptable.

Corysta se volvió hacia la vivificante brisa marina.

- Eso son cuestiones que debería discutir con la madre comandante.

- Debería, pero dado que esta en un planeta en cuarentena, no puedo visitarla precisamente, ¿me equívoco? Vuestra Hermandad se está desmoronando como resultado de los ataques externos y las disputas internas.

Unas mujeres esperaban en una rampa de plazpiedra al borde del agua para recibir a un grupo de fibios de aspecto cansado que llevaban una red llena de pequeñas y deformes soopiedras.

A simple vista Khrone veía que eran gemas de escasa calidad, pero al menos podía llevárselas como parte de un cargamento a modo de pago.

- ¿Tienen vuestros fibios miedo de los monstruos marinos? ¿No pueden ir a lechos más ricos en moluscos?

- Recogen lo que pueden, Señor. No hay lechos más ricos. Los monstruos se han comido a muchos de los cholistes. Nuestras cosechas submarinas han sido saqueadas. Y sí, los fibios están comprensiblemente asustados. Muchos de ellos han muerto devorados. -Corysta lo miró con frialdad; Khrone valoraba el acero de aquella mirada, lo respetaba-. También tenemos pruebas documentales, si es que duda usted de mi palabra.

- Que yo crea o no su historia no tiene importancia. Lo único que me interesa es saber qué piensa hacer la Hermandad al respeto. -Khrone sabía que no podían hacer nada. Con el tiempo, los gusanos de mar hundirían el comercio de soopiedras en Buzzell, eliminando así otra de las monedas de cambio de la madre comandante cuando más desesperadamente necesitaba comprar alianzas y asegurarse material.

Las hermanas exiliadas aún no entendían el verdadero potencial de aquellos gusanos. Los atributos químicos primarios de la nueva melange

robada en Buzzell serían mil veces más efectivos en los receptores nerviosos de los humanos. ¡Oh, funcionaría muy pero que muy bien, desde luego!

Se preguntó si la Cofradía Espacial estaría siquiera al corriente de la destrucción del crucero de Edrik. Es posible que no. De todos modos, eran tantos los navegantes que habían desaparecido que ¿qué importaba uno más? Si era necesario, dejando una pista aquí y otra allá, Khrone podía achacar fácilmente la pérdida a un ataque de la flota de las máquinas pensantes. Omnius sería por lo menos un perfecto cabeza de turco.

La miríada de Danzarines Rostro tenía sus tentáculos por todas partes. Los ixianos estaban construyendo unas supuestas armas, vaciando los cofres de especia de Casa Capitular. La Cofradía dependía enteramente de sistemas de navegación informatizados para sus nuevas naves, y los navegantes no tenían ninguna fuente de melange.

Todos los enemigos de los Danzarines Rostro caerían. El se encargaría de eso. Los tleilaxu perdidos y los maestros originales ya habían sido eliminados. Khrone tenía a los ixianos en un puño. A continuación venía la Nueva Hermandad, la Cofradía, y toda la humanidad. Y finalmente, cuando él y sus seguidores derrotaran a las maquinas pensantes, nada permanecería salvo los Danzarines Rostro. Y eso sería bastante.

Satisfecho consigo mismo, Khrone avanzó por el muelle y arrancó la red de soopiedras de manos de las mujeres que estaban tratando de clasificarlas.

- Vuestra producción ha descendido drásticamente, muchos mercaderes de la CHOAM han tenido que irse con las manos vacías.

Corysta no se apartaba de su lado.

- Espero contratar mercenarios para que sigan la pista a los gusanos de mar. Es posible que encontremos algo interesante… tal vez mucho más valioso que las soopiedras.

Así que aquella mujer a tenía sus sospechas sobre la ultraespecia.

- ¡Lo dudo! -dijo. Khrone cogió la red volvió hacia la pista de aterrizaje. Meditando por unos momentos en el inmenso tablero de juego, decidió que finalmente había llegado el momento de dirigirse al corazón del imperio de las máquinas. Entregaría la ultraespecia a Omnius y dejaría que la supermente siguiera con su absurdo sueño de crear y controlar su propio kwisatz haderach.

Al final eso no le serviría de nada.

4

Pensamos que la confesión debería llevar al perdón y la redención. Sin embargo, normalmente solo consigue provocar nuevas acusaciones.

DOCTOR WELLINGTON YUEH, entrada cifrada.

En la cámara axlotl se respiraba el olor a muerte. Duncan no podía dejar de mirar la carne fría y quieta del tanque y los visibles signos de necrosis. Sentía rabia e impotencia corroyéndole las entrañas. ¿En quién se habría convertido ese pequeño? Sheeana no había querido decírselo. ¡Malditas las Bene Gesserit y sus secretos!

- No toquéis nada -advirtió Teg-. Traedme todas las imágenes de seguridad enseguida. Esta vez encontraremos al saboteador.

- Una de las hermanas corrió a buscar las grabaciones.

Entretanto, el joven Thufir acordonó una zona alrededor del tanque y el ghola no nacido. Recuperado casi del intento de despertar sus recuerdos que tan espantosamente mal había salido, en aquellos momentos siguió estrictamente los métodos que el Bashar le había enseñado. El corrosivo veneno había destruido completamente el feto y había traspasado la pared

del vientre que lo mantenía con vida. De alguna forma, el tanque había caído al suelo y unos charcos amarillentos rodeaban el cuerpo.

Sheeana se volvió hacia las otras hermanas.

- Traed a Jessica. Inmediatamente.

Duncan le dedicó una mirada áspera.

- ¿Jessica, por qué? ¿Es sospechosa?

- No, pero esto le dolerá. Quizá no tendría que decírselo…

En ese momento Teg recibió el holotubo de vigilancia de manos de una de las Bene Gesserit.

- Revisaré cada segundo. Tiene que haber algún detalle que señale al traidor.

- No será necesario. Yo he matado al ghola. -La voz de un hombre joven. Todos se volvieron para mirar al sombrío doctor Wellington Yueh-. Tenía que hacerlo, -Thufir se movió con rapidez para aferrarlo del brazo, pero Yueh no se resistió. Se mantuvo firme, preparado para contestar a sus preguntas-. Podéis castigarme si queréis, pero no podía permitir que dejaseis suelto a otro mentat pervertido. Piter de Vries solo habría podido causar dolor y derramamiento de sangre.

Duncan captó enseguida las implicaciones de las palabras de Yueh; Sheeana habló con expresión perpleja.

- ¿Piter? ¿De qué estás hablando?

Yueh no trató de soltarse del brazo de Thufir.

- Fui testigo de su maldad en primera persona, no podía permitir que lo trajerais de vuelta. Nunca.

En ese momento, una Jessica joven y sin aliento llegó corriendo con la pequeña Alia detrás. Alia tenía una mirada penetrante y ávida, cargada de una madurez y entendimiento que una niña de tres años no debía tener. Llevaba consigo una muñeca regordeta que recordaba notablemente una versión joven del obeso barón Harkonnen. Uno de los brazos casi se había soltado. Leto II seguía a su abuela con expresión curiosa y preocupada.

Sheeana continuaba sin comprender.

- ¿Qué tiene que ver Piter de Vries con todo esto?

Yueh puso expresión de desagrado.

- No intente despistarme con sus mentiras. Sé quién era ese ghola.

- Ese bebé no era Piter de Vries. -Sheeana lo dijo con tono normal-. Habría sido el duque Leto Atreides.

Yueh miró como si le hubiera golpeado con un hacha.

- No había error posible… hice una comparación genética.

El rostro de Jessica, que escuchaba junto a la entrada, se iluminó por un momento, para llenarse enseguida de pesar.

- ¿Mi Leto?

Yueh trató de dejarse caer de rodillas, pero Thufir le obligó a mantenerse en pie.

- ¡No! ¡No puede ser!

Con la perspicacia de un adulto, Alia trató de sujetar la mano de su madre, pero Jessica se apartó de los dos niños para acercarse al doctor Suk.

- ¿Has matado a mi duque? ¿Otra vez?

Se llevó las manos a las sienes.

- No puede ser. Vi los resultados yo mismo. Era Piter de Vries.

Thufir Hawat alzó el mentón.

- Al menos hemos descubierto a nuestro saboteador.

- ¡Yo jamás habría matado al duque! Yo amaba a Leto…

- Y ahora le has matado por segunda vez -dijo Jessica, pinchándolo con cada palabra afilada-. Leto, mi Leto…

Finalmente, Yueh entendió el comentario de Thufir.

- ¡Pero yo no maté a los otros tres gholas ni a sus tanques! No he cometido ningún otro acto de sabotaje.

- ¿Cómo vamos a creerte? -dijo Teg-. Esto requerirá nuevas investigaciones. A la vista de esta nueva información, revisaré todas las pruebas.

Sheeana estaba visiblemente afectada, pero sus palabras sorprendieron a todos.

- Mi sentido de la verdad me dice que debo creerle.

El tanque de carne y el bebé no nacido yacían en el suelo descomponiéndose químicamente. Unas líneas negras cubrieron los tejidos y se extendieron al charco que lo rodeaba. Yueh trató de arrojarse al charco corrosivo, como si pensara que así podría matarse.

Pero Thufir se lo impidió con brazo de hierro.

- Todavía no, traidor.

- Nada bueno puede salir de todo esto -dijo el viejo rabino desde la puerta del centro médico. Nadie le había oído llegar.

Desesperado, Yueh lo miró.

- Comprobé las muestras que usted me dio… ¡el bebé era Piter de Vries!

El anciano retrocedió como un pajarillo asustado. La sola idea de que alguien sugiriera que él había provocado a aquel joven inestable parecía indignarle.

- Sí, te di una muestra que conseguí en el laboratorio axlotl.

Pero yo solo planteé una duda… jamás habría insinuado que cometieras un asesinato. ¡Asesinato! Yo soy un hombre de Dios, tú eres médico… un doctor Suk. ¿Quién podía imaginar…? -Meneó la cabeza. Su barba canosa parecía especialmente desordenada-. ¡Ese tanque al que has matado podía haber sido Rebecca! Yo jamás te habría sugerido algo así.

En la sala todos intercambiaron miradas, aceptando en silencio que, después de todo, Yueh debía de ser el saboteador.

- No he sido yo -dijo-. Las otras veces no fui yo. ¿Por qué iba a confesar este crimen y negar los otros? El crimen sigue siendo el mismo.

- No, en absoluto -dijo Jessica con voz tomada-. Este era mi duque… -Se dio la vuelta y se fue, mientras Yueh la miraba con expresión suplicante.

5

Cada humano, por muy altruista o pacífico que sea, lleva en su interior la capacidad de una violencia tremenda. Esta cualidad me resulta particularmente fascinante, sobre todo porque puede permanecer latente durante extensos períodos y estallar de forma inesperada. Pensemos si no en la mujer, tradicionalmente dócil. Cuando estas dadoras de vida deciden quitarla, su ferocidad es un bonito espectáculo.

ERASMO, notas de laboratorio.

En Casa Capitular, la reunión de Reverendas Madres degeneró rápidamente en sentimientos asesinos.

Con los ojos relampagueando, Kiria se puso en pie y apartó la silla-perro.

- Madre comandante, tiene que aceptar ciertos hechos. Casa Capitular ha quedado más que diezmada. Los ixianos aún no nos han proporcionado los destructores que prometieron. Sencillamente, no podemos ganar esta lucha. Mientras no lo admitamos no podremos hacer planes realistas.

Murbella miró a la antigua Honorada Matre con ojos cansados e imperturbables.

- ¿Como por ejemplo? -La madre comandante se manejaba con tantas crisis, obligaciones problemas irresolubles que apenas podía concentrarse en los informes que llegaban a una central eminentemente vacía. La epidemia ya había pasado, todos los que tenían que morir habían muerto. Con la excepción de los habitantes de la estación científica de Shakkad,

aislada en el desierto, los únicos supervivientes del planeta eran Reverendas Madres.

Y mientras, las máquinas pensantes habían seguido avanzando por el espacio, adentrándose más en el Imperio Antiguo… aunque al enviar sondas exploradoras y plagas a Casa Capitular habían roto el patrón lógico de su avance. Omnius sin duda conocía la importancia de la Nueva Hermandad. Una victoria clave allí podía acabar con las luchas dispersas en el resto de la humanidad.

- Cojamos lo que necesitemos -dijo Kiria-, copiemos nuestros archivos y perdámonos en el universo desconocido para crear nuevas colonias. Las máquinas pensantes son implacables, pero nosotras podemos ser rápidas e impredecibles. Por la supervivencia de la humanidad y de la Hermandad, debemos dispersarnos, reproducirnos y seguir con vida. -Las otras Reverendas Madres observaban con cautela.

En su interior Murbella sentía arder la ira.

- Esas viejas actitudes han demostrado ser equivocadas una y otra vez. No podemos sobrevivir simplemente huyendo o reproduciéndonos más deprisa de lo que Omnius puede matarnos.

- Muchas hermanas piensan como yo… las que aún viven, claro. Nos ha dirigido durante casi un cuarto de siglo, y su política ha fracasado. En Casa Capitular casi todos han muerto. Esta crisis nos obliga a reconsiderar nuevas alternativas.

- Querrás decir viejas. Tenemos demasiado trabajo por delante para reabrir este viejo debate. ¿Ya está listo el test genético para los Danzarines Rostro? Es de importancia vital para todos los gobiernos planetarios importantes. Nuestros científicos llevan semanas estudiando los cadáveres y debemos enviar…

- No cambie de tema, madre comandante. Si no es capaz de tomar una decisión racional, de ver que tenemos que adaptarnos a las circunstancias, entonces la desafío por el liderazgo.

Laera se apartó de la mesa, perpleja, mientras janess observaba a su madre sin demostrar ninguna emoción. Cuando la epidemia cumplió su ciclo, la joven Bashar regresó de las batallas del perímetro.

Murbella se permitió una sonrisa fría mientras miraba a Kiria. Su voz rezumaba acidez.

- Pensaba que habíamos acabado con estas tonterías hacía años. -Murbella había luchado contra numerosas oponentes, las había matado a todas. Pero Kiria estaba dispuesta a volver a intentarlo-. Elige un lugar y una hora.

- ¿Elegir? Muy típico, madre comandante… posponer lo que debe hacerse ahora. -En un destello veloz como un impulso nervioso, Kiria saltó golpeando con el pie. Murbella giró, doblando la espalda con una flexibilidad que incluso a ella la sorprendió. El borde mortífero del pie de Kiria quedó a un suspiro de su ojo izquierdo. La atacante cayó de pie, lista para seguir peleando-. No podemos elegir un lugar y un momento para luchar. Debemos estar siempre listas, adaptarnos. -Volvió a saltar, con las manos extendidas y los dedos rígidos como estacas para ensartar la garganta de Murbella.

Ella se apartó. Antes de que su oponente pudiera apartar la mano, Murbella la agarró por el brazo y la estampó contra la mesa del consejo, provocando un revuelo de láminas de cristal riduliano. Kiria se estrelló contra una silla-perro. En un furioso reflejo, su puño atravesó la piel peluda del plácido animal y derramó su sangre por el suelo. Aquella pieza viva de mobiliario murió con apenas un instante de alarma y dolor.

Murbella saltó sobre la mesa y de una parada arrojó un proyector holográfico contra su oponente. El borde afilado del aparato golpeó a Kiria en la frente y provocó un corte que sangró profusamente. La madre comandante se agachó, lista para defenderse de un ataque frontal, pero

Kiria saltó bajo la mesa y la volcó haciendo fuerza con la espalda. Murbella cayó y Kiria saltó sobre la mesa volcada y se arrojó sobre la madre comandante. Le rodeó la garganta con manos ágiles en una forma primitiva pero efectiva de asesinato.

Con los dedos rígidos, Murbella golpeó el costado de Kiria con la suficiente fuerza para romperle dos costillas, pero al mismo tiempo sintió el chasquido de sus dedos al romperse. En lugar de retirarse como esperaba, Kiria se retorció de dolor, levantó a Murbella por el cuello y le golpeó la cabeza con fuerza contra el suelo.

A Murbella le pitaban los oídos y sintió que el cráneo se le partía. Puntos negros de inconsciencia revoloteaban ante sus ojos como diminutos buitres esperando carne fresca. Tenía que mantenerse despierta, seguir luchando. Si se desmayaba, Kiria la mataría. Y si la derrotaba, no solo perdería su vida, también perdería la Hermandad. El destino de toda la humanidad dependía de aquel momento.

- Janess observaba a su madre angustiada, pero Laera y las otras Reverendas Madres estaban bien entrenadas y no intervinieron. La unificación con las Honoradas Matres había requerido ciertas concesiones por parte de la Bene Gesserit, incluido el derecho de todas a desafiar el liderazgo de la madre comandante.

Kiria seguía apretando, mientras Murbella trataba de respirar. Bloqueando el dolor de sus dedos rotos, golpeó las palmas con fuerza contra las orejas de Kiria. La mujer se tambaleó y Murbella aprovechó para sacarle su ojo derecho con un índice retorcido, dejándole la cara cubierta de sangre y una sustancia gelatinosa.

Kiria se apartó, encogiéndose, tratando de ponerse en pie, pero Murbella la siguió con un torbellino de patadas y golpes. Sin embargo, su oponente no estaba derrotada. Kiria estampó su talón contra el esternón de Murbella y luego asestó un golpe lateral en el abdomen. Algo se rompió por dentro; Murbella notaba el daño, pero no sabía hasta qué grado sería grave. Echando mano de sus reservas de energía, apartó a Kiria con el hombro.

La Honorada Matre enseñó los dientes, dejando ver las encías ensangrentadas. Concentrándose, Kiria reunió todas sus fuerzas para golpear, sin preocuparse por su ojo destrozado. Pero cuando apoyó el pie, resbaló con un charco de sangre de la silla-perro. Esto le hizo perder el equilibrio por un momento… lo suficiente para darle la ventaja a Murbella. Sin dudar, la madre comandante le asestó un golpe tan fuerte que se partió la muñeca… junto con el cuello de Kiria. Su oponente cayó muerta al suelo.

Murbella se tambaleó. Janess corrió a su lado, con expresión preocupada, para ayudar a su madre, a su superiora. Murbella levantó un brazo. Su muñeca rota colgaba con flacidez, pero consiguió controlar el gesto de dolor de su rostro.

- Puedo mantenerme en pie sin ayuda.

Algunas de las Reverendas Madres más jóvenes se habían replegado contra la pared de la cámara, con los ojos desorbitados y expresión intensa.

Murbella deseaba con toda su alma dejarse caer en el suelo junto a su víctima, dejar que el agotamiento y el dolor tomaran el control. Pero no podía permitírselo… no con tantas Reverendas Madres mirándola. No debía dar muestras de debilidad, sobre todo ahora.

Recuperando el aliento, apurando sus últimas chispas de resistencia, Murbella habló con voz neutra.

- Ahora me iré a mis alojamientos y me curaré. -Y, en voz más baja, añadió-: Janess, que me envíen de la cocina una bebida energética regeneradora. -Lanzó una mirada despectiva al cadáver de Kiria, luego miró a janess, Laera y las impresionadas espectadoras de la sala-. ¿O

alguna de vosotras quiere retarme aprovechando mi desventaja? -Con gesto desafiante, levantó su muñeca rota. Nadie aceptó el reto.

Herida por dentro y por fuera, Murbella no recordaba muy bien cómo consiguió llegar a sus alojamientos. Caminaba muy despacio, pero no quiso aceptar la ayuda de nadie. Las otras Reverendas Madres, viendo su determinación, la dejaron en paz.

Cuando llegó a su habitación la bebida de especia ya le estaba esperando. ¿Cuánto he tardado en llegar aquí? Un sorbo y ya sintió la energía resurgir por todo su cuerpo. Bendijo en un murmullo a Janess; su hija había pedido una bebida especialmente potente.

Tras dejar dicho que no la molestaran, Murbella cerró con llave su puerta y se terminó el resto de aquel poderoso bebedizo. Reforzó las reparaciones internas que ya había iniciado, tanteando con delicadeza para comprobar el alcance de los daños. Finalmente, permitiendo que el dolor inundara sus sentidos, Murbella evaluó lo que Kiria le había hecho. El grado de los daños internos la asustó. Nunca en un desafío había estado tan cerca de perder.

¿Se congregarán el resto de Reverendas Madres bajo mi mando… o empezarán a olfatear mi debilidad como hienas hambrientas?

Murbella no podía permitirse perder el tiempo ni la energía peleando contra su gente. Quedaban muy pocas después de la epidemia. ¿Y si los Danzarines Rostro volvían a infiltrarse en la Hermandad? ¿Es posible que alguno de ellos, adiestrado en alguna técnica exótica de lucha, se hiciera pasar por una oponente Honorada Madre la matara? ¿Y si algún Danzarín Rostro se convertía en la madre comandante de la Hermandad? Desde luego, si eso pasaba, todo estaría perdido.

Se recostó en su lecho, cerró los ojos y se sumió en un trance curativo. El tiempo era fundamental. Tenía que recuperar fuerzas. Las fuerzas de Omnius habían localizado su mundo y pronto llegarían.

6

Todo hombre tiene una sombra… algunos más oscura que otros.

El Canto de la Shariat.

Mientras Yueh estaba bajo arresto y era interrogado, se produjo un nuevo acto de sabotaje.

Las hermanas Bene Gesserit convocaron al pasaje en el gran auditorio para una reunión de emergencia. Garimi parecía especialmente agitada; Duncan Idaho y Miles Teg estaban alerta. Scytale, siempre como extranjero, observaba con mirada concentrada. ¿Qué habría pasado ahora? ¿Me culparán a mí?

¿Era peor que el asesinato de otro ghola y su tanque axlotl? ¿Había muerto alguien más? ¿Habían soltado otra reserva de agua al espacio, mermando los nuevos suministros conseguidos en Qelso? ¿Stocks de especia contaminados? ¿Cubas de alimentos destruidos? ¿Habían hecho daño a los siete gusanos cautivos?

El tleilaxu se recostó en su asiento, observando a la riada de personas que llegaban desde los corredores y tomaban asiento formando grupos con amigos o compartiendo su opinión con otros. La tensión se palpaba en todos ellos. Más de doscientas personas se reunieron allí, la mayoría intrigadas, alarmadas, asustadas. Solo unas pocas censoras permanecían en secciones aisladas con los niños más pequeños nacidos durante el viaje; otros ya eran lo bastante mayores para que los trataran como a adultos.

El Bashar hizo el anuncio personalmente.

- Unas minas explosivas han desaparecido de la armería. Ocho de las ciento doce que hay… desde luego, suficiente para dañar gravemente la nave.

Tras un breve silencio, las conversaciones se reanudaron en un sinfín de susurros, exclamaciones y acusaciones.

- Las minas -repitió Teg-. En Casa Capitular fueron colocadas en el exterior de la nave como mecanismo de autodestrucción por si Duncan o algún otro trataba de llevársela. Y ahora ocho de ellas han desaparecido.

Sheeana se situó junto al Bashar.

- Yo desactivé esas minas personalmente para que la nave pudiera escapar. Quedaron guardadas bajo llave, y ahora han desaparecido.

- Si no están, es posible que las hayan arrojado al espacio…

O que las hayan colocado en el casco de la nave como bombas de relojería -dijo Duncan-. Sospecho que se trata de esto último, y que nuestro saboteador tiene nuevos planes para nosotros.

El rabino se lamentó en voz alta.

- ¿Veis? Más incompetencia. Tendría que haberme quedado en Qelso con el resto de los míos.

- Tal vez las robó usted -espetó Garimi.

El hombre la miró horrorizado.

- ¿Te atreves a acusarme? ¿A un hombre santo de mi posición? Primero Yueh dice que le manipule para que matara al ghola, ¿y ahora tú insinúas que he robado unos explosivos? -Scytale veía perfectamente que aquel anciano frágil no podría haber levantado ni una de aquellas pesadas minas, no digamos ocho.

- Yueh ha estado bajo la vigilancia constante de Thufir Hawat y la mía propia -dijo Teg-. Incluso si él mató al bebé ghola Y al tanque, no puede haber robado las minas.

- A menos que tenga un cómplice -dijo Garimi, y sus palabras suscitaron una nueva oleada de murmullos.

- Descubriremos quién las cogió. -Sheeana atajó los murmullos-. Y dónde las ha escondido.

- Hemos oído promesas similares en los últimos tres años -siguió diciendo Garimi lanzando una mirada significativa a Teg y Thufir-. Pero nuestra seguridad ha sido totalmente ineficaz.

Paul Atreides estaba sentado en una de las primeras filas, cerca de Chani y Jessica.

- ¿Tenemos la seguridad de que esas minas han desaparecido hace poco? ¿Con qué frecuencia se comprueba la armería? Quizá Liet-Kynes o Stilgar se las llevaron para su guerra contra las truchas de arena sin avisar.

- Tendríamos que evacuar la nave -dijo el rabino-. Buscar otro planeta, o regresar a Qelso. -Su voz vaciló-. Si las brujas no hubierais… Si no os hubierais… llevado a Rebecca, ahora yo podría estar a salvo con mi gente. Podríamos habernos instalado todos allí.

Garimi frunció el ceño.

- Rabino, durante años ha alentado la disidencia con sus argumentos hirientes y destructivos sin ofrecer alternativas.

- Yo solo digo lo que veo. Esas minas robadas son solo el último de una serie de actos de sabotaje. Si después de morir otros cuatro tanques axlotl mi Rebecca sigue con vida es solo por casualidad. Y ¿quién ha dañado los sistemas de soporte vital, los tanques con las reservas de agua? ¿Quién ha contaminado las cubas de algas y ha destruido las esterillas de filtración del aire? ¿Quién echó ácido en las junturas de la ventana de observación en la cámara de los gusanos de arena? Hay un criminal entre nosotros y cada vez es más temerario. ¿Por qué no le habéis encontrado? Scytale guardaba silencio y escuchaba el debate. Todos temían que hubiera nuevos incidentes y que las minas robadas destruyeran o dañaran de modo irreparable la gran nave.

El tleilaxu no tenía duda de que tarde o temprano las sospechas recaerían sobre él debido a su raza, pero podía demostrar su inocencia. Tenía registros de laboratorio, imágenes de seguridad, una coartada sólida. Y sin embargo, alguien tenía que haber cometido aquellos actos de sabotaje.

Cuando la agotadora reunión se disolvió, el rabino pasó ante Scytale apresuradamente, diciendo que pensaba quedarse velando a Rebecca.

- ¡Para asegurarme de que nadie más trata de matarla!

Y cuando pasaba, Scytale percibió el olor habitual del rabino, tenue y extraño, con un toque sutilmente distinto.

Instintivamente, Scytale emitió un silbido apenas audible en una complicada melodía que recordaba de muy lejos en sus vidas pasadas. El rabino no hizo caso y se alejó. Scytale frunció el ceño, no muy seguro de haber notado una momentánea vacilación en el anciano.

7

Dios es Dios, y a Él corresponde únicamente dar la vida. Si ni siquiera Dios tiene la suficiente fuerza para sobrevivir, entonces no nos queda más que la desesperación.

El Canto de la Shariat.

En Rakis toda investigación llevaba a los mismos resultados. Solo unas bolsas insignificantes de su ecosistema habían sobrevivido. El planeta estaba vacío, y sin embargo parecía tener la voluntad de vivir. Contra todo pronóstico y toda ciencia, Rakis seguía aferrándose a una atmósfera escasa, a unos penachos de humedad.

Los endurecidos prospectores de Guriff aceptaron encantados las provisiones que Waff y los hombres de la Cofradía les ofrecieron como gesto de buena voluntad. El motivo por el que Waff hizo esto fue principalmente que lo dejaran en paz mientras conducía sus inocuas «investigaciones geológicas». Los prospectores eran abastecidos de forma irregular por naves de la CHOAM que iban a comprobar su trabajo, pero Guriff no tenía ni idea de cuándo volvería la siguiente nave. El maestro tleilaxu tenía suficiente comida empaquetada del crucero para años, si es que su cuerpo deteriorado aguantaba tanto tiempo.

Por encima de todo, quería cuidar de sus gusanos.

Tal como esperaba, los prospectores pasaban los duros días y noches concentrados en sus excavaciones, con la esperanza de encontrar el legendario tesoro de melange del Tirano. Vehículos de exploración se enfrentaban al clima hostil para llegar a las regiones polares cargados de sensores y sondas, mientras los hombres hacían pequeñas perforaciones de prueba, buscando infructuosamente ve tas de especia. La inmensa partida de material que le había proporcionado el crucero de Edrik incluía un vehículo terrestre con una base ancha que podía desplazarse incluso por el terreno más escarpado. Cuando los prospectores partieron, Waff llamó a sus cuatro hombres de la Cofradía para que le ayudaran. Sin ojos curiosos que pudieran vigilar, cargaron con grandes dificultades los largos tanques llenos de arena en el vehículo terrestre. Waff saldría en un peregrinaje a la tierra yerma y calcinada que en otro tiempo fuera un mar de dunas.

- Liberaré a los especimenes personalmente. No necesito vuestra ayuda. -Y les ordenó que volvieran a la tiendas de supervivencia de paredes rígidas-. Quedaos y preparad la comida… y aseguraos de seguir los preceptos adecuados. Les había dado instrucciones precisas al respecto-. Cuando deje libres a los gusanos, volveré para hacer una celebración.

No quería que Guriff y sus hombres ni ninguno de aquellos indignos ayudantes de la Cofradía estuvieran presentes en un momento tan sagrado y privado. En el día de hoy restituiría el Profeta a Rakis, al planeta al que pertenecía. Ataviado con ropas protectoras, introdujo las coordenadas y se alejó con los dos largos acuarios en la parte posterior del vehículo. Fue en dirección este, hacia el cielo naranja y rojizo del amanecer.

Aunque allí el paisaje estaba calcinado, erosionado e irreconocible, Waff sabía exactamente adónde iba. Antes de viajar a Rakis, había rescatado los viejos mapas y, dado que los destructores de las Honoradas Matres habían alterado el eje magnético del planeta, había recalibrado cuidadosamente los mapas en órbita. Tiempo ha, el Mensajero de Dios le había llevado deliberadamente al sietch Tabr. Debía de ser un lugar sagrado para los gusanos, y a Waff no se le ocurría un lugar más apropiado para soltar a aquellas criaturas blindadas y mejoradas. Se dirigió hacia allí.

La luz de aquel cielo velado por el polvo bañaba el suelo vitrificado de extraños colores. Waff notaba que los gusanos se agitaban en los tanques, impacientes por volver al desierto. A casa.

En el crucero, Waff había estado observando a aquellas criaturas inquietas, calibrando su crecimiento en el laboratorio. Sabía que los gusanos eran peligrosos, y que un confinamiento prolongado en tanques pequeños les chupaba la fuerza. Incluso en condiciones cuidadosamente controladas, no había sido capaz de replicar un entorno óptimo, y los especimenes se habían debilitado. Algo estaba mal.

Pero se sentía lleno de esperanza. Ahora que estaba allí, todo volvería a ir bien. ¡El sagrado Rakis! Solo rezaba para que el herido planeta dunar pudiera lograr lo que un maestro tleilaxu no podía y ofreciera algún inefable beneficio a los gusanos, al Profeta.

Cuando Waff llegó a la llanura y vio la roca fundida, recordó la línea de peñascos erosionados que había servido de protección a la ciudad fremen subterránea. Detuvo el vehículo. Una corteza vitrificada -granos de roca fundidos por las explosiones de unas armas incomprensibles- cubría lo que antes era arena. Pero los gusanos sabrían lo que tenían que hacer.

Detrás del vehículo, Waff se detuvo un momento y cerró los ojos en una plegaria a su Dios y su Profeta. Y entonces, con un ademán, soltó las paredes de plaz de los tanques y dejó que la arena se derramara. Largas siluetas serpentinas saltaron como muelles desenrollados y cayeron al suelo alrededor del vehículo. Waff contempló con asombro sus cuerpos gruesos y segmentados, la fluidez de sus movimientos.

- ¡Ve, Profeta! Reclama tu mundo.

Ocho gusanos se deslizaban sobre el suelo liso y duro. Ocho, un número sagrado para los tleilaxu.

Las criaturas se dispersaron siguiendo caminos aleatorios, mientras él observaba con reverencia. Waff esperaba que pudieran penetrar la corteza de arena fundida y adentrarse en las capas más blandas de terreno de debajo, para lo cual los había diseñado. Cada uno de los especimenes llevaba implantado un diminuto localizador que le permitiría seguirlos y continuar con sus investigaciones.

Sin embargo, los gusanos dieron la vuelta y rodearon el vehículo, acercándose cada vez más. Acechándolo. En un momento de pánico, Waff se quedó paralizado. Desde luego eran lo bastante grandes para atacarle y matarle.

- Profeta, no me hagas daño, te he traído de vuelta a Rakis. Eres libre de volver a convertir este lugar en tu reino.

Los gusanos levantaron sus cabezas romas, ondeando adelante y atrás. ¿Están tratando de decirme algo? Waff se esforzó por comprender. ¿Es

posible que sus movimientos hipnóticos fueran una danza extraña? ¿Una maniobra predatoria?

No se movió. Esperó.

Si aquel paisaje era demasiado inhóspito para ellos y el Profeta necesitaba comérselo para poder sobrevivir, Waff estaba preparado para donar la carne de su cuerpo deteriorado. Si aquel tenía que ser su fin, que así fuera.

Y entonces, como si obedecieran a una señal silenciosa, los gusanos se volvieron al unísono y se alejaron con rapidez, flexionando sus segmentos sobre las dunas vítreas. Al final se detuvieron, inclinaron sus cabezas blindadas hacia abajo y rompieron la superficie. Penetraron aquella corteza dura y se lanzaron hacia abajo, perforando las arenas prístinas y estériles. ¡Volvían al desierto! A Waff el corazón no le cabía en el pecho. En aquel momento supo que sobrevivirían.

Cuando volvía hacia el vehículo, se dio cuenta de que tenía lágrimas en los ojos.

8

Cuando las fuerzas están dispuestas y la batalla final ha empezado, el desenlace puede decidirse en unos instantes. Recordad esto: cuando se dispara el primer tiro, la mitad de la batalla ya ha acabado. La victoria o la derrota pueden venir determinadas por los preparativos que se realizan semanas o incluso meses antes.

BASHAR MILES TEG, solicitud de asignación de recursos a las Bene Gesserit.

El fabricador mayor Shayama Sen accedió a ir a Casa Capitular pero el dignatario ixiano permaneció a bordo de su nave, en órbita, muy por encima de las operaciones de recuperación. No pensaba exponerse a los vestigios de la epidemia, por mucho que ya hubiera completado su ciclo.

Murbella tuvo que subir a la nave para hacer sus peticiones… pero bajo las condiciones más rigurosas de cuarentena. Encerrada en una esfera de descontaminación, como un espécimen de laboratorio en un tanque, se sentía ridícula e indefensa. Aunque el paso por la atmósfera lo había calcinado y luego estuvo expuesto al vacío del espacio, el casco exterior de la esfera fue sometido a un proceso adicional de irradiación y esterilización. Mecanismos de seguridad, redundancias. Una paranoia justiciada, pensó para sus adentros. Aunque Murbella no podía reprocharle que tomara tantas precauciones, el ixiano tenía muchas cosas que explicar.

Mientras esperaba en el interior de su cámara sellada en la nave de la Cofradía (guiada por un compilador matemático, no por un navegante), Murbella recuperó la compostura. Aunque aún se sentía dolorida y deshecha por el duelo con Kiria, estaba satisfecha, porque su agresiva respuesta a aquel estúpido juego de poder era necesaria. Ahora ninguna de las otras hermanas la desafiaría, de modo que su posición como madre comandante era incuestionable.

Una vez más, Murbella maldijo a las Honoradas Matres rebeldes y su inconsciencia al destruir los inmensos astilleros y los talleres de armamento de Richese. De no haber sucedido aquello, con Ix y Richese produciendo armamento, la humanidad podría haber consolidado una fuerza defensiva importante. Y en cambio ahora Ix era el centro industrial principal, y el fabricador mayor se sentía en posición de mostrarse intratable. ¡Necios cortos de vista!

Shayama Sen entró en la gran sala con paredes de metal y tomó un confortable asiento ante ella. Se mostraba condescendiente y confiado, mientras que ella se sentía como un animal enjaulado.

- ¿Me ha convocado alejándome de nuestro trabajo, madre comandante?

A pesar de lo incómodo de su posición, Murbella trató de tomar las riendas de la reunión.

- Fabricador mayor, ha tenido tres años para duplicar los destructores que les proporcione, pero lo único que hemos recibido a cambio de nuestros pagos en melange son informes de pruebas y una promesa detrás de otra. El Enemigo ha destruido más de un centenar de planetas, y sus naves de batalla se acercan. Casa Capitular misma ha estado a punto de sucumbir por una epidemia.

Sen hizo una reverencia formal.

- Somos plenamente conscientes, madre comandante, y tiene mis condolencias. -Se puso en pie y se sirvió un vaso de agua de una jarra, luego se puso a recorrer ociosamente la gran sala de reuniones, alardeando de su libertad.

La ira encendió las mejillas y el cuello de Murbella. ¿Cómo podía aquel hombre hablar con tanta calma cuando la civilización humana se estaba desmoronando?

- Requerimos las armas que nos prometió… sin más dilaciones.

Sen golpeó sus uñas con dibujo de circuitos entre sí, contemplando la esfera de contención con mirada indiferente.

- Pero no hemos recibido el pago completo, y nos llegan noticias de que vuestra Nueva Hermandad tiene serias dificultades económicas. Si seguimos dedicando todos nuestros recursos a estos destructores y no cumple…

- La cantidad de melange que acordamos será vuestra en el momento en que terminen de instalar los destructores en las nuevas naves de guerra. Y usted lo sabe. -No se atrevía a decir a Sen que había utilizado una buena parte de sus stocks de especia para ayudar a sus compañeras Reverendas Madres a combatirla epidemia.

- Ah, pero si vuestra especia está contaminada por la epidemia ¿qué servicio puede hacernos? ¿En que otra moneda pueden pagar?

Murbella no podía creerse tanta obcecación.

- La especia no esta contaminada. Aplicaremos tantas medidas de esterilización como exijáis.

- ¿Y si eso destruye su eficacia?

- Entonces les entregaremos la especia tal cual para que la descontaminen como consideren oportuno. ¡Deje de perder el tiempo hablando de tonterías, la extinción de la raza humana es inminente!

Sen parecía escandalizado.

- ¿Tonterías, dice? Las propiedades de la especia son complejas y podrían verse afectadas por medidas tan agresivas. La sustancia no tiene ningún valor para nosotros si no la podemos usar.

- El virus de la epidemia tiene una vida corta. A menos que pase de un huésped a otro, la enfermedad se consume enseguida. Pueden colocarla especia en una luna sin atmósfera durante un año si así lo quieren.

- Pero las dificultades e inconvenientes… Creo que las circunstancias exigen una renegociación del precio. Si la pared del contenedor no lo hubiera evitado, Murbella lo habría matado por su insolencia.

- ¿Tiene usted idea de la destrucción que el Enemigo está acarreando?

El hombre frunció los labios.

- Permita que prescinda de sutilezas, madre comandante. Las Honoradas Matres provocaron al Enemigo, y por eso lanzó su flota contra ellas y luego contra todos los demás. Vuestra asociación con las rameras ha sido una locura, toda la humanidad ha pagado por ello. Ix no tiene ninguna pugna con estos invasores robóticos. Y puesto que han evolucionado de las

antiguas máquinas pensantes, es posible que los ixianos tengamos más en común con ellos que con unas hembras manipuladoras y asesinas.

Ah. Murbella empezaba a entender. Mientras escuchaba la voz áspera de su Odrade interior de miles de Reverendas Madres que le daban consejo enfervorecidas, Murbella se obligó a mantener la calma. Era evidente que el ixiano estaba tratando de provocarla. Pero ¿por qué? ¿Para distraerla? ¿No había logrado realmente los progresos que decía en el desarrollo de los destructores? ¿Iba la producción con retraso?

Escogió un truco que esperaba que atajara tanto disparate.

- Autorizo un aumento del treinta por ciento en vuestra asignación de especia, que se pondrá en un fondo en el Banco de la Cofradía que escojáis. ¿Le parece que bastará para compensar los inconvenientes? Sin embargo, el pago dependerá de que entreguen el armamento estipulado en nuestro contrato. La Cofradía a nos ha entregado las naves. Y bien ¿dónde están mis destructores?

Shayama Sen hizo una reverencia aceptando la oferta retirando sus objeciones.

- Nuestros planetas manufacturadores están trabajando a pleno rendimiento. Empezaremos a instalar los destructores en vuestras nuevas naves inmediatamente.

- Daré instrucciones. -Se puso a andar arriba y abajo en la burbuja de descontaminación como un tigre de Laza. El olor a antiséptico que se colaba por los filtros de aire le daba náuseas. No creía que los conductos de circulación de la cámara funcionaran correctamente-. ¿Cómo sabemos que vuestras armas funcionarán como dice?

- Nos proporcionaron los originales y nosotros los hemos duplicado con exactitud. Si los originales funcionaban, estos también.

- Claro que funcionaban. ¿Ya ha visto lo que queda de Rakis y de Richese?

- Entonces no tienen nada que temer.

- A partir de ahora insisto en tener inspectoras Bene Gesserit y supervisoras en las cadenas de producción de vuestras factorías. Esto permitirá justificar cuanto hace y le hará estar atento a posibles sabotajes.

Shayama Sen pensó en aquella petición, pero no encontró ningún argumento legítimo para oponerse.

- Mientras vuestras mujeres no interfieran en nuestro trabajo, pueden estar. ¿Es todo?

- También necesitamos presenciar una prueba antes de entrar en combate.

Sen volvió a sonreír.

- ¿Quiere que aniquilemos un planeta solo para demostrar algo? Mmm, veo que los métodos de las Honoradas Matres persisten en vuestra Nueva Hermandad. - Chasqueó la lengua-. Les daré informes completos de las pruebas realizadas e incluso prepararemos una demostración si es lo que quiere.

- Revisaremos sus datos, fabricador mayor. Transmítalos a Casa Capitular y prepare una demostración que pueda ver con mis propios ojos.

El hombre volvió a chocar sus uñas de silicona, un tic nervioso muy irritante.

- Muy bien. Encontraré un bonito planetoide que volar para vuestro entretenimiento.

Murbella se pegó a la pared curvada y transparente de la esfera.

- Hay otra cosa en la que debo insistir. Se han encontrado Danzarines Rostro en muchos mundos, manipulando gobiernos, debilitando nuestras defensas. Algunos incluso han conseguido infiltrarse en Casa Capitular. Necesito tener la seguridad de que usted no es uno de ellos.

Sen retrocedió sorprendido.

- ¿Me acusa de ser un Enemigo, un operativo Danzarín Rostro?

Murbella se apoyó contra la pared sólida, mirándolo fríamente. La indignación del hombre no la convencía. Manipuló los controles internos de la burbuja y un pequeño contenedor sellado se abrió cerca de la base de la cámara. Era un cajón de esterilización, una autoclave y baño químico. El paquete salió del otro lado con una vaharada de vapor para que el fabricador mayor lo cogiera.

- Es un test que hemos desarrollado. Tras analizar a los especimenes Danzarines Rostro que hemos encontrado muertos entre nosotros, hicimos unas pruebas genéticas y hemos desarrollado este indicador infalible. Y ahora, fabricador mayor, quiero que se haga el test delante de mí.

- No lo haré. -El hombre suspiró con suficiencia.

- Lo hará, o no recibirá ni un gramo de nuestra melange.

Sen se puso a dar vueltas otra vez, frunciendo el ceño.

- ¿Qué es este test? ¿Qué hace?

- Está casi totalmente automatizado. -Murbella le explicó el principio y los pasos que había que seguir-. Como bono, le diré que podemos autorizar a Ix a producirlos en grandes cantidades. Hay mucha gente recelosa que ve Danzarines Rostro por todas partes. Podía sacar unos bonitos beneficios vendiendo estos kits.

Sen lo pensó.

- Quizá tenga razón.

Bajo la mirada atenta de Murbella, el siguió los pasos, lo bastante cerca de la burbuja para que ella pudiera ver cada uno de sus movimientos. Por lo que sabían, no era fácil burlar esta prueba, y el fabricador mayor no había tenido tiempo de pergeñar un engaño. Murbella esperó con profundo interés, y se sintió aliviada cuando el indicador señaló que era totalmente humano. Shayama Sen no era un Danzarín Rostro.

Con expresión irritada, el hombre sujetó el tubo en alto para que Murbella lo viera.

- ¿Está satisfecha?

- Lo estoy. Y le recomiendo que someta a este test a todos sus ingenieros y jefes de sección. Ix es uno de los objetivos donde es más probable que el Enemigo se haya infiltrado. Razón de más para que mis hermanas supervisen vuestro trabajo.

Sen parecía auténticamente preocupado, como si aquella posibilidad no se le hubiera ocurrido.

- Tiene razón, madre comandante. Me gustaría ver esos resultados por mí mismo.

- Entonces, inclúyalos cuando envíe la información sobre los destructores. Entretanto, prepárese para instalar sus armas en todas las naves que lleguen de los astilleros de Conexión. Estamos a punto de lanzarnos en una ofensiva general contra la flota de máquinas pensantes.

9

Todo ser racional necesita de un lugar de extrema serenidad donde la mente pueda divagar después en el recuerdo, a donde el cuerpo ansíe regresar.

ERASMO, notas contemplativas.

Ahora que llevas entre nosotros más de un año, ha llegado la hora de que te enseñe mi lugar especial, Paolo. -El robot independiente agitó un brazo metálico, y sus majestuosas túnicas ondearon en torno a su figura-. Y a ti también, por supuesto, barón Harkonnen.

El barón torció el gesto, su voz rezumaba sarcasmo.

- ¿Tu lugar especial? El lugar especial de un robot…, seguro que nos va a encantar.

Durante el tiempo que él y Paolo habían pasado en Sincronía, el barón había perdido la reverencia y el miedo por las máquinas pensantes. Parecían torpes y grandotas, llenas de redundancias y muy poco impulsivas. Dado que Omnius creía necesitar a Paolo, y necesitaba al barón para tenerlo a raya, los dos estaban seguros. Aun así, el barón sentía la necesidad de mostrar más descaro y volver las circunstancias para su provecho.

En el interior de la ahora familiar cámara que semejaba una catedral, las paredes se convirtieron en un baño de color, como si unos pintores invisibles estuvieran trabajando incansablemente. En lugar de metal neutro y superficies de piedra, los tonos turbios de verde y marrón dieron forma a realistas árboles y pájaros. El techo opresivo se abrió al cielo, y una peculiar música sintetizada empezó a sonar. Un sendero de gemagrava discurría por el exuberante jardín, con cómodos bancos reclinables a intervalos regulares. Un estanque de nenúfares apareció a un lado.

- Mi jardín de contemplación. -Erasmo formó su sonrisa artificial-. Disfruto enormemente de este lugar. Para mí es especial.

- Al menos las flores no apestan. -Paolo arrancó uno de los coloridos crisantemos, lo olió y lo arrojó a un lado del camino. Tras un año de adiestramiento intensivo, por fin había convertido la personalidad del joven en algo de lo que podía estar orgulloso.

- Todo esto es encantador -dijo el barón secamente-. Y totalmente inútil.

Cuidado con lo que le dices, abuelo, le advirtió la voz de Alia en su interior. No hagas que nos maten. Era uno de sus continuos sermones.

- ¿Hay algo que te preocupa, barón? -preguntó Erasmo-. Este debería ser un lugar de paz y contemplación.

¡Mira qué has hecho! Sal de mi cabeza.

Pero es que estoy atrapada aquí contigo. No puedes deshacerte de mí. Ya te mate una vez con el gom jabbar y si te manipulo un poco puedo volver a hacerlo.

- Veo que con frecuencia te torturan pensamientos perturbadores. -Erasmo se acercó-. ¿Quieres que te abra el cráneo y mire dentro? Podría arreglarlo.

¡Ten cuidado conmigo, Abominación! ¡Que a lo mejor acepto la oferta!

El barón contestó con una sonrisa forzada.

- Estoy impaciente por saber cómo podemos colaborar con Omnius. Vuestra guerra contra los humanos ya hace tiempo que dura, y hace un año que somos vuestros invitados. ¿Cuándo podremos hacer lo que queríais que hiciéramos?

Paolo dio una parada a un trozo suelto de hierba en el sendero de gemagrava.

- Sí, Erasmo. ¿Cuándo nos podremos divertir?

- Pronto. -El robot hizo girar sus túnicas y guió a sus acompañantes por el jardín.

El muchacho acababa de pasar su décimo primer cumpleaños y se estaba convirtiendo en un jovencito fuerte, musculoso y diestro. Gracias a la influencia continuada del barón, todo rastro de su personalidad Atreides anterior había desaparecido. Erasmo había supervisado personalmente el vigoroso entrenamiento de Paolo en la lucha contra meks de combate, y todo para prepararlo para su supuesto papel de kwisatz haderach.

Pero el barón seguía sin acabar de entender por qué. ¿Qué podía importarles a los robots una oscura figura religiosa de la historia antigua?

Erasmo les indicó que tomaran asiento en un banco cercano. La música sintetizada y los cantos de pájaros que los envolvían subieron de volumen y se hicieron más enérgicos hasta que se convirtieron en melodías

superpuestas. La expresión del robot volvió a cambiar, como si estuviera en un ensueño.

- ¿No es hermoso? Lo he compuesto yo mismo.

- Impresionante. -El barón detestaba aquella música, era demasiado blanda y pacífica. Él prefería composiciones más cacofónicas y discordantes.

- Con el transcurso de los milenios, he creado imponentes obras de arte e ilusiones. -El rostro y el cuerpo de Erasmo cambiaron y adoptó una apariencia completamente humana. Incluso sus ropas extravagantes e innecesarias cambiaron, hasta que ante ellos se encontraron a una ancianita de aspecto maternal vestida con estampado de flores y con una pequeña pala en la mano-, Esta es una de mis favoritas. La he perfeccionado con los años, ayudándome con las vidas y más vidas que me traen mis Danzarines Rostro.

Con la pequeña pala cavó en la tierra simulada junto al banco deshaciéndose de unas malas hierbas que el barón sabía que un momento antes no estaban ahí. Un gusano salió de entre la tierra removida y la anciana lo partió por la mitad con la pala. Las dos partes de la criatura se desvanecieron en la tierra.

Un tono afable impregnaba su voz, no muy distinto del de una abuela cuando esta contando un cuento a sus nietos junto al lecho.

- Hace mucho tiempo, durante vuestra vida original, querido barón, un investigador tleilaxu llamado Hidar Fen Ajidica creó una especia artificial que llamó amal. Aunque la sustancia resultó tener muchos defectos, Ajidica consumió grandes cantidades y como resultado fue perdiendo la razón y acabó siendo transferido.

- Un fracasado -dijo Paolo.

- Oh, Ajidica fracasó espectacularmente, pero logró una cosa muy importante. Digamos que fue un efecto secundario. A modo de embajadores, creó una especie muy mejorada de Danzarines Rostro, con los que pretendía poblar un nuevo dominio. Los envió a los confines del espacio como exploradores, colonizadores, para que prepararan el camino. Pero murió antes de poder reunirse con ellos. Pobre loco.

La anciana dejó la palita clavada en el suelo. Cuando se incorporó, se llevó la mano a la rabadilla, como si quisiera calmar un dolor.

- Los nuevos Danzarines Rostro encontraron nuestro imperio mecánico y Omnius me permitió estudiarlos. Pase generaciones trabajando con los cambiadores de forma, aprendiendo cómo extraerles información. Unas máquinas biológicas adorables, muy superiores a sus predecesoras. Sí, están resultando extremadamente útiles para ganar nuestra guerra final.

Al mirar a su alrededor en el jardín ilusorio, el barón vio otras formas, obreros inferiores que parecían humanos. ¿Nuevos Danzarines Rostro?

- Entonces ¿habéis hecho una alianza con ellos?

La anciana frunció los labios.

- ¿Una alianza? Son sirvientes, no asociados. Los Danzarines Rostro están hechos para servir. Para ellos, Omnius y yo somos como dioses, maestros más grandes de lo que jamás fueron los tleilaxu. -Erasmo pareció meditar-. Me gustaría que me hubieran traído a algún maestro antes de que las Honoradas Matres los destruyeran a casi todos. El debate habría sido de lo más esclarecedor.

Paolo llevó la conversación de vuelta al tema que le interesaba.

- Como kwisatz haderach final, yo también seré un dios.

Erasmo rió, con la cadencia de una anciana.

- Cuidado con la megalomanía, muchacho. Ha hecho caer a muchos humanos…, entre ellos a Hidar Fen Ajidica. Espero que pronto tendré la clave para que cumplas tu potencial. Tenemos que liberar al dios que se esconde en tu interior. Y para eso se requiere un poderoso catalizador.

- ¿Qué es? -preguntó el joven.
- ¡Siempre olvido cuán impacientes sois los humanos! -La anciana se sacudió su vestido con estampado de flores-. Por eso me gustan tanto los Danzarines Rostro. En ellos veo el potencial para perfeccionar a los humanos. Ellos son el tipo de humano que las máquinas pensantes podríamos tolerar.

El barón resopló.

- ¡Los humanos nunca serán perfectos! Créeme, he conocido a muchos, y todos son decepcionantes en algún sentido. -Rabban, Piter…, incluso Feyd le había fallado al final.

No te olvides de ti, abuelo. Recuerda, a ti te mató una niña con una aguja envenenada. ¡Ja, ja!

¡Calla! El barón se rascó con nerviosismo la coronilla, como si quisiera atravesar la piel y el hueso para arrancársela. Alia calló.

- Me temo que quizá tengas razón, barón. Tal vez los humanos no tienen arreglo, pero no nos interesa que Omnius lo piense, porque entonces los destruirá a todos.
- Pensaba que eso es lo que estabais haciendo -dijo el barón.
- Hasta cierto punto. Omnius está probando sus habilidades, pero cuando encontremos la no-nave, estoy seguro de que nos pondremos manos a la obra. -La anciana estaba haciendo agujeros en la tierra e introducía plantones que aparecían sin más en sus manos.
- ¿Qué tiene de especial una nave perdida? -preguntó el barón.
- NuestraS proyecciones matemáticas sugieren que el kwisatz haderach está a bordo.
- Pero ¡yo Soy el kwisatz haderach! -exclamó Paolo-. Y a mí ya me tenéis.

La anciana le dedicó una sonrisa seca.

- Tú eres un plan de emergencia, jovencito. Omnius prefiere la seguridad de la redundancia. Si hay dos posibles kwisatz haderach, él los quiere a los dos.

Con una expresión que denotaba desagrado, el barón hizo chasquear sus nudillos.

- Entonces ¿Creéis que hay otro ghola de Paul Atreides en esa nave? ¡No es probable!
- Yo solo digo que en esa nave hay otro kwisatz haderach. Sin embargo, dado que nosotros tenemos un ghola de Paul Atreides, siempre cabe la posibilidad de que haya otro.

10

¿Estamos en la Senda de Oro o nos hemos desviado del camino? Durante tres milenios y medio rezamos para que se nos liberara del Tirano, pero ahora que no está, ¿hemos olvidado cómo vivir Sin una guía tan severa? ¿Sabemos cómo tomar las decisiones necesarias, o nos perderemos irremediablemente en la espesura y nos moriremos de hambre por nuestros propios fallos?

MADRE SUPERIORA DARWI ODRADE, Considerando mi epitafio, archivos sellados Bene Gesserit, registrado antes de la Batalla de Conexión.

Con una gran agitación, Garimi se negó a tomar asiento en los alojamientos privados de Sheeana tantas veces como se le ofreció. Ni siquiera el cuadro de Van Gogh de la pared parecía interesarle. El robo de las minas había llevado las tensiones de siempre a un nivel nuevo y descarnado. Los equipos de búsqueda no habían sido capaces de localizar ninguno de aquellos explosivos. Sheeana sabía que la severa Censora Superior tenía sus sospechas.

- Tú y el Bashar no habéis hecho un buen negocio en Qelso -dijo Garimi-. Dejar allí a toda esa gente y ese material… sin pedir nada a cambio.

- Repusimos suministros.

- ¿Y si algún acto de sabotaje afecta nuestros sistemas de soporte vital? Liet-Kynes y Stilgar eran los más capacitados en temas de conservación, reciclaje y reparaciones. ¿Y si los necesitamos? ¿Piensas desarrollar otros dos?

Sheeana la enfureció, pues se limitó a contestar con una sonrisa tranquila y divertida.

- Podría hacerse, pero pensé que sospechabas de todos los niños ghola. ¿Y me dices que quieres que vuelvan Liet y Stilgar? Además, quizá Liet tenía razón; quizá era su destino permanecer en Qelso.

- Bueno, ahora sabemos que ninguno de los dos era el saboteador… aunque con Yueh no estoy del todo convencida.

Sheeana miró las luminosas pinceladas de color que el artista de la antigüedad había convertido en una imagen tan poderosa. Van Gogh era un genio.

- Di un paso necesario, basándome en nuestras necesidades y prioridades.

- ¡Difícilmente! Te plegaste a las exigencias de aquellos nómadas asesinos cuando no quisieron aceptar a las Bene Gesserit en su planeta. Tendríamos que haber creado una nueva escuela allí, y en cambio ahora… ¡la nave podría explotar en cualquier momento!

Ah, ahí está, eso es lo que realmente le preocupa.

- Sabes perfectamente que habría estado encantada de dejar que tú y tus seguidoras os instalarais allí. -Se obligó a reír-. Pero no estaba dispuesta a iniciar una guerra con la población de Qelso. Podemos enseñar a otros los entresijos de los sistemas de soporte. La nave sobrevivirá, como ha hecho durante décadas.

Garimi, que no estaba de humor, dijo:

- ¿Sobrevivir cómo? ¿Creando otro ghola que nos salve? Esa es siempre tu solución, tanto si se trata de una Abominación como Alia, un traidor como Yueh o Jessica, o un tirano como Leto II. Al menos Pandora tuvo el sentido común de cerrar la caja.

- Pues yo la quiero bien abierta. Quiero recuperar la historia, sobre todo a Paul Atreides… y Thufir Hawat. Sin duda los conocimientos del Maestro de Armas de la Casa Atreides nos serían muy útiles.

- Hawat fracasó estrepitosamente la última vez que trataste de despertarle.

- Volveremos a intentarlo. Y Chani será un excelente incentivo a la hora de despertar a Paul. Jessica también está a punto. Incluso Leto II.

Los ojos de Garimi destellaron.

- Estás jugando con fuego, Sheeana.

- Estoy forjando armas. Y para eso hace falta fuego. -Sheeana se dio la vuelta, indicando claramente que la conversación se había terminado-. He escuchado tus opiniones tantas veces que me las sé de memoria. Hoy comeré con los gholas. Quizá ellos tengan nuevas ideas.

Indignada, la mujer de cabellos oscuros salió tras Sheeana y la siguió hasta el comedor. De pronto Leto II salió de un ascensor, solo y callado, como siempre. El joven de doce años con frecuencia vagaba por los corredores de la no-nave en solitario. En aquellos momentos, miró a las dos mujeres y pestañeó, pero no dijo nada.

Un niño extraño y ensimismado.

Antes de que Sheeana pudiera impedirlo, la Censora superior avanzó hacia Leto, con aire rígido e intimidador. Garimi tenía un nuevo objetivo contra el que dirigir su ira y su frustración.

- Y bien, Tirano, ¿dónde esta tu Senda de Oro? ¿Adónde nos ha llevado? Si tan presciente eras, ¿por qué no nos alertaste de la llegada de las Honoradas Matres o el Enemigo?

- No lo sé. -El muchacho parecía auténticamente perplejo-. No me acuerdo.

Garimi lo estudió con desagrado.

- ¿Y si recordaras qué? ¿Serías el Dios Emperador, el mayor carnicero de toda la historia de la humanidad? Sheeana cree que podrías salvarnos, pero yo digo que el Tirano podría fácilmente destruirnos. Es lo que mejor se te da. No os quiero ni a ti ni a tu monstruoso ego de vuelta, Leto II. Tu Senda de Oro es un camino sin salida, un cenagal.

- La Senda de Oro no es de este muchacho -dijo Sheeana sujetando a la mujer con fuerza por el brazo-. Déjale en paz.

Leto dio un paso rápido para rodearlas y se alejó a toda prisa por el corredor. Garimi observó con gesto triunfal a Sheeana, que se limitó a mirarla como si fuera una necia que se deja llevar por un estallido irracional.

***

A Leto los ojos y los oídos le escocían por las acusaciones de la Censora Superior, pero no pensaba llorar. Una persona sabia no malgasta el agua tratando de ahogar sus emociones; eso lo sabía del viejo Dune. Mientras se alejaba de Sheeana y la insufrible Censora Superior y de todos los que pensaban que sabían lo que había que esperar de él, el muchacho negó en silencio lo que había dicho Garimi y trató de bloquear las cosas que el mismo sabía.

Yo fui el Dios Emperador, el Tirano. Yo creé la Senda de Oro… pero mientras mis recuerdos me estén vedados, ¡no puedo entender realmente qué significa! A pesar de todo lo que había aprendido de su vida original, Leto se sentía como un niño de doce años que no había pedido volver a nacer.

Dirigió su tubo de transporte a las cubiertas inferiores, buscando un lugar donde sentirse más cómodo y seguro. Al principio, pensó en buscar el viento huracanado de las cámaras de recirculación de aire y los conductos que bombeaban la atmósfera, pero las estrictas medidas de seguridad impuestas por el bashar Teg y el amigo de Leto, Thufir, le habían cerrado todo acceso.

Antes de su desagradable encuentro con Garimi, Leto iba a buscar a Thufir para su sesión de entrenamiento. Aunque el otro ghola tenía diecisiete años y responsabilidades junto al Bashar, entrenaba con frecuencia con Leto. A pesar de su juventud y su tamaño, Leto II era altamente competitivo, incluso frente a un oponente más grande y más fuerte. En los últimos años cada uno había sido un reto para el otro.

Pero en aquellos momentos Leto necesitaba estar solo. Llegó a los niveles inferiores y se plantó ante el acceso principal a la enorme cubierta. Las cámaras de seguridad ya le habrían localizado. Tragó con dificultad. Nunca se había atrevido a entrar allí solo, aunque había pasado horas mirando a los gusanos cautivos a través del plaz.

Dos jóvenes guardias estaban en el corredor, controlando el acceso a la cubierta. Al ver que el muchacho se acercaba, se pusieron en alerta.

- Esta es una zona restringida.

- ¿Restringida para mí? ¿Sabéis quién soy?

- Eres Leto el Tirano, el Dios Emperador -dijo la mujer; como si estuviera contestando la pregunta de una censora. Era Debray, una de las hijas que las Bene Gesserit habían engendrado en el espacio después de la huida de la no-nave.

- Y esos gusanos forman parte de mí. ¿No recordáis la historia?

- Son peligrosos -contestó el guarda masculino-. No tendrías que entrar.

Leto miró a aquellos dos con calma.

- Sí, debo hacerlo. Sobre todo ahora. Necesito sentir la arena, percibir el olor a melange, los gusanos. -Entrecerró los ojos-. Podría ayudarme a recuperar los recuerdos, tal como desea Sheeana.

Debray pensó en esto, frunciendo el ceño.

- Sheeana dijo que había que utilizar cualquier método posible para provocar el despertar de los gholas.

El guarda se volvió a su compañera.

- Busca a Thufir Hawat e infórmale. Esto es altamente irregular.

Leto se acercó a la pesada puerta.

- Solo quiero entrar, no me alejaré de la escotilla. Los gusanos siempre se quedan por la zona del centro ¿no es verdad? -Y con descaro utilizó los sencillos controles para abrir la puerta-. Conozco a esos gusanos. Thufir lo entenderá. Él tampoco ha podido recuperar aún sus recuerdos.

Antes de que los guardias se pusieran de acuerdo para detenerlo, Leto estaba dentro. La arena misma parecía emitir una especie de chisporroteo, de estática. La temperatura era cálida, el aire estaba tan seco que la garganta le quemaba. El poderoso olor a arena y canela impregnaba sus fosas nasales. Desde el extremo más alejado de la cubierta de un kilómetro de largo, los grandes gusanos se dirigieron hacia él.

El solo hecho de estar sobre la arena hizo viajar al muchacho a un lugar sobre el que había leído profusamente en la biblioteca de la no-nave. El verdadero Arrakis, que había pasado de desierto a jardín durante su extensa vida. Ahora el calor seco requemaba su piel. Leto respiraba en alientos profundos y relajantes, cuajados de olor a melange.

Sin molestarse en ser silencioso, Leto avanzó por la arena, hundiéndose hasta las rodillas en las dunas. No hizo caso de los grito; de advertencia de los guardias y siguió alejándose de la pared de metal. Aquello era lo más parecido a un desierto que aquellos gusanos habían conocido.

Leto trepó a lo alto de una duna y, mientras miraba a los límites de la cubierta, imaginó cuán extraordinario debió de ser Arrakis. Ojalá pudiera recordar. La duna sobre la que estaba era pequeña comparada con una real; también los siete gusanos de la cubierta eran más pequeños que sus ancestros, que habían crecido sin trabas.

Ante él, el gusano de mayor tamaño se deslizaba por la arena, seguido de los otros. Leto sentía una conexión con ellos. Era como si aquellas magníficas bestias intuyeran su dolor mental y quisieran ayudarle, incluso si sus recuerdos aún estaban encerrados en una cámara ghola.

Inesperadamente las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas… no de ira por Garimi, sino de alegría y reverencia. ¡Lágrimas! No fue capaz de controlar el flujo de humedad. Quizá si moría allí, su cuerpo se reabsorbería en la carne de los gusanos y atrás quedarían sus miedos y expectativas.

Aquellos gusanos eran sus descendientes, cada uno con un pedacito de su antigua conciencia. Somos una misma cosa. Leto los llamaba. Aunque sus células de ghola aún no habían liberado los recuerdos de los miles de años de su vida original, los gusanos también tenían recuerdos profundos.

- ¿Estais soñando ahí dentro? ¿Estoy yo ahí?

A unos cien metros de él, los gusanos se detuvieron y volvieron a sumergirse en la arena uno tras otro. Intuía que su presencia no era una amenaza, Sino una… protección. ¡Le reconocían!

Desde la puerta, Leto oyó una voz familiar que gritaba su nombre. Al mirar vio al ghola de Thufir Hawat haciéndole señas para que volviera.

- Leto, cuidado, no tientes a los gusanos. Eres mi amigo, pero si alguno de ellos te come no pienso saltar a su garganta para recuperarte. -Thufir trató de reír, pero parecía muy nervioso.

- Solo necesito estar a solas con ellos. -Leto notó que algo se movía bajo la arena. No temía por su seguridad, pero no deseaba poner en peligro la vida de su amigo. Percibió una fuerte vaharada, el olor acanelado de la especia.

- ¡Sal de ahí! ¡Ahora!

Y entonces, controlando el miedo, Thufir se aventuró a acercarse más, hasta que estuvo a solo unos metros.

- ¿Suicidarte con un gusano? ¿Es eso lo que pretendes? -Miró atrás, a la entrada, preguntándose claramente si aún estaría a tiempo de volver. Líneas de preocupación surcaban sus facciones. Parecía aterrado, por sí mismo y por Leto, y trataba de controlar sus instintos. Y a pesar de ello siguió avanzando, como si se sintiera arrastrado hacia su amigo.

- Thufir, quédate atrás. Tú corres más peligro que yo.

Los gusanos sabían que había alguien más en sus dominios. Pero parecían mucho más agitados de lo que podía justificar la presencia de un intruso. Leto intuyó odio, una reacción desquiciada e instintiva. Salto hacia Thufir para salvarle. Su amigo parecía debatirse consigo mismo.

Hubo un estallido de arena y los gusanos los rodearon a los dos.

Las criaturas se elevaron sobre las dunas bajas, sus rostros redondos se movieron a un lado y a otro, buscando.

- Leto, tenemos que irnos. -Thufir lo agarró por la manga. Su voz era ronca, irregular-. ¡Vamos!

- Thufir, no me harán daño. Y siento… siento que podría hacer que se fueran. Pero están profundamente trastornados. Hay algo… ¿en ti? -Leto intuía algo que no acababa de entender.

Simultáneamente, los gusanos saltaron como arietes contra los dos muchachos. Thufir saltó para apartarse de Leto y perdió pie. Leto trató de ir hacia él, pero el gusano más grande apareció repentinamente entre los dos, esparciendo polvo y arena. Otra bestia surgió del otro lado de un Thufir transfigurado, estirando su cuerpo sinuoso en el aire.

Thufir dejó escapar un grito estremecedor. No sonaba en absoluto como el amigo que Leto conocía. Ni siquiera sonaba a humano.

Los gusanos atacaron a Thufir, pero no se limitaron a devorarlo. Como si les moviera la sed de venganza, el gusano más grande se dejó caer encima de él, aplastando su cuerpo contra la arena. Un segundo gusano se irguió y rodó sobre el cuerpo roto de Thufir Hawat. Y un tercero. Luego los tres retrocedieron, como si estuvieran orgullosos de lo que habían hecho.

Leto corrió hacia el cuerpo trastabillando por la arena, ajeno a la amenaza de los gusanos. Se dejó caer por una duna y cayó a cuatro patas junto a la figura parcialmente enterrada.

- ¡Thufir!

Pero el rostro que vio no era el de su amigo. Las facciones eran pálidas y neutras, el pelo incoloro, la expresión inhumana. Los botones negros de los ojos estaban desenfocados y muertos.

Thufir era un Danzarín Rostro.

11

He aquí mi máscara… es exactamente como la tuya. Nadie puede ver cómo es su máscara mientras la lleva puesta.

La rueda del engaño, comentario tleilaxu.

Un gran revuelo entre la jerarquía de la no-nave. Asombro. Ni siquiera Duncan Idaho acertaba a imaginar cómo había podido pasar. ¿Cuánto tiempo hacía que el Danzarín Rostro los vigilaba en la no-nave? El cuerpo feo y destrozado no dejaba lugar a dudas.

¡Thufir Hawat era un Danzarín Rostro! ¿Cómo es posible que fuera él?

El guerrero mentat original había servido a la Casa Atreides. Hawat había sido un amigo fiel… pero no esta versión falsa. Y durante todo ese tiempo, en los tres años de sabotajes y puede que más, Duncan no había sabido detectar al Danzarín Rostro en Hawat, ni tampoco el bashar Teg, su mentor. Ni las hermanas Bene Gesserit, o los otros niños ghola. Pero ¿Cómo?

Una pregunta aún peor estaba suspendida entre ellos, ennegreciendo el pensamiento de Duncan como un eclipse de sol: Hemos encontrado un Danzarín Rostro. ¿Hay otros?

Miró a Sheeana, al impresionado Leto II, y a los dos guardias perplejos, que contemplaban aquel cuerpo extraño.

- Tenemos que mantener esto en secreto hasta que sepamos a qué atenernos con cada persona de la nave. Tenemos que vigilarlos, encontrar la forma de probarlos…

Ella estuvo de acuerdo.

- Si hay otros Danzarines Rostro a bordo, tenemos que actuar antes de que sepan qué ha pasado. -Con la Voz Bene Gesserit, utilizando un tono que equivalía a un golpe verbal, dijo a los guardias-. No hablaréis de esto con nadie.

Ellos se quedaron paralizados. Sheeana ya estaba haciendo planes para confinar a todo el pasaje y realizar un barrido extensivo. Con sus facultades de mentat de Duncan buscaba tratando de entender lo que había pasado, pero los interrogantes desafiaban cualquier intento de encontrar una lógica.

Uno se elevaba por encima de los demás: ¿Cómo vamos a saber si una prueba funciona? Thufir había pasado por el interrogatorio de las Decidoras de Verdad, como todos en la nave. O sea, que aquellos nuevos Danzarines Rostro podían eludir incluso el sentido de la verdad de las brujas.

Si el joven ghola había sido reemplazado por un Danzarín Rostro en algún punto, ¿cómo es posible que hubiera pasado sin que Duncan se enterara? ¿Y cuándo? ¿Se había topado fortuitamente el verdadero Thufir con algún Danzarín Rostro en algún pasaje oscuro de la nave? ¿Uno de los supervivientes secretos de las naves kamikazes de los adiestradores? ¿De qué otro modo si no podía haber subido un Danzarín Rostro a la no-nave?

Al asumir la identidad de la víctima, el Danzarín Rostro se imprimaba con una copia perfecta de la personalidad y los recuerdos del original y creaba de este modo un duplicado perfecto.

Y sin embargo el falso Thufir había arriesgado su vida por el joven Leto II entre los gusanos. ¿Por qué? ¿Cuánto del verdadero Thufir había en aquel Danzarín Rostro? ¿Había llegado a haber un ghola de Thufir auténtico?

Al principio, cuando el Danzarín Rostro quedó al descubierto, Duncan sintió alivio porque el saboteador por fin había sido descubierto y estaba muerto. Pero tras un rápido análisis mentat, enseguida encontró varios actos de sabotaje en los que Thufir tenía una coartada perfecta. Él mismo estaba con él durante algunos de ellos. La proyección siguiente era incontrovertible.

Hay más de un Danzarín Rostro entre nosotros.

***

Duncan y Teg se reunieron en una pequeña sala con paredes de cobre diseñada para reuniones privadas, aislada de todos los mecanismos de escaneo. Ciertos detalles sutiles parecían indicar que originalmente había sido diseñada como cámara de interrogatorios. ¿Con cuánta frecuencia la habrían utilizado las Honoradas Matres? ¿Y era para torturas o solo por divertimento?

En posición de firmes y con frialdad, Teg y Duncan se presentaron ante las reverendas madres Sheeana, Garimi y Elyen, que habían ingerido las últimas dosis disponibles de la droga del Trance de Verdad. Las tres estaban armadas y se mostraban altamente desconfiadas.

- Bajo diversos pretextos -dijo Sheeana-, hemos aislado prácticamente a todo el mundo, utilizando diferentes capas de observadores. La mayoría creen que estamos buscando los explosivos. Por el momento, muy pocos saben lo sucedido con Thufir Hawat. Los otros posibles Danzarines Rostro quizá no sean conscientes del riesgo que corren.

- Todo esto me habría parecido totalmente absurdo… hasta ahora. Ahora ninguna sospecha me parece paranoica. -Duncan y Teg se miraron y ambos asintieron.

- Mi trance de verdad es más profundo que otras veces -dijo Elyen con voz distante.

- Quizá las otras veces no hicimos las preguntas adecuadas.

- Garimi apoyó los codos en la mesa.

- Preguntad, entonces -dijo Teg-. Cuanto antes estemos libres de sospecha antes podremos arrancar de raíz este cáncer. Necesitamos un test diferente.

Normalmente una Bene Gesserit entrenada podría haber descubierto un engaño con una o dos preguntas, pero aquel extraordinario interrogatorio duró una hora. Dado que necesitaban construir un cuadro de aliados de confianza, Sheeana y sus hermanas tenían que ser concienzudas. Y tenían que hacerlo mejor que la vez anterior. Las tres Reverendas Madres buscaban el más mínimo indicio. Ni Duncan ni Teg les dieron ninguno.

- Os creemos -dijo finalmente Garimi-. A menos que nos deis un motivo para pensar lo contrario.

Sheeana asintió.

- Provisionalmente, aceptamos que vosotros dos sois exactamente quienes decís ser.

Teg parecía amargamente divertido.

- Duncan y yo os aceptamos a las tres. Provisionalmente.

- Los Danzarines Rostro son mimos. Pueden cambiar su apariencia, pero no su ADN. Ahora que tenemos células de muestra del Hawat impostor, nuestros doctores tendrían que ser capaces de desarrollar un test preciso.

- Eso creemos nosotros también -dijo Teg. El Bashar parecía profundamente afectado por la pérdida de su protegido. Ya no daba nada por sentado.

Con un ceño de hierro, Garimi dijo:

- La respuesta más obvia es que Hawat ya nació como Danzarín Rostro, y luego fue cuidadosamente implantado y manipulado por nuestro maestro tleilaxu. ¿Quién puede conocer a los Danzarines Rostro mejor que el viejo Scytale? Sabemos que tenía las células en su cápsula de nulentropía. Si esto es cierto, el engaño se ha prolongado durante casi dieciocho años.

- Un bebé Danzarín Rostro -siguió diciendo Sheeana- puede haber imitado a un bebé humano desde el principio. Y conforme crecía, ha ido moldeando su aspecto basándose en los archivos sobre el joven guerrero-mentat Paul Atreides. Dado que aquí nadie, ni siquiera tú, Duncan, recuerda el aspecto de Hawat cuando era adolescente, tampoco hacía falta que el disfraz fuera perfecto.

Duncan sabía que tenía razón. En su vida original, cuando él escapó de los Harkonnen y fue a Caladan, Thufir Hawat ya era un curtido veterano de guerra. Duncan recordaba su primera conversación real con él. Él era un mozo de establo en castillo Caladan, y trabajaba con los toros salusanos con los que al viejo duque Paulus le gustaba medirse en grandiosos espectáculos. Alguien había drogado a los toros para desbocarlos y el joven Duncan trató de dar la alarma, pero nadie le creyó. Cuando Paulus murió destrozado, Hawat dirigió la investigación en persona, y llevó al joven Duncan ante un consejo de investigación, porque todo indicaba que era un espía de los Harkonnen…

¡Y ahora este Thufir era un Danzarín Rostro! A Duncan aún le costaba aceptar aquella realidad innegable.

- Entonces, todos los otros gholas podrían ser Danzarines Rostro -dijo Duncan-. Sugiero que mandemos llamar a Scytale.

Ahora es nuestro principal sospechoso.

- O podría ser nuestra principal baza -dijo Teg con voz quebradiza-. Como ya ha dicho Garimi, ¿quién puede conocer mejor que él a un Danzarín Rostro?

Cuando el maestro tleilaxu fue conducido a la cámara con paredes de cobre, Duncan y Teg tomaron asiento al otro lado de la mesa, incorporándose al grupo inquisidor que trataba de desarraigar la infiltración de los cambiadores deforma. Scytale parecía asustado e inquieto. El ghola del tleilaxu tenía quince años, pero no parecía un muchacho. Sus rasgos élficos, los dientes afilados y la piel gris le daban un aire extraño y sospechoso, pero Duncan comprendió que eso solo era una respuesta instintiva basada en primitivas supersticiones y experiencias previas.

Cuando Scytale se sentó, Elyen se inclinó hacia delante. Parecía la más severa de todas.

- ¿Qué has hecho, tleilaxu? ¿Cuál es tu plan? ¿Cómo has tratado de traicionarnos? -Utilizó un filo de la Voz, lo suficiente para sobresaltar a Scytale.

- Yo no he hecho nada.

- Tú y tu predecesor genético sabíais muy bien lo que estabais desarrollando en los tanques. Comprobamos las células antes de permitiros crearlos, pero de alguna forma nos engañasteis con Thufir Hawat. -Le mostraron imágenes del Danzarín Rostro muerto.

Duncan vio enseguida que la sorpresa del tleilaxu era auténtica.

- ¿Están todos los otros gholas igualmente tocados? -exigió Sheeana.

- Ninguno lo está -insistió él-. A menos que los hayan reemplazado después de ser decantados.

Elyen entrecerró los ojos.

- Dice la verdad. No percibo ninguno de los indicadores.

- Sheeana y Garimi conferenciaron quedamente entre ellas y asintieron simultáneamente.

- A menos que también sea un Danzarín Rostro -dijo Sheeana.

- No es probable que Scytale sea un sustituto sencillamente porque casi nadie confía en él -Señaló Duncan-. Un Danzarín Rostro elegiría a alguien que pueda moverse fácilmente entre nosotros.

- Alguien como Thufir Hawat -dijo Teg.

El joven Scytale parecía profundamente trastornado.

- Estos nuevos Danzarines Rostro llegaron de la Dispersión.

Los tleilaxu perdidos decían haberlos modificado de una forma que nosotros no entendíamos. Y para mi disgusto, he descubierto que ni siquiera yo soy capaz de detectarlos. Creedme, jamás sospeche de Hawat.

- Entonces, ¿cómo ha llegado a la nave un Danzarín Rostro si no ha salido de las células de tu cápsula de nulentropía? -preguntó Sheeana.

- Es posible que el Danzarín Rostro ya se estuviera haciendo pasar por uno de nosotros cuando abandonamos Casa Capitular -meditó Duncan-. ¿Con cuánta exhaustividad comprobasteis a los ciento cincuenta pasajeros que subieron a la nave durante la huida?

Teg meneó la cabeza.

- Pero ¿por que esperar más de dos décadas para atacar? No tiene sentido.

- Un agente latente, tal vez -sugirió Sheeana-. O quizá el Danzarín Rostro fue otra persona durante un tiempo y ha sustituido a Thufir recientemente.

- Sí, eso, buscad un cabeza de turco -dijo Scytale amargamente, hundiéndose en la silla de interrogatorios extragrande-. Preferiblemente un tleilaxu.

Sheeana tenía fuego en la mirada.

- Como precaución, hemos aislado a todos los gholas en habitaciones separadas donde no puedan causar más daño si resulta que alguno de ellos es un cambiador de forma. Ya he indicado a una de nuestras doctoras Suk que tome muestras de sangre. No escaparán.

Duncan se preguntó si tanta vehemencia no sería una señal de que ella era un Danzarín Rostro. Entrecerró los ojos con gesto receloso mientras la observaba. Tendría que vigilar a tanta gente como pudiera, en todo momento.

Garimi miró a su pequeño grupo de confianza.

- Yo… o alguno de nosotros permanecerá en el puente de navegación y controlará la no-nave mientras todos, absolutamente todos los que viajan en la nave se reúnen en la sala de reuniones principal. Que vayan todos, incluso los niños. Asegurad las puertas y hacedles la prueba. Uno a uno. Descubrid la verdad.

- ¿Qué tests definitivos podemos usar? -preguntó Teg.

Scytale habló en voz muy alta.

- Creo que yo puedo desarrollar un método fiable. Utilizando una muestra de tejido del danzarín Thufir Hawat, preparará un panel comparativo. Hay ciertas… técnicas. Él formaba parte de la nueva raza traída por los tleilaxu perdidos, y es diferente de los antiguos. Pero con esta muestra…

- Y ¿por que íbamos a confiar en ti? -dijo Garimi-. Tu pureza aún no ha sido demostrada.

Scytale adoptó una expresión burlona.

- En alguien tendréis que confiar.

- ¿Ah, sí?

- Permitiré que vuestras expertas me vigilen en todo momento durante los preparativos.

Duncan miró al maestro tleilaxu.

- La sugerencia de Scytale es buena.

- También hay otra opción. Cuando los Danzarines Rostro traicionaron a mis compañeros maestros en Tleilax y nuestros otros mundos, algunos tuvimos tiempo de contraatacar. Creamos una toxina que ataca específicamente a los Danzarines Rostro… un veneno selectivo. Si me permitís acceder al laboratorio, puedo recrear esa toxina y liberarla en forma de gas.

- ¿Con qué propósito? -preguntó Teg. Y entonces su expresión cambió, porque comprendió-. Ah, para propagarla por los sistemas de ventilación del Ítaca. Mataríamos a todos los Danzarines Rostro que queden entre nosotros.

- Para saturar la nave haría falta una cantidad inmensa -dijo Duncan, haciendo con rapidez mentat una estimación del volumen de aire de la inmensa nave, la concentración de gas necesaria para resultar letal para

los cambiadores de forma, la posibilidad de que otros enfermaran y que la tripulación se debilitara.

Garimi no podía creerse lo que estaba oyendo.

- ¿Estás sugiriendo que dejemos que este tleilaxu libere un gas desconocido en la nave? ¡Ellos crearon a los Danzarines Rostro!

Scytale le contestó con una voz llena de desprecio.

- LaS brujas no sabéis pensar. ¿No ves que yo mismo me enfrento a una apurada situación? Estos Danzarines Rostro son nuevos, vinieron con los tleilaxu perdidos… nuestros hermanastros bastardos, que cooperaron con las Honoradas Matres para aniquilar a los viejos maestros como yo. ¡Piensa! Si hay otros Danzarines Rostro en el Ítaca, entonces yo corro un riesgo mucho mayor que ninguno de vosotros. ¿No lo entiendes?

- El gas de Scytale solo se usará como último recurso -dijo Duncan.

Sheeana miró a su alrededor.

- Dejaré que empiece a trabajar en la toxina, pero preferiría que identificáramos a cualquier Danzarín Rostro directamente.

- Y lo interrogáramos -añadió Garimi.

Scytale rió.

- ¿Creéis que podéis interrogar a un Danzarín Rostro?

- Nunca subestimes a una Bene Gesserit.

Sheeana asintió.

- Mientras no descubramos a los infiltrados, mientras no sepamos con seguridad que no hay más Danzarines Rostro, debemos tener siempre a todo el mundo en grupos lo bastante grandes para que ningún cambiador de forma pueda actuar sin ser visto.

- ¿Y si una abrumadora mayoría de nosotros ya hemos sido suplantados? -dijo Teg.

- Entonces estamos perdidos.

***

Con el pasaje confinado, se hicieron pruebas a cada uno de los niños ghola. Leto II fue el primero. Cuando los gusanos se volvieron contra Thufir Hawat, intuyendo de alguna manera a un extraño en el Danzarín Rostro, la sorpresa de Leto parecía genuina. Las imágenes le mostraban mirando con incredulidad al cuerpo. Pero Thufir se había puesto claramente en peligro, fue voluntariamente junto a Leto cuando no tenía por qué. ¿Por que iba a ponerse en peligro un Danzarín Rostro a menos que la copia fuera tan perfecta que incluso la amistad fuera real?

Leto, ghola del Tirano, era muchas cosas extraordinarias. Pero no era un Danzarín Rostro. El análisis genético de Scytale así lo demostró.

Paul Atreides también resultó limpio, junto con Chani, Jessica y la pequeña Alia, que estaba intrigada por las agujas y las muestras. A pesar de los habituales recelos que suscitaba su persona, Wellington Yueh también era quien decía ser.

Cuando Scytale completó los análisis celulares y sanguíneos, Sheeana seguía sin estar satisfecha.

- Incluso si ahora sabemos que podemos confiar en los gholas y eso solo significa que los otros Danzarines Rostro, si es que hay más, deben de haberse escondido entre los otros.

- Entonces comprobaremos a los otros -dijo Garimi-. O utilizaremos el gas de Scytale. Yo me someteré personalmente a cualquier escrutinio que haga falta, una y otra vez, y sugiero que todos hagamos otro tanto.

Scytale levantó sus pequeñas manos asustado.

- Este es un test intensivo. Tengo que preparar paneles suficientes para todo el pasaje, y eso me llevará mucho tiempo.

- Entonces nos tomaremos ese tiempo -anunció Sheeana-, cualquier otro proceder sería una locura.

12

¿Por qué la destrucción nos resulta tan fascinante? Cuando presenciamos una terrible tragedia ¿nos consideramos más listos por haber sido capaces de evitarla? ¿O se debe nuestra fascinación a la excitación y el miedo de saber que nosotros podríamos ser los siguientes?

MADRE SUPERIORA ODRADE, Documentación de consecuencias.

Murbella y Janess -madre e hija, madre comandante y Bashar Suprema- orbitaban cerca del planeta muerto de Richese. Viajaban en una nave de observación, separadas de los equipos de ingenieros que aún desconfiaban de la epidemia de Casa Capitular. Aunque la enfermedad ya había cumplido su ciclo, los ixianos se negaban a estar confinados en el mismo espacio que Murbella y Janess, que sí habían estado expuestas al virus.

A pesar de ello, solas en la pequeña nave, las dos mujeres tenían una vista perfecta del desarrollo de la prueba.

Más de cinco años atrás, naves de Honoradas Matres rebeldes procedentes de Tleilax habían bombardeado Richese, eliminando no solo a su población, sino también sus industrias armamentísticas y la flota de guerra a medio construir que debían entregar a la Nueva Hermandad. Sin embargo, ahora que no había vida en el planeta, era el lugar perfecto para que los ixianos probaran sus nuevos destructores.

Murbella abrió la línea de comunicación y habló a las cuatro naves que les acompañaban para la prueba.

- Le encanta esto… ¿me equivoco, fabricador mayor?

En la pantalla, Shayama Sen arqueó las cejas y echó la cabeza hacia atrás en un bonito despliegue de inocencia.

- Estamos probando el arma que nos encargó, madre comandante. Usted pidió la demostración en lugar de aceptar nuestra palabra. Debemos demostrar que nuestra tecnología funciona como hemos dicho.

- Y la rivalidad entre Ix y Richese no tiene nada que ver con la elección del objetivo, por supuesto. -Apenas podía controlar el sarcasmo.

- Richese no es más que una nota histórica a pie de página, madre comandante. Cualquier regocijo que los ixianos hayamos podido extraer del desafortunado destino de nuestros rivales ya hace tiempo que se apagó. -Tras una pausa, Sen agregó-: Sin embargo, reconozco que no se nos escapa la ironía.

Desde la última ocasión en que la había visitado en la órbita de Casa Capitular, el director de fábricas ixiano parecía ligeramente cambiado. Recientemente, cuando Sen presentó los informes completos de los tests realizados en Ix, el hombre se mostró sorprendido, incluso avergonzado. Había seguido sus indicaciones y realizó los tests celulares en los suyos, con el resultado de que veintidós Danzarines Rostro quedaron al descubierto, todos ellos en industrias críticas.

Murbella habría querido interrogarles, puede que incluso aplicarles una sonda-T ixiana. Pero los Danzarines Rostro que no fueron asesinados al momento se quitaron la vida, utilizando una suerte de mecanismo de desconexión en sus cerebros. Le enfurecía haber perdido aquella oportunidad, pero de todos modos, dudaba de que sus hermanas hubieran logrado sacar nada a los cambiadores de forma. En todo caso, se alegraba de haber enviado a ocho inspectoras de confianza para supervisar los avances en las industrias.

- Nuestros plazos de entrega se cumplirán, tal como pidió, madre comandante -transmitió Sen-. Estamos armando las naves de Conexión tan deprisa como podemos. Después de presenciar las pruebas con los destructores, no podrá negar que se puede confiar en nuestra tecnología.

- Parece un derroche malgastar un poder destructivo tan grande en un objetivo que no perjudique al verdadero enemigo -dijo Janess-. Pero necesitamos pruebas. -Las dos habían revisado grabaciones de pruebas anteriores, pero siempre cabía la posibilidad de que fueran falsas.

- Aun así quiero verlo con mis propios ojos -dijo Murbella-. Luego lo utilizaremos todo para defendernos del avance de las máquinas.

- Desplegando los nódulos -transmitió uno de los pilotos ixianos-. Por favor, presten atención.

Cuatro bolas de luz salieron disparadas del cuarteto de naves ixianas, y los destructores incandescentes avanzaron desplazándose como girándulas hacia el planeta agrietado de abajo. Los destructores descendían, vibrando y expandiéndose, despidiendo ondas cada vez más luminosas.

La atmósfera de Richese ya había sido calcinada, sus bosques y ciudades quedaron arrasados en la primera reacción en cadena. Y a pesar de ello, las armas ixianas modificadas encontraron material suficiente para volver a encender el planeta en llamas.

Murbella guardó silencio mientras contemplaba la rapidez con que actuaban los frentes de fuego. Miró sin pestañear siquiera, hasta que sus ojos quedaron secos. El planeta se consumía como un ascua con la brisa. Los continentes empezaron a resquebrajarse y de las fisuras brotaron llamaradas. Finalmente Se dirigió a su hija, sin importarle que los ixianos pudieran oírla por el comunicador.

- Si utilizamos un arma semejante en medio de las fuerzas mecánicas, provocará un daño inconcebible.

- Quizá después de todo sí tenemos una oportunidad -dijo Janess.

Shayama Sen las interrumpió por los altavoces.

- Madre comandante, da por sentado que las máquinas pensantes serán lo bastante necias para dirigir sus naves en una formación tan cerrada como para que una sola arma pueda destruirlas.

- Conocemos bien los planes de combate del Enemigo y los patrones que han seguido en su avance. No utilizan motores que pliegan el espacio, así que avanzan metódicamente de un objetivo al siguiente, paso a paso. Con las máquinas pensantes hay pocas sorpresas. -Murbella miró a su hija, luego volvió a mirar al planeta en llamas antes de espetar órdenes a los ixianos-. Muy bien, no hay necesidad de desperdiciar más destructores. Cuando finalmente lo arrojemos contra naves de guerra mecánicas, eso será suficiente demostración para mí. Quiero al menos diez destructores en cada una de nuestras naves de guerra. ¡Y sin mayor dilación! Ya hemos esperado bastante.

- Así se hará, madre comandante -contestó Sen.

Murbella se mordió el labio inferior mientras contemplaba cómo Richese se consumía. No era propio del fabricador mayor mostrarse tan cooperador, y no pedir siquiera algún pago adicional. Quizá después de haber visto incontables mundos destruidos, los ixianos por fin habían reconocido a su verdadero enemigo.

13

Tanto si las utilizamos como si no, hay redes por todas partes, redes que abarcan nuestras vidas individuales y colectivas. A veces es necesario ignorarlas, por nuestra propia integridad mental.

DUNCAN IDAHO, entrada en el cuaderno de bitácora de la nave.

Danzarines Rostro a bordo.

En sus alojamientos, en compañía de la pequeña Alia y un Leto de doce años, Jessica se sentía de nuevo como una madre… después de tantos siglos. Los tres habían compartido un pasado y un linaje, pero no tenían

otros conocimientos ni recuerdos en común. Todavía. A Jessica se le antojaba que eran poco más que actores que memorizaban diálogos y representaban papeles, que intentaban ser quienes se suponía que eran. Su cuerpo solo tenía diecisiete años, pero mientras estaba allí, reconfortando a los dos pequeños se sintió mucho mayor.

- ¿Qué es un Danzarín Rostro? -preguntó Alia, jugando con un cuchillo afilado que tenía a su lado. Desde que podía caminar, la pequeña demostraba una gran fascinación por las armas, y con frecuencia pedía permiso para practicar con ellas, en lugar de jugar con juguetes más apropiados-. ¿Vienen a por nosotros?

- Ya están en la nave -dijo Leto aún alterado. No se podía creer que Thufir fuera un Danzarín Rostro y él no se hubiera dado cuenta-. ¿Por eso nos están haciendo pruebas a todos?

- De momento no han encontrado más -dijo Jessica. Ella y Thufir habían sido decantados el mismo año. En la guardería, ella había crecido junto al guerrero mentat y en ningún momento detectó ningún cambio en su personalidad. Y no parecía posible que hubiera sido un cambiador de forma desde el principio.

El verdadero Hawat, Maestro de Asesinos y antiguo maestro de armas de la Casa Atreides, había sido veterano en numerosas campañas exitosas, igual que el bashar Miles Teg, y había servido a tres generaciones de Atreides. No es de extrañar que Sheeana y las Bene Gesserit le hubieran considerado un valioso aliado. Por eso habían querido recuperarlo, y ahora todos comprendían el porqué de la crisis cuando intentaron despertar sus recuerdos. Thufir no era realmente Thufir, y quizá nunca lo había sido.

A menos que encontraran células auténticas para crear un nuevo ghola, los pasajeros del Ítaca ya nunca tendrían acceso a las capacidades tácticas y de mentat de Hawat. En realidad, Jessica se dio cuenta de que, después de tanto tiempo, el proyecto ghola había dado bien pocos resultados. Solo Yueh, Stilgar y Liet-Kynes habían vuelto a despertar a sus vidas pasadas, pero los dos últimos se habían ido. Y Yueh, aunque era un diestro doctor Suk, no era una baza especialmente útil para el equipo.

Él ha matado u mi duque Leto… otra vez.

Con la amenaza de los Danzarines Rostro, las minas desaparecidas y los diversos incidentes de sabotaje, la necesidad de los gholas y sus antiguas capacidades se había vuelto más acuciante. Los niños I ghola que quedaban por despertar debían de tener capacidades especiales. Los habían recuperado por alguna razón. A todos y cada uno de ellos. Paul, Chani y ella ya tenían una edad adecuada; tal vez incluso Leto. Las medidas graduales y cuidadosas no podían bastar. Ya no.

Suspiró. Si no lo hacían ahora ¿cuándo entonces serían de utilidad sus capacidades históricas? Debo recuperar mis recuerdos.

Si le daban la oportunidad, Jessica podía ofrecer tantas cosas beneficiosas a la no-nave… sin su vida original se sentía como una simple carcasa. En aquellos momentos se puso en pie, tan repentinamente que sobresaltó a Alia y Leto.

- Vosotros dos debéis volver a vuestras habitaciones. -Su voz gruñona no invitaba a discusiones-. Tengo que hacer una cosa importante. Estas Bene Gesserit son unas cobardes, aunque no se dan cuenta. Y no pueden permitirse seguir siéndolo.

En algunas cosas, Sheeana era temeraria e impetuosa, y en cambio en otras se mostraba excesivamente cauta. Sin embargo, Jessica conocía a alguien que no se acobardaría ante la idea de provocarle dolor.

- ¿A quién vas a ver? -le preguntó Leto.

- A Garimi.

***

La Reverenda Madre, de la línea dura, la contempló con expresión pétrea, luego sonrió lentamente.

- ¿Por qué habría de hacer esto? ¿Estás loca?

- Solo soy pragmática.

- ¿Tienes idea de cuánto te va a doler?

- Estoy preparada. -Miró los cabellos oscuros y rizados de Garimi, sus facciones flácidas y poco atractivas; en cambio Jessica era el ideal de belleza clásica, diseñado por la Bene Gesserit para seducir, una madre procreadora cuyas facciones se habían copiado una y otra vez durante siglos después de su muerte.

- Y sé, Censora Superior, que si hay alguien capaz de infligir ese dolor es usted.

Garimi parecía atrapada entre la risa y el desasosiego.

- He imaginado incontables formas de girar el cuchillo en tu interior, Jessica. He pensado con frecuencia en el daño que causaron tus actos a la vieja Hermandad. Tú desbarataste completamente el programa del kwisatz haderach, creaste un monstruo al que no pudimos controlar. Después de Paul, como consecuencia directa de tu desafío, sufrimos miles de años bajo el yugo del Tirano. ¿Por qué razón habría de querer despertarte? Tú nos traicionaste.

- Eso es lo que usted dice. -Las palabras de Garimi le golpeaban como piedras. Aquella mujer la había atormentado durante años, y también al pobre Leto H. Jessica conocía sus acusaciones, entendía cómo la veía la facción conservadora de la Bene Gesserit. Pero nunca antes había experimentado la profundidad del odio y la ira que la mujer le estaba demostrando en aquellos momentos-. Sus propias palabras dicen mucho, Garimi. La vieja Hermandad. ¿Dónde está su pensamiento? Nosotros estamos viviendo el futuro.

- Eso no quita el terrible dolor que causaste.

- No deja de insistir en que cargue con mi culpa. Pero ¿cómo puedo sentirla si no recuerdo? ¿Se contentará con tenerme como cabeza de turco, alguien a quien fustigar por los imaginarios agravios del pasado? Sheeana quiere que recupere mis recuerdos para que pueda ayudaros. Pero usted, Garimi, tendría que estar tan impaciente como ella. Admítalo… ¿se le ocurre algún castigo mejor que ahogarme en las cosas imperdonables que dice que he hecho a la Hermandad? ¡Despiérteme! ¡Deje que vea por mí misma!

Garimi extendió el brazo y la sujetó por la muñeca. Instintivamente Jessica trató de soltarse, pero no pudo. La expresión de la otra mujer se endureció.

- Voy a compartir contigo. Te daré todos mis recuerdos y pensamientos para que sepas. -Se inclinó sobre ella-. Verteré en tu cerebro cientos de generaciones de vidas que llegaron después de que tú cometieras tu crimen, para que puedas ver el alcance y las consecuencias de lo que hiciste. -Levantó a Jessica de un tirón.

- Eso no es posible. Solo las Reverendas Madres pueden compartir. -Jessica trató de retroceder.

Garimi la miraba con ojos de acero.

- Tú eres una Reverenda Madre… o lo fuiste. Por tanto, llevas una en tu interior. -Sujetó a Jessica por la parte de atrás de la cabeza, la agarró de sus cabellos broncíneos y la acercó con brusquedad.

Garimi inclinó la cabeza y pegó su frente a la de Jessica-. Puedo hacer que funcione, soy lo bastante fuerte. ¿Tienes idea de por qué lo hago? ¡Tal vez tanto pesar bastara para paralizarte!

Jessica se resistía.

- O me hará… me hará… más fuerte.

Jessica quería sus recuerdos, sí, pero nunca había querido aceptar las experiencias de Garimi, ni la de las numerosas antepasadas que habían vivido las persecuciones del Dios Emperador de Dune, su nieto. De los que sobrevivieron a los Tiempos de la Hambruna, luchando por superar la adicción a la melange, porque ya no había. Los horrores de aquellas generaciones, que habían dejado una honda cicatriz en la psique humana.

Jessica no quería todo aquello. Garimi insiste en que yo lo provoqué.

Sintió algo en su cabeza y se resistió, pero Garimi era más fuerte, y la obligó a compartir, vertiendo recuerdos, desatándolos. Jessica sentía como si unos martillos le golpearan la cabeza por dentro, tan fuertes que parecía que iba a partir el hueso para salir al exterior. Oyó que algo se partía en la oscuridad, y se preguntó si Garimi habría ganado…

***

Sacudida, Jessica -la auténtica Jessica, concubina del duque Leto Atreides, Reverenda Madre de la Bene Gesserit- miró a su alrededor con un asombro que jamás habría creído posible. Aunque lo único que veía eran las paredes de la no-nave, recordaba lo buena que había sido su vida con el duque y su hijo Paul. Recordaba los cielos plomizos de Caladan, las espectaculares salidas de sol en Arrakis.

Al final, había golpeado a Garimi. Y en aquel momento salió de las habitaciones de la mujer furiosa, tambaleante, saturada de conocimiento. La avalancha de recuerdos era en parte una bendición y una carga, porque no tenía consigo a su amado duque Leto.

El repentino vacío era como saltar a un hoyo sin fondo. ¡Leto, mi Leto! ¿Por qué no te trajeron de vuelta las hermanas al mismo tiempo que a mí, como a Paul y Chani? ¡Y maldito seas, Yueh, por llevártelo de mi lado por dos veces!

Jessica se sentía profundamente sola, con el corazón consumido y la mente llena de simples recuerdos y conocimientos. Estaba decidida a encontrar una forma de volver a ser útil a la Hermandad.

Cuando regresó a sus habitaciones, encontró a Alia esperándola. Con una agudeza y una inteligencia muy superior a la que le correspondían por su edad, la niña la miro con calma y dijo:

- Madre, he dicho al doctor Yueh que recuperarías tus recuerdos. Ahora tiene más miedo de ti. Podrías matarle con una mirada. Le estuve persiguiendo y le di una patada por ti.

Jessica trató de resistir el odio automático por Yueh. El viejo Yueh.

- No debes hacer eso. Sobre todo ahora. -El traidor hacía bien en temer que recuperara sus recuerdos, por bien que antes ella ya conocía sus crímenes y los había perdonado. Pero eso fue con mi cabeza, no con mi corazón. Mientras estaba allí, sus recuerdos y emociones recuperados clavaron la daga más adentro.

Movida por una fuerte emoción, no pudo contenerse y abrazó a Alia con fuerza. Y entonces miró a su hija por primera vez.

- Soy tu madre otra vez.

14

Un test debe definirse para que pueda ser útil. ¿Cuáles son sus parámetros? ¿Cuál su exactitud? Con frecuencia un test no hace más que analizar al que analiza.

Manual Bene Gesserit para acólitas.

La muerte del Danzarín Rostro que había suplantado a Thufir Hawat no pudo mantenerse en secreto mucho tiempo. Todo el mundo fue comprobado y

encerrado mientras Sheeana y su cuadro de individuos certificados realizaban un recuento completo, aislaban y aprobaban nuevos equipos de seguridad; finalmente llevaron a todos los pasajeros de la nave a la sala principal de reuniones. Si era necesario, mientras les proporcionaran alimento, aquella cámara gigantesca podía albergar a cientos de personas durante días. Entretanto, Garimi permaneció en la cubierta de navegación, controlando el Ítaca.

Dado que todos -que ellos supieran- estaban en la sala de reuniones, si había algún traidor estaría atrapado. En los próximos días, mediante unas meticulosas pruebas, los Danzarines Rostro que pudiera haber entre ellos quedarían al descubierto.

Al principio, los niños más pequeños que habían nacido en la nave parecían pensar que se trataba de un juego, pero enseguida empezaron a inquietarse; la gente se sentía incómoda y recelosa, y no entendían por qué solo un puñado de personas podían entrar y salir en misteriosos recados. ¿Y por qué aquel espantoso y pequeño tleilaxu estaba en el grupo de confianza? A bordo, todavía eran muchos los que miraban abiertamente a Scytale con desprecio, pero él estaba acostumbrado. La raza tleilaxu siempre había suscitado desprecio y desconfianza. Y ahora ¿a quien culparían?

Después de trabajar a destajo todo un día, él y las doctoras Suk habían conseguido suficientes kits para hacer una comparación genética con todo aquel que aún no había sido probado. Como plan alternativo, también había creado suficiente gas con toxinas específicas para los Danzarines Rostro para llenar numerosos tubos, aunque Sheeana no había dado su aprobación para un experimento tan arriesgado… todavía no. No confiaban en el tanto como para eso, y mantenían el gas bajo un estricto control.

Él tampoco se acababa de fiar de ellos. Después de todo, era un maestro tleilaxu, tal vez el único que quedaba. En secreto, preparó un test alternativo y sorprendente, sabiendo muy bien lo que hacía. No se lo dijo a nadie.

Cuando todo estuvo listo, Scytale se sentó en una de las primeras filas para lo que esperaba sería un importante proceso de revelación. Observó a las inquietas Bene Gesserit, doctoras Suk, archivadoras y censoras. Entre el público, Teg se sentó junto al rabino y dos hermanas Bene Gesserit. Los niños ghola estaban unas filas más allá, todos ellos libres ya de sospecha. Duncan Idaho esperaba junto a una de las entradas selladas, y había hombres Bene Gesserit protegiendo el resto de salidas.

Mientras los reunidos esperaban, Sheeana habló desde el fondo de la sala, con palabras claras y poco precisas, con un toque de la Voz.

- Hemos descubierto a un Danzarín Rostro entre nosotros, y creemos que hay más en esta habitación.

Se hizo un silencio inquietante, durante el cual Sheeana trató de establecer contacto visual con cada individuo. A Scytale no le sorprendió que nadie se descubriera. Sin su gente, el viejo rabino parecía indignado y perdido. Teg, desde el asiento de al lado, le dijo que tuviera paciencia. El rabino miró con expresión furibunda, pero no dijo nada.

- Hemos creado un test. -Sheeana sonaba cansada, aunque su voz era atronadora-. Será tedioso y largo, pero todos debéis someteros a él.

- Espero que nadie hubiera hecho planes. -Duncan cruzó los brazos sobre el pecho y esbozó una sonrisa torva-. Las puertas permanecerán selladas hasta que el proceso se haya completado.

Scytale y los doctores Suk se acercaron al estrado con los kits, jeringuillas y frotis.

- Con cada uno de vosotros que salga limpio, las filas de aliados de confianza aumentarán. Ningún Danzarín Rostro podrá escapar al escrutinio.

- ¿Quién era el Danzarín Rostro a quien habéis atrapado? -preguntó una de las hermanas con un deje de inquietud en la voz-. ¿Y por qué suponéis

que hay más entre nosotros? ¿Qué pruebas tenéis? -Cuando Sheeana explicó cómo los gusanos habían matado a Thufir Hawat, la sala se llenó de murmullos de perplejidad.

El Bashar habló desde su asiento, con tono de repulsa y culpabilidad.

- Sabemos que el falso Thufir no puede ser responsable de todos los actos de sabotaje que se han producido. Estaba conmigo cuando varios de ellos tuvieron lugar.

- ¿Y cómo sé que no sois todos Danzarines Rostro? -El rabino se puso en pie y miro indignado a Sheeana, a los doctores Suk, y sobre todo a Scytale-. Vuestro comportamiento siempre me ha resultado incomprensible. -Teg le obligó a sentarse de un tirón.

Sheeana no hizo caso de las preguntas del anciano y señaló a la primera fila.

- Empezaremos con el primer individuo.

Dos doctoras Suk se acercaron con sus kits.

- Poneos cómodos -dijo Sheeana-. Esto nos llevará un rato.

En cambio, para Scytale el proceso era básicamente una maniobra de distracción… y ni siquiera las Bene Gesserit lo sabían. Sí había algún Danzarín Rostro entre los presentes, en aquellos momentos se estaría sintiendo atrapado y estaría buscando una forma de evitar que lo descubrieran. Así pues, el maestro tleilaxu tenía que actuar enseguida, antes de que el cambiador de forma pudiera hacer algún movimiento. Mientras observaba a la extensa audiencia con detenimiento, sus dedos manipularon el pequeño artilugio que llevaba.

Si bien el lento proceso analítico era fiable, Scytale había preparado su plan secreto basándose en lo que sabía de los antiguos Danzarines Rostro creados por los maestros tleilaxu originales. Estaba convencido de que los nuevos cambiadores de forma procedentes de la Dispersión se parecían a los antiguos, al menos en sus respuestas más básicas. Sin duda genéticamente la base era la misma. De ser así, tal vez podría descubrirlos con aquel test secundario… y aunque no era seguro, esperaba que su carácter inesperado jugaría en su favor.

En el centro de la sala de reuniones, las doctoras Suk realizaron la primera prueba a una sumisa hermana. La mujer extendió la mano para que tomaran una gota de sangre.

Sin previo aviso, Scytale activó un emisor de silbidos muy agudos. Aquel sonido agudo subía y bajaba con intensidad, pero muy por encima de la frecuencia que puede captar el oído humano. En otro tiempo los Danzarines Rostro originales se comunicaban con los tleilaxu en un lenguaje cifrado de silbidos, una serie secreta de notas de programación grabadas en sus estructuras neurológicas. Scytale creía que aquel sonido irresistible haría que cualquier Danzarín Rostro perdiera su disfraz, al menos momentáneamente.

De pronto, entre las filas de asientos, el viejo rabino se sacudió, su cuerpo pareció crisparse. Su rostro curtido cambió y se volvió liso bajo la barba. Dejó escapar un grito sorprendido de indignación y se tiró al suelo. El anciano parecía inesperadamente ágil, flexible y furioso. Su rostro era neutro, con los ojos hundidos y nariz chata, como un cráneo desnudo hecho con cera medio fundida.

- ¡Danzarín Rostro! -gritó alguien.

El rabino se movió como un torbellino y saltó sobre las Bene Gesserit.

15

No subestimes nunca a tu enemigo… ni a tus aliados.

MILES TEG, Memorias de un viejo comandante.

Gracias a sus continuas quejas, su actitud negativa y su aspecto frágil, en la nave todos habían descartado o juzgado erróneamente al viejo rabino. También Miles Teg.

Con movimientos veloces y mortíferos, el Danzarín Rostro asestó al Bashar un golpe que le habría partido el cráneo de haberle acertado de lleno. Pero Teg reculó justo a tiempo con una velocidad sobrehumana. Esto le salvó la vida, y aun así el ataque le dejó perplejo.

El rabino mató a las dos hermanas que tenía a su otro lado, y corrió hacia la salida más próxima despejando el camino con un revoltijo de golpes mortales. De unos bolsillos ocultos que llevaba en sus vestimentas oscuras y conservadoras, sacó una pequeña daga arrojadiza para cada mano. La hoja no sería más larga que un pulgar, pero él las arrojó con precisión, Las puntas afiladas, sin duda envenenadas, atravesaron la garganta de dos varones Bene Gesserit que guardaban la entrada. Sin apenas un sonido, el rabino apartó sus cuerpos y escapó por el corredor.

Scytale escudriñó la multitud para asegurarse de que el enemigo que se daba a la fuga no desviaba la atención de otros posibles Danzarines Rostro de la sala. No, el tleilaxu no vio otros cambios repentinos de forma.

Sheeana gritó para que salieran en pos del rabino.

- Sabemos quién es, pero puede cambiar de forma. Tenemos que encontrarle.

Una de las hermanas trató de avisar a Garimi por el intercomunicador, pero no obtuvo respuesta.

- Lo han inhabilitado.

- Arregladlo. -Sheeana se dio cuenta de que, en el tiempo que habían pasado aislados en la gran cámara, el rabino había tenido la oportunidad de realizar sutilmente nuevos actos de sabotaje.

El doctor Yueh acudió enseguida a comprobar la severidad de la herida de Teg, que gemía; las dos hermanas caídas que había junto a él estaban claramente muertas. La expresión del rostro del doctor ghola era de desazón, no de venganza. Mientras examinaba a Teg, no dejó de murmurar para sus adentros, como si tratara de encontrar un sentido a todo aquello.

- El rabino me dio la muestra de células del bebé ghola. Debió de extraer células de Piter de Vries de las reservas, y me engañó. Él sabía lo que yo iba a hacer, sabía cómo iba a reaccionar.

Duncan miró a Yueh, luego a Teg, y a Sheeana.

- Ahora lo entiendo todo. Thufir Hawat y el rabino. ¿Cómo no lo he visto antes?

Sheeana contuvo el aliento, porque de pronto ella también lo entendía.

- ¡Los dos bajaron al planeta de los adiestradores!

Duncan asintió.

- Hawat y el rabino estuvieron solos durante la cacería de Honoradas Matres. Todos tuvisteis que luchar para poder volver al transporte cuando descubristeis que los adiestradores eran Danzarines Rostro.

- Por supuesto. -El rostro de Sheeana tenía expresión grave-. Ellos dos llegaron corriendo del bosque en el último momento. Parece que después de todo no pudieron escapar.

- Entonces, el rabino y el Thufir Hawat originales…

- Los dos fueron reemplazados hace tiempo por los Danzarines Rostro del planeta, y sus cuerpos fueron desechados durante la cacería.

Duncan, que finalmente alcanzó una concentración mentat, llegó a la siguiente conclusión obvia.

- Entonces han pasado más de cinco años desde que los sustituyeron. ¡Cinco años! En todo este tiempo, los duplicados de Hawat y el rabino han estado buscando oportunidades, matando gholas y tanques axlotl, saboteando los sistemas de soporte vital. Sus actuaciones nos obligaron a

detenernos en Qelso, donde nos exponíamos a que nos descubrieran nuestros perseguidores. ¿Encontró el Enemigo nuestro rastro allí? Por el momento, hemos conseguido eludir la red, pero ahora que los Danzarines Rostro han quedado al descubierto… Sheeana palideció.

- ¿Qué hay de las minas robadas? ¿Qué ha hecho el rabino con las minas? Si consigue llegar a ellas, podría hacerlas estallar en cualquier momento.

Teg, que ya empezaba a recuperarse pero estaba visiblemente aturdido, se dirigía hacia la puerta.

- El Danzarín Rostro sabe que tiene que hacerse con el control de la no-nave antes de que podamos matarle. Irá al puente de navegación.

- Garimi esta allí -dijo Sheeana-. Esperemos que pueda detenerle.

***

Para cuando llegó al puente de navegación, el Danzarín Rostro había recuperado su disfraz de rabino. En su interior llevaba los recuerdos, experiencias y personalidad del anciano, y mucho, mucho más. El rabino frágil y asustado entró corriendo en la sala, y Garimi se sobresaltó.

- ¿Qué está haciendo aquí? -preguntó ella.

El hombre la miraba con ojos muy abiertos y asustados, como si esperara que ella le protegiera. Se le habían caído las gafas.

- ¡Danzarín Rostro! -dijo jadeante, avanzando a tumbos hacia ella-. Los está matando a todos.

Garimi se volvió hacia el intercomunicador para contactar con Sheeana… y el rabino atacó. El golpe mortífero le acertó cerca del cuello, pero ella intuyó el peligro y se volvió en el último momento, Así que el puño le dio en el hombro. Garimi cayó de la silla y el rabino saltó sobre ella.

Garimi dio una patada desde el suelo, destinada a una de las rodillas nudosas e inestables del anciano, pero el hombre saltó como una pantera agazapada y soltó un alarido, mientras Garimi se levantaba de un salto y adoptaba una posición defensiva. Sus labios esbozaron una mueca de asco.

- Muy listo, rabino. Incluso ahora que sé lo que eres, no noto el hedor a Danzarín Rostro.

De un tirón, el rabino arrancó la silla del suelo y la blandió contra ella. Garimi se agachó y trató de agarrar la silla cuando pasó silbando sobre su cabeza. Tiró con tanta fuerza que se la arrancó de las manos y el hombre cayó al suelo.

Cuando el rabino se puso en pie, su cuerpo adoptó la forma de un feroz futar, músculos abultados, dientes largos y afilados, garras que sesgaban el aire. Garimi retrocedió trastabillando, tratando de apartarse de su asesino, y aporreó el intercomunicador.

- ¡Hermanas! ¡Danzarín Rostro en el puente de navegación!

El futar saltó, y sus garras afiladas le desgarraron el hábito. Haciendo uso de unos puñetazos salvajes y desbocados, pensados más para herir a su atacante que para proteger su vida, Garimi le partió las costillas. Con una patada en la que puso tanta fuerza como pudo en el talón, le dislocó el fémur de la pierna izquierda de su articulación con el coxis.

Pero el futar cayó rodando, giró en un torbellino y antes de que Garimi pudiera saborear ni un instante su victoria, le partió el cuello. La mujer cayó sin apenas un suspiro. En un gesto de despecho, el futar le arrancó la garganta antes de recuperar tranquilamente su forma neutra de Danzarín Rostro. Se limpió la sangre de la cara con una manga.

Más destrozado de lo que sus capacidades como Danzarín Rostro le permitían reparar, el rabino se arrastró y consiguió llegar renqueando hasta los controles principales del Ítaca. Oyó pasos apresurados en el

corredor, así que selló el puente de navegación, aplicando cierres de emergencia, y activó el protocolo de defensa para casos de amotinamiento.

En los años que llevaba con aquel disfraz, había tomado disimuladamente muestras celulares de la piel de Duncan Idaho, Sheeana y el bashar Miles Teg. Sus manos adoptaron las huellas de identificación correctas para que los controles de alta seguridad de la no-nave respondieran. Las puertas selladas resistirían cualquier intento de intrusión. Tarde o temprano encontrarían una forma de entrar, pero para entonces él ya habría completado su misión.

Sus amos, las máquinas pensantes, estarían alertados. Y vendrían.

Tiempo atrás, había estudiado la forma de utilizar los motores Holtzman. Calculando las coordenadas como mejor pudo, sin preocuparse en absoluto por la ausencia de un navegante, el Danzarín Rostro plegó el espacio y lanzó al Ítaca través de la galaxia. La nave salió algo atropelladamente en una zona estelar distinta, no muy lejos de las fuerzas de Omnius. Reconfiguró los sistemas de comunicación de la nave y activó una baliza localizadora. Sus superiores conocían la señal.

Las máquinas pensantes responderían enseguida. El Danzarín Rostro ya podía sentir la red de taquiones hambrienta e invisible que se acercaba. Esta vez no habría escapatoria. La no-nave estaba atrapada.

16

Incluso el oponente más pequeño puede resultar mortal.

Informe analítico Bene Gesserit sobre el problema tleilaxu.

Cuando Duncan, Sheeana y Teg llegaron al puente de navegación, las gruesas escotillas estaban selladas, eran inexpugnables. El puente había sido diseñado para aguantar incluso frente a un ejército.

Otras hermanas llegaron enseguida, después de correr a la armería para hacerse con algunas armas de mano: pistolas de agujas venenosas, aturdidores y cortadores láser de alta potencia. Ninguno de aquellos artilugios sería suficiente. Los niños ghola se unieron a la multitud ante el puente sellado, entre ellos Paul, Chani, Jessica, Leto II y la pequeña Alia.

Cuando la no-nave saltó por el tejido espacial Duncan lo notó enseguida.

- ¡Está en los controles, nos mueve!

- Entonces Garimi ha muerto -fue la conclusión de Sheeana.

- El Danzarín Rostro nos llevará al Enemigo -dijo Teg.

- Ha llegado el momento de utilizar el gas venenoso de Scytale para matar al Danzarín Rostro. -Sheeana se volvió hacia dos de las hermanas que esperaban en el corredor-. Buscad al tleilaxu y llevadlo al almacén de seguridad. Que coja uno de los tubos. Saturaremos el puente con ese gas.

- No hay tiempo para eso -dijo Duncan-. ¡Tenemos que entrar ahí!

- Yo puedo entrar. -Alia habló con un tono misteriosamente frío e inteligente.

Duncan la miró. Aquella niña evocaba en él recuerdos inquietantes. El Duncan original nunca la conoció de pequeña… él fue asesinado por los Sardaukar cuando Jessica acababa de quedar embarazada. Pero tenía vividos recuerdos de una Alia mayor como su amante, en otra vida. Pero todo aquello era historia. Bien podía haber sido mito o leyenda.

Se inclinó para dirigirse a ella.

- ¿Cómo? No tenemos mucho tiempo.

- Soy pequeña. -Con un movimiento de ojos, la pequeña indicó los estrechos conductos de ventilación que llevaban a la cubierta de mando. Ella era más pequeña incluso que Scytale.

Sheeana ya estaba quitando la rejilla.

- Por el camino hay pantallas, filtros, barras. ¿Cómo pasarás?

- Dadme un cortador. Y una pistola de agujas. Os abriré desde dentro en cuanto pueda.

Cuando Alia tuvo lo que necesitaba, Duncan la aupó para que pudiera introducirse por el diminuto conducto. Aún no había cumplido los cuatro años y pesaba muy poco. Jessica observaba, con expresión mucho más madura que hacía solo unos días, pero aunque vio cómo ponían a su «hija» en una situación tan peligrosa, no protestó.

Concentrada y fría, la niña sujetó el cortador entre los dientes, se metió la pistola de agujas entre la ropa y empezó a arrastrarse por el conducto. La distancia no era grande, pero avanzar solo medio metro por un espacio tan estrecho era una batalla. Espiró, tratando de hacerse más pequeña para poder pasar.

Fuera, los otros empezaron a aporrear la puerta sellada a modo de distracción. Y, utilizando pesados cortadores que lanzaban chispas y humeaban y hacían mucho ruido, fingieron estar tratando de penetrar la barrera blindada y gruesa milímetro a milímetro. El Danzarín Rostro ya sabría que tardarían horas en entrar, Alia confiaba en que no esperaría una emboscada de ella.

La niña topó con la primera barrera, una serie de barras de plastiacero entrelazadas con la rejilla de filtración. La densa esterilla estaba revestida de sustancias químicas neutralizadoras, cargada con una ligera película electrostática pensada para eliminar drogas y venenos del aire que llegaba al puente. Con aquel filtro, el gas de Scytale no habría funcionado, incluso si hubieran podido liberarlo.

Clavándose los codos en los costados, Alia se sacó el cúter de entre los dientes y con unos movimientos espasmódicos de la muñeca troceó las barras. Con cuidado, puso la pantalla ante ella, tratando de no hacer ruido, y pasó arrastrándose por encima. Los bordes afilados le arañaron el pecho y las piernas, pero no le importaba el dolor.

De igual modo, pasó por una segunda rejilla, hasta que finalmente se encontró ante la última abertura. Desde allí podía ver al Danzarín Rostro. Su apariencia oscilaba de vez en cuando, a veces era el anciano, otras un futar, pero básicamente el Danzarín Rostro lucía unas facciones neutras, como un cráneo desnudo. Antes de ver el cuerpo roto de Garimi en el suelo, Alia supo que no debía subestimar a su oponente.

Con la punta candente del cúter, cortó las diminutas sujeciones que sostenían la última rejilla en su sitio. Moviéndose con tanto sigilo como pudo, sujetó la placa y trató de sacarse la pistola de agujas de la ropa. Se puso tensa y respiró hondo, esperando el momento oportuno.

Solo tendré una oportunidad, así que debo aprovecharla bien.

El Danzarín Rostro manipulaba los controles, transmitiendo sin duda una señal al misterioso Enemigo, seguramente otros como él. Cada segundo que se demoraba, el Ítaca corría un mayor peligro.

De pronto el Danzarín Rostro levantó la cabeza y volvió la mirada hacia la rejilla. De alguna manera había intuido su presencia. Sin vacilar ni un instante, Alia le arrojó la pantalla a modo de proyectil, y él saltó a un lado, tal como esperaba. Tumbada aún en el conducto de ventilación, extendió la pistola de agujas ante ella y disparó siete veces. Tres de las agujas acertaron en el Objetivo: dos en los ojos y una tercera en la arteria del cuello.

El Danzarín Rostro se sacudió, se debatió y cayó sin vida. Alia salió como pudo del conducto y saltó al suelo, recuperó el equilibrio y echó una mirada para verificar que Garimi estaba muerta, y entonces se dirigió

tranquilamente a la puerta. Con sus dedos ágiles, anuló las medidas internas de seguridad y abrió desde dentro.

Duncan y Teg estaban allí con sus armas, sin saberlo que podía salir de allí dentro. La pequeña los recibió con una expresión plácida.

- Nuestro Danzarín Rostro ya no es un problema.

Por encima de su hombro vieron la figura no humana tendida cerca de una silla volcada. Pequeños hilillos de sangre caían de las heridas de sus ojos, y llevaba un collar carmesí en torno al cuello.

Sobre las placas del suelo yacía Garimi.

Sheeana entrecerró los ojos.

- Veo que eres una asesina nata.

Alia no se inmutó.

- Eso me han dicho. ¿No querías recuperarnos por nuestras capacidades? Esto es lo que yo hago mejor.

Duncan corrió a los controles de la nave para comprobar qué había hecho el falso rabino. Expandió sus sentidos y comprobó con desazón que los hilos mortales de la red centelleante aparecían de repente y se intensificaban a su alrededor. Era irrompible. La trampa era brillante, poderosa, y todos podían verla.

Teg corrió a una estación de escaneo.

- ¡Duncan! Naves acercándose… ¡montones! El Danzarín Rostro nos ha traído justo a las puertas del Enemigo. Estamos atrapados, la red se ha cerrado en torno a nosotros.

- Después de tantos años, estamos atrapados. -Duncan paseó su mirada entre los presentes-. Al menos sabremos por fin quién es realmente nuestro Enemigo.

17

Por definición, nuestra común humanidad tendría que convertirnos en aliados. Sin embargo, la triste realidad es que nuestras similitudes con frecuencia se convierten en vastas diferencias y obstáculos insalvables.

MADRE COMANDANTE MURBELLA, palabras dirigidas a la Nueva Hermandad.

El tiempo escaseaba, así que las miles de naves de la Cofradía recién equipadas no pudieron ser sometidas a revisiones y pruebas concienzudas. LOS destructores producidos en masa fueron cargados en las naves con pesados blindajes que se habían construido en Conexión y en los diecisiete astilleros satélite. Las cuadrillas estaban realizando los preparativos necesarios para salir hacia el frente.

Recién llegadas después de su reclutamiento en cientos de planetas en riesgo, las comandantes novicias recibían un entrenamiento mínimo que difícilmente bastaría para que hicieran frente al Enemigo en los numerosos puntos vulnerables donde la humanidad estaba tratando de trazar una línea en el espacio. Murbella sabía que a pesar de su valor y determinación, por mucho entrenamiento que recibieran, la mayoría de los combatientes humanos serían aniquilados.

Meses después de que la epidemia hubiera completado su ciclo en Casa Capitular, la madre comandante había abierto las puertas a los refugiados de los planetas evacuados. Al principio tenían miedo de poner el pie en aquel mundo que había estado en cuarentena, pero luego empezaron a llegar de manera continuada. No había muchas alternativas, y los grupos de zarrapastrosos aceptaron la oferta de la Hermandad de refugio a cambio de realizar labores vitales en el esfuerzo de guerra. La política y las viejas facciones tenían que quedar a un lado. Ahora cada vida estaba dedicada a los preparativos para la última batalla contra las fuerzas de Omnius.

Desde Buzzell, la reverenda madre Corysta envió la sorprendente noticia de que los gusanos de mar que estaban causando estragos en las operaciones con las soopiedras producían una suerte de especia. Murbella enseguida sospechó de algún experimento de la Cofradía. No podía ser algo espontáneo. Corysta propuso que los gusanos fueran capturados para la extracción de especia, pero la madre comandante no podía pensar tan a largo plazo, Que hubiera una nueva fuente de especia solo tendría relevancia si la raza humana sobrevivía al Enemigo.

La madre comandante Murbella convocó un gran concilio de delegados de los planetas que estaban en peligro directo de ataque de las fuerzas de las máquinas pensantes. A pesar de su indignación, cada uno de ellos había sido sometido a test celulares para descartar que fueran Danzarines Rostro. Murbella no quería arriesgarse; los insidiosos cambiadores de forma podían estar en cualquier parte.

En la gran sala de reuniones de Central, Murbella caminó junto a la mesa de madera de elacca hasta llegar a su asiento. Utilizando sus capacidades Bene Gesserit de observación, estudió a los allí reunidos, todos movidos por la desesperación. Murbella trató de ver a aquellos representantes con vestimentas y uniformes diversos como líderes militares, generales en la última gran batalla por la humanidad. Las personas que había en la habitación guiarían los grupos de naves y formarían un centenar de barreras defensivas. Pero ¿eran la clase de héroes que necesitaba la humanidad?

Cuando se volvió para mirar a los delegados, Murbella vio inquietud en sus ojos, percibió el olor del miedo en el aire. La inmensa flota enemiga avanzaba como el fuego por el mapa de la galaxia, arrasando un sistema estelar tras otro, dirigiéndose inexorablemente hacia Casa Capitular y los mundos que aún quedaban en el corazón del Imperio Antiguo.

Tras desplazarse a varios planetas atrincherados y estudiar sus preparativos, Murbella había asegurado alianzas con sus líderes, señores de la guerra, consorcios comerciales y unidades menores de gobierno. La visión de Leto II de una Senda de Oro había fragmentado a la humanidad de tal manera que ya no seguían a un único líder carismático, y ahora ella tenía que reparar el daño. En otro tiempo quizá la diversidad fue el camino para la supervivencia, pero a menos que los numerosos planetas y ejércitos actuaran unidos frente a un enemigo mucho más poderoso, todos morirían.

Si la presciencia del Tirano era tan grande, ¿cómo es posible que no hubiera previsto la existencia del gran imperio de máquinas, por muy lejano en el tiempo que estuviera? ¿Cómo es posible que el Dios Emperador no hubiera sabido que otro conflicto titánico esperaba a la humanidad? Murbella sintió un estremecimiento. ¿O sí lo había hecho, y todo estaba saliendo como el Tirano quería?

Tras un considerable esfuerzo, Murbella había ganado una importante batalla al lograr que los diferentes líderes aceptaran que la mejor defensa vendría con un plan unificado -el plan de Murbella- y no de cien batallas independientes y desesperadas. Para hacer llegar su mensaje, había tenido que superar los obstinados tentáculos de las diversas burocracias planetarias. En aquella guerra no había nada fácil.

Muy consciente de la responsabilidad de su posición, Murbella golpeó ligeramente una gran piedra esférica sobre la mesa, provocando un fuerte retumbar para llamar a todos al orden.

- Todos saben por qué están aquí. Debemos preparar una línea de últimas barreras defensivas, un millar por todo el espacio. Muchos de nosotros moriremos… o tal vez todos. No hay alternativa. La única duda es lo que tardaremos en morir y cómo pasará. ¿Moriremos libres y luchando hasta que no quede ninguno… o derrotados y huyendo?

Una cacofonía de voces, acentos e idiomas resonó por la habitación, aunque Murbella había insistido en que utilizaran el idioma galach universal. Utilizó la Voz para atajar aquel clamor.

- ¡Las máquinas vienen! Si cooperamos y no nos retiramos ante nuestro Enemigo, es posible que tengamos los medios para detenerlos.

Entre los presentes vio que había oficiales de la Cofradía e ingenieros ixianos. Dados los apretados plazos de entrega, parte del proceso de construcción de las naves de guerra se había hecho de forma inevitablemente precipitada, pero sus inspectoras y supervisoras de línea Bene Gesserit habían controlado las operaciones.

- Nuestras armas y naves están listas, pero antes de que procedamos, tengo una pregunta para todos. -Atravesó a los líderes con su mirada. De haber sido aún una Honorada Matre, sus ojos se habrían vuelto naranjas-. ¿Tendrán el valor y la decisión para llegar a las últimas consecuencias?

- ¿Lo tiene usted? -exclamó un hombre con barba de un pequeño planeta en un sistema remoto.

Murbella volvió a utilizar su piedra dónica.

- Mi Nueva Hermandad aguantará el golpe inicial. Ya nos hemos enfrentado a ellos en diferentes sistemas estelares, destruyendo muchas de sus naves, y hemos sobrevivido a sus epidemias aquí, en Casa Capitular. Pero esta guerra no puede ganarse en campos de batalla individuales, -Hizo una señal y Janess manipuló los controles-, Miren esto.

Para sorpresa de los presentes, una gran proyección holográfica apareció y ocupó todo el espacio libre que había en la gran sala de reuniones, con mapas detallados de los numerosos sistemas solares de la galaxia. Una mancha avanzaba indicando las conquistas de las máquinas pensantes, como una marea que anegaba todos los sistemas a su paso. La oscuridad de la derrota y la exterminación ya había ennegrecido la mayoría de los sistemas conocidos en las regiones de la Dispersión.

- Tenemos que concentrar nuestros esfuerzos. Dado que no utilizan motores que pliegan el espacio, van pasando de un sistema a otro. Sabemos la dirección que siguen, y por tanto podemos interponernos en su camino. -Murbella se puso en pie en medio de los planetas y estrellas simulados; su dedo pasó de un punto a otro, por las estrellas y los planetas habitables que quedaban en la trayectoria del Enemigo-. ¡Tenemos que mantener la línea aquí, aquí… por todas partes! Solo si combinamos nuestras naves, comandantes y armas podremos detener al Enemigo. -Su mano pasó sobre las imágenes luminosas que estaban justo delante de las máquinas-. Cualquier otra opción sería cobardía.

- ¿Nos está llamando cobardes? -preguntó furioso el hombre de la barba.

Un mercader se puso en pie.

- Sin duda podríamos negociar…

Murbella lo atajó.

- Las máquinas pensantes no quieren ningún mundo en concreto. No vienen en busca de gemas, especia ni ningún otro producto. No tenemos nada que ofrecerles a cambio de la paz. No se comprometerán, seguirán persiguiéndonos vayamos a donde vayamos.

- Miró al hombre fanfarrón-. Si huimos del conflicto, podría sobrevivir un tiempo. Pero no habrá escapatoria para sus hijos o sus nietos. Las máquinas los mataran, hasta el último de ellos. ¿Valora su vida por encima de la de sus descendientes? Porque si es así, sí, les llamo cobardes.

A pesar de los murmullos, nadie habló abiertamente. En el gigantesco despliegue estelar, una línea de diminutos fuegos apareció a lo largo del interfaz entre los territorios conquistados por las máquinas y los planetas humanos vulnerables.

Murbella paseó la vista entre los presentes.

- Cada uno de nosotros es responsable de evitar que el Enemigo cruce esta línea. Nuestro fracaso significará la extinción de la raza humana.

18

La verdadera lealtad es una fuerza inamovible. Lo difícil es determinar exactamente dónde esta la lealtad de cada persona. Con frecuencia es un vínculo que se establece solo con uno mismo.

DUNCAN IDAHO, Un millar de vidas.

El líder de la miríada de los Danzarines Rostro llegó a Sincronía con un regalo largamente esperado para la supermente. Las máquinas pensantes seguían viendo a Khrone como un simple sirviente, un chico de los recados.

Omnius y Erasmo no sospechaban que los cambiadores de forma pudieran estar formulando sus propias maquinaciones independientemente de los humanos y las máquinas. Ingenuos, previsibles. La supermente guardaría aquella nueva melange como un tesoro para sus planes megalómanos, y eso evitaría que las máquinas dudaran de Khrone y sus Danzarines Rostro. Y él pensaba aprovecharlo al máximo.

Con su brutalidad y su arrogancia, el «anciano y la anciana» habían dado hacía tiempo a los cambiadores de forma razones para traicionar su confianza. Erasmo se veía a sí mismo como una reminiscencia de los Danzarines Rostro, pero mejor… parecido a los humanos, pero más grande. Y como Omnius… pero infinitamente más poderoso.

Khrone y el resto de su miríada nunca habían dado realmente su lealtad a las máquinas pensantes. No veía más razón para aceptar la esclavitud con unos amos mecánicos que la dominación con los tleilaxu originales que crearon a sus predecesores hacía siglos. Aliados obligados, socios de segunda… La supermente no era más que otro nivel en la gran pirámide de los que creían controlar a los Danzarines Rostro.

Después de tanto esfuerzo, Khrone estaba impaciente por acabar con aquella farsa interminable. Ya no le divertían las numerosas máscaras que tenía que llevar, ni los complicados hilos de los que tenía que tirar. Pronto…

En solitario, dirigió su pequeña nave directamente al corazón del moderno imperio mecánico. La localización de Sincronía había sido genéticamente programada en todos los nuevos Danzarines Rostro, como una suerte de baliza. Cuando entró en el espacio aéreo de la metrópolis, Khrone dejó que su pensamiento volviera a Ix. Los fabricadores e ingenieros acababan de completar exitosamente una demostración especial en Richese, y ya habían empezado a salir destructores de las líneas de producción. La madre comandante Murbella había quedado impresionada, el espectáculo la había convencido totalmente. ¡Idiota!

Aunque no del todo. En su reunión anterior con el fabricador mayor Shayama Sen, Murbella había obligado al hombre a someterse a un test biológico para demostrar que no era un Danzarín Rostro. Así que Khrone se alegraba de no haberlo sustituido, como había sentido la tentación de hacer tantas veces.

Los Danzarines Rostro ya controlaban la mayoría de los puestos importantes en Ix, y cuando el fabricador mayor distribuyó alegremente los tests biológicos entre los principales ingenieros y jefes de sección (sin sospechar en ningún momento que entre ellos pudiera haber una mayoría de cambiadores de forma), la miríada tuvo que actuar con rapidez. Cuando Sen anunció indignado las sospechas de la Hermandad, los infiltrados tuvieron que matarlo y asumir su personalidad. Ya habían dado

cuenta de las problemáticas supervisoras de línea y monitoras de producción Bene Gesserit. Así pues, el engaño continuaba sin trabas.

Danzarines Rostro sustituyeron rápidamente a los pocos líderes humanos que quedaban en Ix. Y entonces, trabajando en colaboración, entre todos amañaron los tests necesarios, eligieron a los cabezas de turco, prepararon datos convincentes, y presentaron todo ello en Casa Capitular de acuerdo con las exigencias de Murbella.

Todo en perfecto orden.

Después de sobrevivir a la epidemia, el liderazgo de la Hermandad había obligado a todos los que velaban por la humanidad a unirse contra la flota de máquinas pensantes en lugar de limitarse a defender sus mundos por separado. Los centenares de nuevas naves que salían de los astilleros de Conexión estaban siendo equipados con suficientes destructores para crear una última barrera defensiva frente a la marea de naves de Omnius que se acercaba. Por el momento, las fuerzas de la supermente habían encontrado poca resistencia y ahora se dirigían hacia Casa Capitular. Por última vez.

De hecho, Khrone había tenido la tentación de dejar que las Reverendas Madres y sus defensores se salieran con la suya. Si les proporcionaban suficientes destructores funcionales, podían destrozar a la flota de máquinas. Humanos y máquinas pensantes podían aniquilarse mutuamente. Sin embargo, esto habría sido… demasiado sencillo. ¡Kralizec exigía mucho más! Esta vez, el cambio fundamental en el universo eliminaría a los dos rivales, y los reductos del Imperio Antiguo quedarían en manos de los Danzarines Rostro.

Khrone descendió con su nave entre el complejo laberinto de torres cobrizas, torretas dotadas y edificios plateados interconectados sintiendo una gran confianza en el futuro. Las estructuras racionales se desplazaron a un lado para dejar sitio a su nave. Cuando por fin se posó sobre una zona llana de platino, Khrone salió y respiró un aire que olía a humo y metal caliente. No se paró a contemplar el paisaje.

El mundo central de las máquinas era todo un espectáculo. En esto sospechaba de la mano de Erasmo, aunque Omnius tenía una imagen tan exagerada de su importancia que sin duda quería que todos sus siervos se inclinaran ante él como si fuera un dios… incluso si para eso tenía que programarlos.

Unas placas rectangulares aparecieron en el suelo, marcando un camino que guió a Khrone a su destino en la magnífica catedral. Con la cabeza bien alta, Khrone avanzó con su precioso paquete; no pensaba comportarse como un suplicante a quien su amo llama a su presencia. Al contrario, Khrone era un hombre con una importante misión que completar. Omnius estaría contento de tener la ultraespecia concentrada para utilizarla con su kwisatz haderach clonado…

En el interior de la ostentosa sala, el ghola del barón Harkonnen estaba con el joven Paolo en un tablero piramidal de ajedrez en nueve niveles. El barón derribó una torre de uno de los niveles superiores con el ceño fruncido.

- Ese movimiento no está permitido, Paolo.

- Pero me ha hecho ganar, ¿no? -Satisfecho con su ingenuidad, el joven cruzó los brazos sobre el pecho.

- Haciendo trampas.

- Es una nueva norma. Si somos tan importantes como dices, seguro que podemos crear nuestras propias normas.

Un destello de ira cruzó el rostro del barón y enseguida se desvaneció en una risita.

- Entiendo… veo que estás aprendiendo.

Cuando Khrone se adelantó, los dos le miraron con igual desagrado.

- Oh, eres tú. -El barón sonaba muy distinto de cuando los Danzarines Rostro le torturaron-. Pensábamos que no volveríamos a verte. ¿Te aburres en Caladan?

Sin hacer caso, Khrone se dio cuenta de que las dos máquinas pensantes principales habían recuperado su disfraz de pareja de ancianitos con ropa de jardinería. ¿Por que llevaban aquellos disfraces? ¿Por los dos gholas? Tampoco es que su identidad fuera un secreto para ninguno de los que había allí. Khrone nunca había sido capaz de extrapolar un patrón de comportamiento en ellos.

Quizá se disfrazaban porque Omnius y Erasmo querían las vidas que Khrone había reunido y asimilado en su última misión entre los humanos. Cada vez que alguno de sus «embajadores» Danzarines Rostro regresaba, estaban impacientes porque las compartieran con ellos. Parece que les hacía sentirse superiores, y de algún modo permitía al robot independiente sentir que pertenecía a la raza humana.

- Mira, trae algo. -Paolo señaló-. ¿Un regalo para nosotros?

Khrone fue directamente hasta el anciano y la anciana. Cuando la mujer se inclinó hacia él, su rostro tenía una expresión fiera y hambrienta.

- Creo que has traído más que un simple paquete, Khrone.

Hacía tiempo que no regresabas a Sincronía. Muéstranos las personalidades que has adquirido. Cada pequeña parte se suma al resto, nos hace más grandes.

- Yo ya he tenido bastante. -El anciano se volvió de espaldas-. Empiezan a resultarme desagradables. Son todos lo mismo.

- ¿Cómo puedes decir eso, Daniel? Cada humano es diferente, hermosamente caótico e impredecible.

- Justo lo que yo decía. Me confunden. Y no soy Daniel, soy Omnius. Kralizec está aquí, no hay tiempo para más jueguecitos preparatorios.

- A veces me sigue gustando verme como Marty. En cierto modo es más atractivo para mí que el nombre o la apariencia de Erasmo. -La anciana dio un paso hacia Khrone. El Danzarín Rostro no se atrevió a pestañear, aunque lo que estaba a punto de suceder le resultaba abominable. La mujer tenía una mano nudosa, con largos nudillos. Cuando le tocó la frente, la sintió como una garra. Ella presionó con fuerza y Khrone se estremeció, sin poder hacer nada para bloquear aquella intrusión.

Cada vez que un Danzarín Rostro asumía una forma humana, duplicaba al sujeto original y adquiría trazas genéticas y una imprimación de sus recuerdos y personalidad. Las máquinas pensantes habían soltado a los cambiadores de forma en el Imperio Antiguo. Infiltrados entre los humanos, iban reuniendo más y más vidas, sustituyendo a personalidades importantes. Cada vez que un Danzarín Rostro regresaba al imperio mecánico, Erasmo en particular se mostraba particularmente interesado en añadir esas nuevas vidas a su ingente repertorio de datos y experiencias.

Y por un servilismo obligado, Khrone y los suyos entregaban la información. Pero aunque las máquinas pensantes podían descargarse las diferentes vidas que los Danzarines Rostro copiaban, no podían acceder a su esencia como individuos. Khrone se aferraba a sus secretos, a pesar de estar entregando a toda esa gente que había sido en años recientes… un ingeniero ixiano, representante de la CHOAM, miembro de la tripulación de un crucero de la Cofradía, trabajador de un muelle en Caladan, y muchos otros.

Cuando el proceso estuvo completo, la anciana se retiró. Su rostro arrugado lucía una sonrisa satisfecha.

- ¡Oh, qué vidas tan interesantes! Sin duda Omnius querrá compartirlas también.

- Eso ya lo veremos -dijo el anciano.

Sintiéndose exprimido, Khrone respiró hondo y se puso derecho.

- Esa no es la razón por la que estoy aquí. -Su voz sonaba vergonzosamente débil y temblorosa-. He conseguido una sustancia especial que os resultará inapreciable para el proyecto del kwisatz haderach. - Tendió el paquete de ultraespecia, como si ofreciera un regalo a un rey, justo como Omnius esperaba que hiciera. El anciano aceptó el paquete y lo examinó con detenimiento.

El Danzarín Rostro dedicó a Paolo una mirada condescendiente.

- Esta poderosa forma de melange sin duda desatará la presciencia en cualquier Atreides. Y entonces tendréis a vuestro kwisatz haderach, como prometí. No hay necesidad de seguir persiguiendo la no-nave.

A Omnius el comentario le hizo gracia.

- Es curioso que digas eso ahora.

- ¿Qué queréis decir? junto a él, la anciana sonrió.

- Es un día trascendental, puesto que nuestros dos planes han dado su fruto. Nuestra paciencia y previsión han sido recompensadas. ¿Qué vamos a hacer ahora con dos kwisatz haderach?

Khrone hizo una pausa, sobresaltado.

- ¿Dos?

- Después de todos estos años, la no-nave finalmente ha caído en nuestra trampa.

Khrone se tragó la sorpresa y se puso rígido.

- Eso es… excelente.

La anciana se restregó las manos.

- Todo esta culminando por fin. Me recuerda un movimiento climáctico de una sinfonía que escribí.

El anciano empezó a andar arriba y abajo por la cámara, con el paquete de ultraespecia en las manos. Lo olió.

Paolo dio la espalda al tablero.

- No necesitáis otro kwisatz haderach. Me tenéis a mí. ¡Dadme especia ahora!

Erasmo le dedicó una sonrisa indulgente.

- Quizá más tarde. Primero veremos qué tiene para nosotros la no-nave, quién es su kwisatz haderach. Será interesante.

- ¿Dónde esta la nave? -preguntó Khrone, concentrándose en la cuestión principal-. ¿Estáis seguros de que la tenéis?

- Nuestros cruceros la están rodeando en estos momentos, y nuestros operativos de a bordo se han asegurado de que no podían volver a escapar. Tus Danzarines Rostro han hecho un buen trabajo, Khrone.

Omnius le interrumpió.

- Y, a una escala mayor, nuestras naves de guerra están rodeando a los defensores humanos en el Imperio Antiguo. Pronto conquistaremos Casa Capitular, pero ese es solo uno de muchos objetivos simultáneos.

- Será una batalla espectacular. -Erasmo no parecía muy entusiasmado.

La supermente se mostró severa.

- Según nuestras proyecciones matemáticas, el triunfo estará asegurado en cuanto se den las condiciones adecuadas. El éxito es inminente.

Con un destello de júbilo en su rostro de metal líquido, Erasmo sonrió a Paolo y al barón.

- ¡Dos kwisatz haderach siempre serán mejor que uno!

19

El tiempo es una mercancía mucho más valiosa que la melange. Ni siquiera el hombre más rico puede pagar porque una hora tenga más minutos.

DUQUE LETO ATREIDES, último mensaje desde Caladan.

Una tela de araña de colores irisados se cerró en torno al Ítaca. Los motores de la no-nave se forzaron al máximo, pero no pudieron salir. Tratando frenéticamente de recuperar el control y liberarse de aquellas extrañas cadenas, Duncan activó los motores Holtzman, preparándose ara abrir un agujero en la malla reluciente. Era su única salida.

- ¡Llevaos esa cosa del puente de navegación! -ordenó Sheeana mirando con expresión furibunda al Danzarín Rostro muerto en el suelo. Las mujeres retiraron el cuerpo ensangrentado y flácido del cambiador de forma enseguida.

Ahora que todos veían la red, Duncan concentró sus capacidades de mentat en la cuadrícula que los tenía atrapados. Buscó frenéticamente agujeros o puntos débiles en aquella poderosa estructura, pero no encontró nada que apuntara a ningún defecto, ningún tramo deshilachado por donde colarse.

Tendría que robar con la fuerza bruta.

Años atrás, se había liberado de la red dando a los motores Holtzman un uso para el que no estaban diseñados, dirigiendo al Ítaca justo en el ángulo y la velocidad exactos para penetrar el tejido espacial. Le recordaba el movimiento de un maestro en el uso de la espada cuando mueve la hoja con lentitud para penetrar un escudo personal.

- Acelerando -dijo.

Teg se inclinó sobre los controles de navegación, sudando.

- Esto va a ser muy reñido, Duncan. -La enorme nave empujó contra las hebras multicolores, rompió varias de ellas y entonces aceleró-. ¡Lo estamos logrando!

Por un momento Duncan sintió un resquicio de esperanza, una oleada de triunfo.

Y entonces una explosión sacudió la nave, seguida de otra, y otra. Las vibraciones y las ondas de choque se extendieron por el casco y las cubiertas, como si un titán estuviera golpeándolos con un martillo gigante. El puente vibró.

Sujetándose a la silla, Duncan pidió mapas de diagnóstico.

- ¿Qué ha sido eso? ¿El Enemigo nos dispara?

Las detonaciones hicieron caer a Teg, pero él se puso en pie y se agarró a la consola para mantener el equilibrio.

- ¡Las minas! Me parece que acabamos de encontrarlas. -Las palabras le salieron sin pensar-. O Thufir o el rabino deben de haberlas programado para que estallen… -Y, como si fuera una confirmación, una nueva explosión sacudió la cubierta, mucho más cerca que las anteriores.

El Ítaca empezó a girar fuera de control, con los motores paralizados. La cubierta se inclinó, y los generadores de gravedad artificial quedaron inutilizados. Duncan sintió una desorientación enfermiza mientras la nave giraba descontrolada.

La red centelleante se volvió más brillante, se estaba cerrando como una soga.

Finalmente, a lo lejos empezaron a ver naves enemigas, como cazadores que se acercan a comprobar su trampa. Duncan se quedó mirando las pantallas externas. ¿Quién les había perseguido durante tanto tiempo? ¿Danzarines Rostro? ¿Alguna raza desconocida y perversa? ¿Qué podía ser tan temible para obligar a las Honoradas Matres a regresar al Imperio Antiguo?

- Los muy bastardos creen que nos han cogido. -Duncan cerró el puño.

- ¿Y no es así? -El Bashar levantó la vista de sus pantallas de estado, descorazonado por los indicadores de daños graves que iluminaban secciones enteras de la nave como un espectáculo de fuegos artificiales-. Las minas han destruido los sistemas más vitales. Estamos perdidos en el espacio.

Con una concentración mentat, Duncan estudió los paneles de su consola de mando. Los intrincados datos indicaban que la red asfixiante estaba por todas partes. Con el dedo apuntó un nudo del diagrama, una zona de señales electrónicas intermitentes. A primera vista no parecía diferente del resto de los hilos interconectados, pero mientras lo estudiaba, pensó que tal vez había encontrado un punto débil.

- Mirad aquí.

Teg se inclinó con expresión febril.

- ¿Un bucle?

- ¡Si al menos pudiéramos movernos! -Duncan caminó arriba y abajo ante los controles, devanándose los sesos-. Sería coser y cantar pasar por ahí… si la nave pudiera volar.

- Trabajando todos en equipo, necesitaríamos una semana para hacer esas reparaciones. No tenemos tanto tiempo. -El Bashar señaló con el gesto las pantallas tácticas que mostraban datos de los sensores de larga distancia-. Las naves del Enemigo se acercan. Saben que nos han atrapado.

Duncan aceptó la cruda realidad.

- Los motores Holtzman no funcionan. No hay forma de repararlos a tiempo, no podemos escapar. -Estampó los puños sobre un panel, cerca del bucle intermitente y enmarañado de las proyecciones de la consola-. Pero sé que podría hacerlo. ¿Por qué no vuela este maldito trasto?

Teg echó una ojeada a los puntos intermitentes de las naves que se acercaban, vio el flujo de informes automatizados de daños y supo exactamente lo que había que hacer. Y solo él podía hacerlo.

- Yo arreglaré la nave. -No tenía tiempo para explicaciones-. Estad preparados. -Y desapareció.

***

Miles Teg aceleró su metabolismo y entró en el modo de velocidad súper rápida que había aprendido tras superarlas insoportables torturas de las Honoradas Matres y sus subordinados. A su alrededor el tiempo se ralentizaba. Lo que iba a hacer era arriesgado por los extremos requerimientos energéticos, pero tenía que hacerlo. Las luces estroboscópicas de alarma se convirtieron en un impulso lento que parecía alargar cada ciclo de luz-oscuridad una hora. Volver a consultarlos registros de archivo de los sistemas de la nave le habría llevado demasiado tiempo, pero Teg ya los había consultado antes. Y, como mentat, lo recordaba todo, así que se puso manos a la obra.

Solo.

Incluso a aquella velocidad acelerada, Teg se obligó a correr tan deprisa como pudo. En cada cubierta, las personas parecían estatuas, con expresiones confusas y preocupadas. Y Teg pasaba como una exhalación de camino a los puntos afectados más próximos.

En el lugar donde había estallado la primera mina, Teg miró asombrado y consternado el metal retorcido, los cráteres fundidos en medio de la maquinaria, los sistemas vaporizados. Teg corrió de un lugar a otro, determinando el alcance de los daños, decidiendo que sistemas eran imprescindibles para su huida inmediata. Los Danzarines Rostro infiltrados habían colocado y ocultado bien las ocho minas, y cada detonación había resultado en un golpe decisivo: navegación, soporte vital, motores para plegar el espacio, armas defensivas.

Teg tomó decisiones rápidas. Su vida le había preparado para situaciones de emergencia; en el campo de batalla, no se puede vacilar. Si Duncan no lograba sacar el Ítaca de allí ahora, ya no necesitaría ningún sistema de soporte vital. Él, o alguna otra persona, podía arreglarlos más tarde. Una apuesta aceptable. Los generadores del campo negativo estaban fuera de combate.

Motores. Cuatro de las ocho minas habían sido utilizadas específicamente para dañar los motores que plegaban el espacio. El saboteador las había hecho estallar deliberadamente cuando estaban cerca del Enemigo, y las detonaciones les habían dejado inutilizados y a la deriva.

A hipervelocidad, Teg estudió, analizó y compiló un plan utilizando sus capacidades de mentat. Inventarió materiales, piezas de repuesto, material de emergencia. Tenía que actuar con rapidez con lo que tenía; y nadie podía ayudarle. Primero, redirigió y reprogramó las armas, y las preparó para lanzar una andanada a las naves que se acercaban. Eso les daría unos momentos de respiro.

Teg siguió corriendo. Las luces de alarma se encendían y apagaban, como un sol que sale y se pone, otra hora pasada en su estructura de referencia. En cambio, en tiempo real, solo habían pasado unos segundos desde que desapareció del puente. A continuación se puso con los motores, vitales para su huida.

Los anclajes primarios estaban rotos, los catalizadores Holtzman habían caído de sus soportes, no estaban alineados, eran inoperativos. Dos cámaras de reacción estaban agrietadas. La explosión casi había penetrado la pared. Teg estaba perplejo, los brazos le temblaban: no podría arreglar aquello. Pero se obligó a apartar aquellos pensamientos, y volvió al trabajo.

Los músculos le temblaban de agotamiento, los pulmones le ardían porque jadeaba con tanta rapidez que las moléculas de oxígeno apenas tenían tiempo de llegar a su sitio.

Arreglar la pared de las cámaras de reacción sería fácil. Teg corrió a los sectores de mantenimiento, localizó unas placas de repuesto. Dado que no podía hacer que la maquinaria para levantar material pesado operara con la suficiente rapidez, tuvo que arreglarse con unos suspensores. Aplicó los proyectores de nulgravedad a las pesadas placas y las hizo viajar a toda velocidad por los corredores, evitando a la gente petrificada.

A cada segundo las naves de guerra del Enemigo estaban más cerca. Algunos de los pasajeros de la nave acababan de enterarse de que las minas habían estallado. Dio otro acelerón y los suspensores corrieron a su paso.

En unas pocas «horas» de su metabolismo, y unos momentos en tiempo real, reparó los daños en la pared de las cámaras, daños que podrían haber provocado una brecha en los motores. El sudor le corría por el cuerpo, estaba al borde del colapso. Pero a pesar del agotamiento, no podía permitirse aminorar. Nunca antes había entrado en un torbellino tan intenso de aceleración.

El cuerpo de Teg no podría mantener aquel ritmo mucho más. Pero si no lo hacía, la nave sería capturada y todos morirían. El hambre le roía el estómago. Aquello no funcionaría. Tenía que concentrarse, tenía que alimentar el motor de su cuerpo para poder hacer lo que debía.

Hambriento, sin dejar aquella supervelocidad, Teg saqueó los almacenes de la nave, donde encontró barritas energéticas y gruesas obleas. Consumió nutrientes concentrados hasta que quedó lleno. Luego, quemando las calorías con la misma rapidez con que las tragaba, corrió de nuevo de una zona de impacto a otra.

Subjetivamente, pasó días dedicado a aquellas tareas altamente concentradas; para los observadores externos, atrapados en el paso glacial del tiempo normal, solo habían pasado uno o dos minutos.

Cuando la tarea empezó a superarle, el Bashar trató de valorar qué necesitaba la nave para funcionar. ¿Cuáles eran las reparaciones mínimas que permitirían a Duncan pasar por el agujero de la red?

La explosión de las minas había llevado a una reacción en cadena de daños. Teg estuvo a punto de perderse en los detalles, pero se obligó a recordar la urgencia de la situación y a moverse sobre la fina película de hielo de las posibilidades.

Teg y sus valientes habían robado la nave de Gammu más de tres décadas atrás. Aunque había funcionado admirablemente, el Ítaca no había pasado ninguna de las necesarias revisiones de mantenimiento en los astilleros de la Cofradía. Las piezas gastadas no habían sido sustituidas por otras nuevas, los sistemas fallaban por los años y el descuido, así como por las sustracciones de los saboteadores. Limitado por las piezas y los materiales que encontró en los muelles de mantenimiento, probó y descartó posibles reparaciones.

Las alarmas seguían su ritmo lento. Él se movía demasiado deprisa para que las ondas de sonido significaran algo. En tiempo real, se oirían sirenas, los gritos de la gente, órdenes contradictorias.

Teg arregló otro de los soportes de los catalizadores Holtzman, y entonces se tomó un instante para mirar por una de las pantallas panorámicas. En la imagen desplegada entre líneas de escaneo, vio que las naves enemigas finalmente habían llegado, inmensas y fuertemente armadas… una flota de monstruos, naves angulosas cubiertas de armas, sensores y otras afiladas protuberancias.

Aunque se sentía consumido, Teg supo con absoluta seguridad que tenía que correr más que nunca.

Corrió a los depósitos de melange de la nave y rompió los cierres con un rápido movimiento de la mano. Cogió galletas de aquella sustancia marrón comprimida, las miró con mente de mentat. Considerando su hipermetabolismo y la velocidad extraordinaria a la que su cuerpo estaba utilizando su maquinaria bioquímica, ¿Cuál era la dosis correcta? ¿Cuánto tardaría en hacer efecto? Teg se decidió por tres obleas -tres veces más del máximo que había consumido nunca- y las devoró.

Cuando la melange empezó a correr por su cuerpo y extenderse por sus sentidos, Teg se sintió vivo otra vez, recargado y capaz de cumplir con aquel imposible. Los músculos y los nervios estaban al rojo, corría tan deprisa que sus pies dejaban marcas en el suelo.

Reparó el siguiente sistema en unos momentos. Pero en ese tiempo, el Enemigo ya les había alcanzado y la no-nave seguía sin poder volar.

Teg se miró los antebrazos y vio que la piel se le estaba arrugando, como si hubiera consumido cada gota de energía dentro de su carne.

Fuera, las naves lanzaron una andanada de misiles destructivos. Las bolas de energía salieron disparadas como nubes de tormenta que se acercan con una lentitud exquisita. Aquellos impactos sin duda harían sus reparaciones inútiles, puede que incluso destruyeran la nave.

En otro impulso de extrema velocidad, Teg corrió a los controles de defensa. Afortunadamente, había reparado algunas de sus armas. Los sistemas defensivos del Ítaca eran lentos, pero los controles de disparo respondieron bastante bien. Con un disparo múltiple, como una salva de fuegos artificiales celebratorios, Teg devolvió el fuego, rayos cuidadosamente dirigidos para interceptar y disipar los proyectiles. Sin embargo, después de disparar, dio la espalda a las armas y corrió al otro motor dañado.

El bashar Teg se sentía como una vela que se ha consumido hasta quedar reducida a un pegote de cera descolorida. A pesar de sus esfuerzos y el agotamiento, vio que su destino se cerraba sobre ellos.

20

¿Cómo pagar a un hombre que ha hecho lo imposible?

BASHAR ALEF BURZMALI, Lamento por el soldado.

Cuando Miles se fue, Duncan estuvo mirando unos momentos las proyecciones de los sensores. Sabía lo que el Bashar estaba haciendo.

Después de las explosiones internas, el Ítaca estaba perdido en el espacio, rodeado de naves enemigas con más armas de las que él había visto en una flota entera de los Harkonnen. Las minas habían inhabilitado los generadores del campo negativo, dejando la nave visible y vulnerable en el espacio.

Después de huir durante casi un cuarto de siglo, estaban atrapados. Quizá había llegado la hora de que se enfrentara a sus misteriosos perseguidores. ¿Quién era aquel enemigo invencible y extraño? Lo único que él había visto eran las sombras fantasmales de un anciano y una anciana. Y ahora…

Ante él, en la pantalla el tramo discontinuo de la red cambió, casi se cerró, y entonces volvió a abrirse, como si le estuviera desafiando. Duncan habló en voz alta, aunque en realidad hablaba para sí mismo. Una suerte de oración.

- Mientras tengamos aliento, tendremos una oportunidad. Nuestra misión es identificar la oportunidad, por muy transitoria o difícil que sea.

Teg había dicho que repararía los sistemas. Duncan conocía las capacidades ocultas del Bashar. Durante años las había ocultado a las Bene Gesserit, que temían semejantes manifestaciones como signo de un potencial kwisatz haderach. Y ahora esas capacidades quizá los salvarían a todos.

- No nos falles, Miles.

Las naves que se acercaban dispararon. Duncan apenas había tenido tiempo de renegar y prepararse para el impacto, cuando una andanada de disparos defensivos imposiblemente rápidos interceptaron el fuego enemigo. Dirigidos con precisión, disparados al instante. Fuego enemigo bloqueado.

Duncan pestañeó. ¿Quién había lanzado la andanada de respuesta? Meneó la cabeza. La no-nave tendría que haber sido incapaz de las maniobras básicas de defensa. Un estremecimiento de placer le recorrió la columna. ¡Miles!

De pronto, los sistemas de la cubierta de control empezaron a iluminarse; luces verdes parpadeaban. Uno tras otro, los sistemas volvían a funcionar. Duncan intuyó movimiento y volvió la cabeza a la izquierda.

El Bashar se materializó ante él, pero era un Miles Teg diferente… ya no era el joven ghola a quien Duncan había educado y despertado, sino un hombre espantosamente consumido, seco y viejo como una momia ambulatoria. Teg parecía a punto de desplomarse. Se había forzado mucho más allá de lo que un hombre normal podía aguantar.

- Paneles… activos. -Su voz rasposa le costó más energía de la que le quedaba- ¡Vamos!

Todo sucedió en un instante, como si también Duncan hubiera entrado en una estructura temporal acelerada. Su primer impulso fue coger a su amigo. Teg se moría, quizá ya estaba muerto. El ajado Bashar ya no podía tenerse en pie.

- ¡Vamos… maldita sea! -Fueron las últimas palabras que el Bashar logró que salieran de su boca.

Pensando con lucidez mentat, Duncan volvió al panel de control, prometiéndose no malgastar lo que el Bashar había hecho por ellos. Prioridades. Alcanzó el panel de pilotaje, y sus dedos se movieron como una araña asustada.

Teg se desmoronó, con los brazos y piernas abiertos, tan muerto como una hoja seca, más envejecido incluso que el primer Bashar en los últimos momentos de Rakis. ¡Miles! Tantos años juntos, enseñando, aprendiendo,

confiando el uno en el otro… Pocas personas habían significado tanto para él en sus muchas vidas.

Apartó los pensamientos de dolor, pero su memoria mentat le hacía ver cada experiencia clara y diáfana. Miles Teg no era más que una antigua carcasa sobre las placas del suelo. Y no había tiempo para la ira o las lágrimas.

La no-nave empezó a acelerar. Aún veía ante ellos la forma de colarse por la cruel red, aunque ahora además tenía que enfrentarse a una flota entera de naves enemigas. Acababan de disparar una segunda andanada de fuego ofensivo.

Aquel agujero chisporroteaba como si les estuviera invitando. Duncan dirigió la nave hacia allí, moviéndose tan rápido como le permitían sus reflejos humanos. La no-nave soltó aquellos hilos obstinados.

- ¡Vamos! -dijo Duncan tratando de hacer que pasara.

Nuevas explosiones rozaron y arañaron el casco del Ítaca, que empezó a balancearse y rodar. Duncan timoneó con toda su habilidad.

Los motores Holtzman estaban al rojo, los paneles de diagnóstico mostraban numerosos errores y fallos de sistema, aunque ninguno resultaría fatal de modo inmediato. Duncan acercó la nave más y más al agujero. Las naves enemigas no podrían interceptarles, no podrían moverse lo bastante rápido para detenerles.

La red seguía rompiéndose. Duncan lo estaba viendo.

Obligó a sus sentidos a volver a los motores, aplicando una aceleración muy superior a la que los sistemas normalmente permitían. En sus frenéticas reparaciones, Te no se había parado en detalles como mecanismos de seguridad y límites. Con una velocidad cada vez mayor, se liberaron de la red que los encerraba.

- ¡Lo estamos logrando! -dijo Duncan al Bashar caído. Como si su amigo aún pudiera oírle.

Una nave enemiga con forma de torpedo saltó al frente. Ningún humano podía pilotar una nave con semejante rapidez, no podía cambiar de dirección con fuerzas que partirían un hueso como un puñado de paja en un puño. Quemando sus motores, el atacante consumió todo su combustible en un único movimiento frontal… para interponerse en su camino.

Duncan no pudo girar a tiempo. La no-nave era demasiado grande, la inercia era demasiada. La nave enemiga suicida arañó el casco inferior del Ítaca, alterando su rumbo volviendo a dañar los motores. El impacto inesperado hizo que la no-nave empezara a girar. La nave enemiga se desvió hacia un lado y estalló, la onda de choque los desvió aún más de su rumbo fuera de control… de vuelta a lo que quedaba de la red.

Duncan renegó lleno de desespero y de rabia.

Sin poder plegar el espacio, la no-nave volvió atrás, entre el gemido de sus motores. Los paneles de control del puente estaban cubiertos de señales rojas que enseguida se apagaron. Una pequeña explosión interna dañó aún más los motores Holtzman. El Ítaca quedó suspendido en el espacio. De nuevo.

- Lo siento, Bashar -dijo Duncan con el corazón destrozado. Ahora que ya no había nada que hacer, se arrodilló junto a la carcasa de su amigo.

Un mensaje apareció en la pantalla principal del puente, una poderosa transmisión de las naves que les rodeaban. A pesar del dolor, a Duncan le sorprendió cuando vio por primera vez el rostro de su Enemigo.

El rostro liso de metal líquido de una máquina racional apareció en pantalla.

- Sois nuestros prisioneros. Vuestra nave ya no puede volar independientemente. Os entregaremos a la supermente Omnius.

¡Máquinas pensantes!

Duncan trató de entender lo que estaba viendo y oyendo. ¿Omnius? ¿La supermente? ¿El Enemigo que se hacía pasar por una agradable pareja de

ancianos eran en realidad las máquinas pensantes? ¡Imposible! Las máquinas pensantes habían estado prohibidas durante miles de años, y la última supermente había sido destruida en la Batalla de Corrin al final de la Yihad Butleriana.

¿Máquinas? ¿Aliadas de alguna forma con los Danzarines Rostro?

Las naves enemigas se abalanzaron como hienas sobre un cadáver fresco.

21

Algunas personas se quejan de que les persigue su pasado. ¡Tonterías! Yo me regodeo en él.

BARÓN VLADIMIR HARKONNEN, el ghola.

Atrapado por la flota de máquinas pensantes, el Ítaca estaba cautivo, con los motores dañados y las armas quemadas. Duncan no podía hacer nada salvo esperar y llorar a su amigo muerto. Las consecuencias y los recuerdos lo asaltaban. Se movió metódicamente, apoyándose en la concentración mentat para realizar incluso las acciones más simples.

Sheeana estaba a su lado en el puente de navegación. Aunque se preciaba de su pureza Bene Gesserit, de mantener a raya sus emociones, parecía profundamente trastornada cuando los dos recogieron el cuerpo de Teg del suelo del puente. Duncan no podía creer lo frágil y ligeros que eran los restos del Bashar. Parecía hecho con telas de araña y nervios, hojas secas y huesos huecos.

- Miles dio su vida por todos nosotros -dijo Duncan.

- Dos veces -dijo ella.

El comentario hizo que Duncan pensara en todas las vidas que él mismo había dado por los Atreides.

- Esta vez el sacrificio ha sido en vano -dijo con voz rasposa-. Miles ha consumido su vida para hacer las reparaciones que necesitábamos, y yo no he sido capaz de liberarnos. No tendría que haberlo hecho.

Sheeana lo miró con dureza.

- ¿Que no tendría que haberlo intentado? Somos humanos. Tenemos que intentarlo, sean cuales sean las probabilidades. Nunca hay nada seguro. En la vida, cada acción es una apuesta. El Bashar luchó hasta el último instante de su vida, porque creía que había una posibilidad. Yo pienso hacer lo mismo.

Duncan miró al rostro chupado y momificado de su amigo, recodando la determinación y el entrenamiento que el viejo Bashar le había enseñado cuando él era un joven ghola. Sheeana tenía razón. Aunque no había podido liberar el Ítaca y no habían logrado escapar, él y Miles habían demostrado al Enemigo que los humanos son impredecibles y resistentes, que no debía subestimarlos. Y aún no había acabado. En lugar de zanjarlo con una simple captura, las máquinas pensantes habían tenido que sacrificar una de sus naves más grandes solo para detenerles.

- Lo llevaremos a una de las cámaras de despresurización más pequeñas -anunció. Dado que ahora sus movimientos venían dictados por las naves enemigas que los remolcaban, no tenía sentido quedarse ante los controles-. No pienso dejar que las máquinas lo cojan.

Los restos mortales del Bashar flotarían por el espacio. Los otros estaban atrapados, y las máquinas pensantes los utilizarían en sus experimentos, o para lo que fuera que los habían estado persiguiendo durante décadas. Pero a Miles no. Este acto sería otra pequeña victoria… y con las suficientes pequeñas victorias se puede ganar una guerra.

Llegaron a una de las cámaras y Duncan se dio cuenta de que era la misma desde la que había lanzado al espacio las cosas de Murbella, cosas a las que había seguido aferrándose obstinadamente. Colocaron la carcasa

trágicamente ligera del cuerpo de Teg en la cámara y la sellaron. Duncan miró a través del puerto de observación, y dijo su último adiós.

- Nunca me habría imaginado haciendo esto por él. La última vez, el Bashar tenía a todo Rakis ante su pira funeraria. Pero no hay tiempo. -Antes de que pudiera cambiar de opinión, apretó el botón para evacuar la cámara, abriendo la escotilla exterior para que el cuerpo saliera al vacío-. Convocaremos a todo el pasaje y prepararemos nuestras defensas.

- ¿Qué defensas?

Duncan la miro.

- Cualquier cosa que se nos ocurra.

***

Cien máquinas pensantes los impulsaron hacia adelante y obligaron a la no-nave destrozada a descender a Sincronía, donde los edificios cambiantes se deslizaron a los lados y formaron un hueco aceptable para la nave. El Ítaca, ahora visible, descendió como un animal vencido, el trofeo de una partida de caza mayor.

Al barón Harkonnen le pareció una escena gloriosa. Desde un balcón que sobresalía de una de las torres caprichosas de Omnius, estudió la nave. La configuración de la no-nave no le resultaba familiar, grande pero no intimidatoria como él imaginaba. El diseño era mucho más orgánico y extraño que el de los inmensos cruceros de la Cofradía, las naves de los mortíferos Sardaukar, las naves de guerra de los Harkonnen, o las fragatas. Parecía fruto de la evolución, y recordaba extrañamente a las curvas fluidas de las estructuras de las máquinas pensantes.

Extraña nave, extraños pasajeros.

Según los informes preliminares de las naves de reconocimiento que habían atrapado la no-nave, muchos de los pasajeros eran gholas de su pasado, molestias de la historia resucitadas, tal como Erasmo sospechaba… dama Jessica, otro Paul Atreides, un maestro de armas menor llamado Duncan Idaho, y quién sabía cuántos más. Gholas tosidos y escupidos como flema.

Paolo estaba a su lado en el balcón, mirando hacia el improvisado puerto espacial que esperaba para dar cabida a la nueva nave.

- ¿Los mataremos a todos, abuelo? No quiero que haya otro kwisatz haderach. Se supone que yo soy el único. Tendría que tomar la ultraespecia que Khrone ha traído ahora mismo.

- Si de mí dependiera te la daría, chico, pero Omnius no lo permitirá. Ten paciencia. Incluso si hay otra versión de Paul Atreides en esa nave, seguramente es blando y compasivo. No tiene la ventaja de haberse endurecido bajo mi tutela. -Los labios carnosos del barón se crisparon en una mueca de desagrado. Paolo mismo no comprendía hasta que punto había alterado su personalidad-. No tendrás ningún problema para derrotarle.

- Ya lo he visualizado -replicó Paolo-. Sueños prescientes y reales… y ahora sé lo que va a pasar.

- Entonces no tienes por qué preocuparte.

Los edificios de Omnius ondearon como carrizos y entonces la nave magullada descendió y la envolvieron, atrayéndola a un hueco de metal vivo. El proceso de aterrizaje parecía interminable. ¿De verdad era necesario que tantas abrazaderas estructurales envolvieran la no-nave como garras? Teniendo en cuenta los importantes daños provocados en los motores, los cautivos nunca podrían lograr que volviera a volar. Sin embargo, Omnius era muy amante de hacer las cosas con un gran despliegue de fuerza bruta. El barón no podía entenderlo.

Erasmo apareció en el balcón, disfrazado de nuevo como ancianita bondadosa. Mirando al robot con desapasionamiento, el barón anunció:

- Subiré a bordo de la no-nave. Quiero ser el primero que… -sus labios formaron una mueca-… reciba a nuestros visitantes.

Los ojos de la anciana pestañearon.

- ¿Estás seguro de que es prudente, barón? Aún no sabemos con exactitud quién puede haber a bordo. Podrías correr peligro si alguien te reconoce. En tu vida pasada había unas cuantas personas que no estaban precisamente contentos contigo.

- ¡No pienso ir sin protección, desde luego! De hecho, esperaba que tú me proporcionaras una guardia completa de seguridad. Algunos de tus robots centinela, quizá… o mejor aún, un contingente armado de Danzarines Rostro. Paolo se quedará aquí, a salvo, pero yo subiré a bordo. -Se puso las manos en las caderas-. En realidad, lo exijo.

Erasmo parecía divertido.

- En ese caso, mejor que te acompañen los Danzarines Rostro. Sube a bordo, barón, y sé nuestro embajador. Estoy seguro de que utilizarás toda la diplomacia que requiere la situación.

22

Nos enfrentaremos al Enemigo, y moriremos si tenemos que morir. Sin embargo, preferiría que matáramos a quien tengamos que matar.

MADRE COMANDANTE MURBELLA, transmisión a las fuerzas defensivas humanas.

Diez mil naves de la Cofradía frente a un número infinito de naves enemigas.

Para aquella confrontación la madre comandante había preparado a todos los señores de la guerra, líderes políticos y otros generales autoproclamados, así como a sus feroces hermanad… lo que quedaba de ellas. Los defensores humanos se atrincheraron, repartidos por las zonas por donde debían pasar las fuerzas mecánicas.

En el último minuto, los hombres de la Cofradía se habían incorporado a las tripulaciones de las numerosas naves de guerra, lanzándolas a los puntos de encuentro acordados. Aquellos comandantes, que no habían pasado los tests, estaban todo lo preparados que la madre comandante había podido. Como soldados fantasma de los planetas que habían sucumbido bajo el pie de las máquinas, llegaban hordas de refugiados con ojos enrojecidos ofreciéndose voluntarios. En cada nave se instalaban los destructores producidos por las incansables fábricas de Ix.

Por desgracia, Omnius llevaba siglos preparándose.

Las máquinas pensantes avanzaban como una fuerza de la naturaleza, sin variar su rumbo ni apartarse, independientemente de la fuerza de las defensas planetarias que plantaban ante ellos. Simplemente, se lo llevaban todo por delante.

Para que el plan de Murbella funcionara, había que detener la línea de naves enemigas en cada punto, en cada sistema estelar. No había campos de batalla menos importantes que otros. Murbella había dividido a sus guerreros en un centenar de grupos discretos de cien nuevas naves de guerra cada uno. Los grupos se posicionaron en puntos dispersos pero importantes fuera de los sistemas habitados, listos para repeler la llegada del Enemigo.

Como última línea de defensa, las cien naves recién construidas de Murbella patrullaban el espacio en las cercanías de Casa Capitular, junto con cierta cantidad de naves más pequeñas y antiguas destinadas a aumentar la consistencia del grupo. Sabían que Omnius consideraba aquel planeta un objetivo primordial. Mientras esperaba el ataque, la madre comandante pensó en lo extraordinarias que parecían sus naves, en la

formidable línea defensiva que tenían. Los guerreros que viajaban a bordo parecían confiados, no asustados.

Sin embargo, según sus estimaciones más optimistas, las máquinas pensantes los superaban en una proporción de más de cien a uno.

Para reforzar su confianza, todos los combatientes habían visionado hologramas de las pruebas ixianas con los nuevos destructores en el planeta muerto de Richese, y habían admirado la fuerza destructora de cada una de aquellas armas. Observadoras Bene Gesserit habían controlado las cadenas de producción, y los técnicos habían verificado las complejas armas una vez instaladas en la flota de Murbella. La madre comandante se aferraba a la esperanza de que aquella última barrera defensiva podía llevar a una derrota abrumadora de las fuerzas de Omnius.

Más que nunca en el último cuarto de siglo, Murbella habría querido que Duncan Idaho estuviera a su lado de nuevo para afrontar aquel conflicto final con ella. Sintió agudamente la soledad de un puesto de mando y tuvo la tentación de ceder a una antigua superstición humana y rezar a algún ángel guardián invisible, pero Murbella sacó fuerzas.

¡Esto tiene que salir bien!

Sus grandes naves recorrían los límites de la órbita del planeta, sin saber por dónde llegaría el Enemigo. En tierra, los refugiados que habían ocupado campamentos temporales en los continentes esquilmados por la epidemia estaban ansiosos por que los evacuaran de Casa Capitular, pero incluso si había naves que podían sacarlos de allí, tampoco tenían adónde ir. Cada nave funcional de aquel sector había sido requisada para la lucha contra las máquinas pensantes. Fue todo lo que la raza humana pudo reunir.

- Naves enemigas aproximándose, madre comandante -dijo el administrador Gorus, tras recibir un mensaje de la cubierta de sensores. Su trenza pálida parecía un tanto descuidada, su piel estaba más blanca que de costumbre. Le habían convencido para que se quedara en la nave principal del mayor campo de batalla, que apoyara a las naves que sus fábricas habían producido. No parecía muy contento con la idea.

- Justo a tiempo. Tal como esperábamos -dijo Murbella-. Dispersad nuestras naves en un radio de disparo lo más amplio posible, para que podamos golpear al Enemigo todos a la vez, antes de que tengan tiempo de reaccionar. Las máquinas pueden adaptarse, pero rara vez tienen en cuenta el factor inesperado.

Gorus la miró con acritud.

- ¿Está haciendo suposiciones basándose en viejos registros, madre comandante? ¿Extrapolando por la forma en que Omnius reaccionó hace quince mil años?

- Hasta cierto punto, pero confío en mis instintos.

Cuando las naves densamente armadas de las máquinas empezaron a aproximarse, cada vez se parecían más a una lluvia de meteoritos cada vez más grandes. Las monstruosas naves se cernían sobre ellos. Por toda la línea, en otros cien sistemas, Murbella sabía que los defensores humanos se enfrentaban a un destino similar.

- Preparados para lanzar los destructores. Detenedlos antes de que puedan acercarse más a Casa Capitular. -Murbella cruzó los brazos sobre el pecho. A través de las líneas de comunicación, cada capitán anunció que estaba listo.

Las naves mecánicas aminoraron la marcha, como si sintieran curiosidad por aquel pequeño obstáculo que tenían delante. Nos subestimarán, pensó Murbella.

- Maximizar los objetivos. Disparad a grupos apretados de naves enemigas. Consolidad explosiones.

- Objetivos escogidos, madre comandante -dijo Gorus, y su mensaje fue transmitido inmediatamente por sus técnicos de sensores.

Murbella tenía que detener a las máquinas antes de que pudieran abrir fuego.

- Lanzad destructores. -Se mantuvo firme.

De los tubos lanzadores empezaron a saltar chispas plateadas, los destructores salieron como un torbellino hacia la línea de naves enemigas, pero los destellos se apagaron enseguida. No pasó nada, aunque algunas de aquellas pesadas armas ya habrían alcanzado sus objetivos. Las naves mecánicas parecían estar esperando.

Murbella miró alrededor.

- Confirmad que los destructores estaban armados. ¿Dónde están las explosiones? ¡Lanzad una segunda andanada!

Las alarmas empezaron a sonar. Gorus corrió frenéticamente de un puesto a otro, gritando a los hombres de la Cofradía de las cubiertas superiores. Una Reverenda Madre de aspecto apresurado entró corriendo en el centro de mando, y se detuvo ante Murbella.

- Nuestros destructores no hacen nada. Son inútiles.

- ¡Pero han sido probados! Nuestras hermanas supervisaron las cadenas de producción. ¿Cómo es posible que sean defectuosos?

Entonces, las cien naves de Casa Capitular quedaron suspendidas en el espacio, todas a la vez, sus motores se apagaron, las luces parpadearon. El retumbar de los tubos de escape cesó.

- ¿Qué esta pasando? -exigió saber Gorus-. ¿Sabotaje? ¿Nos han traicionado?

Como si aquello fuera lo que las naves mecánicas habían estado esperando, empezaron a acercarse.

A través de la pantalla un hombre de la Cofradía transmitió con voz sepulcral.

- Los sistemas de navegación artificial no responden, administrador. No podemos ni manipular nuestros propios mandos. Nuestras naves están… inoperativas. -Las luces de emergencia iluminaron las cubiertas con una luz misteriosa.

- ¿Han encontrado las máquinas la manera de neutralizar nuestros sistemas?

Gorus se volvió hacia Murbella.

- No ha habido manipulación, madre comandante. Simplemente… no funcionan. Ninguno.

De pronto las fuerzas mecánicas estaban encima, un millar de naves que superarían sin dificultad a los defensores humanos. Murbella se preparó para morir. Sus combatientes no podrían protegerse ni a sí mismos ni a Casa Capitular, aunque ella había jurado protegerla.

Pero en lugar de atacar, la flota enemiga pasó lentamente de largo, provocándoles por su impotencia. ¡Las máquinas no se molestaron ni en abrir fuego, como si las defensas de la Hermandad no fueran dignas de atención!

Muy por detrás, llegaba en ese instante al lejano límite del sistema solar una nueva oleada de naves mecánicas que se dirigían a Casa Capitular. En los diferentes puntos que formaban aquella última barrera defensiva tan cuidadosamente preparada en un centenar de sistemas debía de estar sucediendo lo mismo.

- ¡Lo sabían! ¡Las condenadas máquinas sabían que nuestros destructores no funcionarían! -Como si las naves de Murbella no fueran más que una piedrecilla en el camino, las naves de Omnius pasaron de largo y siguieron avanzando hacia el mundo central de la Hermandad, ahora desprotegido.

Ninguna de sus nuevas naves de guerra llevaba a bordo un navegante vivo; la mayoría de los navegantes y sus cruceros habían desaparecido. Todas las naves de su grupo utilizaban compiladores matemáticos ixianos para guiarse. ¡Compiladores matemáticos! Ordenadores… máquinas pensantes.

¡Los ixianos! Murbella se maldijo a sí misma por haberse apoyado demasiado en los nuevos destructores y en su capacidad para prever los movimientos del Enemigo.

- Sígame, administrador. Quiero ver esos destructores por mí misma. -Y lo agarró del brazo lo bastante fuerte para dejarle morado.

Guiados por las luces de emergencia, corrieron a la cubierta de armas donde se habían instalado los destructores. Dentro, en un estante tras otro, estaban los huevos plateados capaces de fundir mundos que los ixianos habían manufacturado. Un alterado hombre de la Cofradía los interceptó.

- Probamos las armas, administrador, y funcionaban correctamente. Los controles de disparo están operativos. Acabamos de lanzar docenas de destructores, pero ninguno de ellos ha hecho explosión.

- ¿Por qué no funcionan?

- Porque… porque en realidad los destructores…

Murbella se acercó al lugar donde el hombre había abierto al azar una de las carcasas. Bajo un complejo laberinto de circuitos y delicados componentes, la carga del destructor estaba soldada a la carcasa del mecanismo, cosa que la hacía totalmente inoperativa. El arma había sido neutralizada.

- Es inservible, madre comandante -dijo Gorus-. Sabotaje.

- Pero vi las pruebas con mis propios ojos. ¿Cómo es posible?

- Un mecanismo temporizador debe de haber desconectado todo en un momento determinado, o quizá la flota enemiga ha enviado una señal de desconexión. Algún truco engañoso que no podíamos anticipar.

Murbella estaba horrorizada, había cometido el mismo error que ella pensaba que cometerían las máquinas: no había sido capaz de anticiparse a lo inesperado. Juntos, abrieron otro destructor y vieron que también estaba fundido e inutilizado. Una sensación de frío le heló el corazón y se extendió por sus venas. Los ixianos habían tardado años en construir aquellas armas, y su coste en especia había estado a punto de llevar a la Hermandad a la bancarrota. La habían engañado, los ixianos habían castrado su flota antes de que la batalla empezara.

- ¿Qué hay de nuestros motores?

- Podemos hacer que funcionen si no utilizamos los compiladores matemáticos.

- ¡Me importan un comino los compiladores! Encontrad la forma de salvar alguno de los destructores. ¿Están todos inoperativos? ¿Todos y cada uno de ellos?

- La única forma de saberlo es abrirlos todos y comprobarlo, madre comandante.

- También podríamos lanzarlos todos y rezar para que alguno funcione. -Murbella asintió lentamente. Ciertamente, era una opción. A aquellas alturas, no tenían nada que perder. Tenía que encontrar la manera de luchar. Rezó para que los otros grupos tuvieran más suerte, aunque lo dudaba. Sin destructores operativos, todos los planetas de la línea de frente estaban totalmente desprotegidos.

Y la responsabilidad era toda suya.

23

Algunos dicen que el solo hecho de sobrevivir es la mejor venganza. Yo, personalmente, prefiero algo un poco más extravagante.

BARÓN VLADIMIR HARKONNEN, el ghola.

En un impulso, el barón dijo a los diez Danzarines Rostro que le acompañaban que adoptaran la forma de soldados Sardaukar del viejo

Imperio. No sabía si alguien sería capaz de entender el chiste -las modas cambiaban y la historia siempre olvidaba ese tipo de detalles-, pero le ayudaría a dar una imagen de mando. Durante su vida original, había conseguido una gran victoria sobre la Casa Atreides con los Sardaukar de su lado.

Tras dejar a un inquieto Paolo con Erasmo, en teoría por su seguridad, el barón se vistió con un uniforme de noble, con sus charreteras doradas y los galones. Una daga ceremonial con la punta envenenada le colgaba del cinto, y bajo la manga llevaba escondido un aturdidor de haz ancho por si lo necesitaba. Aunque los Sardaukar de imitación eran su guardia y su escolta, no se fiaba especialmente de ellos. Nunca se es demasiado precavido.

Cuando el séquito del barón llegó a la no-nave prisionera, no encontraron ni una sola puerta en un kilómetro de casco… momento algo decepcionante y bochornoso, pero no había obstáculos que pudieran detener a Omnius. Guiados por la supermente, los edificios cercanos se transformaron en herramientas gigantes que abrieron el casco, arrancando placas y vigas maestras para dejar una amplia abertura. La fuerza bruta era más fácil y directa que tener que localizar una escotilla y familiarizarse con controles desconocidos.

Ahora que la no-nave estaba adecuadamente abierta, el barón y su escolta se agacharon para pasar bajo las piezas sueltas y los circuitos que chisporroteaban. Preparados para una emboscada, pero con un despliegue de confianza, avanzaron por los corredores de la no-nave. Varios de los ojos espía de Omnius zumbaban por delante, explorando y trazando mapas del interior de la nave.

Sin duda los cautivos verían que su única salida era rendirse. ¿Qué otra conclusión podían extraer? Por desgracia, en su vida anterior, el barón había tenido que vérselas con bastantes fanáticos, sobre todo las bandas de fremen chalados de Arrakis. Cabía la posibilidad de que aquellos pobres desgraciados intentaran montar una última y desesperada defensa hasta que los liquidaran a todos, incluido su supuesto kwisatz haderach.

Y entonces Paolo sería el único aspirante, y no habría más que hablar.

En el interior de la no-nave, las primeras personas que encontraron fueron Duncan Idaho y una Bene Gesserit de expresión desafiante que se identificó como Sheeana, Los dos esperaban al equipo de abordaje en medio de un amplio corredor. Al hombre el barón lo recordaba vagamente de los archivos de la Casa Atreides; maestro de espadas de Ginaz, uno de los guerreros de confianza del duque Leto, muerto en Arrakis cuando protegía a Paul y Jessica en su huida. Por la mueca de desprecio de su rostro, el barón supo que aquel ghola también había recuperado sus recuerdos.

- Ajá, veo que me conoces.

Idaho no se acobardó.

- Barón, escapé de Giedi Prime de niño. Derroté a Rabban en una de sus cacerías. Desde entonces he vivido muchas vidas. Esta vez espero verte morir con mis propios ojos.

- Hablas con arrojo, como uno de esos perros rastreros que el emperador Shaddam tenía siempre a su lado: siempre gruñendo y ladrando, y sin embargo era facilísimo pisarlos. -Protegido por el Danzarín Rostro Sardaukar, miró más allá, al corredor.

- ¿Cuántos sois a bordo? -espetó-. Traedlos a todos para inspección.

- Ya estamos todos reunidos -dijo Sheeana-. Estamos esperando.

El barón suspiró.

- Y sin duda tenéis comandos repartidos por los pasillos o francotiradores. Vuestros registros de personal habrán sido manipulados. Una resistencia infantil que a nosotros nos causará solo algún quebradero

de cabeza pero a vosotros no os reportará nada. Tenemos tropas suficientes para mataros a todos.

- Sería absurdo que nos resistiéramos -dijo Sheeana-, al menos de una forma tan obvia.

El barón frunció el ceño y oyó la voz de la pequeña en su cabeza. Está jugando contigo, abuelo.

- ¡Igual que tú! -musitó por lo bajo, y sus palabras los sobresaltaron a todos.

- Quinientos de nuestros hombres van a subir a bordo -dijo el falso comandante Sardaukar-. Sensores mecánicos móviles revisarán cada cámara de cada cubierta, y encontraremos todo lo que haya que encontrar. Localizaremos al kwisatz haderach.

- ¿Un kwisatz haderach? -preguntó Idaho-. ¿Es eso lo que han estado buscando el anciano y la anciana? ¿En esta nave? Dejaremos que perdáis vuestro tiempo.

- Si tuviéramos un superhombre a bordo -añadió Sheeana con brusquedad-, no habríais podido capturarnos.

El comentario turbó al barón. En el fondo de su mente oyó la voz insidiosa de Alia riéndose de su bochorno. Su rostro enrojeció, pero se obligó a controlar la voz. ¡Qué ridículo, hablando con la voz muda de una torturadora invisible! Nuevos grupos de personas llegaron por los corredores de la no-nave y se reunieron ante ellos como tropas para la inspección.

Un ghola adolescente de baja estatura fue quien más le inquietó. El joven era delgado y de piel macilenta, y su rostro mostraba enfado. Sus ojos ardían de odio por el barón, pero a el no le resultaba familiar. ¿Y a este que le había hecho?

Mira con atención, abuelo. ¿No le reconoces? ¡Estuvo a punto de matarte!

Con una expresión neutra, el barón volvió a mirar a aquel ghola severo y de pronto recordó el diamante negro tatuado en su frente.

- ¡Vaya, pero si es Yueh! Mi querido doctor Yueh, me alegro de verte. No tuve ocasión de decirte lo mucho que ayudaste a la causa Harkonnen hace tanto tiempo, Me alegra ver que tengo un aliado inesperado en esta nave.

Yueh parecía huesudo e incapaz, y sin embargo, el brillo de sus ojos era auténticamente asesino.

- No soy tu aliado.

- Eres un gusano insignificante. Fue muy fácil manipularte en su día… Y lo volveré a hacer. -Al barón le sorprendió que aquel escuchimizado no reculara. Esta versión de Yueh parecía más fuerte. Quizá las lecciones de su ignominioso pasado le habían cambiado.

- Ya no tienes nada con lo que manipularme, barón. No tienes a Wanna. E incluso si la tuvieras, no repetiría mis errores. -Cruzó los brazos sobre su pecho estrecho y alzó el mentón.

El barón se volvió dando la espalda bruscamente al doctor Suk, porque seguían llegando cautivos. Una joven con cabellos de bronce de unos dieciocho años, igualita que la adorable Jessica. Por la mirada de asco que le dedicó supo que aquel ghola también había recuperado sus recuerdos. ¿Sabía Jessica que en realidad era hija suya? ¡Qué conversaciones tan interesantes iban a tener!

En pie junto a Jessica, con gesto protector, había una joven vestida a la manera de los fremen, y un joven de cabellos oscuros… la viva imagen de Paolo, solo que algo mayor.

- Vaya, ¿no es ese Paul? ¿Otro Paul Atreides?

Un rápido golpe, un simple toque con la daga envenenada y el kwisatz haderach rival desaparecería, Pero no quería ni pensar cómo reaccionaría Omnius cuando se enterara. El barón quería que Paolo ocupara un puesto de

poder, desde luego, pero no pensaba sacrificar su vida para ayudarle. Aunque él había criado y entrenado a Paolo, la cuestión es que seguía siendo un Atreides.

- Hola, abuelo -dijo Paul-. Te recuerdo mucho más viejo y más gordo. - Al barón sus maneras y su tono le resultaron de lo más irritante. Y lo que es peor, tuvo una extraña sensación de vértigo… como si estuviera predestinado que Paul dijera aquellas palabras, como si lo hubiera visto en una docena de visiones.

Aun así, el barón batió palmas en una burla de aplauso.

- ¿No es maravillosa la tecnología ghola? Esto es como un bis en alguna de las tediosas interpretaciones juglarescas del Emperador. Todos juntitos otra vez para una segunda representación, ¿eh?

Paul se puso rígido.

- La Casa Atreides aplastó a los Harkonnen hace mucho tiempo. Anticipo un resultado similar.

- ¡Jo, jo, jo! -Aunque parecía divertido, el barón ghola no se acercó. Hizo una señal a su guardia Sardaukar-. Que un médico y un dentista los revise bien a todos antes de que se me acerquen.

Y que se fijen especialmente en los dientes. Que busquen cápsulas venenosas.

Después de cumplir con su misión, el barón estaba a punto de dar media vuelta cuando entre los refugiados vio a una pequeña que lo observaba todo en silencio junto a un muchacho delgado de unos doce años. Los dos tenían un aire a Atreides. Al barón se le heló la sangre, era Alia.

Aquella niña sanguinaria no solo le había clavado el veneno del gom jabbar y le atormentaba en su pensamiento, sino que ¡ahora encima la tenía físicamente delante! Mira, abuelo… ¡ahora podremos atormentarte por dentro y por fuera! Su voz era como agujas de hielo en su cabeza.

El barón reaccionó, sin pensar en las consecuencias. Sacando la daga ceremonial del costado, agarró a la pequeña del cuello de su ropa y levantó la hoja.

- ¡Te llamaban Abominación!

Alia se debatió como un animal rabioso, pero no gritó. Sus diminutos pies se clavaron con una fuerza sorprendente en el estómago del barón, dejándolo sin aliento. Él se tambaleó, y sin dudar ni un instante, le clavó la hoja envenenada en el costado. Luego sacó el cuchillo y volvió a golpear, pero esta vez directo al corazón.

Jessica chilló. Paul corrió hacia ellos, pero era tarde. Duncan aulló de ira y se arrojó sobre el Sardaukar más cercano, y de un golpe le partió la garganta. Golpeó a un segundo guarda, al que también partió el cuello, y cargó contra el barón como una criatura salvaje. El barón ni siquiera tuvo tiempo de sentir miedo, porque sus guardias lo rodearon, y otros cuatro sujetaron a Duncan. El resto de falsos Sardaukar levantaron sus armas para mantener a raya a los cautivos.

Mientras recuperaba la compostura, el barón miró con desprecio a la niña, que se moría en sus manos.

- Esto por matarme. Y, riéndose de la sangre que tenía en las manos, la arrojó al suelo como una muñeca. Por dentro, ni una palabra de su torturadora. ¿Se habría ido ella también?

En los rostros de los cautivos el barón veía una desesperación asesina que le inquietó. Rodeado por sus Danzarines Rostro Sardaukar, retrocedió, sonriendo. Los dos soldados muertos habían recuperado su forma de Danzarines Rostro, aunque ninguno de los cautivos parecía sorprendido. La gentuza Atreides rodeó a la pequeña, mientras los Sardaukar recogían a sus compañeros.

Sheeana impidió que Duncan se lanzara en otro ataque suicida.

- Con una muerte basta, Duncan.

- No, no es así. Esto solo es el principio. -Tuvo que hacer un visible esfuerzo por controlarse-. Aunque por el momento tendrá que bastar.

El barón rió y los Danzarines Rostro se lo llevaron de allí enseguida. Cuando miró a su escolta, vio que los cambiadores no aprobaban lo que había hecho.

- ¿Qué? No tengo por qué justificar mis actos ante vosotros. Al menos la Abominación ya no está.

¿Que no está, dices? El parloteo juguetón de una niña, como si rompieran cristales en su cabeza. ¿Que no está? ¡No puedes deshacerte de mí tan fácilmente! Yo estaba enganchada a tu cabeza incluso antes de que ese ghola naciera. La voz subió de tono. Ahora te torturaré más que nunca. No me dejas más salida que la de actuar como tu conciencia, abuelo.

El barón se alejó con paso más rápido, tratando de bloquear la presencia burlona de la niña.

24

En una guerra la apuesta es a todo o nada… conquistar es salvarlo todo, sucumbir es perderlo todo.

Guerrero de la vieja Tierra.

Mientras las máquinas pensantes mantenían un estrecho cordón en torno a la no-nave, Sheeana vio cómo Jessica se llevaba el cadáver de la pequeña Alia. Qué doloroso debía de resultarle aquello. Ahora que había recuperado sus recuerdos, Jessica sabía muy bien quién era Alia y el potencial que tenía. Qué cruel ironía. Santa Alia del Cuchillo muerta por obra de un cuchillo.

Jessica acunó a la niña en sus brazos, temblando mientras trataba de contener los sollozos. Cuando levantó la vista para mirarla, en sus ojos Sheeana vio una expresión fría y mortífera. Duncan estaba a su lado, y su rostro era como una máscara sombría de ira.

- Tendremos nuestra venganza, mi Señora. Entre nosotros somos tantos los que despreciamos al barón que no podrá sobrevivir mucho tiempo. - Incluso Yueh estaba acuclillado con aire asesino, como un arma cargada.

Paul y Chani se cogieron de las manos, sacando fuerza el uno del otro. Leto II observaba en silencio, conteniendo sin duda una avalancha de pensamientos enfrentados en su mente. Aquel niño siempre parecía más de lo que se veía a simple vista, como un iceberg gigante, cuya masa se oculta bajo la superficie. Sheeana hacía tiempo que sospechaba que él podía ser el más poderoso de los gholas que había creado.

Jessica levantó la cabeza bien alto, buscando fuerza en su interior.

- La llevaremos a mis habitaciones. Duncan, ¿puedes ayudarme? EI doctor Yueh, desesperado por tener su perdón, no se separó de ellos.

Sheeana contemplaba el retablo, llena de ansiedad, frustración, ira. Habían perdido al Bashar, Alia había muerto, y tres de sus gholas -Paul, Chani y Leto II- aún no tenían sus recuerdos. Stilgar y Liet-Kynes se habían quedado en Qelso y Thufir Hawat había resultado ser un Danzarín Rostro. Ahora que por fin se enfrentaban al Enemigo y necesitaban que los gholas cumplieran con sus destinos, ¡no tenía disponible a casi ninguna de aquellas «armas»! Solo estaban Yueh y Jessica… y Scytale, si es que podían contar con el tleilaxu.

El agotamiento amenazaba con colapsarla. Llevaban tanto tiempo huyendo, llevando a cuestas sus planes y esperanzas sin encontrar nunca el final… Y sin embargo esto no era lo que todos esperaban.

La voz tranquila y distante de Serena Butler despertó de nuevo en su interior, enfurecida ante la revelación de la identidad del Enemigo.

Hablaba con un conocimiento de primera mano. Las perversas máquinas siempre han querido exterminar a la humanidad. Ellos no saben olvidar.

- Pero fueron destruidas -dijo Sheeana en voz alta.

Parece que no. Trillones de personas murieron durante la Yihad Butleriana, pero ni siquiera eso fue suficiente, Al final no fue suficiente.

- Me complace poder conoceros por fin -dijo una voz rasposa de mujer.

Una anciana llegó sola por el corredor de la no-nave, con una amplia sonrisa en su rostro arrugado. A pesar de su edad, se movía con ligereza, y tenía un aspecto mortífero.

Sheeana enseguida dedujo que aquella debía de ser la misteriosa anciana que les perseguía implacablemente.

- Duncan nos ha hablado de ti.

La mujer sonrió de una forma inquietante, como si pudiera leer los pensamientos más íntimos y las intenciones de Sheeana.

- Habéis sido una presa muy problemática. Tantos años desperdiciados… ¿Ya habéis adivinado cuál es mi identidad?

- Eres el Enemigo.

De pronto, el rostro de la anciana, su cuerpo y sus ropas ondearon como metal líquido. Al principio Sheeana pensó que sería otro Danzarín Rostro, pero la cabeza y el cuerpo adquirieron el brillo del platino pulimentado, y las ropas de matrona se convirtieron en una túnica extravagante. El rostro era liso, con la misma sonrisa, pero en unas facciones radicalmente distintas. Un robot.

En lo más recóndito de su conciencia, Sheeana notó un tumulto en las Otras Memorias. Y entre el clamor de voces, la voz de Serena Butler se elevó a un grito: ¡Erasmo! ¡Destrúyelo!

Con gran esfuerzo, Sheeana aplacó las voces de las Otras Memorias y dijo:

- Eres Erasmo. El que mató al hijo de Serena Butler y provocó una yihad que duró cientos de años contra las máquinas pensantes.

- Veo que aún se me recuerda, después de tanto tiempo… -El robot parecía complacido.

- Serena te recuerda. Ella esta dentro de mí, y te odia.

Una expresión de auténtico placer iluminó el rostro del robot.

- ¿Serena Butler en persona está ahí? Ah, sí, sé de vuestras Otras Memorias. Los Danzarines Rostro nos han traído a muchas de vuestras Bene Gesserit.

En su interior, de nuevo el clamor de voces.

- Yo soy Serena Butler y ella es yo. Aunque han pasado miles de años, el dolor es tan agudo como el primer día. No podemos olvidar lo que destruiste y lo que iniciaste.

- Solo era una vida… era un simple bebé. Sin duda verás que tu raza tuvo una reacción desproporcionada, ¿no es cierto?

Sheeana percibió un cambio en el tenor y la cadencia de su propia voz, como si una fuerza interior se estuviera adueñando de su cuerpo.

- ¿Solo una vida? ¿Solo un bebé? -Serena hablaba, poniéndose al frente de las innumerables vidas. Y Sheeana dejó que hablara. Después de tanto tiempo, aquel enfrentamiento con su gran verdugo correspondía a Serena-. Esa única vida llevó a la derrota militar de vuestro Imperio Sincronizado entero. La Yihad Butleriana fue un Kralizec por derecho propio. El fin de esa guerra cambió el curso de la historia del universo.

A Erasmo pareció gustarle la comparación.

- Ah, qué interesante. Y quizá el fin de este Kralizec invierta ese resultado y nos vuelva a poner a las máquinas pensantes al mando.

De ser así, esta vez será mucho más eficaz.

- ¿Es así como prevés el fin del Kralizec?

- Lo preferiría. Algo debe cambiar en esencia. ¿Puedo contar con tu ayuda?

- Nunca. -La voz proyectada de Serena era fría e implacable.

Al mirar al robot independiente, Sheeana entendió más que nunca que era parte de algo mucho más grande e importante que una vida individual, que estaba conectada al vasto continuum de ancestros femeninos del pasado y -esperaba- del futuro. Una reunión destacable pero ¿sobreviviría?

- Veo un fuego que me es familiar en tus ojos. Si una parte de ti es realmente Serena Butler, debemos ponernos al día. -Las fibras ópticas de Erasmo destellaron.

- Serena ya no desea hablar contigo -dijo Sheeana con su voz.

Erasmo no hizo caso del desprecio.

- Llévame a tus habitaciones. La guarida de un humano dice mucho sobre su personalidad.

- No lo haré.

La voz del robot se endureció.

- Sé razonable. ¿O prefieres que decapite a algunos de tus compañeros para incentivarte? Pregunta a Serena Butler… ella sabe que lo haré.

Sheeana lo miró furiosa.

El robot siguió hablando, con voz tranquila.

- Aunque por el momento una simple conversación contigo en tus habitaciones calmará mi apetito. ¿No prefieres eso a una carnicería?

Indicando a los otros que se quedaran atrás, Sheeana dio la espalda al robot y fue hacia uno de los ascensores que aún funcionaban. Erasmo la siguió deslizándose sobre el suelo.

En su habitación, el robot pareció intrigado por el Van Gogh. Casitas en Cordewille era uno de los objetos más antiguos de la civilización humana. En pie, rígido, Erasmo lo admiró.

- ¡Ah, sí! Lo recuerdo. Lo pinté yo mismo.

- Es la obra de un artista terrano del siglo XIX, Vincent Van Gogh.

- He estudiado al loco de Francia con gran interés, pero te aseguro que este es uno de los lienzos que yo mismo pinté hace miles de años. Copié el original con la más completa atención al detalle.

Sheeana se preguntó si aquello podía ser cierto.

Erasmo descolgó el delicado cuadro de la pared y lo examinó de cerca, pasando sus dedos de metal sobre el delgado plaz que protegía la áspera superficie de óleo.

- Sí, recuerdo cada pincelada, cada espiral, cada punto de color. Ciertamente, es la obra de un genio.

Sheeana contuvo el aliento, pues sabía lo antiguo y valioso que era, a menos que fuera una imitación.

- El original era obra de un genio. Si es como dices, entonces lo único que hiciste es copiar la obra maestra de otro. Solo puede haber un original.

Sus fibras ópticas brillaron como una galaxia de estrellas.

- Si es lo mismo, exactamente igual, entonces los dos son obra de un genio. Si mi copia es perfecta hasta la última pincelada, ¿no es como tener un segundo original?

- Van Gogh era un hombre creativo y con inspiración. Tú te limitaste a copiar lo que él hizo. Ya puestos también podrías decir que los Danzarines Rostro son una obra de arte.

Erasmo sonrió.

- Algunos de ellos lo son.

De pronto, con manos poderosas, el robot rasgó el cuadro y lo hizo añicos. Y, como si aquello fuera un signo de puntuación en su grotesco despliegue, giró y pisoteó las piezas rotas.

- Pues aquí tienes un poco de temperamento artístico. -Y, cuando ya se iba, añadió-: Omnius llamará pronto al kwisatz haderach a su presencia. Hemos esperado esto durante mucho tiempo.

25

¿Cuál es la diferencia entre datos y recuerdo? Mi intención es descubrirlo.

ERASMO, Cuadernos de laboratorio.

El recuerdo que el robot independiente tenía de Serena estaba tan fresco como si hubiera sucedido apenas unos días atrás. Serena Butler… una mujer tan fascinante. Y, del mismo modo que Erasmo había sobrevivido a lo largo de milenios como un pack de datos que casi fue destruido pero se recuperó, de algún modo los recuerdos y la personalidad de Serena Butler seguían viviendo en las Otras Memorias de las Bene Gesserit.

Esto planteaba una pregunta inquietante: ninguna Bene Gesserit podía ser descendiente directa de Serena, porque él había matado a su único hijo, Pero claro, tampoco podía estar seguro de lo que había sucedido con todos sus clones experimentales. En numerosas ocasiones había tratado de recuperar a Serena, sin éxito.

Sin embargo, en la no-nave, los humanos habían desarrollado gholas del pasado, del mismo modo que él había hecho volver al barón Harkonnen y una versión de Paul Atreides. Erasmo sabía que había un tubo de nulentropía que un maestro tleilaxu había ocultado con un tesoro de células del pasado cuidadosamente reunidas.

Estaba convencido de que un verdadero maestro tleilaxu saldría airoso allí donde sus primitivos experimentos habían fallado y podría traer de vuelta a la verdadera Serena. Erasmo y Omnius habían absorbido los datos de suficientes Danzarines Rostro para respetar instintivamente las capacidades de un Maestro. El robot independiente sabía exactamente adónde debía ir antes de abandonar la no-nave.

Erasmo encontró el centro médico y las cámaras axlotl donde habían catalogado y almacenado una biblioteca entera de material celular histórico. Si Serena Butler estaba entre esas células…

Le sorprendió encontrar allí al tleilaxu, apresurado y nervioso.

Aquel hombre diminuto había desconectado los sistemas de soporte vital de los tanques. Con sus sensores olfativos, Erasmo captó el olor de los productos químicos, de los precursores, de la carne humana.

Sonrió.

- ¿Tú debes de ser Scytale, el maestro tleilaxu, cuánto tiempo…?

Scytale se volvió con aire temeroso al ver al robot.

Erasmo dio un paso al frente y estudió el rostro del tleilaxu.

- ¿Un niño? ¿Qué estás haciendo?

El tleilaxu se irguió.

- Estoy destruyendo los tanques y la melange que producen.

Tuve que entregar ese conocimiento como prenda. No dejaré que las máquinas pensantes y los traicioneros Danzarines Rostro me lo arrebaten… nos lo arrebaten.

Erasmo no parecía preocupado por el sabotaje de los tanques.

- Pero, pareces muy joven…

- Soy un ghola. He recuperado mis recuerdos. Soy todo lo que fueron mis encarnaciones previas.

- Por supuesto. Qué maravilloso proceso, perpetuaros a través de una sucesión de vidas ghola. Las máquinas entendemos muy bien esas cosas, aunque nosotros tenemos métodos mucho más eficientes de realizar transferencias de datos y copias de seguridad.

- Miró con intensidad la biblioteca genética, con células de gholas potenciales… Serena Butler…

Viendo el interés del robot, el tleilaxu se plantó de un brinco ante la pared sellada con las muestras.

- ¡Cuidado! Las brujas instalaron sensores de seguridad en las muestras para evitar que nadie las manipulara o las robara. La biblioteca lleva un sistema de autodestrucción. -Entrecerró sus oscuros ojos de roedor. Si el maestro mentía, lo estaba haciendo muy bien-. Solo tengo que tirar de un cajón y la cámara se llenará de radiaciones gamma, que ionizarán cada muestra.

- ¿Por qué -el robot estaba perplejo-, si las Bene Gesserit te quitaron las células y las utilizaron para sus propósitos? ¿No te obligaron a cooperar? ¿De verdad te pondrás de su parte? -Extendió una mano de platino-. Únete a nosotros. Te recompensaré generosamente por tu ayuda en el desarrollo de un ghola particular…

En un gesto amenazador, Scytale puso su pequeña mano en uno de los numerosos contenedores de células. Aunque temblaba, parecía totalmente decidido.

- Sí, me pondré de su parte. Yo siempre estaré contra las máquinas pensantes.

- ¡Interesante! Los nuevos enemigos crean aliados inesperados.

El tleilaxu no se movió.

- Al final, todos somos humanos… y tú no lo eres.

Erasmo rió.

- ¿Qué hay de los Danzarines Rostro? Son un punto intermedio, ¿no? Estos no son los cambiadores de forma que vosotros creasteis hace tiempo, sino máquinas biológicas infinitamente superiores que yo ayude a crear. Y gracias a ellos, Omnius y yo somos los Danzarines Rostro más grandes… entre otras cosas.

Scytale no se movió.

- ¿No te has fijado que los Danzarines Rostro ya no son de fiar?

- Oh, pero para mí sí.

- ¿Estás seguro?

El robot dio un aso al frente tanteando. Scytale apretó los dedos sobre el tirador del armario de muestras. Erasmo amplificó su voz.

- ¡Basta! -reculó enseguida para dejarle sitio. Habría tiempo de sobra para volver y probar la fidelidad de Scytale-. Me voy, te dejo con tus muestras.

Erasmo llevaba más de quince mil años esperando por Serena podía seguir esperando. De momento, el robot tenía que regresar a la catedral mecánica y preparar el espectáculo final. La supermente no tenía la misma paciencia que él para conseguir sus objetivos.

26

Vamos, comamos y cantemos juntos. Compartiremos una bebida y nos reiremos de nuestros enemigos.

De una antigua balada de GURNEY HALLECK.

La supermente informática envió a sus tropas al Ítaca para que llevaran a Paul a la sede central de la ciudad de las máquinas. Guardias robóticos de nuevo modelo corrían por los pasillos como un enjambre de insectos de platino.

- Ven con nosotros a la catedral primaria -dijo uno de ellos acercándose a Paul.

Chani lo aferró del brazo y no quiso soltarlo, como si a ella también le hubieran salido manos de metal.

- Usul, no te dejaré marchar.
- No podemos evitar que me lleven -dijo Paul mirando a sus escoltas no humanos.
- Entonces iré contigo. -Paul trató de disuadirla, pero ella lo interrumpió-. Soy una fremen. ¿Intentarás detenerme? Te sería más fácil luchar con estas máquinas.

Disimulando una leve sonrisa, Paul dio la cara a aquellas máquinas lustrosas que se movían envueltas en sonidos mecánicos ante él.

- Os acompañaré sin resistirme, pero solo si Chani me acompaña.

Jessica salió en ese momento de sus habitaciones, donde el cuerpo de Alia yacía en la estrecha cama, se interpuso entre Paul y los robots. Aún tenía manchas de sangre en su uniforme de la nave.

- Es mi hijo. Hoy ya he perdido una hija, no podría soportar perderle a él también. Voy con vosotros.
- Estamos aquí para escoltar a Paul Atreides a la catedral primaria -dijo uno de los robots mientras su rostro de forma libre oscilaba como una fuerte lluvia contra un cristal en Caladan-. No hay otras restricciones.

Paul tomó aquello como un sí. Por alguna razón, Omnius le quería a él, aunque aún no había recuperado sus recuerdos. Por lo visto, los otros pasajeros y la tripulación no eran más que equipaje superfluo. ¿El era el objetivo de la persecución desde el principio?

¿Cómo podía ser eso? ¿Sabían las máquinas pensantes de alguna forma que él estaría a bordo? Paul cogió a Chani de la mano y le dijo:

- Esto acabará pronto, en el sentido en que el destino decida.

Desde el principio nuestro destino nos ha empujado a este punto, como trenes levitantes fuera de control.

- Lo afrontaremos juntos, amor -dijo Chani. Si algo lamentaba Paul era no recordar todos los años que habían compartido… y que ella pudiera recordarlos también.
- ¿Qué hay de Duncan? -preguntó-. ¿Y Sheeana?
- Debemos partir -dijeron los robots al unísono-. Omnius espera.
- Duncan Sheeana se enterarán enseguida -dijo Jessica.

Antes de irse, Paul insistió en coger el crys que Chani había hecho para él. Lo llevó orgulloso al cinto, como un guerrero fremen. Aunque la hoja de diente de gusano no serviría de nada contra las máquinas pensantes, le hacía sentirse más próximo al legendario Muad'Dib… el hombre que derrotó a poderosos imperios. Pero en su mente volvió a ver aquella visión recurrente, un destello de recuerdo o presciencia en el que se veía en el suelo en un lugar extraño, mortalmente herido… mirando a una versión más joven de sí mismo que reía con expresión triunfal.

Paul pestañeó y trató de concentrarse en la realidad, no en las posibilidades o el destino. Siguiendo a los robots insectoides por el corredor, intentó convencerse de que estaba preparado para afrontar lo que fuera que le esperaba allí delante.

Antes de que los gholas pudieran salir de la nave por el boquete que las máquinas habían abierto, Wellington Yueh trató de abrirse paso entre las filas de robots escoltas.

- ¡Esperad! Yo quiero… necesito ir con vosotros. -Farfulló intentando excusarse-. Si alguien resulta herido, soy el mejor doctor Suk que hay. Puedo ayudar. -Bajó la voz y suplicó-: El barón estará allí, y querrá verme.

Debatiéndose aún con sus sentimientos doblemente heridos hacia él, Jessica le habló con voz ruda y amarga.

- ¿Ayudar? ¿Acaso has ayudado a Alia? -Cuando Yueh oyó esto fue como si le hubieran abofeteado.
- Deja que venga, madre. -Paul se sentía resignado-. El doctor Yueh fue un partidario incondicional y mentor del Paul original en su infancia. No

rechazaré la presencia de ningún aliado ni testigo para lo que va a suceder.

Siguiendo a los robots, salieron a las calles fluidas, que los llevaron como si fueran platillos flotantes. Vehículos aéreos con forma de murciélago surcaban el cielo muy arriba y ojos espía revoloteaban a su alrededor, observando el avance del grupo desde todos los ángulos. Detrás, la inmensa no-nave había sido incorporada a la metrópolis de las máquinas. Alrededor del casco, los edificios racionales de metal con formas libres habían crecido como el coral cuando se traga un barco naufragado en los mares de Caladan. Los edificios parecían cambiar cada vez que la supermente tenía un pensamiento pasajero.

- La ciudad entera es un ser vivo y pensante -dijo Paul-. Toda ella es una máquina adaptable y cambiante.

Por lo bajo, su madre citó:

- «No crearás una máquina a semejanza de la mente humana».

En las paredes de los edificios aparecieron unos altavoces y una voz simulada repitió con tono burlón las palabras de Jessica.

- «No crearás una máquina a semejanza de la mente humana». ¡Qué superstición tan anticuada! -La risa sonó como si la hubieran grabado en otro lugar, distorsionada, y volvió a repetirse-. Estoy impaciente por que nos encontremos.

Los robots escolta los guiaron al interior de una estructura enorme con paredes centelleantes, arcadas y espacios cerrados que semejaban a parques. Una espectacular fuente de lava vertía penachos de un líquido escarlata y caliente a un cuenco templado.

En medio del gran salón de la catedral, un anciano y una anciana los esperaban, ataviados con ropas amplias y cómodas. En aquel recinto cerrado, lo cierto es que no tenían un aspecto muy amenazador.

Paul decidió no esperar a que sus captores empezaran con sus juegos.

- ¿Por qué me habéis traído aquí? ¿Qué queréis?

- Quiero ayudar al universo. -El anciano bajó los pulimentados escalones de piedra-. Estamos en el juego final del Kralizec, un punto de inflexión que cambiará el universo para siempre. Todo lo que ha sido llegará a su fin, y todo cuanto sea en el futuro sucederá bajo mi tutela.

La anciana explicó:

- Pensad en el caos que ha existido en los milenios de civilización de los humanos. ¡Sois unas criaturas tan desordenadas! Las máquinas pensantes podríamos haber hecho un trabajo mucho más eficiente y limpio. Sabemos de vuestro Dios Emperador, de la Dispersión, de los Tiempos de la Hambruna.

- Al menos él impuso la paz durante tres mil quinientos años -añadió el anciano-. No iba desencaminado.

- Mi nieto -dijo Jessica-. Lo llamaban el Tirano por las difíciles decisiones que tomó. Pero ni siquiera él hizo tanto daño como las máquinas pensantes durante la Yihad Butleriana.

- Atribuyes las culpas muy a la ligera. ¿Fuimos nosotros quienes causamos ese daño y destrucción o fueron humanos como Serena Butler? Es un tema para un debate. -De pronto, la anciana se desprendió de su disfraz como un reptil que cambia la piel. El rostro de metal líquido del robot, ahora varón, mostraba una amplia sonrisa-. Desde el principio las máquinas y los humanos hemos estado enfrentados, pero solo nosotros somos capaces de contemplar el amplio abanico de la historia, solo nosotros podemos entender lo que hay que hacer y encontrar una forma lógica de hacerlo. ¿No es ese un análisis válido para vuestro legendario Kralizec?

- Solo es una interpretación -dijo Jessica.

- La interpretación correcta. En estos momentos estamos atareados en la necesaria labor de arrancar las malezas del jardín… una buena metáfora. Las malas hierbas no pueden apreciarlo, y quizá la tierra quedará algo

alterada por un tiempo, pero al final el jardín habrá mejorado enormemente. Las máquinas y los humanos no son más que la manifestación de un conflicto que vuestros antiguos filósofos ya registraron, la batalla entre el corazón y la mente.

Omnius conservó su forma de anciano, puesto que no tenía otra manifestación física familiar.

- En el Imperio Antiguo, muchos de los vuestros están tratando de crear una última barrera defensiva ante nosotros. Es inútil, mis Danzarines Rostro se han asegurado de que sus armas no funcionen. Incluso vuestras máquinas de navegación están bajo mi control. Mi flota se está acercando a Casa Capitular.

- Nuestra nave no ha tenido contacto ni con la Cofradía ni con Casa Capitular desde antes de mi nacimiento -dijo Paul con tono desdeñoso. Señaló a Chani, Jessica y Yueh, todos ellos gholas nacidos en la nave-. Ninguno de nosotros ha estado nunca en el Imperio Antiguo.

- Entonces permite que te lo muestre. -Con un ademán de la mano, el anciano desplegó una compleja imagen holográfica donde se veía hasta dónde había llegado su inmensa flota. Paul se sintió perplejo por la magnitud de la conquista y la devastación. Y no creía que la supermente estuviera exagerando sus logros. No tenía necesidad. Cientos de planetas ya habían sido destruidos o esclavizados.

- Afortunadamente -dijo Erasmo con voz tranquilizadora esta guerra pronto habrá acabado.

El anciano se acercó a Paul.

- Y ahora que te tengo, no hay ninguna duda sobre el resultado. La proyección matemática dice que el kwisatz haderach cambiará la batalla del fin del universo. Y dado que yo te controlo a ti y al otro, terminaremos con este conflicto ahora.

Erasmo se adelantó para examinar a Paul, como un científico examina un valioso espécimen. Sus fibras ópticas se encendieron.

- Sabemos que llevas el potencial en tus genes. La cuestión es determinar cuál de los Paul Atreides será el mejor kwisatz haderach.

27

El optimismo puede ser la mejor arma de la humanidad. Sin él jamás intentaríamos lo imposible que, contra todo pronóstico, a veces funciona.

MADRE COMANDANTE MURBELLA, discurso ante la Hermandad.

Sin destructores ni sistemas de navegación, las naves humanas yacían con sus panzas blancas como víctimas esperando el sacrificio a todo lo largo de la línea de defensa que habían establecido.

A bordo de su nave insignia, la madre comandante Murbella gritaba órdenes, mientras el administrador Gorus exigía un milagro a sus subordinados. A través de las pantallas del puente de navegación, Murbella veía las naves de las máquinas pensantes pasar de largo junto a los lastimosos aparatos de la Hermandad, de camino a Casa Capitular. Una escena similar debía de estar produciéndose en los cien puntos clave de la línea de frente, sistemas habitados que ahora estaban indefensos ante el golpe de gracia. Su apuesta había fracasado estrepitosamente.

Su responsabilidad le pesaba, responsabilidad ante la humanidad, ante el resto de la Hermandad, ante su largamente perdido Duncan. ¿Vivía aún, se acordaba de ella? Ya habían pasado casi veinticinco años. Murbella tenía que hacer aquello… por él, por sí misma, o por todos los que habían logrado sobrevivir hasta ahora en aquella epopeya.

Sin dejar que su ira instintiva de Honorada Matre tomara las riendas, Murbella se volvió hacia Gorus. Lo sujetó por la parte delantera de su

amplia túnica y lo sacudió con tanta fiereza que la trenza le azotó el rostro.

- ¿Qué otras armas tiene vuestra Cofradía?

- Algunos proyectiles, madre comandante. Armas de energía. Artillería ofensiva estándar… pero eso sería un suicidio. ¡Solo los destructores nos habrían permitido asestar un golpe mortal al Enemigo!

Murbella lo soltó de un empujón, disgustada, y él trastabilló y cayó al suelo.

- ¡Esto es una misión suicida! ¿Cómo se atreve a amilanarse cuando sabe que no tenemos alternativa?

- Pero… madre comandante… ¡sería un desperdicio, de nuestras vidas, nuestra flota!

- Es evidente que el heroísmo no es su fuerte. -Se volvió hacia un hombre de la Cofradía de expresión dócil y utilizó el poder de la Voz Bene Gesserit con él, por si acaso-. Preparaos para lanzar los destructores. Cubrid el espacio con ellos. Quizá los saboteadores se saltaron alguno.

El hombre manipuló sus controles de armamento, sin molestarse apenas en elegir objetivos. Lanzó diez destructores, luego otros diez. Ninguno de ellos estalló, y las naves de las máquinas seguían llegando.

- Ahora disparad todos los proyectiles estándar que tengamos -dijo Murbella en voz más baja-. Y cuando agotemos nuestro armamento convencional, utilizaremos las naves como arietes. Lo que tengamos.

- Pero ¿por qué, madre comandante? -dijo Gorus-. Podemos replegarnos y reagruparnos. Buscar otro modo de luchar. ¡Al menos podremos sobrevivir!

- Si hoy no vencemos, no podremos sobrevivir. Puede que nos superen en número, pero aún podemos eliminar una parte de su flota. ¡No pienso abandonar sin más Casa Capitular!

Gorus se puso en pie torpemente.

- ¿Con qué propósito, madre comandante? Las máquinas encuentran reemplazo enseguida.

Mientras ellos hablaban, otros destructores salieron al espacio.

Por el momento, todos eran una estafa.

- La idea es demostrarles que aún podemos luchar. Eso es lo que nos hace humanos, lo que nos da un valor. No permitiré que la historia cuente que abandonamos Casa Capitular y tratamos de escondernos de la confrontación final entre la humanidad y las máquinas pensantes.

- ¿La historia? ¿Y quién quedará para registrar la historia?

Seis pequeñas naves que plegaban el espacio aparecieron con una separación de tres minutos y se dirigieron velozmente a la zona de batalla informando sobre los otros grupos del frente. Transmitían mensajes urgentes y pedían nuevas órdenes de la madre comandante.

- ¡Nuestros destructores no funcionan!

- Todos los sistemas de navegación se han desactivado.

- ¿Cómo debemos luchar ahora, madre comandante?

Ella contestó con voz fuerte y firme.

- Lucharemos con todo lo que tengamos.

En ese momento, un destello fabulosamente intenso se extendió al menos entre cincuenta de las naves enemigas, pulverizándolas en un arco expansivo que hizo estremecerse las cubiertas de las naves más alejadas de la Cofradía. Murbella se quedó sin aliento, luego rió.

- ¡Veis! ¡Uno de los destructores funcionaba! Disparadlos todos.

Para su sorpresa, a su alrededor de pronto el espacio empezó a centellear y chisporrotear, y vomitó cientos de naves gigantes. No eran defensores humanos.

Al principio Murbella pensó que las máquinas habían enviado una nueva flota, pero no tardó en reconocer el emblema de los cascos. ¡Cruceros de

la Cofradía! Salían del tejido espacial desde todos los lados y rodearon la primera oleada de naves mecánicas.

- Administrador, ¿por que no nos había dicho nada? -Murbella hablaba con voz crispada-. ¡Debe de haber un millar de naves!

Gorus parecía tan perplejo como ella.

Una atronadora voz femenina sonó por las líneas de comunicación que unían las naves de Murbella.

- Soy el Oráculo del Tiempo y traigo refuerzos. Los compiladores matemáticos corrompieron muchas naves de la Cofradía, pero mis navegantes controlan estos cruceros.

- ¿Navegantes? -El administrador de pelo blanco jadeó consternado-. Pensábamos que todos habían muerto por falta de especia.

El Oráculo habló con voz poderosa y fluctuante.

- Y mis naves… a diferencia de las construidas por los traicioneros fabricadores de Ix, cuentan con todo su armamento. Nuestros destructores funcionan como deben. Los extrajimos de antiguas naves de Honoradas Matres y los ocultamos para nuestra defensa.

Y ahora vamos a utilizarlos.

Murbella sintió que se sofocaba. Ya sospechaba que las Honoradas Matres rebeldes poseían muchos más destructores de los que se encontraron. ¡Así que los navegantes los habían estado ocultando todo el tiempo!

La flota invasora de Omnius cambió su posición en respuesta a la llegada de los refuerzos, pero las máquinas no comprendían la magnitud del oponente al que ahora se enfrentaban. No reaccionaron a tiempo cuando los cruceros del Oráculo escupieron deslumbrantes soles en una cadena de explosiones, como supernovas en miniatura. Cada bola incineradora de luz pulverizó grupos enteros de complacientes naves enemigas.

Aunque las fuerzas invasoras se apresuraron a defenderse, su respuesta fue ineficaz, como si sus controles hubieran sido desconectados. La supermente había revisado su plan repetidamente, estableciendo actuaciones de contingencia para posibles giros en los acontecimientos. Pero Omnius no había previsto aquello.

- Las máquinas pensantes han sido mis enemigos jurados durante mucho tiempo -dijo el Oráculo con su voz etérea.

Mientras Murbella miraba con gran satisfacción, destructores dirigidos con precisión eliminaron incontables naves enemiga. ¡Ojalá las Honoradas Matres hubieran utilizado sus armas contra las máquinas pensantes cuando tuvieron ocasión! Pero aquellas mujeres nunca se unieron frente a su enemigo común. En vez de eso, guardaron sus armas robadas y utilizaron su poder destructivo entre ellas, contra planetas rivales. ¡Qué desperdicio!

Las detonaciones, cada una lo bastante potente para calcinar un planeta, golpearon la línea de frente de naves enemigas. Una docena de cruceros se adentró velozmente en el sistema planetario para perseguir a las naves que ya habían entrado en la órbita de Casa Capitular.

- Haremos lo que podamos en los otros planetas que están en la línea del frente -dijo el Oráculo-. En el día de hoy heriremos al Enemigo.

Y, antes de que pudiera asimilar lo que estaba pasando, Murbella vio que la oleada inicial de naves de las máquinas pensantes había quedado reducida a escombros. Y que ella supiera, no habían tenido ocasión de lanzar ni un disparo contra las defensas de la humanidad.

Algunos de los cruceros desaparecieron, plegando el espacio para dirigirse a los otros puntos inutilizados de la defensa. Allí, liberarían sus destructores y de nuevo saldrían en busca del Enemigo. Por toda la línea del frente, allí donde Murbella había situado sus grupos de combate, los navegantes del Oráculo atacaban y desaparecían…

- ¡Consígueme una línea de comunicación! -espetó Murbella al administrador Gorus-. ¿Cómo podemos hablar con vuestro Oráculo del Tiempo?

Gorus estaba perplejo por lo que había visto.

- No se puede pedir una audiencia con el Oráculo. Ninguna persona viva puede iniciar un contacto con ella.

- ¡Nos acaba de salvar la vida! ¡Deja que hable con ella!

Con una expresión escéptica, el administrador señaló con el gesto a los otros hombres de la Cofradía.

- Podemos intentarlo, pero no le prometo nada.

El hombre de túnica gris se puso a toquetear los controles de comunicación, hasta que Murbella lo apartó.

- ¡Oráculo del Tiempo… quienquiera que seas! Unamos nuestras fuerzas para eliminar a las máquinas pensantes.

Un largo silencio fue su respuesta, ni siquiera estática. Murbella se desanimó. Gorus le dedicó una mirada de superioridad, como si hubiera sabido en todo momento que aquello pasaría. Murbella vio que una segunda oleada de naves enemigas se acercaba ahora que el ataque inicial había sido abortado. Y estas no pasarían a su lado burlonamente sin disparar.

- Vienen más máquinas…

- Ahora debo marcharme. -Mientras el Oráculo hablaba, los cruceros empezaron a desaparecer como burbujas que se rompen-. Mi lucha esta en Sincronía.

- ¡Espera! -gritó Murbella- ¡Te necesitamos!

- Se nos necesita en otro lugar. Kralizec no se consumará aquí. Por fin he encontrado la no-nave donde viaja Duncan Idaho, y la localización secreta de Omnius. Debo ir allí para acabar con esto destruyendo a la supermente. Para siempre.

Murbella se tambaleó al oír aquello. ¿La no-nave encontrada? ¡Duncan está vivo!

En cuestión de momentos, el último de los cruceros desapareció por el tejido espacial, dejando a la madre comandante y sus naves solos ante la nueva oleada de atacantes. Las máquinas pensantes seguían avanzando.

28

Tenemos nuestros propios objetivos y ambiciones, para bien o para mal. Pero nuestro verdadero destino viene decidido por fuerzas sobre las que no tenemos control.

«El Manifiesto Atreides», primer borrador (sección eliminada por Comité Bene Gesserit).

Una puerta en la gran catedral de las máquinas se abrió deslizándose como una cascada de metal y dejando ver a dos figuras que avanzaron a la par.

Habían pasado horas desde que el barón Vladimir Harkonnen mató a Alia, pero sus labios gruesos aún trataban de contener la sonrisa de satisfacción. Sus ojos negros araña destellaban. El doctor Yueh lo miraba con ira, su bestia negra personal.

Paul no necesitaba sus recuerdos para reconocer al acompañante del barón, un joven delgado, casi un niño, pero fuerte y robusto, con una musculatura fruto del ejercicio constante. La mirada era más dura, las facciones más marcadas, pero Paul conocía bien la cara que le devolvía la mirada en el espejo.

A su lado, Chani dejó escapar un grito ahogado, pero el sonido se convirtió en un gruñido en su garganta. Reconocía al Paul más joven, pero también veía la terrible diferencia.

Una fría sensación de inexorabilidad le heló la sangre a Paul, porque lo vio todo muy claro. ¡Su visión presciente se hacía realidad! Así que las máquinas pensantes habían desarrollado otro ghola de Paul Atreides

para utilizarlo como peón, un segundo kwisatz haderach potencial para su uso privado. Ahora entendía los sueños recurrentes en los que veía su cara riendo triunfal, consumiendo especia, la peculiar imagen de sí mismo apuñalado y moribundo, desangrándose en un suelo desconocido. El mismo suelo sobre el que estaba en aquellos momentos, la misma cámara abovedada.

Será uno de nosotros.

- Parece que tenemos abundancia de Atreides. -El barón empujó a su protegido hacia delante, sujetándolo con fuerza por el hombro. Casi con tono de disculpa, como si a aquel público hastiado le importara, dijo-: Llamaremos a este Paolo.

Paolo se soltó.

- Dentro de poco me llamaréis Emperador, o kwisatz haderach, el término que sea de mayor respeto. -El anciano y Erasmo, que observaban la escena, parecían encontrar aquello muy entretenido.

Paul se preguntó cuántas veces había quedado atrapado por el destino, por un terrible propósito. ¿Con cuánta frecuencia y en cuántas circunstancias distintas se había visto a sí mismo muerto de una cuchillada? Y se maldijo, porque tendría que afrontar aquella crisis como una simple carcasa de la persona que fue, sin el arma de sus recuerdos y habilidades del pasado.

Por mí mismo, tendré que bastarme solo.

Con expresión burlona, el Paul más joven caminó hasta el lugar donde su álter ego permanecía rígidamente en posición de firmes. Paul miró a su reflejo sin miedo. A pesar de la diferencia de edad tenían aproximadamente la misma altura, y cuando miró a los ojos de su doppelganger, Paul supo que no debía subestimar al tal «Paolo». Aquel joven era un arma tan certera y mortífera como el crys que él llevaba al cinto…

Jessica y Chani se acercaron a él en un gesto protector, listas para golpear. Su madre había recuperado sus recuerdos, era una Reverenda Madre completa. En cambio, aunque Chani aún no tenía su vida pasada, había demostrado una notable capacidad para la lucha en sus sesiones de entrenamiento, como si aún sintiera la sangre fremen correr por sus venas.

La frente de Paolo se arrugó, su expresión vaciló por un momento. Y entonces miró con gesto burlón a Jessica.

- ¿Se supone que tú eres mi madre? ¡La dama Jessica! Bueno, puede que seas mayor que yo, pero eso no te convierte en una madre de verdad.

Jessica le dedicó una fugaz mirada de inteligencia.

- Conozco a mi familia, a pesar del orden en el que hayan vuelto a nacer. Y tú no eres uno de ellos.

Paolo cruzó la sala y se dirigió hacia Chani, mirándola con una altanería exagerada.

- Y tú, a ti también te conozco. Se supone que tú fuiste el gran amor de mi vida, una fremen tan insignificante que la historia no guarda memoria de tu juventud. Hija de Liet-Kynes, ¿no? Una don nadie hasta que te convertiste en compañera del gran Muad'Dib.

Paul sentía las uñas de Chani clavándose en su brazo cuando, haciendo caso omiso del niño, le habló a él.

- Las enseñanzas del Bashar eran correctas, Usul. El valor de un ghola no va intrínsecamente ligado a sus células. El proceso puede torcerse de forma irremediable… como se ve claramente con este monstruo.

- Se trata más bien del tutelaje -dijo el barón-. Imaginaos que diferente sería el universo si el Muad'Dib original hubiera recibido instrucciones diferentes sobre cómo usar el poder… si yo le hubiera educado, como traté de hacer con el adorable Feyd-Rautha.

- Basta -interrumpió Omnius-. En estos momentos mis naves de guerra están enfrentándose (¿o debería decir aniquilando?) a los patéticos reductos de las defensas humanas. Según mis últimos informes, los humanos habían establecido zonas simultáneas de defensa por el espacio. Eso me permitirá destruirlos a todos a la vez y terminar con esto.

Erasmo miró a los humanos asintiendo con el gesto.

- De todos modos, en unos pocos siglos, vuestras propias facciones en guerra habrían dividido a vuestra raza.

El anciano dedicó al robot independiente una mirada molesta.

- Ahora que tengo aquí al kwisatz haderach final, todos los requisitos se han cumplido. Es hora de terminar con esto. No hay necesidad de pulverizar cada planeta habitado. -Sus labios se crisparon en una extraña sonrisa-. Aunque eso también sería entretenido.

Erasmo miró a Paolo, miró a Paul, meditando.

- Aunque sois genéticamente idénticos, tenéis edades diferentes, recuerdos, experiencias diferentes. Nuestro Paolo es técnicamente un clon, desarrollado a partir de células sanguíneas conservadas en una daga. Pero este otro Paul Atreides… ¿cuál es el origen de sus células? ¿Dónde las encontraron los tleilaxu?

- No lo sé -dijo Paul. Según Duncan, el anciano y la anciana habían iniciado su persecución implacable mucho antes de que nadie hubiera siquiera sugerido el proyecto ghola, antes de que Scytale revelara la existencia de la cápsula de nulentropía. ¿Cómo podía saber la supermente que Paul reaparecería allí? ¿Habían ideado las máquinas un complejo juego? ¿Habían desarrollado las máquinas racionales una forma de presciencia artificial pero sofisticada?

Erasmo profirió un murmullo.

- Aun así, creo que cada uno de vosotros lleva en sí el potencial de ser el kwisatz haderach que necesitamos. Pero ¿cuál de los dos demostrará que es superior y lo conseguirá?

- Soy yo. -Paolo caminó pavoneándose-. Todos lo sabemos.

- Evidentemente, le habían inculcado bien su papel, y se sentía muy seguro de sí mismo… aunque era una seguridad nacida de la habilidad, no de la imaginación.

- ¿Cómo pensáis determinarlo? -preguntó Jessica mirando a los dos Paul, valorando con la mirada.

Una puerta lateral se abrió cerca de la fuente de metal fundido, y un hombre con un traje negro de una pieza entró con una caja ornamentada de madera satinada rematada con un pequeño paquetito. Su rostro se veía demacrado, con facciones blandas.

- ¡Khrone, si estás aquí! Estábamos esperando.

- Estoy aquí, lord Omnius. -El hombre miró a la concurrencia y, en un gesto que tanto podía ser de rendición como un ramalazo de independencia, sus rasgos blandos se desvanecieron y quedó solo un Danzarín Rostro pálido y de ojos hundidos. Tras dejar la caja a un lado, abrió cuidadosamente la tela translúcida que envolvía el paquete y mostró una pasta azul marronosa salpicada de vetas doradas.

- Esto es una forma concentrada e inusualmente potente de especia. -El Danzarín Rostro la rozó con los dedos y se los llevó a su nariz no humana, como si el olor le deleitara-. Extraída de un gusano modificado que crece en los océanos de Buzzell. Las brujas no tardarán en comprender y empezarán a capturar también los gusanos para extraer especia. Sin embargo, por el momento yo poseo la única muestra de ultraespecia que hay. Su poder extraordinario debería bastar para inducir en el kwisatz haderach (O en cualquiera de vosotros) un perfecto trance de presciencia. Te dará poderes que solo la profecía puede predecir. Lo verás todo, lo sabrás todo, y te convertirás en la clave para la culminación del Kralizec.

Cuando Erasmo habló, casi parecía contento.

- Después de ver cómo la raza humana lo arruina todo sin nuestra ayuda, definitivamente, el universo necesita un cambio. -El robot cogió la caja satinada y levantó la tapa finamente decorada. Dentro había una daga ornamentada con empuñadura de oro, y la cogió con algo parecido a la reverencia. La hoja conservaba una vieja mancha de sangre.

Detrás de Paul, su madre jadeó.

- ¡Conozco esa daga! La veo tan clara en mi mente como si fuera ayer. El emperador Shaddam en persona se la entregó al duque Leto como presente, y años después, en el juicio de Shaddam, Leto se la devolvió.

- Oh, pues hay más cosas. -Los ojos del barón destellaron-. Creo que el Emperador dio esa misma daga a mi amado sobrino Feyd-Rautha para su duelo con tu hijo. Por desgracia, Feyd no salió muy bien parado en el duelo.

- Me encantan las historias tortuosas -añadió Erasmo-. Tiempo después, Hasimir Fenrig apuñaló al emperador Muad'Dib con ella y casi lo mata. Así que, como veis, esta daga tiene un pasado largo e irregular. -La levantó, dejando que la luz de la cámara brillara sobre la hoja-. El arma perfecta para ayudarnos a decidir, ¿no os parece?

Paul sacó el crys que Chani había hecho para él de la vaina que llevaba en el costado. La empuñadura parecía cálida en su mano, la hoja curva y lechosa en perfecto equilibrio.

- Tengo mí propia arma.

Paolo retrocedió enseguida con desconfianza, mirando al barón, a Omnius y Erasmo, como si esperara que saltaran en su ayuda.

Arrancó la daga con empuñadura de oro de manos del robot y apuntó su punta afilada hacia Paul.

- ¿Qué van a hacer con esas armas? -preguntó Jessica, aunque la respuesta era evidente.

El robot la miró sorprendido.

- Es de lógica que resolvamos este asunto de la forma más humana posible: ¡un duelo a muerte, por supuesto! ¿No es perfecto?

29

El gusano esta fuera, a la vista de todos, y el gusano está en mí, es parte de mí. Cuidado, porque yo soy el gusano. ¡Cuidado!

LETO II, grabaciones de Dar-es-Balat, en su propia voz.

Cuando se llevaron a Paul y los otros de la no-nave, Sheeana encontró al joven Leto II en sus habitaciones. El muchacho estaba solo en la oscuridad, hecho un ovillo, tembloroso y febril. Al principio Sheeana pensó que le aterraba que le hubieran dejado solo, pero enseguida se dio cuenta de que se encontraba realmente mal.

Al verla, el muchacho se obligó a ponerse en pie. Se tambaleaba, y el sudor brillaba sobre su frente. La miró con expresión suplicante.

- ¡Reverenda madre Sheeana! Usted es la única… la única que conoce a los gusanos. -Sus ojos grandes y oscuros se movieron inquietos a un lado y a otro-. ¿No los oye? Yo sí.

Ella arrugó la frente.

- ¿Oírlos? Yo no…

- ¡Los gusanos! Los gusanos de la cubierta de carga. Me llaman, los siento deslizándose por mi mente, desgarrándome por dentro.

Sheeana alzó la mano indicándole que callara un instante, pensando. Toda su vida Shaitán la había entendido, pero nunca había recibido un mensaje real de aquellas criaturas, por más que había tratado de ser parte de ellas.

En cambio, en aquel momento, expandió sus sentidos y notó un tumulto en su cabeza, a través de las paredes de la no-nave dañada. Desde la captura del Ítaca, Sheeana había atribuido aquellas sensaciones al peso del fracaso después de su larga huida. Ahora empezó a comprender. Algo había estado arañando las paredes de su inconsciente, como unas uñas romas contra la tabla de sus miedos. Impulsos subsónicos que la llamaban. Los gusanos.

- Tenemos que ir a la cubierta de carga -anunció Leto-. Me llaman. Ellos… sé lo que tengo que hacer.

Sheeana lo sujetó por los hombros.

- ¿Qué es? ¿Qué tenemos que hacer?

Leto se señaló a sí mismo.

- Una parte de mí está dentro de los gusanos. Shai-Hulud me llama.

Confiadas porque tenían a la no-nave atrapada bajo las construcciones de metal vivo, las máquinas pensantes no le prestaban mucha atención. Al parecer, querían controlar al kwisatz haderach… y eso no era tan sencillo como parecía, como la Hermandad había podido comprobar hacía tiempo. Ahora que tenía a Paul Atreides en la catedral, Omnius parecía pensar que tenía todo lo que necesitaba. El resto de los pasajeros eran prisioneros de guerra irrelevantes.

La Bene Gesserit había planificado la creación de este superhombre durante cientos de generaciones, controlando sutilmente las líneas genéticas y los mapas reproductivos para crear al largamente esperado Mesías. Pero cuando Paul Muad'Dib se volvió contra ellas y provocó estragos en su programa reproductor cuidadosamente ordenado, las hermanas prometieron no volver a liberar jamás un kwisatz haderach. Y sin embargo, los dos hijos gemelos de Muad'Dib nacieron antes de que entendieran realmente el daño que había hecho. Uno de esos gemelos, Leto II, fue también un kwisatz haderach, como su padre.

Una llave giró en la mente de Sheeana, abriendo la puerta a nuevos pensamientos. ¡Quizá las máquinas pensantes tenían un punto muerto en el joven Leto! ¿Es posible que el kwisatz haderach que buscaban fuera él? ¿Se había planteado Omnius la posibilidad de que hubieran cogido a uno equivocado? Se le aceleró el pulso. Las profecías destacaban porque solían llevar a error. ¡Quizá Erasmo se había saltado lo más obvio! En su interior, Sheeana oía la voz de Serena Butler riendo ante esta posibilidad, y se permitió aferrarse a un pequeño resquicio de esperanza.

- Vayamos a la cubierta de carga, sí. -Sheeana cogió al muchacho de la mano y fueron apresuradamente por los corredores y elevadores hacia los niveles inferiores.

Cuando ya se acercaban a las grandes puertas, Sheeana oyó un sonido ensordecedor procedente del interior. Los gusanos estaban enfervorecidos y se lanzaban desde un extremo de la cámara contra las paredes.

Para cuando llegaron a la puerta de acceso, el joven Leto parecía a punto de desmoronarse.

- Tenemos que entrar -dijo con el rostro sofocado-. Los gusanos… necesito hablar con ellos, tranquilizarlos.

Sheeana, que nunca había tenido miedo a los gusanos, vaciló, temiendo que en aquel estado su integridad física o la de Leto estuvieran en peligro. Pero el muchacho manipuló los controles y las puertas selladas se deslizaron hacia el lado. Un aire seco y caliente les golpeó el rostro. Leto entró en las dunas, con arena hasta las rodillas, y Sheeana se apresuró a seguirle.

Cuando el muchacho levantó los brazos y gritó, los siete gusanos se lanzaron hacia él como predadores, con el más grande -Monarca- a la cabeza. Sheeana intuía su furia, su necesidad de destruir… pero algo le decía que su ira no estaba dirigida contra ellos. Las criaturas se elevaron sobre las arenas ante los dos humanos.

- Las máquinas pensantes están fuera -le dijo Sheeana a Leto-. Los gusanos… ¿lucharán por nosotros?

El muchacho tenía un aire desdichado.

- Me seguirán si yo les marco el camino, pero yo mismo no sé cuál es el camino.

Mientras lo miraba, Sheeana se preguntó de nuevo si aquel muchacho podía ser el kwisatz haderach último, si era el eslabón que Omnius se había saltado. ¿Y si Paul Atreides solo era una pieza más en el duelo final entre el hombre y la máquina?

Leto se sacudió, tratando visiblemente de darse ánimos.

- Pero mi yo anterior, el Dios Emperador, tenía una enorme presciencia. Quizá previó esto y preparó a las bestias. Yo… confío en ellas.

En este punto, los gusanos se agacharon, como en una reverencia. El cuerpo de Leto se meció, y los gusanos se mecieron con él. Por un momento las paredes de la cámara parecieron retroceder, y las dunas se extendieron al infinito. El techo desapareció en una vertiginosa nube de polvo. De pronto, todo volvía a estar claro.

Leto contuvo el aliento y gritó:

- ¡La Senda de Oro viene a mi encuentro! Es hora de soltar a los gusanos… aquí y ahora.

Sheeana intuía que sus palabras eran ciertas y supo lo que tenía que hacer. Los sistemas aún estaban programados para obedecer sus instrucciones.

- Las máquinas han desactivado las armas y los motores, pero puedo abrir las compuertas de la cámara de carga.

Ella y Leto corrieron a los controles del pasillo, donde Sheeana introdujo la orden. La maquinaria zumbó y se forzó. Y entonces, con un fuerte ruido, una abertura apareció en las largas paredes. Desde el pasillo, los dos vieron las inmensas puertas inferiores deslizarse a lado y lado, como unos dientes apretados que alguien intenta separar por la fuerza.

Toneladas de arena se derramaron al exterior, e impulsaron a los gusanos como arietes a las calles de la capital mecánica.

30

La presciencia no desvela absolutos, solo posibilidades. La mejor manera de saber exactamente qué depara el futuro, es experimentarlo en tiempo real.

PRINCESA IRULAN, «Conversaciones con Muad'Dib».

Un duelo no tiene sentido. -El barón miró a su alrededor con el ceño fruncido-. Es un derroche. Naturalmente, estoy convencido de que mi querido Paolo derrotaría a este advenedizo, pero ¿por qué no conservar a los dos kwisatz haderach, Omnius?

- Solo quiero al mejor -contestó la supermente.

- Y no podríamos estar seguros de controlarlos a los dos mientras luchan por sobresalir con sus nuevos poderes -apuntó Erasmo.

- El que gane el duelo recibirá la ultraespecia -anunció Omnius-. Cuando el ganador la consuma, tendré a mi kwisatz haderach definitivo. Y entonces podré terminar con esta estupidez e iniciar el verdadero trabajo de rehacer el universo.

Chani no quitaba la mano del brazo de Paul.

- ¿Cómo sabes que uno de los dos es vuestro kwisatz haderach?

- Quizá os habéis equivocado -dijo Yueh, y el joven Paolo le lanzó una mirada furiosa.

- ¿por qué iba yo a cooperar si gano? -dijo Paul, pero el eco enfermizo de sus visiones recurrentes ahogó sus protestas. Intuía lo que iba a pasar, al menos una parte.

- Porque tenemos fe. -El barón, paradigma de lo impío, se rió de su propio chiste, pero nadie más rió.

Paolo hacía dibujos en el aire con la punta de su cuchillo.

- ¡Yo tengo la daga del Emperador! Ya fuiste apuñalado con ella en una ocasión.

- No volverá a pasar. Este es mi día de gloria. -Pero Paul mismo notaba el tono quebradizo en sus palabras comedidas, la vulnerabilidad que había detrás de su bravuconería. No podía evitar aquel duelo, estaba claro, y no estaba seguro de querer hacerlo. En su mente, apartó los inquietantes flashes de su visión. Aquella versión perversa de sí mismo debía ser extirpada como un cáncer.

Había llegado la hora. Paul trató de concentrarse para el combate. Besó a Chani, sin apenas verla. La daga de diente de gusano parecía perfectamente equilibrada en su mano. Paul había practicado con ella en la no-nave y sabía luchar.

No conocerá el miedo. El miedo mata la mente.

El joven Paolo apretó los labios en una sonrisa tensa.

- ¡Me parece que tú también has tenido las visiones! Ves, otra cosa en la que nos parecemos.

- He tenido muchas visiones. -Afrontaré mi miedo.

- No como estas. -La sonrisa de suficiencia de su oponente era enloquecedora, irritante. Paul trató de no vacilar en su determinación. No le daría a Paolo la satisfacción de mostrar miedo o vacilación.

Unos robots de platino aparecieron y llevaron a los observadores humanos a los lados de la extensa sala. El barón se situó detrás de Khrone, y sus ojos se movían inquietos entre el joven Paolo y la tentadora dosis de ultraespecia. Se humedeció sus gruesos labios con avidez, como si quisiera probar un poco.

En la zona de combate de la sala, Paul estaba en posición, a unos dos metros de Paolo. Su enemigo se pasó la daga de una mano a otra y sonrió, enseñando sus dientes blancos.

Paul se tranquilizó, recordando todas las lecciones importantes que había aprendido: las actitudes Bene Gesserit, la instrucción prana-bindu, el aprendizaje del control muscular y los rigurosos ejercicios de ataque que Duncan y el Bashar habían enseñado a todos los niños ghola.

Paul le habló a su miedo: Permitiré que pase sobre mí y a través de mí.

Todo culminaría allí. Paul confiaba en que si estaba a la altura y ganaba, sus poderes de kwisatz haderach aflorarían y podría derrotar a las máquinas pensantes. Pero si ganaba Paolo… no, no quería pensar en eso.

- Usul, recuerda el tiempo que pasaste entre los fremen- le gritó Chani desde el lado de la sala-. ¡Recuerda cómo te enseñaron a luchar!

- ¡No recuerda nada de todo eso, zorra! -Paolo sesgó el aire con el cuchillo del Emperador, como si cortara una garganta invisible-. Y en cambio yo he recibido entrenamiento completo, soy una máquina de combate.

El barón aplaudió, pero solo un poco.

- A nadie le gustan los fanfarrones, Paolo… a menos, claro está, que ganes y demuestres a todos que solo estabas exponiendo un hecho.

Paul se negaba a dejar que sus visiones le dominaran. Yo soy el kwisatz haderach. Desafío a mis visiones. Lucharé, y estaré en todas partes a la vez.

El joven Paolo debía de estar pensando lo mismo, porque saltó sobre él como una víbora. Sorprendido por el inicio repentino del duelo, Erasmo apartó su lujosa túnica a un lado y se quitó rápidamente de en medio. Por

lo visto, su idea era marcar las normas del enfrentamiento, pero Paolo prefería una pelea.

Paul se dobló hacia atrás como un junco y la hoja del cuchillo del Emperador pasó silbando a un centímetro de su cuello. El joven Paolo rió con desprecio.

- ¡Solo estoy calentando! -Levantó la daga en alto, mostrando las manchas rojo óxido-. Yo te llevo un paso de ventaja, porque este cuchillo ya está ensangrentado.

- Es más sangre tuya que mía -dijo Paul por lo bajo. Y avanzó moviendo el crys como en una danza.

El ghola más joven respondió imitando los movimientos de Paul, como si entre ellos hubiera una conexión telepática inconsciente. Él golpeó hacia el lado y Paul se movió hacia el otro. ¿Sería aquello una forma de presciencia, prever inconscientemente cada golpe, o es que los dos conocían y reproducían exactamente las técnicas de lucha del otro? Habían recibido un entrenamiento completamente distinto, una educación distinta. Y sin embargo…

Concentrándose en el duelo, Paul empezó a notar un zumbido de estática en los oídos. Al principio oía palabras de apoyo, jadeos, gritos de preocupación de su madre y de Chani, pero los bloqueó.

¿Tendría el potencial de convertirse en el kwisatz haderach que Omnius buscaba? ¿Quería serlo? Había leído la historia, sabía el sufrimiento y el derramamiento de sangre que Paul Muad'Dib y Leto II habían provocado como kwisatz haderach. ¿Qué intentarían las máquinas con un kwisatz haderach aún más poderoso? Una parte de Paul que le seguía vedada ya tenía la capacidad de ver donde nadie más veía… en el pasado de hombres y de mujeres. ¿Qué otros poderes yacen ocultos en mí? ¿Tendré el valor de averiguarlo? Si gano este duelo, ¡qué me pedirán las máquinas pensantes!

Se sentía como un gladiador de la vieja Tierra probando su valía en la arena. Y tenía una debilidad fatal: Omnius tenía a Chani, a Jessica, Duncan y tantos otros como prisioneros. Si Paul recuperaba sus recuerdos, los sentimientos que le unían a ellos serían más fuertes.

Evidentemente, así es como Omnius pretendía obligarle a cooperar si ganaba el duelo. Su amor por ellos aumentaría, y ellos sufrirían por su culpa. Dado que la supermente informática tenía mucha más paciencia que ningún humano, las máquinas podían torturar y matar a los prisioneros con impunidad, tomar muestras de piel y desarrollar nuevos gholas. ¡Una y otra vez! Quizá Erasmo recuperaría a su hermana Alia, a su padre, el duque, o a Gurney, a Thufir. LoS mataría, los resucitaría, los volvería a matar. A menos que Paul Atreides, el kwisatz haderach, cediera a sus exigencias, las máquinas pensantes convertirían su vida en un infierno interminable. O eso pretendían.

Ahora entendía el dilema de su destino. Y una vez más se vio muriendo en un charco de sangre. Quizá había cosas que no se podían cambiar. Pero si de verdad era un kwisatz haderach, tendría que ser capaz de superar técnicas tan mezquinas.

Siguió luchando con apasionamiento, lanzándose a una vorágine sudorosa. Paolo le golpeó con los pies y la atacó con la daga del Emperador. Paul se agachó, rodó y el ghola más joven saltó sobre él. La hoja de su cuchillo golpeó con fuerza en lo que habría sido una cuchillada mortal, pero Paul se escurrió hacia el lado en el último segundo.

La hoja le desgarró la manga, dejando una línea de sangre en su hombro izquierdo, y fue a chocar contra el suelo de piedra. Paolo a duras penas logró controlar el mango, porque el impacto le provocó una fuerte sacudida en la muñeca.

Desde el suelo, Paul deslizó los pies hacia el lado y golpeó a su rival por debajo. Tenía la ventaja de ser físicamente más fuerte que su oponente de doce años. Paul aferró a su contrincante de la muñeca y se

incorporó, pero Paolo cerró los dedos en torno al brazo con que Paul sujetaba el crys y no permitió que se lo clavara. Paul empujó, aprovechando su mayor fuerza para llevarlos a los dos hacia la reluciente fuente de lava.

- ¡No eres muy… innovador! -El aliento del ghola más joven era jadeante, mientras se resistía y Paul trataba de repelerlo. El calor de la fuente se propagaba en todas las direcciones. Si arrojaba a Paolo en aquel metal incandescente, ¿se estaría matando a sí mismo o salvándose?

Paul veía a su oponente claramente, y no podía odiarlo. En el fondo, los dos eran Paul Atreides. Paolo no era malo de forma innata, pero las cosas malas que le habían hecho le habían corrompido, las cosas que le habían enseñado, y no eran cosas que hubiera hecho por voluntad propia. Paul no dejó que su compasión por su rival le debilitara. Si lo hacía, Paolo no dudaría en matarle y proclamarse vencedor. No, Paul -porque él era Paul- lucharía con cada fibra de su ser para salvar el futuro de la humanidad.

Omnius y Erasmo observaban sin aclamar a ninguno de los dos contrincantes. Aceptarían al que venciera. Los huesos de oliva de los ojos ensombrecidos de Khrone no manifestaban ninguna emoción. El barón miraba con el ceño fruncido. Paul no quería mirar hacia Chani o su madre.

La fuente de lava expulsaba calor. El cuerpo sudado de Paul estaba cada vez más pegajoso. El ágil Paolo utilizó esto en su favor. Se retorció y la mano de Paul empezó a resbalar. De pronto, en el borde mismo de la fuente, el más joven se dejó caer de rodillas.

Paul quiso compensar y perdió el equilibrio. Golpeó a su oponente en el estómago, pero el joven Paolo había recurrido ya a nuevas reservas. Cuando Paul levantó su crys con la mano sudada, Paolo alzó un brazo sosteniendo la empuñadura dorada de su daga para golpear a Paul en la base de la mano con que este sujetaba su cuchillo. Los tendones se crisparon en un acto reflejo, el crys se le escapó, cayó contra el borde de la fuente y acabó en el estanque fundido.

Adiós.

Con la fuerza de la visión dominante, más intensa que la conciencia de que iba a morir, Paul comprendió lo que tendría que haber visto desde el principio: Yo no soy el kwisatz haderach que Omnius quiere. ¡No soy yo!

El tiempo pareció detenerse. ¿Era aquello lo que el bashar Teg sentía cuando se aceleraba? Pero Paul Atreides no podía moverse más deprisa que los acontecimientos que le rodeaban. Le tenían atrapado y lo apretaban como el abrazo de hierro de la muerte.

Con una mueca venenosa, Paolo giró la daga en un arco perfecto y, con una exquisita lentitud, llevó la punta contra el costado de Paul. Y la hundió entre sus costillas, sin dejar de empujar, clavándola en su pulmón hasta llegar al corazón.

Luego Paolo sacó el arma mortífera y el tiempo recuperó su ritmo normal. Desde muy lejos, Paul oía a Chani gritar.

La sangre manaba de la herida, y Paul cayó contra la base de la fuente. Era una herida mortal, no había duda. La voz presciente de su cabeza le machacaba y le machacaba sin propósito. Parecía burlarse de él. ¡Yo no soy el kwisatz haderach!

Se deslizó al suelo como una muñeca rota, sin ver apenas a Chani y Jessica, que corrieron a su lado. Jessica había cogido a Yueh del cuello de su vestimenta y lo arrastraba hacia su hijo.

Paul nunca habría imaginado que un cuerpo pudiera contener tanta sangre. Sintiendo que se le nublaba la vista, miró a Paolo y vio que estaba dando brincos con aire triunfal, con su daga goteando sangre en la mano.

- ¡Tú sabías que te mataría! Podías haberte clavado el cuchillo tú mismo.

Era una reproducción perfecta de sus visiones. Estaba tendido en el suelo, muriendo tan rápido como se lo permitía su cuerpo.

De fondo oía la risa escandalosa del barón Harkonnen. El sonido le resultaba insoportable, pero Paul no podía hacer nada por pararlo.

31

Cuando lleguen de golpe, mis recuerdos serán como una tormenta de arena… e igual de destructiva. ¿Quién puede controlar el viento? Si realmente soy el Dios Emperador, entonces yo puedo.

GHOLA DE LETO II, últimos trabajos preparatorios entregados al bashar Miles Teg.

La arena y los gusanos se derramaron sobre las ordenadas calles de la metrópoli de las máquinas. Las criaturas cargaron por las calles como toros salusanos enloquecidos al salir de sus cuadras. Sheeana estaba junto a Leto, viendo cómo la cámara se vaciaba con un ruido ensordecedor, con la boca abierta y los ojos llenos de asombro.

A través de su extraña conexión con los gusanos, la mente de Leto II salió con ellos a la ciudad centelleante. Mientras estaba ante la puerta de la inmensa cámara de carga, sintió una oleada de alivio y libertad. Sin decir una palabra, se zambulló en las arenas movedizas, siguiendo a los gusanos en su éxodo. Dejó que la arena le llevara, como un nadador atrapado en una corriente subterránea y que rápidamente es arrastrado mar adentro.

- ¡Leto! ¿Qué haces? ¡Detente!

Leto no podría haberse detenido ni aun queriendo. La corriente de arena lo succionó hacia abajo… justo donde él quería estar. Leto se sumergió bajo la arena, y de alguna manera sus pulmones se adaptaron al polvo, igual que el resto de sus sentidos. Veía sin ojos, como un gusano, e intuía su presencia allí delante, como si los estuviera viendo a través de aguas cristalinas. Había nacido para esto, y también en el pasado, había muerto para esto.

Los recuerdos reverberaban dentro de su ser como ecos del pasado… no como algo visceral, pero sí más poderoso que los conocimientos que había adquirido leyendo los archivos del Ítaca.

Aquellos archivos le hablaban de otro joven, otro Leto II, aunque seguía siendo él. Un pensamiento afloró: Mi piel no es mi piel. En aquel entonces, su cuerpo se había cubierto de truchas de arena, sus cuerpos membranosos formaron una malla con su carne y sus nervios. Le habían dado fuerza, le habían permitido correr como el viento.

Aunque aún conservaba su forma humana, Leto II recordó parte de su fantástico poder, no por sus recuerdos de ghola, sino por la perla de conciencia que el Dios Emperador original había dejado en cada uno de sus descendientes gusanos. Ellos recordaban, y Leto recordaba con ellos.

La historia había sido escrita por tantas personas que le despreciaban, que malinterpretaron lo que se había visto obligado a hacer… condenaban la supuesta crueldad e inhumanidad del Tirano, su predisposición a sacrificarlo todo por la extraordinaria Senda de Oro. Pero ninguna de esas historias -ni siquiera sus diarios testamentarios- habían dejado constancia de la alegría y exuberancia de un hombre joven al experimentar un poder tan inesperado y extraordinario. Ahora Leto lo recordaba todo.

A través de la arena, nadó hacia donde estaban los siete gusanos gigantes, y entonces se impulsó hacia arriba y salió a la superficie. Sabiendo instintivamente lo que tenía que hacer, Leto avanzó trastabillando hacia el gusano más grande, Monarca, se agarró a la parte

más pequeña de la cola, saltó sobre los segmentos y trepó como un nativo caladiano descalzo por el tronco áspero de una palmera.

En cuanto Leto tocó al gusano, sus dedos y sus pies parecieron adquirir una adherencia antinatural. Podía trepar y sujetarse como si fuera parte de la criatura. Y en cierto modo era así. En esencia, él y los gusanos eran uno.

Intuyendo que Leto se había unido a ellos, los gusanos se detuvieron como enormes soldados en posición de firmes. Leto llegó finalmente a la cabeza curva de Monarca y desde allí escudriñó el gran complejo de estructuras vivas de metal y percibió el intenso olor de la canela.

Desde aquella posición aventajada, contempló la ciudad de Sincronía, mientras sus edificios cambiaban para transformarse en formidables barricadas e intentar contener a los gusanos de arena. Aquel era el ejército de Leto II, un ariete viviente… y su intención era lanzarlos contra el Enemigo de la humanidad.

Mareado y eufórico por el olor de la especia, Leto se sujetó a los segmentos del gusano, que se separaron y dejaron al descubierto la carne rosa y blanda del interior. A Leto le resultaba seductor, su cuerpo ansiaba la sensación del contacto directo. Así que metió las manos entre los segmentos, en la membrana de tejido blando. Cuando hizo esto fue como si estuviera tocando el centro neurálgico de la criatura, manipulando los circuitos neurales que unían a aquellas criaturas primitivas. La sensación era como una descarga eléctrica. Aquel era el lugar adonde pertenecía por toda la eternidad.

A su orden, los gusanos se elevaron en el aire, como cobras furiosas que ya no tienen interés por la música del encantador de serpientes. Ahora Leto los controlaba. Los siete gusanos cargaron por las calles de la ciudad, y Omnius no podía hacer nada por detenerlos.

Cuando la mente de Leto se fusionó con el gusano más grande, experimentó una oleada de intensas sensaciones y recordó algo similar que otro Leto II había hecho hacía miles de años. De nuevo sintió el contacto rasposo de la arena bajo el cuerpo largo y sinuoso del gusano. Se deleitó en la exquisita sequedad del viejo Arrakis, y supo lo que había significado ser el Dios Emperador, una síntesis de hombre y gusano de arena. Ese había sido el punto culminante de su experiencia. Pero ¿le esperaba ahora algo más grande aún?

Leto II, que había nacido como ghola a bordo de la no-nave, no estaba seguro de cómo habían conseguido los tleilaxu las células originales. ¿Las habían tomado cuando él y Ghanima pasaban por las rutinarias revisiones médicas de niños? De ser así, el ghola de Leto solo habría tenido los recuerdos de un niño normal, hijo de Muad'Dib. Sin embargo ¿y si las células de la cápsula de nulentropía de Scytale habían sido tomadas del Dios Emperador en su momento álgido? ¿Alguna raspadura improbable en su inmenso cadáver vermiforme? ¿Una muestra de tejido tomada por alguno de los devotos seguidores que habían retirado el cuerpo marchito de la orilla del río Idaho?

Mientras su mente se fusionaba con la de Monarca y los otros gusanos, Leto se dio cuenta de que en realidad no importaba. Aquella increíble unión desató todo cuanto guardaba en su cuerpo de ghola y en cada perla de conciencia que los gusanos llevaban muy adentro. Finalmente Leto volvía a ser quien había sido, además de un niño ghola en conflicto: un niño solitario y un emperador absolutista con la sangre de trillones de personas en su conciencia. Comprendía con exquisito detalle los siglos de decisiones, su terrible pesar, su determinación.

Me llaman Tirano porque no entienden mi bondad, El gran propósito que motiva mis actos. No saben que yo previ el conflicto final desde el principio.

En sus últimos años, el Dios Emperador Leto se había alejado tanto de su faceta de humano que había olvidado sus innumerables maravillas, sobre todo la influencia dulcificadora del amor. Pero en aquellos momentos, mientras cabalgaba a lomos de Monarca, el joven Leto recordó cuánto había querido a su hermana Ghanima, los buenos momentos que compartieron en el increíble palacio de su padre, y cómo los habían designado para dirigir el vasto imperio de Muad'Dib.

Ahora Leto era todo lo que había sido en el pasado y más, mejorado por los recuerdos reales de sus experiencias. Con esta nueva visión, mientras los precursores de la especia del cuerpo del gusano pasaban a su sangre, contempló la Senda de Oro que se extendía gloriosamente ante él. Pero incluso con esta notable revelación, no veía lo que esperaba a la vuelta de todas las esquinas que tenía por delante. Había puntos muertos.

Desde lo alto de su gusano, el joven Leto sonrió con determinación, y con un único pensamiento dirigió a su ejército serpentino. Los leviatanes cargaron entre los enormes edificios, reventando las barricadas. Nadie podría detenerlos.

Con las manos hundidas aún en los segmentos del gusano, Leto II cabalgó con un grito de alegría en los labios, mirando al frente con unos ojos que de pronto se habían vuelto de azul sobre azul, y veían lo que otros no podían ver.

32

Ahora que he montado a uno de los gusanos de arena y tocado la inmensidad de su existencia, comprendo la reverencia que sentían los antiguos fremen cuando miraban a los gusanos como su dios, Shai-Hulud.

MAESTRO TLEILAXU WAFF, Carta al Consejo de Maestros de Bandalong, enviada justo antes de la destrucción de Rakis.

Los dos últimos especimenes de Waff murieron en el interior del terrario.

Aunque había liberado ocho gusanos en el desierto, Waff había conservado dos en el laboratorio modular para continuar sus investigaciones, pensando que lo que descubriera incrementaría sus posibilidades de sobrevivir. Pero no había ido bien. Waff rezaba vigorosamente cada día, meditaba sobre los textos sagrados que había llevado consigo, y buscaba la guía de Dios para averiguar la mejor manera de nutrir al Profeta renacido. Ahora los ocho gusanos estaban libres, perforando la arena endurecida y quebradiza como exploradores en un mundo muerto. El maestro tleilaxu esperaba que sobrevivieran en aquel entorno desolado.

En sus días finales, los dos pequeños gusanos de su acuario se volvieron lentos, no podían procesar los nutrientes que les daba, aunque químicamente era un alimento equilibrado, pensado para suplir las necesidades de los gusanos de arena. ¿Tendrían la capacidad de sentir desesperación? Cuando levantaban sus cabezas redondas sobre la superficie arenosa del tanque de contención, parecía como si hubieran perdido la voluntad de vivir.

Y en una semana los dos murieron.

Aunque Waff veneraba a aquellas criaturas y lo que representaban, necesitaba desesperadamente datos científicos vitales para mejorar las probabilidades de supervivencia de los otros gusanos. Una vez muertos, no tuvo muchos escrúpulos en abrir sus cuerpos, separar sus segmentos y examinar los órganos internos. Dios lo entendería. Si conseguía vivir lo suficiente, iniciaría la siguiente fase en cuanto Edrik fuera a buscarle. Si es que volvía, con su crucero y sus sofisticados laboratorios.

Sus ayudantes de la Cofradía le ofrecían insistentemente ayuda, pero Waff prefería trabajar solo. Ahora que habían montado el campamento, el maestro tleilaxu no tenía más trabajo para ellos. Por lo que a él respectaba, eran libres de unirse a Guriff y sus cazadores de tesoros en su búsqueda de reservas de especia perdida en aquella tierra yerma.

Cuando uno de aquellos anodinos hombres de la Cofradía se presentó ante él reclamando su atención, Waff perdió enseguida el delicado equilibrio de sus pensamientos.

- ¿Qué? ¿Qué pasa?

- El crucero ya tendría que haber regresado. Algo va mal. Los navegantes de la Cofradía nunca se retrasan.

- No prometió que volvería. ¿Cuándo espera Guriff la próxima nave de la CHOAM? Podéis marcharos en ella. -De hecho, os animo encarecidamente a que lo hagáis.

- Quizá al navegante tú no le preocupas, tleilaxu, pero a nosotros nos hizo ciertas promesas.

A Waff no le importó el insulto.

- Entonces volverá. Por lo menos querrá saber cómo les va a mis nuevos gusanos.

El ayudante de la Cofradía miró con el ceño fruncido a la criatura que tenía abierta sobre la mesa de exploración.

- No parece que a tus juguetes les vaya muy bien.

- Hoy saldré a comprobar los especimenes que libere. Espero encontrarlos sanos y más fuertes que nunca.

Cuando el sofocado hombre de la Cofradía se marchó, Waff se cambió y se puso un equipo protector y salió dando saltitos hacia el vehículo terrestre del campamento. La señal localizadora indicaba que los gusanos no se habían alejado mucho de las ruinas del sietch Tabr. En un intento por darse ánimos, supuso que habían encontrado una franja subterránea habitable y estaban estableciendo allí sus nuevos dominios. Conforme el número de gusanos aumentara en Rakis, ellos trabajarían el terreno, y devolverían al desierto su antiguo esplendor. Gusanos de arena, truchas de arena, plancton de arena, melange. El gran ciclo ecológico volvería a empezar.

Recitando unas oraciones rituales, Waff se desplazó por aquel extraño desierto calcinado. Los músculos le temblaban, los huesos le dolían. Como las cadenas de montaje de una fábrica dañada en una guerra, sus órganos deteriorados se esforzaban por mantenerle con vida. Su cuerpo fallaría cualquier día, pero no tenía miedo. Él ya había muerto… y muchas veces.

Y sin embargo esas otras veces, siempre había tenido la fe y la seguridad de que había un ghola desarrollándose para él. Esta vez, aunque sabía que ya no podría volver a la vida, Waff estaba satisfecho con lo que había logrado. Su legado. Las perversas Honoradas Matres habían tratado de exterminar al Mensajero de Dios en Rakis, y Waff le haría volver. ¿A qué objetivo mayor puede aspirar un hombre en su vida? ¿En sus muchas vidas?

Siguiendo las señales del localizador, Waff se alejó de las montañas erosionadas, en dirección a las dunas. Ah, los gusanos debían de haber salido a terreno abierto, buscando arenas en las que sumergirse para iniciar sus nuevas vidas.

En cambio, la imagen que vio le llenó de pavor.

Enseguida localizó a los ocho gusanos salidos del nido. De hecho, demasiado pronto. Waff detuvo el vehículo y salió trastabillando. El aire caliente y enrarecido le hacía jadear, los pulmones y la garganta le quemaban. Corrió, sin ver apenas a través de las lágrimas.

Sus preciosos gusanos de arena estaban en el suelo duro, casi sin moverse. Habían traspasado la cubierta endurecida de las dunas y habían

perforado la tierra más blanda y granulosa de debajo… para volver a salir. Y ahora se estaban muriendo.

Waff Se arrodilló junto a uno de los gusanos. Estaba flácido, grisáceo, apenas se movía. Otro se había incorporado lo suficiente para tenderse sobre una roca, y allí quedó, desinflado, incapaz de moverse. Waff lo tocó, apretó con fuerza los segmentos endurecidos. El gusano siseó y se sacudió.

- ¡No podéis moriros! Vosotros sois el Profeta, y esto es Rakis, vuestro hogar, vuestro santuario. ¡Tenéis que vivir! -Su cuerpo se sacudió con un espasmo de dolor, como si su vida estuviera ligada a la de los gusanos-. ¡No podéis moriros, otra vez no!

Pero por lo visto el daño causado en aquel planeta era demasiado para los gusanos. Si ni siquiera el Gran Profeta podía aguantar. Sin duda habían llegado los Tiempos del Fin.

Waff había oído hablar de antiguas profecías: Kralizec, la gran batalla del fin del universo, el punto de inflexión que los cambiaría todo. Sin el Mensajero de Dios, la humanidad estaba perdida. Los últimos días ya estaban aquí.

Waff pegó la frente contra la superficie reblandecida de aquella criatura polvorienta y moribunda. Había hecho cuanto había podido. Quizá Rakis no volvería a ver jamás a los gusanos gigantescos. Quizá aquello era realmente el fin.

Y a juzgar por lo que veían sus ojos, no podía negar que el Profeta había caído.

33

La gente se esfuerza por alcanzar la perfección -un objetivo honorable-, pero la perfección completa es peligrosa. Es preferible ser imperfecto pero humano.

MADRE SUPERIORA DARWI ODRADE, defensa ante el Consejo Bene Gesserit.

Mientras el Paul Atreides más viejo e inferior vacía moribundo en el suelo, Paolo se dio la vuelta, satisfecho con su victoria, pero mucho más interesado en su otra prioridad. Había demostrado su valía ante Omnius y Erasmo. Ahora la ultraespecia que desataría sus dotes de presciencia era suya. Le elevaría al siguiente nivel, a su destino… como le había enseñado el barón durante tanto tiempo. Y durante todo ese tiempo, Paolo se había convencido a sí mismo de que eso es lo que quería, dejando a un lado sus reservas y reparos.

En la gran sala de la catedral, los robots de platino estaban en posición de firmes, listos para atacar a los humanos si Omnius daba la orden. Quizá daría la orden él mismo, cuando tuviera el control. Podía oír la risa complacida del barón, los sollozos de Chani y la dama Jessica. Paolo no estaba muy seguro de qué sonidos le complacían más. Pero lo que más le entusiasmaba era tener la prueba definitiva de algo que siempre había sabido: ¡Yo soy el elegido!

Él cambiaría el rumbo del universo y controlaría el desenlace del Kralizec, dirigiendo la nueva era de la humanidad y las máquinas. ¿Tenía idea la supermente de lo que le esperaba? Paolo se permitió una sonrisa secreta y disimulada; él nunca sería una marioneta de las máquinas. Omnius no tardaría en descubrir lo que las Bene Gesserit habían descubierto hacía tiempo: que no se puede manipular a un kwisatz haderach.

Paolo se guardó la daga ensangrentada en la cintura, caminó hacia el Danzarín Rostro y extendió la mano para recoger los despojos del combate.

- Esa especia es mía.

Khrone sonrió débilmente.

- Como desees. -Le tendió la masa acanelada. Paolo, que no tenía interés por saborearla, comió un bocado al momento, mucho más de lo que debía. Quería lo que la especia iba a desatar en su interior; y lo quería ahora. El sabor era amargo, potente, poderoso. Antes de que el Danzarín Rostro pudiera retirarlo, Paolo cogió más y tragó otro bocado.

- ¡Eh, chico, no tanto! -dijo el barón-. No seas glotón.

- ¿Y tú quién eres para hablar de glotonería? -La réplica de Paolo fue contestada con una risa atronadora.

En el suelo, Paul Atreides gimió moribundo. Chani levantó la vista con desespero, con los dedos ensangrentados. Jessica sujetaba la mano crispada de su hijo, con un profundo dolor en su rostro. Paolo tembló. ¿Por qué tardaba Paul tanto en morirse? Tendría que haber matado a su rival más limpiamente.

El doctor Yueh, arrodillado junto a él, trataba febrilmente de salvarlo, de contener la sangre, pero su expresión atormentada lo decía todo. Ni siquiera sus avanzados conocimientos médicos bastarían. La puñalada de Paolo había hecho todo el daño que necesitaba.

Ahora aquella gente era irrelevante. En tan solo unos segundos, Paolo sintió que la potente melange estallaba en sus venas como la descarga de una pistola láser. Sus pensamientos se hicieron más rápidos, más certeros. ¡Funcionaba! Su mente quedó infundida de una certidumbre que desde fuera tal vez parecería soberbia o megalomanía. Pero Paolo sabía que no era más que la Verdad.

Se irguió, como si estuviera creciendo físicamente y madurando en todos los sentidos, alzándose por encima de todos los que había en la cámara. Su mente se expandió por el cosmos. Incluso Omnius y Erasmo le parecían insectos, siempre maquinando con aquellos sueños suyos grandiosos pero en última instancia minúsculos.

Como si estuviera muy alto, Paolo miró al barón, aquella víbora egoísta que llevaba años dominándolo, dándole órdenes, «enseñándole». De pronto, aquel hombre, antaño poderoso líder de la Casa Harkonnen, le pareció risiblemente insignificante.

El Danzarín Rostro Khrone estudiaba la escena, y entonces -con una aparente incertidumbre-, se volvió hacia la manifestación de la supermente como anciano. Paolo veía en el interior de todos ellos con una increíble facilidad.

- Dejad que os diga lo que voy a hacer. -A sus propios oídos su voz atronadora sonaba como la de un dios. Incluso el gran Omnius temblaría en su presencia. Las palabras fluían con la fuerza de una tormenta de Coriolis cósmica, arrastradas por una corriente de ultraespecia.

- Implementaré mi nuevo mandato. La profecía es cierta: Yo cambiará el universo. Como kwisatz haderach último, conozco mi destino… igual que todos vosotros, porque vuestros actos han llevado a esta profecía. -Sonrió-. ¡Incluso los tuyos, Omnius!

El falso anciano respondió con una expresión irritada. A su lado, el robot Erasmo sonrió con indulgencia, esperando a ver qué hacía el superman recién salido del cascarón. Todas las visiones de dominación de Paolo, de conquista y control se basaban en la presciencia. En su mente no albergaba dudas. Cada detalle se desplegaba ante el. El joven siguió con sus pronunciamientos.

- Ahora que tengo mis verdaderos poderes, no hay necesidad de que la flota de máquinas pensantes destruya los planetas habitados por humanos. Yo puedo controlarlos todos. -Agitó una mano-. Oh, quizá tengamos que aniquilar uno o dos mundos poco importantes para demostrar nuestra fuerza (O porque podemos, sin más), pero mantendremos con vida a la inmensa mayoría.

Paolo jadeó, mientras las ideas seguían fluyendo, adquiriendo fuerza e impulso.

- Una vez engullamos Casa Capitular, abriremos los registros del programa reproductor de la Hermandad. Y entonces podremos poner en práctica mi plan maestro para crear humanos brillantes y perfectos, combinando aquellos rasgos que yo decida. Operarios y pensadores, soldados, ingenieros y -ocasionalmente- líderes.

- Se volvió hacia el anciano-. Y tú, Omnius, construirás una vasta infraestructura para mí. Si damos a nuestros humanos perfectos demasiada libertad, lo estropearán todo. Debemos suprimir las líneas genéticas problemáticas y combativas. -Sonrió con tono burlón para sus adentros.

- De hecho, el linaje Atreides es el menos manejable de todos, así que yo seré el último Atreides. Ahora que estoy aquí, la historia no necesita más de los míos. -Miró a su alrededor, pero no vio al hombre que le vino a la cabeza-. Y todos esos Duncans Idaho… ¡Cuán tediosos se han vuelvo!

Paolo hablaba cada vez más rápido, arrastrado por las visiones intoxicantes de la especia. La confusión que veía incluso en el rostro del barón le hizo preguntarse si entre aquella gente aún quedaría alguien que pudiera comprenderle. Ahora le parecían tan primitivos… ¿Y si sus pensamientos eran tan grandiosos que quedaban más allá de la comprensión incluso de las más sofisticadas máquinas pensantes? ¡Eso sí sería increíble!

Se puso a andar arriba y abajo por la sala, sin hacer caso de las miradas furibundas y las señales del barón. Poco a poco, sus movimientos se volvieron convulsivos, maníacos.

- ¡Sí! El primer paso es eliminar todo lo viejo, deshacerse de todo lo que sea desfasado e innecesario. Debemos despejar el camino para lo nuevo, lo perfecto. Un concepto que todas las máquinas pensantes pueden aceptar.

Erasmo lo miraba, y burlonamente rehizo su rostro de metal líquido dándole la forma del anciano que representaba a Omnius. Su expresión reflejaba incredulidad, como si los pronunciamientos de Paolo le parecieran un chiste, los desvaríos de un niño con delirios. Una llamarada de ira se encendió en su interior. ¡El robot no le estaba tomando en serio!

Paolo veía el lienzo del futuro desplegarse ante él, extensas pinceladas que revelaban el poder increíble y amplificador de la ultraespecia. Algunos de los sucesos por venir eran tan vívidos… y el podía discernir los detalles más específicos e intrincados. La melange súper potente era más poderosa de lo que había imaginado y en su mente el futuro quedó totalmente definido, cada minucia se desplegó ante él en un diseño infinito y sin embargo esperado.

En medio de aquella tormenta creativa, algo se desató en el interior de sus células: todos los recuerdos que llevaba de su vida original. Con un rugido que por un momento abogó incluso las otras certezas que clamaban en su mente, de pronto lo recordó todo sobre Paul Atreides. Aunque el barón le había educado y las máquinas pensantes le habían convertido en lo que creían que sería una marioneta, su esencia seguía siendo la misma.

Escudriñó la cámara, viéndolos a todos desde una nueva perspectiva: Jessica, su querida Chani, y él mismo, en un charco de sangre, sacudiéndose, dando sus últimas boqueadas. Él había hecho aquello… ¿una extraña forma de suicidio? No, Omnius le había obligado. Pero ¿cómo puede nadie obligar a un kwisatz haderach a hacer nada? Los detalles del combate con Paul estallaban en su cabeza. Cerró los ojos con fuerza, tratando de ahuyentar aquellas imágenes perturbadoras. No quería servir a Omnius. Odiaba al barón Harkonnen. Él no podía ser la causa de tanta destrucción.

Él tenía el poder de cambiarlas cosas. ¿Acaso no era el kwisatz haderach último? Gracias a la ultraespecia y sus genes Atreides, ahora poseía una presciencia mucho mayor de la que jamás había sido posible. Ni siquiera el suceso más insignificante se le escapaba.

Paolo sabía que podía ver el tapiz del futuro en un glorioso retablo. Hasta el más mínimo detalle si así lo quería. No habría terreno sin explorar, arrugas, piedrecillas en la topografía de los sucesos por venir.

Paolo se detuvo en su inquieto ir y venir, viendo más allá de las paredes de la gran catedral mecánica, abrumado por pensamientos que ningún otro humano podía comprender. Sus ojos iban mucho más allá del azul sobre azul, se volvieron negros y vidriosos, impenetrables como un paisaje de dunas calcinadas.

De fondo, oía la voz del barón.

- Pero chico, ¿qué te pasa? Reacciona.

Pero las visiones seguían golpeando a Paolo como proyectiles de un arma de repetición. No podía evitarlos, tenía que limitarse a recibirlos, como un hombre invencible aguantando el feroz fuego enemigo.

Fuera, en la gran ciudad, oyó un tremendo alboroto. Las alarmas sonaban y los robots de platino salieron de la cámara apresuradamente para responder. Paolo sabía perfectamente lo que estaba pasando, lo veía desde cada ángulo. Y sabía en qué resultaría cada acción, independientemente de cómo trataran de cambiarla Omnius, los humanos, los Danzarines Rostro.

Incapaz de moverse, Paolo se quedó observando los momentos que aún estaban por llegar, todas las cosas en las que podría influir y en las que no. Cada segundo se dividió en un millón de nanosegundos, luego se expandió y se extendió por un millón de sistemas estelares. El alcance de aquello era tal que amenazaba con saturarle.

¿Qué esta pasando?, se preguntó a sí mismo.

Solo lo que hemos acarreado sobre nosotros mismos, le contestó la voz de su Paul interior.

Con una nueva mirada, Paolo vio desplegarse un momento, otro momento, expandiéndose desde la ciudad mecánica, más allá del planeta, del Imperio Antiguo, hasta los confines más lejanos de la Dispersión y el vasto imperio de las máquinas pensantes.

Pasó un nanosegundo.

La ultraespecia le había dado una visión absolutamente incontaminada. Desde el punto focal de su conciencia veía el tiempo desplegarse hacia delante y hacia atrás.

Una presciencia perfecta.

Atrapado en la marea de su propio poder, Paolo empezó a ver mucho más de lo que habría querido. Podía ver el latido de cada corazón mil veces, cada acción de cada persona… cada ser… del universo entero. Supo cómo evolucionaría cada instante desde ahora hasta el fin de la historia y el principio de los tiempos.

El conocimiento llegó como una marea y lo ahogó.

Paolo miró a Paul Atreides en los estertores de la muerte y lo vio inmóvil, rodeado por el halo carmesí de un charco de sangre, con los ojos clavados en un bendito olvido.

Paolo, que ansiaba tanto del el kwisatz haderach último que había matado por ello, ahora estaba paralizado por lo tedioso de su propia existencia. Conocía cada aliento, cada latido que se daría en toda la historia y el futuro.

Otro nanosegundo.

¿Cómo podía aguantar nadie algo así? Paolo estaba atrapado en un camino predeterminado, como un bucle infinito de un ordenador. Sin sorpresas, sin elecciones, ni movimiento. Aquel saber anticipado lo convertía en una figura totalmente irrelevante.

Se vio a sí mismo desplomándose sobre el suelo, tendido boca arriba, sin poder hablar ni moverse, ni tan siquiera pestañear. Fosilizándose. Y entonces Paolo vio la última y más terrible revelación. Después de todo, él no era el auténtico kwisatz haderach. No era él. Nunca conseguiría lo que había soñado.

Mientras la especia rugía por sus venas, el pasado se oscureció, y Paolo quedó mirando fijamente al futuro, que ya había visto miles de veces.

Otro nanosegundo.

34

Siempre es posible encontrar un campo de batalla si buscas con el suficiente empeño.

BASHAR MILES TEG, Memorias de un viejo comandante.

Restos de polvo y arena de la cubierta de carga remolineaban por los corredores de la no-nave, pero los gusanos se habían ido, y Leto II se había ido con ellos. La intensa luz del sol del planeta de las máquinas penetraba en la nave por los boquetes. Perpleja, Sheeana escuchaba el sonido de los behemoths que avanzaban haciendo estragos por Sincronía. Anhelaba estar con ellos. Aquellos gusanos también eran suyos.

Pero Leto estaba mucho más próximo a los gusanos que ella, y los gusanos eran parte de él.

Duncan Idaho llegó por detrás. Ella se volvió, con el olor a arenilla pegado al rostro y la ropa.

- Es Leto. Está…, con los gusanos de arena.

El esbozó una sonrisa dura.

- Eso es algo que las máquinas no esperan. Incluso Miles se habría sorprendido. -La cogió del brazo y se la llevó de la cubierta de carga-. Ahora nos toca a nosotros hacer algo igual de espectacular.

- Será difícil igualar lo que Leto está haciendo.

Duncan se detuvo.

- Llevamos años huyendo de ese anciano y esa anciana, y no pienso seguir sentado en esta prisión. Nuestra armería está llena de armas reunidas por las Honoradas Matres. Y tenemos las minas que los Danzarines Rostro no utilizaron en sus sabotajes. Llevemos la lucha fuera, a su casa.

Sheeana sintió la férrea determinación de Duncan y encontró una determinación igual en sí misma.

- Estoy lista. Y a bordo tenemos a más de doscientas personas entrenadas en las técnicas de combate Bene Gesserit. -En su mente, Serena Butler le mostró terribles visiones de combates entre humanos y máquinas, horribles carnicerías. Pero a pesar de estos horrores, Sheeana se sentía extrañamente exultante-. Lo llevamos en los genes desde hace miles de años. Como el águila y la serpiente, el toro y el oso, la avispa y la araña, los humanos y las máquinas son enemigos a muerte.

***

Tras décadas huyendo, después de haber escapado varias veces de la red de taquiones, por fin habría un desenlace. Cansados de aquella sensación de impotencia, los cautivos del Ítaca se dirigieron en tropel a la armería. Todos estaban deseando contraatacar, aunque sabían que lo tenían todo en contra. Duncan lo esperaba con anhelo.

El arsenal de armas no era particularmente imponente. Muchas de aquellas armas solo disparaban dardos, agujas afiladas que no servirían

de nada contra el blindaje de los robots. Pero Duncan distribuyó pistolas láser, lanzadores de impulsos y rifles de proyectiles. Cuadrillas de demolición podían colocar los explosivos que quedaban contra los cimientos de los edificios y hacerlos detonar.

El maestro tleilaxu Scytale se abrió paso entre la gente en el corredor, tratando de llegar a Sheeana, con cara de tener algo importante que decir.

- Recuerda, ahí fuera tenemos más enemigos que unos simples robots. Omnius tiene un ejército de Danzarines Rostro a su servicio. Duncan le pasó un rifle de dardos a la reverenda madre Calissa, que parecía tan ávida de sangre como cualquier Honorada Matre.

- Esto frenará a unos cuantos Danzarines Rostro.

- Hay otra forma de ayudar -anunció el hombrecito con una ligera sonrisa-. Antes de que nos capturaran, empecé a producir la toxina específica que ataca a los Danzarines Rostro. Prepare sesenta tubos, por si había que saturar el aire de la nave. Libéralo en la ciudad. Quizá provocará náuseas en los humanos, pero es letal para los cambiadores de forma.

- Nuestras armas harán el resto… o nuestras manos -dijo Sheeana, y se volvió hacia los otros-. ¡Coged los tubos! ¡La batalla nos espera!

Un feroz ejército de humanos salió por el boquete abierto en el casco del Ítaca. Sheeana dirigía a sus Bene Gesserit. Las reverendas madres Calissa y Elyen guiaban a sus grupos por las calles cambiantes buscando objetivos vulnerables. Reverendas Madres, acólitas, hombres Bene Gesserit, censoras y operarios corrían con sus armas, muchas de las cuales nunca habían sido disparadas.

Con un alarido, un Duncan bien armado cargó contra la barroca metrópolis. En su vida original, no vivió lo bastante para unirse a Paul Muad'Dib y sus Fedaykin fremen en sus sanguinarios ataques contra los Harkonnen. Ahora las apuestas eran mucho más desesperadas, y tenía intención de cambiar las cosas.

Las calles de Sincronía estaban revueltas, los edificios se expandían y se retorcían. Los gusanos de Leto ya habían empezado a perforar los cimientos de las estructuras, penetrando el metal vivo y flexible y derribando torres elevadas. Por toda la galaxia la flota de Omnius estaba inmersa en numerosas batallas. Duncan pensó en Murbella, allá fuera -si es que seguía con vida-, haciéndoles frente, combatiéndolos.

Las calles estaban llenas de robots de combate. Salían de entre los edificios, formando y disparando armas de proyectiles con sus propios cuerpos. Las Bene Gesserit buscaron enseguida refugio. Los rayos láser hacían humeantes agujeros en los robots de combate; los proyectiles explosivos los convertían en despojos.

Lanzándose a la refriega, Duncan hizo uso de sus habilidades adormecidas de maestro de espadas para atacar a los robots más cercanos. Llevaba un pequeño lanzador de proyectiles y una vara sónica que transmitía un golpe mortífero cada vez que tocaba a una máquina pensante.

Desde todas las direcciones los Danzarines Rostro cargaban contra los humanos, mientras los robots de combate volvían su atención a los destructivos gusanos de arena. Las primeras filas de cambiadores de forma avanzaron con expresión neutra e ilegible, provistas de armas diseñadas por las máquinas.

Cuando los primeros tubos del gas gris verdoso de Scytale empezaron a remolinear a su alrededor, los Danzarines Rostro enfervorecidos no entendían lo que estaba pasando. Pronto empezaron a caer, retorciéndose, mientras sus rostros se fundían sobre los huesos. Demasiado tarde intuyeron el peligro y se arrastraron tratando de alejarse, mientras los humanos lanzaban más gas venenoso entre ellos.

Las Bene Gesserit seguían avanzando. Los grupos de demolición colocaron minas en la base de los edificios, que no pudieron apartarse a tiempo. Poderosas explosiones derribaron las temblorosas torres de metal. Sheeana apremió a su grupo a buscar refugio mientras los edificios se desmoronaban estruendosamente. Luego siguieron avanzando.

Duncan decidió separarse de ella. En el centro de la ciudad, la inmensa y luminosa catedral le llamaba como una baliza, como si toda la intensidad del pensamiento de la supermente se estuviera canalizando a través de ella. Sabía que Paul Atreides estaba allí, luchando tal vez por su vida, muriendo tal vez. Jessica también estaba allí. Un poderoso instinto fruto de los recuerdos de su primera vida le decía dónde tenía que ir. Tenía que estar junto a Paul en la guarida del Enemigo.

- Mantén a las máquinas ocupadas, Sheeana. Ni siquiera la supermente puede luchar en un número infinito de frentes a la vez.

- Señaló con la cabeza a la catedral-. Yo voy allí.

Antes de que Sheeana pudiera decir nada, Duncan desapareció.

35

Aguantar mis errores una vez ya fue bastante malo. Y ahora estoy condenado a revivir mi pasado, una y otra vez.

DOCTOR WELLINGTON YUEH, notas de una entrevista tomadas por Sheeana.

El doctor Suk, con el cuerpo de un adolescente y el peso de un hombre muy anciano, se arrodilló junto a un Paul moribundo. Aunque le había practicado todos los tratamientos de emergencia posibles, sabía que no podía salvarle. Con sus conocimientos especializados, había detenido la hemorragia, pero en aquellos momentos meneó la cabeza con pesar.

- Es una herida mortal. Lo único que puedo hacer es retrasar la muerte.

A pesar de su traición en su vida pasada, Yueh siempre amó al hijo del duque. En aquel entonces él era profesor y mentor de Paul. Él se había ocupado de que el muchacho y su madre tuvieran una posibilidad de sobrevivir en el desierto de Arrakis tras la toma de poder de los Harkonnen… pero, ni siquiera con sus conocimientos de doctor Suk tenía Yueh los medios que necesitaba para ayudar a este Paul. El cuchillo había penetrado en el pericardio, había llegado al corazón. Su tenacidad hacía que el joven se aferrara a un resquicio de vida, pero había perdido demasiada sangre. Su corazón estaba dando sus últimos latidos.

A pesar de las oportunidades que brindaba vivir una segunda vez Yueh se sentía incapaz de escapar a sus traiciones y fallos previos. Por dentro sufría, revolcándose en el cúmulo de sus errores pasados. Las hermanas de la no-nave le habían resucitado con algún propósito secreto que él no acertaba a imaginar, ¿Por qué estaba allí? Sin duda, no para salvar a Paul. Eso quedaba fuera de su alcance.

En la no-nave había tratado de actuar haciendo lo que consideraba necesario y correcto, pero lo único que había conseguido era causar más dolor. Había matado a un duque Leto no nacido, no a Piter de Vries. Yueh sabía que el rabino/Danzarín Rostro le había manipulado, pero eso no era excusa para sus actos.

Chani estaba sentada en el duelo, junto a Paul, pronunciando su nombre con una voz extrañamente ronca. Yueh intuía que algo había cambiado en ella; sus ojos tenían una expresión agreste y fuerte muy distinta de la mirada de la jovencita de dieciséis años que él conocía.

Y con cierta sensación de sorpresa se dio cuenta de que tener el cuerpo ensangrentado de Paul en sus brazos debía de haberla llevado al límite. Chani había recuperado sus recuerdos, justo a tiempo para sentir

plenamente la magnitud de su pérdida. Incluso Yueh se tambaleó al pensar en lo cruel de todo aquello.

El barón también parecía desesperado; primero confuso, luego furioso, y ahora desesperado.

- ¡Paolo, chico, contéstame! -Se acuclilló junto al muchacho de ojos vidriosos, enfadado. Levantó una mano como si fuera a golpear a aquella copia defectuosa de Paul Atreides, pero Paolo no pestañeó.

Desde un lado, el robot independiente contemplaba la escena con curiosidad, con las fibras ópticas brillando.

- Parece ser que ninguno de los gholas de Paul Atreides es el kwisatz haderach que esperábamos. Bien por la exactitud de nuestras predicciones.

En el momento en que vio la confusión del barón, Yueh supo que solo le quedaba una cosa por hacer. Luchando por recuperar la compostura, se levantó y fue hacia donde estaban Paolo y el barón.

- Soy doctor Suk. -Tenía las mangas y los pantalones empapados de sangre de Paul-. Quizá pueda ayudar.

- ¿Eh? ¿Tú? -El barón lo miró con desprecio.

Jessica lo miró con expresión furibunda, y Chani pareció como si quisiera matarlo por haberse apartado del lado de Paul. Pero Yueh se concentró en el barón.

- ¿Quiere mi ayuda o no?

El barón se apartó.

- ¡Pues date prisa!

Siguiendo el procedimiento habitual, Yueh se inclinó y pasó las manos sobre el rostro de Paolo, notó la piel pegajosa, el pulso apenas perceptible. El joven Paolo estaba sentado, transfigurado, mirando fijamente al coma del saber infinito y el aburrimiento paralizador.

El barón se inclinó sobre ellos.

- Haz que reaccione. ¿Qué le pasa? ¡Contéstame!

Cogiendo la daga del Emperador de la cintura de Paolo, Yueh se volvió con un movimiento veloz. El barón retrocedió trastabillando, pero Yueh fue más rápido. Clavó la punta en diagonal bajo el mentón de aquel hombre odioso y empujó hasta el fondo del cráneo.

- Aquí tienes mi respuesta.

La respuesta por haberlo obligado a traicionar a la Casa Atreides, por las maquinaciones, el dolor, la culpabilidad, y sobre todo por lo que los Harkonnen le habían hecho a Wanna.

Los ojos del barón se abrieron llenos de pavor. Agitó las manos y trató de hablar, pero solo podía barbotear, mientras un surtidor carmesí brotaba de su garganta.

Salpicado por la sangre, Yueh arrancó la daga del Emperador.

Por un momento pensó clavársela a Paolo en el abdomen, para asegurarse de que los dos morían. Pero no podía hacer eso. Aunque el muchacho se había torcido, seguía siendo Paul Atreides.

El barón se desplomó sobre el suelo. Y en todo momento, Paolo no dejó de mirar hacia arriba sin pestañear.

El doctor Wellington Yueh se permitió una sonrisa de alivio. Por fin había hecho algo positivo y real. Por fin había hecho lo correcto. Durante un largo momento, sostuvo la daga cubierta con la sangre del barón y de Paul. Un poderoso impulso le movía a volver la punta contra sí mismo. Yueh cerró los ojos, sujetó con fuerza la empuñadura y respiró hondo.

Pero una mano firme lo aferró por las muñecas. Cuando abrió los ojos llenos de lágrimas vio a Jessica en pie a su lado.

- No, Wellington. No tienes que redimirte de este modo. Ayúdame a salvar a Paul.

- ¡No puedo hacer nada por él!

- No te subestimes. -Sus músculos faciales se tensaron-. Ni a Paul.

36

Ninguna educación, adiestramiento o presciencia puede mostrarnos las capacidades secretas que llevamos en nuestro interior. Solo podemos rezar para que esos talentos especiales estén a nuestra disposición cuando más los necesitemos.

Manual Bene Gesserit para acólitas.

Muerte.

Paul rodeó el borde de la negrura interior, entró momentáneamente en el infinito y salió de él. Osciló en equilibrio sobre su propia mortalidad. La herida del cuchillo era honda.

Ajeno a lo que sucedía a su alrededor, Paul sintió un frío intenso que se extendía desde las yemas de sus dedos hasta la parte posterior de su cabeza. Oía la fuente de lava como un susurro lejano. A pesar de la dureza del suelo de piedra, se sentía como si estuviera flotando, como si su espíritu entrara y saliera del universo.

Su piel notó una humedad pegajosa y cálida. No era agua. Era sangre… su sangre… formando un gran charco en el suelo. Le cubría el pecho, la boca, los pulmones. Casi no podía respirar. Con cada débil latido, salía más sangre, para no volver…

Y aún le parecía sentir la larga hoja del cuchillo del Emperador en su interior. Ahora recordaba… en los últimos y desesperados días de la yihad de Muad'Dib, el Conde Fenring le había apuñalado.

¿O fue en otro momento? Sí, Paul había probado la hoja de un cuchillo antes.

O quizá fue cuando era el viejo Predicador ciego de las calles polvorientas de Arrakeen, cuando otro cuchillo lo apuñaló. Tantas muertes para una sola persona…

No veía nada. Alguien le oprimía la mano, aunque apenas la sentía, y oía la voz de una mujer joven.

- Usul, estoy aquí. -Chani. Es a ella a quien recordaba por encima de todo lo demás, y se alegró de que estuviera allí con él. -Estoy aquí -repitió-. Toda yo, con mis recuerdos, por favor, vuelve, amado.

Una voz más firme captó su atención, como si hubiera dado un tirón a unas cuerdas que llevaba sujetas a su mente.

- Paul, debes escucharme. Recuerda lo que te enseñe. -La voz de su madre. Jessica… -.Recuerda lo que la verdadera dama Jessica enseñó al verdadero Paul Muad'Dib. Sé lo que eres. Tienes el poder dentro de ti. Por eso no has muerto aún.

Paul encontró las palabras en su garganta y salieron en un barboteo de sangre.

- No posible… yo no… kwisatz haderach… último… -El no era el ser sobrenatural que cambiaría el universo.

Los ojos de Paul se abrieron, y se vio a sí mismo tendido en el suelo de la gran catedral mecánica. Esa parte de su sueño presciente había resultado ser cierta. Había visto a Paolo riendo por su victoria y consumiendo la especia… pero ahora Paolo también yacía en el suelo, como una estatua caída, paralizado, alelado, con la vista fija en el infinito. El barón estaba muerto, con expresión de irritación e incredulidad en su rostro pastoso. Así pues, la visión era cierta, aunque no le había mostrado todos los detalles.

Junto a Omnius y Erasmo hubo cierto alboroto. Paul miró con ojos empañados. Unos ojos espía entraron revoloteando, proyectando imágenes. El anciano tenía expresión de impaciencia. El Danzarín Rostro Khrone parecía inquieto. Paul oía gritos. Y aquella cacofonía se entretejió

formando hebras extrañamente incomprensibles en el mosaico resonante de su cabeza.

- Gusanos de arena que atacan como demonios… destruyen edificios.

- …una estampida… ejércitos que salen de la no-nave. Un gas venenoso que mata…

- He enviado robots de combate y Danzarines Rostro para combatirlos -dijo el anciano de manera tajante-, pero quizá no será suficiente. Los gusanos de arena y los humanos están causando un daño considerable.

Erasmo intervino.

- Reúne a más Danzarines Rostro, Khrone. No los has convocado a todos.

- Es un derroche para los míos. Si combatimos a los humanos, su gas nos envenenará. Si nos enfrentamos a los gusanos, nos aplastarán.

- Entonces que os envenenen o que os aplasten -dijo Erasmo a la ligera-. No hay por qué inquietarse. Siempre podemos crear más.

Las facciones del Danzarín Rostro cambiaron y se emborronaron, mientras una tempestad recorría su cara pastosa. Se dio la vuelta y salió de la sala abovedada.

Entretanto, Yueh levantó la cabeza de Paul, aplicándole técnicas de medicina Suk. Pero Paul volvió a cerrar los ojos y se sumió de nuevo en el dolor. De nuevo estuvo bailando al borde del abismo cada vez más grande que se abría ante él.

- Paul. -La voz de Jessica era insistente-. Recuerda lo que te dije sobre la Hermandad. Quizá no eres el kwisatz haderach último que las máquinas pensantes querían, pero sigues siendo un kwisatz haderach. Tú lo sabes, y tu cuerpo también. Sigues conservando algunos de los poderes de una Reverenda Madre. ¡Una Reverenda Madre, Paul!

Pero a Paul se le hacía difícil concentrarse en sus palabras, se le hacía difícil recordar. Cada vez se sumía más y más en la inconsciencia, la voz de su madre era cada vez más débil, y ya no podía oír ni sentir el latido de su propio corazón. ¿Que había querido decir su madre?

Si Jessica recordaba su vida pasada, también recordaba la Agonía de especia. Toda Reverenda Madre tenía la capacidad innata de modificar su bioquímica, de manipular y alterar las moléculas del flujo sanguíneo. Así es como decidían los embarazos, como trasmutaban la venenosa Agua de Vida. Y por eso las Honoradas Matres habían buscado con tanto empeño Casa Capitular… Porque solo las Reverendas Madres tenían la capacidad física para combatir las terribles epidemias de las máquinas.

¿Por qué quería su madre que recordara eso?

Atrapado en la oscuridad, Paul sentía el vacío de su cuerpo. Completamente exangüe. Silencioso.

En Arrakis, tiempo ha, él había pasado por su versión particular de la Agonía. Fue el primer varón en lograrlo. Durante semanas había estado en coma, muerto, según los fremen, aunque Jessica no dejaba de insistir en que lo mantuvieran con vida. Paul había visto el lugar estigio a donde las mujeres no podían ir, y había sacado fuerzas de él.

Sí, Paul llevaba esa capacidad consigo. Era un Bene Gesserit varón. Podía controlar su cuerpo, cada célula, cada fibra de cada músculo. Ahora entendía lo que su madre trataba de decirle.

El dolor de la muerte y la crisis de la supervivencia le dieron el impulso que necesitaba. Se puso en pie sobre su dolor y lo utilizó como una palanca para abrir su vida, su primera existencia… los recuerdos de Paul Atreides, de Muad'Dib, sus propios recuerdos como Emperador y más tarde como el Predicador. Siguió la corriente, y volvió hasta su infancia y su aprendizaje con Duncan Idaho en Caladan, y a su casi asesinato como peón en la Guerra de Asesinos que había atrapado a su padre.

Recordaba la llegada de su familia a Arrakis, aunque el duque Leto sabía que aquel lugar era una trampa de los Harkonnen. Los recuerdos pasaban veloces: la destrucción de Arrakeen, su huida al desierto con su

madre, la muerte del primer Duncan Idaho, el encuentro con los fremen, el combate a cuchillo con Jamis, el primer hombre al que mató en su vida… su primer paseo a lomos de un gusano, la creación de la fuerza de Fedaykin, el ataque a los Harkonnen.

Su pasado discurría cada vez más deprisa por su cabeza… el derrocamiento de Shaddam y su imperio, el inicio de su yihad, su lucha por estabilizar a la raza humana sin desviarse por la senda oscura. Pero no fue capaz de huir de las intrigas políticas, los intentos de asesinato, el deseo de poder del emperador exiliado Shaddam y la hija aspirante de Feyd-Rautha y dama Fenring… y el mismo Conde Fenring, que trató de matar a Paul…

Ya no sentía su cuerpo vacío, sino lleno de experiencias y saber, lleno de capacidades. Recordaba su amor por Chani y el matrimonio de conveniencia con la princesa Irulan, y al primer ghola de Duncan, Hayt. La muerte de Chani cuando dio a luz a los gemelos Leto II y Ghanima. Incluso ahora, el dolor por la pérdida de Chani parecía mucho mayor que el dolor físico que estaba sufriendo. Si moría en sus brazos, él le causaría ese mismo dolor a ella.

Se recordaba deambulando por el desierto, cegado por la presciencia… y sobrevivió. Se convirtió en el Predicador. Y murió en una calle polvorienta rodeado por la chusma.

Y ahora era todo lo que había sido: Paul Atreides y todos los disfraces que había llevado, cada máscara de leyenda, cada poder, cada debilidad. Y, lo más importante, ahora tenía la capacidad de las Reverendas Madres, el control infinitesimal de su organismo. Como un faro en la noche, su madre le había mostrado el camino.

Mientras su corazón daba sus últimos latidos, Paul buscó en su interior, en un lugar profundo y ahogado. Encontró la herida del cuchillo en su corazón, vio el daño irreparable y descubrió que las defensas de su cuerpo no podían repararlo por sí mismas. Tenía que dirigir mentalmente el proceso de curación.

Aunque hacía apenas un instante parecía que se estaba muriendo, ahora Paul afinó su mente y se convirtió en parte de su propio corazón, que había dejado de latir. Vio el punto por donde la hoja del cuchillo había roto el ventrículo derecho. Había seccionado la aorta, dejando que su sangre se derramara por toda la sala. Pero ya no había más sangre.

Paul reunió las células y las selló. Y luego, gota a gota, empezó a recuperar la sangre de las cavidades de su cuerpo de las que había manado y la reabsorbió en los tejidos. Literalmente, volvió a darse vida.

***

Paul ignoraba cuánto tiempo había estado en trance. Parecía tan infinito como el coma provocado por una sola gota del Agua de Vida en su lengua. De pronto volvía a ser consciente de la mano con que Chani sujetaba la suya, una mano cálida; y también era consciente de su propio cuerpo, que ya no estaba frío ni temblaba.

- ¡Usul! -Oyó el débil susurro de Chani, el tono de incredulidad-. Jessica, algo ha cambiado.

- Está haciendo lo que debe.

Cuando finalmente reunió la fuerza para abrir los párpados, Paul Muad'Dib Atreides volvió al mundo de los vivos, llevando consigo su vida pasada y presente. Y junto con los recuerdos y las capacidades, había encontrado una revelación fantástica y asombrosa…

En ese instante, un Duncan Idaho sofocado y cubierto de sangre entró corriendo en la gran sala, derribando a su paso a robots centinelas. Erasmo indicó con gesto informal que le dejaran pasar. Los ojos de Duncan se llenaron de lágrimas cuando vio a Paul sangrando, apoyado contra su

madre y Chani. El doctor Yueh parecía perplejo por el milagro. Duncan corrió hacia ellos.

Tratando de ordenar su pensamiento, Paul colocó la imagen que veía en el contexto de sus conocimientos internos. La primera vez había aprendido muchas cosas al morir, y al regresar como ghola y estar a punto de morir una segunda vez. Siempre había tenido un don especial para la presciencia, y ahora sabía más.

A pesar de su milagrosa recuperación y renacimiento, seguía sin ser el kwisatz haderach perfecto, y evidentemente Paolo tampoco lo era. Conforme su visión se hacía más clara, comprendió algo que ninguno de ellos había previsto… ni Omnius, ni Erasmo, ni Sheeana, ninguno de los gholas.

- Duncan -dijo con voz ronca-. ¡Duncan, eres tú!

Tras vacilar un momento, su viejo amigo se acercó, aquel leal guerrero que había pasado por el proceso ghola más veces que nadie en la historia.

- Es a ti a quien han estado buscando, Duncan. Eres tú.

37

Incluso la presciencia tiene sus límites. Nadie sabrá nunca todo lo que podía haber sido.

REVERENDA MADRE DARWI ODRADE.

Rodeándole los hombros con el brazo, Chani meció a Paul, temblando de alegría y alivio. Las prohibiciones de los fremen estaban tan imbuidas en su ser que ni siquiera al ver la herida mortal y saber que estaba muriendo en sus brazos había derramado una sola lágrima.

En la catedral mecánica, Duncan se debatía con la revelación de un Paul pálido y ensangrentado.

- ¿Yo… yo soy el kwisatz haderach?

Paul asintió débilmente.

- El definitivo. El perfecto. El que ellos buscaban.

La manifestación de Omnius en forma de anciano dedicó al robot independiente una mirada acusadora.

- Si lo que dice es cierto, tú te equivocabas, Erasmo. No consideraste la posibilidad de que los humanos volvieran a cambiar el destino. Dijiste que tus cálculos eran exactos.

El robot tenía un aire distante, incluso suficiente.

- El único error que yo veo son tus interpretaciones de mis cálculos. El kwisatz haderach final estaba en la no-nave como yo decía. Tú sacaste la conclusión más obvia de que el que buscábamos debía de ser Paul Atreides. Y cuando los Danzarines Rostro encontraron el cuchillo ensangrentado con células de Muad'Dib, reforzaste equivocadamente esa idea.

La mente de Duncan no quería aceptar lo que oía. Incluso si realmente él era el kwisatz haderach final, ¿qué se suponía que tenía que hacer ahora?

El anciano miró con desprecio a la figura petrificada e inútil de Paolo, al cadáver del barón.

- Tanto esfuerzo invertido en nuestro clon y no nos ha servido de nada. Qué derroche…

Erasmo dio a su rostro de metal líquido una expresión compasiva y se dirigió al recién llegado.

- Sabía que todo me arrastraba a ti por alguna razón, Duncan Idaho. Si realmente eres el kwisatz haderach, estás en posición de cambiar el rumbo del universo. Eres un punto de inflexión viviente, el artífice del cambio. Tú puedes detener este conflicto que ha enfrentado a máquinas pensantes y humanos durante miles de años.

Duncan se dio cuenta de que Yueh, Jessica, Chani y Paul habían desempeñado ya su papel. Ahora le tocaba a él.

Erasmo se acercó.

- Kralizec significa el fin de muchas cosas, pero un fin no tiene por qué ser necesariamente destructivo. Basta con un cambio trascendental. Después de hoy, nada volverá a ser lo mismo.

- ¿Que no tiene que ser destructivo? -Jessica habló levantando la voz-. Acaba de decir que sus naves están atacando los planetas del Imperio Antiguo. ¡Ya ha aniquilado y conquistado cientos de planetas!

El robot parecía imperturbable.

- Yo no he dicho que nuestro enfoque fuera el único posible, ni siquiera el mejor. -El anciano miró a Erasmo furibundo, como si le hubiera insultado.

De pronto, sobre la gran ciudad mecánica, el cielo se vio desgarrado por múltiples estallidos de atmósfera desplazada, porque mil cruceros de la Cofradía aparecieron como nubes de tormenta. Aquella flota de naves inmensas que acababa de salir del tejido espacial llevaba suficiente armamento para arrasar el continente.

El disfraz de anciano de Omnius parpadeó, porque aquel cambio drástico alteró su concentración. Por toda la ciudad, los robots trataban de contener a los gusanos de arena. Ahora tenían que montar defensas para combatir al enemigo que les atacaba desde el cielo.

En el interior del edificio abovedado, Erasmo adoptó de nuevo la forma de dulce ancianita, como si creyera que esta representación resultaría más convincente o compasiva.

- He calculado las posibilidades más allá de los límites de mis cálculos originales. Duncan Idaho, creo que tú tienes el poder… de impedir que esas naves de la Cofradía nos destruyan.

- Oh, por favor, basta de palabrería -dijo Omnius.

Duncan miró a su alrededor, cruzó los brazos sobre el pecho.

- No tengo miedo de la Cofradía y sus navegantes. Si tengo que morir para acabar con esto, moriré.

- Aquí todos hemos muerto antes -añadió Yueh valientemente.

- No importa. Que destruyan Sincronía. -El anciano no parecía especialmente preocupado-. Estoy en numerosas localizaciones. Aniquilando este planeta, este nódulo, no conseguiréis destruirme. Soy la supermente y estoy en todas partes.

Un crac se oyó en el centro de la gran sala de la catedral. Y entonces, en un borrón de espacio plegado, una imagen apareció sobre el suelo manchado de sangre. La transmisión centelleante parecía sólida un momento y fantasmal y llena de estática al siguiente. Momentos después, la figura se convirtió en una mujer hermosa con rasgos de una perfección clásica. Volvió a cambiar, a una figura encanijada, con rasgos inexpresivos y poco atractivos, brazos y piernas cortos y una cabeza excesivamente grande. Un nuevo parpadeo, y la imagen quedó en un rostro sin cuerpo que oscilaba en el aire. Era como si no recordara exactamente qué aspecto debía tener.

Duncan supo enseguida quién -o qué- era.

- ¡El Oráculo del Tiempo!

El rostro giró para examinar a las personas y robots de la gran sala, y enseguida se acercó a él.

- Duncan Idaho, te he encontrado. Te he buscado durante años, pero tu no-nave y tu… extrañeza te han protegido.

Duncan ya no se cuestionaba la barroca avalancha de sucesos que le rodeaban.

- ¿Por qué vienes ahora?

- Solo en una ocasión has bajado de la no-nave, en el planeta de Qelso, pero no te seguí lo bastante rápido. Volví a intuir tu presencia cuando la no-nave fue tocada y atrapada. Ahora que las máquinas pensantes están

atacando, he podido rastrear las líneas de la red de taquiones de la supermente y seguir a Omnius hasta ti. He traído a mis navegantes conmigo.

- ¿Qué es esta aparición? -preguntó la supermente con tono de exigencia-. Yo soy Omnius. ¡Vete de mi mundo!

- En otro tiempo mi nombre fue Norma Cenva. Ahora soy exponencialmente mucho más que eso… estoy mucho más allá de lo que una red informática puede comprender. Soy el Oráculo del Tiempo, y voy allá donde deseo.

En su disfraz de vieja, Erasmo extendió el brazo como un niño curioso para tocar, pero su mano arrugada pasó a través de la imagen.

- Hay tantos de los humanos más interesantes que son mujeres… -dijo a modo de reflexión. El robot agitó los dedos por dentro de aquella semblanza, sin alterar la imagen. El Oráculo no hizo caso.

- Duncan Idaho, finalmente te has convertido en lo que eres. Kwisatz haderach, traté de protegerte. Antes que tú, Paul Muad'Dib y su hijo Leto, el Dios Emperador, fueron profetas imperfectos. Incluso ellos se dieron cuenta de sus defectos. Ahora, mediante una confluencia en el cosmos, el nexo de todos los nexos, tú te has convertido en la singularidad de un universo nuevo, el punto a partir del cual todo fluirá por el resto de la eternidad. Las esperanzas de la humanidad, y muchas más cosas, están en ti.

- Pero ¿cómo? -preguntó Duncan, aún perplejo-. Yo no me siento diferente.

- El kwisatz haderach es un «atajo», una figura lo bastante poderosa para forzar un cambio trascendental y necesario que altere el curso del futuro, no solo para la humanidad, sino también para las máquinas pensantes.

- Sí, tú tienes el poder, Duncan Idaho. -Erasmo parecía animarle tanto como el Oráculo-. Confío en que tomarás la decisión correcta. Tú sabes qué es lo que más beneficiará al universo, y sabes que las máquinas pensantes pueden enriquecer vuestra civilización.

Duncan estaba maravillado ante la conciencia de aquella nueva identidad y los pensamientos que tenía sobre esta sorprendente verdad. Finalmente, después de tantos intentos en forma de ghola, conocía su destino. Su mente había despertado.

Veía el tiempo como un gran océano extendiéndose por el cosmos, con sus poderes se veía a sí mismo capaz de analizar cada molécula, cada átomo, cada partícula subatómica. La presciencia llegaría, una presciencia perfecta, pero todavía no, no tan deprisa, porque de lo contrario induciría la misma parálisis destructiva que en Paolo. La mente de Duncan ya podía funcionar mucho más deprisa que la de un mentat, e intuía que su cuerpo podría moverse a velocidades que habrían dejado perplejo incluso al Bashar.

Yo soy el kwisatz haderach último. Después de mí, no habrá otro.

La imagen del Oráculo osciló, y volvió a la forma de la mujer hermosa.

- Duncan Idaho, cuando moriste la primera vez, luchando como soldado por salvar a los Atreides, para salvar al primer kwisatz haderach, los poderes del universo dispusieron tu resurrección como ghola, y muchas otras veces. El Dios Emperador original comprendió en parte tu destino e involuntariamente contribuyó a provocar este momento. El punto donde acaba su Senda de Oro es el principio de algo.

- ¿Yo estoy vinculado a la Senda de Oro?

- Lo estás, pero estás destinado a ir mucho más allá.

Paul parecía estar recuperando rápidamente las fuerzas. A su lado, Jessica dijo a aquel visitante ultraterreno:

- ¿Pero Paul no formó parte de ningún programa reproductor? ¿Cómo ha podido convertirse en un kwisatz haderach?

El Oráculo prosiguió.

- Duncan, cada vez que volvías a nacer, te acercabas más a la plenitud. En lugar de ser creado mediante un programa reproductor, tú pasaste por un proceso de evolución personal. Cada nueva encarnación te daba nuevos conocimientos, capacidades, experiencias… como un escultor que moldea con su cincel un bloque de piedra, despacio, muy despacio, hasta conseguir una estatua perfecta. Con tu cuerpo, has pasado por una evolución taquiónica, un viaje hiperrápido de desarrollo que te ha impulsado hacia tu destino.

Duncan había vivido su vida repetidas veces durante miles de años. Los tleilaxu no solo habían jugado con sus caracteres genéticos para que pudiera luchar contra las Honoradas Matres, habían combinado sus células para que retuviera sus vidas previas, todas y cada una de ellas. Gracias a estos recuerdos, tenía una amplitud de experiencias y un saber que nadie podía igualar. El actual Duncan Idaho tenía más conocimientos que el mentat más avanzado, o que la supermente, y comprendía la naturaleza humana mejor incluso que el gran tirano Leto II. Duncan había sido la misma persona, una vez y otra vez, perfeccionándose, eliminando impurezas, como si pasara continuamente por un fino cedazo que dejaba solo las mejores cualidades, las que le convertirían en el Elegido. Duncan se permitió sonreír para sus adentros por la ironía. Si lo había logrado había sido por los manejos de los tleilaxu, aunque estaba seguro de que los maestros nunca tuvieron intención de crear un salvador para la humanidad.

La mente de mentat de Duncan comprobaba datos febrilmente, confirmando su conclusión, consciente de que el Oráculo del Tiempo tenía razón.

- ¡En verdad soy el kwisatz haderach! -Deseó que Miles Teg pudiera estar con él-. ¿Y qué pasa con la gran guerra… Kralizec?

- Estamos en medio de ella. Kralizec no es solo una guerra, es un punto de inflexión. -Su imagen parpadeó-. Y tú eres la culminación.

- Pero ¿y el resto de la humanidad? -Murbella- Tienen que saberlo. ¿Cómo van a entender lo que ha pasado?

- Mis navegantes les informarán, hasta puede que traigan aquí a sus líderes. Sin embargo, primero tengo que eliminar una amenaza que tendría que haber desaparecido hace miles de años. Un enemigo al que me enfrente por primera vez diez mil años antes de que tú nacieras.

El Oráculo se deslizó por el aire hacia la figura del anciano indignado, Omnius. Una vez ante él, habló con una voz más atronadora de la que podían crear todos los altavoces de la supermente.

- Debo asegurar que las máquinas pensantes no hacen daño a nadie más. Esa fue mi misión en otra era, cuando no era más que una mujer, cuando desarrolle el concepto de los motores que plegaban el espacio, cuando descubrí la capacidad de la melange de expandir la mente. Debo eliminarte, Omnius.

La supermente rió, con la risa remota de un anciano. Aquella manifestación ligeramente encorvada de pronto se hizo más grande, como un gigante cerniéndose sobre ella.

- No puedes eliminarme, porque no soy un ser corpóreo. Soy información, y mi existencia se extiende allá donde llega mi red de taquiones. Yo estoy en todas partes.

La imagen femenina formó una sonrisa.

- Y yo soy más de lo que ves. Soy el Oráculo del Tiempo. Oye cómo río. -Con una voz extraña, Norma Cenva profirió una risa larga y dura, que hizo que incluso la supermente extragrande retrocediera-. Mi voz se oye por sistemas estelares y eones, por el tiempo y el espacio, mucho más allá de donde llega tu red.

Omnius retrocedió otro paso.

- Primero debilité a tu flota. Y ahora te arrancaré como una mala hierba y te tiraré.

- Imposible… -El anciano empezó a disolverse y fundirse con su red.
- Te sacaré de ahí… sacaré cada pedazo de información de cada nódulo. -Su imagen nebulosa de volvió amorfa y envolvió a Omnius, que casi tropieza contra Erasmo, pero el robot independiente se apartó enseguida, con expresión divertida y curiosa en su rostro de anciana.
- Te llevaré a un lugar donde esa información ya no será comprensible, donde no aplican las leyes físicas.

Duncan oyó la voz de la supermente gritar de rabia, pero era un grito amortiguado. En la sala abovedada, los robots insectoides que trataron de avanzar para ayudar a Omnius parecían extrañamente torpes y desorientados.

- Hay muchos universos, Omnius. Duncan Idaho ha visitado más de uno, y conoce el lugar del que hablo. Hace mucho, yo les rescate a él y a su no-nave de allí. En cambio, tú nunca encontrarás la salida.

Duncan pensó en la extraña lucha que estaba presenciando. Ciertamente, cuando huyó con la no-nave de Casa Capitular, saltó por el tejido del espacio en un intento desesperado por evitar que los atraparan y los llevó a todos a un universo barroco y alternativo. Se estremecía solo de pensarlo.

- Nada podrá salvarte, Omnius.
- ¡Imposible! -dijo el anciano a voces, perdiendo su forma física y convirtiéndose en poco más que una silueta de destellos.
- Sí, imposible. Maravillosamente imposible.

En la sala, el ambiente chisporroteaba mientras unas nubes de electricidad cada vez más finas se extendían y el Oráculo envolvía como una red a aquella máquina pensante icónica. Por un momento, Duncan Idaho vio el rostro de Norma superpuesto al del anciano. Los dos semblantes se fundieron en uno: el de ella. La hermosa mujer sonrió, y el aire se llenó de hebras centelleantes de electricidad con las que la mujer se envolvió como si fuera una elegante capa.

Y entonces se arrancó de la realidad y se desvaneció en el vacío incomprensible, llevando consigo todo rastro de Omnius.

Para siempre.

38

Tú ves enemigos por todas partes, yo solo veo obstáculos… y sé muy bien qué debo hacer con los obstáculos. O los aparto, o los aplasto, para que podamos seguir nuestro camino.

MADRE COMANDANTE MURBELLA, palabras dirigidas a la Hermandad unificada.

Aunque los navegantes habían destruido el grueso de la flota enemiga con una andanada inesperada de destructores, una segunda oleada de naves de las máquinas avanzaba hacia Casa Capitular.

Después de localizar a Duncan Idaho y la no-nave perdida, el Oráculo se había llevado a la mayoría de sus cruceros a Sincronía, y tan solo había asignado un pequeño porcentaje a la defensa de los planetas habitados por los humanos. Y puesto que el resultado de tales misiones era incierto, algunos planetas o quizá todos ellos seguían siendo vulnerables. Una cosa estaba clara: en Casa Capitular Murbella y los suyos estaban solos frente al Enemigo. Y, entre tanto ajetreo, la madre comandante no tuvo tiempo para digerir la noticia de que Duncan Idaho seguía con vida.

El administrador Gorus gimió.

- ¿Nunca se detendrán?
- No. -Murbella lo miró con expresión severa por obligarla a decir lo obvio-. Son máquinas pensantes.

En el exterior de la órbita del planeta, el centenar de naves estaba rodeado por los restos de miles de naves de combate de las máquinas. Aquella lucha había infligido importantes pérdidas al Enemigo, pero por desgracia no era suficiente.

La nueva oleada de naves de Omnius no pasaría pavoneándose ante los defensores humanos como había hecho la primera. Esta vez Murbella no esperaba compasión, y tampoco albergaba esperanzas para las naves de los otros puntos estratégicos. Las máquinas tenían intención de aniquilar Casa Capitular y todos los mundos que encontraran en su camino.

Maldijo las naves inservibles que les habían proporcionado en los astilleros de Conexión, las armas inútiles de los ixianos. Trató de pensar algo.

- No dejaré que nuestras naves se queden aquí con el cuello al descubierto, como corderos esperando el degüello.

- Los compiladores matemáticos controlaban los pasos para plegar el espacio y los sistemas…

- ¡Arranca esos condenados sistemas de navegación! -le gritó-. ¡Tripularemos las naves manualmente!

- Pero no sabremos adónde vamos. ¡Colisionaremos!

- Entonces colisionaremos, pero con el Enemigo, no con los nuestros. - Se preguntó si las máquinas sentirían sed de venganza cuando vieran el descalabro de la primera oleada de naves. Las Honoradas Matres lo habrían hecho.

El Enemigo seguía avanzando. Murbella estudió las complejas proyecciones tácticas. Obviamente no necesitaban una cantidad tan enorme de naves para conquistar Casa Capitular, que tenía una población bajo mínimos. Era evidente que Omnius había aprendido la importancia de la intimidación y la ostentación, y lo aconsejable de la redundancia.

En el centro de control del crucero, dos hombres de la Cofradía discutían con Gorus. Uno decía que desconectar el compilador matemático era imposible; el otro, que era una imprudencia. Murbella atajó la discusión con la fuerza irresistible de la Voz Bene Gesserit. Los hombres de la Cofradía se estremecieron e hicieron lo que decía sin poder resistirse.

Aunque las fuerzas mecánicas los superaban en armamento de forma importante, Murbella no se escondería. En lugar de eso, permitió que su ira de Honorada Matre volviera a aflorar. No era momento para ponerse a calcular probabilidades. Era momento de causar tanta destrucción como pudieran. Y ahora sus probabilidades eran mucho mejores que cuando se había iniciado la batalla. Si todos abrazaban una actitud de ensañamiento y luchaban como Honoradas Matres furiosas, podían causar un daño significativo. Es posible que todas sus naves acabaran en llamas, pero si ganaban tiempo suficiente para que el Oráculo y sus navegantes derrotaran a Omnius, Murbella lo consideraría una victoria. Lo único que lamentaba era no poder ver a Duncan una vez más.

Murbella se volvió hacia la gran placa de proyección donde aparecían ampliadas las naves que se acercaban.

- Disponed las armas y preparaos para atacar. En el momento en que agotemos el armamento convencional, nuestras naves se convertirán en nuestra arma final. Cien de las nuestras podrán vencer al menos a cien de las suyas.

Hasta ahora, Gorus había tachado sus estrategias de suicidas. En aquel momento la miró como si estuviera a punto de hacer algún disparate para detenerla.

- ¿Por qué no negociar con ellos? ¿No sería preferible rendirse? ¡No podremos impedir que destruyan sus objetivos!

Murbella clavó la vista en el administrador como si fuera una presa débil. Incluso las hermanas que habían empezado como Bene Gesserit puras

ahora reaccionaban con la fuerza bestial de las Honoradas Matres. Nunca se echarían atrás.

- ¿Y esa propuesta la basa en el éxito de los emisarios que envió a negociar con las máquinas pensantes y que desaparecieron en su totalidad? -La voz de Murbella siseaba como ácido caliente-. Administrador, si lo que desea es encontrar otra solución, con mucho gusto lo arrojaré por una cámara de descompresión y lo dejaré suspendido en el vacío. Y cuando el último aliento salga en un estallido de sus pulmones, quizá pueda pronunciar los términos de su rendición personal. Si cree que las máquinas van a escucharle, usted mismo.

El hombre se encogió con aire desesperado. A su alrededor, las hermanas se hicieron con el control, listas para el ataque final.

Sin embargo, antes de que Murbella pudiera dar la señal, la voz de Janess llegó por el comunicador.

- ¡Madre comandante! Algo ha cambiado en las naves enemigas. ¡Mirad!

Murbella examinó las imágenes de la pantalla. Las naves enemigas ya no de movían en una formación ordenada y cerrada. Ahora iban más lentas, y empezaban a separarse, como si no tuvieran un objetivo, como barcos a la deriva en un vasto mar cósmico.

Sin un líder.

Para su asombro, la flota de máquinas había quedado flotando sin rumbo en el espacio.

39

Incluso cuando quedó atrapado por su propio mito, Muad'Dib señaló que la grandeza solo es una experiencia transitoria. Es del todo imposible prevenir a un verdadero kwisatz haderach contra la soberbia, enseñarle normas o requisitos. Él toma y da a voluntad. ¿Cómo podemos habernos engañado de este modo y pensar que podíamos controlar a alguien así?

Análisis Bene Gesserit.

Cuando el Oráculo se desvaneció, Erasmo se quedó mirando al espacio vacío en el centro de la sala, con la cabeza ligeramente ladeada.

- Omnius se ha ido. -A oídos de Duncan su voz sonó hueca-. No queda ningún vestigio de la supermente en la red de máquinas pensantes.

Duncan sentía que su mente corría, expandiéndose, absorbiendo nueva información. El terrible Enemigo que había intuido durante tanto tiempo -la amenaza que las Honoradas Matres habían desatado- ya no estaba. Al eliminar a la supermente, arrancarla del universo y llevarla a otro lugar, el Oráculo había inutilizado la vasta flota de máquinas pensantes, dejándola sin su fuerza rectora.

Y nosotros permaneceremos.

Duncan no sabía exactamente qué había cambiado en su interior. ¿Era simplemente que ahora conocía su Craison d'étre? ¿Había tenido siempre acceso a aquel potencial sin saberlo? Suponiendo que Paul tuviera razón, eso significaba que lo había llevado en su interior durante todos aquellos años, durante todas sus vidas -la original y las ghola-, un poder latente que había ido evolucionando con cada repetición de su existencia. Y ahora, como en un programa genético, tenía que encontrar la forma de activarlo.

Paul y su hijo Leto II tenían la bendición y la maldición de la presciencia. Ahora que habían recuperado sus recuerdos, los dos podían proclamarse kwisatzs haderach. Miles Teg había tenido la capacidad asombrosa de moverse a velocidades que escapaban a la comprensión y podía perfectamente haberse convertido también en kwisatz haderach. Los navegantes de los cruceros reunidos en el cielo podían utilizar su mente

para ver a través de los pliegues del espacio y buscar rutas de viaje seguras. Las Bene Gesserit podían controlar hasta la última célula de sus cuerpos. Todos habían sobrepasado las capacidades tradicionales del humano, demostrando con ello su potencial para superarse.

Como kwisatz haderach último y definitivo, Duncan creía que él tendría la capacidad de hacer todas esas cosas y más, de alcanzar el pináculo del humano. Las máquinas pensantes nunca habían entendido el verdadero potencial de los humanos, por más que sus «proyecciones matemáticas» atribuyeran al kwisatz haderach la capacidad de finalizar el Kralizec y cambiar el universo.

Se sentía lleno de confianza, quizá encontraría la forma de realizar cambios grandiosos y épicos… pero no bajo el control de las máquinas pensantes. No, Duncan buscaría su propio camino. Sería un verdadero kwisatz haderach, independiente y todopoderoso.

Con desapasionamiento miró a la anciana con el vestido de estampado floral y delantal de jardinería, con manchas de tierra incluidas. Su rostro parecía bondadoso, como si se hubiera pasado la vida cuidando a otros.

- Una parte de Omnius ha desaparecido de mi interior, pero no todo.

Abandonando por fin el disfraz de anciana, Erasmo recuperó la forma de metal líquido del robot independiente ataviado con una elegante túnica carmesí y dorada.

- Puedo aprender mucho de ti, Duncan Idaho. Como nuevo dios-mesías de la humanidad, eres el espécimen óptimo para mis estudios.

- No soy ningún espécimen para tus análisis de laboratorio. -En sus vidas anteriores eran demasiados los que le habían tratado como si lo fuera.

- Un simple lapsus lingüístico. -El robot sonrió alegremente, como si tratara de velar su violencia-. Hace mucho que ansío un conocimiento perfecto de lo que significa ser humano. Y parece que tú tienes todas las respuestas que tanto he buscado.

- Reconozco el mito en el que vivo. -Duncan recordaba que Paul Atreides había hecho declaraciones similares. Paul se había sentido atrapado por su propio mito, que acabó convirtiéndose en una fuerza que estaba más allá de su control. Sin embargo, Duncan no tenía miedo de las fuerzas que aparecerían, ni a su favor ni en su contra.

Con una visión penetrante, vio a través y alrededor de Erasmo y sus siervos. Al otro lado de la sala veía a Paul Atreides tras su terrible prueba, en pie, algo inestable, ayudado por Chani y Jessica. Paul bebió de una jarra que había cogido de una mesa, cerca del cuerpo del barón.

Fuera, el estruendo de los gusanos de arena contra las defensas robóticas empezaba a remitir. Aunque aquellas inmensas criaturas no habían destruido la catedral, habían causado graves daños en la ciudad de Sincronía.

En el perímetro de la gran cámara, los robots de platino estaban alerta, y las cargas de sus armas internas estaban encendidas, listas para disparar. Incluso sin la supermente, Erasmo podía ordenar fácilmente que dispararan una ráfaga mortífera a los humanos de la sala. El robot independiente podía intentar matarlos en una exhibición petulante de venganza. Y quizá lo haría…

- Ni tú ni tus robots podéis cambiar nada aquí -le advirtió Duncan-. Sois demasiado lentos.

- O bien eres extremadamente confiado, o eres plenamente consciente de lo que puedes hacer. -La sonrisa de metal líquido se volvió más forzada, solo un poco, y las fibras ópticas destellaron con algo más de intensidad-. Tal vez sea esto último, o tal vez no. -De alguna manera, Duncan supo con absoluta certeza que Erasmo desataría todo el poder de

destrucción que tenía bajo su control y causaría todo el daño que pudiera.

Antes de que el robot pudiera darse media vuelta, Duncan saltó sobre él con la velocidad de Miles Teg y lo derribó. Erasmo cayó al suelo, con sus armas inutilizadas. ¿Era solo una prueba? ¿Otro experimento?

El corazón le latía acelerado, su cuerpo irradiaba calor, pero se sentía exultante, no agotado. Habría podido luchar con la misma ligereza contra todas las máquinas que Erasmo le mandara. Ante este pensamiento, dejó al robot independiente en el suelo y recorrió el perímetro de la sala a hipervelocidad, derribando a los robots con rápidas patadas y golpes, hasta que solo quedaron sus despojos. Era tan fácil… antes de que las piezas de metal hubieran tenido tiempo de caer al suelo, Duncan ya estaba de nuevo ante Erasmo.

- He intuido tus dudas y tus intenciones -dijo Duncan-. Reconócelo. Aunque eres una máquina pensante, querías más pruebas ¿no es así?

Erasmo, que estaba tendido sobre la espalda y a través de la cúpula veía los miles de cruceros de la Cofradía del cielo, dijo:

- Suponiendo que seas el superman tan largamente esperado, ¿por qué no te limitas a destruirme? Ahora que Omnius no está, si me eliminas habrás asegurado la victoria de la humanidad.

- Si la solución fuera tan sencilla no haría falta un kwisatz haderach. -Duncan sorprendió a Erasmo, y a sí mismo, porque extendió la mano y le ayudó a levantarse-. Para acabar el Kralizec y cambiar de verdad el futuro se necesita más que limitarse a aniquilar al otro bando.

Erasmo examinó su cuerpo y su túnica para comprobar su apariencia, y entonces levantó la vista con una amplia sonrisa.

- Creo que quizá tendremos un encuentro de mentes… y eso es algo que jamás he conseguido realmente con Omnius.

40

Cuando llegue el momento del gran desenmascaramiento, nuestros enemigos se sorprenderán, porque verán lo que han tenido delante de las narices desde el principio.

KHRONE, comunicado a los Danzarines Rostro.

Ahora que el Oráculo se había ido, varios de los cruceros gigantescos de los navegantes plegaron el espacio y desaparecieron de Sincronía sin mayores explicaciones ni despedidas.

Por toda la ciudad, los gusanos de arena seguían destruyendo edificios vivos de metal. Omnius jamás les había dado autonomía, y ahora las defensas robóticas no podían funcionar de manera efectiva sin conectarse a la supermente. La sala abovedada se llenó de un silencio resonante.

Y entonces, las altas puertas se abrieron. Vestido de negro, seguido de una multitud de Danzarines Rostro, Khrone entró desde las luminosas calles. Un enjambre de seres idénticos con rostros inexpresivos entró en la sala. El gas venenoso de Scytale había matado parte de los cambiadores de forma, pero muchos habían eludido la batalla.

En la extensa ciudad mecánica, incontables Danzarines Rostro habían fingido enfrentarse a los furiosos gusanos, pero se escabulleron sigilosamente de las barricadas que los soldados robots montaron. Khrone había disfrutado viendo cómo los gusanos destruían los grandes edificios de metal líquido y destrozaban a miles de máquinas pensantes. Despejándonos el camino. Facilitándonos el trabajo.

Khrone avanzó con una sonrisa esquelética en la boca.

- Nunca dejo de maravillarme por las deducciones equivocadas de aquellos que creen controlamos. -En su mente, la victoria de los Danzarines Rostro estaba asegurada.

- Explícate, Khrone. -Erasmo solo parecía ligeramente intrigado.

Sin hacer caso de los humanos y sus muertos, Khrone se situó ante Erasmo, que estaba junto a Duncan Idaho.

- Esta guerra hace cinco mil años que dura. Y en realidad, la idea nunca fue de Omnius.

- Oh, nuestra guerra lleva preparándose mucho más que eso -señaló Erasmo-. Escapamos después de la Batalla de Corrin, hace quince mil años.

- Yo me refiero a otra guerra, Erasmo… una que nunca os disteis cuenta de que existía. Desde el momento en que nuestro creador, Hidar Fen Ajidica, envió a nuestros primeros Danzarines Rostro avanzados, empezamos a manipular. Cuando nos encontramos con vuestro imperio de máquinas pensantes, permitimos que creaseis más y más de los nuestros. Pero desde el momento en que Omnius nos abrió las puertas, ¡nos convertimos en sus amos! Compartimos con vosotros todas las vidas que reuníamos, dejando que creyerais que erais superiores a nosotros y a los humanos. Pero los Danzarines Rostro tuvimos el control en todo momento.

- Hay un diagnóstico para tu estado mental -dijo Yueh abiertamente-. Tienes delirios de grandeza.

Los labios de Khrone dejaron al descubierto unos dientes romos y perfectos.

- Mis declaraciones se basan en informaciones precisas; difícilmente pueden considerarse delirios.

La expresión divertida de Erasmo no cambió. A Khrone le resultaba enloquecedora, así que habló levantando la voz.

- Las máquinas pensantes nos ayudasteis a poner en práctica nuestros planes, aunque creíais que nosotros os servíamos a vosotros. Pero era al revés. De hecho, vosotros habéis sido un instrumento para nuestros planes y no al revés.

- Todas las máquinas empezaron como herramientas -Señaló Duncan, mirando a Erasmo y luego al líder de los Danzarines Rostro.

Khrone no estaba impresionado. Así que aquel era el hombre que finalmente había resultado ser el kwisatz haderach. Y no entendía por qué el robot independiente no estaba preocupado, puesto que siempre se enorgullecía de manifestar sus emociones artificiales.

Khrone prosiguió.

- Erasmo, bajo tu dirección, las instalaciones biológicas dirigidas por máquinas pensantes crearon millones de Danzarines Rostro mejorados. Al principio, penetramos en la sociedad humana como exploradores, nos infiltramos en los límites de la Dispersión y luego en el Imperio Antiguo. Fue fácil convencer a los tleilaxu perdidos de que éramos sus aliados. Allá donde había humanos, los Danzarines Rostro nos infiltrábamos discretamente. Vivimos mucho y logramos más.

- Tal como nosotros os ordenamos -dijo Erasmo como si el discursito le aburriera.

- ¡Tal como nosotros queríamos! -espetó Khrone-. Los Danzarines Rostro estamos en todas partes, funcionamos con una mente colectiva más avanzada que ningún vínculo humano extrasensorial, más poderosa que la red de Omnius. Así de fácil y rápido logramos nuestros objetivos.

- Y los nuestros -añadió Erasmo.

Disgustado por la negativa del robot a admitir su derrota, Khrone sintió que la ira crecía en su interior.

- Durante siglos nos hemos estado preparando para el día en que pudiéramos poner en marcha nuestro plan y eliminar a Omnius. Jamás imaginamos que el Oráculo del Tiempo lo haría por nosotros. -Rió ligeramente-. Vuestro imperio ha caído, hemos superado a las máquinas

pensantes. Y ahora que la flota y las epidemias de Omnius han hecho postrarse a la humanidad, podemos activar nuestras células ocultas… Por todas partes, simultáneamente. Tomaremos el control. -Se puso los puños en las caderas-. Todo ha acabado para las máquinas, y para los humanos.

Detrás de él, todos aquellos Danzarines Rostro idénticos miraban con expresión neutra. El rostro sin facciones de Khrone había sido duplicado infinidad de veces.

- Un plan interesante e insidioso -dijo Erasmo-. En otras circunstancias quizá te habría aplaudido por tu ingenuidad y tu carácter traicionero.

- Incluso si pudieras reunir a tus robots para matar a los Danzarines Rostro que estamos en Sincronía, no serviría de nada. Me he replicado por todas partes. -El Danzarín Rostro hizo un gesto burlón-. Omnius pensaba que estaba plantando semillas para su conquista del universo, pero las verdaderas semillas de su caída estuvieron desde el principio delante de sus narices.

Erasmo se echó a reír. Empezó como una risa que solía imitar de varias muestras de la antigüedad que tenía, y añadió componentes tomados de otras grabaciones. Para él el sonido resultante era placentero, y estaba seguro de que los demás lo encontrarían convincente.

A lo largo de su larga, larguísima vida, el robot independiente había puesto mucho esfuerzo en estudiar a los humanos y sus emociones. La risa le intrigaba especialmente. El paso anterior, que le había llevado siglos de profunda meditación, había sido comprender el concepto de humor, aprender qué circunstancias podían suscitar esta respuesta extraña y escandalosa en un humano. Y en el proceso, había recopilado una biblioteca entera con sus muestras favoritas de risa. Un repertorio muy placentero.

En aquellos momentos, las utilizó todas a través de los simuladores de su boca, para desazón del Danzarín Rostro Khrone. Pero Erasmo se dio cuenta de que ni siquiera sus chasquidos y muecas eran adecuadas para expresar la hilaridad que sentía.

- ¿Qué te hace tanta gracia? -preguntó Khrone con tono exigente-. ¿Por qué ríes?

- Me río porque ni siquiera tú te das cuenta de hasta qué punto has sido engañado. -Erasmo volvió a chasquear la lengua y esta vez creó un sonido único que contenía sabores y detalles de sus mejores grabaciones. Aquello era realmente su sentido del humor particular, algo genuino, auténtico. Después de un estudio tan extenso y dificultoso, Erasmo se sentía satisfecho por aquella nueva comprensión de la materia. ¡Sin duda aquello bien valía todas las tribulaciones del Kralizec!

El robot independiente se volvió hacia Duncan Idaho quien, después de escuchar las traiciones de unos y otros, tenía el aire distante de quien intenta encajar las piezas de un rompecabezas. Erasmo sabía que Duncan no tenía ni idea de cómo alcanzar su pleno potencial. ¡Como tantos y tantos humanos! Tendría que guiarle en el proceso.

Sin hacer caso de Khrone, le habló a Duncan.

- Me río porque las diferencias inherentes entre humanos y Danzarines Rostro son dolorosamente hilarantes. Tengo un gran aprecio por tu especie… sois más que especimenes, más que mascotas. Nunca habéis dejado de asombrarme. Desafiando mis más cuidadosas predicciones, siempre os las arregláis para hacer lo inesperado. Incluso si vuestros actos van en detrimento de las máquinas pensantes, los aprecio por su carácter único.

Khrone y su contingente de Danzarines Rostro se acercaron como si esperaran eliminar a aquellos pocos robots y humanos sin dificultades.

- Tus palabras y tu risa no significan nada.

Jessica sujetaba a Paul, que aún estaba débil, y mientras, Chani recogió la daga ensangrentada que Paolo y el doctor Yueh habían

utilizado. Ahora que había recuperado sus recuerdos, sujetó la daga a la manera de una auténtica fremen, dispuesta a defender a su hombre.

Erasmo sonrió para sus adentros. Su confrontación con Duncan solo había dejado vislumbrar la punta del iceberg de los poderes del kwisatz haderach. Por unos momentos, le había resultado tremendamente emocionante estar al borde de la muerte, o al menos el equivalente para una máquina.

Los Danzarines Rostro se iban a llevar una buena sorpresa si pensaban que podían conquistar tan fácilmente a Duncan Idaho y los otros humanos. Pero él tenía una sorpresa todavía mayor.

- Lo que quiero decir, mi querido Khrone, es que mientras que los humanos siempre se las arreglan para sorprenderme, los Danzarines Rostro sois lastimosamente predecibles. Es una pena. Esperaba algo más original de ti.

Khrone frunció el ceño y todos los Danzarines Rostro de la sala imitaron el gesto, como reflejos en un salón de espejos.

- Hemos ganado, Erasmo. Los Danzarines Rostro controlamos cada enclave, no podrás esconderte de nosotros. Nos elevaremos con la victoria en cada planeta humano y cada planeta de las máquinas. Volveremos la vista atrás sobre el rastro de destrucción y solo nosotros permaneceremos.

- No si yo decido impedirlo. -El rostro de metal líquido de Erasmo pasó de una expresión plácida a una decepcionada-. Quizá Omnius creía que erais nuestras marionetas, pero yo nunca lo pensé. ¿Quién puede confiar en un Danzarín Rostro? Entre los humanos, esto se ha convertido en un dicho. Tú y los tuyos habéis hecho exactamente lo que yo imaginaba que haríais. ¿Cómo podía ser de otro modo? Sois lo que sois. Prácticamente lo lleváis programado.

- El robot sacudió la cabeza con pesar.

- Mientras los Danzarines Rostro estabais con vuestras maquinaciones y enviabais exploradores, y os infiltrabais, yo me limité a observar con paciencia. Aunque pensabais que Omnius no os veía, no fuisteis lo bastante listos. Yo sí veía cuanto hacíais y permití que sucediera porque vuestros juegos insignificantes de poder me divertían.

Khrone adoptó una posición de combate, como si pensara atacar al robot con sus manos desnudas.

- ¡No sabes nada de nuestras actividades!

- ¿Y ahora quién está sacando conclusiones a partir de datos incompletos? Desde el fin de la Yihad Butleriana, cuando Omnius y yo fuimos expulsados en nuestro largo exilio y tuvimos que iniciar de nuevo el imperio mecánico, soy yo quien ha tenido el control. Permití que Omnius creyera que él seguía dominándolo todo y tomando decisiones, pero incluso en su primera encarnación siempre fue un incordio, un megalómano confiado e insoportablemente obstinado. ¡Más incluso que la mayoría de los humanos!

- El robot hizo ondear su lujosa túnica-. La supermente nunca aprendió a adaptarse, nunca se molestó en afrontar sus errores, por eso no permití que volviera a arruinar nuestras posibilidades. Así pues, yo tomé las riendas del programa de los Danzarines Rostro desde el momento en que el primero de vosotros llegó a nuestros planetas fronterizos.

Khrone conservaba su expresión desafiante, aunque su voz delataba una cierta vacilación.

- Sí, tú nos fabricaste… y nos hiciste más fuertes.

- Os fabrique, y sabiamente instalé un mecanismo de seguridad en cada uno de vosotros. Sois máquinas biológicas, y durante miles de años habéis evolucionado y habéis sido manipuladas según mis especificaciones exactas. -Erasmo se acercó-. Una herramienta jamás debe confundirse a sí misma con la mano que la utiliza.

La reunión de Danzarines Rostro parecía tener el control y Khrone no se echó atrás. Sus facciones se convirtieron en una máscara monstruosa y demoníaca de ira.

- Tus mentiras ya no pueden controlarnos. No hay ningún mecanismo de seguridad.

Erasmo profirió un suspiro hiriente.

- Te vuelves a equivocar. Esta es la prueba. -Y, con un gesto preciso de su cabeza pulimentada, activó el virus de desconexión que había implantado genéticamente en cada uno de sus Danzarines Rostro «mejorados».

Como un muñeco desechado por un niño petulante, el Danzarín Rostro que estaba junto a Khrone se desplomó, con los brazos y las piernas extendidos y una expresión momentánea de sorpresa que enseguida volvió a su estado neutro natural.

Khrone se quedó mirando, sin acabar de comprender.

- ¿Qué es…?

- Y esta. -Erasmo volvió a asentir. Con un suspiro, la multitud de Danzarines Rostro de la sala cayó, como un ejército de cadáveres abatidos por el fuego enemigo. Solo Khrone seguía en pie para reconocer aquella derrota completa.

Y entonces, después de prolongar aquel momento, el robot independiente dijo:

- Y esta. Ya no necesitaré de tus servicios.

Con el rostro crispado por la ira y la desesperación, Khrone saltó sobre Erasmo… pero cayó al suelo, tan muerto como el resto de sus hermanos.

Erasmo se volvió hacia Duncan Idaho.

- Bueno, kwisatz haderach… como ves, controlo partes fundamentales de nuestro intrigante juego. No deseo insinuar que mis poderes puedan compararse con los tuyos, pero en este caso en particular, han sido muy útiles.

Duncan no dio ninguna muestra de respeto.

- ¿Hasta dónde se extiende tu virus de desconexión?

- Hasta donde yo quiera. Aunque el Oráculo del Tiempo ha sacado a Omnius de la red de taquiones, las hebras de esa vasta malla interconectada siguen estando en el tejido del universo.

- Erasmo volvió a mover la cabeza y envió una señal-. Ya está, acabo de enviar el desencadenante a todos los Danzarines Rostro modificados en toda la civilización humana. Ahora todos han muerto. Todos. Se contaban por decenas de millones.

- ¡Tantos! -exclamó Jessica.

Paul lanzó un silbido.

- Como una yihad silenciosa.

- Jamás habrías podido identificar a la mayoría. Con la imprimación de los recuerdos, muchos hasta han llegado a creer que eran humanos. Por los reductos de vuestro anterior imperio, mucha gente se habrá llevado una buena sorpresa cuando ha visto caer muerto a esposos, compañeros, líderes, y transformarse en Danzarines Rostro. -Erasmo volvió a reír-. Con un solo pensamiento he eliminado a nuestros enemigos. Nuestro enemigo común. Como ves, Duncan Idaho, no tenemos por qué estar enfrentados.

Duncan meneó la cabeza, sintiéndose extrañamente asqueado.

- Una vez más, las máquinas pensantes ven el genocidio masivo como una solución.

Erasmo estaba sorprendido.

- No subestimes a los Danzarines Rostro. Eran… perversos. Sí, esa es la palabra. Y dado que cada uno de ellos formaba parte de una misma mente colectiva, todos eran perversos. Os habrían destruido a vosotros y nos habrían destruido a nosotros.

- Hemos oído ese tipo de propaganda otras veces -dijo Jessica-. De hecho, la he oído citar como la principal razón por la que hay que destruir a las máquinas.

Duncan miró a los Danzarines Rostro muertos en el suelo, y se dio cuenta del daño que los cambiadores de forma habían hecho durante siglos, tanto si era bajo la dirección de la supermente o si seguían sus propias maquinaciones. Los Danzarines Rostro habían matado a Garimi, habían saboteado la no-nave, habían provocado la muerte de Miles Teg…

Duncan miró al robot entrecerrando los ojos.

- No puedo decir que lo sienta, pero no hay honor en lo que tú o los Danzarines Rostro habéis hecho aquí. No puedo estar de acuerdo. No pienses que estamos en deuda contigo.

- Al contrario, soy yo quien está en deuda contigo. -Erasmo apenas podía contener la alegría-. Has reaccionado exactamente como yo esperaba. Después de miles de años de estudio, creo que finalmente he entendido el honor y la lealtad… sobre todo en ti, Duncan Idaho, que eres la encarnación de esos conceptos. Incluso después de un acto que beneficia visiblemente a tu especie, sigues sin aceptar mis tácticas por motivos morales. Oh, qué maravilloso.

Miró a los Danzarines Rostro, la expresión confusa y perpleja de Khrone.

- Estas criaturas son justo lo contrario. Y mis compañeras máquinas no son mucho más leales ni honorables. Se limitan a seguir instrucciones porque están programadas para hacerlo. Tú me has enseñado lo que necesitaba saber, kwisatz haderach. Tengo una gran deuda contigo.

Duncan se acercó, buscando la forma de acceder a las nuevas capacidades que sabía que estaban latentes en su interior. Porque saber que él era el esperado kwisatz haderach no era suficiente.

- Bien. Porque ahora yo quiero algo de ti.

41

Una sola decisión, un solo momento, puede marcar la diferencia entre la victoria y la derrota.

BASHAR MILES TEG, Memorias de un viejo Comandante.

Es una trampa, tiene que serlo. -Murbella observaba la inmensa e inmóvil flota enemiga, que seguía superando a las naves humanas en una proporción de mil a uno. Y sin embargo las máquinas pensantes no hicieron ningún movimiento. La madre comandante se quedó muy quieta, conteniendo la respiración. Esperando que los aniquilaran.

Pero el Enemigo no hizo nada.

- Esto es profundamente desquiciante -murmuró.

- Todos los sistemas de soporte listos, tal como habéis ordenado, madre comandante -anunció una hermana joven y pálida-. Esta podría ser nuestra única oportunidad de causarles algún daño.

- ¡Tendríamos que abrir fuego! -exclamó el administrador Gorus-. Destruirles cuando están indefensos.

- No -dijo otra hermana-. Las máquinas están tratando de engatusarnos para que abandonemos nuestra posición. Es una trampa.

En el puente de navegación todos observaban a aquel enemigo oscuro y quiero, sin atreverse siquiera a respirar. Las naves robóticas se limitaban a flotar en el vacío.

- No tienen necesidad de engatusarnos ni de ponernos ninguna trampa -dijo Murbella por fin-. ¡Miradlos! Podrían destruirnos en cualquier momento. Y ha sido la absurda impulsividad de las Honoradas Matres la que ha desencadenado este conflicto. -La madre comandante entrecerró los

ojos, mientras estudiaba la apabullante fuerza de naves enemigas. Nada, una quietud total-. Necesito saber qué está pasando antes de disparar.

Los ojos de Murbella ardían, su mente trataba de comprender. Y se acordó de cuando sus ojos eran de un verde hipnótico… un rasgo seductor que le había ayudado a atrapar a Duncan. Es curioso los pensamientos que te persiguen cuando la muerte acecha…

Cuando Duncan huyó de Casa Capitular nadie conocía la identidad del Enemigo exterior. En cambio, el Oráculo había dicho que Duncan estaba en Sincronía, en el corazón del imperio de las máquinas pensantes. ¿Había conseguido salvarse? Si Duncan seguía vivo, Murbella se lo perdonaría todo. ¡Cuánto ansiaba volver a verle, abrazarle!

Aquel doloroso silencio se prolongaba. Un mortificador minuto, seguido de otro y otro. Murbella había visto a las máquinas pensantes avanzar de planeta en planeta, y había visto los resultados de sus ataques. Había visto las epidemias que habían diseminado y habían enterrado a su propia hija, Gianne, en una tumba sin nombre en el desierto de Casa Capitular, junto con tantas otras.

- No importa la razón -dijo-, las máquinas nunca habían sido tan vulnerables.

Desde una nave cercana, Janess le dio la razón con tono quejumbroso.

- Si hemos de morir en combate, ¿por qué no llevarnos por delante tantas naves enemigas como podamos?

Murbella ya estaba preparada para aquello. Dio la orden, y cada una de sus palabras sonó áspera.

- Muy bien, desconozco la razón, pero tenemos un respiro inesperado. Tal vez somos pocos, pero seremos como lobos con afilados colmillos.

Uno de los hombres de la Cofradía, que había subido a bordo en el último minuto, reaccionó alarmado. Era un hombre calvo, con rostro pastoso y tatuajes en la calva.

- ¡Apuntar nuestras armas requiere maniobras muy precisas, madre comandante! ¡No podemos hacerlo sin ayuda!

Murbella le dedicó una mirada furibunda.

- Me fío más de mis ojos que de los sistemas ixianos. Ya me han engañado una vez hoy. Apuntad a las naves más grandes. Destruid sus armas, inutilizad sus motores, y pasad a la siguiente.

Janess lo transmitió a las defensas.

- Las carcasas de todas esas naves enemigas pueden protegernos si las máquinas devuelven el ataque.

El calvo de la Cofradía volvió a objetar.

- Cada carcasa que va a la deriva es un peligro. Ningún humano puede reaccionar lo bastante rápido. Tenemos que volver a conectar los aparatos ixianos, aunque sea de manera limitada.

Incluso Gorus lo miró con expresión extrañada. De pronto, el hombre gritó, dio la espalda a su puesto y se desplomó. A su lado, sin una palabra, otro de los nuevos tripulantes cayó muerto. Y un tercero.

Pensando que las naves estaban siendo víctimas del ataque de un arma invisible y mortífera, las hermanas reaccionaron con rapidez tratando de determinar qué estaba pasando. Murbella corrió hacia el hombre de los tatuajes, le dio la vuelta y vio cómo su rostro pastoso se transformaba en el semblante neutro de un Danzarín Rostro.

Gorus miró a su alrededor, como si finalmente se hubiera dado cuenta de hasta qué punto le habían traicionado. Los cuerpos de los otros dos caídos también cambiaron. ¡Danzarines Rostro! Murbella miró al administrador furiosa.

- ¡Usted me garantizó que todos habían sido probados!

- ¡Y es la verdad! Pero con las prisas por lanzar su flota, es posible que nos saltáramos a alguien. Y además ¿y si había Danzarines Rostro entre los que realizaron los tests?

Murbella le dio la espalda disgustada. Un revuelo de transmisiones llegaba de las otras naves, informando todas ellas de la presencia de Danzarines Rostro que habían muerto. En medio de todo aquel revuelo, la voz de Janess se oyó clara y dura.

- Cinco Danzarines Rostro en mi nave, madre comandante. Todos han muerto.

Entretanto, las naves enemigas seguían flotando a la deriva, aunque podían haber atacado fácilmente Casa Capitular y haberse hecho con la victoria. La cabeza de Murbella daba vueltas, debatiéndose con otro nuevo misterio. Danzarines Rostro entre nosotros, al servicio de Omnius. Pero ¿por qué han caído muertos?

No hacía tanto, el Oráculo del Tiempo había retirado a sus numerosos cruceros para acudir a Sincronía… a Duncan. ¿Habían dado el Oráculo y sus navegantes un golpe cuyos efectos habían reverberado por toda la flota enemiga? ¿Lo había dado Duncan? Era como si la flota de máquinas pensantes y sus espías cambiadores de forma hubieran sido desconectados.

Murbella señaló con el gesto a los Danzarines muertos.

- Llevaos a esos monstruos. -Sin molestarse en disimular su repugnancia, varias hermanas retiraron a aquellos espantajos.

Murbella se concentró en la pantalla con tanta intensidad que los ojos le escocían. La parte de Honorada Matre que había en ella quería atacar y matar, pero su saber de Bene Gesserit le pedía a gritos que primero comprendiera. Algo muy importante había cambiado. Ni siquiera las voces de las Otras Memorias podían aconsejarle. Todas guardaban silencio.

Representantes de las poblaciones que quedaban en Casa Capitular transmitieron mensajes urgentes pidiendo informes del frente, preguntando cuánto tiempo les quedaba. Murbella no tenía respuestas, y no contestó.

Janess transmitió una pregunta osada.

- Madre comandante… ¿abordamos una de las naves enemigas? Quizá así podremos saber que ha pasado.

Antes de que pudiera contestar, el espacio se distorsionó una vez más a su alrededor. Cuatro inmensos cruceros reaparecieron entre las carcasas de la zona de batalla, tan cerca de las defensas humanas que Murbella gritó ordenando una maniobra evasiva. El piloto de una de las naves más próximas de la Cofradía realizó una maniobra exagerada para desviar su crucero y estuvo a punto de colisionar con la nave de Janess. Otro de los cruceros entró ladeándose en un campo salpicado de naves mecánicas destruidas en la primera oleada.

Impulsivamente, un tercer defensor abrió fuego contra la flota silenciosa de máquinas pensantes. Disparó una andanada de proyectiles contra el morro cónico de una de las naves enemigas más cercanas. Por todo el casco de la nave empezaron a producirse detonaciones.

Las alarmas empezaron a sonar y Murbella pidió informes, preguntándose si las máquinas responderían con un despliegue masivo de fuerza. Se acabaron las precauciones.

- ¡Preparados para abrir fuego! Todas las naves, preparadas para disparar. ¡No os guardéis nada!

Pero incluso ante esta provocación la flota oscurecida de Omnius permaneció inmóvil. La nave enemiga dañada en aquella carga impulsiva empezó a ladearse lentamente, en llamas. Muy despacio, colisionó con otra nave cercana y las dos empezaron a dar vueltas.

Las naves enemigas no lanzaron un solo disparo. Murbella no se lo podía creer.

En medio de tanta sorpresa y caos, la voz de un navegante habló, tranquila y ultraterrena.

- El Oráculo del Tiempo nos envía a buscar a la comandante de las fuerzas humanas.

Murbella se abrió paso hasta el puesto de comunicaciones.

- Soy la madre comandante Murbella de la Nueva Hermandad… de toda la humanidad.

- Tengo orden de escoltaros a Sincronía. Ahora tomaré el control de vuestros motores para plegar el espacio.

Antes de que los hombres de la Cofradía pudieran dirigirse a sus puestos, los motores Holtzman zumbaron con fuerza. Murbella notó una familiar sensación de vértigo.

42

Es muy simplista decir que los humanos somos enemigos de todas las máquinas pensantes. He tratado de comprender a estas criaturas, pero siguen siendo un enigma para mí. Y aun así, las admiro enormemente.

ERASMO, archivos privados, base de datos segura.

- ¿Tú necesitas algo de mí? -Erasmo parecía encontrarlo divertido-. ¿Y cómo piensas obligarme a obedecer?

Los labios del hombre se crisparon en una ligera sonrisa.

- Si realmente has comprendido lo que es el honor, robot, no tendré que obligarte. Harás lo que está bien y saldarás tu deuda.

Erasmo estaba auténticamente complacido.

- ¿Qué más deseas de mí? ¿No es suficiente con haber eliminado a todos los Danzarines Rostro?

- Tú y Omnius sois responsables de muchas cosas malas además de los cambiadores de forma.

- ¿Malas? Han sido más que cosas malas, ¿no crees?

- Y para compensarlo, debes hacer una cosa. -La atención de Duncan estaba totalmente volcada en el robot, no en los Danzarines Rostro muertos, ni en el ruido que provocaban los gusanos de arena en el exterior con su destrucción. Paul, Chani, Jessica y Yueh seguían observando en silencio.

- Soy el kwisatz haderach último -dijo Duncan sintiendo aquellas capacidades nacientes imbuidas en él hasta el mismísimo ADN-, y sin embargo hay tantas cosas que necesito asimilar… Ya entiendo a los humanos, y quizá mejor que nadie, pero no entiendo a las máquinas pensantes. Dame una buena razón para que no os elimine a todas ahora que estáis debilitadas. Es lo que la supermente hubiera hecho con nosotros.

- Sí, es cierto. Y tú eres el kwisatz haderach último. -Erasmo parecía esperar algo. Sus fibras ópticas brillaban como un cúmulo de estrellas.

- ¿No hay un camino que no exija la aniquilación de uno u otro bando? Un cambio fundamental en el universo… Kralizec. -Duncan se acarició el mentón mientras pensaba-. La flota de Omnius contiene millones de máquinas pensantes. No han sido destruidas, simplemente, no tienen guía, ¿correcto? Y según creo vuestro imperio consta de cientos de planetas, muchos de los cuales nunca podrán ser habitables para el humano.

El robot de platino empezó a andar arriba y abajo por la gran sala abovedada, con su túnica ondeando en torno a su figura, inclinándose sobre los cuerpos de los Danzarines Rostro que yacían por todas partes como marionetas a las que han cortado las cuerdas.

- Las palabras que dices son exactas. ¿Pretendes buscarlos todos y destruirlos, y rezar para que no se te escape ninguno? Ahora que no tienen a la supermente, es posible que algunas de las máquinas más sofisticadas desarrollen personalidades independientes durante un período prolongado de privación, tal como me sucedió a mí. Confías mucho en tus capacidades.

Duncan lo seguía de cerca. En varias ocasiones, Erasmo se volvió a mirarle, y puso una serie de expresiones faciales, que iban de

inquisitiva a una sonrisa tentativa. ¿Era miedo aquello o solo era fingido?

- Me estás preguntando si quiero la victoria… o la paz. -No era una pregunta.

- Eres un superhombre. Te lo vuelvo a decir… decide por ti mismo.

- A lo largo de más vidas de las que puedo contar, he aprendido el don de la paciencia. -Duncan dio un largo y profundo suspiro, utilizando una antigua técnica de maestro de espadas para centrarse-. Estoy en la posición única de poder reconciliar ambos bandos. Tanto humanos como máquinas estamos debilitados y machacados. ¿Elegiré la aniquilación de uno de los bandos como solución?

- ¿O la recuperación de los dos? -Erasmo se detuvo y se volvió a mirar al hombre con expresión neutra-. Dime, ¿cuál es exactamente el dilema? Omnius ha sido arrancado del universo, y el resto de las máquinas pensantes no tienen liderazgo. Con un solo golpe he eliminado la amenaza de los Danzarines Rostro. No veo que quede nada pendiente. ¿Acaso no se ha cumplido la profecía?

Duncan sonrió.

- Como sucede con tantas otras profecías, los detalles son lo bastante imprecisos para convencer a las mentes crédulas de que todo ha sido «predicho». Las Bene Gesserit y su Missionaria Protectiva eran maestras en esto. -Miró atentamente al robot-. Y me parece que tú también.

Erasmo pareció a la vez sorprendido e impresionado.

- ¿Qué insinúas?

- Puesto que tú estabas a cargo de las «proyecciones matemáticas» y las «profecías» basadas en ellas, estabas en posición de escribir las predicciones como más te gustara. Omnius se lo creía todo.

- ¿Me estás diciendo que me inventé las profecías? ¿Para guiar la mente obstinada de Omnius hacia un determinado curso de acción? ¿Para traernos justamente a este punto? Una hipótesis interesante. Digna de un verdadero kwisatz haderach. -La sonrisa de su rostro parecía más auténtica que nunca.

- Como kwisatz haderach -dijo Duncan sonriendo fríamente-, sé que, por mucho que evolucione, hay y habrá limitaciones a mis conocimientos y mis capacidades. -Dio unos toquecitos en el pecho del robot-. Contéstame. ¿Manipulaste las profecías?

- Los humanos creasteis incontables proyecciones y leyendas mucho antes de que yo existiera. Yo me limité a adaptarlas que más me gustaban, generé los complejos cálculos que llevaran a las proyecciones deseadas y se las ofrecí a la supermente. Omnius, con su habitual miopía, solo vio lo que quería ver. Se convenció a sí mismo de que en el «fin», un «gran cambio en el universo» exigía una «victoria para él». Y para eso necesitaba al kwisatz haderach. Omnius ha aprendido muchas cosas, sobre todo la arrogancia. -Erasmo hizo ondear su túnica-. No importa lo que pensaran la supermente o los Danzarines Rostro… yo siempre he tenido el control.

Alzando las manos, el robot indicó la catedral metálica racional donde estaban, la ciudad de Sincronía, el imperio de máquinas pensantes.

- Nuestras fuerzas no carecen completamente de un líder. Ahora que la supermente no está, yo controlo a las máquinas. Tengo todos los códigos, la programación intrincada e interconectada.

Duncan tuvo una idea que era parte presciencia, parte intuición y parte una apuesta.

- También el kwisatz haderach último puede tomar el control.

- Eso parece una solución mucho más limpia. -Una extraña expresión pasó por el rostro de metal líquido del robot-. Me resultas interesante, Duncan Idaho.

- Dame los códigos de acceso.

- Te puedo dar mucho más que eso… Y necesitarás mucho más. Estamos hablando de un imperio mecánico entero, de millones de componentes. Tendría que compartir una… eternidad contigo, del mismo modo que mis Danzarines Rostro compartieron todas esas maravillosas vidas conmigo. Pero es lo lógico tratándose de un kwisatz haderach.

Antes de que el robot pudiera volver a reír, Duncan aferró la mano de platino que sobresalía de la manga opulenta.

- Entonces hazlo, Erasmo. -Se acercó más, estiró la otra mano y la puso contra el rostro del robot en un gesto extrañamente íntimo. La presciencia parecía guiarle.

- Duncan, esto es peligroso -dijo Paul-. Lo sabes.

- El peligro soy yo, Paul. No quien está en peligro. -Duncan se acercó a tan solo unos centímetros de Erasmo, sintiendo las posibilidades bullendo en su interior. Aunque en el futuro habría problemáticos puntos muertos, hoyos y trampas que quizá no sabría anticipar, se sentía seguro.

El robot hizo una pausa, como si calculara, luego aferró la mano de Duncan y, en un gesto similar al del hombre, estiró la otra mano para tocarle el rostro. Las cejas oscuras de Duncan se unieron por las extrañas emociones que sentía. El frío metal le resultaba alarmantemente suave, y casi sintió como si cayera dentro de él. Duncan se expandió, llevando su mente al territorio desconocido de los pensamientos del robot, mientras el robot hacía otro tanto. Los dedos del robot se alargaron, extendiéndose sobre la mano de Duncan como un guante. El metal líquido cubrió la muñeca de Duncan y empezó a subir por su antebrazo, y lo notó hirientemente frío cuando Erasmo empezó a hablar.

- Intuyo una creciente confianza entre nosotros, Duncan Idaho.

Los momentos seguían pasando, y Duncan no habría sabido decir si estaba tomando lo que quería del robot o era Erasmo quien le daba lo que el kwisatz haderach necesitaba, todo lo que necesitaba. Y, aunque se habían fusionado, Duncan necesitaba llegar más allá. Una sustancia viscosa y metálica cubría su brazo, como la trucha de arena que en tiempos absorbió el cuerpo de Leto II.

43

Oigo la corneta de la eternidad que me llama.

LETO ATREIDES II, registros de Dar-es-Balat.

Con los graves daños causados en la ciudad mecánica y la desaparición de la supermente Omnius, los componentes principales de Sincronía dejaron de moverse. Los edificios ya no se movían y cambiaban como piezas interconectadas de un rompecabezas, ya no se morfoseaban en extrañas figuras. Como un inmenso motor roto, la ciudad se había detenido por completo, dejando muchas calles bloqueadas, estructuras medio enterradas o parcialmente formadas, tranvías suspendidos en el aire, colgando de cables electrónicos invisibles. Los cuerpos grotescos de Danzarines Rostro y robots de combate aplastados salpicaban las calles. Columnas de fuego y humo se elevaban al cielo.

Agotada a pesar de la victoria, Sheeana miró a su alrededor, con expresión reverente y complacida. Mientras caminaba sola por una calle arrasada, vio a un muchacho solo entre los edificios altos y exóticos. Leto II, con aspecto cansado, pero mucho más poderoso de lo que jamás le había visto, transformado. Después de dirigir a los gusanos por la ciudad, los había dejado, pero aunque estaba allí, ante ella, seguía siendo parte de los gusanos.

Leto estiró el cuello para mirar a uno de los tranvías colgantes, y Sheeana notó algo extraño en él, una presencia que antes no estaba. Y comprendió.

- Has recuperado tus recuerdos.

- Con todo detalle. He estado repasándolos. -Los ojos de Leto estaban llenos de siglos, y eran totalmente de azul sobre azul debido a la increíble saturación de especia por los cuerpos de los gusanos-. Soy el Tirano. Soy el Dios Emperador. -Su voz sonaba más fuerte, pero llevaba en sí un cansancio profundo y abrumador.

- También eres Leto Atreides, hermano de Ghanima, hijo de Muad'Dib y Chani.

En respuesta, él sonrió, como si le hubiera quitado una parte de su carga.

- Sí, eso también. Soy todo lo que fue mi predecesor… y todo lo que son los gusanos. La perla de sueño que llevaban en su interior se ha abierto. Ya no duerme.

Sheeana pensó en el niño callado de la no-nave. Él había tenido un pasado mucho más dramático que los demás, y ahora aquel niño inocente se había ido para siempre.

- Recuerdo cada muerte que causé. Todas y cada una de ellas. Recuerdo a todos mis Duncans, y la razón por la que murió cada uno. -Alzó la vista, y entonces la cogió del brazo y la empujó hacia un edificio retorcido que estaba medio salido del suelo.

Segundos más tarde, la línea suspensora invisible se partió y el tranvía se estrelló sobre el suelo, justo en el lugar donde ellos habían estado. Entre la chatarra había cuerpos de Danzarines Rostro.

- Sabía que se iba a caer -dijo Leto.

Ella sonrió amablemente.

- Cada uno de nosotros tiene un talento especial.

Los dos treparon por las ruinas de uno de los edificios para tener una mejor vista de la ciudad. Robots confusos y desorientados deambulaban entre los montones humeantes de chatarra y las estructuras rotas, como si esperaran instrucciones.

- Soy un kwisatz haderach -dijo Leto II con voz distante-. Al igual que mi padre. Pero ahora es diferente. ¿Planifiqué yo todo esto hace tiempo, como parte de mi Senda de Oro?

Como si los hubiera llamado, cuatro gusanos de arena salieron ruidosamente del suelo revuelto y destrozado y se elevaron sobre las ruinas. Sheeana oyó un fuerte estruendo y los otros tres gusanos llegaron de otras direcciones, derribando edificios, perforando los escombros. Eran algo más grandes que antes, y los rodearon.

El gusano más grande, al que Sheeana llamaba Monarca, volvió su cabeza hacia ellos. Leto trepó entre los cascotes para acercarse, sin ningún temor.

- Mis recuerdos han vuelto -le dijo a Sheeana, adelantándose-, pero no la existencia que tuve como Dios Emperador, cuando hombre y gusano eran uno. -Monarca apoyó la cabeza al pie del montón de escombros, igual que sus compañeros, como suplicantes ante un rey. El olor a canela generado por la respiración de las bestias impregnaba el ambiente.

Leto estiró el brazo y acarició el borde redondeado de la boca de Monarca.

- ¿Soñaremos juntos otra vez? ¿O debería dejar que volvierais a un sueño pacífico?

Sheeana también tocó al gusano, sin miedo, la piel dura de los segmentos.

- Añoro a la gente que conocía -añadió el muchacho con un suspiro-, sobre todo a Ghanima. Vuestro programa ghola no la recuperó conmigo.

- No pensamos en los costes personales ni en las consecuencias -dijo Sheeana-. Lo siento.

Las lágrimas inundaron los ojos azules de Leto.

- Hay tantos recuerdos dolorosos de antes de que tomara a la trucha de arena como parte de mí… mi padre se negó a tomar la misma decisión que yo… se negó a pagar el precio en sangre por la Senda de Oro, pero yo pensaba que era más listo. ¡Oh, cuán arrogantes podemos ser en nuestra juventud!

El gusano más grande se incorporó delante de Leto. Su boca abierta parecía una cueva llena de costosa especia.

- Por suerte, sé cómo regresar a la esencia en sueños del Tirano, el Dios Emperador. Al verdadero hijo de Muad'Dib. -Tras dedicarle una mirada, dijo-: Doy ahora mis últimos sorbos de humanidad. -Y entonces, entró en la inmensa boca y trepó por la verja de dientes cristalinos.

Sheeana sabía lo que estaba haciendo. Ella había intentado hacer lo mismo, pero sin éxito. El gusano engulló a Leto II, cerró la boca y retrocedió. El muchacho se había ido.

Sheeana tuvo que hacer un esfuerzo para que las rodillas no le cedieran. Sabía que jamás volvería a ver a Leto, aunque estaría con los gusanos por toda la eternidad, fundido con Monarca, de nuevo como una perla de conciencia.

- Adiós, amigo mío.

Pero el espectáculo aún no había acabado. Los otros gusanos se elevaron junto a Monarca, con sus inmensas moles. Y ella se quedó inmóvil, fascinada y aterrorizada a un tiempo. ¿La devorarían también a ella? Sheeana se preparó para afrontar su destino, no tenía miedo. De pequeña, cuando un gusano de arena destrozó su poblado en Rakis, Sheeana había corrido al desierto enloquecida, llamando a gritos a la criatura, insultándola, insistiendo en que la comiera también a ella.

- Bien, Shaitán… ¿te apetece comerme ahora?

Pero los gusanos no la querían. En vez de eso, los siete gusanos se juntaron, rodando unos sobre los otros, enroscándose como un montón de serpientes. Ahora que tenían a Leto con ellos, los gusanos se transformaban. Los otros gusanos se enroscaron alrededor del gusano más grande, que se había tragado a Leto. Sus cuerpos envolvieron al gusano como una enredadera envuelve el tronco de un árbol, y luego se movieron todos juntos.

Sheeana retrocedió a tientas para protegerse de los escombros que caían. Los segmentos carnosos de los gusanos empezaron a fundirse y metamorfosearse en un único gusano mucho mayor. Los límites entre las diferentes criaturas cada vez eran menos claros; los segmentos se unieron, dando forma a un único ser: un behemoth más grande incluso que el monstruo más grande del legendario Dune.

Sheeana trastabilló, y cayó hacia atrás, pero no podía apartar la mirada del inmenso gusano de arena que se elevaba ante ella, ondeando, con un cuerpo de cientos de metros.

- Shai-Hulud -murmuró, evitando deliberadamente el término Shaitán, como siempre había hecho. Ciertamente aquel era el divino Viejo Hombre del Desierto. El olor abrumador de la melange era más fuerte que nunca.

Al principio Sheeana pensó que el leviatán acabaría devorándola, pero el gusano gigante se dio la vuelta, penetró en el suelo con un ruido ensordecedor y desapareció perforando el suelo bajo la ciudad mecánica.

Su nuevo hogar.

Un estremecimiento de placer supremo la recorrió. Sabía que bajo la superficie el gran gusano se dividiría. La unión entre Leto II y las criaturas tendría una mayor resistencia a la humedad, y les permitiría sobrevivir hasta que hubieran logrado convertir parte del antiguo planeta de las máquinas en un dominio propio. Algún día, los nuevos gusanos de

arena crecerían y se multiplicarían en aquel mundo, acechando siempre bajo la superficie, siempre vigilando.

44

Para derrotar a los humanos, una opción es volverse como ellos, no darles cuartel, perseguir y destruir hasta el último hombre, mujer y niño. Igual que intentaron hacer ellos con nosotros.

ERASMO, banco de datos sobre violencia humana.

Con mi curiosidad, años de existencia y mi comprensión de los humanos y las máquinas -meditó Erasmo mientras él y Duncan permanecían unidos, fusionados mental y físicamente-, ¿acaso no soy el equivalente mecánico de un kwisatz haderach? ¿El camino más corto para las máquinas pensantes? Puedo estar en muchos lugares a la vez y ver un millar de cosas que Omnius ni siquiera podría imaginar.

- No eres un kwisatz haderach -dijo Duncan. De pronto fue consciente de que sus compañeros corrían hacia él. Pero ahora el metal líquido fluía sobre sus hombros y su rostro, y no sentía ningún deseo de apartarse.

Duncan dejó que la reacción física entre él y el robot continuara. No quería escapar. Como nuevo portaestandarte de la humanidad su obligación era avanzar. Así que abrió su mente y dejó que los datos entraran.

Una voz resonaba en su cabeza, más fuerte que el torbellino de recuerdos y el flujo de datos. Puedo imprimir todos los códigos claves que buscas, kwisatz haderach. Tus neuronas, incluso tu ADN, forman la estructura de una nueva base de datos interconectada.

Duncan sabía que ya no habría vuelta atrás. Hazlo.

Las compuertas mentales se abrieron y su mente se llenó con las experiencias del robot y la información fría y organizada. Y empezó a verlas cosas desde este punto de vista que tan ajeno le resultaba.

Durante miles y miles de años de experimentación, Erasmo había tratado de comprender a los humanos. ¿Cómo podían seguir siendo tan misteriosos? El increíble abanico de experiencias del robot hacía que incluso las numerosas vidas de Duncan Idaho parecieran algo insignificante. Visiones y recuerdos pasaban furiosos por la mente del kwisatz haderach, y supo que necesitaría mucho más que una vida para cribar toda aquella información.

Vio a Serena Butler en carne y hueso, con su bebé, y la sorprendente reacción de la multitud a lo que Erasmo pensó que no era más que una muerte insignificante. Humanos enfervorecidos que se levantaron en una lucha que no tenían ninguna posibilidad de ganar. Humanos irracionales, desesperados y, al final, victoriosos. Incomprensible. Ilógico. Y sin embargo, habían conseguido lo imposible.

Durante quince mil años, Erasmo había ansiado comprender, pero le faltaba la revelación más importante. Duncan podía sentir al robot hurgando en su interior, buscando el secreto, no por ninguna necesidad de dominación o conquista, sino porque necesitaba saber.

A Duncan le resultaba difícil concentrarse en medio de tanta información. Finalmente, se retiró, y sintió que el metal líquido se movía en la dirección contraria, separándose de él… aunque no del todo, porque su estructura celular interna había quedado transformada para siempre.

En una epifanía, se dio cuenta de que era una nueva supermente, pero de una clase muy distinta a la original. Erasmo no le había engañado. Con ojos que se extendían por centillones de sensores, Duncan podía ver todas las naves enemigas, los robots de combate y operarios robóticos, cada pequeño eslabón en el imponente imperio renacido.

Y él podía detenerlo todo. Si quería.

Cuando Duncan volvió a su ser, a su cuerpo relativamente humano, miró a través de sus ojos a la gran sala. Erasmo estaba ante él, separado, sonriendo con lo que parecía una satisfacción auténtica.

- ¿Qué ha pasado, Duncan? -preguntó Paul.

Duncan dejó escapar un largo suspiro.

- Nada que no haya empezado yo, Paul, pero estoy aquí, he vuelto.

Yueh se acercó apresuradamente.

- ¿Estás herido? Pensábamos que habrías quedado atrapado en un coma igual… igual que él. -Y señaló con el gesto a Paolo, que seguía inmóvil.

- Estoy bien… aunque he cambiado. -Duncan miró a su alrededor, a la sala abovedada, y miró afuera, a la inmensa ciudad con una desconocida sensación de asombro-. Erasmo lo ha compartido todo conmigo… incluso lo mejor de sí mismo.

- Un resumen adecuado -dijo el robot, innegablemente complacido-. Al fusionarte conmigo y ahondar en mi interior, te has colocado en una posición de vulnerabilidad. De haber querido ganar este juego, habría tratado de hacerme con tu mente y programarte para que hicieras lo más ventajoso para mí y las máquinas pensantes. Igual que hice con los Danzarines Rostro.

- Pero yo sabía que no lo harías -dijo Duncan.

- ¿Por presciencia o por fe? -Una sonrisa astuta apareció en el rostro del robot-. Ahora tienes el control de las máquinas pensantes. Son tuyas, kwisatz haderach… todas, incluido yo. Ahora tienes todo lo que necesitas. Con ese poder en tus manos, cambiarás el universo. Es el Kralizec. ¿Lo ves? Después de todo, hemos hecho que la profecía se convierta en realidad.

En apariencia solo en lo que quedaba de un vasto imperio, Erasmo dio una vuelta por la sala.

- Puedes desconectarlas a todas permanentemente, si es lo que deseas, eliminar a las máquinas pensantes para siempre. O, si tienes valor, puedes hacer algo más útil con ellas.

- Desconéctalas, Duncan -dijo Jessica-. ¡Acaba con esto ahora! Piensa en los trillones de personas que han matado, en los planetas que han destruido.

Duncan se miró las manos con asombro.

- ¿Es eso lo más honorable?

Erasmo mantuvo un tono de voz cuidadosamente neutro, no suplicante.

- Durante milenios he estudiado a los humanos y he tratado de entenderles… incluso los he emulado. Pero ¿cuándo fue la última vez que los humanos se molestaron en considerar lo que las máquinas pensantes podían hacer? Os limitáis a despreciarnos. Vuestra Gran Convención con su terrible mandamiento. «No crearás una máquina a semejanza de la mente humana». ¿Es eso lo que quieres realmente, Duncan Idaho? ¿Ganar esta última guerra exterminando hasta el último vestigio de las máquinas… igual que quería hacer Omnius con vosotros? ¿No detestabais a la supermente por esa actitud obcecada? ¿Tienes tú la misma actitud?

- Preguntas mucho -comentó Duncan.

- Y de ti depende elegir una sola respuesta. Te he dado lo que necesitas. -Erasmo se detuvo y esperó.

Duncan sentía una extraña imperiosidad, contagiada tal vez de Erasmo. Las posibilidades rodaban por su cabeza, acompañadas por una marea de consecuencias. Con una creciente consciencia, supo que para que Kralizec acabara tenía que poner fin al eterno cisma entre hombre y máquina. Las máquinas pensantes habían sido creadas por el hombre pero, aunque estaban interconectados, cada bando había tratado repetidamente de eliminar al otro. Tenía que encontrar un terreno común entre los dos, no imponer el dominio de uno sobre el otro.

Duncan veía el gran arco de la historia, una evolución social de proporciones épicas. Miles de años atrás, Leto II se había unido a un gran gusano de arena y así adquirió inmensos poderes. Siglos después, bajo la dirección de Murbella, dos grupos opuestos de mujeres habían aunado sus fuerzas, fusionando sus culturas individuales en una unidad sintetizada más fuerte. Incluso Erasmo y Omnius representaban las dos caras de una misma identidad, creatividad y lógica, curiosidad y datos rígidos.

Duncan vio que hacía falta un equilibrio. El corazón humano y la mente de la máquina. Lo que había recibido de Erasmo podía convertirse en un arma o una herramienta. Tenía que utilizarlo correctamente.

Debo convertirme en una síntesis de hombre y máquina.

Su mirada se encontró con la de Erasmo, y esta vez conectaron sin necesidad de establecer contacto físicamente. De alguna forma el kwisatz haderach conservaba una imagen de Erasmo en su interior, del mismo modo que las Reverendas Madres llevaban las Otras Memorias con ellas.

Duncan respiró hondo, y pensó en la gran pregunta.

- Al manifestaros en la forma de un anciano y una anciana, tú y Omnius demostrasteis las diferencias entre vosotros. Erasmo, al tiempo que conservabas tu independencia, adquiriste el vasto banco de datos de la supermente, el intelecto, mientras que Omnius a su vez aprendió de ti lo que es el corazón, lo que significa tener sentimientos humanos… curiosidad, inspiración, misterio. Pero ni siquiera tú conseguiste asimilar todos los aspectos que buscabas en el humano.

- Y sin embargo ahora puedo hacerlo. Con tu consentimiento, por supuesto.

Duncan se volvió a mirar a Paul y los otros.

- Después de la Yihad Butleriana, la humanidad se excedió al prohibir toda inteligencia artificial. Al prohibir todo tipo de ordenadores, los humanos nos estábamos negando una herramienta útil.

Esta reacción exagerada provocó inestabilidad. La historia ha demostrado que prohibiciones tan drásticas y draconianas no pueden sustentarse.

- Y sin embargo -dijo Jessica con escepticismo-, al erradicar los ordenadores durante tantas generaciones nos obligó a ser más fuertes e independientes. Durante miles de años la humanidad ha evolucionado sin la ayuda de construcciones artificiales que piensen y decidan por nosotros.

- Igual que los fremen aprendieron a vivir en Arrakis -dijo Chani visiblemente orgullosa-. Es algo bueno.

- Sí, pero eso también nos ha tenido atados de manos y ha impedido que alcanzáramos nuestro potencial. Solo porque las piernas de un hombre se harán más fuertes andando, ¿le negaremos un vehículo? Nuestra capacidad de memorizar aumenta mediante la práctica continuada, ¿deberíamos negarnos por ello los medios para escribir o registrar nuestro pensamiento?

- No hay por qué tirar al bebé por el retrete, por utilizar uno de vuestros antiguos clichés -dijo Erasmo-. En una ocasión, yo tiré a uno por un balcón. Y las consecuencias fueron extremas.

- No aprendimos a sobrevivir sin las máquinas -dijo Duncan, cristalizando sus pensamientos-. Simplemente, las redefinimos. Los mentats son humanos cuyas mentes están entrenadas para funcionar como una máquina. Los maestros tleilaxu utilizaron los cuerpos de las mujeres como simples tanques axlotl… máquinas de carne con las que fabricar especia o gholas.

Cuando Paul le devolvió la mirada, a Duncan el rostro del joven le pareció muy, muy viejo. Recuperarse de su vida pasada le había consumido más que la herida. Como kwisatz haderach, como Muad'Dib, Emperador y

Predicador ciego, Paul comprendía su dilema mejor que ninguno de los presentes. Asintió levemente.

- Ninguno de nosotros puede decidir por ti, Duncan.

Duncan dejó que sus ojos se perdieran en el vacío.

- Podemos hacer mucho, mucho más. Ahora lo veo. Humanos y máquinas cooperando, sin que ninguno de los dos lados esté esclavizado al otro. Y yo estaré en medio, como un puente entre los dos.

El robot contestó con genuino entusiasmo.

- ¡Ahora lo entiendes, kwisatz haderach! Tú me has ayudado a entender a la vez que tú entendías. También me has mostrado el camino más corto. -El rostro de metal líquido de Erasmo cambió, como una versión mecánica de un Danzarín Rostro, y se convirtió de nuevo en la anciana afable-. Mi larga búsqueda ha terminado. Por fin, después de miles de años, puedo entender. -Sonrió-. De hecho, ya no hay nada que me interese.

La anciana fue hasta el lugar donde Paolo seguía transfigurado, con la mirada en blanco, clavada en lo alto.

- Este kwisatz haderach fallido es una lección para mí. El muchacho ha pagado el precio del saber excesivo. -Los ojos fijos de Paolo parecían cada vez más secos. Seguramente se consumiría y moriría de hambre, perdido en el laberinto infinito de la presciencia absoluta-. No deseo aburrirme de este modo. Así que te pido una cosa, kwisatz haderach, que me ayudes a comprender algo que nunca he podido experimentar de verdad, el último y fascinante aspecto de la humanidad.

- ¿Una exigencia? -preguntó Duncan-. ¿O un favor?

- Una deuda de honor. -La anciana le dio unas palmaditas en la manga con una mano nudosa-. Ahora eres el epítome de las mejores cualidades del hombre y la máquina, permite que haga algo que solo los seres vivos pueden hacer. Guíame en mi muerte.

Duncan no había previsto aquello.

- ¿Quieres morir? ¿Y cómo puedo ayudarte a hacerlo?

La anciana encogió sus hombros huesudos.

- Todas tus vidas y tus muertes te han convertido en un experto en la materia. Mira en tu interior y lo sabrás.

Durante milenios, después de la Yihad Butleriana, Erasmo había considerado la posibilidad de distribuir copias de sí mismo, igual que había hecho Omnius, pero no lo había concretado. Esto habría hecho su existencia mucho menos estimulante y significativa. Después de todo, era un robot independiente, y tenía que ser único.

Duncan vio que, junto con los códigos y mandos para controlar a la hueste de máquinas pensantes, había recibido también los mandos que regulaban la vida de Erasmo. Podía desconectar al robot con la misma facilidad con que Erasmo había desconectado a los Danzarines Rostro.

- Tengo curiosidad por saber qué hay del otro lado de la gran división entre la vida y la muerte. -El robot miró a Khrone y las figuras idénticas de los otros cambiadores de forma que yacían en el suelo.

Pero no era tan sencillo como darle a un interruptor o enviar un código. Duncan había vivido y había muerto una vez y otra, y había aprendido más de la vida y la muerte que nadie. ¿Quería Erasmo que comprendiera si un robot podía o no tener un alma, ahora que los dos habían estado en la mente del otro?

- Quieres que te sirva de guía -dijo Duncan-, no de verdugo.

- Una manera elegante de decirlo, amigo mío. Creo que lo entiendes. -La anciana le miró; ahora su sonrisa tenía un toque de nerviosismo-. Después de todo, Duncan Idaho, tú lo has hecho muchas veces. Pero para mí es la primera.

Duncan le tocó la frente. La piel era tibia y seca.

- Cuando estés listo.

La anciana se sentó en los escalones de piedra. Cruzó las manos sobre el regazo y cerró los ojos.

- ¿Crees que volveré a ver a Serena?

- No puedo contestarte a eso. -Con una orden mental, Duncan activó uno de los nuevos códigos que poseía. Desde el interior de su mente, buscando sus numerosas experiencias de la muerte, mostró a Erasmo lo que sabía, incluso sin entenderlo él mismo plenamente. No estaba seguro de que aquel antiguo robot independiente pudiera seguirle. Erasmo tendría que buscar su propio camino. Sus caminos se separaban, llevando a cada uno en un viaje totalmente distinto.

El cuerpo ajado cayó quedamente sobre los escalones, y un largo suspiro brotó de los labios de la anciana. Su expresión era de una serenidad completa… y entonces quedó totalmente inmóvil, con los ojos fijos.

E incluso después de muerto, el robot conservó su figura humana.

45

Mientras hay vida hay esperanza… o eso reza el dicho. Pero para el que es verdaderamente fiel siempre hay esperanza, y no viene determinada ni por la vida ni por la muerte.

MAESTRO TLEILAXU SCYTALE, Mis interpretaciones personales de la Sharia.

Bajo el cielo requemado de Rakis, la desesperanza llevó a Waff a un lugar tan desolado y seco como el paisaje que le rodeaba. Sobre una duna vitrificada próxima, solo uno de sus preciosos gusanos blindados se movía aún con los últimos resquicios de vida. Los otros ya estaban muertos. Le había fallado a su Profeta.

Las modificaciones celulares que había introducido eran insuficientes, y ahora no tenía ni especímenes de truchas de arena ni las instalaciones necesarias para crear nuevos gusanos experimentales.

Sentía que los últimos granos de arena se escurrían en el reloj de arena de su vida. Su cuerpo no duraría lo bastante para que probara con una nueva línea de gusanos híbridos ni aunque tuviera el material. Solo la esperanza de restituir a aquellos gusanos a Rakis había impedido que sucumbiera a los daños de su cuerpo ghola acelerado, pero ahora se venía abajo por momentos.

Waff levantó el puño al cielo y, gritando en aquel aire seco y cáustico, exigió respuestas a Dios, aunque ningún mortal tenía derecho a hacerlo. Golpeó las manos contra el suelo duro y agrietado y lloró. Sus ropas estaban sucias, el rostro manchado de restos de hollín. Los cuerpos de los gusanos muertos estaban tirados sobre lo que en otro tiempo había sido una extraordinaria duna. En verdad aquello era el fin de toda esperanza.

Si ni siquiera el Profeta deseaba ya vivir allí, es que Rakis estaba condenado por siempre más.

Y entonces, mientras se hacía un ovillo sobre el suelo, Waff notó un temblor que venía de las profundidades de la tierra. Las vibraciones se hicieron más intensas, y Waff levantó sus ojos escocidos con asombro, pestañeando. El último gusano vivo se sacudió, como si también él intuyera que estaba pasando algo importante.

En medio del silbido del aire se oyó un crac estruendoso y una lisura empezó a extenderse por el suelo vitrificado. Waff se incorporó a trompicones y, sin acabar de comprender, observó el avance en zigzag de la grieta, cada vez más dilatada.

Empezaron a aparecer líneas aserradas y anchas, como finas fracturas en una superficie reforzada de plaz cuando la golpeas con fuerza. Las dunas

se rompieron y se hincharon, porque lo que fuera que había allí abajo se levantó.

Waff retrocedió tambaleante. A sus pies el último gusano se movió, como si quisiera avisar al maestro tleilaxu de que sus días llegaban a su fin…, y que también él estaba a punto de morir.

Una secuencia de explosiones brotaron como géiseres de arena desde debajo de las dunas. Las grietas se hicieron más anchas aún y dejaron a la vista unas figuras que se movían por debajo. Como si estuviera en medio de un sueño, Waff vio enormes segmentos con piedras y polvo incrustados, inmensos behemoths que se elevaban en medio de una cascada de arena.

Gusanos de arena. Gusanos de arena auténticos… monstruos del tamaño de los que surcaban el desierto en los tiempos en que aquel mundo se conocía como Dune. ¡Una leyenda y un misterio renacidos!

Waff estaba allí, transfigurado, sin acabar de creerse lo que veía, y sin embargo se sentía imbuido de esperanza y respeto, no de miedo. ¿Eran aquellos gusanos supervivientes de los gusanos originales? ¿Cómo podían seguir con vida después del holocausto?

- ¡Profeta, has vuelto! -Al principio vio que salían a la superficie cinco gusanos gigantes, luego una docena, todos a la vez. A su alrededor, el suelo se fracturaba más y más. ¡Había cientos de gusanos! Aquel mundo muerto era como un inmenso huevo que estaba eclosionando para dar vida.

Libres de su nido subterráneo, los gusanos de arena se lanzaron en dirección al lejano campamento levantado entre las ruinas de Keen. Waff supuso que engullirían a Guriff y sus prospectores, y a los hombres de la Cofradía.

Los gusanos de arena volverían a recuperar Rakis.

Waff se adelantó extasiado, con las manos en alto en un gesto feliz de adoración.

- ¡Mi glorioso Profeta, estoy aquí! -El Mensajero de Dios era tan grande que Waff se sentía como una mota minúscula, indigna de atención.

Su fe volvió a él, y vio que sus esfuerzos insignificantes con relación a Rakis nunca habían sido importantes. Por muy duro que hubiera luchado por sus truchas de arena, tratando de sembrar aquellas dunas muertas con gusanos reforzados, Dios tenía sus propios planes… Dios siempre tenía sus planes. Y mostraba el camino produciendo una avalancha de vida, igual que la revelación muda de una s'tori.

Y entonces Waff se dio cuenta de algo que tendría que haber sabido desde el principio, algo que todo tleilaxu debería entender: si cada gusano de arena que brotó del gran cuerpo del Dios Emperador Leto II contenía una perla del Profeta… ¿cómo podían no ser los gusanos prescientes? ¿Cómo podían no haber previsto la llegada de las Honoradas Matres y la destrucción inminente de Rakis?

Waff dio una palmada de júbilo. ¡Por supuesto! Los grandes gusanos debían de haber visto los terribles destructores. Y, sabiendo que la superficie de Rakis se convertiría en una bola calcinada, guiados por la presciencia de Leto II, algunos habían perforado la tierra y se habían refugiado muy abajo, tal vez a kilómetros de la superficie. Lejos de la parte más afectada.

Este mundo sabe cuidar de sí mismo, pensó Waff.

Los arrogantes humanos siempre habían causado problemas allí. Cuando era un prístino desierto, Rakis era lo que tendría que haber sido antes de que la ambición y el orgullo de los humanos lo terraformaran. Los esfuerzos de los extranjeros por «mejorar» Dune habían resultado en la aparente extinción de los grandes gusanos, hasta que la muerte de Leto II los hizo volver. Después de lo cual, los humanos -las Honoradas Matres- habían vuelto a aniquilar el ecosistema.

Rakis había sido golpeado, pisoteado, violado…, pero al final aquel mundo extraordinario se había salvado a sí mismo. El Profeta había estado allí en todo momento, y había ayudado poderosamente a la supervivencia de Dune. Ahora todo estaba como tenía que ser, y Waff se sentía enormemente complacido.

Dos gusanos gigantes se dirigieron hacia el tleilaxu, que seguía transfigurado. Deslizándose sobre la corteza del suelo, los gusanos levantaron la carcasa flácida de los débiles gusanos de prueba y los devoraron como si no fueran más que migajas.

Abrumado por la alegría, Waff cayó de rodillas y rezó. En el último momento, el maestro tleilaxu alzó el rostro al cielo y exclamó:

- ¡Dios, mi Dios, soy tuyo por fin! -Y el gusano saltó, con la velocidad y la furia de un crucero de la Cofradía a punto de estrellarse. Waff aspiró el olor profundo y satisfactorio de la especia y cerró los ojos extasiado mientras la boca cavernosa del monstruo lo engullía. Waff se convirtió en una parte del Profeta.

46

La vida consiste mayoritariamente en determinar que hay que hacer, momento a momento. Nunca me ha asustado tomar decisiones.

DUNCAN IDAHO, Un millar de vidas.

A través de la cúpula rota de la catedral, un Duncan preocupado vio que el ciclo parpadeaba como un calidoscopio. Gran multitud de naves aparecieron entonces, arrastradas por los cruceros controlados por navegantes.

Incluso antes de recibir la señal, Duncan intuyó que alguien muy especial viajaba a bordo de una de aquellas naves. Su mente expandida le mostró su rostro, apenas cambiado a pesar de los años. ¡Murbella! A una parte pasada de él le aterraba volver a estar cerca de ella, pero ahora era mucho más de lo que fue. Estaba impaciente por verla.

Un millar de cruceros de la facción de los navegantes estaban suspendidos sobre Sincronía, sin saber muy bien cuál era su papel, ahora que el Oráculo se había ido. Utilizando sus nuevas capacidades, Duncan se comunicó con todos ellos en un lenguaje con un común denominador. Los navegantes le entenderían, al igual que las máquinas pensantes y los humanos. Apenas tuvo que hacer ningún esfuerzo para lograrlo.

Cambios importantes. Cambios necesarios.

Las naves humanas enviaron transportes ligeros. Mientras miraba por las claraboyas de la cúpula, Duncan vio la estela que dejaban en la atmósfera y supo que Murbella bajaba con ellos. Ella bajaría la primera, y la vería. Habían pasado casi veinticinco años…, apenas un tic del reloj eterno, y sin embargo parecía una eternidad. Duncan esperó.

Pero la mujer que entró en la sala fue Sheeana, cansada y agotada por la lucha en la ciudad mecánica. Sus ojos parecieron llenarse de interrogantes cuando vio la sangre del suelo, los robots destrozados, los cuerpos postrados del barón y Paolo. Con solo mirar a los cuatro gholas, Sheeana supo que Paul y Chani habían recuperado sus recuerdos.

Reparó en el cuerpo inmóvil de la anciana en las escaleras y la reconoció. A través de su boca, la voz interior de Serena Butler habló:

- Erasmo mató a mi bebé inocente. Él fue el responsable de…

Duncan la interrumpió.

- En el momento del fin no le he odiado. Creo que le compadecía. Me ha recordado la muerte del Dios Emperador. Erasmo era defectuoso, arrogante, Y sin embargo extrañamente inocente, lo movía una curiosidad insaciable… Lo malo es que no era capaz de procesar las cosas que sabía.

Sheeana miró como si esperara que los ojos de la anciana se abrieran de golpe y una mano como una garra la aferrara.

- Entonces, ¿Erasmo está realmente muerto?

- Totalmente.

- ¿Y Omnius?

- Desaparecido para siempre. Y las máquinas pensantes ya no son nuestros enemigos.

- Entonces, ¿las controlas? ¿Han sido derrotadas? -El asombro brillaba en su rostro.

- Son aliados… herramientas… socios independientes, no esclavos, diferentes. Tenemos un nuevo paradigma que comprender, y un montón de nuevas definiciones que crear.

***

Cuando los correos llegaron a la sala escoltando a Murbella y una partida de hombres de la Cofradía y hermanas, Duncan dejó las preguntas a un lado y se limitó a mirarla.

Ella se paró a medio paso.

- Duncan… apenas has cambiado en más de dos décadas.

Él rió.

- He cambiado más de lo que podría medir ningún instrumento. -Todas las máquinas de la sala, de la Ciudad entera, se volvieron hacia él por el comentario.

Duncan y Murbella se abrazaron, sin saber muy bien si aquel contacto volvería a encender sus sentimientos pasados. Pero los dos intuían algo diferente en el otro. La marea del tiempo había excavado un profundo abismo entre ellos.

Mientras tocaba a Murbella, Duncan sintió una tristeza agridulce al pensar en el daño que aquel amor adictivo le había hecho. Las cosas no podrían volver a ser como antes entre ellos, sobre todo ahora que él era el kwisatz haderach. Además, ahora dirigía a las máquinas, aunque no era una nueva supermente, ni tampoco una marioneta. Ni siquiera sabía cómo seguirían funcionando sin una fuerza que las controlara. Tendrían que adaptarse o morir, algo que los humanos habían hecho durante milenios.

Desde el otro lado de la Sala, Duncan reconoció el destello de los ojos de Sheeana… un destello de preocupación no de celos; ninguna Bene Gesserit se permitiría jamás la flaqueza de los celos. De hecho, Sheeana era una Bene Gesserit tan estricta que había preferido robar la no-nave de Casa Capitular y huir con sus refugiados a someterse a los cambios que Murbella impuso en la Hermandad.

En aquel momento, habló a las dos mujeres.

- Nos hemos liberado de las trampas que nos pusimos el uno al otro. Te necesito, Murbella,… y a ti, Sheeana. El futuro nos necesita a todos más de lo que puedo expresar con palabras. -Un número infinito de pensamientos mecánicos corría por su mente, y sabía que había una cantidad incontable de planetas humanos que necesitaban una ayuda que solo él podía ofrecer.

Con un pensamiento, hizo salir a los robots guardianes de la sala, como en un ejercicio militar. Luego expandió su mente por las vías vacías de la red de taquiones y el universo. Con su conexión instantánea con todas las naves humanas que habían quedado bajo el control de las máquinas ixianas y las naves de batalla vinculadas al mando de Omnius -ahora de Duncan-, convocó a las naves al antiguo planeta de las máquinas, haciéndolos saltar a todos simultáneamente a través del tejido espacial. Todos se reunirían en Sincronía.

- Murbella, tú naciste libre, fuiste adiestrada como Honorada Matre y finalmente te convertiste en Bene Gesserit para poder unir los cabos

sueltos. Del mismo modo que fuiste una síntesis entre Honorada Matre y Bene Gesserit, yo soy la fusión entre la humanidad y las máquinas pensantes. Yo estoy en ambos dominios, los comprendo a ambos, y crearé un futuro donde los dos puedan vivir.

- Y… ¿qué eres, Duncan?

- Soy el kwisatz haderach último y una nueva forma de supermente… y al mismo tiempo no soy ninguno de los dos. Soy algo distinto.

Murbella miró a Sheeana, asustada, y volvió a mirarle a él.

- ¡Duncan! Las máquinas pensantes han sido nuestros enemigos mortales desde antes de la Yihad Butleriana… durante más de quince mil años.

- Mi intención es deshacer ese nudo gordiano de desentendimiento.

- ¡Desentendimiento! Las máquinas pensantes han masacrado a trillones de seres humanos. La epidemia de Casa Capitular por sí sola ha…

- Tal es el coste de la inflexibilidad y el fanatismo. Con frecuencia las bajas no son necesarias. Honoradas Matres y Bene Gesserit, humanos y máquinas pensantes, corazón y mente. ¿Acaso no nos hacen más fuertes nuestras diferencias en lugar de destruimos? -La gran cantidad de información que Erasmo le había proporcionado quedaba equilibrada por el saber que el había adquirido a lo largo de sus numerosas vidas-. Nuestra lucha ha llegado a su fin. Estamos en un momento de cambio. -Flexionó la mano, y pudo sentir que allá afuera había incontables máquinas pensantes escuchándole, esperando-. Tenemos el poder para hacer eso y mucho más.

Utilizando el saber de la presciencia y el cálculo perfectos, Duncan impondría una paz duradera. Teniendo a la humanidad y las máquinas en la palma de su mano, podía controlarlos a todos y tomar sus poderes, evitar que volvieran a una guerra. Podía imponer la cooperación entre los cruceros de la facción de los navegantes, las naves ixianas modificadas y la flota de máquinas pensantes.

Con su presciencia evolutiva, preveía un futuro conjunto para máquinas y humanos… y sabía cómo ponerlo en práctica a cada paso del camino. Cuánto poder… mucho más que el del Dios Emperador y Omnius juntos. Pero el poder había acabado por corromper a Leto II. ¿Cómo podría él, Duncan, manejar aquella carga, mucho más pesada?

Incluso si le movían las intenciones más altruistas, habría opositores. ¿Acabaría corrompiéndose, a pesar de sus buenas intenciones? ¿Lo recordaría la historia como un déspota peor aun que el Dios Emperador?

Ante aquella avalancha de preguntas y responsabilidades, Duncan se prometió a sí mismo aprovechar las lecciones de sus numerosas vidas por la supervivencia de la raza humana y las máquinas pensantes. Kralizec. Sí, ciertamente, el universo había cambiado.

47

Qué terrible para una madre enterrar a su propia hija. No hay dolor más grande, ni siquiera la Agonía Bene Gesserit. Y ahora tengo que enterrarla por segunda vez.

DAMA JESSICA, Lamento por Alia.

Solo una baja entre un número incontable de trillones. Más tarde, Jessica contemplaba con pesar la figura rígida de su hija, consciente de que una niña importa tanto como cualquier otra. Cada vida tenía un valor por sí misma, tanto si se trataba de un ghola o un niño nacido de forma natural. La lucha titánica que había cambiado el futuro del universo, la derrota de las máquinas pensantes y la supervivencia de la raza humana no significaban nada para ella.

Jessica acariciaba el rostro pequeño y pálido, la frente, los cabellos oscuros, y pensaba en su hija. Abominación, así es como la habían

llamado: una niña nacida con la inteligencia y los recuerdos genéticos de una Reverenda Madre. Y ahora el círculo se cerraba. En su vida original, la pequeña había asesinado al barón Harkonnen con el veneno del gom jabbar; más adelante, de adulta, acosada por la presencia maligna del barón, se había quitado la vida, arrojándose desde una ventana del templo a las calles de Arrakeen. Y ahora el barón renacido había asesinado a la Alia renacida, antes de que la niña tuviera ocasión de alcanzar el potencial que merecía. Era como si aquellos dos estuvieran por siempre más atrapados en un combate mortal, a una escala mítica.

Una lágrima se deslizó por su mejilla con la gracia de una gota de lluvia. Cerró los ojos y se dio cuenta de que se había quedado en la misma posición durante un largo momento, atrapada en sus recuerdos. Ni siquiera había oído entrar a su visitante.

- ¿Puedo hacer algo por ayudaros, mi señora?

- Déjame. Quiero estar sola. -Pero cuando vio que se trataba del sombrío doctor Yueh, sus maneras se suavizaron-. Perdona, Wellington. Sí, pasa. Puedes ayudarme.

- No deseo molestar.

Con una débil sonrisa, ella dijo:

- Te has ganado el derecho a estar aquí.

Durante un rato, aquella pareja inverosímil permaneció en silencio. Finalmente, agradecida por tenerlo a su lado, Jessica habló.

- Hace mucho tiempo, cuando estabas con nosotros en el castillo de Caladan, me preocupaba por ti. Siempre te guardabas tus cosas para ti, y cuando nos traicionaste, te odié más de lo que habría creído posible.

Él agachó la cabeza.

- Me arrojaría sobre un puñal mil veces si así pudiera deshacer lo que hice y borrar el dolor que os cause, mi señora.

- La historia debe ir hacia adelante, Wellington, nunca hacia atrás.

- ¿Oh? Pero nos han sacado a la fuerza del cubo de la basura de la historia, ¿no es cierto?

En el antiguo Arrakis, los fremen habían convertido en un ritual el proceso para recuperar los líquidos corporales del muerto y repartirlos entre la tribu. En Caladan la tradición era una pira funeraria, o un entierro en el mar. Mientras el Ítaca estuvo viajando a la deriva por el espacio, habían arrojado a los muertos ceremoniosamente al vacío.

Utilizando un tejido inmaculado de la no-nave, envolvieron el cuerpo pequeño y frágil de Alia. Sin embargo, en la ciudad mecánica post Omnius, Jessica no estaba muy segura de cómo debía honrar a su hija.

- Ya no tenemos una tradición funeraria, no sé qué tengo que hacer.

- Haremos lo que haya que hacer. Los símbolos no importan, solo el pensamiento.

***

Mucho después de que los últimos ecos de la batalla se hubieran apagado en Sincronía y los supervivientes de la no-nave se aventuraran al exterior para descubrir la nueva cara del universo, Jessica y Yueh se unieron a Paul, Chani y Duncan en una procesión privada. Paul y Jessica llevaron el pequeño cuerpo por las calles donde tanto daño habían causado los gusanos, donde las explosiones de los enfrentamientos contra los Danzarines Rostro habían destruido tantas estructuras.

- Un cuerpo tan pequeño… y un potencial tan grande echado a perder -dijo Paul-. Añoro terriblemente a mi hermana, aunque esta vez no haya tenido ocasión de conocerla tanto como habría querido.

Duncan dirigía la procesión, había dejado a un lado sus otras responsabilidades.

- Yo no recuerdo a la niña original, pero sí recuerdo a la mujer. Me hirió y me amó, y yo la amé con locura.

No tuvieron que caminar mucho. Jessica había elegido una torre en particular, una pirámide fina y derruida que sería un buen panteón. Jessica y Paul dijeron su adiós durante la procesión, así que cuando llegaron a la estructura llevaron a la niña al interior pasando por una abertura torcida y trapezoide, apartaron algunos escombros y la colocaron en el suelo liso de metal. Y entonces Jessica se incorporó y una vez más se despidió en silencio. Paul la cogió de la mano y ella se la oprimió.

Tras un silencio largo y doloroso, se dio la vuelta y habló a Duncan.

- Hemos hecho lo que teníamos que hacer.

- Yo me ocuparé del resto -dijo Duncan. Cuando salieron, Duncan levantó las manos, con los dedos abiertos y su rostro adoptó una expresión distante. A su alrededor los edificios metálicos empezaron a oscilar y temblar, creciendo, curvándose. Los restos de la pirámide envolvieron el cuerpo de Alia y reforzaron las paredes, tomando aleaciones de otras estructuras próximas. Como un extraordinario monumento de cristal y platino, la aguja rota se elevó al cielo. La torre chisporroteaba y resonaba como un trueno mecánico mientras el platino subía y subía. Sus curvas y ángulos eran estilizados, sus superficies pulidas perfectamente reflectantes.

Duncan guió a las estructuras semirracionales con mayor cuidado y mimo de lo que jamás había hecho la supermente. Cuando terminó, había creado una tumba, un memorial, una obra de arte que maravillaría a todo aquel que la mirara.

Y dejó en Sincronía una marca que no podía compararse con la marca que la pérdida de su hija había dejado en el corazón de Jessica.

48

Algunos problemas es más fácil resolverlos si se plantean con optimismo. El optimismo te muestra alternativas que de otro modo no verías.

SHEEANA, Reflexiones sobre el Nuevo Orden.

Los humanos de Sincronía empezaron a comprender gradualmente que su raza sobreviviría.

Cuando Sheeana miraba a Duncan, le parecía extrañamente distante, aunque era de esperar. Con frecuencia su mirada se movía de un lado a otro, como si estuviera en mil lugares a la vez.

Mientras la madre comandante Murbella ordenaba que enviaran transportes ligeros de sus naves recién llegadas y la Cofradía suministraba lanzaderas llenas de operarios y administradores que ayudarían a consolidarla extraña ciudad, Sheeana vio que unos robots que se guiaban a sí mismos retiraban los restos sangrientos del suelo de la catedral.

Los refugiados del Ítaca se habían refugiado en el interior de la nave. Ya nunca podría volver a volar, incluso si Duncan la liberaba de su prisión de metal vivo.

Correos mecánicos y ojos espía, dirigidos ahora por Duncan, guiaban a las multitudes por las calles ruinosas, llamándolos a una asamblea en la que se discutiría el nuevo universo. A las renegadas Bene Gesserit de la no-nave les inquietaba volver a encontrarse cara a cara con la antigua Honorada Matre Murbella.

Pero la madre comandante se había vuelto mucho más sabia en el cuarto de siglo transcurrido desde el cisma. Años atrás, de haber sabido que Sheeana pensaba robar la no-nave, la habría matado sin pensarlo. Sheeana se preguntaba qué pensaría de todos los años que Duncan había pasado

añorándola. ¿Seguía amándole Murbella? O incluso, ¿le había amado alguna vez?

Las reverendas madres Elyen y Calissa entraron en la sala al frente de una multitud inquieta y recelosa. También acudieron miembros de las tripulaciones de las naves de la Cofradía, entre ellos el administrador Gorus. Parecía agotado, callado, sin el control de nada, y prefería seguir a los demás en lugar de dirigirlos.

Cuando las conversaciones quedaron en un murmullo bajo cercano al silencio, Duncan ocupó su sitio en el centro de la sala, desde donde Omnius y Erasmo habían presidido en otro tiempo a sus máquinas pensantes. No utilizó sistemas de amplificación, y sin embargo sus palabras resonaron por la sala.

- Este destino, esta gran culminación del Kralizec, es lo que hemos buscado durante años. -Paseó la mirada sobre Sheeana y las refugiadas Bene Gesserit-. Vuestro largo viaje ha terminado, porque esta es la nueva tierra con la que soñabais. El planeta es vuestro. Utilizad lo que queda de Sincronía para crear un nuevo orden Bene Gesserit, una base lejos de Casa Capitular.

Las hermanas parecían confundidas y perplejas. Ni siquiera Sheeana habría imaginado que Duncan iba a proponer aquello.

- ¡Pero esto es el corazón del imperio de las máquinas! -exclamó Calissa-. ¡El hogar de Omnius!

- Ahora es vuestro hogar. Reclamadlo como vuestro y haceros un futuro en él.

Sheeana comprendió.

- Duncan tiene razón. Los desafíos hacen más fuerte a la Hermandad. El universo ha cambiado, este es nuestro sitio, no importa las dificultades que encontremos. Incluso los gusanos han venido a Sincronía y se han sumergido en las profundidades. -Sonrió-. Y saldrán cuando menos lo esperemos. Alguien tiene que vigilar al Tirano restaurado.

A Sheeana le pareció notar que por debajo de la sala el suelo vibraba, como si hubiera un gran behemoth moviéndose más abajo de los cimientos. Muchos robots habían sido destruidos o dañados durante el ataque de los gusanos, pero miles de máquinas seguían siendo perfectamente funcionales. Sheeana sabía que allí las Bene Gesserit tendrían toda la mano de obra que pudieran necesitar, si es que las máquinas aceptaban ayudarlas.

Murbella habló.

- Yo volveré a Casa Capitular. Y difundiré la noticia sobre nueva realidad. -Miró a Sheeana-. No te preocupes. Mi Hermandad combinada no tiene por qué estar enfrentada a vuestra base ortodoxa. Siempre ha habido diferentes escuelas y líneas de pensamiento. Si hay equilibrio, la rivalidad favorece la fuerza y la innovación… siempre y cuando seamos capaces de evitar la acritud del conflicto y la destrucción mutua.

Sheeana sabía que Duncan regresaría a Casa Capitular con Murbella, al menos por un tiempo. Con su guía, Murbella promovería la reintroducción e integración de una tecnología superior en la sociedad. Si se manejaba correctamente, Sheeana no veía ninguna razón para que los humanos tuvieran miedo a cooperar con las máquinas pensantes, del mismo modo que no veía razón para temer a la religión o la competencia entre facciones Bene Gesserit.

Sin embargo, ella se quedaría allí. No tenía ningún motivo para volver.

- Incluso antes de que las Honoradas Matres destruyeran Rakis -dijo dirigiéndose a Murbella-, el Orden de la Bene Gesserit me convirtió en el eje de una religión por encargo. Durante décadas tuve que ocultarme, mientras la Missionaria difundía leyendas sobre mí. Dejé que la leyenda siguiera sin mí. ¿Qué conseguiría desmintiéndola ahora? Así pues, yo digo, dejémoslo, si eso reconforta a la gente. Mi sitio está en este planeta.

Vio que Scytale estaba entre los presentes. Al final, el último de los maestros tleilaxu había sido de gran ayuda, había luchado por ellos y no en contra de ellos.

- Scytale, ¿se quedará con nosotras? Sus conocimientos y saber genético nos serían muy útiles. Después de todo, vamos a fundar una colonia, y solo contamos con unos pocos cientos de personas.

- Espero que con el tiempo empiece a llegar más gente del exterior -le dijo Murbella.

El pequeño tleilaxu parecía sorprendido por la invitación.

- Por supuesto que me quedaré. Gracias. Mi gente no tiene ningún otro sitio, ni siquiera la sagrada Bandalong. -Le sonrió a Sheeana-. Quizá a vuestro lado pueda lograr algo digno.

Duncan se paseó entre las refugiadas Bene Gesserit.

- Ahora sois jardineras que colocan las piedras en nuestro camino al destino. Muchos de nosotros regresaremos a mundos que podemos llamar hogar, pero vosotras permaneceréis aquí.

Sintiendo un profundo afecto hacia él, Sheeana le tocó el brazo. Aunque seguía siendo de carne y hueso, aunque seguía siendo humano, sabía que ahora era mucho más. Y sus palabras eran ciertas.

- Gracias a ti, mis hermanas y yo hemos encontrado por fin nuestro hogar.

49

Lo peor de regresar es que el pasado nunca es exactamente como uno lo recordaba.

PAUL ATREIDES, Anotaciones de un ghola.

En el Imperio Antiguo, los últimos defensores de Casa Capitular esperaban, tensos y alertas, pero durante días nada cambió. Las naves de guerra de las máquinas no Se habían movido, y la bashar Janess Idaho no había tenido nuevas noticias de los cruceros que se habían llevado a la madre comandante. Veloces naves exploradoras se desplazaban entre los cien diferentes puntos de la barrera, y en todas partes encontraban la misma situación.

Todos esperaban. Nadie sabía lo que estaba pasando.

Janess se sintió alarmada y asustada cuando un gran enjambre de naves de diferentes tamaños y configuraciones emergió del tejido espacial. Habló agitada por las líneas de comunicación, llamando a las naves de defensas funcionales que aún quedaban en órbita. Al principio no reconoció la configuración de los recién llegados, pero entonces se dio cuenta de que entre ellas había naves de los humanos y de las máquinas que los motores Holtzman de las inmensas naves de la Cofradía habían arrastrado con ellos.

- ¡Identifíquense! -dijo Janess a aquella armada inesperada.

En el puente de su nave, Murbella sonrió a Duncan.

- Esa es tu… nuestra hija.

Él arqueó las cejas y realizó unos rápidos cálculos mentales.

- ¿Una de las gemelas?

- Janess. -Murbella frunció ligeramente el ceño-. La otra, Rinya, no superó la Agonía. Había olvidado que no lo sabías. Tanidia, la mediana, también está viva, y está destinada con la Missionaria entre los refugiados. Pero perdimos a Gianne, la pequeña… nació justo antes de que yo me convirtiera en Reverenda Madre. Murió durante la epidemia de Casa Capitular.

Duncan se recompuso. Qué extraño, sentir tanto pesar por la muerte de unas hijas que no había llegado a conocer. Hasta ahora ni siquiera

conocía sus nombres. Trató de imaginar qué aspecto debían de tener. Como kwisatz haderach y supermente, podía hacer muchas cosas… casi todo. Pero no podía devolver la vida a sus hijas.

Duncan estudió las facciones de Janess en la pantalla: el pelo oscuro y rostro redondo de su rama de la familia, cuerpo menudo, ojos intensos y una expresión dura que decía que jamás huiría de un reto. Una síntesis de Murbella y él. Activó la línea de comunicación.

- Bashar Janess Idaho, te habla Duncan Idaho, tu padre. Estoy con la madre comandante.

Murbella se inclinó para entrar en el campo de visión de la cámara.

- Tranquila, Janess. La guerra se ha acabado. No tienes nada que temer de nosotros.

Janess parecía recelosa.

- Lleváis naves de las máquinas pensantes con vosotros.

- Ahora son mis naves -dijo Duncan.

La Bashar no se inmutó.

- ¿Cómo sé que no sois Danzarines Rostro?

Murbella contestó.

- Janess, cuando nos enfrentamos a las máquinas pensantes y descubrimos que los ixianos y los Danzarines Rostro nos habían engañado, las dos nos comprometimos a morir en un momento de gloria final. No estés tan deseosa de morir ahora que por fin tenemos esperanza.

La imagen de Janess les miraba desde la pantalla. Duncan estaba orgulloso de la prudencia de su hija.

- Nos reuniremos todos en la gran sala de Central -dijo-. Un buen lugar para discutir el futuro. -Duncan sonrió con aire soñador-. En realidad, mientras estuve aquí nunca llegué a ver el interior de Central… estaba confinado en el interior de la no-nave.

Janess vaciló solo un momento, y entonces asintió con gesto brusco.

- Pondremos vigilancia.

Duncan ya añoraba a sus compañeros de la no-nave, pero cada uno de ellos tenía su lugar, un nicho importante que ocupar. Paul y Chani volverían a Arrakis, el lugar adonde siempre habían sabido que pertenecían. Jessica había elegido Caladan, y sorprendió a muchos al pedir a Yueh que la acompañara. Y, en Sincronía, la cápsula de nulentropía de Scytale seguía conteniendo un tesoro en material celular.

Duncan ya había decidido cuál sería el primer encargo para el maestro tleilaxu. El tumulto y los cambios, las repercusiones y adaptaciones se prolongarían durante décadas, puede que incluso siglos. Y necesitaría la ayuda y el Consejo de un gran hombre. Necesitaba a Miles Teg a su lado…

Mientras la nave descendía hacia la ciudad principal de Casa Capitular, Duncan supo que jamás podría ver aquel lugar como su hogar, a pesar del tiempo que había pasado allí. En sus encarnaciones genéticas había experimentado muchos lugares, había conocido a un sinfín de personas. Su presciencia en expansión y su conexión mental con decillones de ojos repartidos por el cosmos y conectados a la red de taquiones de la supermente habían convertido el universo entero en su hogar.

Veo que empiezas a entender la enorme responsabilidad que te he ayudado a asumir, dijo una voz familiar en su mente. ¡Erasmo! Te lo podría haber puesto mucho más difícil, kwisatz haderach, pero decidí cooperar. Esto es solo un eco de mí, un observador. Puedes acceder a mí como desees. Utilizar mis conocimientos como una base de datos. Una herramienta. Tengo curiosidad por ver lo que haces.

- ¿Vas a acosarme, como un demonio?

Considérame un consejero, pero mis investigaciones continúan. Siempre estaré aquí para guiarte, y confío en que no me defraudarás.

- Como las Otras Memorias de las brujas, pero más grande y más accesible.

Estás aquí para ayudar a humanos y máquinas… al futuro. Todo está bajo tu mando.

Duncan rió ligeramente para sus adentros por aquel amistoso diálogo entre los dos. Aunque Erasmo estaba en una posición inferior, seguía conservando un orgullo muy humano, incluso si no era más que un eco y un consejero.

Cuando llegaron a Central, Duncan y Murbella entraron en la gran sala uno al lado del otro. Los ojos espía les seguían, junto con un par de robots centinela. Los robots produjeron una profunda turbación en aquellos que esperaban en la sala, pero los humanos tendrían que aprender a dejar a un lado sus temores e ideas preconcebidas.

Sin Omnius, el imperio de máquinas pensantes seguía funcionando, aunque sin una mente ni una misión unificada. Duncan les guiaría, pero no pensaba continuar con aquel ciclo interminable de esclavismo. Las máquinas tenían el potencial de ser mucho más que herramientas o marionetas, más que solo una fuerza destructiva. Algunas no podían ser otra cosa, pero los robots más sofisticados y los mecanismos de asesoramiento podían evolucionar y convertirse en algo muy superior. Erasmo mismo se había convertido en un robot independiente, había desarrollado una personalidad única cuando quedó aislado de la influencia homogeneizadora de la supermente. Con tantas máquinas pensantes repartidas por los diferentes planetas, otras figuras destacarían si se les daba ocasión. Si las guiaban. Si Duncan se lo permitía.

Tenía que encontrar un equilibrio.

El imponente trono de la madre comandante esperaba vacío ante una ventana segmentada que miraba sobre el paisaje árido y moribundo. Janess estaba en pie a un lado, invitando a Murbella a ocupar su sitio, con casi un centenar de guardias de la Nueva Hermandad en alerta en la cámara. Aunque todos los insidiosos Danzarines Rostro habían sido descubiertos y asesinados, Janess no pensaba bajar la guardia, y Duncan se sintió orgulloso por ello.

La joven hizo una reverencia formal.

- Madre comandante, nos alegra tenerla de vuelta. Por favor, ocupe si sitio.

- Ya no es mi sitio. Duncan, tu hija ha sido educada a la manera Bene Gesserit, pero también quiso conocer tu vida. Se entrenó para convertirse en el equivalente a un maestro de espadas de Ginaz.

Con una sensación agridulce al pensar en todo lo que se había perdido, Duncan estrechó formalmente la mano de su hija. Le pareció una mano agradablemente fuerte. Hasta aquel instante, no habían sido más que extraños que comparten un vínculo de sangre y una lealtad patriótica. Su verdadera relación estaba a punto de empezar.

Murbella había librado una larga y encarnizada batalla para combinar las fuerzas enfrentadas de las Honoradas Matres y la Bene Gesserit, y después había tenido que luchar con los grupos dispares de humanos para unirlos en la batalla. A una escala mucho mayor, con sus capacidades recién descubiertas, él forjaría una unión mucho más grande y extensa.

Todo estaba interconectado en un tapiz mucho más apretado de lo que la historia jamás había conocido, y por fin podía Duncan entender el alcance de aquella nueva fuerza que tenía. No era el primer humano de la historia que tenía grandes poderes, y se prometió que no olvidaría lo que había aprendido como peón del Dios Emperador Leto II.

La raza humana jamás olvidaría los miles de años bajo aquel terrible reinado, y en su exhaustiva memoria Duncan llevaba ya un mapa del camino donde estaban señalados los baches para poder evitarlos. El Gran Tirano tenía un defecto que no fue capaz de reconocer. Abrumado por su terrible misión, Leto II se había aislado de su lado humano.

En cambio, Duncan se aferró a la certeza de que Murbella estaría con él, y Sheeana. También podría hablar con su hija Janess, y puede que incluso con Tanidia. Además, llevaba consigo los recuerdos de grandes amigos, de docenas de amores, y una serie de compañeros, esposas, familias, alegrías y creencias.

Aunque era el kwisatz haderach último y tenía un poder inconmensurable, Duncan había conocido lo mejor de lo que significa ser humano. En una vida tras otra. No tenía por que sentirse alienado y preocupado, cuando podía disfrutar de tanto amor.

Pero el suyo no sería un amor convencional. Su amor necesitaba expandirse más y más, a cada persona, a cada máquina. Una forma de vida racional no era superior a la otra. Y Duncan Idaho era mucho más que la carne que formaba su cuerpo.

EPILOGO

1

En la guerra, ten cuidado con los enemigos inesperados y los aliados improbables.

BASHAR MILES TEG, entradas finales de su diario.

Qelso. Ya había pasado más de un año. El desierto antinatural seguía extendiéndose conforme las truchas de arena se reproducían y acaparaban más y más del agua del planeta. Aunque su lucha parecía inútil, Var sus comandos se seguían enfrentándose a las fuerzas que estaban destruyendo su planeta.

Stilgar Liet-Kynes hacían cuanto podían por ayudar en la lucha. Los dos gholas consideraban que su tarea más importante era mostrar a los nativos cómo vivir en armonía con el desierto, en lugar de destruirlo.

En los muchos meses que habían pasado desde que abandonaron la no-nave, las arenas se habían extendido mucho más allá por boques y llanuras. El campamento de Var se había desplazado una vez y otra y otra, replegándose ante la marea de las dunas, y el desierto los seguía. Aunque habían matado a docenas de gusanos de arena utilizando cañones de arena y bombas de humedad, no era tan sencillo derrotar a Shai-Hulud. Los gusanos eran cada vez más grandes, a pesar de los esfuerzos de los comandos de Qelso.

Con las primeras luces del amanecer, Liet salió de su alojamiento con pared de roca y se desperezó. Aunque él y Stilgar seguían siendo adolescentes, recordaban haber sido adultos, haber tenido esposa. Entre los comandos, muchas habrían aceptado gustosas a cualquiera de los dos como marido, pero Liet aún no había decidido cuándo podría justificar un matrimonio y unos hijos. Quizá tendría otra hija, y la llamaría Chani…

Por más que Liet-Kynes luchara por rehacer Qelso, nunca sería Dune, Aquel paisaje fértil estaba dejando paso a ondas de arena, pero no sería lo mismo. Eones atrás, ¿había sido Arrakis fértil? ¿Alguna civilización superior y olvidada había trasplantado allí truchas de arena y gusanos, igual que hizo la madre superiora Odrade cuando envió a sus Bene Gesserit a Qelso? Quizá fueron los muadru, que dejaron misteriosos símbolos en las rocas y peñascos, y en las cuevas de toda la galaxia. Liet no lo sabía. Su padre se habría sentido intrigado por el misterio, pero él tenía una naturaleza más pragmática.

Mientras se preparaba para el trabajo del día, Liet miro a Stilgar. Sus ojos ya se estaban volviendo de azul sobre azul. Durante años, la gente del planeta se había obstinado en no utilizar la melange, pero Stilgar decía que era una recompensa, un regalo de Shai-Hulud. Había puesto a pequeños grupos a recoger especia para su uso, y Liet sabía que la

especia es como una cadena de terciopelo… algo placentero, hasta que intentas soltarte.

Dos adolescentes parlanchinas y coquetas trajeron el desayuno en una bandeja, porque sabían lo que les gustaba. Eran adorables, pero tan jóvenes… Liet sabía que ellas solo veían su cuerpo joven, que no sabían cuántos años llevaba en su mente. En momentos como aquel, añoraba terriblemente a su esposa Farula, la madre de Chani. Pero de eso hacía tanto, tanto tiempo…

En cambio, Stilgar seguía siendo el mismo. Cuando se terminaron el café y los bizcochos, Liet se puso en pie y le dio una palmada en el hombro.

- Hoy saldremos a las dunas y plantaremos artefactos meteorológicos. Necesitamos una mayor resolución para definir los patrones de desecación.

- ¿Por qué te obsesionas con los detalles? El desierto es el desierto. Siempre será seco y caliente, y seguirá extendiéndose. -El antiguo naib no veía nada particularmente trágico o malo en aquel ecosistema moribundo. Para Stilgar, aquel era el orden natural de las cosas-. Shai-Hulud continuará creando sus dominios hagas lo que hagas.

- El científico busca conocimiento -dijo Liet, y su compañero no encontró una respuesta a eso.

Tomando uno de los vehículos aéreos que el Ítaca había dejado, Liet había volado a las latitudes situadas más al norte, todavía intactas, donde los bosques se alzaban en todo su esplendor, los ríos discurrían caudalosos y la nieve coronaba las montañas. Las ciudades y los pueblos seguían prosperando en valles y colinas, aunque la gente sabía que pronto desaparecerían. Los comandos de Var veían a diario el terrible recordatorio de lo que se estaban perdiendo, de lo que habían perdido. Stilgar no.

Junto con un grupo de recios voluntarios, los dos amigos se pusieron sus nuevos destiltrajes y ajustaron los cierres. Cuando salieron al desierto, caminaron en fila india por las dunas. Liet les había hecho practicar el paso aleatorio para no atraer a los gusanos.

El sol amarillo no tardó en quemar, reflejándose en la arena granulada, pero ellos siguieron avanzando, practicando sus vidas nuevas. A lo lejos, Liet vio una mancha de color óxido de una nube de polvo que indicaba una explosión de especia, y le pareció ver el rastro ondulado de un gusano.

Stilgar gritó y señaló al cielo. Los hombres del desierto instintivamente formaron un grupo defensivo.

Cientos de enormes naves metálicas descendieron, naves hechas de placas angulosas cubiertas de armas, impulsadas por poderosos motores. Aquellas naves no se parecían a nada que Liet hubiera visto jamás. ¿Naves enemigas?

Por un momento deseó que el Ítaca hubiera vuelto, pero aquellas naves no se parecían a la no-nave, y volaban en una formación extraña, se movían de una forma demasiado coordinada. Las naves se dejaron caer indiscriminadamente en la extensión abierta del desierto, haciendo volar la arena y aplanando las dunas. Los pilotos no parecían conscientes de que las vibraciones atraerían a los gusanos. Mientras miraba boquiabierto por el tamaño de las naves, Liet no tuvo ninguna duda: sus armas podían acabar con el ataque de cualquier gusano como si no fueran más que un insecto.

Los comandos polvorientos miraron a los gholas buscando respuestas. Pero Liet no tenía repuestas, y, aunque todo apuntaba en su contra, Stilgar parecía listo para lanzarse al ataque si hacía falta.

En medio de un ominoso zumbar y de sonidos metálicos, las naves desplegaron abrazaderas de soporte y se incorporaron sobre gruesos y poderosos anclajes. Y entonces empezaron a abrirse puertas que vomitaron un ejército de máquinas de piel reluciente: pesados elevadores, máquinas para allanar el suelo, excavadoras. Desplazándose sobre orugas, aquellos

behemoths empezaron a moverse solos sobre las dunas. Detrás, filas de robots que avanzaban como guerreros mortíferos… ¿o serían obreros? ¿Venían a ayudar?

Los comandos solo tenían pequeñas armas. Algunos de los más impacientes sacaron sus lanzaproyectiles, se dejaron caer de rodillas sobre la arena y apuntaron.

- ¡Esperad! -gritó Liet.

Una trampilla se abrió en lo alto de la nave más grande y una figura pálida salió y se colocó en una plataforma de observación.

Una figura humana. Cuando el hombre les llamó, su voz resonó en un extraño coro a través de miles de altavoces en las líneas de máquinas.

- ¡Stilgar y Liet-Kynes! No tengáis tanta prisa por declararos nuestros enemigos.

- ¿Quién eres? -gritó Stilgar desafiante-. Baja aquí para que podamos hablar cara a cara.

- Pensé que me reconoceríais.

Liet lo hizo.

- Es Duncan… Duncan Idaho.

Flanqueado por una guardia de honor de robots y una tropa de obreros humanos ataviados con uniformes que Liet no reconoció, Duncan bajó y fue hasta donde estaban en las dunas.

- Liet y Stilgar, os dejamos aquí para que os enfrentarais al avance del desierto. Dijisteis que era vuestra llamada.

- Y lo es -dijo Stilgar.

- ¿Y los judíos? ¿Están con vosotros?

- Formaron un Sietch para ellos. Les va bastante bien.

La guardia de honor de Duncan se adelantó, mujeres ataviadas con uniformes negros de una pieza, y hombres con atuendo similar que caminaban junto a las mujeres como sus iguales. Una de las mujeres llevaba una insignia y tenía un aire de mando. Se presentó como Janess, hija de Duncan.

- Me enfrente al Enemigo, las máquinas pensantes, y puse fin a la guerra. -Duncan extendió las manos y todos los obreros robot se volvieron hacia él. Incluso las imponentes naves parecían vivas, conscientes de cada movimiento de Duncan-. He encontrado la forma de unirnos a todos.

- Te rendiste ante las máquinas pensantes -dijo Stilgar con tono ácido.

- En absoluto. Decidí mostrar mi humanidad no aniquilándolas. En muchos sistemas solares, están haciendo grandes cosas, están logrando cosas increíbles en planetas que son inhóspitos para el hombre. Ahora trabajamos por un mismo propósito, y las he traído para que os ayuden.

- ¿Ayudarnos? -dijo uno de los comandos-. ¿Cómo van a ayudarnos? Solo son máquinas.

- Son aliados. Os enfrentáis a una tarea imposible. Si os proporciono todos los equipos robóticos que haga falta, podréis conseguir vuestro objetivo. -Los ojos oscuros de Duncan destellaron, mientras veían a través de millones de ojos a la vez-. Podemos construir una barrera frente al desierto, impedir que las truchas de arena sigan extendiéndose, conservar el agua en una parte del continente. Shai-Hulud tendrá sus dominios y el resto de Qelso se conservará relativamente intacto. Los humanos tendrán su vida y podrán aprender a adaptarse al desierto, pero solo si así lo deciden.

- Imposible -dijo Liet-. ¿Cómo puede una fuerza de obreros robóticos luchar contra la marea del desierto?

Duncan esbozó una sonrisa confiada.

- No los subestimes… ni a mí. Desempeño el papel de kwisatz haderach y de Omnius. Yo guío a todas las facciones de la humanidad y controlo el Imperio Sincronizado. -Se encogió de hombros y sonrió-. Salvar un planeta queda perfectamente dentro de mis capacidades.

Liet no se podía creer lo que estaba oyendo.

- ¿Puedes detener el desierto y repeler a los gusanos?

- Qelso será a la vez bosque y desierto, igual que yo soy hombre y máquina. -A una señal y un pensamiento de Duncan, el equipo de excavación empezó a avanzar hacia la frontera donde las dunas se encontraban con el paisaje aún vivo.

Liet y Stilgar siguieron a Duncan, que camino ante el voluminoso convoy. Como planetólogo, ghola y humano, Liet tenía numerosas preguntas. Pero por el momento, mientras observaba cómo las máquinas iniciaban su trabajo, decidió esperar y ver qué les deparaba el futuro.

2

Cuando Leto II tuvo la visión de su Senda de Oro, previó la dirección que debía tomar la humanidad, pero en su visión había puntos muertos. No supo ver que él no era el kwisatz haderach último.

Comisión Bene Gesserit para el descubrimiento de hechos.

En los once años que habían pasado desde que Jessica regresó a i casa, cada vez veía más claro que había cosas que no podía recuperar. Sí, aquel planeta podía ser Caladan, o Dan, pero aquella no era la misma casa que ella y el duque tanto amaron.

Una noche de tormenta, mientras caminaba por el castillo restaurado, todos los detalles incongruentes acabaron por hacérsele insoportables. En uno de los pasillos de uno de los pisos superiores, Jessica se detuvo y abrió un armario de madera de elacca finamente tallada, un objeto de anticuario que algún decorador habría puesto allí. Esta vez, se quedó mirando el interior y en un impulso presionó una pieza de madera que sobresalía en un rincón. Para su sorpresa, se abrió un panel, y dentro encontró una pequeña estatuilla de un grifo. La estatuilla era el antiguo símbolo de poder de la Casa Harkonnen. Tal vez la había puesto allí el barón ghola, como recordatorio del carácter falso del castillo.

Mientras contemplaba la estatuilla, sintiendo que aquel objeto era algo negativo, pensó en todo lo que había trabajado desde su regreso a Caladan. Al frente de cuadrillas de obreros locales habían desmantelado las cámaras de tortura del barón y los ofensivos laboratorios del danzarín rostro Khrone de las cámaras inferiores. Y durante todo el proceso ella había trabajado codo con codo con los equipos de limpieza, sudando, restregando cada mancha llena de ira, cada mota de aquella presencia no deseada. Pero el castillo seguía lleno de recordatorios. ¿Cómo podía empezar de nuevo cuando había tantas cosas del pasado -al menos aquel eco de un pasado equivocado y distorsionado- por todas partes?

A su espalda, moviéndose con discreción, el doctor Yueh dijo:

- ¿Estáis bien, mi señora?

Ella lo miró. El hombre tenía una expresión de profunda preocupación; mientras esperaba, sus labios oscuros se curvaron hacia abajo.

- Mire a donde mire, veo cosas que me recuerdan al barón.

- Miró con el ceño fruncido la figura que tenía en la mano-. Algunos de los artículos de este castillo son auténticos, como el escritorio con el escudo del halcón, pero la mayoría son copias baratas.

En un impulso repentino, Jessica se acercó a la ventana segmentada y la abrió para dejar entrar el viento tempestuoso de la noche. Y arrojó la figurilla al mar con gesto dramático. Las olas la erosionarían y la fragmentarían en trozos irreconocibles. Un destino apropiado para un icono de los Harkonnen.

El viento frío y mojado entró con un susurro en el pasillo, llevando consigo gotas de lluvia. Fuera, las nieves se abrieron para mostrar una luna en cuarto creciente en el horizonte, arrojando una luz fría y amarillenta sobre el mar.

Unos momentos después, Jessica arrancó un tapiz de pared que nunca le había gustado, y estuvo a punto de tirarlo también por la ventana, pero… no quería contaminar aquel hermoso planeta, así que lo arrojó al suelo y decidió que a la mañana siguiente iría directo al vertedero.

- Quizá tendría que echar abajo el castillo entero, Wellington. ¿Podremos eliminar alguna vez esa tara?

Yueh estaba perplejo por la sugerencia.

- Mi señora, este es el hogar ancestral de la Casa Atreides. ¿Qué pensaría el duque…?

- Esto no es más que una reconstrucción, plagada de errores.

- Una ráfaga de viento le apartó los cabellos de bronce del rostro.

- Quizá pasamos demasiado tiempo tratando de recrear lo que vemos en nuestros viejos recuerdos, mi señora. ¿Por qué no construir y decorar vuestra casa como os apetezca?

Ella pestañeó mientras la fría lluvia le golpeaba el rostro y mojaba su vestido verde y la alfombra.

- Pensé que este lugar ayudaría a mi Leto, le reconfortaría, pero quizá lo hice más por mí que por él.

Un niño de diez años con pelo negro azabache llegó corriendo, y sus ojos de color humo se abrieron con expresión entusiasmada y alarmada al ver la ventana abierta. Lo que más le sorprendió fue que ni Jessica ni Yueh hicieran nada mientras la lluvia empapaba los tapices y la alfombra.

- ¿Qué pasa?

- Estaba pensando que nos traslademos a otro sitio, Leto. ¿Te gustaría que buscara una casa normal en el pueblo? Quizá allí seríamos más felices, lejos de tanta pompa.

- ¡Pero me gusta este castillo! Es el castillo de un duque. -Jessica no era capaz de pensar en su Leto como un niño. Llevaba botas de pescador y camiseta a rayas, como los que vestía la primera vez que Jessica fue a Caladan como concubina comprada a la Bene Gesserit.

En aquel entonces, el joven noble le puso un cuchillo al cuello…

Yueh sonrió.

- Un duque… Esos títulos ya no significan nada ahora que el Imperio ha desaparecido. ¿De verdad necesita la gente de Caladan a un duque?

La reacción de Jessica fue automática, y se dio cuenta de que no había pensado en el concepto.

- La gente sigue necesitando líderes, no importa el nombre que les demos. Y nosotros podemos ser buenos líderes, como ha hecho siempre la Casa Atreides en el pasado. Mi Leto será un buen duque.

Los ojos del muchacho centelleaban, mientras escuchaba embobado. Detrás de sus facciones jóvenes, Jessica veía la simiente del hombre al que amaba. Aquel joven Atreides estaba entre los primeros de una nueva generación de gholas creados por Scytale. El bebé había sido trasladado a Caladan y bautizado allí… igual que el Paul original.

Desde que abandonaron Sincronía, Jessica y Yueh habían tratado de recuperarse, inmersos en el proceso de devolver parte de su gloria a aquel planeta oceánico. Los hilos enmarañados de sus vidas originales y sus vidas ghola les habían convertido en aliados inesperados, en dos personas que comparten una tragedia y un pasado. Finalmente, aunque jamás podría recuperar a su amada Wanna, Yueh había encontrado un poco de paz.

En cambio, Jessica sabía que su duque la esperaba. Con el tiempo se haría un hombre. Cuando recuperara sus recuerdos, su edad física no importaría.

La relación de Jessica con Leto sería un tanto inusual, pero no más que las relaciones de todos los gholas mal emparejados que habían crecido en la no-nave. Como Bene Gesserit, Jessica podía retrasar su proceso de envejecimiento y, puesto que había melange en abundancia por las operaciones en Casa Capitular, Buzzell y Qelso, los dos gozarían de una extensa vida. Prepararía a Leto, y cuando llegara el momento, le ayudaría a desatar su verdadero despertar. Y, milagrosamente, volvería a ser el hombre al que amaba, con todos sus pensamientos y recuerdos.

Solo tenía que esperar una o dos décadas. Como Bene Gesserit, Jessica tendría paciencia.

Jessica cogió su pequeña mano. Esta vez no habría razones políticas para impedir su matrimonio, si es lo que Leto quería. A Jessica lo único que le importaba es que pudieran volver a estar juntos.

- Cuando por fin recuerdes, todo volverá a ser igual, Leto. Y todo será diferente.

3

El futuro nos envuelve, y se parece mucho al pasado.

MADRE SUPERIORA SHEEANA, durante el acto fundacional de la Escuela Ortodoxa en Sincronía.

El Ítaca, retorcido y amarrado permanentemente, se había convertido en el nuevo cuartel general del grupo escindido de Sheeana. Innovadores arquitectos humanos, en colaboración con robots de construcción, habían remodelado la gran nave para convertirla en un edificio único e imponente. El puente de navegación, en la cubierta más alta, se abrió y se convirtió en una torre de observación.

La madre superiora Sheeana contempló la imponente ciudad reconstruida de Sincronía. Ahondando en su profunda reserva de recuerdos, encontró paralelos en las escuelas Bene Gesserit originales, en Wallach Ix, que también se fundaron en un entorno urbano. Aquí se conservaban muchas torres con agujas y algunas hasta podían moverse como antes, procesando materiales en industrias automatizadas.

Años atrás, Duncan y las voluntariosas máquinas le habían ayudado a reconstruir aquella inusual metrópoli, aunque buscó un equilibrio entre su trabajo «milagroso» y la necesidad de dejar que los humanos hicieran las cosas por sí mismos. Él y Sheeana conocían los riesgos de dejar que la gente se volviera demasiado cómoda, y no tenía intención de dejar que recurrieran a él para cosas que podían hacer ellos solos. En la medida de lo posible, la humanidad debía resolver sus propios problemas.

Al mismo tiempo, grupos de máquinas pensantes habían empezado a desarrollarse aparte, con objetivos manejables, ocupando nichos que habrían sido imposibles para un humano: planetas arrasados, asteroides helados, lunas vacías. La galaxia era inmensa, y la mayor parte no permitía la existencia de vida biológica. Había más lebensraum de lo que ningún imperio necesitaría.

Algunos robots habían empezado a manifestar rasgos de personalidad, un carácter propio. Duncan sugirió que con el tiempo quizá llegarían a convertirse en algunos de los pensadores y filósofos más grandes de la historia. Sheeana no lo veía así, y rezaba para que sus alumnas especiales en Sincronía le demostraran que se equivocaba.

Cada mes, nuevas candidatas llegaban para unirse al centro ortodoxo de la Bene Gesserit en Sincronía, mientras que otras se unían a la Nueva Hermandad de Murbella, en Casa Capitular. Tras haber superado algunas dificultades iniciales, ahora los dos órdenes colaboraban en armonía.

Sheeana y sus maneras estrictas atraían a un tipo determinado de acólita, y sabía que eso habría gustado a Garimi.

Sheeana probaba a todas las aspirantes con dureza y rechazaba a todas las que no fueran las mejores. Muy lejos de allí, la orden de Murbella atraía a sus propias acólitas. En aquel nuevo universo, había sitio de sobra para las dos visiones.

El programa reproductor convencional de la Bene Gesserit estaba de nuevo en su apogeo, y su corazón se llenaba de alegría al ver cada día a tantas mujeres embarazadas. En el exterior, entre la gente que entraba y salía del cuartel general, contó a siete. La imagen le daba esperanzas de que su orden se extendería y tendría continuidad en el futuro de la humanidad.

Ese mismo día, más tarde, el maestro tleilaxu Scytale contactó con ella en el puente de navegación, que se había convertido en su centro de operaciones. Transmitía desde uno de sus laboratorios en la ciudad y parecía alegre en lugar de acosado.

- He terminado de catalogar las células que quedaban y he eliminado las trazas de Danzarines Rostro. Podemos reintroducir algunos de estos caracteres genéticos en la Bene Gesserit.

- Después de Duncan, no crearemos ningún otro kwisatz haderach. Ni siquiera se plantea. -Por lo que a ella se refería, muchas cosas no tenían por que volver a suceder…

- Mi intención es solo preservar nuestros conocimientos. Es como encontrar las semillas de hermosas plantas que ya han quedado olvidadas. No tendríamos que desecharlas sin más.

- Quizá no, pero debemos crear estrictos mecanismos de seguridad.

Scytale no parecía preocupado por las restricciones que Sheeana le imponía.

- Creo sinceramente que los tleilaxu recuperarán su saber perdido. -Y se apresuró a añadir-: Con algunos cambios para mejor por supuesto.

- Para el progreso de la humanidad.

Sheeana nunca le había visto trabajar tan duro. Scytale había utilizado las células de su cápsula de nulentropía para desarrollar gholas del último consejo de Tleilaxu y ahora los pequeños le seguían a todas partes. A Sheeana le recordaba a una mama pata seguida por sus patitos.

Scytale educó al grupo de un modo distinto a lo que era la tradición para los varones de su raza. En alojamientos separados, también estaba educando a hembras tleilaxu -a partir de células descubiertas recientemente-, aunque nunca serían relegadas a las condiciones terribles y degradantes de sus predecesoras. Nunca se volvería a obligar a las mujeres tleilaxu a convertirse en tanques axlotl, así que no había peligro de que apareciera una nueva tanda de mujeres feroces y vengativas como las Honoradas Matres. En particular Sheeana y sus hermanas controlarían a los miembros del Consejo muy de cerca, para asegurarse de que no corrompía de nuevo al pueblo tleilaxu como habían hecho antes.

Habría tanques axlotl, por supuesto… siempre había mujeres que se ofrecían voluntarias por motivos personales, mientras que otras dejaban instrucciones para que sus cuerpos se utilizaran en caso de sufrir algún grave accidente. Como siempre, las Bene Gesserit satisfacían sus propias necesidades.

Cuando terminó su conferencia con Scytale, la Madre Superiora miró a través de los amplios ventanales del puente de navegación. A lo lejos, en el horizonte, más allá de los nuevos límites de la reluciente ciudad, el suelo estaba revuelto y levantado, y muchas de las estructuras geométricas construidas por Omnius estaban derrumbadas y aplastadas.

Ajustó una de las ventanas, incrementando el grado de aumento. Desde aquel lugar aventajado, podía ver el nuevo desierto, y a uno de los gusanos de arena, que se elevaba entre los desechos, buscando con su

cabeza sin ojos. Luego la criatura descendió con violencia, rompiendo parte de una pared. Como gusanos de tierra grandes y decididos que trabajan el sustrato, habían iniciado el proceso de convertir los edificios abandonados en un desierto, más de su gusto.

Pronto, pensó Sheeana, iría y hablaría con ellos de nuevo.

Miró a la pequeña que tenía a su lado y cogió su pequeña mano. Quizá algún día llevaría a su protegida con ella, el joven ghola de Serena Butler.

Nunca sería demasiado pronto para preparar a Serena para su papel.

4

El desierto tiene una belleza que no podría olvidar ni en mil vidas.

PAUL MUAD'DIB ATREIDES.

Bañadas por la luz dorada del amanecer, dos figuras avanzaron por la cresta de una duna con pasos irregulares, para no atraer a los grandes gusanos de arena. Caminaban una al lado de la otra, inseparables.

Dune era cálido, pero no como en los viejos tiempos. Debido a los graves daños causados al medio, el clima se había enfriado y la atmósfera era menos densa. Pero con el regreso de los gusanos, el plancton de arena y las truchas de arena, el viejo planeta había empezado a recuperarse. Como solía decir el padre de Chani, Liet-Kynes, en Dune todo estaba ligado, un ecosistema completo, que incluía la tierra, el agua disponible y el aire.

Y, gracias a Duncan Idaho, una ingente fuerza de trabajo de máquinas curtidas que continuaban con el proceso de excavación en latitudes en las que los gusanos aún no habían vuelto, el ejército mecánico preparaba mecánicamente la arena sección a sección, abriendo el camino para que los gusanos pudieran ampliar su territorio. Las plantaciones masivas y el trabajo de fertilización realizado por poderosos tractores mecánicos y excavadoras pensantes había estabilizado el suelo calcinado, permitiendo establecer una nueva biomatriz, mientras los duros colonos de Paul controlaban el crecimiento y realizaban sus propios trabajos. Mediante su pensamiento, Duncan se aseguró de que las máquinas pensantes entendían lo que había significado Dune antes de que los extranjeros empezaran a jugar con su ecosistema. Una tecnología a la que se había dado un uso equivocado había arrasado el planeta, y ahora la tecnología ayudaría a su recuperación.

Paul se detuvo a cien metros de la formación rocosa más cercana, donde una cuadrilla de trabajo había encontrado las ruinas de un sietch fremen abandonado. Con un grupo de colonos decididos, él y Chani habían estado recuperando el lugar con sus propias manos. A la manera de antes.

En otro tiempo, él había sido el legendario Muad'Dib, al frente de un ejército de fremen. Ahora se contentaba con ser un fremen moderno, líder de setecientas cincuenta y tres personas que habían establecido austeros habitáculos entre las rocas, y que estaban en el proceso de convertirse en un próspero sietch.

Paul y Chani volaban regularmente con equipos de reconocimiento. Lleno de un nuevo optimismo, Paul veía el increíble potencial de Dune. Cerca de las ruinas del Sietch, había descubierto una gruta subterránea que él y sus seguidores pensaban irrigar e iluminar artificialmente, para un proyecto de plantación de hierbas, tubérculos, flores y arbustos. Lo suficiente para sustentar a una pequeña población de nuevos fremen, pero no para alterar el ecosistema desértico que los gusanos estaban recuperando, año tras año.

Algún día, hasta puede que volviera a montar a los grandes gusanos.

Paul se volvió hacia el horizonte para ver el pálido sol levantarse sobre el océano de dunas.

- Dune está despertando, igual que nosotros.

Chani sonrió, porque ante ella veía al amado Usul de sus recuerdos y al ghola con el que se había criado. Y amaba a los dos Pauls por sí mismos. Su abdomen solo abultaba un poco; en su interior su hijo empezaba a hacerse notar. Cinco meses y sería el primer bebé nacido en el planeta después de su nueva colonización. En su segunda vida, Chani no tenía que preocuparse por intrigas imperiales, anticonceptivos secretos ni comidas envenenadas. Su embarazo sería normal y el bebé -o bebés, si de nuevo eran bendecidos con gemelos- tendría un gran potencial y no cargaría con la maldición de tener un terrible propósito.

Chani, más en comunión con el clima que Paul, se volvió hacia la brisa fresca. El sol empezó a desplegar una amplia gama de cobrizos por el polvo.

- Será mejor que volvamos al sietch, Usul. Se prepara una tormenta.

Paul la contempló mientras caminaba con aquella gracia, con sus cabellos rojos agitándose a su espalda. Chani entonó el canto de marcha de los amantes, con palabras que oscilaban bellamente en un ritmo irregular, como la cadencia de sus pies:

Háblame de tus ojos

y te hablaré de tu corazón.

Háblame de tus pies y

te hablaré de tus manos.

Háblame de tus manos y

te hablaré de tu despertar.

Háblame de tus deseos

y te hablaré de tu sed.

Cuando estaban a medio camino de las rocas, se levantó viento. La arena les azotaba el rostro. Paul se abrazó a Chani, tratando de protegerla de aquel viento abrasivo con su cuerpo.

- Sí, se prepara una buena tormenta -dijo ella, cuando llegaron finalmente a la entrada del sietch y entraron a toda prisa-. Una tormenta purificadora. -Bajo la luz tenue de un globo de luz, la alegría encendió sus facciones.

Paul la cogió del brazo, la hizo girar y le quitó arena de los ojos y la boca, Y entonces la atrajo hacia sí y la besó. Chani pareció fundirse en sus brazos, riendo.

- ¡Vaya, al final has aprendido cómo tratar a tu mujer!

- Mi sihaya -dijo mientras la abrazaba-. Te he querido durante cinco mil años.

This file was created with
BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
05/01/2010